a $ 8.000.000 de que se hizo jurídica información". Se perdieron las plazas y los fuertes de Arauco, San Pedro, Colcura, Buena Esperanza, Nacimiento, Talcamávida, San Rosendo, Boroa y Chillán y, con ellos, más de la mitad de los armamentos que había en el reino (figs. 148, 149, 152 y 153).

Las pérdidas materiales fueron inestimables. Desde la otra gran catástrofe de Curalaba, el esfuerzo continuado de dos generaciones de españoles había devuelto a los campos la prosperidad. Se habían levantado casas, cercado terrenos, desarrollado los cultivos del trigo, la cebada y las hortalizas, y la ganadería había superado el *status* anterior. En pocos días toda aquella riqueza había sido aventada. Sólo los jesuítas perdieron en sus estancias $ 224.000. Las modestas obras públicas levantadas también desaparecieron: puentes, lanchas, iglesias, escuelas, caminos. Sólo quedaban el terreno baldío, los senderos naturales y algunas parras abandonadas. Cuando se coteja con los documentos la potencia destructora del pueblo mapuche, el ánimo se sobrecoge.

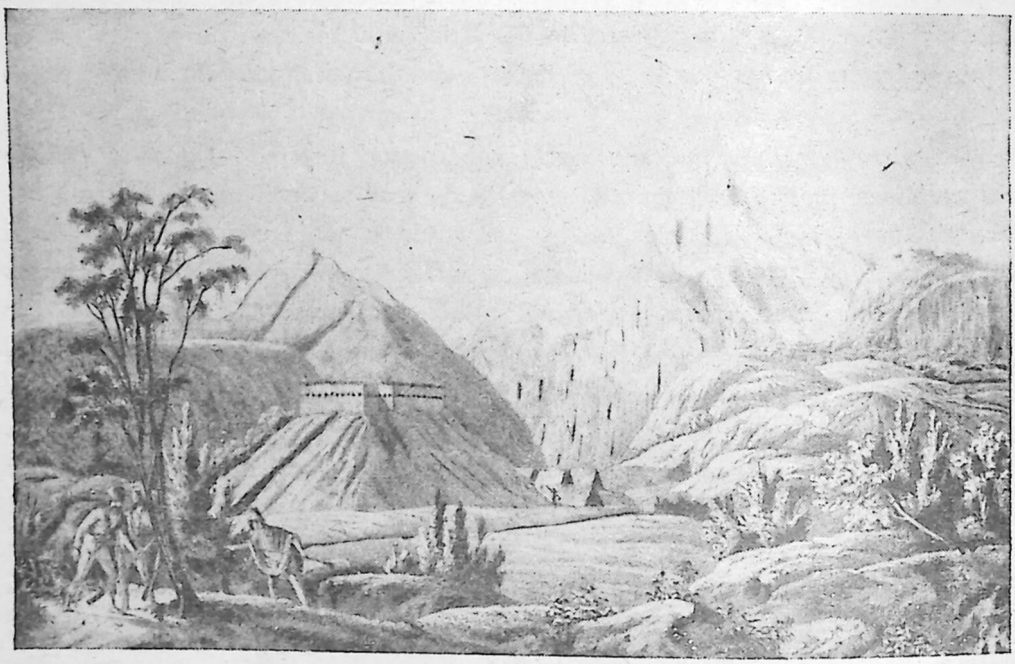
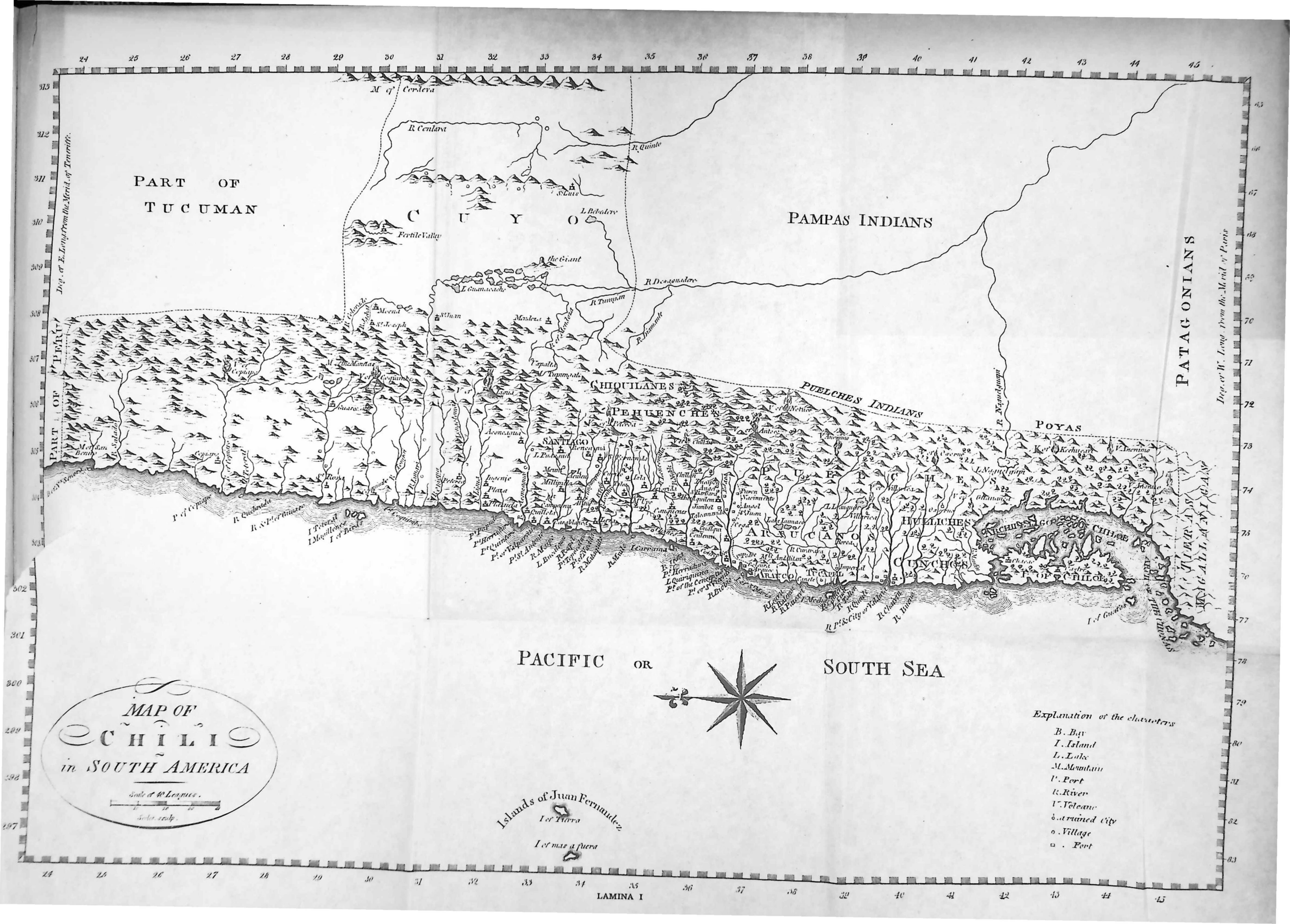
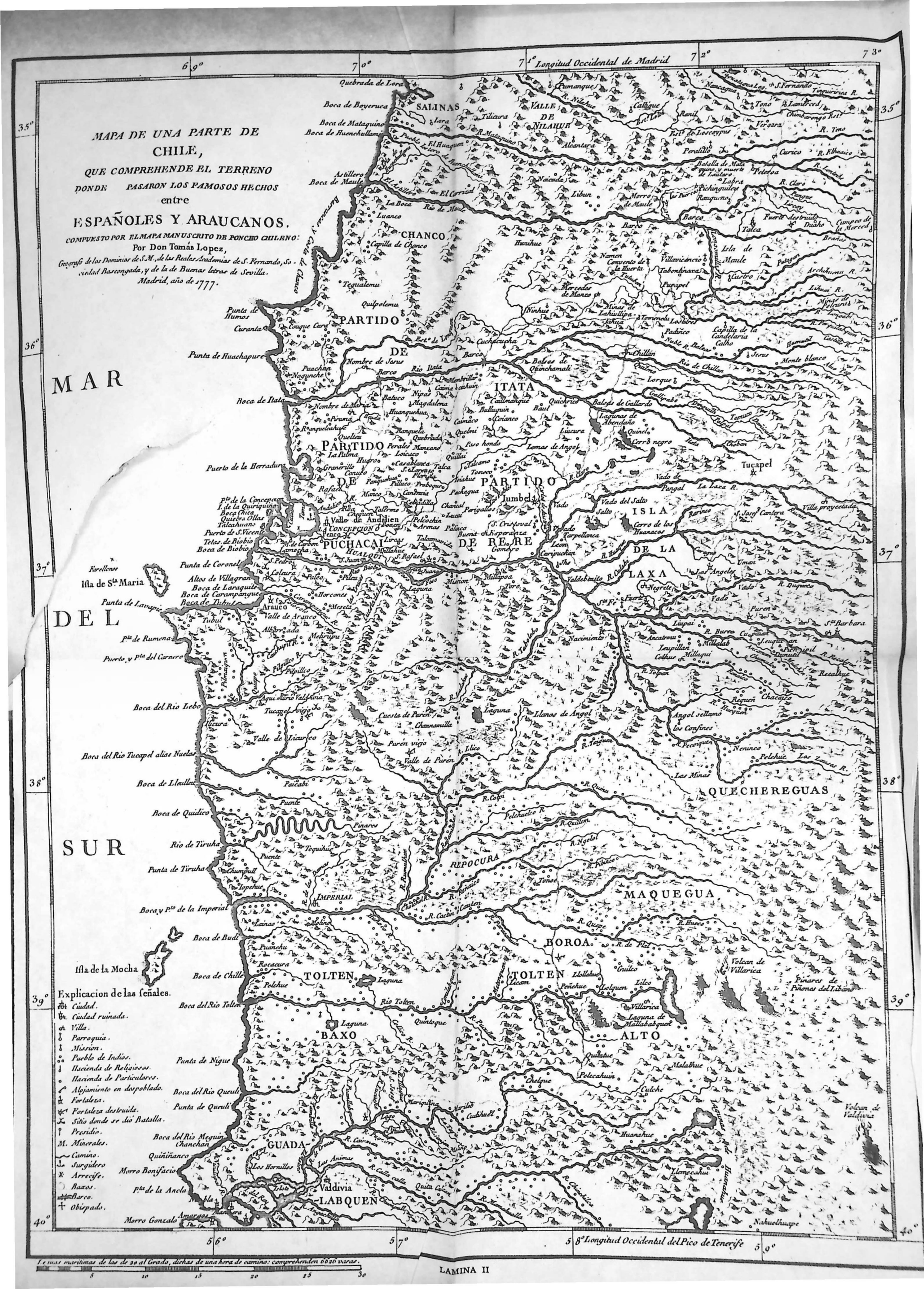
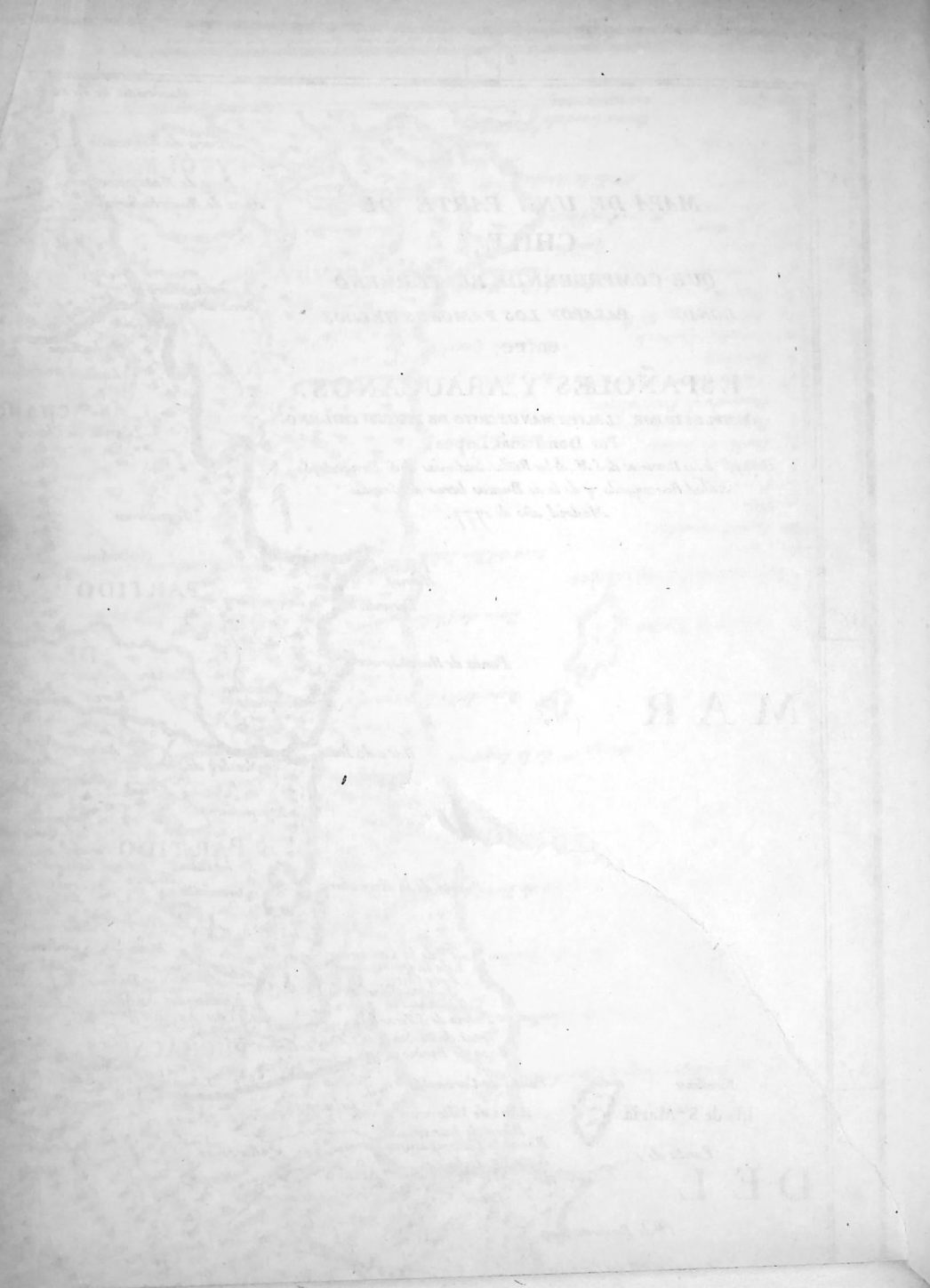


FIG. 154.—UN FUERTE EN LA ZONA DE ARAUCO.
(Dibujo de Poeppig.)


MAP OF
CHILI
in SOUTH AMERICA
Scale of 40 Leagues.
Scales scalp.
PART OF TUCUMAN
PART OF PERU
CUYO
PAMPAS INDIANS
PATAGONIANS
CHIQUILANES
PEHUENCHES
PUELCHES INDIANS
POYAS
PUELCHES
ARSUCANOS
HULLICHES
CUNCHOS
ARCHIPELAGO
CHILOE
TIERRAS MAGALLANICAS
PACIFIC OR SOUTH SEA
Islands of Juan Fernandez
I. of Tierra
I. of mas a fuera
Explanation of the characters
B. Bay
I. Island
L. Lake
M. Mountain
P. Port
R. River
V. Volcano
a ruined City
Village
Fort
LAMINA I


MAPA DE UNA PARTE DE
CHILE,
QUE COMPREHENDE EL TERRENO
DONDE PASARON LOS FAMOSOS HECHOS
entre
ESPAÑOLES Y ARAUCANOS.
COMPUESTO POR EL MAPA MANUSCRITO DE PONCHO CHILENO:
Por Don Tomás Lopez,
Geografo de los Dominios de S.M., de las Reales Academias de S. Fernando, Sociedad Bascongada, y de la de Buenas letras de Sevilla.
Madrid, año de 1777.
Longitud Occidental de Madrid
Longitud Occidental del Pico de Tenerife
MAR
DEL
SUR
SALINAS
VALLE DE NILAHUE
CHANCO
PARTIDO DE ITATA
PARTIDO DE PUCHACAI
PARTIDO DE RERE
ISLA DE LA LAXA
QUECHEREGUAS
REPOCURA
MAQUEGUA
BOROA
TOLTEN
BAXO
ALTO
GUADA-LABQUEN
Valdivia
Tucapel
Iumbel
Arauco
Isla de Sta. Maria
Isla de la Mocha
Explicacion de las señales.
Ciudad.
Ciudad ruinada.
Villa.
Parroquia.
Mission.
Pueblo de Indios.
Hacienda de Religiosos.
Hacienda de Particulares.
Alojamiento en despoblado.
Fortaleza.
Fortaleza destruida.
Sitio donde se dió Batalla.
Presidio.
M. Minerales.
Camino.
Surgidero
Arrecife.
Baxos.
Barco.
Obispado.
Leguas maritimas de las de 20 al Grado, dichas de una hora de camino: comprehenden 6626 varas.
5 10 15 20 25 30

LAMINA II



XX

Gobiernos de Meneses, el marqués de Navamorquende y González Montero.

ENTRE los muchos nombres que se barajaron para intentar la mejoría de la situación chilena, fué favorecido el de don Francisco de Meneses, una de las más pintorescas e interesantes figuras que desfilaron por el mando de la colonia.

Era Meneses un bizarro personaje, famoso desde hacía mucho tiempo por su destreza como torero, su valentía y su mala cabeza. Desde joven arrastró el apodo de "Barrabás", que lo seguiría hasta Buenos Aires, Santiago y Lima. El rey le había nombrado general de artillería para darle prestigio y le prometía juntarle mil soldados peninsulares. Para estimular el enganche, se concedieron a los combatientes de Arauco los mismos privilegios y prerrogativas que los que disfrutaban los militares en Flandes. La calidad, pues, de "Flandes Indiano", que Chile se había ganado con su ya secular lucha, se afirmaba con esta real cédula inspirada por Meneses.

El gobernador-torero

El simpático gobernador escandalizó a la pacata sociedad santiaguina desde su llegada. Lo primero que les chocó fué su familiaridad con la gente humilde. Meneses trataba con iguales miramientos a un artesano que a un oidor. "Holgaba de hablar con todos, precisado de facundia, calidad muy dañosa en un sujeto inquieto y revoltoso, porque con ella obra más la malicia", dice Pineda y Bascuñán, y añade: "Baila en los desposorios y zapatea con las muchachas, de tal suerte que en todos los más viene a ser la risa de los estrados, por ver entregada la autoridad del oficio que representa, y las canas que lo acompañan desmentidas". Su participación en las corridas de toros provocaba aún mayores escándalos. El mismo Pineda, que le profesaba un violento encono, ridiculiza sus lances: "Salió a unos toros a la plaza y fuése uno de ellos que mostraba algunos bríos. Y dando voces dió tras él con pretal de cascabeles, corriendo por las calles entre los vaqueros con desjarretaderas, y algunos lisonjeros que le siguieron corriendo por las calles hasta el río, siguiendo el toro. Y ese día, queriendo hacer un lance a un toro que traía una soga arrastrando, lo tuvo tan descompuesto fuera de la silla y los brazos sobre el cuello del animal, que a no ser tan manso, que después de malherido no hizo movimiento alguno, lo postra por los suelos y pudiera sucederle algún

mal caso, acciones todas que han causado grande risa, dando a entender muy poco juicio sin maduro acuerdo" *.

Como consecuencia, tal vez, de su carácter despreocupado y calavera, Meneses era un hombre atrabiliario que iba a hacer de su gobierno una serie ininterrumpida de destierros, peleas, procesos y aun ajusticiamientos.

La pendencia con Peredo

La primera manifestación de su atrabilis la dió la pendencia con Peredo, contra el que concitó los ánimos populares. Logró el ex gobernador refugiarse en un convento que fué violado por las tropas. El provincial abandonó los funerales en que oficiaba y se dirigió al claustro, seguido de su comunidad. Las tropas lo detuvieron y, en medio de un escándalo formidable provocado por el tumulto de soldados, negros, indios que acudían de todas partes, el sacristán echó las campanas al vuelo tocando a entredicho. Cuando la turbamulta de la ciudad excomulgada llegaba al clímax de la violencia, se supo que Peredo había huído, y el escándalo se disolvió con la misma rapidez que se había formado.

Las acusaciones en contra de Meneses por su inmoralidad administrativa llenan casi los dieciséis volúmenes de documentos correspondientes a su gobierno en la Colección Medina: la caducidad de las encomiendas, que obligó a revalidar los títulos dejándole pingües ganancias; el estanco del sebo, que subió el precio del quintal de este producto en el Perú de $ 4 a $ 28 y $ 30, y, en definitiva, los abusos cometidos en la distribución del situado.

Crisis moral

El cotejo de los documentos ha rectificado en gran parte la idea peyorativa que de Meneses se tenía. Sin que le den, por supuesto, categoría de santo, comprueban que muchas de sus inmoralidades eran un simple reflejo del estado de postración que arrastraba la gran crisis de los últimos Austrias. El estanco del sebo fué una medida que benefició tanto al gobernador como a la economía del reino, y los abusos en el situado se sintetizan en el hecho, desde luego vituperable, de que Meneses tenía también una tien-



FIG. 155.—EL OBISPO HUMANZORO. (Sala Medina. B. N.)

* Medina: Documentos, t. 147. N.º 2848

da donde se vendían las mercaderías llegadas de Lima, seguramente con recargo.

La guardia pretoriana de Meneses

El capítulo de su imposición a la Audiencia y al combativo obispo Humanzoro inaugura un sistema desconocido hasta entonces en Chile. Las fuerzas que trajo de España, en vez de enviarlas a la frontera, las convirtió en guardia pretoriana. Trataba a los oidores a puntapiés, hasta el punto de que para controlar sus fallos judiciales se llevó a su casa el sello real, y, en previsión de un motín contra sus flagrantes abusos de autoridad, escondió también en su domicilio el estandarte real, para que los descontentos no pudieran, al enarbolarlo, convocar al pueblo en nombre del rey. Las depredaciones de la soldadesca en Santiago con su gobierno llegaron a límites increíbles. "Los soldados que el gobernador trajo consigo tan disolutos están que no se ocupan en otra cosa que en robar las casas de noche, forzar las mujeres que encuentran, perder el respeto a las justicias, y otras maldades públicas", subraya Pineda y Bascuñán.

Alternando con sus negocios, Meneses realizó algunas campañas en Arauco de positivos resultados, hasta el punto de que, alentado por sus éxitos, intentó recuperar la rica región de La Imperial.

Intentan asesinar al gobernador

Las vejaciones caprichosas de Meneses habían creado tal clima de descontento, que uno de los vejados, el veedor general del ejército, don Manuel de Mendoza, resolvió simplemente asesinarlo para acabar de una vez con aquel estado de cosas. A la salida de una visita del Hospital San Juan de Dios, se acercó al gobernador y le descerrajó un tiro a quemarropa. Falló el arma, y arremetió contra él empuñando la espada, ayudado por su criado vizcaíno. Hubo quien defendió a Meneses y en la refriega quedaron heridos ambos contendores y muerto el vasco. Huyó Mendoza; mas no le valieron refugios ni amparos eclesiásticos. Meneses lo apresó y le aplicó la pena de garrote en la misma celda de la cárcel.

El castigo

Los innumerables informes acumulados en contra del gobernador movieron por fin a la corona a separarlo del mando. El virrey comisionó al oidor de la Audiencia de Lima don Lope Antonio de Munive para instruir el sumario y nombró gobernador interino al marqués de Navamorquende. Meneses fué vejado por la multitud: en Santiago se le paseó por la ciudad en una mula y lo encerraron en la cárcel con una barra de grillos. Munive, al indagar por el paradero de la fabulosa fortuna que la fantasía había engendrado en las inmoralidades de Meneses, secuestró los bienes de los inculpados e impuso multas fantásticas a los funcionarios transigentes o copartícipes, que en definitiva desbarajustaron la ya débil economía del país, según pudo comprobar el eficiente gobernador Henríquez.

El marqués de Navamorquende

La tarea fundamental que se impuso el interino marqués de Navamorquende fué la de gobernar lo menos posible. Dejó el fugaz recuerdo de algunas medidas administrativas sensatas sobre los brazos, las viñas y los extranjeros residentes, que sirvieron para suavizar la llegada del nuevo gobernador, don Juan Henríquez, nombrado por la reina regente en enero de 1670. Navamorquende regresó a Lima al saber la noticia, dejando el interinato en manos de don Diego González Montero, que gobernaba por segunda vez el reino a la edad de noventa años. En los ocho meses de su mandato pudo ver terminadas las obras de la catedral.



FIG. 156.—MAPA QUE ILUSTRA LOS VIAJES DEL PIRATA KNIVET.
(En Aanmerklyke/Reys,/ en Verwonderlijk - Feldfame Voorval-/ Len op de Felve... Leyden. 1706.)

XXI

La era de los piratas. Gobiernos de Henríquez, Garro y Marín de Poveda.

En su primer encuentro con la realidad de la guerra de Arauco, Henríquez plasmaba en sus informes la misma desesperanza que ya había ganado caracteres de tradición cada vez que llegaba un nuevo gobernador. Con los pocos elementos que logró reunir organizó una expedición al interior de Arauco y pronto los indios le pidieron la paz, que más todavía necesitaban los españoles para hacer frente a la amenaza de una nutrida escuadra extranjera que amagaba al puerto de Valdivia.

El corsario Narborough

En efecto, aunque España e Inglaterra estaban en paz desde 1667, los corsarios británicos de las Antillas continuaban apresando buques, degollando españoles y quemando ciudades. La nave que amenazaba a Valdivia venía mandada por John Narborough, con encargo expreso del almirantazgo de hostilizar la colonia chilena. En febrero de 1669 fondeaba en Puerto Deseado (actual Patagonia argentina) (fig. 157) y tomaba posesión de aquellas tierras

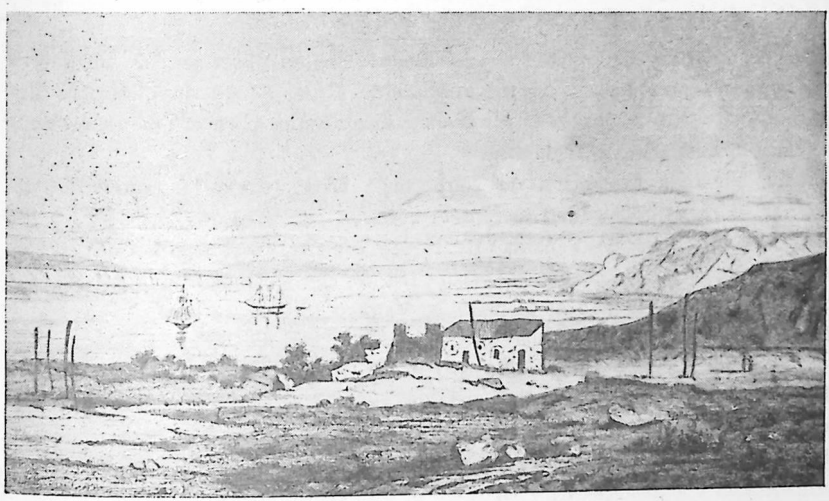


FIG. 157.—RUINAS ESPAÑOLAS EN PUERTO DESEADO.
(Dibujo de Martens.)



FIG. 158.—ATAQUE DE LOS PIRATAS A CONCEPCIÓN.
(Grabado de De Bry.)

en nombre del rey de Inglaterra, adueñándose así, en plena paz, de un puerto que entonces pertenecía a la gobernación de Chile. El 14 de diciembre llegaba a Valdivia, mas, juzgando sus fuerzas insuficientes para el ataque, resolvió regresar de inmediato a Inglaterra.

La frustrada expedición de Narborough sirvió, como las anteriores piraterías, para estimular las defensas costeras, acicate que espolearon las noticias del saqueo de Panamá. Henríquez organizó rápidamente un cuerpo volante, único procedimiento práctico para repeler cualquier ataque, y recuperó para Chile el mando de la plaza de Valdivia, que hasta entonces dependía directamente del virreinato.

El gobierno más fructífero del siglo XVII

Con bastante sagacidad política, Henríquez, que venía dispuesto a mandar durante los ocho años de su gobierno, esperó a conocer bien a la gente y los bandos rivales, y, cuando se sintió firme, comenzó por frenar las altiveces de los oidores y los desmanes a que les conducía su impune concupiscencia, primero con amonestaciones y consejos y, más tarde, con mano dura.

El eficiente control del gobierno permitió a don Juan Henríquez llevar a cabo durante su largo mandato el más fructífero y creador del siglo XVII.

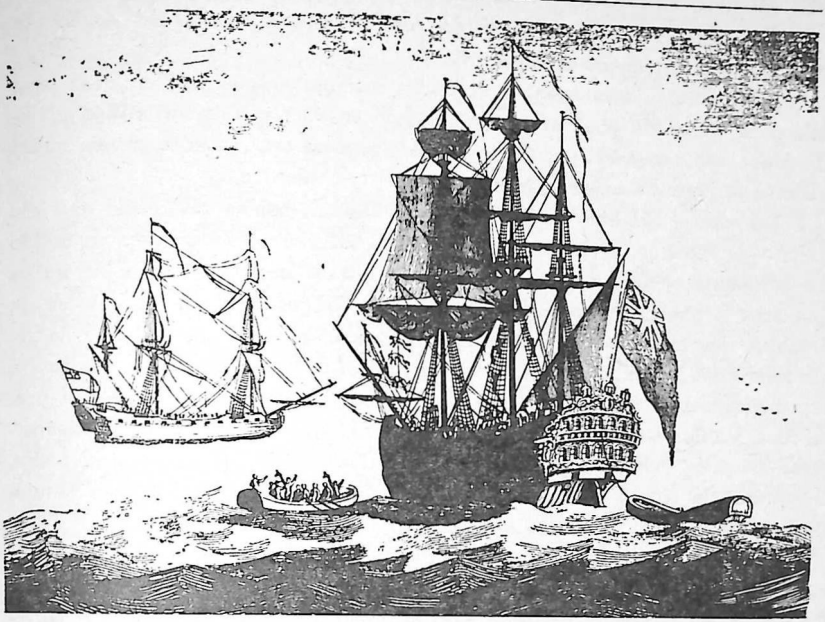


FIG. 159.—CEREMONIA DEL CRUCE DEL ECUADOR.
(Grabado que ilustra las expediciones piráticas inglesas.)

Desde luego, debe señalarse que el país ya se había recuperado de los grandes quebrantos del terremoto de 1647 y de la invasión de 1655, lo que le permitió afirmar en una primera fase de avenimiento político con civiles y religiosos las bases para la etapa constructiva posterior. En sus esencias, la obra fundamental de Henríquez consistió en estimular a los particulares para que consumieran en el trabajo creador las múltiples y preciosas energías que antes dilapidaban en toda suerte de pendencias, rencillas, venganzas y disturbios. Las obras públicas ganaron durante su mandato alto vuelo. Condujo, al fin, el agua desde la quebrada de Ramón hasta la Plaza, construyó un puente de seis arcos sobre el Mapocho, impulsó las obras de los tajamares, la reconstrucción de las cajas reales, etc. En el orden económico estimuló las exportaciones al Perú, así como los cultivos en los campos entre el Maule y el Bío-Bío.

Abolición de la esclavitud de prisioneros

Cupo también a este eficiente gobernador aplicar la abolición de la esclavitud de los prisioneros de guerra, vejamen intolerable para los mapuches, y, al reorganizar el ejército, mantuvo a los indígenas a raya por medio de expediciones punitivas, mas sin empeñar ningún combate decisivo, pues supo

servirse políticamente de unas tribus contra otras, aplicando en Arauco la vieja máxima de *"divide ut imperes"*.

Como colofón a la serie de acertadas medidas señaladas, Henríquez tuvo la supina virtud de predicar con el ejemplo en cuanto a la austeridad administrativa, tan vapuleada por sus inmediatos predecesores, pues su propia moral elevada le permitía exigirla de los demás.

Nuevas expediciones a los Césares

Durante el gobierno de Henríquez los jesuítas habían resucitado el viejo ideario de rescatar la ciudad de los Césares. El padre Mascardi había tenido un alucinante sueño en que San Javier lo instaba a evangelizar a los indios guaitecas o chonos hacia el Estrecho. Animado por tal estímulo, el jesuíta organizó tres expediciones para cumplir el mandato y, de paso, hallar la legendaria urbe. La inutilidad de su empeño no lo desanimaba. Durante la cuarta expedición, según Rosales..., "fué bien recibido de los indios, empezó a predicarles, y ellos a oírle con gusto y a prometer que serían buenos cristianos". "Mas, después, instigados del demonio o por la guerra que le hacía el padre, le quitaron la vida a pedradas o con las bolas enramadas que llaman laques, a flechazos, en odio a nuestra santa fe"...

Sharp en La Serena

Las medidas preventivas de Henríquez contra los piratas no habían tenido ocasión de ser puestas a prueba hasta la llegada de Bartolomé Sharp a La Serena, en diciembre de 1680. Con el objeto de evitar el saqueo, el corregidor había pactado con el pirata un rescate estipulado en $ 95.000, fantástica cifra que no podía reunir ni aun juntando los dineros de todos los pobladores. En vista del atraso y de la actitud hostil de los serenenses, Sharp trasladó al barco los objetos de valor e incendió por sus cuatro costados la ciudad. Los piratas huyeron con el botín a Juan Fernández, donde había despachado en su seguimiento una escuadra de tres buques el gobernador. No lograron los españoles trabar combate, con lo que los piratas libraron impunes de sus depredaciones.

Gobiernos transitorios

Habían transcurrido los ocho años reglamentarios del gobierno eficiente de

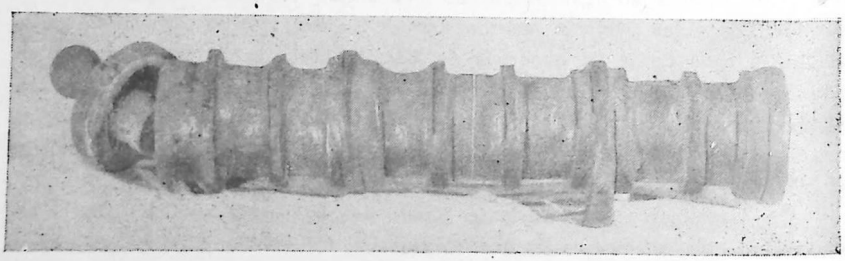


FIG. 160.—CAÑÓN DE FALCONETE, EMPLEADO EN LA DEFENSA DE LA SERENA CONTRA SHARP. (Museo Histórico Nacional.)

Henríquez. La corte nombró gobernadores, sucesivamente, a dos ancianos que fallecieron antes de asumir el cargo: don Antonio de Isasa y don Marcos García de Rabanal. En previsión de ello, el Consejo de Indias había sugerido el nombramiento, en carácter de suplente, de don José de Garro, que llegaba a Santiago en abril de 1682 para asumir el mando de la gobernación.

El legado de Henríquez

Don Juan Henríquez se retiraba del mando con el respeto y la admiración sin ambages de sus gobernados, pues, al decir de Córdoba y Figueroa, "era el gobernador de consumada prudencia y de singulares máximas de política..." No estuvo, por supuesto, exento de acusaciones en la reunión de su modesta fortuna, amasada con tratos comerciales de carácter privado que eran aceptados por la mentalidad de la época, ya que dos de sus hermanos comerciaban con productos entre Chile y el Perú.

La gran aportación de Henríquez al engrandecimiento nacional emana de su sensatez en el terreno económico; más que por los frutos que él directamente cosechó, por los cimientos basados en la actividad y el espíritu progresista que habrían de aprovechar los gobernantes del otro siglo. Si bien es cierto que mercó y aun se enriqueció en el mando, no lo hizo, como el marqués de Baides, subordinando el gobierno a su interés personal. El consenso de la historiografía chilena concuerda en afirmar que, aunque reunió en el comercio una modesta fortuna, en contrapartida enriqueció a Chile más que todos sus antecesores juntos.

Los planes de don José de Garro

El nuevo gobernador, don José de Garro, guipuzcoano, vino a plasmar en Chile una paradoja histórica curiosa. Era un mandatario del mismo corte psicológico que los castellano-vascos del siglo XIX en plena República: un hombre realista, pacato y burgués, completamente ajeno al mundo místico y militar que lo rodeaba. Con meditada parsimonia, Garro se impuso de todos los detalles relativos a la guerra de Arauco y, cuando se sintió bien informado,

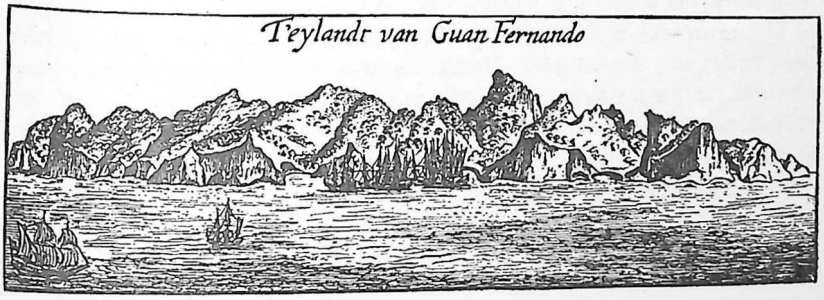


FIG. 161.—JUAN FERNÁNDEZ, REFUGIO FAVORITO DE LOS PIRATAS, SEGÚN UN GRABADO HOLANDÉS QUE ILUSTRA LOS VIAJES DE L'HERMITE. (Cf./ Fig. 135.)



FIG. 162.—LOS PIRATAS EN TIERRAS AUSTRALES.
(Grabado holandés que ilustra los Viajes de L'Hermite. Cf./ Fig. 135.)

convocó a los caciques al antiguo asiento de La Imperial y convino con ellos nuevas paces. A poco captó la debilidad fundamental del pueblo araucano en aquel momento de crisis, en que los grandes caudillos habían desaparecido, y sugirió la conveniencia de reanudar la pacificación llevando a la práctica un plan astuto: apoderarse por sorpresa de los caciques principales y trasladar el resto de la población a territorio español con sus bienes y ganados.

Naturalmente, la Junta de Madrid reprobó tales proyectos y dió por tierra estrepitosamente con el plan. Garro, decidido a mantener el modus vivendi existente con los mapuches, los trató con gran rectitud y justicia. Un siglo después, Carvallo y Goyeneche pudo aún comprobar el respeto con que guardaban su memoria.

Defensas contra los piratas

La constante esencial en el gobierno de Garro fué el amago casi ininterrumpido de las incursiones piráticas inglesas, que causaron permanentes perturbaciones en el comercio con el Perú y, por ende, en la economía chilena. Desde la iniciación de su gobierno, Garro se había preocupado de la defensa del reino contra los piratas. Valdivia era inexpugnable por mar, Concepción estaba muy bien defendida y Valparaíso contaba con diez magníficos cañones



FIG. 163.—DEPREDACIONES COMETIDAS EN CHILE POR LOS PIRATAS HOLANDESES, SEGÚN LA VERSIÓN INGLESA. (Cf./ Texto de la lectura en Apéndice sobre la Iconografía.)

de bronce, que, en su emplazamiento inadecuado, más servían de estímulo al atacante que de propia defensa. Garro se preocupó de montarlos como correspondía. Sea por el factor suerte o por lo acertado de tales medidas, el hecho es que Davis iba a dejar en Chile los cadáveres de muchos de sus compañeros y retirarse sin saquear un solo puerto, sin quemar un buque y sin lograr un solo peso.

Swan, Davis y Strong

El primer bucanero que se acercó a la costa chilena fué Swan, que salió malparado en el intento de engañar a la guarnición de Valdivia. Davis, con los tres buques que le quedaban de su flamante escuadra, se dirigió a Chile en 1686, con ánimo de repetir el saqueo de La Serena. Los habitantes de esta ciudad, desde el incendio de Sharp, sólo pensaban en abandonarla. Garro, con medidas violentas, obligó a los serenenses a armarse y resistir, de tal modo que la intentona de uno de los secuaces de Davis, el capitán Knight, degeneró en completa derrota en Tongoy. Reunidos los piratas en Juan Fernández, decidió Davis atacar de nuevo La Serena. Desembarcó en Coquimbo y avanzó hasta la ciudad esquivando trincheras y obstáculos. Una vez dentro de La Serena, sus valientes pobladores le hicieron tal fuego, que le obligaron a en-

cerrarse en el convento de Santo Domingo, del que sólo pudo huir, no obstante la superioridad de sus fuerzas, después de treinta horas de combate. Logró reembarcarse, mas dejaba en el campo once de los suyos y muchos heridos. El escarmiento de Davis movió a su seguidor, Juan Strong, a cambiar la actitud de pirata por la de contrabandista pacífico.

Calamidades y buen gobierno

Cupo a Garro la dificultad ardua de gobernar en el momento en que la decadencia moral y material de España llegaba, con la agonía eterna de Carlos II, a los últimos estertores. Para colmo de males, en Chile se sumaban a los atrasos en el situado y la paralización del comercio con el Perú, nuevas pestes, mayores inundaciones y pérdidas irremisibles de las cosechas. Con clara inteligencia, supo encuadrar las dificultades en un programa dictado por los recursos de que disponía y resolverlas con un tacto y sentido común no expuestos hasta entonces en Chile.

En el eterno conflicto con los oidores, Garro tuvo la habilidad de realizar una enérgica campaña de depuración administrativa, que se estrelló, como era de esperar, con aquéllos, litigio en que el gobernador demostró tanta ecuanimidad como mano dura. Los elementos parecían concitarse también contra la administración de Garro. Cinco avenidas consecutivas del Mapocho deshicieron los tajamares construídos por Henríquez, que hubieron de ser reconstruídos y alargados en cinco cuadras más para proteger el barrio de San Pablo, y, en fin, la pérdida del situado de 1665 puso a prueba sus condiciones de buen administrador, de la que supo salir airoso.

Don José de Garro ha pasado a la historia de Chile como un gobernante providencial. Hay momentos decisivos en los que el hombre audaz y emprendedor define las situaciones y moldea las circunstancias. Como clarividentemente intuyó Vicuña Mackenna, la gran virtud de Garro fué haber sabido gobernar con cordura y sensatez en el momento más triste de la descomposición decadente española. Por su propia iniciativa, hizo de Chile un islote donde se refugió lo que quedaba de dignidad y decencia en tan grave crisis, replegando a Chile sobre sí mismo, en un momento dificilísimo, título que jus-



FIG. 164.—MARÍN DE POVEDA. (Medina: Dic. Biogr. Colonial.)

tifica el alto pedestal en que las tendencias historiográficas nacionales han sabido colocarlo.

Don Tomás Marín de Poveda

Hacía siete años que la corte había resuelto nombrar como sucesor de don José de Garro al teniente general de caballería don Tomás Marín de Poveda, que conocía las peculiaridades de la administración chilena, pues había acompañado a Henríquez en 1670. Su llegada a Santiago fué motivo para que los vecinos "dispusieran ocho días de iluminación, igual número de corridas de toros, cuatro de fuegos artificiales, catorce comedias y otras diversiones *. Entre las comedias figuraba "El Hércules Chileno, obra de dos regnícolas".

Fundaciones y catequesis

Marín de Poveda (fig. 164), antítesis completa de Garro, acariciaba la posibilidad de conquistar espiritualmente Arauco por medio de las misiones y, espoleado por los jesuítas, orientó su gobierno desde un comienzo en la pretensión tantas veces fallida. Como primera providencia, convocó un nuevo parlamento en los alrededores de Yumbel, que, como los anteriores, fué un gran éxito aparente, pues los mapuches aceptaron las misiones, vivir en las ciudades, en una palabra, civilizarse. De inmediato puso manos a la obra en la fundación de unas y otras. A poco podía enumerar las de Imperial, Boroa, Repocura, Tucapel (fig. 165), Peñuela, Virquén, Mulchén, Renaico, Quecheregua y Maquehua, con quince religiosos estables y un subsidio de ocho mil pesos. En eufórico informe ** comunicaba a la corte los resultados de la predicación: doce mil indios bautizados, mil matrimonios, caciques notables que aceptaban la monogamia, multitudes de niños indígenas que rezaban el rosario a coro o glosaban los misterios del catolicismo.

La realidad que se desprende del cotejo documental era muy diferente y el testimonio de varios sacerdotes desmiente las abultadas noticias.

Los resultados de tan ingenua política no se hicieron esperar. Los primeros síntomas de rebelión general llevaron al ánimo del gobernador la convicción de que al amparo de la paz los mapuches habían logrado, al fin, reponerse y reorganizarse en su ya secular empeño de lucha a muerte con el español. El gobernador, en un nuevo informe a la corte, descargó la responsabilidad de lo que pudiera ocurrir en la política que el propio rey y los misioneros le obligaban, según él, a seguir, en un documento que refleja con clarividente inteligencia la realidad de la situación.

Nuevos conatos de revuelta general

A poco de clausurado el parlamento, los indígenas manifestaron su hostilidad porque los misioneros les reprendían su poligamia y borracheras. A las primeras medidas punitivas siguió el asesinato de un capitán español por el cacique de Maquehua, uno de los signatarios de las paces. El pretendido cas-

* Carvallo y Goyeneche.
** Carta de 20 de abril de 1695.

tigo del degüello se convirtió en la derrota y muerte del aspirante a vengador. Al fin, cubierta su responsabilidad por la precipitación de los acontecimientos, Marín de Poveda adelantó sus aprestos militares para llevar a cabo una campaña violenta que dominó moralmente la rebelión antes de que estallara con toda su fuerza. En realidad, el gobernador no había conjurado el peligro, sino que, como muchos otros mandatarios que le precedieron en la misma política, lo había desviado o paliado en perjuicio de sus sucesores.

Los proyectos de fundación de ciudades, que deberían completar la obra de las misiones, quedaron a la postre reducidos a dos nuevas poblaciones: Buena Esperanza, en Rere, y Talca, que, a decir verdad, sólo tomó carácter urbano cincuenta años después.

La bonanza económica que había florecido hasta 1695 permitía a Marín de Poveda hacer frente a los constantes atrasos del situado y a la nueva crisis que provocaba la supresión, en la práctica, del subsidio. Tal bonanza se basaba en el alto precio del trigo y en la calidad de las cosechas. Desgraciadamente, la de 1695 fué pésima, y el gobernador cometió la torpeza de suspender las exportaciones al Perú, con las consiguientes quiebras y trastornos inherentes a una gran crisis económica.

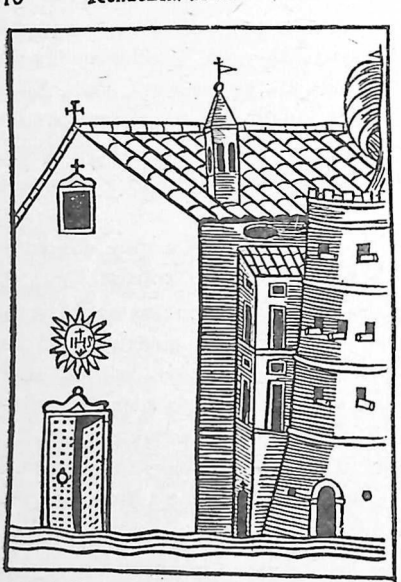


FIG. 165.—SEGÚN OVALLE, ANTERIOR, POR TANTO, A LA FUNDADA POR MARÍN DE POVEDA.

Conflictos de mando

En el ya endémico problema del conflicto de los mandos, Marín de Poveda demostró poseer menos dotes políticas que sus antecesores. Chocó con maestres de campo, proveedores, tesoreros y, en fin, con la Audiencia en pleno, en un estrepitoso conflicto que duró lo que su gobierno.

Don Tomás Marín de Poveda, una vez entregado el mando a su sucesor, don Francisco Ibáñez de Peralta, absuelto de los cargos sufridos en el juicio de residencia, demostró su cariño por esta tierra radicándose en Santiago, donde falleció el 8 de octubre de 1703.

XXII

Chile durante el siglo XVII. La Iglesia. El Gobierno. Determinación del carácter nacional. Los criollos y los cargos públicos.

La Iglesia

LA Iglesia chilena alcanzó en el curso del siglo XVII una madurez y una importancia tales, que, en cierto modo, la erigieron en orientadora de la vida espiritual de la colonia. Fray Juan Pérez de Espinosa, prelado franciscano que la dirigió entre 1601 y 1618, aparte de las numerosas contiendas que animaron su mandato, fué en el gobierno interior duro, honesto e inflexible en el cumplimiento del deber. Durante su episcopado se terminaron las obras de la catedral, monumento de cincuenta y seis metros de largo por veintidós y medio de ancho, de piedra de cantería y madera de alerce.

Don Francisco de Salcedo, designado obispo en reemplazo del señor Pérez de Espinosa, vió oscurecida su labor por la valentía con que informaba sobre el exceso de religiosos y otras corruptelas notorias. Estas noticias eclipsaron la figura egregia de fray Gaspar de Villarroel, orador notable que había predicado ante Felipe IV y escrito varias obras, entre las que destacaba su célebre "Gobierno Eclesiástico Pacífico" o "Los dos Cuchillos". El obispo Villarroel fué, como hemos visto, el héroe nacional del terremoto. Desde el cataclismo, su vida se canalizó en el esfuerzo por paliar la desgracia colectiva y remediar la miseria que acarreó. Durante el resto del siglo, el obispado de Santiago fué regido por prelados de menos fuste, que gastaron buena parte de sus energías en los conflictos con los otros poderes. Tal es el caso del guipuzcoano fray Diego de Humanzoro, que llena, con sus inestables reacciones y polémicas apasionadas, las páginas más tristes de la historia del episcopado chileno (fig. 155).

El obispado de Concepción era muy pobre, por la inseguridad de la vida fuera de las ciudades, y el señor Oré, que tenía más de santo que de administrador, sugirió al rey la conveniencia de agregarlo al de Santiago, idea que sostuvo con más fuego fray Dionisio Cimbrón, sin que, naturalmente, fuera llevada a cabo.

Las órdenes

Al comenzar el siglo XVII había en Chile cinco órdenes: dominicos, franciscanos, agustinos, mercedarios y jesuítas, con ciento noventa y un religiosos, sin incluir los de Cuyo. Apenas habían transcurrido veinte años ya sumaban cerca de doscientos sólo en Santiago. Pronto el clero regular aplastó al secular, no ciertamente por su mayor valer, salvo los jesuítas, sino porque acapararon la devoción de los fieles. Casi todos los testamentos iban a parar a su peculio,



FIG. 166.—FRAY GASPAR DE VILLARROEL.
(Museo Histórico Nacional.)

y la concentración de bienes era tal, que el señor Salcedo, repitiendo las quejas del señor Pérez de Espinosa, decía al rey: "A este paso, en poco tiempo más será toda la tierra de estas religiones si vuestra majestad no pone el remedio que conviene". * La influencia política y social corría parejas con la económica, incluso venciendo la autoridad del obispo y, por supuesto, la de la Audiencia. El mismo señor Salcedo insiste: "Ellos vencen cuantos pleitos hay en esta Audiencia, por ser tan validos de deudos y amigos, y tanto el decoro que les guardan los oidores —no sé si diga temor— que no hay Cabildo, proveimiento de oficios, encomiendas de indios, casamientos... en que no metan mano los frailes en perjuicio de otros que pueden menos, y es forzozo por ser tantos que busquen en qué entretenerse".

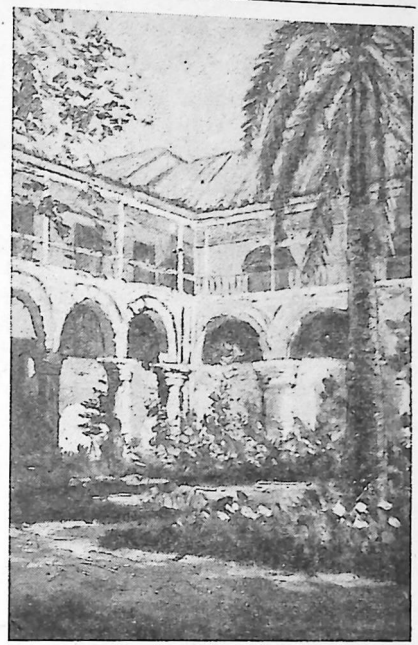


FIG. 167.—CLAUSTRO MAYOR DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO. (Oleo de Alvarez Urquieta. Museo Histórico Nacional.)

Los templos

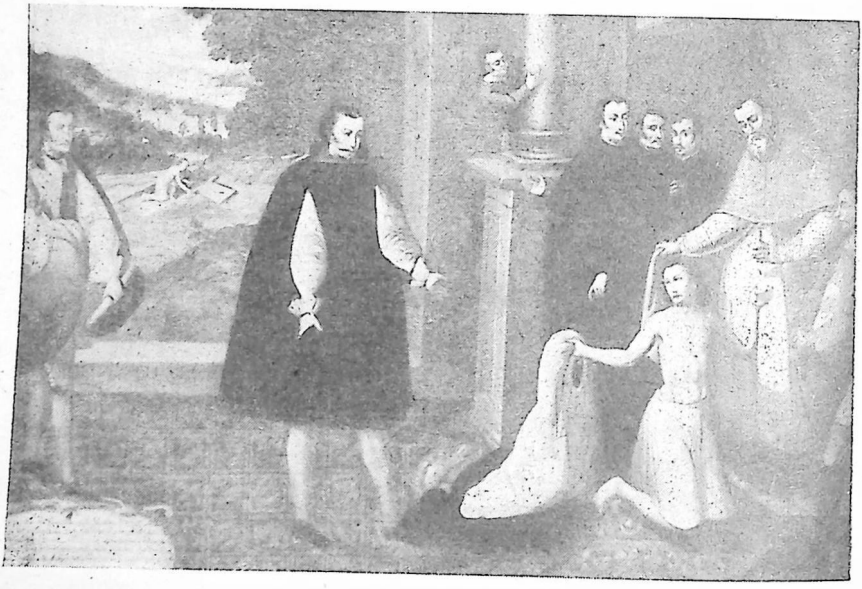
Todos los esfuerzos se aunaban cuando de levantar iglesias se trataba. En vísperas del terremoto de 1647 ya estaba terminado, además del templo de los jesuítas, la iglesia de Santo Domingo, de cal y ladrillo, con tres naves, quince capillas, un primoroso artesonado y una gradería de piedra "cual no la había más suntuosa en el palacio convento de El Escorial". La Merced era un modesto edificio de adobe y ladrillo, y San Francisco (fig. 167) se enorgullecía desde 1618 de su flamante torre, a prueba de terremotos. El templo de los agustinos, de pretensiones grandiosas, todavía estaba inconcluso. La catástrofe de 1647 arruinó casi todas estas iglesias, de tal modo que los esfuerzos se concentraron durante el resto del siglo en su reedificación, que perdura hasta nuestros días. Con el incremento del sentido místico, que las circunstancias multiplicaban en el curso del XVII, al final del siglo el número de religiosos, incluyendo coristas, legos y donados, frisaba en los seiscientos.

Como ha podido observarse en la ordenación cronológica que precede, la

* Carta de 20 de enero de 1630.

Por su valor como una de las más bellas muestras del arte religioso americano del siglo XVII, reproducimos en estas páginas cuatro cuadros de la serie





sobre la Vida de San Francisco, que exorna los claustros del Convento de San Francisco en Santiago. (Cf./ Apéndice sobre la Iconografía.) (Figs. 168 a 171.)





Las pendencias



FIG. 172.—UNA DE LAS NUMEROSAS OBRAS POLÉMICAS DERIVADAS DE LAS PENDENCIAS ENTRE LAS ÓRDENES.

crónica de los conventos acusó en Chile el espíritu belicoso de la época con caracteres violentos, en que las disensiones intestinas sólo las distraen las riñas con las demás órdenes. Es forzoso buscar las causas de tal actitud colectiva, no sólo en el juego inherente al carácter español, sino, y de modo muy especial, en el sistema de elección de provinciales, que alimentaba el espíritu de bandería, y en la materia prima misma del fraile, que, desde la Conquista, era duro, batallador y, fanático o indiferente, casi siempre ayuno de verdadera vida espiritual. Al principio, la pelea contra el indio en todo el territorio servía de desahogo al cúmulo de vitalidad acumulada; mas, desde que la guerra defensiva y la organización administrativa en Santiago los encerraron en sus conventos, volcaron la pasión y el exceso de energía en la más variada y extensa gama de rivalidades y peleas, casi siempre a brazo partido y con regueros de sangre en la contienda (fig. 172).

A los bochornosos incidentes ya relatados, cabría añadir, a modo de ejemplar símbolo, la brava lucha habida con motivo de un pleito entre la Audiencia y los franciscanos. Discrepando en un nombramiento de prelado para Chile, los frailes de esta orden desoyeron el mandato de la Audiencia, actitud que fué respondida por los ofendidos tapiando las salidas del convento para sitiar a los rebeldes por hambre. Los religiosos estaban bien premunidos de alimentos, en vista de lo cual los oidores ordenaron practicar una brecha y penetraron con la fuerza armada en el convento, apresando al comisario responsable y al rector del colegio de San Diego, con el escándalo y resonancia que es de suponer. El rey, a la postre, dió la razón a los frailes y condenó a los oidores en mil pesos de multa a cada uno y a reconstruir a su costa las murallas tapiadas y derribadas.

Con el recrudecimiento de las hostilidades, mercedarios, dominicos y franciscanos se aliaron contra agustinos y jesuítas; pero todos los choques palidecen en violencia comparados con el que sostuvieron los franciscanos contra las monjas clarisas. Al final hubo de intervenir la tropa, según relata el acta del Cabildo, "ofendiéndolas con las armas y a empellones, arrastrándolas por el suelo, y poniéndoles las manos en los rostros, arrastrándolas de los cabellos". Como el pueblo, alborotado, hiciera causa común con las religiosas, el combate acabó, naturalmente, concentrándose los disparos de la tropa contra las monjas y sus defensores.

Los jesuítas

La dualidad predominante en el carácter y en el espíritu de la Compañía de Jesús, esto es, el iluminismo y la consecución práctica de grandes aptitudes económicas, sagacidad política y malicia, ganó perfilados relieves en Chile. Su desarrollo fué muy rápido, pues, llegada a última hora, cuando ya las demás órdenes se habían establecido y dominaban el medio, en menos de veinte años tenía más poder que todas las demás fuerzas del reino unidas. Su prodigioso sentido de la organización jerárquica y de la disciplina actuaron sobre la ductilidad de conducta que les impulsaba a amoldarse al nuevo medio donde ha-

HISTORICA
RELACION
Del Reyno de CHILE
Y de las miſiones y miniſterios que exercita
en la Compañia de JESUS
A NUESTRO SEÑOR
JESU CHRISTO
DIOS HOMBRE
Y a la Santiſſima Virgen y Madre
MARIA
Señora del Cielo, y de la Tierra
y á los Santos
JOSEPH, JOACHIN, ANA
sus Padres y Abuelos
ALONSO DE OVALLE
De la Compañia de JESUS, natural de Santiago
de Chile, y su Procurador en Roma.

EN Roma por Francisco Caballo. M.DC.XLVI.

FIG. 173.—FACS. DE LA 1.ª ED. DE LA OBRA DE OVALLE.

Collegio de Santiago

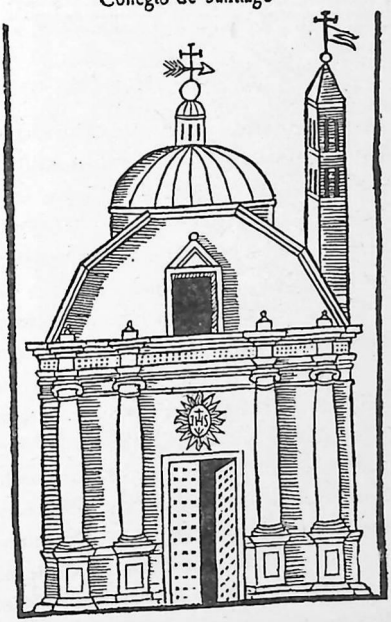
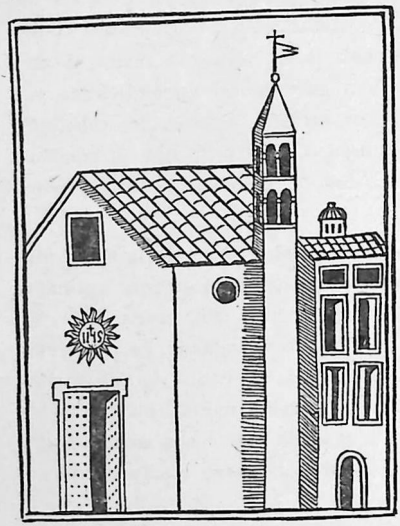


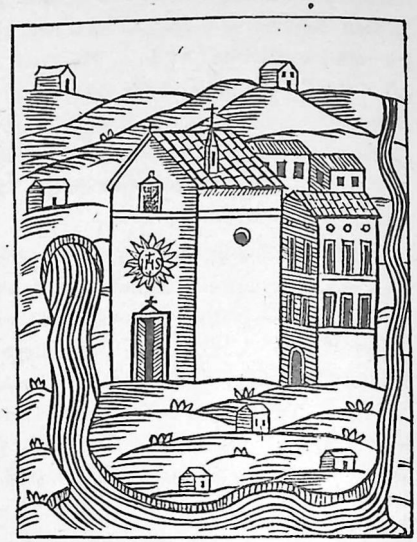
FIG. 174.—ILUSTRACIÓN DE LA MISMA.

4 Collegio de Mendoca.



LOs terminos delas miſiones de eſte Collegio podemos dezir, que ſon immenſurables, y ſin termino; como tambien lo ſon los trabajos, incomodidades, y moleſtias, que en ellas ſe padecen, por la ſaluacion delas almas.

Caſa de probacion de Bucalemo.



DE eſta caſa ſe ſale a miſsion, deſde Maypo haſta, Maule, que ſon treinta leguas de largo, y de circuito ciento, delas mas pobladas, de eſtancias de toda la tierra.

FIGS. 175 Y 176.—DE LA OBRA DEL P. OVALLE.

bían de desarrollar sus actividades, que se polarizaron en cinco direcciones definidas: primero, la reforma del culto y de las prácticas religiosas; segundo, la conversión de los indios mediante la catequesis, con la ayuda moral y material de reyes y gobernadores; tercero, el control de la guerra de Arauco para mejor desarrollo de la obra catequística; cuarto, el vigoroso impulso al progreso intelectual, dentro, naturalmente, de la más inflexible ortodoxia; quinto, la contribución básica al progreso económico del país, que supieron realizar con encomiástica habilidad, tanto en la agricultura como en las industrias.

Salvo en el caso anómalo del padre Valdivia, los jesuítas en Chile llevaron a la práctica con asombrosa perfección la línea política de mandar indirectamente por presión sobre las figuras con autoridad, disimulando todo lo posible tal influencia para evitar recelos y envidias y eludir responsabilidades. Los jesuítas defendieron en todo momento, como en el resto de América, la concepción igualitaria en la naturaleza espiritual del aborigen y del español, y su intento de reproducir en Chile el ensayo del Paraguay fracasó, no tanto por lo avanzado de la incipiente sociedad española colonial, sino por la resistencia contumaz del mapuche, que, además, al conservar la pureza de su san-

gre y el patrimonio espiritual hereditario, rechazaba el cristianismo con mayor violencia aún que el servicio personal. Cuando el padre Valdivia, aplicando justamente el dualismo místico-práctico jesuíta, toleraba a los caciques la poligamia en un rapto de heterodoxia inaudito, pudo comprobar que la resistencia mapuche era de fondo, no se limitaba a las concesiones transigentes circunstanciales. Nada expresa mejor esta actitud de obstinada rebeldía del araucano que el diálogo habido entre don Pedro Riquelme, gran amigo de los indios, y el cacique Vilumilla, a quien los españoles solicitaban el envío de sus hijos al colegio jesuíta de Chillán para educarlos. "Serán hombres —le decía Riquelme—, sabrán leer y escribir, como los españoles, y alcanzarán el sacerdocio." A lo que respondió Vilumilla, en nombre de los caciques reunidos: "Sabiendo leer y escribir, ¿mudarán del color de cobre que tienen?... A nuestros ascendientes ¿les hizo falta el saber leer y escribir y el sacerdocio para ser hombres y para ser respetados de sus mismos conquistadores? No, por cierto. Sin letras y sin sacerdocio sabemos defender nuestra libertad y nuestras costumbres". * Refiere el padre Rosales que se solía tropezar con gran re-

* Carvallo y Goyeneche.

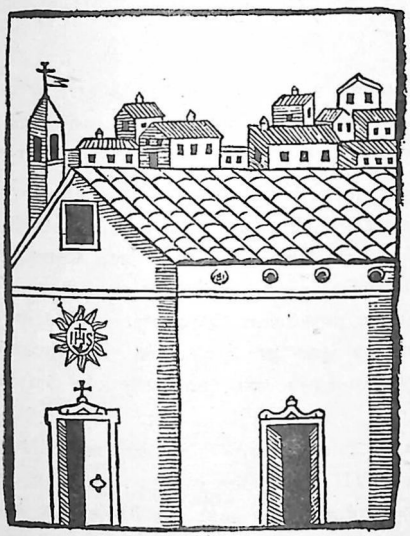


FIG. 177.—SEGÚN OVALLE.

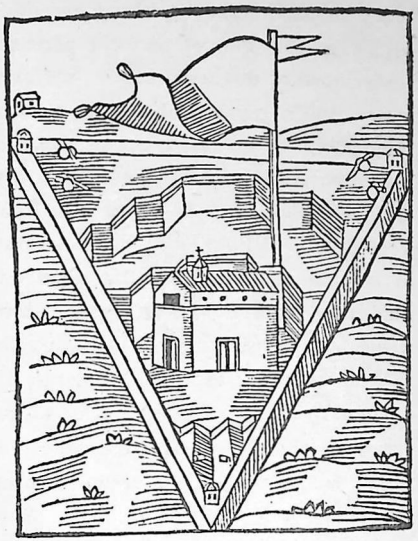


FIG. 178.—IMAGEN VENERADA POR LOS INDÍGENAS, SEGÚN EL PADRE OVALLE.

SYNODO
DIOCESANA
CON LA CARTA PASTORAL CONvocatoria para ellaY otra en orden, a la paga de los Diezmos.
CELEBROLA
EL ILL^mo Y REV^mo. S^er. D^or. M^tro.
Don Fray Bernardo Carrasco de
Saavedra Obispo de Santiago
de Chile del Consejo de su
Magestad, en la Iglesia
Cathedral de dicha
Ciudad.
A QVE SE DIO PRINCIPIO DOMINgo diez, y ocho de Enero de mil y seiscientos y ochenta, y ocho años, y se publicò en en dos de Mayo de dicho año.

Con licencia en Limaen, en la Imprenta de Iosepḥ de Contreras, y Alvarado. Año de 1691.

FIG. 179.—UNO DE LOS SINODOS CELEBRADOS DURANTE EL SIGLO XVII.



ESta casa está en la fortaleza de san Christobal, que es muy buena, y dentro de sus muros [illegible] soldados Españoles, ay muchos Indios christianos y gentiles, aquí [illegible] doctrinan nuestros Padres misioneros, y salen de aquí a Talcamahuida, [illegible] tienen tambien Yglesia, y a otras reduciones, y passando con grandes peligros de la vida.

FIG. 180.—SEGÚN EL P. OVALLE.

sistencia para bautizar a los indios condenados a muerte, "diciendo que si no habían de vivir para qué se habían de bautizar". Los testimonios son incontestes y numerosísimos: el mapuche, como raza, se disolvió en el mestizaje sin aceptar el cristianismo.

El nivel intelectual

Al finalizar el siglo XVII el fogueado clero chileno había subido notablemente en su nivel intelectual. En el sínodo celebrado por el obispo Carrasco (fig. 179) figuraron siete doctores, dos licenciados en teología y cuatro maestros de filosofía. Con frecuencia quedaban en provincias los preteridos de menos alcances. Frezier cuenta de un dominico que predicaba en Talcahuano sobre la amistad entre Santo Domingo y San Francisco, comparándola con la de Adonis y Cupido.

Es indudable que se ha exagerado en los juicios sobre la riqueza acumulada por las órdenes religiosas durante el siglo XVII. Salvo los jesuítas, ninguna de las restantes pudo llamarse rica, y como administraban mal sus haciendas, las rentas obtenidas, sumadas a las limosnas, apenas bastaban para mantener conventos, colegios y culto.

El Rey

Reverendo en Christo padre obispo de la ciudad de Santiago de la provincia del Chile de nuestro consejo. Salud y gracia. Sabed que nos, deseando como Rey y señor natural de estos reynos y señoríos entendiendo servir con cuidado al servicio de Dios nuestro señor y ensalzamiento de nuestra santa fe católica, hayamos proveído por inquisidores apostólicos contra la herética pravedad en estas provincias del Perú a los venerables doctor Andrés de Bustamante y licenciado Serván de Cerezuela, considerando lo mucho que importa a la cura de nuestro señor que en estas partes a donde fue servido que en estos tan nuevos tiempos se tendiese tan maravillosamente la predicación y doctrina de su santa evangelio, católica y sana y como la dicha fe se vaya arraigando en los corazones de los naturales de estas provincias y crezca en ellos el conocimiento de Dios nuestro señor y el celo de la inquisición, los cuales van a residir en estas provincias y en las cercanas a ellas del dicho santo oficio con los oficiales y ministros necesarios. Y porque cumple al servicio de nuestro señor y nuestro que en estas provincias y en todas las otras de la santa iglesia católica el santo oficio de la inquisición y los inquisidores y sus oficiales y ministros sean favorecidos y en tanta veneración y dignidad como es razón, todos los que supieren de nuestro señor y nuestro oficio de la inquisición

La Inquisición

La Inquisición no tuvo durante el siglo XVII en Chile el carácter despiadado e inflexible que en España y otras partes de su imperio. Los primeros comisarios le habían dado un tono de tolerancia y suavidad que se hizo tradicional, y su reflejo en la Historia trasciende más por las peleas entre los comisarios y las autoridades eclesiásticas que por la gravedad de los castigos impuestos a una herejía, que no tenía razón de ser ni por el ambiente ni por la época de acrisolada y colectiva fe religiosa. Casi todos los procesos hasta ahora conocidos se refieren a dobles matrimonios de mestizos, castigados con la pena de cien azotes y el destierro del lugar del delito (fig. 181).

Don Melchor Calderón fué el primer comisario del Santo Oficio que ejerció en Chile, y su carácter ecuánime y tranquilo sentó el precedente a que nos hemos referido en cuanto a la similar actitud de sus sucesores. Sin embargo, hubo de chocar, como era por cierto de prever, con el belicoso obispo Pérez de Espinosa. La trascendencia de la disputa fué enorme, pues, como si la sombra del formidable prelado pesara sobre la Inquisición en la posteridad, ya no levantó ésta cabeza durante el resto de la Colonia.

De no haber sido por la fanática contumacia del único reo que fué a dar a la hoguera, la Inquisición hubiera completado su tolerante actitud durante todo el siglo sin una pena capital. Doña Isabel Maldonado denunció al Santo Oficio a su hermano, el cirujano de Tucumán, hijo de un médico portugués, judío como la denunciante, mas, al parecer, no tan converso como ella. El acusado, Francisco Maldonado de Silva, había negado la virginidad de María. Se hicieron grandes esfuerzos porque Silva se retractara, sin conseguirlo. En Lima, al ser conminado para que jurara sobre la cruz, dijo: "Yo soy judío, señor, y profeso la ley de Moisés, y por ella he de vivir y morir, y si he de jurar, juraré por Dios vivo que hizo el cielo y la tierra y el Dios de Israel". Todos los empeños para hacerle abjurar fueron inútiles. Después de doce años de mazmorra inquisitorial, era quemado vivo en Lima, con los libros que había escrito amarrados al cuello.

Más revuelo, aunque mucha menos trascendencia, originó el proceso seguido contra el jesuíta Rafael Venegas, que solicitaba en el confesionario mujeres, algunas de "gente noble y principal y de mucha calidad, emparentada con lo mejor de este reino". Las nueve seducciones y cuatro tentativas fallidas no asustaron en la capital del virreinato. El jesuíta fué secretamente reprendido, y la pena, en definitiva, se redujo a la obligación de rezar el rosario todos los días.

Entre los comisarios que desfilaron por Santiago merece recordarse la figura del canónigo don Francisco Ramírez de León, oriundo de Chillán, que tuvo un sonado encuentro con el gobernador Meneses.



FIG. 182.—CRISTO DE AUTOR ANÓNIMO. SE CONSIDERA COMO LA IMAGEN MÁS ANTIGUA ENTRE LAS CONSERVADAS EN CHILE. (Foto Archivo Zig-Zag.)

Determinación de las características nacionales

El ordenamiento del suceder histórico en Chile durante el siglo XVII nos presenta, a modo de suprema síntesis discursiva, la etapa más cruda en la permanente lucha que el español hubo de mantener en este país contra la naturaleza y contra un enemigo irreconciliable. Las catástrofes de índole varia se suceden, y el ascendiente del conquistador tiene que recomenzar una y otra vez la tarea de resucitar una civilización aniquilada: el desastre de Curalaba, los terremotos atroces del siglo, especialmente el del 13 de mayo de 1647; la gran sublevación de 1655, que arrasó los establecimientos españoles entre el Maule y el Bío-Bío; las pestes, las inundaciones...

El anverso de la medalla, y a la vez su consecuencia, es el delirio místico que con oscilaciones casi periódicas anima el siglo. La corte entregaba el mando del gobierno a los jesuítas, que pretendían hacer de Chile otro Paraguay, en abierta lucha con una sociedad ya formada y hostil a esta idea.

Mientras tanto, ya se ha cuajado, también, la raza. Los elementos étnicos puestos en contacto en el siglo XVI se funden en el XVII. Al estabilizarse la guerra de Arauco, gracias al situado y al ejército permanente, el germen de sociedad se convierte en un verdadero pueblo. La población española multiplica siete veces su volumen; las exportaciones se quintuplican; la actividad económica se independiza de la conquista y toma fisonomía propia con la casi desaparición de la minería, el estacionamiento de la industria fabril, la superproducción agrícola, que rebasa con creces las necesidades del consumo interno, y, por último, el desarrollo inimaginable de la ganadería. Hay una superabundancia alimenticia increíble. Ahora el problema no estriba en producir más alimentos, sino en traer quien los consuma. Y como corolario natural, el nivel se eleva hasta un grado todavía tosco y sencillo, pero muy distante ya del punto de partida.

La organización política basada en el establecimiento definitivo de la Audiencia, la supeditación efectiva de los gobernadores a los virreyes y a los monarcas, entrañaron una estabilidad que apenas se modificó en el siglo XVIII. El centro de la civilización, que Pedro de Valdivia llevara al sur, retornó a Santiago con la pérdida de las siete ciudades. Por último, en el XVII tomaron forma definida las fuerzas espirituales que van a animar la evolución histórica de los siglos XVIII y XIX. Puede, sin ambages, afirmarse que, desde el punto de vista del actual concepto de la Historia, el siglo XVII es el de mayor trascendencia en la de Chile.

La administración

El juicio histórico de nuestras generaciones ha reconocido con creces las bondades teóricas y prácticas de la administración española en América. La escala jerárquica del gobierno civil y de la administración la formaban el Consejo de Indias, con su anexo en la Casa de Contratación, de Sevilla; los virreyes



COMPENDIO
HISTORIAL DEL DESCVBRI-
miento, Conquista, y Guerra del Reyno de Chile, con
otros dos discursos. Vno de Auisos prudenciales en
las materias de gouierno y guerra. Y otro de
lo q̃ catolicamente, se deue sentir de la
Astrologia Iudiciaria.

DIRIGIDO ALEXmo S. CONDE DE CHIN-
chon, Virrey destos Reynos del Piru Tierra Firme
y Chile.

COMPVESTO POR EL CAPITAN
D. Melchor Xufrè del Aguila, natural
de la Villade Madrid.

Melchior hic telono Cœli cognatus volatur
Excelsum nidum sternuntibus què tulit.
Hæc capet, dignæ Comes, plaudent carmina fronti,
Sic quo æternum fama loquetur opus.

Ian tua Gorgoneis cedendis vertice montis,
Grata Iouis semper, fœmina fertur auis.
Lucis Apollineæ radijs circundata fulget
Dum tibi iam Phœbo, carmina docta linat.

Impresso en Lima: Con licencia del Señor Virrey
Por Frãcisco Gomez Pastrana. Año 1630.

RELACION
DE LOS SERVICIOS
QVE HIZO A SV MAGESTAD DEL REY
Don Felipe Segundo y Tercero, don Alonso de Sotomayor
del Abito de Santiago, y Comendador de Villamayor, del
Consejo de Guerra de Castilla: en los Estados de Flandes
y en las Prouincias de Chile, y Tierrafirme,
donde fue Capitan General, &c.

Dirigida al Rey Don Felipe III. nuestro señor.

Por el Licenciado Francisco Caro de Torres.



Año 1620.

CON PRIVILEGIO.

Impresso en Madrid por la viuda de Cosme Delgado.
Esta tassado en cien marauedis en papel.

FIGS. 183 Y 184.—MUESTRAS DE LA ABUNDANTE PRODUCCIÓN EN LA CRÓNICA DEL SIGLO XVII.

y gobernadores; las Audiencias, los Cabildos; los oficiales reales y los corregidores, gobernadores de plaza y otros funcionarios subalternos. No cabe en este resumen ahondar en la organización de todas y cada una de tales instituciones, algunas de las cuales, como, por ejemplo, la Casa de Contratación, hablan muy alto del desarrollo de los conocimientos científicos en la España del Renacimiento. Deberemos, por tanto, limitarnos a reseñar las atribuciones y deberes de los funcionarios que, de manera directa, atañen a la gobernación de Chile.

El gobierno

Resultaban los gobernadores, en la práctica, verdaderos jefes políticos en las provincias que no tenían virrey. Si, como en el caso de Chile, eran, además, presidentes de la Audiencia y capitanes generales, su autoridad correspondía a la de un virrey con pequeñas restricciones. También hubo en Chile un teniente de gobernador, que desempeñaba las funciones judiciales del gobernador hasta el establecimiento de la Real Audiencia, presidía el Cabildo y gobernaba en ausencia del titular. En 1626 estas atribuciones fueron traspasadas al corre-

gidor de Santiago. El gobierno civil abarcaba la facultad de nombrar y destituir a los empleados, excepto los que tenían nombramiento del rey; presidir los cabildos; otorgar concesiones de tierras y de indios, sujetas, no obstante, a la ratificación por la corona, y, en suma, ejercer el patronato en su aspecto interno o local en nombre del monarca. El sueldo del gobernador era de $ 5.000 de oro de minas al año (8.043 patacones).

En la escala referida, venían inmediatamente del virrey: el presidente, el gobernador y la Audiencia, los corregidores, los gobernadores de plaza, los oficiales reales, los cabildos y numerosos funcionarios subalternos.

La Audiencia

Las ordenanzas de la Audiencia de Santiago * establecían su composición con un presidente, "que ha de ser el mi gobernador y capitán general que al presente y adelante fuera dellas, y cuatro oidores, fiscal y los otros oficiales necesarios". El más antiguo tenía el título de oidor decano. La Audiencia de Santiago poseía la "misma autoridad y preeminencia que tiene cada una de

* Ordenanzas de 17 de febrero de 1609, que constaban de 324 artículos, agrupados en 22 capítulos. Vid. Vols. 3, 136 y 3.137 del Archivo de la Real Audiencia.

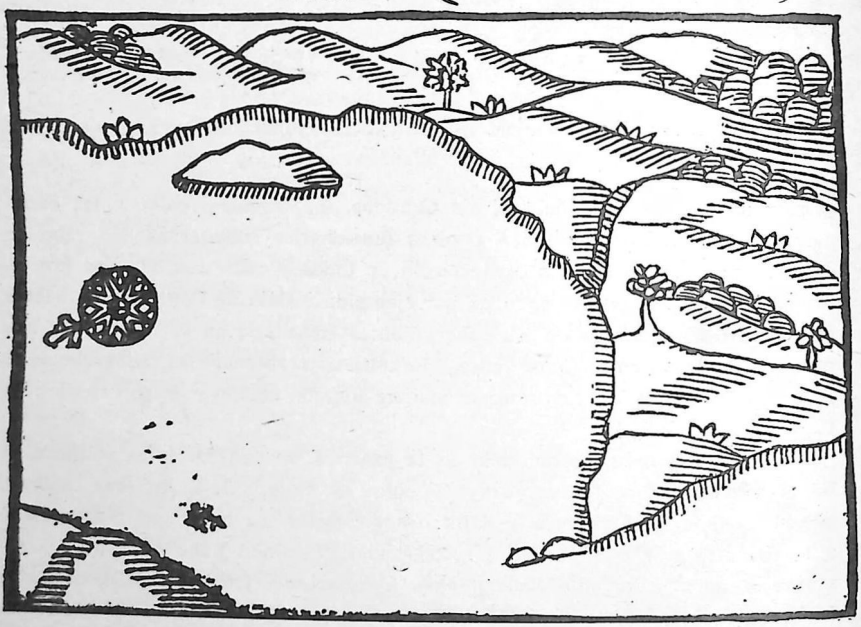


FIG. 185.—CROQUIS QUE ILUSTRA LA OBRA DEL P. OVALLE.

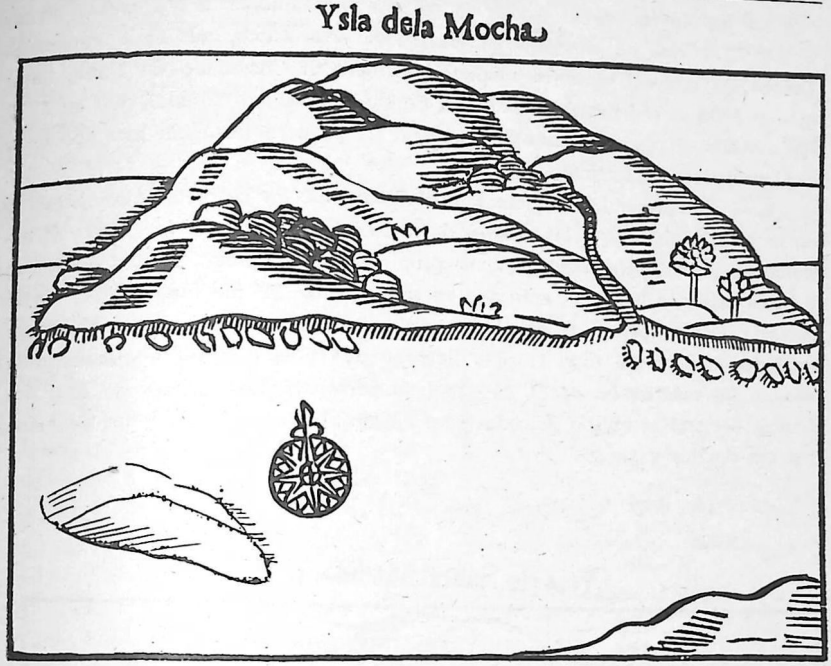


FIG. 186.—DE LA OBRA DEL P. OVALLE.

mis audiencias reales de Valladolid y Granada de estos mis reinos". En la máquina burocrática abultaba el papeleo la disposición según la cual los oidores debían dar cuenta al rey por carta de todos los asuntos de la gobernación. *

En el orden ejecutivo correspondían a la Audiencia el gobierno interino del país y el mando de Santiago en ausencia del presidente, atribuciones que no ejerció desde 1626, pues una real cédula había facultado a los gobernadores para designar sucesor, nombramiento que después extendía el virrey en pliegos cerrados anualmente. En el orden político, la Audiencia era órgano consultivo y, además, los agraviados por las determinaciones del presidente podían recurrir a ella, lo que dió natural motivo a la suma interminable de conflictos. En el orden religioso, su misión principal consistía en defender los derechos y preeminencias del rey sobre la Iglesia, prerrogativa que los oidores ejercían con verdadero deleite; además de su conocimiento en los recursos de fuerza, esto es, el alegato de agravios por los jueces eclesiásticos.

* Ley 6, título XVI, libro II, que reglamentan la forma y el orden de las cartas.

La jurisdicción de la Audiencia se extendía también a las causas civiles y criminales que no entraban en los fueros eclesiástico, militar o comercial. Las causas mercantiles correspondieron primero al Consulado de Lima, hasta que en 1708 se constituyó en Chile un diputado de aquel tribunal, que en 1737 fué elevado al rango de juez de comercio de primera instancia con apelación al Consulado del virreinato.

La corte pretendió infructuosamente mantener la correcta administración de la justicia aislando a los oidores de la sociedad en que vivían, hasta el extremo de prohibírseles casarse, tener propiedades o negocios, recibir obsequios y hasta asistir a bodas y entierros en su distrito. La mediana calidad de la mayoría de ellos separó su catadura moral de la de los presidentes, salvo raras excepciones. Durante todo el siglo llevaron una vida disoluta y ejercieron la justicia, las más de las veces, en beneficio personal. "Los oidores de esta Audiencia —decía el obispo Salcedo— no ejecutan más que lo que les conviene y a sus deudos y amigos". *

* Carta al rey, de 2 de mayo de 1626.

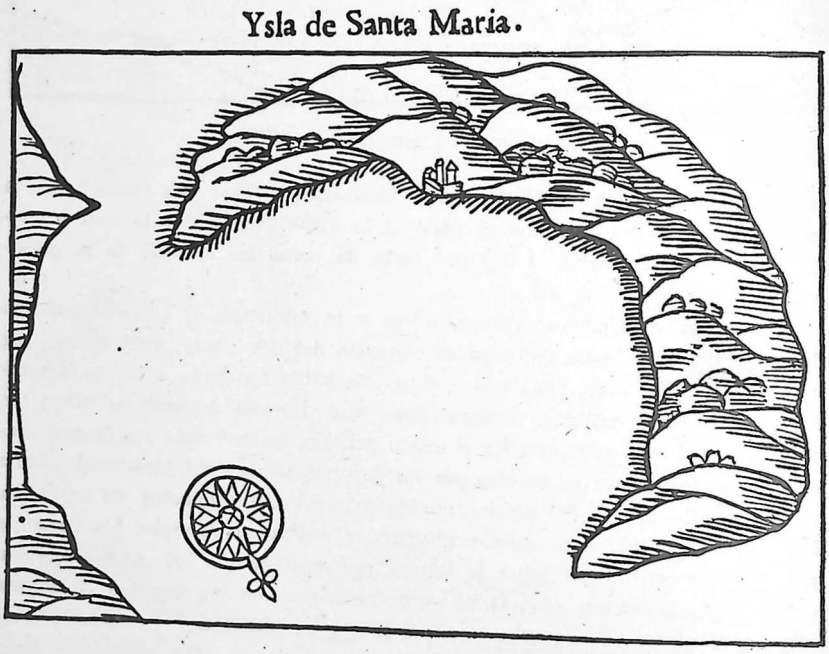


FIG. 187.—DE LA OBRA DEL P. OVALLE.

Historia de pendencias

Los ya tradicionales conflictos entre el gobernador y la Audiencia y entre las autoridades civiles y eclesiásticas en general movieron a Vicuña Mackenna, con su chispa ocurrente y directa, a sintetizar el gobierno del siglo XVII de esta manera: "Historia civil: pendencia de los presidentes con los diocesanos; historia eclesiástica: pendencia de los obispos con los presidentes; historia judicial: pendencia de la Real Audiencia con todo el mundo". * La paradoja apuntada por el insigne escritor refleja exactamente la intromisión de cada uno de los poderes en la órbita de los demás. Las peleas entre el gobernador y los oidores ganaron carácter de crónicas durante todo el siglo. Después de los choques con su propio decano don Luis Merlo de la Fuente, con don Lope de Ulloa y Lemos y don Luis Fernández de Córdoba, la tirantez llegó a tal extremo con don Pedro Osores de Ulloa, que éste pidió de nuevo la supresión de la Audiencia, porque juzgaba imposible gobernar con ella. En un informe sobre su intromisión en los asuntos militares, concluye diciéndole al rey: "Lo más importante, a mi pobre parecer, es quitarla, como lo hizo su santo abuelo de vuestra majestad". **

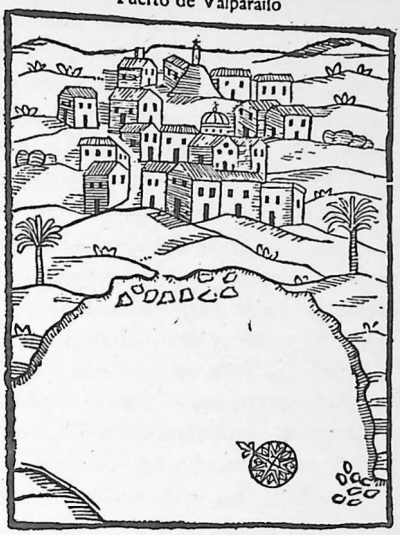


FIG. 188.—VALPARAÍSO A MEDIADOS DEL SIGLO XVII, SEGÚN OVALLE.

Las disputas entre los propios oidores no eran menos enconadas. El oidor De la Peña y Salazar denunciaba a su colega don Manuel León y Escobar con el estigma de sodomita. La acumulación de los cargos mutuos entre los oidores durante el siglo XVII llenaría nutridos volúmenes.

La dependenci administrativa

Teóricamente, la gobernación de Chile estaba por completo subordinada al virreinato del Perú. Algunos virreyes interpretaron la real cédula, según la cual los gobernadores debían "guardar, cumplir y ejecutar sus órdenes, y avisarle de todo lo que allí se ofreciese de consideración"... ***, como un nexo de subordinación absoluta. En la práctica las cosas ocurrieron de muy distinta

* "Historia de Santiago."

** Medina: "Documentos", T. 126. Nos. 2267, 2268 y 2269.

*** Real cédula de 11 de enero de 1589.

manera. Chile dependía, de hecho, del Perú por los refuerzos de hombres, por el situado y por su comercio exterior; pero el monarca casi siempre gobernaba la capitanía general directamente y, en repetidas ocasiones, desautorizando sin ambages a los virreyes. Las relaciones entre gobernadores y virreyes tal vez estarían mejor expresadas con el término supervigilancia que con el de dependencia. Es lógico suponer, por lo demás, que ellas oscilaron desde la tuición total hasta la total libertad, según el carácter de los funcionarios y las circunstancias que condicionaron sus mandatos.

Honradez y cordura

En general, el gobierno de Chile durante el siglo XVII fué cuerdo, honrado, progresista y semipatriarcal. Con el mismo calor con que estigmatizó las ininterrumpidas pendencias, señala Vicuña Mackenna que "fué Chile evidentemente, como colonia, el mejor administrado de los países dependientes de España"... "Para un insensato como el presidente Acuña, por ejemplo, y para un soldado temerario y casi demente, como Meneses, osténtase una sucesión de hombres considerables, probos, vigilantes, consagrados casi exclusivamente a la honra de su rey y a la suya propia."

La honradez y el sentido de la responsabilidad de estos gobernantes eran puestos a prueba sin cesar por el diluvio de reales cédulas y de órdenes expedidas por funcionarios y validos ignorantes de la realidad chilena, tan diferente de la del resto de América. Los gobernadores constantemente suplicaban las reales cédulas que pretendían aplicar en Chile una medida buena para México o Paraguay, y, cuando el monarca insistía, recurrían a increíbles estratagemas para salvar al país. En un esbozo de síntesis estimativa, puede juzgarse que el primer gobierno de Alonso de Ribera resolvió una situación desesperada y evitó la caída en un precipicio incalculable; Henríquez y Garro impulsaron las diferentes facetas del desarrollo social, actitudes que permitieron recuperar en veinte años el terreno perdido por la candidez de Oñez de Loyola y la estulticia de Acuña y Cabrera. Las grandes máculas en el período son la codicia desenfrenada del marqués de Baides, que hizo del gobierno sucursal de su tienda de comerciante, y la demencia, hoy esclarecida, de Meneses.

La administración financiera

La administración financiera estaba encomendada a los oficiales reales, que eran, en Chile, el tesorero y el contador como principales, y el factor y el veedor como completamentos, que rendían sus cuentas a la Audiencia o tribunal mayor de cuentas de Lima.

La complicada trama de impuestos que en España habíase acumulado con la decadencia de la crisis no llegó hasta Chile, en razón de la guerra de Arauco, los terremotos y los multiplicados desastres que lo eximieron del pago de impuestos durante los primeros tres cuartos del siglo XVII. El contador Fernando de la Guerra redactó el 1.º de abril de 1620 un informe que ilustra

sobre el rendimiento de los escasos impuestos que pesaban sobre los chilenos. *.

Las principales entradas eran las producidas por el obraje de paños de Melipilla y las haciendas del rey que había organizado Alonso de Ribera. ** En los cincuenta años siguientes no se modificaron apenas. Los quintos reales, base de los ingresos en el siglo XVI, habían desaparecido con los lavaderos. La pequeña minería no pagaba nada y los mineros del cobre los eludían por diversos procedimientos.

La alcabala gravaba la compraventa de muebles e inmuebles, las permutas, los arriendos, la imposición de censos y las donaciones con el cuatro por ciento de la operación. El almojarifazgo era un derecho de aduana que cargaba el cinco por ciento a la mercadería importada.

El antiguo derecho de composición de pulperías desapareció como los quintos reales y el impuesto de papel sellado producía muy poco. El democrático impuesto de la media anata gravaba los sueldos de los empleados que excedían de cincuenta ducados, salvo los de los eclesiásticos; mas sus entradas eran tan irregulares, que muchos años no representaban un solo peso.

La acumulación de medidas desordenadas había producido una anarquía total en la administración financiera de Chile, que un virrey intentó cortar, enviando al visitador don Pedro Fernández de Moreda, "sujeto muy hábil y experimentado en cosas de contaduría". Los oidores, lejos de facilitarle el trabajo, como el visitador encontrara claras anomalías, lo metieron en la cárcel, "donde el rigor acabó con su vida y la visita". *** El virrey no cejó en su sano empeño, y, durante el gobierno de Garro, se ordenaron al fin las rentas, que pronto llegaron a $ 44.000, y siguieron aumentando, hasta alcanzar, a fines del siglo, la suma de $ 90.130.

Los criollos y los cargos públicos

Corolario oportuno de la síntesis que antecede es la consideración crítica acerca del trillado tema de la opción de los criollos para el disfrute de los cargos públicos. Los reyes habían situado siempre en pie de absoluta igualdad a sus súbditos de España con los de América. Aun más, para afirmar el espíritu de protección americano, se establecía taxativamente que fuesen "preferidos los hijos y descendientes de los primeros descubridores de las Indias, y después

* En los nueve años transcurridos desde 1609 a 1618 los quintos reales produjeron $ 6.536.—, lo que da $ 728.— anuales; el almojarifazgo, $ 3.055.— ($ 339.— anuales); los dos novenos que correspondían a la corona en las diezmos $ 4.550.— ($ 506.— anuales); los oficios vendidos, $ 48.— ($ 5.— anuales). La entrada anual por concepto de tributo era, por tanto, de $ 1.578.—, más unos $ 35.— por penas de cámara.

** Entre 1607 y 1618, estos establecimientos produjeron: $ 13.970.— el obraje de Melipilla; $ 3.781.— el molino de Concepción; $ 53.192.— la estancia de Buena Esperanza, y $ 75.180.— la de Catentoa. En resumen, unos $ 12.177.— anuales.

*** Medina: Documentos, T. 235 y Memorias de los Virreyes.

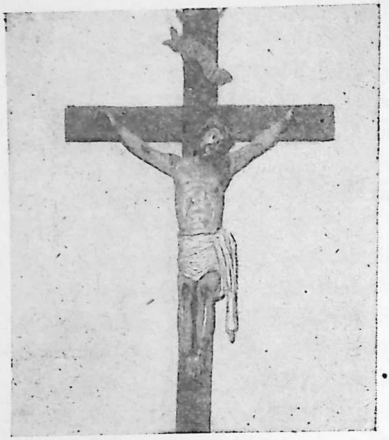


FIG. 189.— CRISTO OBSEQUIADO POR CARLOS V A LA PARROQUIA DE SANTA ANA.

los pacificadores (conquistadores) y pobladores y los que hayan nacido en aquellas provincias, porque nuestra voluntad es que los hijos naturales de ellas sean ocupados y premiados donde sirvieron sus antepasados". * Carlos II extendía la igualdad de derechos a los indios: "A los indios principales que llaman caciques y a sus descendientes se les deben todas preeminencias y honores... que se acostumbra conferir a los nobles hijos dálgos de Castilla... A los indios menos principales y descendientes de ellos..., también se les debe contribuir con todas las prerrogativas, dignidades y honras que gozan en España los limpios de sangre, que se llaman estado llano".

Es natural que el número de criollos en el ejército y en la Iglesia durante el siglo XVI y comienzos del XVII fuera reducido. Pero desde que los chilenos sobrepasaron en número a la población peninsular, en los dos últimos tercios del XVII, ocuparon la mayoría de los puestos altos en ambas instituciones. Entre los maestres de campo general, sargentos mayores y gobernadores de Valdivia, fueron criollos don Francisco y don Diego Bravo de Saravia, don Tomás Calderón, don Miguel Gómez de Silva y Morales, don Ignacio de la Carrera Iturgoyen, don Diego González Montero, don Alonso de Córdoba y Figueroa (hijo), don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, don Antonio Montero, Felipe de León y Francisco de la Carrera. Completan la lista un peruano y sólo cinco españoles peninsulares. Resalta más estos datos el hecho de que durante el siglo XVII el ejército estaba constituído en su mayor parte por tropas peruanas y españolas. Es lógico suponer que a los criollos chilenos les faltaran la escuela y la experiencia de aquellos oficiales que se habían distinguido en las guerras de Italia, Flandes, Navarra y Francia.

En el Cabildo eclesiástico dominaron siempre los chilenos. Tomando al azar un año cualquiera, el de 1635, cuando todavía los criollos no sobrepasaban mucho en número a los peninsulares, de nueve presbíteros que servían oficios en la catedral, siete eran criollos y los dos restantes habían llegado niños al país. Igual predicamento se observa en el clero y en la mayor parte de las

* Ley 14, Título II, Libro III, de la Recopilación de Leyes de Indias.

órdenes. De los catorce obispos que gobernaron la Iglesia chilena en el curso del siglo XVII, seis eran americanos, y de los diecisiete que la rigieron durante el XVIII, cuatro fueron chilenos, ocho de otras regiones americanas y sólo cinco iberos.

La comprobación de estos datos gana relieve si se tiene en cuenta la norma, feliz o desgraciada, de utilizar los servicios de todo funcionario fuera de su país de origen. Muchos letrados, militares y eclesiásticos chilenos ocuparon puestos de gran responsabilidad en las demás dependencias americanas. La extensa lista completaría varias páginas; baste señalar el caso de don Francisco Meneses y Saravia, gobernador del Nuevo Reino de Granada, y el hecho de que en un momento dado hubo diez obispos criollos que regían la Iglesia hispanoamericana. *

Las escasas manifestaciones de descontento que, al finalizar el siglo XVII, pretendían expresar el desagrado por la teórica preferencia que a los peninsulares se daba en la provisión de empleos son sólo algunas notas sueltas, absolutamente normales en todo pueblo y situación. No reflejaban un sentimiento hostil a España ni fueron factor de importancia como germen de la revolución de 1810. La animosidad entre españoles y criollos, que tomó cuerpo en el siglo siguiente, en el XVII no presenta el menor síntoma.

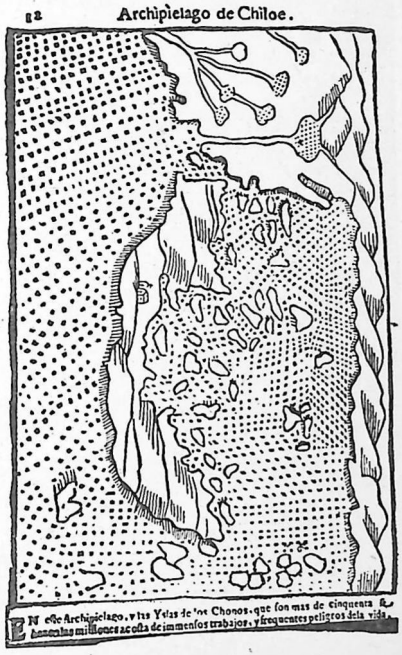
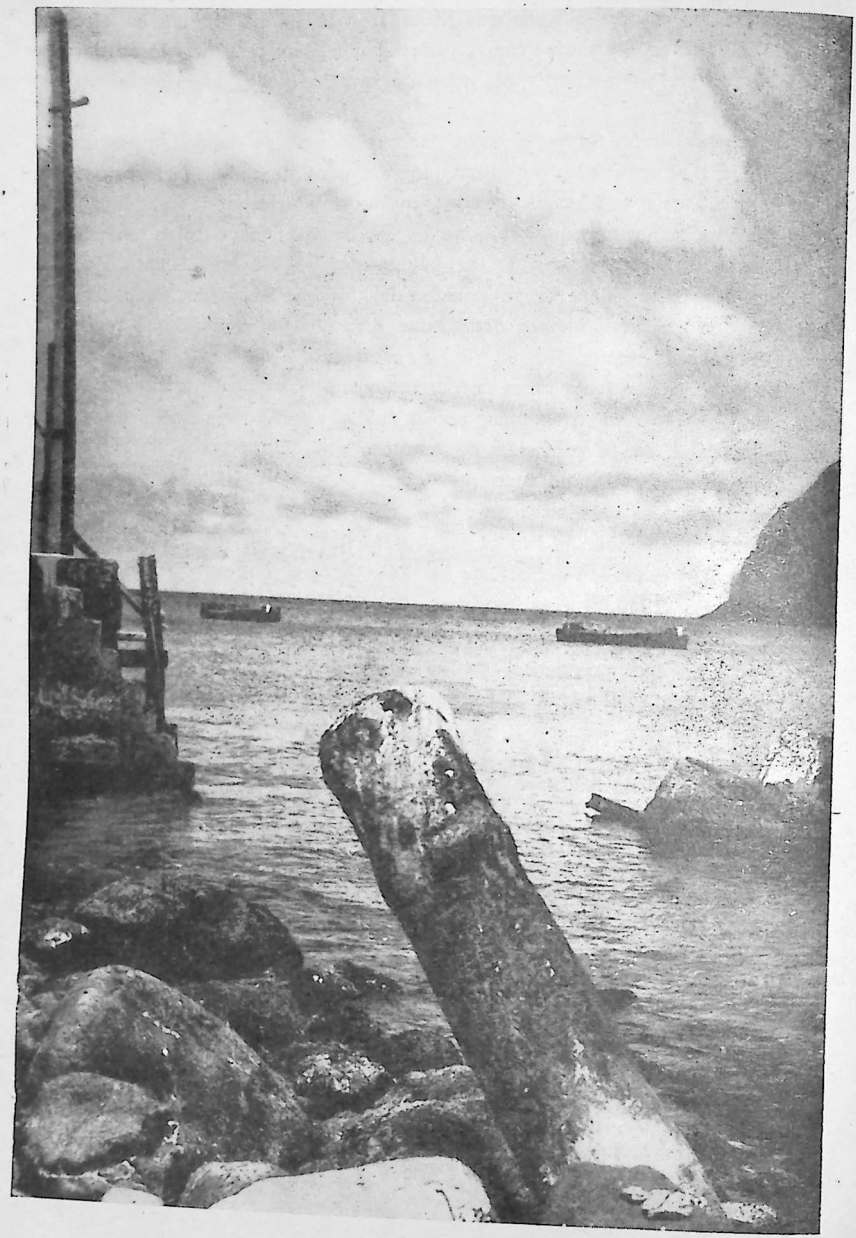


FIG. 190.—SEGÚN OVALLE.

* Tomando como ejemplo las tres primeras letras del alfabeto hallamos los nombres de los chilenos siguientes: Fray Pedro de Alvarado, que renunció a la mitra de Panamá para desempeñar el cargo de provincial de su orden en Chile; don Gaspar de Ahumada, teniente de capitán general; don Francisco de Avendaño, gobernador de Tucumán; don Diego Bravo de Saravia, almirante y capitán general de la flota que conducía a Panamá el tesoro real, y jefe de la infantería en Lima, con rango de gobernador; el franciscano Fray Alonso Briceño, obispo de Nicaragua y de Caracas; el doctor Francisco del Campo Godoy, obispo de Paraguay, Guamanga y Trujillo; el doctor Juan del Campo Godoy, oídor de la audiencia de la Plata; Juan Cortés Monroy, gobernador de Veragua.

FIG. 191.—RESTOS DE UN CAÑÓN ESPAÑOL EN JUAN FERNANDEZ. (Foto L. C.)



XXIII

Transición hacia el espíritu del Despotismo Ilustrado. Gobiernos de Ibáñez, de Peralta y de Ustáriz.

DEL conjunto de fenómenos que acabamos de analizar se desprenden las bases fundamentales en la estructuración del pueblo chileno durante el siglo XVII. El siglo del Despotismo Ilustrado, en cuanto se refiere al desarrollo social del país, va a continuar su evolución como corolario de las ventajas alcanzadas y de la madurez conseguida a costa de esfuerzo y energía. El único cambio profundo va a provocarlo el reflejo de una simbiosis peregrina que repele la variedad regional española a que oportunamente nos hemos referido: el ayuntamiento de castellanos y vascos que hará la revolución de la Independencia y gobernará la República durante más de un siglo. Sin embargo, tan básica mudanza en la estructura social de la colonia no desplaza el centro de gravedad de su formación del siglo XVII al XVIII.

Enlaza con el tipo de gobernador despreocupado que ensombreció la primera mitad de la Colonia la figura del sargento general de batalla, el madrileño don Francisco Ibáñez de Peralta, hombre inteligente, enérgico y realista, que, como el marqués de Baides, no venía a Chile a gobernar, sino a hacer fortuna. Inició su mandato rompiendo lanzas contra el Cabildo, al negarle el derecho de exigir su juramento ante la corporación, una vez realizada la ceremonia ante la Audiencia.

Don Francisco Ibáñez de Peralta

La relativa bonanza económica que cerraba el siglo había hecho crisis de nuevo con el atraso del situado. En 1699 las cajas de Potosí debían cinco anualidades, y los soldados, desnudos y hambrientos, se mantenían del merodeo o de la caridad pública, que las más de las veces forzaban en la punta de sus picas. Después de siete años y medio de desconfiada espera, llegó, por fin, una soldada en 1702. Ibáñez, que ya había perdido el prestigio de la novedad, que abría una carnicería por su cuenta y una tienda de pingües beneficios, que había vendido los cargos de su dependencia así como la renovación de las encomiendas, se guardó limpiamente los sueldos que le correspondían del situado. El veedor general, hombre correcto y funcionario íntegro, impugnó el reparto, actitud que le valió el arresto en Concepción. Indignada la tropa, promovié-ronse una serie de revueltas que, con la enseña de "¡Viva el rey y muera el mal gobierno!", estuvieron a punto de degenerar en guerra civil. En Arauco se levantó otro motín similar. Los sublevados marcharon a Concepción; mas

Atraso del situado. Motines en el sur

se disolvieron ante el fracaso de los de Yumbel, y, con un pequeño anticipo, parecían calmados los animos. No obstante, el malestar continuó fermentando y estalló el más violento de todos en febrero de 1703. Ibáñez, con sagacidad y audacia paralelas, lo socofó esta vez con fáciles promesas y cumplidas amenazas. Faltó a su palabra de ofrecido indulto e hizo dar garrote a varios oficiales que se habían acogido al asilo de las iglesias. Guarnecido por la oleada de indignación popular, el capitán José Marín de la Rosa, principal cabecilla, se había refugiado en otra iglesia del partido del Maule. Ibáñez le ofreció indulto por escrito, y, una vez entregado, le hizo dar garrote en Talca. Con semejante modus operandi, las sublevaciones fueron natural y violentamente sofocadas.

El corso francés

Con los albores del siglo, un nuevo quebradero de cabeza venía a sumarse a las responsabilidades y preocupaciones de los gobernadores. Merced a la alianza borbónica, la corte de Madrid autorizaba y protegía el corso francés contra ingleses y holandeses en todos los mares de las Indias, coyuntura que aquéllos utilizaban para llevar a cabo un contrabando impune. En 1704 llegaron a Concepción (fig. 192), cinco buques cargados de productos que, gracias al celo del corregidor de la ciudad, no pudieron mercar. Las primeras escaramuzas del contrabando francés lograron éxito en el Perú, y tentaron la

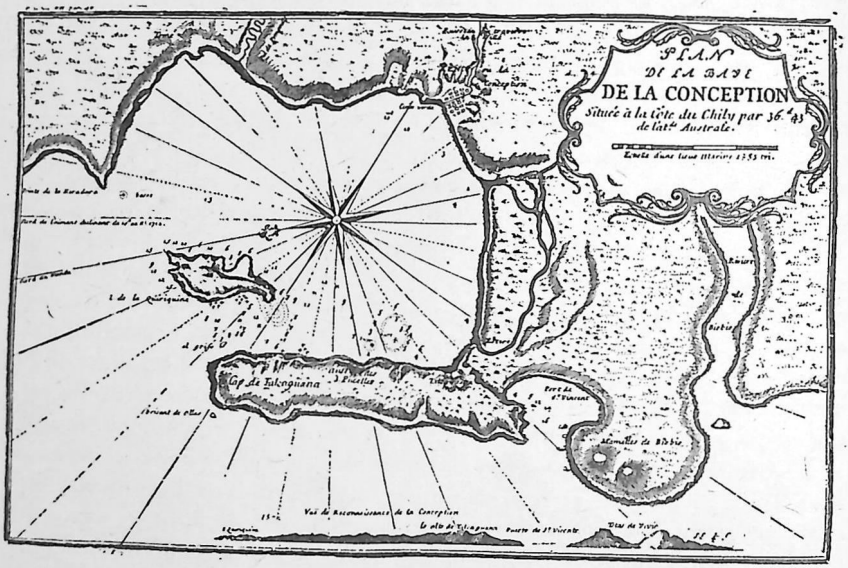


FIG. 192.—CONCEPCIÓN A COMIENZOS DEL SIGLO XVIII, SEGÚN FREZIER.

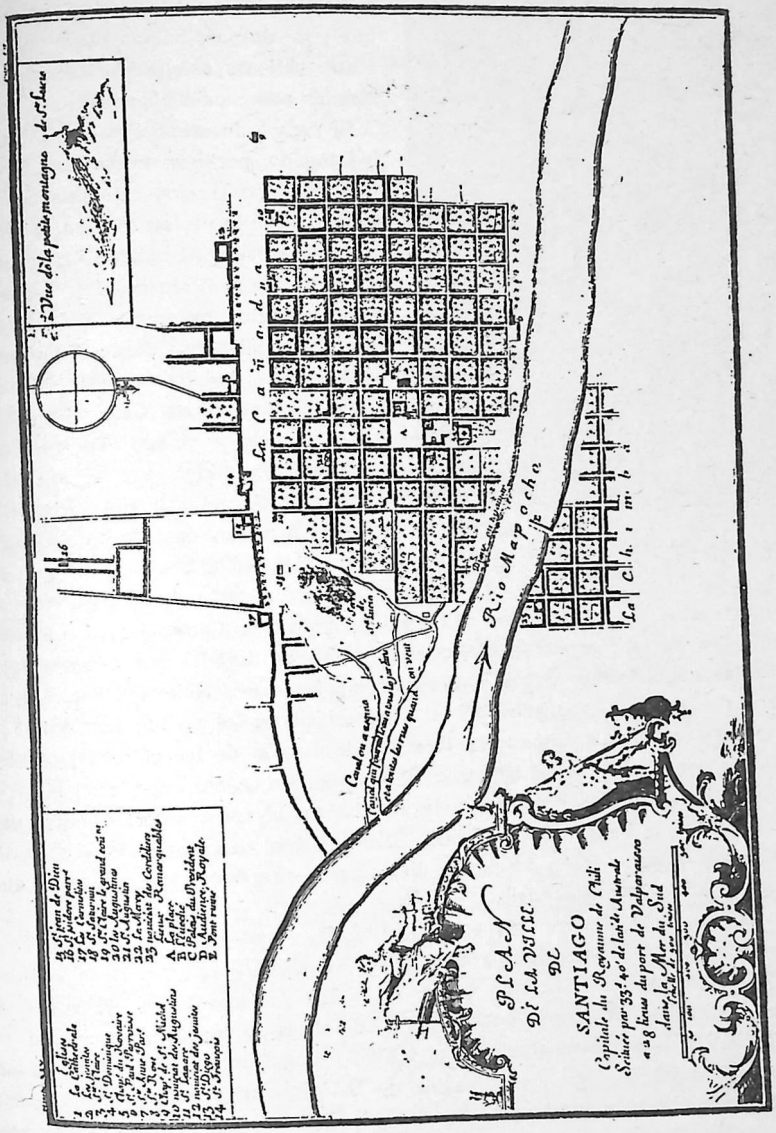


FIG. 193.—SANTIAGO, SEGÚN EL CROQUIS DE FREZIER DE 1712.



FIG. 194.—USTARIZ, COL. DE RETRATOS. SALA MEDINA (B. N.).

omienza la lucha comercial con el Perú

codicia de los armadores de Saint-Malo, que poco después habían de inundar las costas chilenas con productos manufacturados europeos a bajo precio.

El desarrollo económico de Chile había topado, por otra parte, con la mayor habilidad de los comerciantes peruanos y con la protección que el virrey otorgaba a éstos. Al antiguo intercambio mercantil entre Valparaíso y Lima se había añadido una corriente de importaciones clandestinas desde Filipinas y China, y otra, indulgentemente tolerada, desde Buenos Aires. Con ello, Chile, que continuaba enviando al Perú, único mercado consumidor, sus trigos, sebos, cordobanes y jarcias, había reducido las compras a menos de la mitad. Los buques de los armadores limeños que llevaban trigo o sebo hacían el viaje de venida vacíos y los patacones peruanos emigraban a Valparaíso, donde eran empleados en la compra de mercaderías españolas llegadas por Buenos Aires o en las adquisiciones a los contrabandistas franceses. Naturalmente, los comerciantes limeños, apoyados por el virrey, hicieron lo posible por evitar el comercio con Buenos Aires; mas la nueva aspiración de los chilenos, el libre comercio con España, va a actuar como estimulante en sus esfuerzos.

Las innumerables acusaciones levantadas en la corte contra Ibáñez movieron, al fin, a Felipe V a relevarlo. Ibáñez, pobre, desprestigiado y solo, ingresó en la Compañía de Jesús, sin duda con el propósito de acabar sus días en buena armonía con el cielo.

n Juan Andrés de Ustáriz

La transición del espíritu austero, ascético y enérgico del siglo XVII a la ordenación y eficiencia administrativa del XVIII apunta en Chile un repetido fenómeno histórico en cuanto a la fijación cronológica de sus divisiones. Ibáñez es el último gobernador que refleja la mentalidad chilena en el siglo XVII. Las nuevas corrientes del Despotismo Ilustrado va a encarnarlas, como esbozo inicial, don Juan Andrés de Ustáriz, antiguo comerciante vasco que fundamenta su gobierno en las bases de una correcta administración económica (fig. 194).

Desgraciadamente, Ustáriz era también inmoral. Sin tan negativa tara, su carácter prudente y sensato habría simbolizado el ideario que después va a

representar el arquetipo del aristócrata vasco en Chile. El nuevo gobernante rompía, además, una tradición que se había hecho endémica: no era hombre de armas. "Miraban a este caballero con desagrado y con desprecio, porque no era militar." *

Como su antecesor inmediato, inició Ustáriz su gobierno en violento choque con el Cabildo. Se negó a prestar juramento, y el conflicto hubiera terminado sin duda mal de no distraerse la atención pública con la noticia de la llegada al Pacífico de una expedición corsaria. Era la que mandaba Woodes Rogers, con el célebre bucanero Guillermo Dampier (fig. 195), que en Juan Fernández recogió al que poco después se haría célebre al encarnar la figura que Defoe inmortalizó en su "Robinson Crusoe" (figs. 196 a 198 y 200).



FIG. 195.—COMBATE ENTRE LAS NAVES CORSARIAS Y GALEONES ESPAÑOLES. (De los Viajes de Rogers.)

Aventura real d Robinson Cruso

Alejandro Selkirk, natural de Largo, condado de Five, en Escocia, se había enrolado en varias expediciones corsarias del Caribe. Después de una pelea irreconciliable con el contramaestre de la nave "Cinq Ports", decidió quedarse en la isla Más a Tierra de las Juan Fernández, en espera de que otro buque inglés lo devolviera al mundo civilizado. Desembarcó provisto sólo de un baúl con útiles, un fusil, un hacha, un cuchillo, pólvora y balas, un caldero, un poco de tabaco y una Biblia. El relato de sus aventuras, que duraron cuatro años y cuatro meses de completa soledad, fué recogido después en Inglaterra, coincidente con los diarios del propio Rogers y de Cook.

Los primeros días fueron de desesperanza y arrepentimiento. Mas, poco a poco, el instinto de conservación le hizo amoldar su vida al escenario de su soledad. Levantó dos chozas, una para vivir y otra para cocinar. Se alimentaba de pescado y carne de cabra, y cuando los recursos desembarcados se agotaron, fabricóse sus vestiduras con pieles de aquellos animales. Es interesantísimo el proceso de su transmutación psicológica. El eremítico aislamiento, ayu-

* Carvallo y Goyeneche.

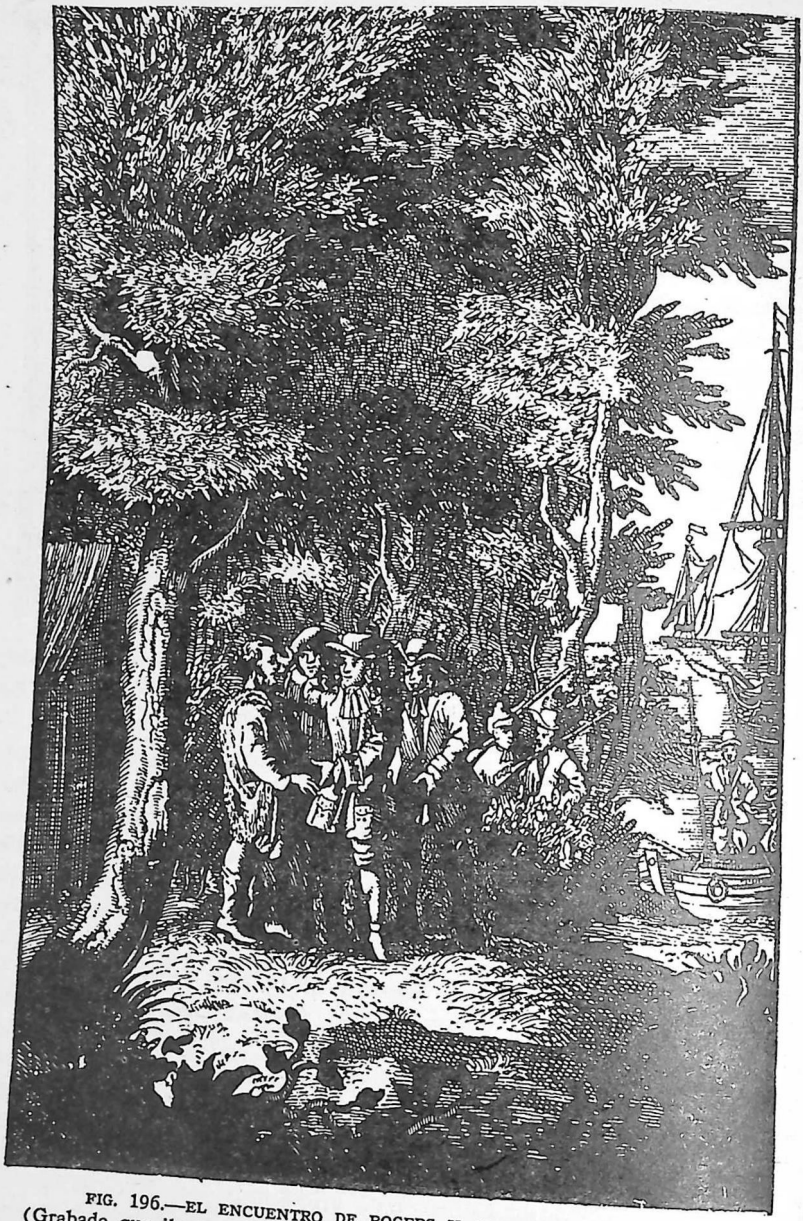


FIG. 196.—EL ENCUENTRO DE ROGERS Y SELKIRK.
(Grabado que ilustra el viaje del primero. Amsterdam, 1716.)

dado por la Biblia, convirtió a un desalmado sin conciencia en un perfecto místico que repetiría en Escocia, como un latiguillo obligado: *"Oh, my beloved Island. I had never left thee"*.

Selkirk en Juan Fernández

El autor de este resumen ha vivido un mes en la isla de Juan Fernández, recorriendo los parajes bellísimos que fueron escenario de la aventura de Alejandro Selkirk. La búsqueda de tradiciones orales entre los isleños y el análisis de los documentos y de la bibliografía sobre el personaje permiten rectificar varias afirmaciones consideradas hasta ahora como fidedignas. Desde luego, es falsa la leyenda de que Selkirk habitó una gruta, denominada, para satisfacer las frívolas indagaciones de los turistas, la "Gruta de Robinson", sita en el puerto del Inglés. La principal preocupación del solitario ex pirata estribaba en alejarse todo lo posible de los lugares donde pudieran desembarcar españoles o chilenos. Además, el tal puerto es un páramo, alejado de la zona vegetal. Sin duda, Selkirk construyó las dos chozas de que hablan los relatos de Cook y Rogers cerca del admirable promontorio llamado el "Mirador de Selkirk", que domina la isla.

Recientes investigaciones demuestran, por otra parte, que Defoe conoció a Selkirk. El regreso a Inglaterra del eremita forzado repercutió de manera



FIG. 197.—SELKIRK ENTRETIENE SUS OCIOS ENSEÑANDO A BAILAR A LAS CABRAS DE JUAN FERNÁNDEZ.
(Grabado de la Colección de Viajes, publicada en Londres, 1768.)



FIG. 198.—REPRESENTACIÓN CARACTERÍSTICA DE SELKIRK. (Grabado de la época.)

extraordinaria en la incipiente prensa británica. Daniel Defoe atravesaba a la sazón una crisis muy comprensible, si se tiene en cuenta que acababa de librar de la horca, perseguido por sus avanzadas ideas, cuando el verdugo lo tenía ya "con la soga al cuello". El no menos aventurero panfletario halló en la epopeya de la isla chilena la horma del zapato que buscaba. Se entrevistó en Largo con su héroe y tejió una novela, adornando las reales vicisitudes con fantasías de su amaño que, aunque llevaran el escenario a la boca del Orinoco e incorporaran al célebre Viernes, al loro parlanchín y a los caníbales con sus danzas exóticas, no priva a Juan Fernández del derecho histórico que como decoración primigenia le corresponde. El antecedente roussoniano estaba hecho. Defoe sólo le dió forma literaria. No en vano el propio Rousseau aconsejaba a su "Emilio" que tuviera el "Robinson Crusoe" como libro de cabecera. *

El contrabando

La complacencia de los Borbones españoles hacia los corsarios franceses en el Pacífico había estimulado a los armadores de Saint-Malo. El ingeniero francés Frezier, que venía en uno de los barcos contrabandistas, señala que hacia 1714 se dedicaban más de quince naves francesas a tales menesteres. En 1715 había en el Pacífico cuarenta buques mercantes de esa nación.

A pesar de los esfuerzos de las autoridades, el contrabando se efectuaba con entera libertad. Pronto la abundancia de productos saturó el mercado y los precios bajaron a ojos vistas. Los franceses, al radicarse en el país, formaron una verdadera colonia omnipotente en Concepción. Los primeros contrabandos favorecieron a la economía chilena, porque la abastecían a precios bajos de productos europeos muy escasos en América. Mas, a la larga, los contrabandistas franceses se llevaban el oro y la plata de los chilenos, sobre todo los de la ya antigua y siempre imprevisora aristocracia colonial. El fenómeno tiene

* Vid. A. Reuze: "La Vie d'Alexander Selkirk", París, 1935. Vicuña Mackenna: "Juan Fernández". L. C.: "En torno a la legitimidad histórica de Robinson Crusoe", en "La Nación", de Buenos Aires, 12-III-50. (Nota de L. C.)

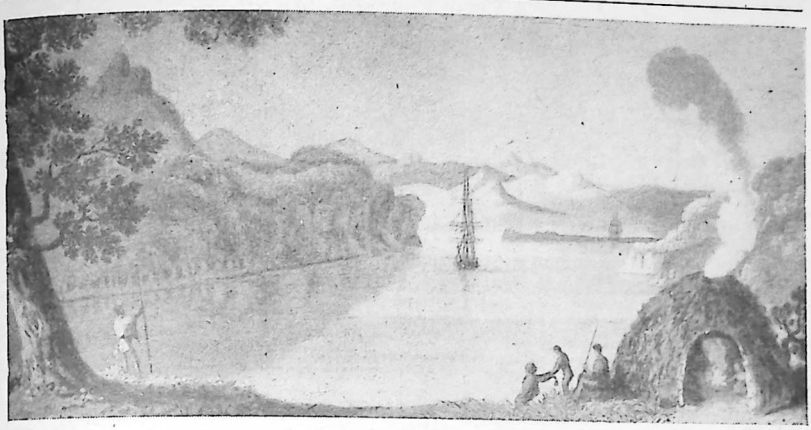


FIG. 199.—NAVES INGLESAS CERCA DEL CABO DE HORNOS. (Según Webster.)

gran trascendencia, porque precipitó su desplazamiento del poder y de la riqueza por el vasco recién llegado..

Más capitanes que soldados

Entre los muchos cargos que se le hicieron a Ustáriz se destaca su contribución a la ruina del ejército: para congraciarse con los militares, nombró nada menos que 364 capitanes y 530 cabos. En 1713 había en Chile 650 capitanes, 350 tenientes y alféreces graduados y reformados, y... ¡150 soldados!

El descrédito y la ruina de Ustáriz

La paz interior, hábilmente trabajada por Ustáriz con un gran parlamento celebrado en Tapihue, le permitió dedicarse con eficiencia al desarrollo de las obras públicas: empedró varias calles de Santiago; levantó el edificio en la plaza que después se conoció como "Palacio del Gobernador"; algunas salas de la Audiencia; mejoró el hospital y satisfizo una antigua aspiración: la Casa de Recogidas.

Con todo, su desprestigio con el comercio descarado y la venal tolerancia con los contrabandistas franceses (se probó en el juicio de residencia que cobraba una prima del 6% sobre las ventas) acumularon las protestas que obligaron al virrey a destituírlo y nombrar interinamente al oidor de la Audiencia de Lima don José de Santiago Concha.

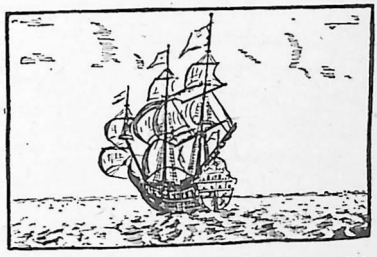


FIG. 200.—LA NAVE CAPITANA DE ROGERS, EN LA CUAL REGRESÓ SELKIRK AL MUNDO CIVILIZADO. (De los Viajes de Rogers.)

En el juicio de residencia, los acusadores se ensañaron con el caído, que reconocía la mayor parte de los cargos. Ustáriz moría de amargura el 19 de mayo de 1718.

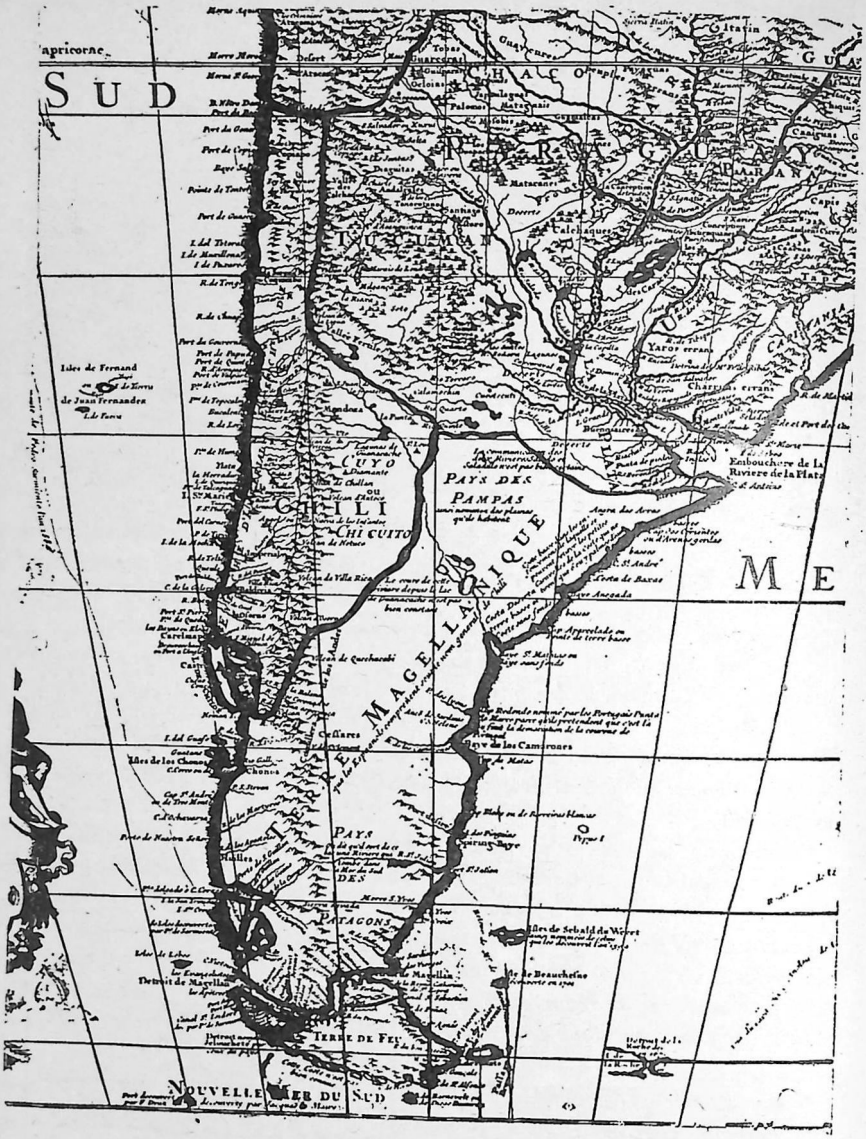


FIG. 201.—EL CONCEPTO CARTOGRÁFICO DE LA PARTE AUSTRAL DE AMÉRICA A COMIENZOS DEL SIGLO XVIII. (Nótese la explicación a la línea de "Tierra Magallánica", que los españoles incluyen bajo el nombre general de Chile.)

XXIV

La ilustración en Chile. Gobierno de Cano y Aponte. Los "capitanes de amigos". El terremoto de 1730.

CON el mando de don Gabriel Cano y Aponte, la Colonia en Chile inicia una serie casi ininterrumpida de gobernadores inteligentes, activos y liberales, que van a incubar la madurez política y administrativa definidora de esta preciosa cualidad social que separa históricamente a Chile de sus hermanas continentales.

Cano y Aponte poseía, sin duda, la personalidad más fascinadora entre la de todos los mandatarios coloniales de Chile. Alegre, dicharachero, siempre envuelto en aventuras galantes, valeroso y desprendido, de modales pulcros y trato seductor, su fastuosidad perduró durante más de un siglo en el recuerdo de los chilenos.

Cano venía dispuesto a terminar con el contrabando y la piratería, objetivos que no pudo lograr, por cierto, en la magnitud propuesta, pues a los negocios de los franceses pronto se añadió el de los holandeses e ingleses. Jacobo Roggaween pasó por Chile sin lograr la venta de sus mercaderías, y el corsario británico Shelvocke, teniente de la marina real, fué rechazado en Concepción a balazos.

Paz en Arauco

Las profundas alteraciones ácaecidas con el mestizaje mapuche habían asentado una paz en Arauco que duraba ya más de treinta años. Los jesuítas trocaron la política de evangelización ortodoxa por otra más flexible que permitía a los indios la poligamia, las borracheras y las prácticas ancestrales, actitud que era correspondida por ellos al hospedarlos en sus casas, respetar las iglesias y permitirles bautizar a los niños a cambio de chaquiras y otros obsequios. Tanto la estimación manifiesta por los misioneros como el contacto pacífico con las guarniciones de los fuertes crearon una corriente de acercamiento del indio al español, aceptando su acción civilizadora. De la necesidad creada entre los araucanos por los gustos y utensilios europeos surgió un verdadero intercambio comercial en que se trocaban animales, lanas, tejidos, por hachas, cuchillos, adornos, aguardiente y vino. Audaces comerciantes españoles se internaban entre las tribus mapuches vendiendo sus cachivaches con grandes utilidades. Claro está que, cuando podían, explotaban a mansalva al indígena, lo que traía a veces como consecuencia la muerte del temerario. A decir verdad,



FIG. 202.—COMERCIANTES EUROPEOS EN ARAUCO, SEGÚN SMITH.

estos incidentes eran muy esporádicos; en general, el comercio se desarrollaba con beneplácito de los indios y a solicitud de ellos.

Los "capitanes de amigos"

Al calor de tan amistosas relaciones habían creado los gobernadores un verdadero cuerpo de funcionarios llamados capitanes de amigos, que debían vigilar y mantener en orden las tribus afectas. Los había, como de humana condición, justicieros y correctos, y también codiciosos sin entrañas que expoliaban a mansalva a sus "protegidos". Con el sano criterio de su ética realista, los indios estimaban con exageración a los buenos y se tomaban la venganza por su mano en los malos, concitándose para asesinarlos. Las alternativas de la nueva situación, sumadas al resurgimiento del potencial militar mapuche durante la larga paz, manifestaban alarmantes señales de revuelta, que culminaron con el asesinato del capitán de amigos más odiado de la comarca, Pascual Delgado. Si bien los alzamientos no presentaban el carácter de las antiguas rebeliones generales, la población criolla y española se alarmó tanto, que Cano y Aponte puso en pie un ejército de 4.000 hombres, el más numeroso que había marchado en el país, pero de pésima calidad para el combate. No fué éste necesario, pues el gobernador resolvió retirar los fuertes a la línea del Bío-Bío, con lo que se afirmó la frontera y se puso fin, también, a la obra civilizadora a que acabamos de referirnos.

El parlamento de Negrete

Directamente impulsado por las órdenes de Felipe V, Cano trató con suavidad a los indios sublevados, con lo que éstos pidieron pronto las paces y la vuelta a las buenas relaciones de antaño, selladas ambas en el nuevo

parlamento de Negrete. Las obligaciones de los indios eran las ya seculares: reconocer vasallaje al rey de España y aceptar la evangelización y militarización de la zona. Intentó entonces Cano y Aponte el ensayo de dos o tres ferias al año, para reunir todos los productos que mapuches y españoles quisieran trocar.

Alegrías y toros. Progreso material

El espíritu emprendedor y dinámico de Cano y Aponte hubo de canalizarse, al iniciar su gobierno, a través de la paz definitiva de Arauco y la lucha por paliar el contrabando. Su afición por los ejercicios de caballería, su carácter aventurero y galante, actuaban mientras tanto como estímulo en la génesis de una mentalidad ciudadana en el apartado Santiago, tan ajeno al bullicio de las capitales europeas y aun de la vida descocada y alegre de la Lima virreinal. Se multiplicaron, por tanto, las corridas de toros, los juegos de cañas, cabeza, sortijas y estafermo, y, muy especialmente, las carreras de caballos, pasión incorregible en el mandatario. No fué todo ello obstáculo para que se preocupase Cano, siguiendo una actitud similar a la de Henríquez en el siglo anterior, del progreso material del país, a pesar de la escasez de recursos. Tomó medidas para prevenir los incendios en Santiago, contrató el aseo de la ciudad, que, al parecer, era poco menos que un basural, y resolvió un antiguo problema edilicio al fundar un cementerio para los pobres, una



FIG. 203.—ALEGRÍAS POPULARES, SEGÚN FAMIN.



FIG. 204.—RUINAS EN CONCEPCIÓN. (De los Viajes de Dumont D'Urville.)

cuadra y media al norte de la plaza, con lo que se evitó el crecimiento de una serie de pequeños camposantos que ya constituían un gran peligro para la salud pública.

Su iniciativa resucitó los proyectos de la fábrica del canal del Maipo y se afanó por el logro de una universidad, conquista que en gran parte se debe a sus desvelos, aunque no pudo él llevarla a cabo en su largo mandato.

El gran terremoto de 1730

La permanente amenaza con que el medio condicionaba la vida de los chilenos sacudió de nuevo las angustias de los pobladores con el gran terremoto del 8 de julio de 1730. Seis años antes ya se había sentido un temblor que agrietó algunas murallas de Santiago y parecía anunciar otro período de gran sismicidad. Hacia la una de la madrugada del 8 de julio de 1730, sacudió a la ciudad un golpe violento, que, con la alarma imaginable, hizo que sus habitantes se refugiaran en los ranchos del último patio de las casas, el "patio de los temblores". A las 4,45 de la madrugada se produjo el terremoto, "tan espantoso que no daba lugar el movimiento de la tierra a mantenerse en pie a ninguno de sus habitadores". Se sucedieron las sacudidas, casi sin interrupción, hasta que hacia el mediodía del 9, la tercera, más breve y profunda que las anteriores, acabó por completar la ruina de la ciudad.

Imaginemos las escenas ya relatadas del terremoto de 1647, paliadas, sin duda, por el hecho de no haber víctimas (sólo murieron tres personas), gra-

cias al refugio alcanzado oportunamente. Los vecinos no se atrevían, por supuesto, a volver a las pocas casas que quedaban en pie, y levantaron con premura barracas de madera donde cobijarse. La catástrofe sucedió en pleno invierno, aumentada su crudeza por una lluvia torrencial que estuvo a punto de desbordar el Mapocho. Los daños materiales fueron inmensos. Santo Domingo y la Merced se derrumbaron por completo. La Compañía, la Catedral y San Agustín perdieron sus torres, y sus muros y techos sufrieron grandes deterioros. Casi la mitad de las casas se vino al suelo y las que quedaban eran inhabitables.

La zona afectada se extendía de La Serena a Valdivia, y en la costa los estragos fueron aun mayores, pues al mismo tiempo sobrevino uno de los más grandes maremotos que recuerda la Historia. En Valparaíso se perdieron 80 mil fanegas de trigo al inundarse la zona marítima y las bodegas inmediatas a la playa; pero ello no fué nada comparado con la catástrofe de Concepción. Como otras veces, las aguas se retiraron media legua de la playa y en cuatro ocasiones consecutivas las olas cubrieron la parte baja de la ciudad, derribando lo poco que el terremoto había dejado en pie. Instantes después del remezón de las 4,45 de la madrugada, el mar salió de nuevo, "entrándose por las calles y las plazas de esta ciudad, y al retirarse dejó arruinadas de las tres partes las dos de sus templos, sus casas y sus edificios, llevándose cuanto encontró dentro de ellos, y lo que no pudieron sacar las ondas, lo dejaron sepultado en sus ruinas (fig. 204). * El maremoto "sacó encima de sus olas todas las alhajas que halló en las casas, capaces de boyar sobre ellas. Allí nadaban las camas, las sillas, las mesas, las cajas, sin que nadie pensase más que en ver por dónde podía escapar, que algunos lo hicieron por las ventanas..., y así muchos desnudos, como los cogió la noticia de la salida del mar, huyeron a los cerros, hasta el señor obispo, el doctor don Francisco Antonio Escandón"... **

En contra de lo que habían temido los pobladores, no hubo el menor conato de rebelión mapuche, a pesar de haberse destruído los fuertes. En cambio, las consecuencias económicas de la catástrofe fueron enormes. Desde La Serena hasta Concepción, las edificaciones rurales habían sufrido en grado sumo, y el trigo, el maíz, el charqui y el sebo que no quedaron aplastados, se malograban con las lluvias torrenciales. Con estos productos desaparecía la mayor parte de los recursos que abastecían el consumo o permitían la adquisición de mercaderías importadas. Para colmo de males, como en ocasiones anteriores, sucedía la peste al terremoto. Las viruelas de 1731 se llevaron muchas de las vidas que providencialmente había salvado el aviso previo al sismo.

* Carta del obispo Escandón al rey.
** Crónica jesuíta, erróneamente atribuída a Olivares.

La recuperación

Tanto Cano como el virrey no descansaron en la provisión de remedios en tan calamitosa circunstancia. Se adelantó el situado y se reunieron fondos, y, como era de rigor, se eximieron los impuestos por tres años. Como una prueba de la vitalidad atesorada ya en el nuevo pueblo chileno, en contra de lo que pudiera suponerse, la recuperación económica fué rapidísima. Pocos años después, no sólo habían desaparecido las señales externas del cataclismo, sino que superaba con creces el nivel económico alcanzado en 1730. Tal vez el aspecto más nítido en esta potencialidad económica fué el pie de guerra en que Cano y Aponte puso la ya tradicional pelea con los comerciantes peruanos, apoyado por el Cabildo de Santiago, en abierta oposición al virrey, que tuvo como ulterior consecuencia el establecimiento de una Casa de Moneda en Chile.

Muerte novelesca

La figura símbolo de Cano y Aponte debía remachar el recuerdo entre los chilenos con el dramático episodio de su muerte, consecuente con una vida enérgica y voluntariosa. Como reacción normal a las tragedias telúricas, el pueblo de Santiago había vuelto, luego de recuperado del terremoto, a las fiestas caballerescas y a los toros. Cano y Aponte contaba ya 68 años cuando se celebraban las solemnidades para conmemorar el aniversario del patrono de la ciudad. Tomó parte en los juegos de cabezas, y, para destacarse, como siempre lo hacía, de los demás, se empeñó en que su caballo pusiese las manos en la pared. "Cabalgaba un brioso y soberbio bruto y se empeñó en hacerlo poner las manos contra una pared. Se interesaban todos en apartarlo de tan peligrosa evolución; pero su capricho hizo vanos los esfuerzos de aquellos caballeros; y castigando al bruto con la espuela le obligó a tocar con las manos la pared; cayó de espaldas y tomó debajo al gobernador." Todos se precipitaron al lugar del accidente, disputándose el privilegio de conducir al moribundo a su lecho. Demostróse así hasta qué punto Cano y Aponte fué el más popular de los mandatarios coloniales. Al recobrar la lucidez, se dió cuenta de que sus lesiones eran mortales (probablemente una luxación de la columna vertebral), y soportó con entereza la lucha contra la muerte, que se prolongó durante más de siete meses, plazo de gracia que consagró a rectificar los errores e injusticias cometidos. Su muerte fué sentida por los chilenos como desgracia personal de todos y cada uno de ellos, y su memoria, sublimada por el martirio, perduró en el ideario de muchas generaciones.

XXV

Gobiernos de Manso de Velasco y de Ortiz de Rosas. La expedición de Anson. La Casa de Moneda.

La trágica muerte de Cano y Aponte dió a la Audiencia la oportunidad de satisfacer una vieja aspiración: la de gobernar interinamente el reino por fallecimiento del propietario. En uso de tales atribuciones, encargó la presidencia y el mando militar al oidor más antiguo, don Francisco Sánchez de la Barreda y Vera. El virrey, desestimando los ruegos del Cabildo, nombró gobernador interino al maestre de campo don Manuel de Salamanca, que, espoleado como todos los interinos por hacer méritos que consagraran su propiedad, desempeñó el gobierno con acierto, diligencia y corrección, hasta la llegada de Manso de Velasco, que juraba ante el Cabildo el 15 de noviembre de 1737.

Manso de Velasco

El vizcaíno don José Antonio Manso de Velasco (fig. 205) venía a demostrar la altura de sus cualidades, como gobernador de Chile, primero, y como virrey del Perú, después. A diferencia de su antecesor, que impuso a la sociedad santiaguina el molde de su personalidad, Manso de Velasco va a adaptarse al ambiente y obtener de él los mejores resultados posibles. Su primer contacto con la violencia de la naturaleza americana se lo ofreció la ruina de las casas y fuertes de Valdivia, probablemente a consecuencia de una erupción del volcán Osorno. Con celeridad ordenó reedificar sobre el terreno, y, siguiendo las enseñanzas de sus predecesores, convocó un parlamento en los llanos de Tapihue, donde se concentraron más de 6.000 indios, ávidos de recibir los obsequios del nuevo mandatario. Manso demostró hombría y pundonor al reconocer el precio a que debían comprar la paz de los mapuches y propuso en seguida al rey la conquista de Arauco sobre la base del plan de Ribera, ambicioso propósito que sólo habría de cumplirse 125 años después, con la República.

El espíritu creador

El progreso económico de la colonia fué notablemente impulsado por Manso de Velasco. Bajo su mandato se desarrolló el sistema de los navíos de registro, que existían desde la paz con Francia, Inglaterra y Holanda. Estas naves, cargadas de mercaderías para América, se inscribían a la ida y al regreso en Cádiz para controlar la carga. Sus ventas en Chile aprovisionaron de productos europeos más baratos que los del contrabando. Como corolario al mayor auge económico, los comerciantes chilenos lograron el nombramiento de un diputado o juez de comercio, con apelación ante el Consulado de Lima.



FIG. 205.—DE LA GALERÍA DE LOS VIRREYES, LIMA.

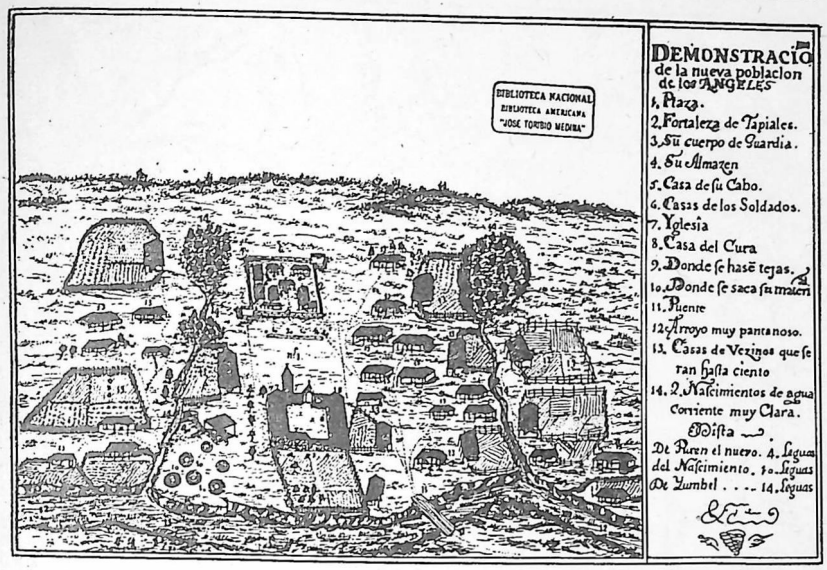


FIG. 206.—LOS ANGELES. (Cartografía de Medina. Edición del Centenario.)

El fundador

Entre los títulos ganados por Manso de Velasco en premio a su labor eficiente y constructiva, cuadra con mayores atributos el de fundador. Después de estudiar la distribución de los habitantes, la topografía del país y las comunicaciones, supo llevar a cabo su plan con un sentido de la realidad que, contrastando con la ineficacia reiterada de sus antecesores, tenía asegurado el éxito. Al norte del río Aconcagua, y dominando los valles de Curimón, Santa Rosa, Aconcagua, Putaendo y Llay-Llay, trazaba el 4 de agosto de 1740 la villa de San Felipe el Real. Confió la materialización de sus propósitos al maestre de campo don José Marín de Poveda. En febrero de 1742 correspondía el turno a Los Angeles, a cargo del sargento mayor don Pedro de Córdoba y Figueroa, y, poco después, a Nuestra Señora de las Mercedes de Tutuvén, o Cauquenes. A su paso por Talca, que era un modesto grupo de ranchos, trasladó la nueva ciudad, que pronto iba a tomar gran desarrollo. Desde Santiago dispuso, en mayo de 1742, la fundación de la villa de San Fernando de Tinguiririca, y al regresar de su viaje a Valparaíso, en septiembre de 1743, la de San José de Logroño (Melipilla). El mismo año, Manso, considerando el incremento de la población minera en el asiento de Alhué, fundaba la villa de Santa Cruz de Triana (Rancagua), que presentaba la curiosa novedad en

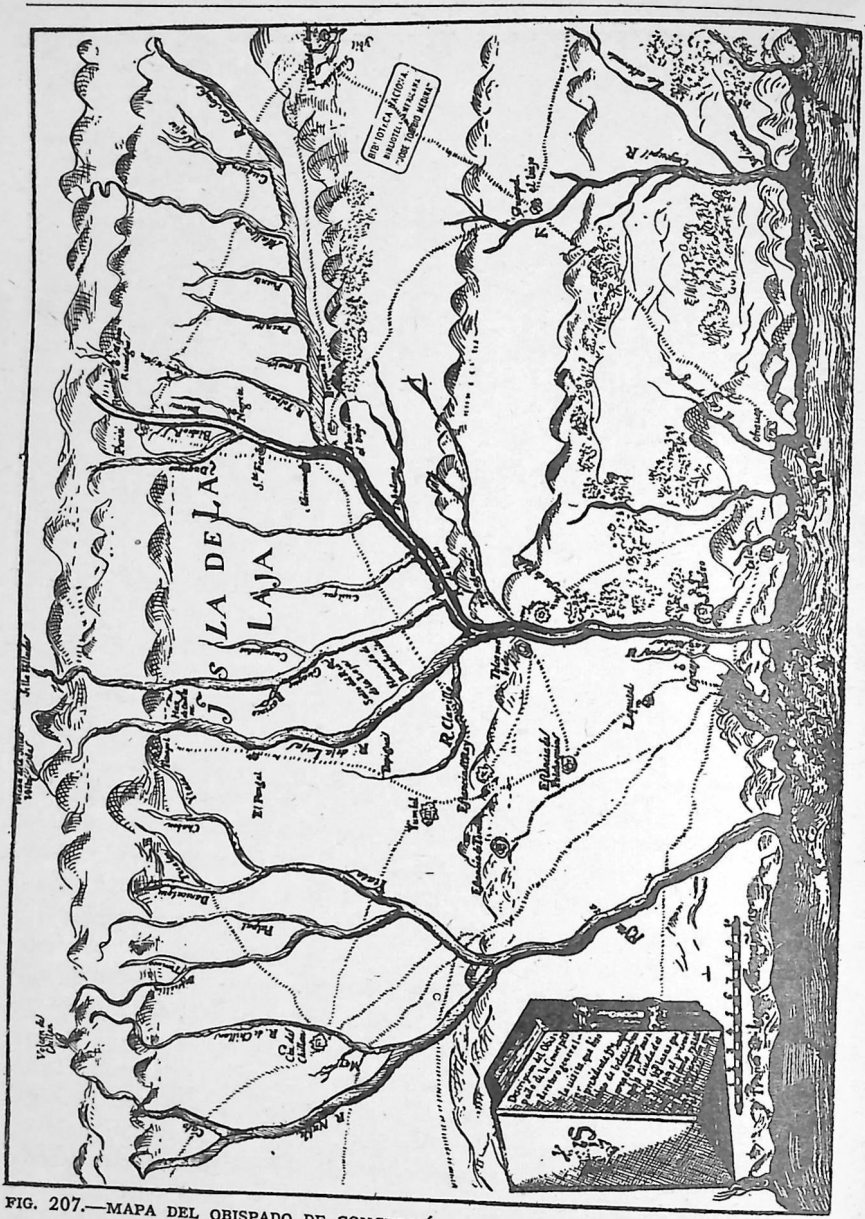


FIG. 207.—MAPA DEL OBISPADO DE CONCEPCIÓN, CON EL DERROTERO DE LA VISITA DE MANSO. (Cartografía de Medina. Edición del Centenario.)

su plano de desembocar en la plaza cuatro en vez de ocho calles, como en las demás ciudades, al cortar las manzanas por el centro. También en 1743 fundó San José de Buenavista de Curicó. Por último, en agosto de 1744, designaba al maestre de campo don Francisco Cortés corregidor de la nueva villa de Copiapó, que se llamaría San Francisco de la Selva (figs. 206, 208 y 209).



FIG. 208.—ESCUDO DE TALCA.

Es, sin duda, el mayor mérito de estas fundaciones el empeño y el éxito con que Manso de Velasco logró la cooperación de los pobladores. Todas se establecieron sin auxilio alguno del tesoro real, gracias a la munificencia de los vecinos. Aun más, cuando el rey, luego de aprobar los trazados, facultaba el gasto de $ 80.000, de los cuales debía recibir Manso $ 4.000 por cada pueblo nuevo, devolvió a la corona los $ 40.000 que le correspondían en concepto de gratificación, diciéndole a su rey que, al recibir la real orden, las ciudades estaban ya fundadas.

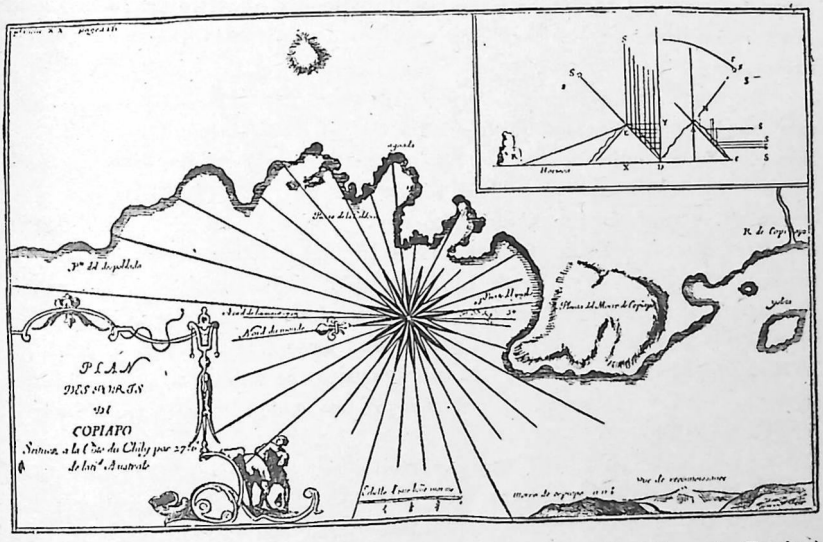


FIG. 209.—EMPLAZAMIENTO DE LA NUEVA VILLA DE COPIAPÓ. (Plano de Frezier.)

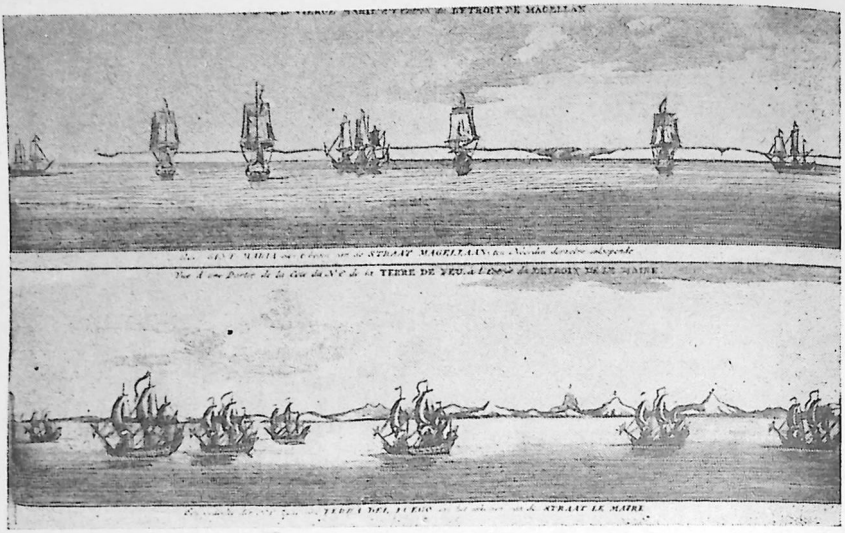


FIG. 210.—LA ESCUADRA DE ANSON EN EL ESTRECHO.

No acompañó la suerte al activo gobernador en el viejo problema de las obras del canal del Maipo, en parte por disparidad de criterio en cuanto a su fábrica y en parte por la sucesión de años lluviosos que postergó su perentoria necesidad.

La expedición de Anson

Los ambiciosos planes creadores de Manso viéronse amenazados por el más grande peligro en la serie ya crónica de las incursiones piráticas al Pacífico. El 18 de septiembre de 1740 había partido de Portsmouth el corsario Jorge Anson, en su día ensalzado a los honores de lord (fig. 214). Las peripecias de su escuadra, fuerte de cinco naves, con 232 cañones y dos barcos auxiliares, y de los 2.000 hombres que la tripulaban, constituyen una apasionante novela. En el estrecho de Le Maire (fig. 210) una furiosa tempestad la dispersó. Dos navíos regresaron a Río y los cinco restantes pudieron entrar en el Pacífico, mas a costa de su parcial destrucción. La "Wager" encalló en la isla Guayeneco (fig. 211) y los sobrevivientes se sublevaron, consiguieron llegar a Chiloé y regresaron en demanda de sus compañeros, luego de sufrir increíbles vicisitudes.

El estado de los cuatro buques restantes era lamentable. Sólo del "Centurión", insignia de la escuadra, se arrojaron 43 cadáveres al mar, víctimas del escorbuto. En tales condiciones, no sintióse Anson con fuerzas, como es lógico, para atacar la plaza de Valdivia, cual era su objetivo primero, y se dirigió

con sus desmantelados navíos a Juan Fernández, seguro refugio de los piratas desde hacía más de un siglo (figs. 212 y 213).

La paradisíaca isla proporcionó a los corsarios los elementos que en breve les permitieron reponer fuerzas y barcos. A poco, Anson logró capturar la "Nuestra Señora del Monte Carmelo", que traía a Chile un valioso cargamento, y de seguida el "Aransasu", con mucho metálico.

El temor o la conveniencia hicieron que Anson no saqueara ninguna ciudad chilena, pero su crucero puso de manifiesto lo vulnerable, más que de la Capitanía General, del propio Virreinato ante amenazas de tal envergadura.

Antesala del Virreinato

Supo Felipe V premiar la laboriosidad, la honradez y el buen tino de Manso de Velasco: el 24 de diciembre de 1744 lo nombraba virrey del Perú, haciendo honor a una política de buen gobierno que él inauguraba en Chile y que mantuvieron sus sucesores, con desinterés y severa austeridad administrativa, factores que van a hacer de la nueva nación un islote y un símbolo de madurez política en la historia de los pueblos hispanoamericanos.

Don Domingo Ortiz de Rosas

Al partir a Lima Manso de Velasco había encargado interinamente el mando a don Francisco José de Obando, que lo entregó al entonces gobernador de Buenos Aires, don Domingo Ortiz de Rosas, ascendido al de Chile el 24 de mayo de 1745. Demostraba su levantado espíritu el nuevo mandatario

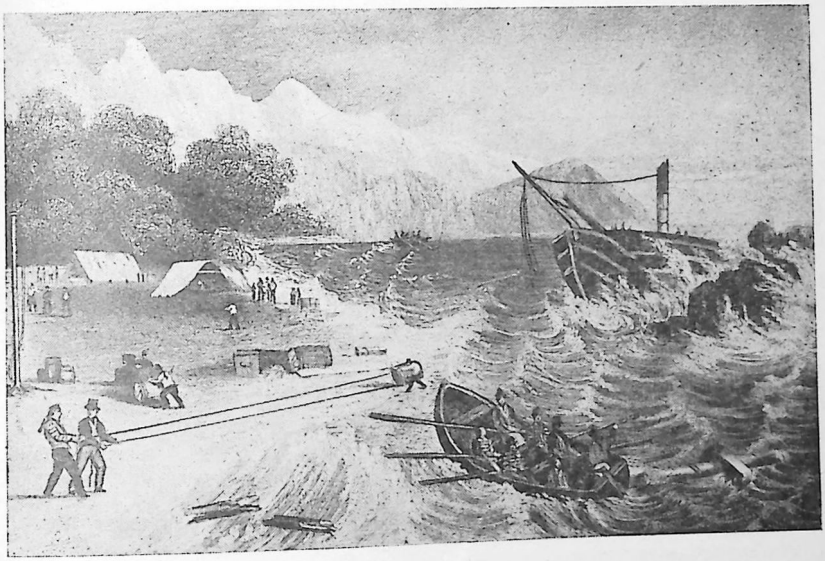


FIG. 211.— EL NAUFRAGIO DE LA "WAGER". (En la obra de Sutcliffe.)

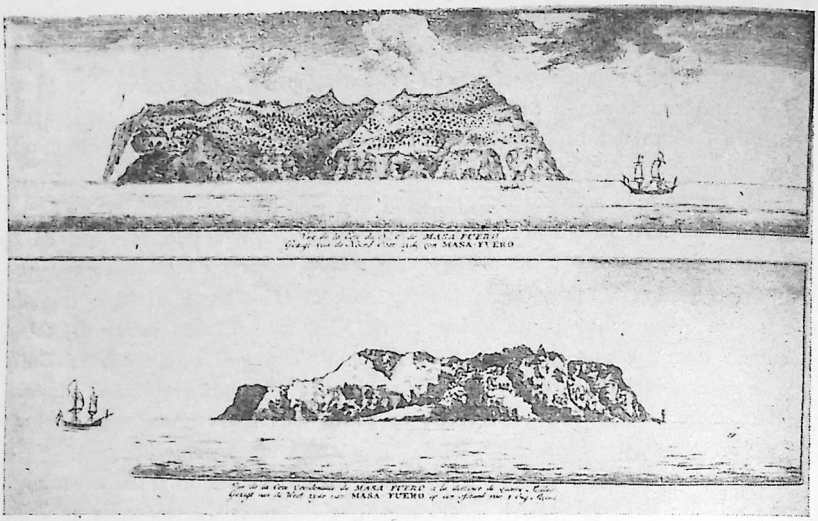


FIG. 212.—CROQUIS DE MÁS AFUERA. (Viajes de Anson.)

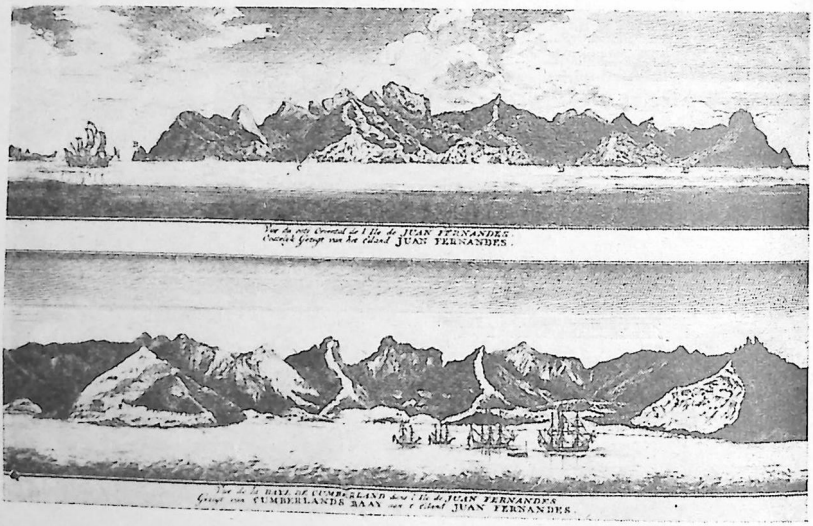


FIG. 213.—LA ESCUADRA DE ANSON EN MÁS A TIERRA. (Viajes de Anson.)

al reconocer sin ambages los grandes progresos alcanzados por Chile y la eficiente labor llevada a cabo por Manso.

Traía Ortiz de Rosas la triste experiencia de las incursiones a sangre y fuego de los mapuches al oriente de los Andes, de tal modo que sus primeros pasos se encaminaron a reprimirlas, para lo cual convocó el parlamento de Tapihue, de tan escasos resultados prácticos como los anteriores. En el orden administrativo iniciaba Ortiz su mandato haciendo efectiva la antigua aspiración chilena de contar con una universidad en la capital. La etapa culminante de las gestiones cortesanas la había comenzado en 1713 el alcalde don Francisco Ruiz de Berecedo. Cuando don Tomás de Azúa (fig. 216), como apoderado del Cabildo, activaba las gestiones en Madrid, Felipe V dió la ansiada licencia que autorizaba la fundación de la universidad con diez cátedras, * que debían mantenerse con erogaciones de los vecinos y $ 5.000 del ramo de balanza. El feliz impulsador de la iniciativa del Cabildo era designado su primer rector, y, por fin, en la tarde del 11 de marzo de 1747, se inauguraba solemnemente la Real Universidad de San Felipe en la sala del Cabildo, con asistencia de oidores, cabildantes y vecinos principales.



FIG. 214.—EL HON. PIRATA LORD ANSON.

La Real Universidad de San Felipe

El programa de gobierno de Ortiz de Rosas seguía la ruta trazada por Manso de Velasco: fábrica de los tajamares del Mapocho, fundación de nuevas ciudades, establecimiento de la Casa de Moneda, traslado de Concepción, nuevamente arruinada, ensayo de colonización de Juan Fernández y fomento de la riqueza.

Construcción y fundaciones

* Las cátedras eran: "Prima de Teología" (enseñanza elemental de los principios de esta doctrina); "Prima de Cánones"; "Prima de Leyes"; "Medicina"; "Maestros de las Sentencias" (colección de las opiniones de los padres de la Iglesia sobre controversias teológicas, reunidas por Pedro Lombardo); "Matemáticas"; "Decreto" (Derecho canónico positivo); "Instituta", y dos de "Artes y Lenguas" (filosofía, retórica y latín).

Con menos sentido de la realidad que Manso, fundaba Ortiz artificialmente numerosas ciudades (Quirihue, Coelemu, La Florida, Casablanca, Petorca, La Ligua, Cuzcuz), que lejos de favorecer a las regiones respectivas, se convirtieron en breve en refugio de salteadores y ladrones. Iníciase de este modo la calamidad que va a caracterizar todo un período de la historia chilena y a hacer infructuosos muchos de los más bellos esfuerzos civilizadores.

La Casa de Moneda

El mismo benemérito don Tomás de Azúa, que lograra la realización del viejo ideal encarnado en la Universidad de San Felipe, había hecho múltiples gestiones para dotar a Chile también de una Casa de Moneda. Convencido de que la corte no subvencionaría nunca tal iniciativa, tentó a un rico comerciante castellano, don Francisco García Huidobro (fig. 215), para que ensayara el proyecto a su cuenta y riesgo.

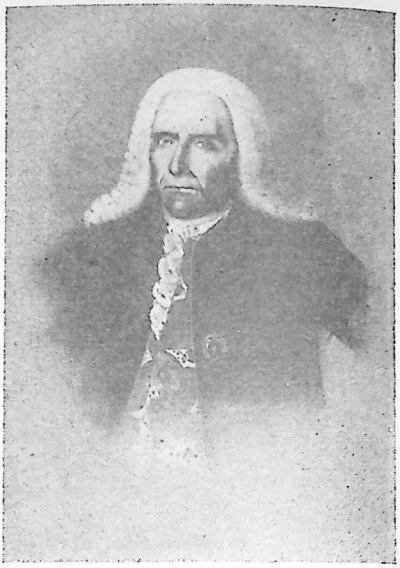


FIG. 215.—GARCÍA HUIDOBRO. (Colección de Retratos. Sala Medina, B. N.)



FIG. 216.—DON TOMÁS DE AZÚA. ("Diccionario Biográfico Colonial" de Medina.)

Las razonables condiciones propuestas por García Huidobro fueron bienquistas de Felipe V, y la real cédula del 1.º de octubre de 1743 ordenaba fundar la Casa de Moneda en Santiago. Con una actividad acorde con el espíritu de la época, García Huidobro instalaba fundiciones y maquinarias que permitían sellar la primera moneda de cordoncillo, una media onza con el busto de Fernando VI. (Fig. 218.)

La fundación de la Casa de Moneda fué, tal vez, el mayor avance económico realizado en la Colonia por la iniciativa privada: impulsó el comercio interior, dotó a la minería de un poder comprador estable y regularizó la per-

cepción de impuestos. Los quintos reales, que oscilaban alrededor de $ 9.300 antes de la fundación, ascendieron a $ 26.500 y luego a más de $ 30.000.

El terremoto de Concepción de 1751

Como si el destino hubiera querido espolear con reiteradas calamidades el ánimo constructivo y emprendedor de los gobernantes del siglo XVIII, un nuevo terremoto arrasaba Concepción y la zona aledaña, cuando apenas se habían repuesto sus habitantes de la tragedia de 1730. En la noche del 23 de mayo de 1751, un temblor fuerte había alarmado a la población, que temía se repitieran los cataclismos pasados. A la una de la mañana tembló de nuevo, y poco después sobrevino el terremoto, "que sólo de oír los bramidos que (la tierra) daba, apenas había quien no estuviera fuera de sí". Al terror cerval se unió la seguridad de la salida del mar, agravada esta vez porque muchos infelices estaban aprisionados entre los escombros. "Los más animosos no creían llegar a mañana." Por fortuna, el maremoto tardó una hora en invadir la ciudad, de tal modo que muchos pudieron ganar las alturas, despedazadas con el movimiento de tierras. Desde allá pudieron observar cómo el mar se retiraba, dejando en seco más de tres leguas de playa, y cómo, transcurridos unos siete minutos, volvía "con grandísima fuerza, encrespando ola sobre ola con tanta altura, que, excediendo sus límites, superó y coronó toda la ciudad,

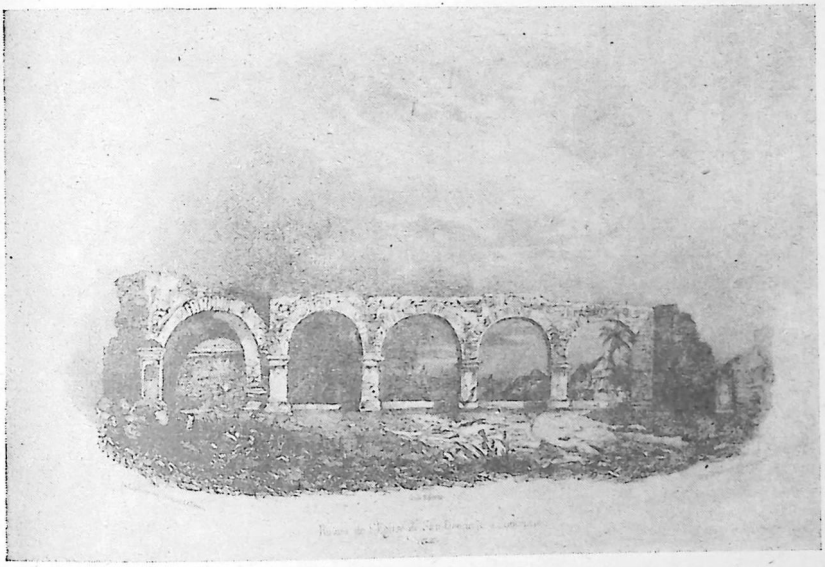


FIG. 217.—RUINAS DE LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO EN CONCEPCIÓN.
(De los Viajes de Dumont D'Urville.)

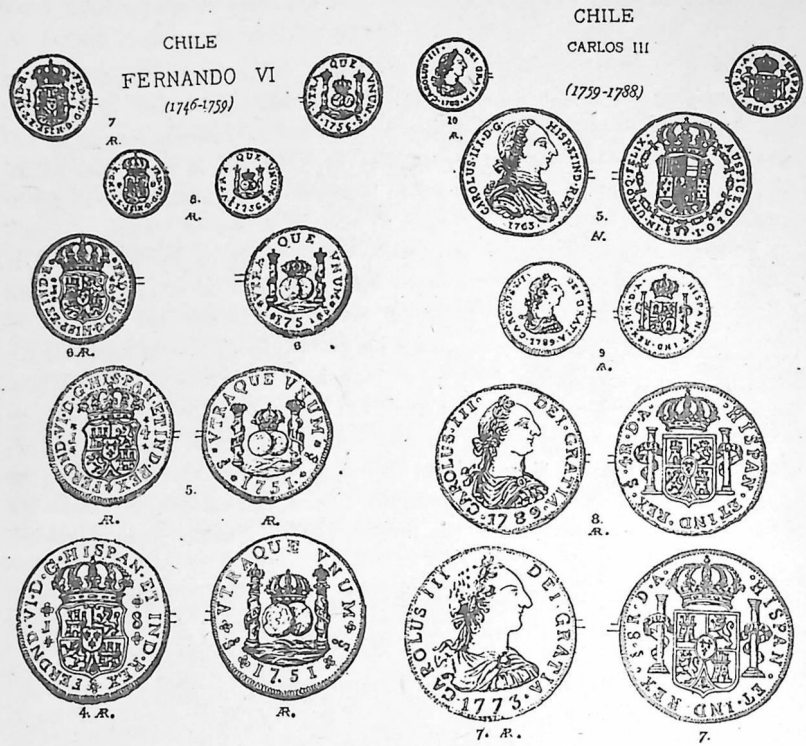


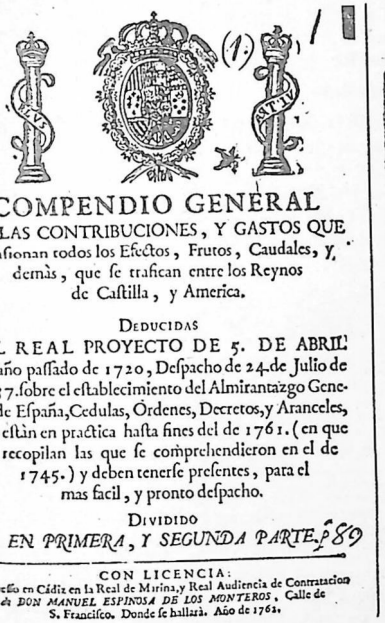
FIG. 218.—ACUÑACIONES CHILENAS INICIALES. (Medina: "Numismática".)

entrando con más violencia que la carrera de un caballo. Retiróse con gran fuerza y llevándose tras sí todas las paredes aun no caídas y muebles de todas las casas, quedó esta ciudad como la plaza más escueta". Con la primera salida del mar quedó varado entre las casas un barco, que volvió a flotar con la tercera, y pudo traer de la isla Quiriquina abundantes restos de muebles y ropa allí arrojados por las aguas. Los habitantes de Concepción quedaron desnudos y sin techo, a la entrada de un invierno excepcionalmente crudo. (Fig. 217.) Para colmo de males, la salida de madre de los ríos impedía las comunicaciones y el auxilio de las víctimas. El animoso gobernador, ya anciano, pudo llegar a Concepción en la primavera. Dispuso el traslado de la ciudad, en discrepancia con el obispo, don José de Toro Zambrano, y, como regresara a Santiago precipitadamente, se suscitaron innumerables controversias, alimentadas

por el prelado, que culminaron con la amenaza de excomunión para quienes acataran lo establecido por el gobernador. El corregidor, el Cabildo y unos cuantos temerarios vecinos se instalaron en el nuevo emplazamiento; otros se quedaron en los restos del antiguo, y los más hubieron de cobijarse en otras haciendas o en las villas hacía poco fundadas de Coelemu y La Florida, mientras el rey fallaba el peregrino litigio entre obispo y gobernador.

Proteccionismo económico

Pronto pudieron apreciarse los resultados de la cauta y sensata política económica llevada a cabo por Ortiz de Rosas. El auge de la minería, al amparo de la Casa de Moneda, permitía pagar los productos traídos vía Buenos Aires y cabo de Hornos e invertir íntegramente en productos tropicales, telas quiteñas y otras mercaderías de procedencia peruana el valor del trigo y del sebo que se remitían de Chile (fig. 219). Ortiz de Rosas comenzó por entusiasmar a los comerciantes chilenos para que organizasen una flota mercante capaz de arrebatar este comercio a los peruanos, mas la actividad privada no respondió a sus buenos propósitos, y los virreyes se encargaron, en el futuro, de com-



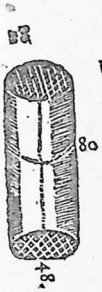
(1)

COMPENDIO GENERAL
DE LAS CONTRIBUCIONES, Y GASTOS QUE ocasionan todos los Efectos, Frutos, Caudales, y demàs, que se trafican entre los Reynos de Castilla, y America.

DEDUCIDAS
DEL REAL PROYECTO DE 5. DE ABRIL del año passado de 1720, Despacho de 24. de Julio de 1737. sobre el establecimiento del Almirantazgo General de España, Cedulas, Ordenes, Decretos, y Aranceles, que estàn en practica hasta fines del de 1761. (en que se recopilan las que se comprehendieron en el de 1745.) y deben tenerse presentes, para el mas facil, y pronto despacho.

DIVIDIDO
EN PRIMERA, Y SEGUNDA PARTE. ₰ 89

CON LICENCIA:
Impresso en Cádiz en la Real de Marina, y Real Audiencia de Contratacion de DON MANUEL ESPINOSA DE LOS MONTEROS, Calle de S. Francisco. Donde se hallarà. Año de 1762.



ADVERTENCIA NOVENA.

Un Zilindro, ô Pieza redonda como la del margen, de iguales cabezas, y del medio, que por todas partes tiene de circunferencia 80. pulgadas, y de largo 48, de manera, que no se le toman mas que dos medidas, circunferencia, y largo; y la cuenta es

80 De circunferencia.
20 Es la ¼. parte q̃ se toma de la circunferencia.
20 Se multiplica por la misma ¼. parte.
400
48 del largo.
3200
1600
Palmos. 19200

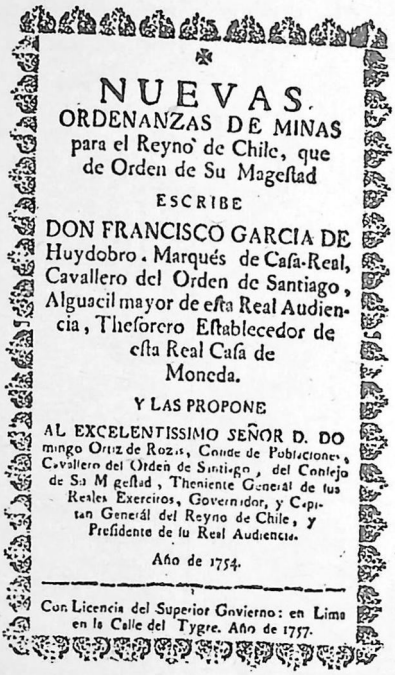


Un Barril de iguales cabezas, que la una de ellas tiene de circunferencia 66. pulgadas, y de Boge medio, à medio del Barril tiene tambien de circunferencia 78. pulgadas, que son las dos medidas, que se han de tomar al Barril de las circunferencias, y la cuenta es

FIG. 219.—PORTADA Y FACSÍMIL DE UNA PÁGINA DE LAS INSTRUCCIONES PARA EL MANEJO DE ENTRADAS Y SALIDAS EN AMÉRICA. (Cádiz, 1762.)

pensar las ventajas obtenidas en Madrid. Como complemento a estas iniciativas, Ortiz fomentó el trabajo de los extranjeros, esquivando la resistencia de los mercaderes españoles mediante la hábil maniobra de añadir a la legislación proteccionista que éstos habían logrado en la Corte tantas excepciones, "que equivalía a no haber(se) dictado nunca".

Agobiado por los años (se aproximaba Ortiz de Rosas a los 80), solicitó del rey, que le había testimoniado en repetidas ocasiones su confianza, el relevo del mando, que puso en manos de don Manuel de Amat y Junient, el 28 de diciembre de 1755, dejando entre los chilenos memoria de su austeridad castellana y el ejemplo de rectitud, trabajo y honradez que ya hacía tradición desde el legado limpio de su antecesor. Gómez de Vidaurre decía de él, en póstumo juicio: "No podía idearse hombre más justo, recto y prudente".



NUEVAS
ORDENANZAS DE MINAS
para el Reyno de Chile, que
de Orden de Su Mageſtad
ESCRIBE
DON FRANCISCO GARCIA DE
Huydobro, Marqués de Caſa-Real,
Cavallero del Orden de Santiago,
Alguacil mayor de eſta Real Audiencia, Theſorero Eſtablecedor de
eſta Real Caſa de
Moneda.
Y LAS PROPONE
AL EXCELENTISSIMO SEÑOR D. DO
mingo Ortiz de Rozas, Conde de Poblaciones,
Cavallero del Orden de Santiago, del Conſejo
de Su Mageſtad, Theniente General de ſus
Reales Exercitos, Governidor, y Capitan General del Reyno de Chile, y
Preſidente de ſu Real Audiencia.
Año de 1754.
Con Licencia del Superior Govierno: en Lima
en la Calle del Tygre. Año de 1757.

FIG. 220.—ORDENANZAS PROPUESTAS POR GARCÍA HUIDOBRO A ORTIZ DE ROSAS.

XXVI

Eficiencia catalana. Gobiernos de Amat y Junient y de Guill y Gonzaga. Expulsión de los jesuítas. El corregidor Zañartu.

CUANDO don Antonio de Amat y Junient (fig. 221), noble catalán de clara inteligencia y vasta cultura, asumió el mando de la gobernación de Chile, había cristalizado en estas latitudes el fenómeno singular, a que ya nos hemos referido con insistencia, del concepto castellano-vasco del gobierno, conductor durante casi dos siglos de un ideario concreto y realista, que se puede condensar en seis acápites: ausencia de toda aptitud descollante, antipática para el criterio de la medianía; cordura y prudencia opuestas a cualquiera iniciativa audaz; honradez y rectitud funcionarias inalterables; vida privada austera y digna; suavidad en el mando y respeto por todos los criterios e intereses individuales; repugnancia inveterada por las sanciones aparatosas, reflejada en un concepto igualitario en las impuestas tanto a la aristocracia como al pueblo.

Esta psicología del gobierno, amalgamada con la fusión espiritual de vascos y castellanos, había de chocar forzosamente con el temperamento catalán por los cuatros costados de Amat. Los más condescendientes le achacaban una dureza y una testarudez insoportables. La mayoría lo consideraba como un déspota atrabiliario, de modales bruscos e impertinentes.

Eficacia y don de mando

Sus actos de gobierno marcaron desde los comienzos el carácter preciso, terminante e inapelable de sus órdenes, emanadas siempre de un concienzudo estudio previo. Como primera providencia, sacudió de su tímida etapa inicial a la Universidad de San Felipe, que se había limitado a otorgar títulos previo examen de los postulantes. Nombró profesores para ocho de las diez cátedras presupuestadas, que de inmediato iniciaron sus funciones. Después de una rápida visita a la Frontera (fig. 222), dispuso la construcción de varias villas alrededor de los fuertes existentes; mas su energía tropezó con la mucho mayor del obispo Toro Zambrano en el litigio sobre el traslado de Concepción, con lo cual los atribulados vecinos siguieron por unos años más entre la espada de la excomunión y la pared de las órdenes civiles.

De regreso en Santiago impulsó varias modificaciones edilicias de urgencia, entre otras la supresión del estercolero en que se había convertido el mercado de la plaza, construyendo a tal efecto una nave de 80 metros de largo que recorría la plaza por todo el lado oriente y dejaba en medio una calle



FIG. 221.—GALERÍA DE LOS VIRREYES. LIMA.

llamada la "Avenida de los Baratillos".

Semejara paradoja el capricho del destino de enfrentar a un hombre de las agallas de Amat con el problema de la delincuencia, que iba ganando terreno en magnitud y gravedad. Verdaderas bandas de salteadores sembraban el terror desde los fuertes del Bío-Bío hasta los mismos suburbios de Santiago. Ya empezaban a ganar triste fama los aledaños de los cerros de Teno, y nadie podía transitar desarmado ni mucho menos solo. El fenómeno refleja claramente la manifiesta relajación de las clases acomodadas. Los bandidos vendían las reses robadas con la complicidad de muchos estancieros que las adquirían a vil precio, y sus bandas eran con frecuencia protegidas por corregidores y párrocos, que compraban su amistad para servirse de ella en sus rivalidades. La base de tan triste estado de cosas la daba, por cierto, la soldadesca que había abandonado los fuertes del sur y, al rehuir el trabajo, tomaba el fácil camino del bandidaje, y la lenidad en el castigo, atisbo de un incipiente compadrazgo, contribuía tanto como la desgraciada política de fundaciones que señalamos en el gobierno de Ortiz de Rosas.

Lucha contra la delincuencia

RELACION

DE LA GLORIOSA FUNCION

que lograron las Armas Españolas la noche del 27. de Enero del año de 1759. mandadas por el Comisario General de Caballeria D. Juan Antonio Garreton y Pibernat, Capitan Comandante de la Plaza de Valdivia: de òrden del

EXMO SEÑOR DON MANUEL DE AMAT y JUNIENT, Caballero del Orden de S. Juan, del Consejo de su Mag. Teniente General de sus Reales Exèrcitos, Gentil hombre de Camàra con entrada, Virey, Gobernador y Capitan General de estos Reynos, siendo Presidente, Gobernador, y Capitan General de el de Chile.

COMPUESTA POR SU CAPELLAN EL R. P. LECT. en Sagrada Teologìa Fr. Pedro Merino de Heredia, del Sagrado Orden de Menores.

Con licencia del Superior Gobierno: Impresa en Lima: en la Oficina de la Calle de la Encarnacion. Año de 1767.

FIG. 222.—PANEGÍRICO A LOS ÉXITOS DE AMAT EN ARAUCO.

El duro temperamento de Amat no aceptaba remilgos. Castigó con la misma severidad al poderoso que al humilde, al español que al mestizo, con lo que se ganó la animadversión de los peninsulares, acostumbrados a hacer su santa voluntad, siguiendo el único dictado de sus propios intereses. No logró, con todo, extirpar el bandidaje, porque ello era prácticamente imposible, pero contuvo su desarrollo y marcó la pauta que muchos años después haría posible esta verdadera liberación nacional.

Un incidente refleja a las mil maravillas tanto el estado de impunidad a que se había llegado como el carácter de los pujos dramáticos de Amat. Colgaban en la horca de Santiago varios criminales, cuando uno de los ajusticiados logró romper la soga en estertóreo y desesperado arranque, cayendo pesadamente al suelo. Los frailes dominicos cargaron al reo y, con ayuda de

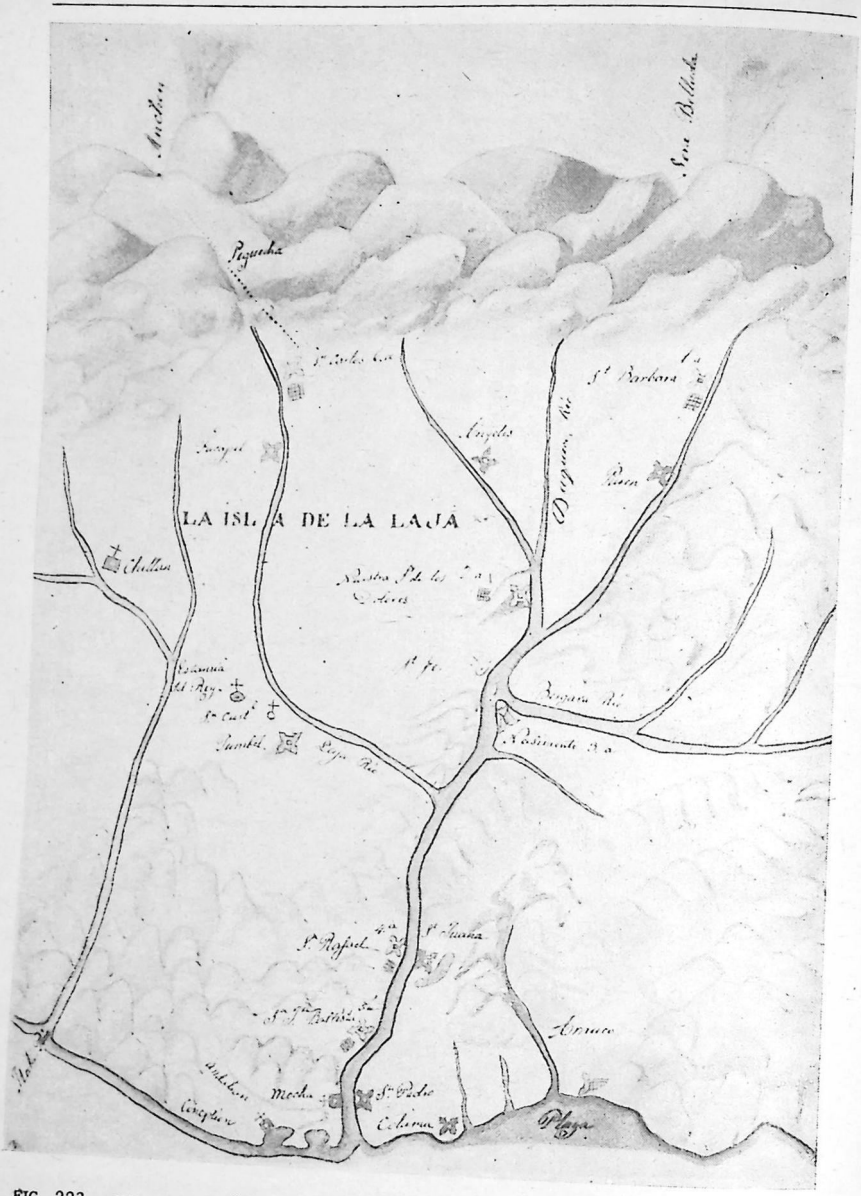


FIG. 223.—CROQUIS DEL OBISPADO DE CONCEPCIÓN. FRAGMENTO DEL MAPA ORDENADO POR AMAT. (Cartografía de Medina. Edición del Centenario.)

los espectadores, violentaron la guardia y lo asilaron en su convento. Los presos se sublevaron, y el gobernador, completamente solo, se dirigió a la cárcel, donde fué recibido a pedradas. Al frente de los diez guardianes, cargó espada en mano y logró someterlos a balazos y lanzadas. Pero la lucha era a muerte. Se balanceaban en la horca los cadáveres de 11 asesinos capturados in fraganti, cuando aparecieron en la noche dos hombres degollados en pleno Santiago, y las bandas de maleantes recorrían sus calles en actitud provocativa.

La "descripción geográfica"

En medio de tan turbulentas tribulaciones, pudo Amat, sin embargo, preparar la célebre descripción geográfica del país, que tenía como objeto informar al rey sobre el suelo, el clima y el estado general de Chile en aquel momento (fig. 223). No era para él problema mantener la tranquilidad en Arauco, afirmada con un parlamento en Santiago, al cual acudieron unos treinta caciques, que esta vez cumplieron la promesa de sofrenar los ánimos mapuches. Pero la situación de Amat era más difícil cada día, especialmente, al parecer, por el criterio justiciero que daba a sus resoluciones, siguiendo los dictados del Despotismo Ilustrado, que la aristocracia interpretaba como deliberado deseo de humillarla. "A pocos pasos que anduvo manifestó demasiada inclinación a la plebe, y no pequeña propensión al desprecio de los hombres visibles, pues era severo, inflexible y de dura condición, y la brevedad de su gobierno le libertó de un horroroso desastre." *

La coyuntura que lo evitó fué la llegada del navío "El Peruano", con la real cédula que lo nombraba virrey del Perú, donde su carácter y la dramática pasión por la Perricholi habían de hacer de él un personaje de leyenda.

El timorato Guill y Gonzaga

Después de un breve interinato de don Félix de Berroeta, asumía el mando de la gobernación de Chile el valenciano don Antonio Guill y Gonzaga, como para plasmar la ley de los contrastes con su antecesor, pues era Guill "hombre débil, de genio blando, condescendiente y sin reservas, de aquella clase de personas dispuestas a recibir buenas o malas impresiones, como éstas les sean disfrazadas con apariencias de rectitud". ** No podía ajustarse al medio sobrio y violento chileno un hombre con arrebatos místicos, apasionado de la música, símbolo de la espiritualidad barroca del siglo XVIII. Para mostrarle su descontento, Amat le envió en cierta ocasión pliegos de gobierno cuidadosamente lacrados y custodiados, que contenían... diversas partituras.

El corregidor Zañartu

Dando forma a otra de las muchas paradojas que caracterizan el gobierno chileno, el timorato Guill delegó la práctica del mando en su antítesis absoluta, el temperamento más enérgico y fiero que acusó personalidad española en América: el corregidor Zañartu (figs. 224 y 225). Este vasco de acero halló la horma de su zapato en la completa disolución moral por que atravesaba el

* Carvallo y Goyeneche.
** Carvallo y Goyeneche.



FIG. 224.—EL CORREGIDOR ZAÑARTU. COPIA DEL RETRATO ORIGINAL QUE SE CONSERVA EN EL CONVENTO DEL CARMEN. (Museo Histórico Nacional.)

reino de Chile, con la apoteosis del bandidaje y la tolerancia ante lo que se juzgaba irremediable por la mayor parte de los funcionarios. A pesar de los esfuerzos de Amat, la técnica de los asaltos había llegado a una perfección morbosa, simbolizada con los "pelacaras", individuos que arrancaban la piel de los rostros para que fuera imposible identificarlos y retardar las pesquisas el tiempo necesario (por desgracia, siempre breve) en que otro crimen más escandaloso hacía olvidar el anterior. A tal extremo había llegado la multiplicación de asesinatos, que el Cabildo proponía a la Real Audiencia marcar en las espaldas con hierro al reincidente y colgar de la horca al que cayera en delito por tercera vez. El corregidor Zañartu, anticipándose al lema del escudo chileno, hizo de su programa el de "por la razón o la fuerza" con el propósito de conseguir en vida lo que normalmente debiera costar un proceso de siglos: imponer a tan infame material humano los hábitos del trabajo honrado, la sobriedad y el tipo de vida de gentes civilizadas. Tales proyectos sólo podrían realizarse con un plan de obras públicas que ofreciera trabajo remunerador a tanto ocioso y a la considerable población penal, que las circunstancias aumentaban cada día. Su gigantesca labor, si se la encuadra en el reducido medio en que actuó, fué llevada a cabo en el curso de las administraciones de Guill y Gonzaga, Balmaceda, Morales, Jáuregui y parte de la del regente Alvarez de Acevedo, y sólo terminó con su muerte, el 15 de abril de 1782.

Acueductos y tajamares. El Puente de Cal y Canto

Comenzó con la refacción del famoso acueducto de la quebrada de Ramón, que en tres años completó y llevó a feliz término. Amartilladas las armas y amarrados de dos en dos los delincuentes que habían escapado de la horca, se instaló con ellos en tiendas de campaña, en el cauce mismo del río, y, zafándose del puñal concitado, forzando personalmente a los más rebeldes, levantaba nuevos tajamares para contener las desastrosas salidas del Mapocho.

Pero la obra que hizo de él un símbolo fué el puente, amasado con su tesón y la sangre y el sudor de los presidiarios, que la historia edilicia ha hecho célebre con el nombre de Cal y Canto, y que se entregaba al tránsito, después de una titánica lucha de dramatismo sin paralelo, en el mes de febrero de 1782. (Fig. 226.)

El hombre de acero

Zañartu ha servido de basamento a notables novelas históricas, pero la magnitud de su personalidad está aún por trabajarse. Hombre que procedía según el dictado de su severa conciencia, no estaba dispuesto a aceptar discusiones bizantinas para cada proyecto urbanístico. Actuaba sin consultar a nadie, imponiendo su voluntad a cualquier clase de resistencias. Sumada esta actitud invariable al diametralmente opuesto carácter de Guill y Gonzaga, no es difícil colegir hasta qué punto Zañartu se convirtió en el blanco de todos los odios de la provinciana sociedad de la época. Las acusaciones llegaban a artificios inverosímiles, culminando con el estigma del robo. Audiencia y Cabildo se quejaban al rey con amargura: "Dígnese V. M. por efecto de su real conmiseración quitarnos este estorbo que tanto nos perjudica". * Los últimos episodios de su vida dan a la biografía de Zañartu calidad de obra de arte. Dos hijas tenía el corregidor, que, consecuente con su severa idiosincrasia, enclaustró a la respectiva edad de nueve y once años en el convento donde a poco

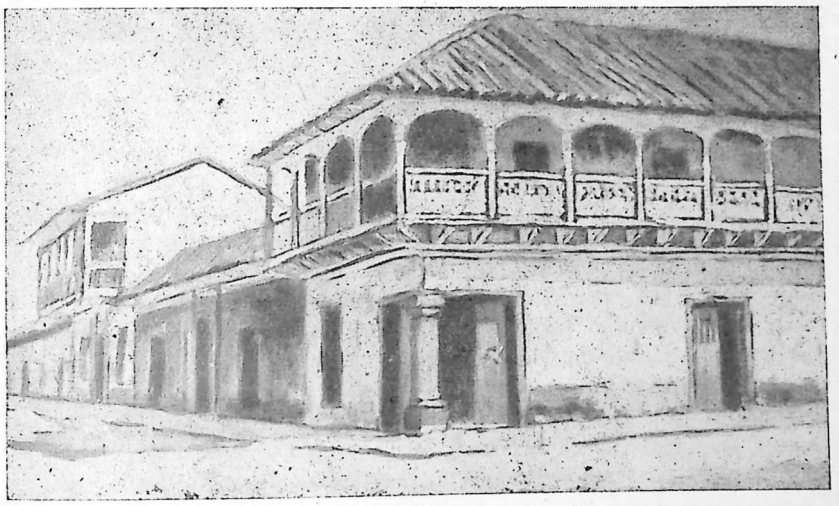


FIG. 225.—LA CASA DEL CORREGIDOR. ÓLEO DE ALVAREZ URQUIETA. (Museo Histórico Nacional.)

* Representación del 3 de agosto de 1773. Medina: Documentos. T. 195. N.º 4.644.

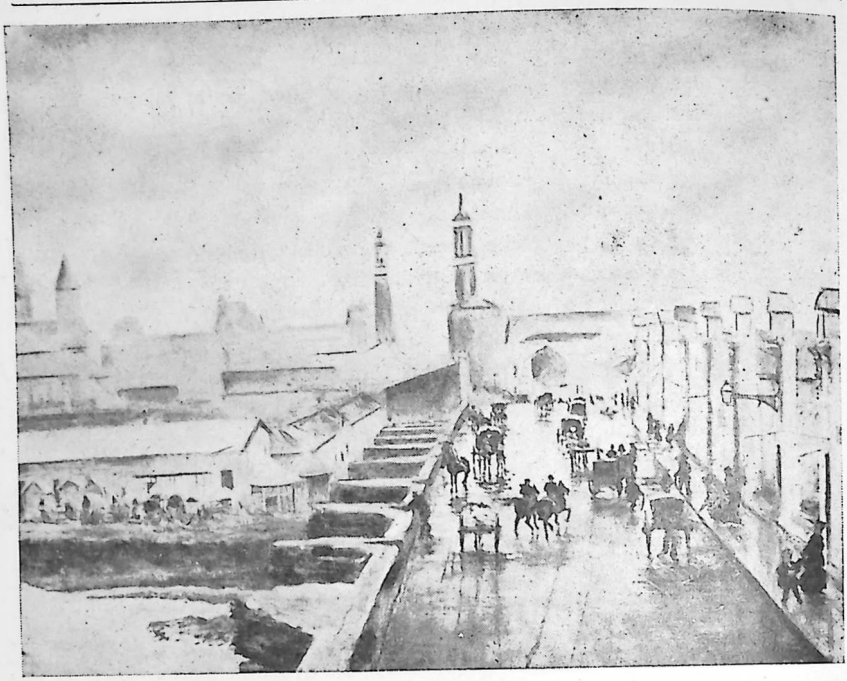


FIG. 226.—EL PUENTE DE CAL Y CANTO. ÓLEO DE RAMÓN SUBERCASEAUX. (Museo Histórico Nacional.)

irían a reposar sus duros huesos. Pero un hado, acorde con el tono de trágica violencia que animó su vida, diríase que hubiera querido vengarse de la colosal obra llevada a cabo por Zañartu. Una turbulenta inundación del Mapocho tumbaba el 16 de junio de 1783 los tajamares levantados con tanto esfuerzo y aplastaba bajo sus disformes escombros el cadáver del corregidor. Las hijas, norte de su vida y tal vez único desahogo de ternura en la fatiga de la pelea, salían del convento en los membrudos brazos de los mismos gañanes que recibieran otrora en sus espaldas el látigo implacable. El puente, como si hubiera encarnado el alma de su creador, sufrió heroico los embates de las aguas y mantuvo durante más de un siglo el recuerdo legendario de uno de los personajes más apasionantes de la historia americana.

La admirable empresa del padre Chaparro

Entre las iniciativas que moldeaban la joven personalidad de Chile se destaca en este período la audaz empresa de un modesto médico rural, que ensayaba en gran escala la vacuna de la viruela, cuando en la mayor parte de Europa se discutía aún con calor sobre su eficacia. Venciendo innumerables resistencias, entre las que se distinguía naturalmente la de la medicina ofi-

cial, el fraile hospitalario Pedro Manuel Chaparro frenaba los efectos de la gran epidemia de 1765. "Comenzó las inoculaciones con tanto acierto, que fué el iris que serenó aquella horrible tempestad. Excedieron de 5.000 las personas inoculadas, y ninguna pereció". *

Una disputa inverosímil

Cupo a Guill y Gonzaga hacer frente al singular problema planteado por los pobladores de Concepción, que, aprisionados por las disputas entre los poderes civil y eclesiástico, llevaban más de diez años esparcidos por los campos aledaños, sin decidirse a elegir el nuevo asiento de la ciudad. Las cosas se habían agravado con el tiempo, pues el oidor encargado por Amat, ya virrey, de poner fin al litigio, tuvo la peregrina idea de abrir tres registros: Mocha, Landa y Parra, para que los vecinos decidieran por mayoría el futuro asiento. Lo que había sido sorda disputa de frailes y leguleyos se convirtió en verdadera batalla. Las autoridades municipales desobedecieron la orden de Amat, y éste endosó el fallo al rey, dividiendo mientras tanto al Cabildo entre los dos emplazamientos iniciados. Sólo la muerte del contumaz obispo liquidó el asunto, pues su sucesor se pasó al bando contrario, y, después de ¡doce años!, los infelices pobladores se pusieron con empeño y prisa febriles a contruir la nueva ciudad.

Más intentos de "reducción a pueblos"

No era por cierto difícil a los jesuítas dominar una voluntad tan débil como la de Guill y Gonzaga, empresa que culminaba con una nueva política en el largo problema de la evangelización de los mapuches. Se les ocurrió que el único método eficaz consistía en agruparlos en poblaciones, para hacer factible una catequesis permanente, como si pueblo tan indómito pudiera aceptar semejante imperativo, opuesto a sus prácticas ancestrales. El problema no era nuevo. El gobernador, asesorado directa y exclusivamente por un grupo de jesuítas jóvenes, convocó a las tribus mapuches en Nacimiento, donde se ratificaron unas paces de muy mala gana aceptadas por éstos, tolerando reducirse a pueblos, que sólo duraron lo que el recuerdo de los numerosos obsequios acumulados para vencer su obstinada resistencia. En efecto, apenas iniciadas las primeras construcciones, los indios cayeron sobre ellas, incendiaron las casas y profanaron las iglesias. Ante el alarmante peligro de una nueva rebelión general, vióse obligado el gobernador a abandonar el impracticable proyecto, retirar a todos los españoles que se habían establecido al sur del Bío-Bío y comprar de este modo una paz que se iba haciendo cada vez más problemática.

La expulsión de los jesuítas

Entre las insospechadas paradojas con que el destino parecía jugar en las aflicciones del desgraciado Guill y Gonzaga, rebasaba la medida el cumplimiento de la orden de Carlos III de expulsar a los jesuítas. Cupo al gobernador más afecto a la Compañía, el 26 de agosto de 1767, acatar como subordinado

* Carvallo y Goyeneche.

civil el mandato que laceraba su espíritu religioso. Los jesuítas, además, habían ahondado en la estructura social de la Colonia de tal modo (fig. 227), que su salida produjo una verdadera subversión económica de enormes alcances. Las escasas energías del atribulado Guill y Gonzaga convergieron en el sano empeño de llenar de la mejor manera posible tan profundo hueco, especialmente en la enseñanza. Fruto de estos esfuerzos, orientados por el infatigable obispo Espiñeira, fueron la fundación del Colegio Carolino (en honor de Carlos III) y la reapertura del convictorio de San Francisco Javier. Abrumado por la pena, dos años después de la expulsión moría en Santiago Guill y Gonzaga, querido y admirado por la bondad de su carácter y su generosidad. Mientras fué gobernador, había entregado como limosna los dos tercios de su sueldo.

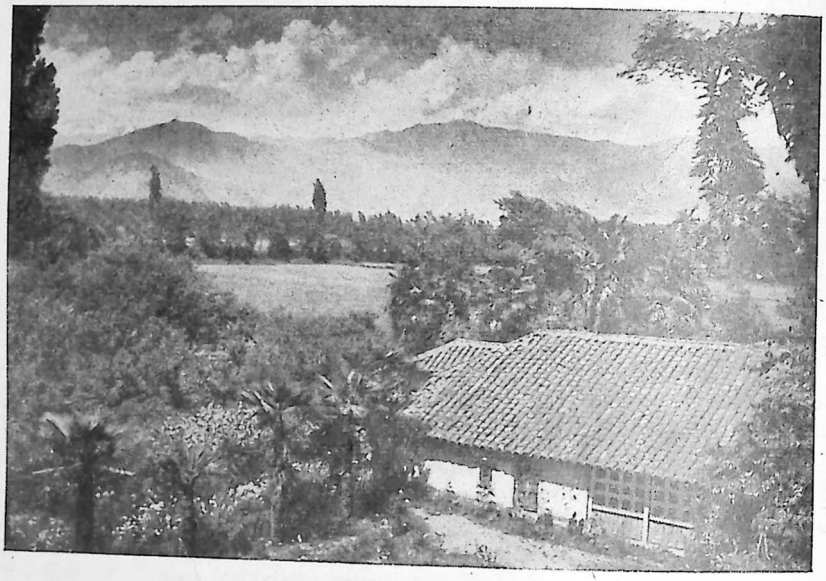


FIG. 227.—VISTA PARCIAL DEL FUNDO "LA COMPAÑIA" (GRANEROS. Foto L. C.)

XXVII

Nueva política indiana. Los caciques embajadores. Gobiernos de Balmaceda, Jáuregui, Alvarez de Acevedo y Benavides. La conspiración de los tres Antonios.

Gobernantes interinos

EL oidor decano de la Audiencia, don Juan de Balmaceda y Censano (fig. 228), designado gobernador interino por el Cabildo de Santiago, * sobre sus muchos años se echaba a cuestas la responsabilidad de hacer frente a la sublevación de mapuches y pehuenches aliados. En la primavera de 1769 habían arrasado las estancias de la región del Laja, alentados con los fáciles éxitos iniciales y más aún con la bondadosa actitud del obispo Espiñeira, que pretendía dominar el alzamiento con buenos consejos. Cuando llegó el gobernador interino a Concepción, la revuelta se había extendido a toda la zona sur del Bío-Bío, y no amainó por las pequeñas ventajas obtenidas en escaramuzas punitivas, sino por la necesidad imperiosa que los indios tenían de recoger sus cosechas. El nuevo mandatario interino designado por Amat, don Francisco Javier de Morales y Castejón, pudo hacer frente al difícil momento gracias al auxilio providencial de 600 soldados españoles y a la no menos oportuna crudeza de aquel invierno, que obligó a suspender toda operación militar, dándole tiempo para reorganizar la defensa del reino.

La paz de Negrete

Con todo, la belicosidad de mapuches y pehuenches no decrecía. En la primavera de 1770, los toquis Curiñancu y Taipilabquén, peleando al frente de sus hombres como en los mejores días de la Conquista, derrotaron a 200 bisoños españoles, obligando a Morales a negociar en Negrete una tregua que costaba, además del desprestigio consiguiente, más de $ 8.000 en dinero y unas seis mil vacas ofrecidas en compensación.

Comprada a tan alto precio la paz, Morales consagró su largo interinato (tres años justos) a impulsar una hábil labor administrativa, que comenzó con la defensa de las costas y nuevos trabajos en el canal del Maipo. Le correspondió también hacerse cargo de la Casa de Moneda, que, por disposición de Carlos III, se incorporaba a la corona, en cumplimiento de la cédula de 8 de agosto de 1770, con su fundador, don Francisco García Huidobro, como tesorero vitalicio.

Como tantos otros mandatarios españoles del siglo XVIII, Morales se

* De acuerdo con la Ley 87, título 15, libro 2.º de la Recopilación de Leyes de Indias.

retiraba de sus responsabilidades sin que se le hiciera ningún cargo en el juicio de residencia.

El hombre de los contrastes

Se diría que el espíritu duro y ejecutivo del corregidor Zañartu hubiera encarnado en el nuevo gobernante designado por Carlos III en julio de 1772. Don Agustín de Jáuregui (fig. 229) llevó su política de regeneración ciudadana, en su lucha contra la embriaguez, el crimen y el ocio, por lo menos en el aspecto legal, más lejos que Amat y aun que el propio corregidor. A los tres meses de asumir el mando dictó unas normas de policía verdaderamente draconianas. Al portador de arma blanca se le daban cien azotes al pie de la horca, se le paseaba en bestia de albarda con un cartel al cuello que difamaba su nombre y, al fin, se le condenaba a cuatro años de trabajos forzados en las obras del canal del Maipo o en Juan Fernández. El robo de animales se castigaba, la primera vez, con azotes y afeitada de cabeza; la segunda, con destierro (un año por animal robado), y la tercera, con pena de muerte. Los ebrios eran recogidos en la "carreta de los borrachos", para cumplir condenas de trabajo forzado urbano por dos semanas. Y estas violentas medidas eran aplicadas cortando a todos por el mismo rasero. El infractor de la queda (9 de la noche en invierno y 10 en verano), fuera noble o plebeyo, era condenado a ocho días de cárcel, y su sospechosa amiga llevada a "Las Recogidas".

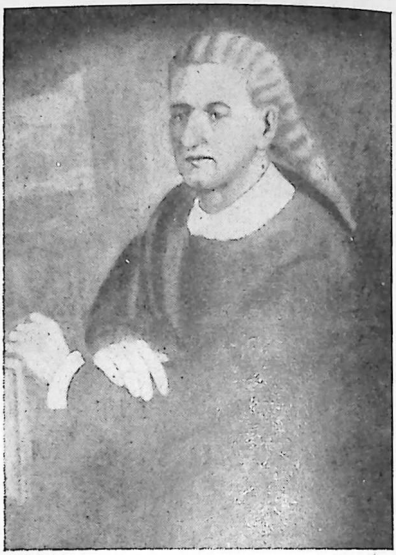


FIG. 228.—VALMASEDA Y CENSANO. (Ortografía de la época. Colección de Retratos. Sala Medina. Biblioteca Nacional.)

Tan durísima policía contrasta con la inefable cordialidad de Jáuregui hacia los indios. Alarmantes noticias de Arauco lo movieron a ensayar un nuevo sistema, basado en la natural bondad del indio, cual era el de pedir embajadores a cada vutalmapu, que el rey costearía en Santiago, con la misión de formalizar sus reclamaciones y servir al gobernador como elementos de presión para mantener la paz.

Embajadores de nuevo cuño

El entusiasmo en la corte fué indescriptible. Se creyó definitivamente pacificado Arauco, y se dispuso que las atenciones y hospedajes corrieran de cuenta del ramo de agasajos. El 4 de abril de 1774 llegaban a Santiago los flamantes embajadores (fig. 230), y poco después eran solemnemente recibi-



FIG. 229.—GALERÍA DE LOS VIRREYES. LIMA.

dos por Jáuregui y condecorados con una medalla que ostentaba la efigie de Carlos III, colgada del cuello merced a una cadena de plata. Al terminar el acto, uno de los diplomáticos dijo que prefería cambiar la imagen de su católica majestad por 20 vacas. Los vecinos de Santiago, al principio, se disputaban el honor de invitarlos; mas, en cuanto tomaron confianza, los solicitados embajadores pedían vino en vez de agasajos, y cuando no lo tenían, entraban en las casas a mendigar dos reales para comprarlo.

Mientras la curiosa presentación de credenciales tenía lugar en Santiago, los malones y robos recrudecieron en la Frontera, noticia que indujo a Jáuregui a utilizar a sus protegidos como mediadores. Se escribieron en su nombre varias cartas, que recibieron como respuesta la admiración de los caciques de Arauco "de que en tan pocos meses hubieran aprendido a escribir los embajadores".

La grave situación obligó a Jáuregui a reunir un nuevo parlamento en que se restablecía la paz. Espoleado por el espíritu de la Ilustración, el gobernador rehabilitó la política de ganar al mapuche por la educación, proyecto que Carlos III, entusiasmado, amplió en sus beneficios no sólo a los hijos de los caciques, cual era la idea de Jáuregui, "sino también para los comunes y ordinarios de las ínfimas clases, para que todos logren del beneficio y se consiga la conversión de esas naciones a mi suave dominio". En mayo de 1775, 16 niños mapuches iniciaban sus estudios en el colegio de San Pablo, en Santiago. Pronto los más despiertos asimilaron las mismas enseñanzas que los niños españoles acomodados. Desgraciadamente, la absorción por el medio al regresar a sus tierras hacía estos esfuerzos tan hermosos como inútiles.

Habilidad financiera y espíritu público

La compleja y singular psicología de Jáuregui presenta aspectos desconcertantes. El hombre inflexible, severísimo con el forajido, candorosamente bueno con el indio, demostró un tacto admirable en materia financiera. El excesivo celo de un contador, el gallego Gregorio González Blanco, ideó un nuevo sistema de impuestos que produjo indignación colectiva y, a poco, la amenaza de una revuelta armada en contra del funcionario, que tomaba por momentos caracteres de verdadera revolución. Jáuregui aceptó un Cabildo abierto, solicitado por el procurador de la ciudad, don Manuel de Salas, y, luego de arreglar política y previamente las cosas, aceptó ante los cabildantes destituir al contador y suspender los nuevos impuestos.

Con fina intuición selectiva, Jáuregui había advertido la capacidad de un irlandés pobre y opaco que trabajaba en modestas comisiones del sur. Ambrosio O'Higgins era nombrado en 1776 maestre de campo, y desde esta fecha se advierte la influencia de su espíritu sagaz en las relaciones con los mapuches y en la reorganización del gobierno de la Frontera.

censo de 1778

La prolífica labor administrativa de Jáuregui le permitió inaugurar, el 8



FIG. 230.—CACIQUE ARAUCANO, SEGÚN DAVIE.

de diciembre de 1775, la nueva catedral de Santiago, ampliar las aulas del Colegio Carolino y crear la Academia de práctica forense, anexa a la Universidad. Mas su principal medida fué el censo de 1778, en cumplimiento de una real orden * que disponía se hicieran padrones de los habitantes de Chile, sin distinguir sexos ni edades. Fué éste el primer recuento serio de la población que se realizó durante la Colonia, y la exactitud de sus cifras parciales y globales basta para levantar un pedestal honroso a su realizador. **

Cuyo deja de ser chileno

El Cabildo de Santiago se había opuesto a la antigua idea de segregar Cuyo de la gobernación de Chile. Fué don Manuel de Salas uno de los últimos y más concluyentes defensores de la teoría de la indisolubilidad de Cuyo y Chile; mas la creación del virreinato de Buenos Aires *** zanjó definitivamente el problema, desprendiendo del país una región que se había identificado profundamente con su psicología, como lo demuestra el hecho de que durante más de 70 años continuó gravitando hacia Santiago (figs. 231 y 232).

Pestes e inundaciones

El castigo implacable con que la naturaleza parecía empeñada en templar el ánimo de los chilenos ganó caracteres de inusitada violencia en el último

* 10 de noviembre de 1776.
** Cf./ final de la síntesis de la Colonia.
*** 21 de mayo de 1778.

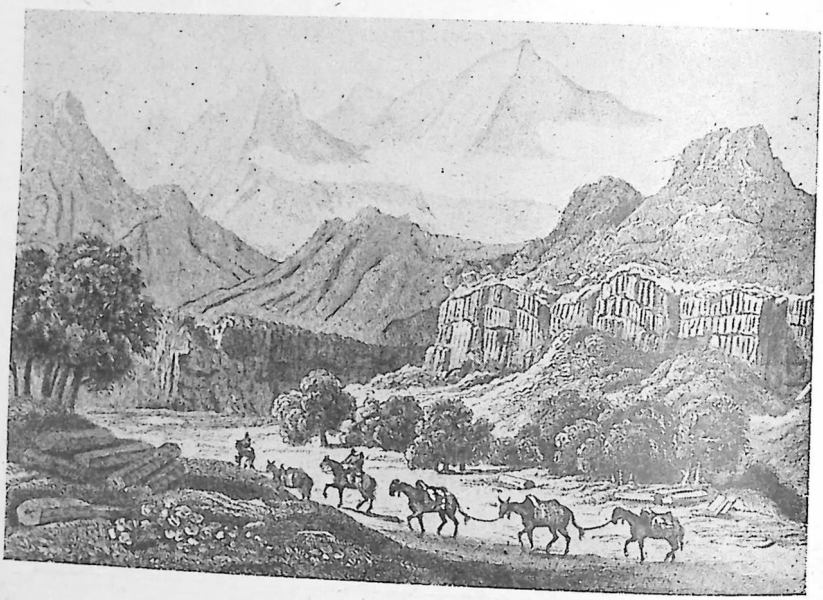


FIG. 231.—ARREO CORDILLERANO A CUYO, SEGÚN FAMIN.



FIG. 232.—CAZADORES DE LA ZONA CORDILLERANA, SEGÚN SUTCLIFFE.

año del gobierno de Jáuregui. Cerraba un período de grandes sequías otro de torrenciales lluvias. El 13 de mayo de 1778, fecha ya fatídica en los anales de esta lucha despiadada contra el medio, una gran avenida del río tumbaba los tajamares, arrasando por completo los barrios bajos de Santiago. A esta calamidad siguió una pestífera epidemia, que los contemporáneos llamaron "malcito", "calentura pútrida que mataba a muchos en tres días". * La epidemia se extendió hacia el sur, donde causó terribles estragos entre los mapuches. No se conocen documentos serios en que basar una interpretación científica de esta enfermedad. Por último, a las catástrofes físicas se añadía el aviso de guerra con los ingleses, con el consiguiente trastorno administrativo.

En premio a sus cualidades de gobernante ecuánime y honrado, Jáuregui fué promovido al virreinato del Perú, en julio de 1780. Tampoco reclamó nadie en su juicio de residencia, del que, por lo demás, había sido relevado por real cédula.

El regente Alvarez de Acevedo

La mantenida corriente de eficiencia y austera moral de que hacen gala los gobernantes chilenos del siglo XVIII encontró un perfecto eslabón en la figura del regente don Tomás Alvarez de Acevedo, que, por su cargo, asumió las responsabilidades del mando a la partida de Jáuregui. Su extraordinaria capa-

* Pérez García.

cidad de trabajo le permitió llevar a cabo una serie de proyectos que su antecesor no pudo realizar. En su corto gobierno de cinco meses implantó la reforma de los alcaldes de corte y barrio, verdadera ordenanza de 27 artículos, que comprendía el aseo de la ciudad, la reglamentación de las tabernas y casas de juego, el socorro de niños expósitos y enfermos y otras atenciones similares.

El rey había nombrado para la gobernación de Chile a un hombre de 62 años, con tantos apellidos como achaques. El brigadier don Ambrosio de Benavides Medina Liñán y Torre, descendiente de Alfonso IX de León, demostró en Puerto Rico y Charcas dotes administrativas; mas al llegar a Chile era un hombre periclitado física y moralmente, que iba a entregar el gobierno a los funcionarios afectos. Este hecho dió a su mandato un especial interés, por cuanto sirvió para demostrar, con su inoperancia, que la capitanía general de Chile había madurado hasta convertirse en un Estado en forma, con una tradición y un hermoso ejemplo inmediato, que le permitían seguir el rumbo de vida normal gracias a su propio impulso.

Los tres Antonios

Topaba Benavides al iniciar su gobierno con una conspiración que, dada la peregrina personalidad de sus promotores, tuvo todos los caracteres de una estéril mascarada, sin la menor base real de éxito posible. Antonio Gramusset era un francés avecindado en Chile hacia 1764, que intentó primero ordenarse de sacerdote, lograr luego fortuna, tentándola sin éxito en la agricultura, y, por último, polarizó sus actividades en la invención de una máquina descabellada que debería elevar el agua a gran altura. Antonio Berney, francés también, era profesor de latín y matemáticas y, además, lector impenitente de la Enciclopedia. Impresionado con el aspecto externo de las turbulencias de 1776 (que manifestaban el fondo mismo de la tesis por la que lucharían los patriotas, es decir, su móvil económico y su carácter de guerra civil entre españoles), Berney concibió la posibilidad de emancipar a Chile como primera etapa para la reforma del mundo, apoyándose en la nueva república. No le fué difícil convencer a Gramusset de sus proyectos, y juntos comenzaron a trabajar sigilosamente la conspiración. El prócer don José Antonio Rojas (fig. 233) les ofreció su apoyo moral, y lograron convencer al piloto peruano Manuel José de Orejuela.

El generoso y utópico proyecto de Berney proponía la sustitución del régimen monárquico por el republicano. El gobierno residiría en un cuerpo colegiado, con el título de "el soberano senado de la muy noble, muy fuerte y muy católica república chilena", que sería elegido por el pueblo, inclusive los araucanos. Se abolían la esclavitud y la pena de muerte, y desaparecían las jerarquías sociales. Se redistribuiría la tierra, repartiéndola entre todos los chilenos en lotes iguales. Lograda la primera etapa, de inmediato pensaban hacer extensivas al mundo entero las ventajas de estas reformas. Para ello, la república

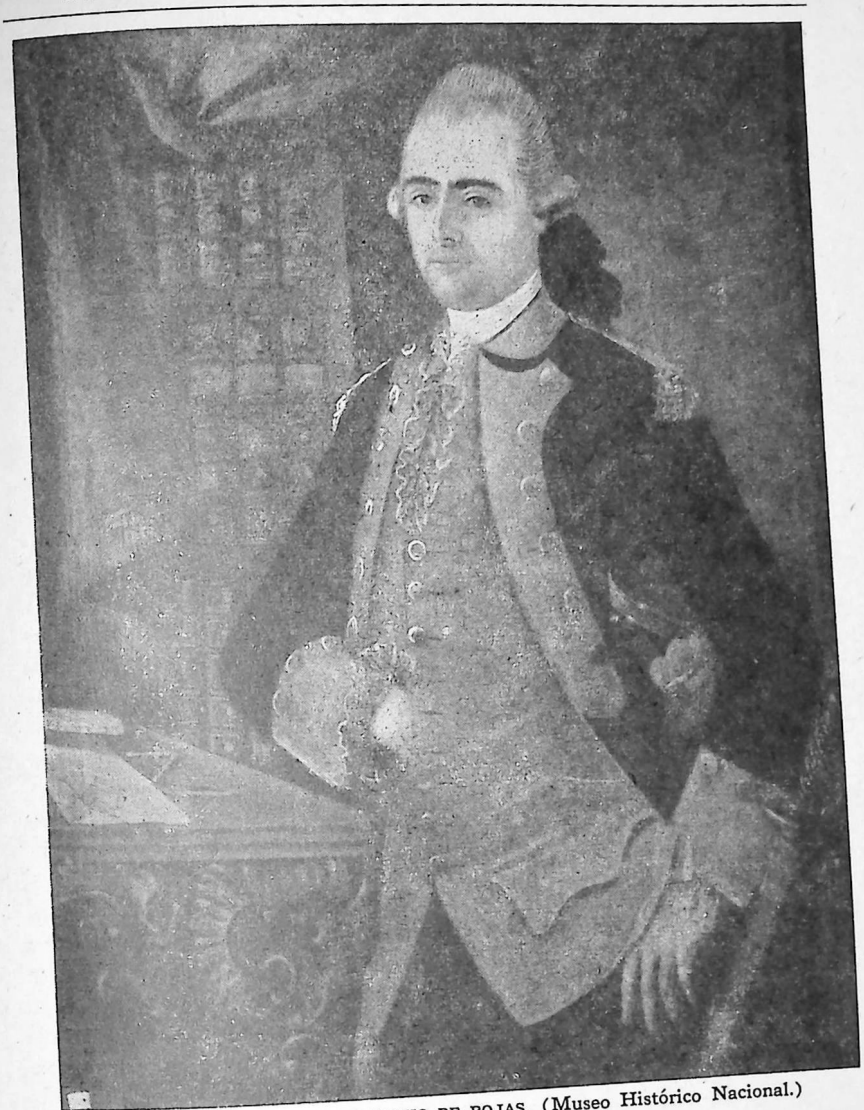


FIG. 233.—DON ANTONIO DE ROJAS. (Museo Histórico Nacional.)

chilena debería fortificar sus puertos y crear un ejército capaz de imponer los nuevos ideales.

Uno de los individuos a quienes Gramusset y Berney confiaron su proyecto, el abogado argentino Mariano Pérez de Saravia y Borante, los delató al regente

de la Audiencia, que procedió con similar sigilo al de los conspiradores. Se les apresó en secreto, como a extranjeros sin licencia, y fueron enviados con delicadeza y buen trato a Lima. *

La desgracia se cebó en los ilusos galos. El barco en que eran conducidos a España naufragó en las costas de Portugal. Berney pereció en la catástrofe y Gramusset sólo sobrevivió tres meses.

El complot pasó completamente inadvertido y no ejerció influencia alguna en el proceso de la Independencia, como acertadamente señala Vicuña Mackenna. Como síntoma precursor está más cerca de la revolución francesa que de la chilena.

Nuevas expediciones a la ciudad de los Césares

En el curso del siglo XVIII la leyenda de la ciudad de los Césares había prosperado, no obstante las sucesivas desilusiones, que parecían estimular con nuevos ímpetus el atractivo de la fantástica urbe. Un andaluz aventurero, Silvestre Antonio Díaz, afirmaba en Madrid, hacia 1715, que él había estado en los Césares y que la ciudad encantada poseía "hermosos edificios de templos y casas de piedra labrada y bien trabajadas". Tales devaneos impresionaron a Felipe V, que ordenó realizar nuevas investigaciones, iniciadas con el envío de una carta "A los muy nobles y valerosos españoles que se hallan poblados en las cercanías de Magallanes". Todavía espera la respuesta. Con el tiempo evolucionaron también las versiones sobre el origen y emplazamiento. Se suponía situada al este de la cordillera y formada por los sobrevivientes del desastre de Osorno de 1599. Los sucesivos fracasos no lograron defraudar en mucho tiempo las esperanzas de su existencia.

La gran inundación

La obra eficaz de los austeros gobernantes del siglo XVIII continuaba amagada por nuevas calamidades. Esfumados los recuerdos del incendio de 1541 y del terremoto de 1647, Santiago padecía en 1783 la tercera gran catástrofe de su dramática lucha contra la naturaleza. Habían transcurrido doce años de angustiosa sequía, que culminaban en 1781 con un chaparrón que duró 78 horas. El 13 de abril de 1783 un fuerte temblor parecía iniciar su término. Con el comienzo del invierno, las incesantes lluvias habían saturado la hoya hidrográfica del Mapocho. En la mañana del 16 de junio el río presentaba un aspecto aterrador. Violentos remolinos de agua estremecían los ya trizados tajamares, y la corriente impetuosa arrastraba árboles enteros, animales, ranchos de paja, con los techos poblados de "gallos y otras avés que lanzaban gritos pavorosos". Aquí y allá aparecían más y más cadáveres, que volvían a hundir-

* En el oficio de Benavides al gobernador de Valparaíso, de 15 de febrero de 1871, dice: "Al dicho Gramusset sigue su mujer, también francesa, con una criada, dos chinitos y algún equipaje. Procure, usted, no quede desconsolada esta infeliz extranjera, a quien por su inocencia mueve la conmiseración a darle los auxilios que sean factibles, haciendo que el maestre de la embarcación reciba todos sus trastos y familia".

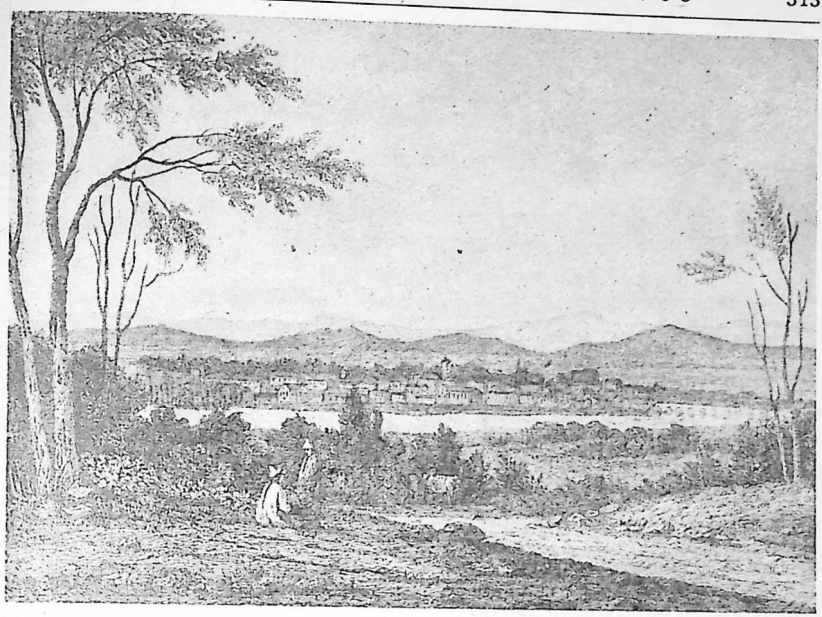


FIG. 234.—VISTA DE SANTIAGO DESDE LAS INMEDIACIONES DE LA CAÑADILLA, SEGÚN FAMIN.

se, para sobrecoger de nuevo con su trágica presencia los ánimos de los santiaguinos. A mediodía arreció el torbellino. La riada rompió primero al oriente, arrasándolo todo. Cuando creíase que esta sangría salvaba la ciudad, cedieron las defensas y el alud se precipitó por lo que ahora es la Alameda. Los vecinos pretendieron vanamente encauzar el caudal por ella, defendiendo las bocacalles con barricadas de madera; pero la catástrofe apenas había comenzado. Más abajo del puente, otros brazos se lanzaron por las calles de San Pablo, Rosas y Santo Domingo, y, lo que fué peor, en el norte cedieron también los tajamares. La Cañadilla, de bajo nivel, fué invadida por completo, quedando aislados los vecinos que lograron refugiarse en las edificaciones más sólidas (fig. 234). Poco después, 14 cuadras de tajamares se tendían sin partirse. Los aledaños de la capital se convirtieron en un enorme lago, señalado en la superficie por la estela de los cuatro brazos principales.

El veterano espíritu de lucha de los santiaguinos encontró en la tragedia ocasión para demostrar su heroísmo. Los más esforzados se lanzaron a caballo en la corriente para socorrer a las carmelitas de San Rafael, que habían quedado completamente aisladas en La Cañadilla, con grave riesgo de sus vidas. Desde el puente de Cal y Canto, que había resistido épicamente los embates,

un inmenso gentío presenciaba la escena. Lograron llegar a la tapia del convento y abrir un hueco por el cual desaguó la represa. Por otro orificio penetraron hasta el coro, donde se habían encaramado las aterradas monjas, y desde allí consiguieron rescatarlas por el estrecho agujero. Una de ellas describió, después de varios días, el salvamento con estos ingenuos y encantadores versos:

Pero es lo menos sensible (el saqueo)
comparándolo al tormento
que toleramos, al ver
el gentío tan atento,
cuando en brazos de los peones
nos transportaban sin tiento.
Y a unas las tomaban mal
y a otras echaban al suelo,
y algunas bien embarradas
eran de la risa objeto.

Las pérdidas fueron enormes. Se habían salvado las vidas, pero la ciudad "quedó tan desfigurada, que era inconocible a los mismos que vivían y que se habían criado en ella". Barrios enteros, en su mayoría pobres, habían desaparecido.

Impulso a las obras públicas

Se diría que estas catástrofes interminentes espoleaban el espíritu creador y constructivo. El postrado e inválido Benavides encauzó sus esfuerzos en el estímulo a las obras públicas (puertos, caminos y edificios), que exigía el avance de la cultura, tanto en la metrópoli como en el Nuevo Mundo. Primero fué el ingeniero Badarán; luego, O'Higgins, y, por último, Toesca. Cupo a éste trasladar las obras iniciales del palacio de La Moneda desde el Basural, sitio de subsuelo inseguro, a su emplazamiento definitivo, donde se reanudaban en enero de 1786. Pocos meses antes se había iniciado la construcción del edificio de la cárcel y ayuntamiento, en el ángulo nororiente de la plaza, según planos de Toesca y Badarán, que, después de grandes esfuerzos y sacrificios, inauguraba el Cabildo en febrero de 1790. En cambio, la obra urgente e imprescindible de los tajamares, siguiendo una costumbre que se iba haciendo inveterada, se pretirió tan pronto como pasó el terrorífico recuerdo de la última inundación.

En su labor administrativa, cupo a Benavides reorganizar la capitanía general según las nuevas instrucciones de Carlos III, que suprimían los corregidores y las provincias, reemplazándolos por los subdelegados, en calidad de jefes de partido, subordinados a los intendentes respectivos. Siguiendo el informe de Benavides, Chile quedó dividido en dos intendencias: Santiago y Con-

cepción. La plaza de Valdivia continuó bajo la jurisdicción del gobernador de Chile.

El virrey aprobó estas medidas, y nombró intendente de Santiago al capitán general de Chile, don Ambrosio Benavides, y de Concepción, a don Ambrosio O'Higgins.

La precaria salud del gobernador lo llevó a la muerte el 27 de abril de 1787. Había sabido compensar su pasiva actitud en el poder con el tacto de orientar la correcta elección de sus colaboradores. El rey premiaba su política relevándolo también del juicio de residencia, que, por lo demás, no habría allegado seguramente ningún caso en contra. De nuevo correspondía el mando al regente Alvarez de Acevedo, que, como en la ocasión anterior, actuaba con eficiencia y actividad encomiables, al iniciar la explotación de las minas de mercurio de Andacollo y Punitaqui.



FIG. 235.—EL OBISPO MARÁN. (MEDINA: "Diccionario Biográfico Colonial".)

La angustiosa aventura del obispo Marán

Las relaciones con los mapuches, mientras tanto, se habían hasta cierto punto normalizado, gracias a la hábil política de O'Higgins, que tenía gran ascendiente sobre ellos. Mas la supresión de los antiguos parlamentos, que halagaban el gusto de los caciques a costa de grandes dispendios, promovía tales oleadas de malestar, que el intendente aconsejó su convocatoria. Tuvo lugar en Lonquilmo (Isla del Laja), y su acuerdo más importante fué la constancia de la inutilidad de los embajadores mapuches en Santiago. Con la nueva paz, el obispo de Concepción determinó recorrer la diócesis, obstinándose en desoír las prevenciones de O'Higgins. Pronto el valioso equipaje del señor Marán (fig. 235), tasado en más de $ 30.000, en ropa, víveres y objetos para regalar a los indios, tentó la codicia de los ribereños del río Tirúa, que, luego de dar muerte a tres de los cinco soldados que lo acompañaban, se precipitaron sobre el botín. El obispo pudo huir con parte de la comitiva hasta cobijarse bajo el amparo del cacique amigo Curomilla. Diplomáticamente pretendió éste que la tribu vecina les dejara libre paso, franquicia que le fué negada. En la

disputa se produjo un episodio tragicómico, insólito en la historia: los indios de ambas tribus decidieron disputarse la vida del obispo y de su comitiva en un partido de chueca (fig. 236). No es difícil imaginarse la angustia del aflicto obispo. La primera partida fué ganada por los enemigos. Preparaban ya sus ánimos para el seguro martirio, cuando los bravos de Curomilla lograron el empate. Las esperanzas de los españoles renacieron al iniciarse la partida de desempate. Difícilmente ha habido en la historia una "barra" que haya seguido con mayor ansiedad las vicisitudes del juego. Con los nervios a punto de estallar y cuando el trauma psíquico parecía aniquilarlos, el triunfo coronó los esfuerzos de la tribu amiga, y la otra, reconociendo caballerosamente su derrota, cumplió el compromiso, y permitió al encogido obispo y comitiva atravesar su territorio.



FIG. 236.—LA CHUECA, SEGÚN GAY.

XXVIII

La cúspide en la buena administración. Don Ambrosio O'Higgins. Los planes económicos. Caminos, edificios, obras de regadío. Los resultados. El marqués de Avilés y el mariscal Pino.

LA personalidad de don Ambrosio O'Higgins (fig. 237) es una de las más poderosas e interesantes de la historia americana. La falta de noticias sobre sus primeros años ha tejido abundantes e inverosímiles leyendas en torno a ellos. Su cuna recorre todas las escalas: desde la más humilde y obscura hasta la nobleza irlandesa de la segunda mitad del siglo XVI. * Una monja limeña afirmó haberlo conocido cuando deambulaba por las ciudades peruanas de buhonero, con el apodo de Ambrosio, el inglés. Los únicos datos seguros al respecto son los autobiográficos, que fijan su nacimiento en Ballenary (Irlanda), hacia 1720, y su residencia en Cádiz desde 1751 hasta 1756, ** pues los católicos irlandeses gozaban de los mismos derechos que los propios españoles. Después de un viaje comercial por América, le fué concedida la carta de naturalización y el nombramiento de ingeniero delineador en Chile. El paso de los Andes, a pie, desafiando los graves riesgos de la alta montaña, le hizo concebir su primera obra pública: la construcción de seis garitas que protegieran al caminante. A las órdenes de Garland, inició el estudio de las fortificaciones de Valdivia, época en que el contacto con mapuches y huilliches le permitió penetrar en la interpretación de las mentalidades de estos pueblos, que tan útil habría de serle en el mando.

Hasta la llegada de Jáuregui, su actuación política y administrativa fué opaca y dificultosa. Tanto este mandatario como Benavides supieron valorar sus méritos, reconocimiento que culminó al acordarle el grado de brigadier y el nombramiento de gobernador intendente propietario de Concepción. ***

No es por tanto de extrañar que, a la muerte de Benavides, su nombre triunfara sobre una lista en que don Tomás Alvarez de Acevedo, especialmente,

* Sobre la genealogía de O'Higgins Vid. el trabajo de Fortescue en "Revista Chilena de Historia y Geografía", T. XVII, pp. 131 a 133.

** "Revista Chilena de Historia y Geografía", Tomo XVII, pág. 81.

*** 30 de septiembre de 1783 y 14 de enero de 1786, respectivamente.



FIG. 237.—GALERÍA DE LOS VIRREYES. LIMA.

contaba con grandes apoyos en el Consejo de Indias y la entusiástica recomendación del Cabildo de Santiago. *

El plan inicial

La etapa inicial del gobierno de O'Higgins se encaminó por cuatro direcciones a la preparación del extenso plan de obras públicas que acariciaba. En la primera se consagró al estudio de datos e informes sobre los recursos de la intendencia de Santiago, el cobro de impuestos, el estado de la agricultura, la industria y el comercio y su capacidad tributaria, así como sobre las obras de los tajamares y de ornato de la ciudad. Simultáneamente, preparaba los ánimos para la aceptación de los nuevos gravámenes que tales obras exigirían.

La segunda discurrió con mano de acero al resolver los asuntos pendientes, poniendo al día la administración y exigiendo a los funcionarios el máximo de su capacidad y eficiencia. La tercera gravitó en el bando de buen gobierno que todo nuevo gobernador debía dictar al asumir el mando. O'Higgins respetó la tradición de sus antecesores, añadiendo por su cuenta diez capítulos, en los que se prohibían los juegos de azar; los empeños o ventas de objetos llevados por los hijos de familia o sirvientes; las ventas de noche en la plaza; los bailes y cantos deshonestos; la presencia de penitentes, aspados y cargados de cruces, en las procesiones.

El viaje al norte

La cuarta y más importante actividad de su inicial gobierno fué el largo viaje a las provincias del norte, con el que deseaba completar su imagen personal del territorio, pues el sur lo conocía palmo a palmo. Nada resume mejor

* Medina: "Documentos", T. CC., Nos. 4.894, 4.904, 4.907, 4.908. Cf./ la obra exhaustiva de Ricardo Donoso: "El Marqués de Osorno, don Ambrosio O'Higgins".

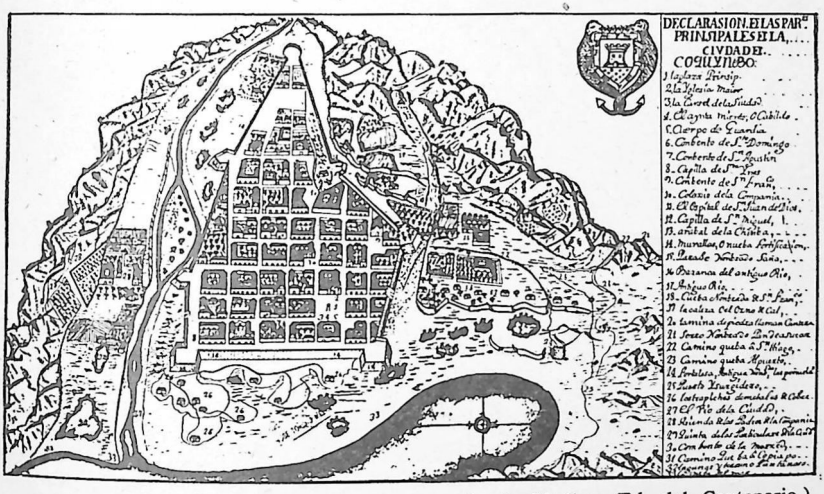


FIG. 238.—PLANO DE COQUIMBO. (Cartografía de Medina. Ed. del Centenario.)

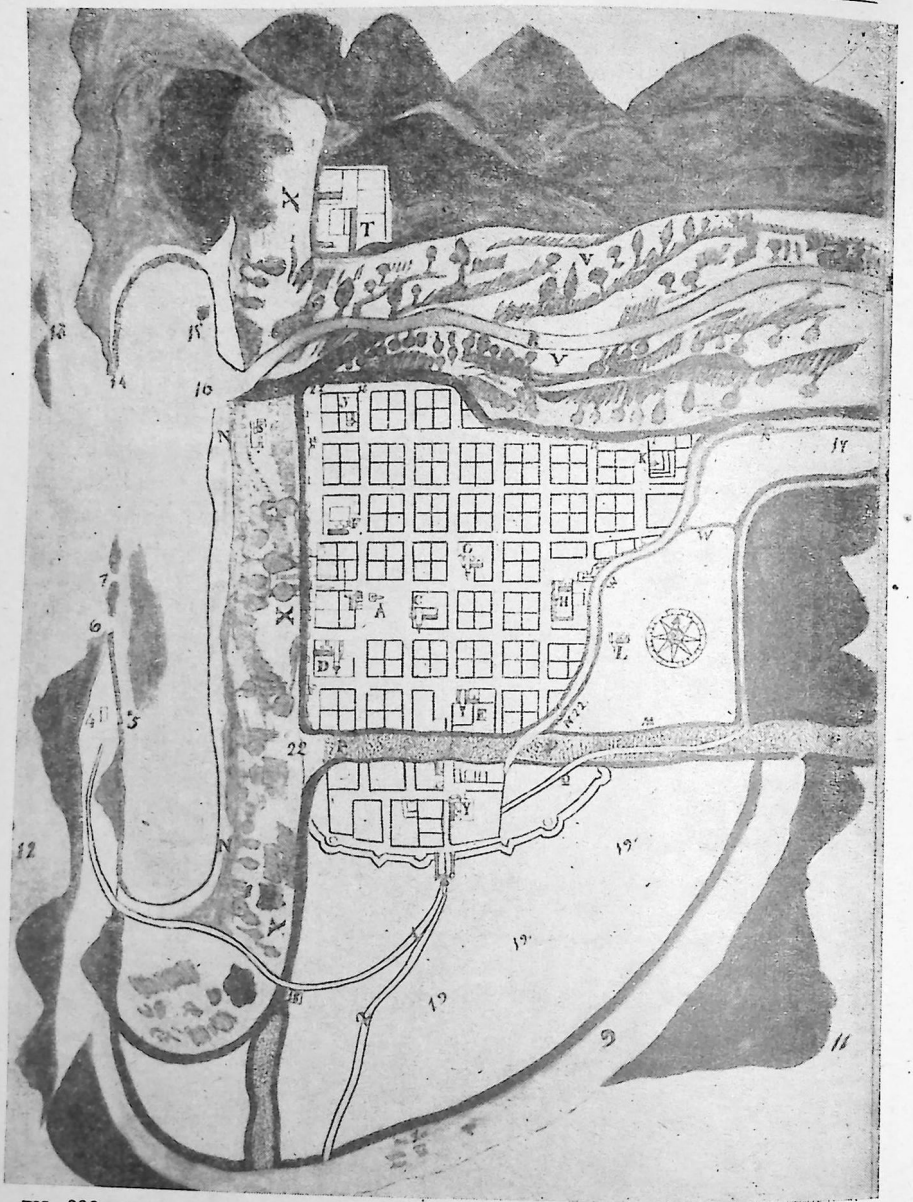


FIG. 239.—LA SERENA A FINALES DEL SIGLO XVIII. (Cartografía de Medina. Edición del Centenario. Vid. en la p. 321 las especificaciones.)

la energía y el tesón de este hombre ejemplar que la partida a caballo, con sus 68 años a cuestas, para hacer un viaje duro e interminable. Lo acompañaban el doctor don Ramón Martínez de Rozas, don Judas Tadeo Reyes, el ingeniero don Pedro Rico, algunos amanuenses y una escolta de 25 dragones.

La visita tenía por objeto estimular el progreso local y estudiar en el terreno los nuevos cultivos con que pensaba transformar la economía chilena. Un mes duró el viaje a La Serena, y otro más permaneció en Copiapó, donde fundó una escuela, distribuyó el reparto de las aguas y puso en orden la administración. El 29 de diciembre de 1788 emprendió el regreso, "atravesando el despoblado de más de cuarenta leguas, sin aguada ni posada alguna, que media hasta el partido contiguo del Huasco". Al pasar por La Serena afirmó las medidas administrativas planeadas a la ida, y el 12 de abril del año siguiente llegó a Valparaíso, que resolvió instituir en ciudad. Un decreto de 29 de abril creaba el Cabildo, y poco después señalaba los límites de su distrito. Luego de seis meses y medio de incesante actividad, entraba en Santiago don Ambrosio O'Higgins, el 13 de mayo de 1789, proeza de un anciano de cerca de 70 años,

PLANO DE LA CIUDAD DE LA SERENA:

A. Plaza mayor de la Ciudad.
B. Casas de Cavildo.
C. Yglesia mayor.
D. Sto. Domingo.
E. Sn. Francisco.
F. Sn. Agustin.
G. La Merced.
H. Colegio q. fue de los Jesuitas.
I. Sn. Juan de Dios.
J. Capilla de Sta. Ignes.
K. El Texan.
L. Capilla q. fue de Sta. Lucia y estención del terreno de su alto.
Mm. Barranca que lo cercan.
Nn. Cequia madre de la ciudad.
Oo. Murallas, y su Portada.
P,p. Quebrada de Sn. Francisco.
Q,q. Cequia del Alto de Sta. Lucia.
Rr. Rio de la ciudad.
S. Molinos de Cepeda.
T. Chacara que fue de Jesuitas.
Vv. Bega del Rio.
X,x. Totorales de la bega del mar.
Zz. Playa de la mar.
1 Camino del Puerto.
2 Camino que va para Santiago.
3 Zerro de Pan de Azucar.
4 Bodega que hubo antiguamente en el Puerto.
5 Piedra Tortuga en que se amarran los Navios.
6 Punta del Zerro Paxaro Niño, ciyac^{n}. Bentajosa p^{a} colocar una bateria que defienda la entrada al Puerto.
7 Los Farellones.
8 Peñon que antiguamen^{te} cirvio de Castillo p^{a} defender el desembarco y em/-barazar las aguadas al enemigo.
9,9,9. Veta de Piedra Losa que cigue p^{a} la Costa.
10 Minas que se travaxan en otra veta de Piedra Losa.
11 Zerro grande.
12 Puerto de la erradura.
13 Yslas de Paxaros.
14 Punta de los Teatinos.
15 Piedra de la Tahualca, donde no puede acercarse ninguna embarcacion.
16 Voca del rio que entra a la mar.
17 Camino que va para el Valle de elque.
18 Alto que cirvio antiguamente de Trinchera.
19,19. Llano o Pampa.
20,20. Barranca que cirve de muro a la Ciudad, y haze frente a la mar, ocho quadras distante de ella.
21,21. Barranca de la Ciudad, que cirve de lo mismo p^{a} la frente del Rio.
22,22. Lugares oportunos p^{a} levantar fortaleza, o bateria q^{e} cirva de Defensa/ a la Ciudad, queson los Parages p. donde puede acometerla el enemigo.



FIG. 240.—ARRIEROS ANDINOS. (Dibujo de P. Schmidtmayer.)

que afirmaba definitivamente su severo concepto del deber y su capacidad física y moral para el mando (figs. 238 y 239).

Con estas experiencias, que le permitieron formarse un concepto claro y personal de los medios de producción, hubo O'Higgins de atacar un problema que se había tornado endémico y angustioso. Los habitantes de Chile, superada la etapa de lucha sin tregua contra el indio y contra la naturaleza, habían adquirido el hábito de consumir productos europeos, y la renta no se había canalizado hacia la creación de nuevas industrias, fomento de las existentes y aumento de los capitales, sino en la compra de tales productos, vestuario, muebles, etc. Para remediarla imaginó O'Higgins, en vez de suprimir tales importaciones, que estimulaban el desarrollo de la civilización, la búsqueda del equilibrio comercial por otros medios, que juntos completan un verdadero plan de política económica, no por fallido menos digno de alabanza.

Fomento económico. Anticipaciones autárquicas

El plan de fomento de O'Higgins constaba de tres acápites fundamentales: una semiautarquía económica lograda cultivando en Chile azúcar, algodón y otros productos tropicales; fomento de las industrias existentes, en especial las que, como la minería, nutrían las exportaciones, y, por último, nacionalizar el comercio exterior por el Pacífico. Tanto la planificación como el desarrollo de estas medidas dan a O'Higgins verdadera categoría de precursor en teoría económica. Su fracaso no aminora el mérito. Cuatro años después de iniciados, los

ensayos de cultivo de la caña de azúcar estaban abandonados; la industria de la pesca no levantó vuelo; los cultivos de arroz y algodón fallaron. Mas, como acertadamente señaló Barros Arana, la derrota no fué del plan mismo, sino de la imposibilidad de forzar el ritmo del desarrollo de la riqueza y de la civilización más allá de lo que permitía el grado evolutivo en las aptitudes económicas de los habitantes.

Las obras públicas

La gestión de don Ambrosio O'Higgins ha pasado a la historia por el fomento de las obras públicas que desarrolló durante todo su mandato. A poco de asumirlo se preocupó de finiquitar el peligro de las inundaciones del Mapocho, reconstruyendo definitivamente los tajamares. También arregló con empeño el camino de Uspallata, al que dió una anchura de 4½ a 5 varas en toda su extensión (fig. 240).

Su gran experiencia sobre la psicología mapuche le permitió restablecer la buena armonía con los indígenas, que había sufrido constantes trizaduras. Convocó con éxito un parlamento en Negrete (fig. 241), donde se autorizó el tránsito de los españoles en los cuatro vutalmapus sin necesidad de licencia de los caciques, la paz entre pehuenches y huilliches y el restablecimiento del comercio entre europeos e indígenas, sin más formalidades que el reglamento estatuído por el propio presidente. La satisfacción de estos últimos fué tan grande y sincera, que, en el poético discurso de aceptación, se le dijo: "Con tu presencia parece que las fuentes saltaran y vertieran el agua con más abun-

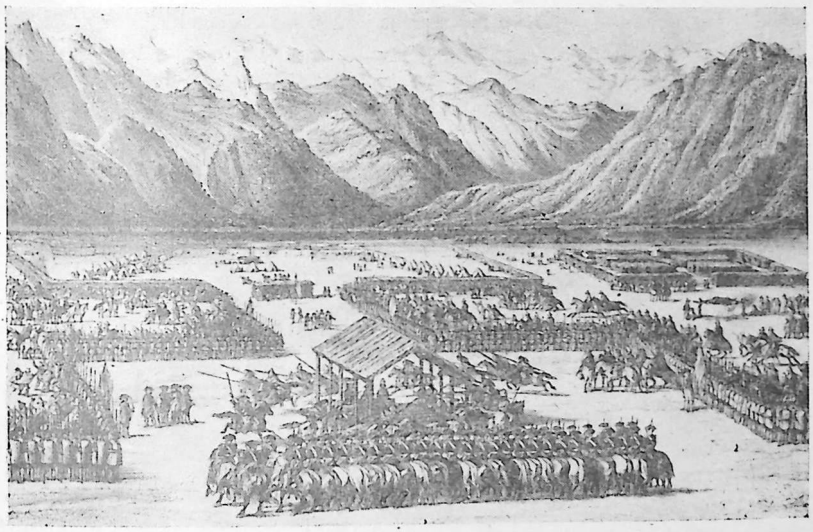


FIG. 241.—EL PARLAMENTO DE NEGRETE, SEGÚN GAY.

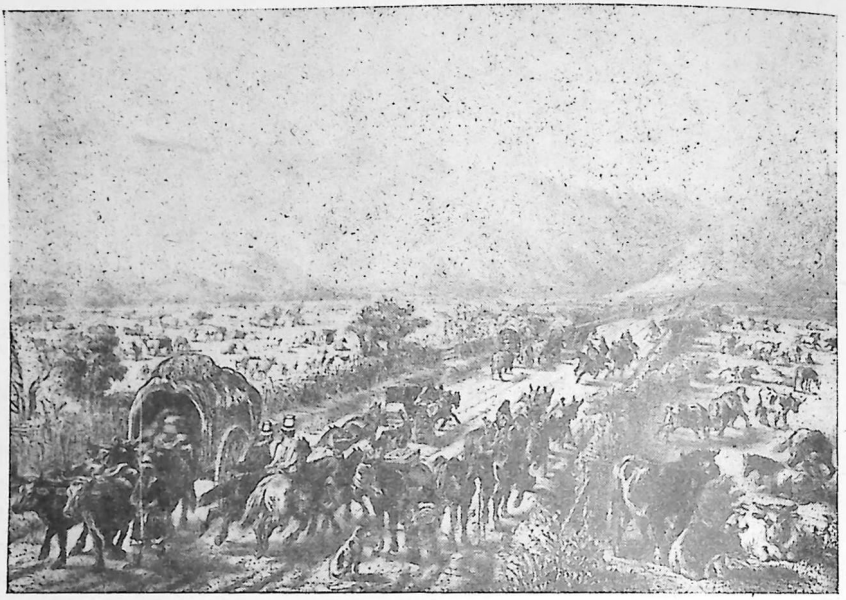


FIG. 242.—EL CAMINO DE VALPARAÍSO A SANTIAGO, SEGÚN GAY.

dancia que antes y que los arroyos corrieran con más velocidad"... "Las plantas han reverdecido, y entre sus ramas los pajarillos cantan más ligeros y sonoros."

Para hacer frente a la pesadilla del contrabando, que iba emparejada con la introducción de la propaganda inglesa, dispuso una política de diplomática amistad hacia los aliados y neutrales, manifestada especialmente con Vancouver (fig. 246), y el trato cortés a los enemigos en alta mar, que deberían ser apresados en puertos y radas chilenos.

En su incesante actividad, alternaba O'Higgins las medidas administrativas con la prosecución de las obras públicas. El camino a Valparaíso no cumplía los más elementales requisitos para el aumento constante de su tránsito, de tal modo que trazó y realizó uno nuevo, siguiendo una antigua senda por Pudahuel, la cuesta de Prado, el valle de Puangue y la cuesta de Zapata (fig. 242). Una columna de ladrillo erigida en la salida del camino, en la calle San Pablo, el año 1795, recuerda todavía al mandatario autor de la obra. Bajo la inteligente dirección de Toesca, continuó la construcción del edificio de La Moneda (figs. 249, 315 y 316), con un costo de más de $ 1.000.000, que en 1795 Vancouver consideraba el mejor edificio de las colonias del rey de España en América. Las obras de embellecimiento de la ciudad culminaron con

el cierre de las acequias del agua potable en la Alameda y tajamares y el restablecimiento de aceras enlosadas en las principales calles.

El Consulado

Además de llevar a cabo diversas reformas de la Real Audiencia, O'Higgins colmó las satisfacciones y antiguos anhelos de los pobladores de Chile al lograr el establecimiento del tribunal del Consulado (fig. 250), desiderátum que contaba ya con medio siglo de ininterrumpidas gestiones. El Consulado tenía la doble función de juzgado de comercio y de organismo de fomento del mismo, de la agricultura y de la industria. Cuando Carlos IV accedió a la solicitud de O'Higgins, sólo había en América otros dos Consulados, lo que da una idea de la importancia que iba ganando la otrora cenicienta del imperio. En complementario acto de justicia, fué nombrado síndico del nuevo organismo don Manuel de Salas.

Las fundaciones

Tal vértigo creador había de verse también reflejado en las fundaciones de ciudades. Fueron de este modo agrupando la población rural y minera las villas de Santa Rosa de los Andes (31 de julio de 1791); San José de Maipo (16 de julio de 1792); el puerto de Nueva Bilbao de Gardoqui (18 de junio de 1794), que con la República cambió su nombre por el actual de Constitución; San Ambrosio de Linares (23 de mayo de 1794), y, por último, Reina



FIG. 243.—LA ROCA DE LA IGLESIA EN NUEVA BILBAO (actualmente Constitución), SEGÚN GAY.

resca figura quedó grabada en el recuerdo de los santiaguinos. Pérez García cuenta que en su despacho figuraba un cuadro de Adán y Eva, como Dios los echó al mundo, con la siguiente leyenda:

De estos destripaterrones
descendemos los señorones.

La ya tradicional ascensión al virreinato desde el gobierno de Chile se cumplía asimismo con Avilés el 19 de octubre de 1797. Su espíritu progresista y su inteligencia para rodearse de excelentes colaboradores lo incluyen entre los grandes gobernantes del siglo en Chile.

Fastuosa recepción

También por un breve período venía a asumir el mando el mariscal don Joaquín del Pino, al que se ofreció la más fastuosa de todas las recepciones coloniales. Se gastaron unos $ 8.400. Los cabildantes, "...a fin de hacer más solemnes la entrada y recepción del Excmo. señor don Joaquín..., acordaron se hagan cuatro corridas de toros, dos comedias y tres días de juegos de alcancías, cabezas y parejas".

Cuando no había cumplido dos años de gobierno, Del Pino fué llevado al virreinato de Buenos Aires, y se hizo cargo del gobierno el oidor don José de Santiago Concha. Después de 9 meses de gobierno, éste lo entregó al regente, don Francisco Tadeo de Medina. En enero de 1802 prestaba juramento el nuevo presidente, don Luis Muñoz de Guzmán.

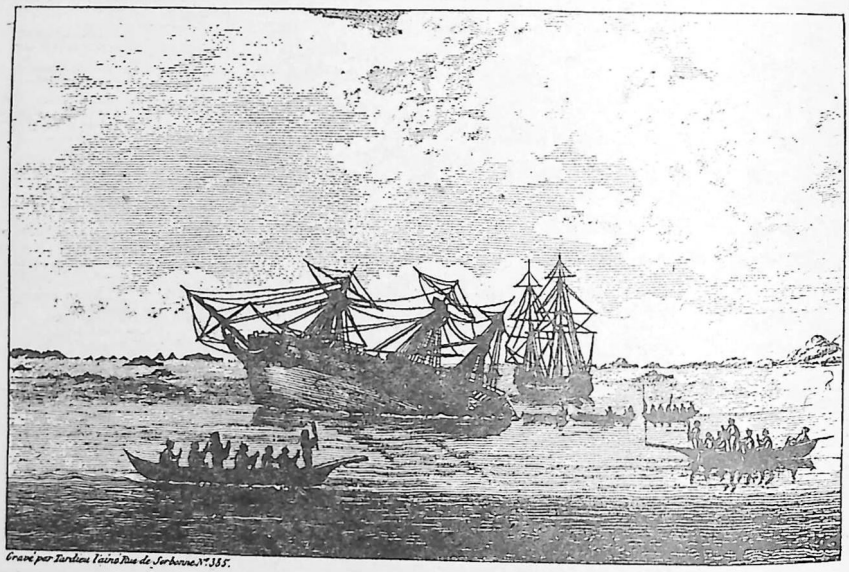


FIG. 246.—LA "DESCUBIERTA" ENCALLADA. (Atlas de los viajes de Vancouver.)

XXIX

Don Manuel de Salas, símbolo de la Ilustración en Chile hispano. Muñoz de Guzmán, último gran gobernante del período.

LA edificante conclusión de positivos resultados a que los últimos gobernadores del siglo XVIII habían llegado en Chile es el paralelo reflejo del renacer de la civilización española que caracteriza a los gobiernos de Fernando VI y Carlos III. El fenómeno histórico que ha dado en llamarse el Despotismo Ilustrado trajo a estas latitudes a una serie casi ininterrumpida de hombres capaces y eficientes, que impusieron aquel concepto de gobierno, de arriba abajo, es cierto, mas sin duda animado por un espíritu democrático igualitario. En la práctica, muchas veces, incluso actuaron con mayor liberalidad que los teóricos enciclopedistas franceses, teñidos con el espíritu neoclásico de la época. El hombre que en Chile encarna estos ideales, sirviendo de oportuno enlace entre los nuevos conceptos y la corriente criolla libertadora, es don Manuel de Salas, economista de fuste, verdadero basamento teórico de lo que más tarde había de producir la madurez política y administrativa de este país.

Manuel Silverio Antonio, hijo del fiscal de la Real Audiencia doctor don José Perfecto de Salas y de la dama santiaguina doña María Josefa Corvalán y Chirinos, nació el 19 de julio de 1754. A los 19 años, la Universidad de San Marcos le otorgaba el diploma de bachiller en sagrados cánones, y poco después la Audiencia de Lima le confería solemnemente el título de abogado. A los 20, el Cabildo de Santiago lo elegía alcalde ordinario por unanimidad de votos y, un año después, abogado y procurador de la corporación.

El símbolo de la Ilustración

En 1777 llega a Madrid. Siete años de permanencia en la capital metropolitana acaban de conformar su personalidad, al canalizar las ansias filantrópicas en los ideales de la Ilustración y trazar los surcos por donde habrían de discurrir las tres etapas en apariencia antagónicas de su vida pública.

En la primera, estimulado y favorecido por la confianza y el aprecio de O'Higgins, Avilés y Muñoz de Guzmán, se erigió en símbolo chileno de los apetitos de progreso y mejoramiento social que señalaron una línea política tanto en la Península como en las provincias indianas. Era un español-americano que no concebía el encono de raza, precisamente porque planteaba los problemas de la libertad americana como tal, empeño en el que no estaba, por cierto, solo.

Posición frente a la Independencia



FIG. 247.—MANUEL DE SALAS. (Grabado de Desmadril.)

La segunda etapa comienza con la revolución de la Independencia. Su ira hacia García Carrasco no va contra España, sino contra las arbitrariedades de un mal gobernante, llevadas a su cenit con la prisión de don José Antonio Rojas. La repulsa del mandatario odiado señala el primer paso de un calvario que durará lo que la lucha por la libertad. En el fárrago del combate él va a la rastra, sin odios ni pasiones, entregado sólo a sus ensueños de mejoramiento social y a su actitud de permanente filántropo. Enemistado con Carrera, se traslada a Mendoza, porque aquella "violencia no congeniaba con su carácter".

Sería inoportuno valorizar una actitud política unitaria y constante en don Manuel de Salas. Cuando Osorio puso término a este calvario, enviándolo con otros patriotas a Juan Fernández, escribe al general español una carta ingenua hasta el candor, en la que pretende justificar su actitud pasada y que, entre líneas, la define. *

La tercera etapa de su larga carrera se inicia en Chacabuco. La administración de O'Higgins y los siete años de anarquía no le impiden continuar la obra de apóstol del progreso económico. Su total carencia de ambiciones polí-

* Los párrafos principales dicen así: "Sea por el principio que se quiera, desde que abrí los ojos a la razón, me dediqué con todas mis fuerzas a ser útil a mis semejantes, y el ídolo de la felicidad ajena hizo mi desgracia propia, suscitándome émulos y un nombre que debía ser odioso a los indolentes, así como fué apreciable a los que por su carácter podían calificarlo. La educación de la juventud, el destierro del ocio, de la mendicidad y de los vicios, las obras públicas, absorbieron mis facultades y tiempo, y merecieron tantas contradicciones del vulgo como aprobaciones de la corte, de los jefes y de los hombres de bien".

"Acaecida la funesta revolución, hice públicamente cuanta resistencia cupo en un individuo particular. Ni podía dejar de hacerla, estando íntimamente imbuído de que todo movimiento es malo... Que Chile podía separarse de una nación protectora en Europa con la que está ligada por cuantos vínculos pueden establecer la conveniencia, la justicia y la razón. Que se carecía de fuerzas y de talentos para tal empresa, a la que invenciblemente conduciría la petulancia de los que con aire de amistad nos inducían a los desastres que preveía. Quien conoce esas verdades, ¿podía sin la última prostitución obrar de otro modo? Esta sola imputación me es más cruel que todos los padecimientos que tolero resignado en la providencia y que todas las notas que seguramente aclarará el tiempo".

ticas a nadie estorba y a nadie irrita. Se le confía la dirección de la Biblioteca Nacional, y los gobiernos lo consultan en materias económicas y educacionales. Su espíritu está a tal punto impregnado del Despotismo Ilustrado, que el régimen portaliano resbala, con su crudo realismo, sobre su ideología al margen de la política. "Nuestro Chile —dice— se halla en modorra, y más vale este estado, que no bochinches, conspiraciones o juras." Así continúa su vida sin alteraciones. A los 83 años dividía sus actividades entre el ensayo del cultivo de la seda y la organización de la Sociedad Nacional de Agricultura, que lo contó entre sus fundadores. A los 87, el 28 de noviembre de 1841, descansaba para siempre, admirado y reconocido por los suyos.

La proyección histórica

De las anteriores notas se desprende claramente que don Manuel de Salas no fué la antorcha que guiara el proceso revolucionario. Su alto pedestal consiste en haber sido el más conspicuo representante del Despotismo Ilustrado en América. Que ambas concepciones se encadenan en el proceso histórico, es decir, que el Despotismo Ilustrado participó en los ideales revolucionarios, es problema que trataremos en lugar oportuno. Como realizador de los ideales de la Ilustración, Salas los encauzó en tres direcciones: el mejoramiento de los servicios de beneficencia; el impulso de una política económica que, salvando el tiempo y la distancia, corresponde al concepto actual de economía dirigida, y, por último, la consideración de la enseñanza como agente en el desarrollo de las aptitudes económicas y de los hábitos que hacen la vida más digna y sociable.

Muñoz de Guzmán, el último gran gobernante

Don Luiz Muñoz de Guzmán llegaba a Chile para hacerse cargo del gobierno acompañado de su esposa, doña Luisa de Esterripa, y de su hija, que iban a ejercer una honda influencia en el cambio de las costumbres y en el pulimiento de la aun tosca sociedad colonial. En la solemne recepción que, como vicepatrono, le rindió el pleno de la Real Universidad de San Felipe, Muñoz de Guzmán recibió en boca del presbítero don Mariano Zambrano todo un programa de trabajo, al que ciñó casi literalmente su gobierno. "Esperamos —dijo en aquella ocasión el doctor Zambrano— ver concluído el enlosado y compostura de las calles y plazas, su aseo y comodidad; que se arbitre para su entera iluminación por la noche; haya serenos en todos los cuarteles, y que las acequias estén corrientes y con agua limpia... Regístrense los abastos y no se permita

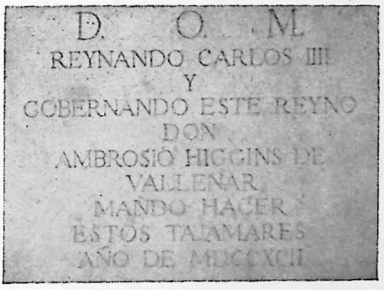


FIG. 248.—REPROD. DE LA INSCRIPCIÓN CONMEMORATIVA DE LOS TAJAMARES.



FIG. 249.—LA MONEDA. (Dibujo de Schmidtmayer.)

vender lo que no está en sazón o lo apestado. Sáquese todo el pescado de la plaza pública y no se estanque lo mejor sólo para unos pocos. Vélese sobre el exceso de bebidas de licores fuertes, que acarrean tantos desastres... Ponga V. S. por obra la construcción del canal de San Carlos, aprobado ya (por) S. M.... El aire es el principal y tal vez el único vehículo de salud y vida. Tocante a su perfecta tranquilidad, ¿qué no han declamado los sabios contra hospitales y entierros en los poblados? La atmósfera que nos circunda, impregnada de tanta partícula pútrida, no nos deja respirar el vital aire... Algún día nuestros postreros adoptarán ideas tan sensatas y serán entonces incalculables la bondad y excelencias del país chileno."

Obras de bien público

Comenzó Muñoz de Guzmán por el canal de San Carlos. Era su historia la de un encadenamiento continuo de fracasos y desalientos. El nuevo gobernador echó mano de cuantos recursos pudo, y a su muerte, en 1808, con el cauce trazado hasta el Peral, el agua quedaba "colgada sobre la planicie de Santiago". En el capítulo de las obras públicas, iniciadas por O'Higgins y Avilés, cupo a Muñoz de Guzmán la dicha de su terminación. Concluyó definitivamente los tajamares. En 1805, después de 25 años de trabajos, se entregaba el Palacio de la Moneda. Con planos de Toesca, levantó la casa de la Aduana * y la casa de la Audiencia y de las Cajas Reales, en el costado norte de la plaza. ** El Consulado se inauguraba el 19 de enero de 1807. Los traba-

* Antiguo palacio de los Tribunales de Justicia, actual Dirección General de Correos, sita en Bandera esquina de Compañía (Fig. 252).

** Durante el Siglo XIX lo ocupó la Intendencia. Son los actuales edificios de la Municipalidad y Telégrafos (Fig. 251).

jos habían sido dirigidos por los ingenieros Cavallero y Atero. En el mismo edificio neoclásico sesionó el Congreso Nacional y se estableció la Biblioteca.

El sublime ejemplo de los "Niños Vacunatorio". El P. Chaparro y Nicolás Matorras

En los últimos días del gobierno de Muñoz de Guzmán se produjo uno de los más generosos y humanitarios acontecimientos de la Historia. Eran candentes y violentas las luchas de opinión en Europa sobre la vacuna, anunciada por vez primera con positivo éxito en 1798, en Inglaterra, cuando el gobierno de Madrid, alborozado por un descubrimiento que pondría fin al flagelo de la viruela, trágicamente endémico en toda América, especialmente entre los indios, realizó una hazaña que es un símbolo de los desvelos de la Ilustración española por el Nuevo Mundo. El 30 de noviembre de 1803 zarpaba de La Coruña la corbeta "María Pita", con 10 facultativos cuidadosamente escogidos, 25 niños, con sus madres o nodrizas, destinados a mantener el virus, mediante inoculaciones sucesivas durante la travesía, que fueron declarados "hijos especiales de la patria, quedando a cargo del gobierno su mantenimiento y enseñanza hasta ponerlos en estado conveniente". Cupo el honor de dirigir esta expedición al ilustre médico valenciano don Francisco Javier Balmis. Mientras el equipo trabajaba en toda América, de norte a sur, y llegaba hasta las Filipinas, Chile ya poseía pústulas de vacuna enviadas por el virrey de Buenos Aires desde Brasil.

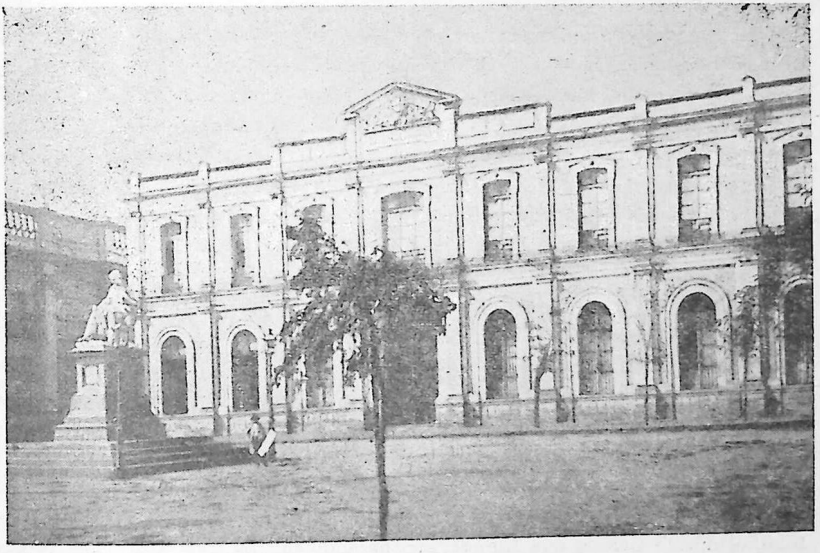


FIG. 250.—EL CONSULADO. (Fotografía tomada en 1895, cuando el edificio prestaba servicio como Biblioteca Nacional.)



FIG. 251.—EDIFICIOS DEL COSTADO NORTE DE LA PLAZA DE ARMAS. (Grabado de Fairland.—Sutcliffe.)

Fué la hora del padre Chaparro, hospitalario chileno que, desde 1765, practicaba la inoculación de la viruela con éxito, en permanente lucha con la hostilidad de las gentes. Esta aumentó con la llegada de las pústulas, y el padre Chaparro, ya viejo, cedió a la resistencia. El comerciante criollo don Nicolás Matorras iba a recoger el espíritu apostólico del hospitalario. Desde que obtuvo el decreto que le encargaba la difícil misión de vacunar a todo el mundo, se dedicó a ella con total altruísmo. Hasta el 20 de julio de 1806 sólo había podido realizar 350 vacunaciones. En noviembre de 1807, Matorras había vacunado 7.600 individuos.

La guerra con los ingleses

Mientras estos generosos propósitos preocupaban a los pobladores, la guerra con Gran Bretaña había estallado de nuevo, ganando en el Pacífico caracteres de verdadera ferocidad. La "Betsey" fué tomada al asalto por el capitán don Tomás de Figueroa, y el corsario inglés "Vulture" capturó un mercante español en viaje de Talcahuano al Callao, enviándolo a Santa Elena con una custodia. Los españoles se sublevaron y dieron muerte a seis ingleses. Los sobrevivientes, a su turno, asesinaron a todos los españoles y vararon el buque.

La noticia de la ocupación de Buenos Aires llegó a Santiago en agosto de 1806, al mismo tiempo que Liniers, encabezando un movimiento criollo, rescataba la capital del virreinato. Como allende los Andes, en Chile todos se agruparon ideológicamente contra el invasor. Muñoz de Guzmán adiestró varios

contingentes de milicias, las únicas disciplinadas militarmente que participarían poco después en la revolución.

Los trastornos causados por la guerra exigieron pronto nuevas contribuciones, que no alcanzaban a cubrirse con los voluntarios donativos. Se había ideado la venta de los bienes raíces pertenecientes a obras pías y el rescate de los censos, medidas que, en teoría, iban a beneficiar al país por la mala administración de tales propiedades en manos extrañas a la actividad económica. En la práctica, tales ventajas eran ilusorias, pues no había en Chile capitales para adquirirlas ni para redimir los censos que gravaban sus bienes. El Cabildo tomó cartas en el asunto, y el cumplimiento de la real cédula quedó aplazado, con lo que vino a confirmarse una vez más la fuerza política de esta institución y la actitud contemporizadora de la corona.

La calumnia y la reivindicación histórica

La vieja secuela de las denuncias a Madrid iba a resucitar, amparada en la vejez y caballerosidad de Muñoz de Guzmán. Un grupo, que no logró mantener el anónimo oculto bajo el de "Los Oprimidos Chilenos", envió un memorial, no tan vejatorio y crudo como los del siglo anterior, que motivó una in-



FIG. 252.—ANTIGUA ADUANA EN LA ACTUALIDAD. (Fotografía de L. C.)

vestigación del virrey. Muñoz de Guzmán, herido por los que él mismo había ensalzado, pues no fué difícil descubrir los nombres de los redactores, se alejó de una sociedad que le había sido desleal y vivió en total retraimiento hasta su muerte, acaecida el 11 de febrero de 1808.

Calibrado con el estrecho tamiz de las cualidades morales, Muñoz de Guzmán fué, tal vez, el más virtuoso gobernante español de la Colonia en Chile, honor que se empareja con el impulso dado a las obras públicas. Completó la obra civilizadora de O'Higgins y fué capaz de terminar la obra del canal del Maipo, gigantesca empresa si se analiza con la oportuna estimación relativa al momento y al medio.



FIG. 253.—EL CONCEPTO CARTOGRÁFICO SOBRE AMÉRICA DEL SUR A COMIENZOS DEL SIGLO XVIII. (Museo Histórico Nacional.)

XXX

Valor y símbolo de Chile hispano. Exploraciones científicas. Cómo juzgaban a su país los chilenos en 1810.

LOS capítulos hasta aquí recorridos pretendían reflejar el encadenamiento histórico en la gestación del pueblo chileno, siguiendo un concepto tradicional en la historiografía americana en cuanto al sistema. Huyendo en lo posible de las repeticiones, intentaremos ahora ofrecer una visión de conjunto del período hispano, para interpretar social, económica y políticamente su entraña histórica, su significado y sus proyecciones en la etapa republicana.

El vértigo creador

Las primeras exploraciones nacidas de la fuerza expansiva del hombre de la Conquista no pueden tener expresión literaria. Los obstáculos, en forma de distancia, de mar, de desierto, de cumbre nevada e inaccesible, de selva impenetrable, son otros tantos incentivos para su irrefrenable vértigo creador. Cuando la etapa inverosímil de la época de Valdivia cedió a su fatal normalización, los ya chilenos sintieron la necesidad metódica de conocer su territorio, el clima, los aborígenes, las riquezas, las comunicaciones. Las dos fuentes de conocimiento, una derivada del avance en la conquista, otra de los viajes con fines misionales o económicos, habían delimitado, en sus grandes líneas, una idea cabal del territorio al finalizar el siglo XVII.

Los viajes en la primera mitad del siglo XVIII

Entre las expediciones iniciadas con el XVIII, revistió más importancia que las de los franceses Feuillée (pretendía verificar observaciones astronómicas y botánicas en Chile y Perú) y Frezier (Vid. figs. 7, 25, 53, 192, 193, 209, 254 y 255) (hizo agudas observaciones sobre los pobladores, la agricultura y la minería chilenas), la de los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, comisionados por Felipe V en 1735, que recopilaron sus apuntes sobre la sociedad, el gobierno y la administración * (fig. 257).

* Su "Relación histórica del viaje a la América Meridional"... se publicó en España en 1784. El informe reservado, de severa autocrítica al régimen español en América, llegó a manos infidentes de un editor inglés que lo dió a las prensas en 1826, con el título de "Noticias Secretas de América"..., suprimiéndole, por supuesto, el prólogo en que se explicaba la intención de la obra. Este informe secreto, que analizaba con crudeza los defectos de la administración para sugerir el modo de evitarlos, fué, con la también autocrítica obra del Padre Las Casas, la historia de Robertson, los escritos del abate Raynal, el fundamento de la llamada "leyenda negra", que todavía aletea en algunos rincones americanos. Es un honor para la historiografía chilena comprobar que, desde hace casi un siglo, adopta una actitud violentamente opuesta a ella.

Cf./ sobre la "leyenda negra", entre las obras apologéticas: Bernardo Vargas Machuca: "Discursos Apologéticos" (escritos en 1612); Edward Gaylord Bourne: "Spanish Colonial System", N. York, 1904. (Trad. y ed. en Santiago de Chile, en 1916, por don Domingo Amunátegui Solar, con el título de "El Régimen Colo-

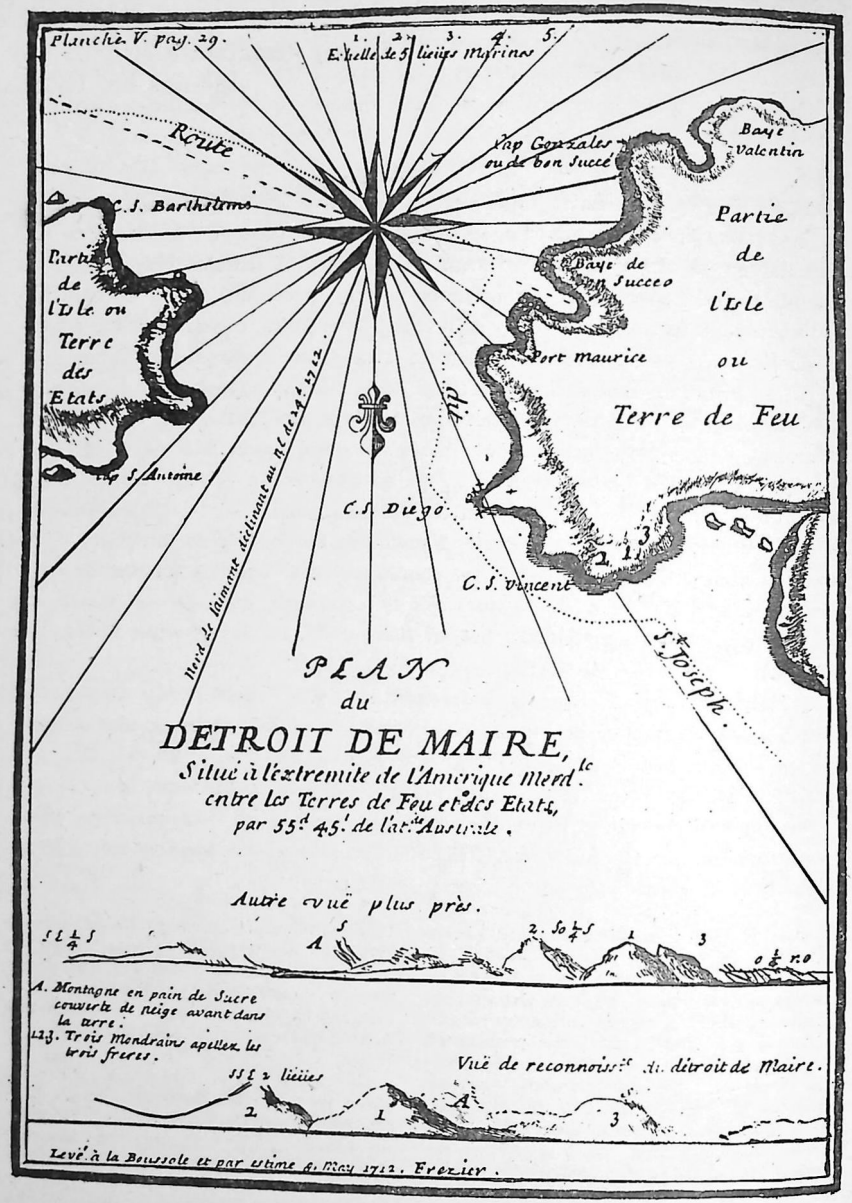


FIG. 254.—DE LA 1.ª EDICIÓN DE LOS VIAJES DE FREZIER.

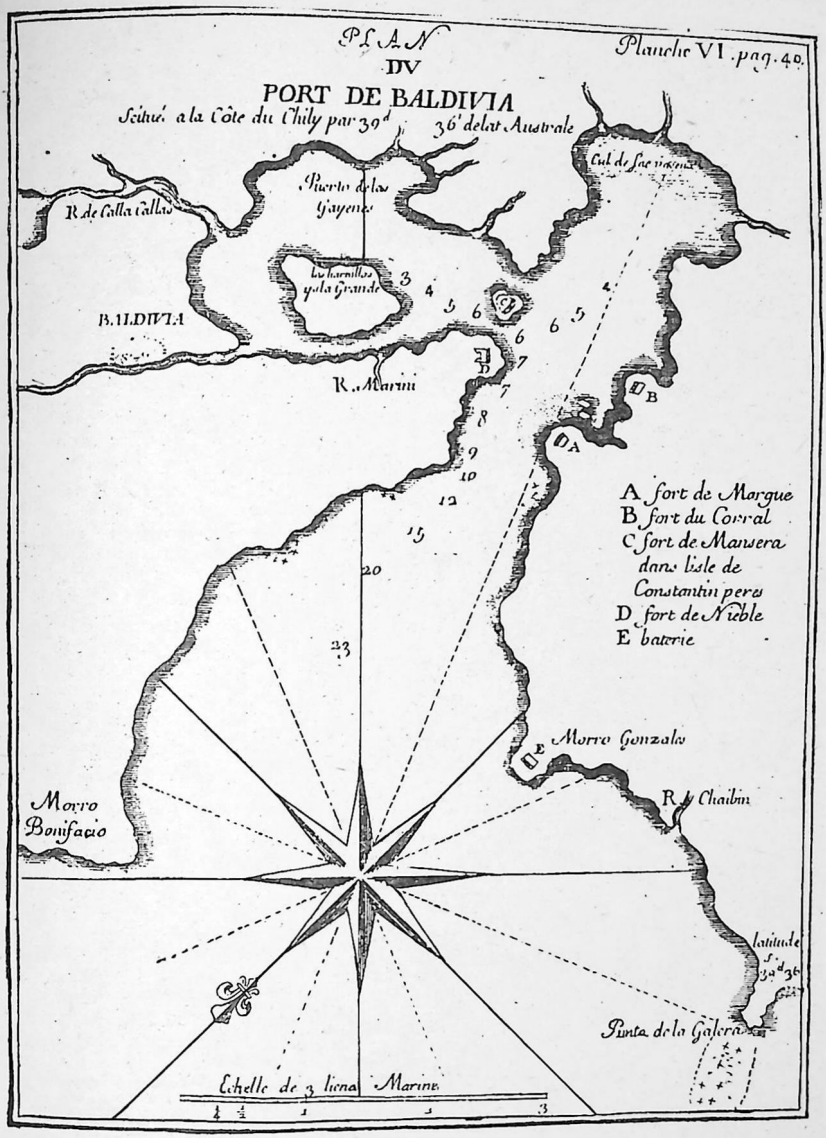


FIG. 255.—DE LA 1.ª EDICIÓN DE LOS VIAJES DE FREZIER.



FIG. 256.—FRAGMENTO DEL MAPA ORDENADO POR LUIS XIV DE FRANCIA.
(Museo Histórico Nacional.)



FIG. 257.—ANTONIO DE ULLOA Y JORGE JUAN. (Grabados de Maura. Madrid.)

El viaje de Luis Antonio de Bougainville a Magallanes desde la base de operaciones de las Malvinas (derivado de Malouines, con que él las bautizara) fué descrito por él mismo * y por el benedictino Dom Pernety, que lo acompañaba. ** En diciembre de 1764 llegaba a la Patagonia oriental el comodoro inglés John Byron (fig. 262), región que le impresionó favorablemente en cuanto a sus posibilidades económicas. Poco después penetraban en el Estrecho los marinos ingleses Samuel Wallis y Felipe Carteret, que confeccionaron una carta bastante exacta del territorio reconocido. ***

nial de España en América"); Julián Juderías: "La Leyenda Negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero", Madrid, 1914; Charles F. Lumnis: "Los Exploradores Españoles del Siglo XVI", varias veces editada; Constantino Bayle: "España en Indias, nuevos ataques y nuevas defensas", Vitoria, 1934. Además de las obras de Juan Nuix, Blanco Fombona, Carlos Pereyra, etc., vid. la excelente de Rómulo D. Carbia "Historia de la Leyenda Negra Hispanoamericana", B. Aires, 1943, y la col. de la "Revista de Historia de América", que dirige Silvio A. Zavala. (N. de L. C.)

* Caps. II y IV de la primera parte de su conocido "Voyage autour du monde".

** "Histoire d'un voyage aux isles Malouines fait en 1763 et 1764."

*** Hawkesworth: "An account of the voyage undertaken by order of H. P. M., for making discoveries in the souther hemisphere, and successively performed by commodore Byron, cap. Wallis, cap. Carteret and cap. Cook".

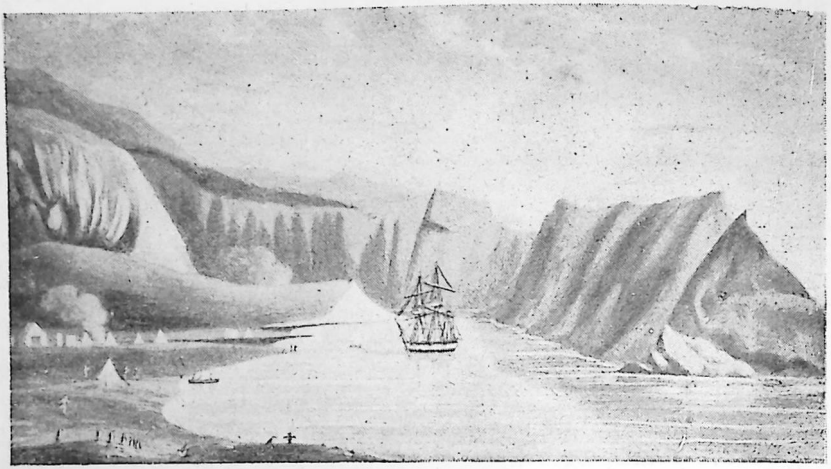


FIG. 258.—COOK EN LA ISLA DECEPCIÓN. (Según Webster.)

Viajes de Cook. Las cuatro expediciones enviadas por Carlos III

En la segunda mitad del siglo XVIII las expediciones de reconocimiento rindieron frutos aun más positivos. En 1768 la Sociedad Real de Londres equipó una al mando de Jacobo Cook, que tenía por objeto principal observar el paso de Venus por el disco solar desde alguna isla del hemisferio sur. En el estrecho de Lemaire y en el Cabo de Hornos practicó sondajes y recogió no-

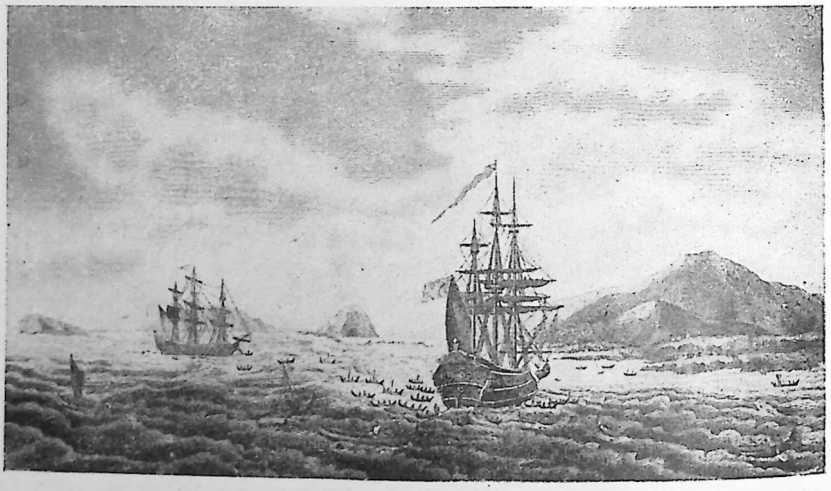


FIG. 259.—LAS FRAGATAS DE LA PÉROUSE. (Relato del 1er. viaje en su búsqueda.)

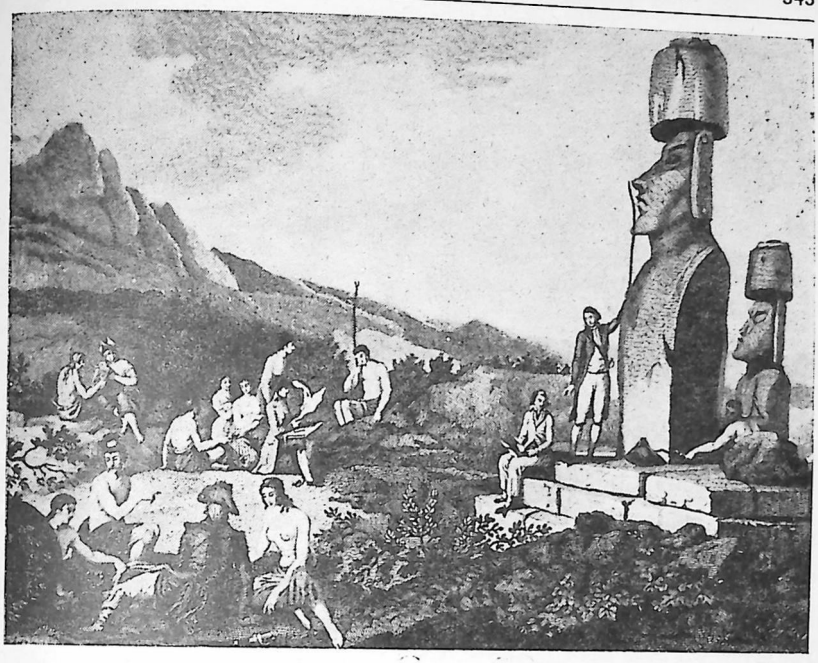


FIG. 260.—LA PÉROUSE EN LA ISLA DE PASCUA. (Relato del 1er. viaje en su búsqueda.)

ticias sobre la flora y los habitantes de Tierra del Fuego, datos que completó al regreso * (fig 258). Animado en todo orden de cosas por el espíritu de la Ilustración, Carlos III envió a Indias cuatro expediciones científicas. La constituída por don Hipólito Ruiz, don José Pavón y el médico botánico francés José Dombey, logró reunir un precioso muestrario de plantas, insectos y minerales, que corrió la más desgraciada suerte imaginable: 53 cajones se hundieron con el "San Pedro Alcántara"; los ingleses hurtaron otra parte, y en un incendio acaecido en el Perú "se quemaron las descripciones de las plantas, animales y minerales de Chile y gran número de aves, cuadrúpedos e insectos disecados". Ruiz y Pavón lograron salvar algunos ejemplares, que les sirvieron de base para iniciar su obra. **

Viajes de La Pérouse, Córdoba, Malaspina y Vancouver

Juan Francisco de Galaup, conde de La Pérouse, era cordialmente recibido en Talcahuano en febrero de 1786. El famoso navegante francés, desaparecido sin dejar rastro, recogió interesantes impresiones sobre la sociedad chilena de la

* Op. citada.

** "Florae peruvianae et chilensis"... Se anuncia la pronta publicación de esta obra fundamental en Madrid.



FIG. 261.—RETRATO DE LA PÉROUSE PUBLICADO EN LA OP. CIT.

* Malaspina regresó a España en septiembre de 1794. Envuelto en una intriga de Godoy y la reina María Luisa, fué desterrado, permaneciendo su obra inédita hasta que en 1849 publicó Francisco Javier de Viana, compañero de su expedición, el "Diario trabajado en el viaje de las corbetas de S. M. Católica "Descubierta" y "Atrevida" en los años 1789 y 1793"... En 1799 y 1865 se publicaron en España parte de los trabajos de Malaspina. Novo y Colson reimprimió en 1885 el "Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas "Descubierta" y "Atrevida", al mando de los capitanes de navío don Alejandro Malaspina y don José de Bustamante y Guerra, desde 1789 hasta 1794". No hace mucho (1942) se publicó en Santiago, con el título de "Descripción del Reino de Chile", una recopilación de los datos de Felipe Bauzá, José Espinoza y Luis Née, compañeros de Malaspina, que don Agustín Edwards Mc.C., insistiendo en un error del Museo Británico, atribuía al naturalista bohemio Thaddaeus Peregrinus Haenke. Para mejor entendimiento, en las citas subsiguientes se referirán los relatos de Bauzá y Espinoza como de "Pseudo Haenke".

época (figs. 259, 260 y 261). La ruta del Estrecho, con estos viajes, se había convertido en materia polémica acerca de su viabilidad. Carlos III, deseando poner punto final a ella, enviaba en 1785 al capitán de navío don Antonio de Córdoba, que realizó exploraciones mucho más extensas que las de los ingleses. Su informe fué trágico. Juzgó el clima como "el más severo del universo"; la región, como "la más funesta", concepto que prevaleció por muchos años, cerrando la vía de los canales. También por orden de Carlos III, el noble italiano Alejandro Malaspina (fig. 266) partía de Cádiz, en julio de 1789, con dos corbetas nuevas, la "Descubierta" y la "Atrevida". Se detuvo en Chiloé, donde completó los estudios ya realizados, y continuó reconociendo la costa del Pacífico hasta el grado 61 de latitud norte, con un corto viaje a Santiago * (figs. 263, 264 y 265).



FIG. 262.—HON. JOHN BYRON. (En la obra de Sutcliffe.)

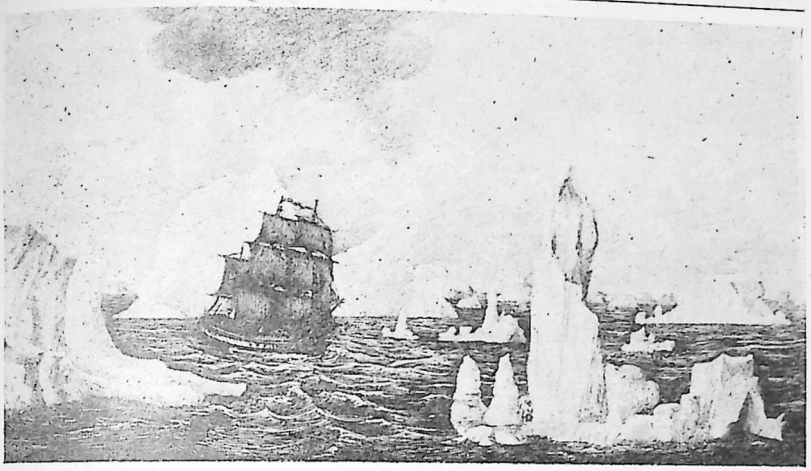


FIG. 263.—LA CORBETA "ATREVIDA" ENTRE TÉMPANOS DE HIELO. (Grabado de B. Maura. Madrid.)

Completa el ciclo de exploraciones del territorio en el siglo XVIII el viaje del inglés Jorge Vancouver (fig. 246), invitado por don Ambrosio O'Higgins a su propio palacio. Sus observaciones personales encierran el más alto interés,



FIG. 264.—REUNIÓN AMISTOSA DE LOS PATAGONES CON LOS TRIPULANTES DE LA "DESCUBIERTA". (Dibujo de Planes. Grabado en Madrid.)



FIG. 265.—EXPERIENCIAS DE MALASPINA Y BUSTAMANTE SOBRE LA GRAVEDAD. (Grabado de B. Maura, Madrid.)

especialmente las costumbres, los trajes, el aspecto externo de la sociedad, los caminos, paisajes y tipos de las postrimerías de la Colonia. *

Los misioneros en el extremo sur

Las exploraciones en los archipiélagos australes y de la región continental, que en el curso del siglo XVII habían sido escasas, con el XVIII se incrementaron, sobre todo en la isla de Chiloé (figs. 190, 331 y 334, y Lám. F. de T.), impulsadas por la búsqueda de la ciudad de los Césares, la propaganda religiosa, la protección del territorio contra las pretensiones inglesas y, de manera especial, el deseo de ampliar el conocimiento del país. Con el noble propósito de evangelizar la fabulosa ciudad de los Césares y siguiendo el ejemplo de los frailes que habían recorrido las Guayanecos y las Guaitecas, fray Francisco Menéndez emprendía el restablecimiento de una misión a orillas del Nahuelhuapi, que los jesuítas habían mantenido hasta la desgraciada iniciativa de formar una estancia y aclimatar vacas en ella. Los feligreses, espoleados por la codicia, asesinaron en 1717 a misioneros y pobladores. Abandonada la empresa, se había perdido de ella hasta el recuerdo, cuando el animoso padre Martínez iniciaba una marcha titánica a través de la selva, buscando de nuevo el paso que cerraban ríos, lagunas, bosques y quilantales. La primera tentativa acarreó

* Barros Arana publicó en su "Historia General" un extracto muy extenso de los relatos de estos expedicionarios. Cf./ la Colección de Documentos de Medina y el excelente material del "Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile".

el fracaso, mas no el desánimo. En el verano siguiente, aprovechando la experiencia acumulada y las sendas abiertas, lograba llegar al lago, después de un mes y medio de incesante lucha.



FIG. 266.—MALASPINA. (Grabado de B. Maura, Madrid.)

Machado, Moraleda y Colmenares

Los reconocimientos marítimos en el extremo sur cuentan en su cuadro de honor tres nombres que enaltecen la historia de la marina española y americana. Al mando del teniente José de Sotomayor y del piloto Hipólito Machado, la goleta "Nuestra Señora de Montserrat" realizó investigaciones prolijas en la región que se extiende hasta la península de Tres Montes. La tarea fué completada poco después por don José de la Moraleda y Montero, que entre 1787 y 1790 levantó las cartas de las costas de la isla de Chiloé y del continente entre los ríos Maullín y Palena (figs. 267 y 332). Este trabajo, sin duda el más completo entre los realizados durante la Colonia, comprende la configuración de las costas, la amplitud de las mareas, las condiciones de los puertos y de los canales para la navegación y la naturaleza de los territorios aledaños. Enviado de nuevo a Chile por el virrey en 1793, reconoció la costa hasta la desembocadura del Aysén; remontó los cursos de este río y del Palena; exploró el archipiélago de los Chonos, el golfo y el estero de Reloncaví hasta la laguna de Todos los Santos y las costas situadas al norte y al este de Chiloé. * Los últimos trabajos hidrográficos y cartográficos de la Colonia fueron llevados a cabo en 1803 por José Ignacio de Colmenares y Mariano Isarbirivil, que realizaron un detenido estudio de las costas norte y central de Chile, con planos de las islas Mocha y Santa María y de numerosos puertos. **

Las reseñas de Amat y Bueno

Uno de los aspectos más constructivos del Despotismo Ilustrado fué la

* El mejor elogio de la obra de Moraleda, más que el bautizo del canal que lleva su nombre, es el dictamen de los técnicos de nuestro siglo, que consideran sus observaciones todavía válidas, no obstante los progresos de la hidrografía. En el Museo Naval de Valparaíso se conserva el Diario de Moraleda.

** Colmenares redactó el informe de sus reconocimientos: "Derrotero general del Callao a los puertos e islas de las costas de Chile hasta Chiloé y regreso"...

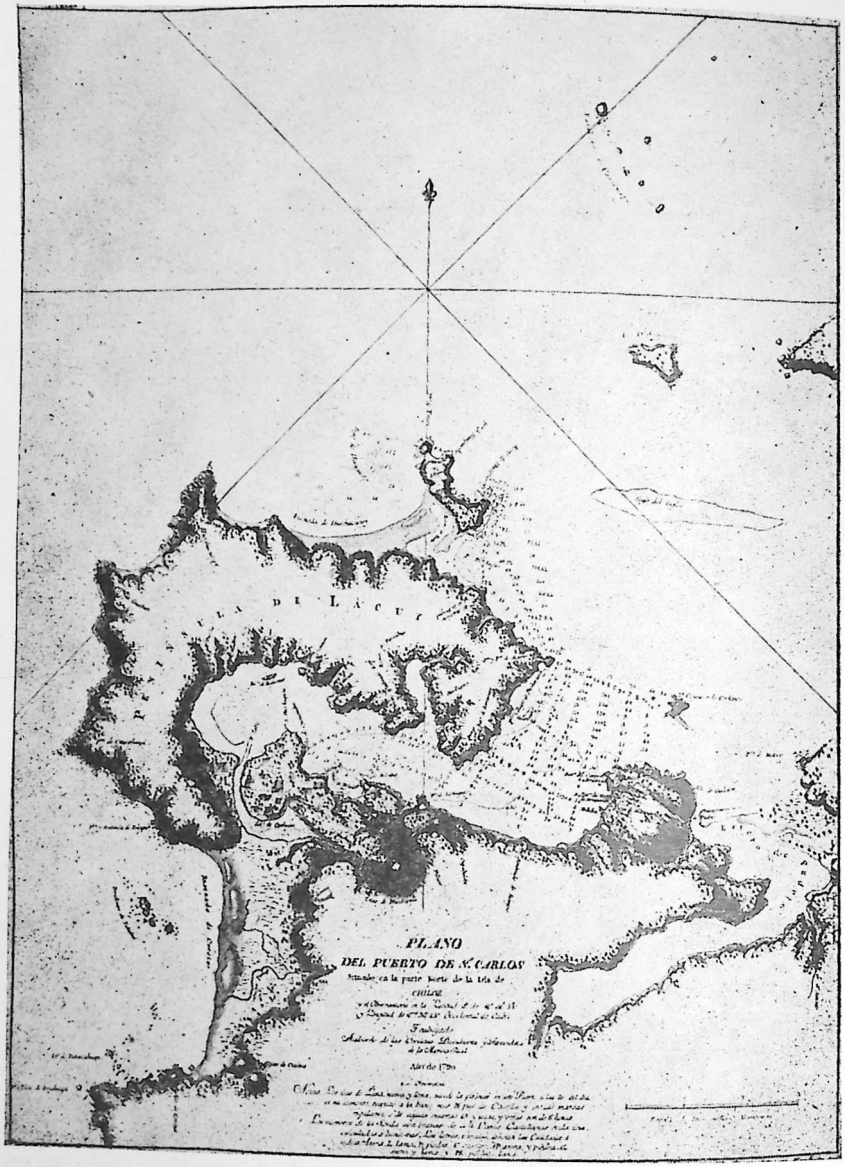


FIG. 267.—S. CARLOS DE CHILOÉ, UNO DE LOS NUMEROSOS PLANOS LEVANTADOS POR MORALEDA, REVISADO POR LOS OFICIALES DE MALASPINA. (Sala Barros Arana, B. N.)

permanente exigencia de la corte a los gobernantes americanos de noticias científicas y económicas sobre América. A este temperamento responden la reseña geográfica del territorio chileno enviada a Carlos III por Amat y Junient * y la designación que Manso de Velasco, ya virrey del Perú, hiciera en don Cosme Bueno de cosmógrafo mayor del Perú, con el encargo de hacer una memoria descriptiva del virreinato y de Chile. (Figs. 207, 223 y Láms. F. de T.) Bueno la completó en 1778, cuando ya se había publicado en Madrid (1775) el "Mapa de la América Meridional", de don Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, resumen completo de los conocimientos geográficos e hidrográficos de la época. Chile comenzaba a figurar en las enciclopedias geográficas europeas.

El concepto contemporáneo sobre Chile

Pocos fenómenos hay tan curiosos e interesantes en la historia americana como el diametral contraste entre la idea que de Chile privaba en la metrópoli y la de los radicados o nacidos acá. Desde el desengaño de Almagro, fué ganando cuerpo con el tiempo en la Península el concepto de que Chile era un país de clima sano, pero pobre, idea que aumentaba con la ineludible comparación de Perú y México. Desde la Conquista misma, Chile no sólo no producía rentas a la corona, sino que su mantenimiento le costaba a España más de medio millón de pesos anuales (es decir, más de la décima parte de lo que en total producía América), que se enviaban a regañadientes, sin esperanza alguna de reintegro, para asegurar la conservación del Perú y el dominio del Pacífico. Chile fué, tanto por la guerra de Arauco como por el bajo nivel de vida de sus habitantes, el pordiosero de América, y no un pordiosero ocasional, circunstanciado, sino un pobre de solemnidad.

En absoluta oposición, los hijos de la tierra, naturales o adoptivos, siempre juzgaron que Chile era, sin lugar a dudas, el paraíso americano; más que por el clima bonancible y la feracidad del suelo, por la riqueza general en potencia, que sólo esperaba el término de la guerra de Arauco para ser explotada.

Desde Pedro de Valdivia, toda pluma que escribió en Chile lo hizo con un entusiasmo y un cariño enternecedores. Incluso cuando ya don Ambrosio O'Higgins había reconocido y determinado económicamente el territorio, don Manuel de Salas resumía el sentir de sus contemporáneos: "El reino de Chile, sin contradicción el más fértil de la América y el más adecuado para la humana felicidad..."

Es ocioso rastrear el origen de este concepto tan lejano de lo cierto. En cuanto a la agricultura, no es difícil colegir que los 700.000 habitantes de vida europea se alimentaban de sobra con el terreno cultivable. No tenían para

* Historia geográfica e hidrográfica, con derrotero general correlativo al plan general del reino de Chile, que remite a nuestro monarca, "el señor don Carlos III, que Dios guarde, rey de las Españas y de las Indias, su gobernador y capitán general, don Manuel de Amat y Junient". Cf./ Cartografía de Medina.

qué analizar el porcentaje del estéril en el total. Más difícil de explicar es el concepto de que Chile era una "lámina de oro". Salvo raras excepciones, los mineros completaron los 269 años de la Colonia rastreando de un lado para otro, sin recoger más que desengaños. La minería chilena es industrial, y no podía en ningún modo ser explotada económicamente con los medios de la época. La única raíz del fenómeno es de carácter afectivo, y hay que ahondarla en el inmenso amor que el chileno y el español radicado profesaron siempre a esta tierra, motor indudable de la fuerza espiritual que afloraría en el período 1830-1891. Tal estima se engendró también, por supuesto, en la violenta e ininterrumpida lucha que el hombre tuvo que sostener contra la naturaleza durante todo el período hispano. Cada pedazo de tierra, cada aldea, cada modesta obra pública, eran el resultado de un esfuerzo secular contra mapuches, terremotos, pestes, inundaciones, piratas, adobado con el aislamiento y el abandono. Los únicos factores propicios habían sido el suelo y el clima.

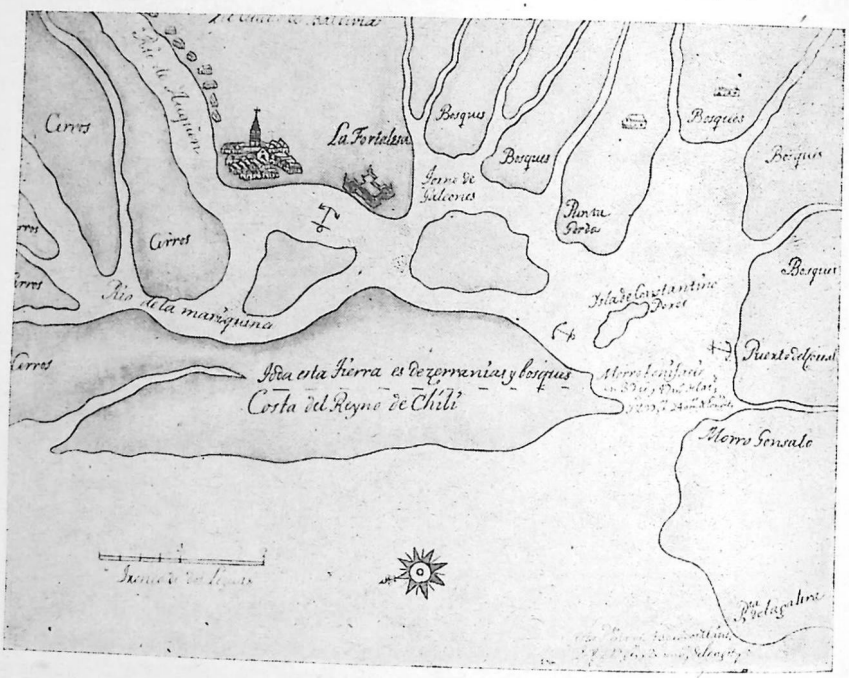


FIG. 268.—LA CIUDAD DE VALDIVIA Y EL PUERTO DE CORRAL. (Cartografía de Medina, edición del Centenario.)

XXXI

El sentimiento religioso durante el siglo XVIII.

La exaltación mística, que había sellado con cilicios de fuego la actitud espiritual del hombre del siglo XVII, en el XVIII fué sofrenada por el mayor desarrollo económico, por el apaciguamiento en la lucha contra la naturaleza y por la influencia racionalista de los políticos de Carlos III. Los jesuítas, que a su llegada a fines del XVI eran la penúltima orden en el arribo y la más pobre, en el XVIII superaban, como poder político, económico y espiritual, a todas las fuerzas del reino unidas, excepto, tal vez, el propio poder real, en razón de la cultura, el talento y el prestigio de la orden; amén de su unión y disciplina, su calidad de consejera obligada de gobernantes y aristócratas, y, en fin, su incesantemente incrementada riqueza. Así como en el XVII su idea-fuerza había sido la orientación utópica de la guerra de Arauco, ahora concentraban todas sus energías y solicitaban ventajas y prebendas para sus estable-



CARTA PASTORAL

DE EL ILLmo. SEÑOR DOCT. D. ALEXO FERnando de Roxas, y Azevedo, Obispo de Santiago, de Chile, de el Consejo de su Magestad, &c.

A LOS FIELES

DE SV OBISPADO, EN OCASION DEL ALZAmiento general, que han hecho los Indios, exortandolos à los Sacrificios, Oraciones, y de mas piadosos, y devotos exercicios; y principalmente à la frequencia de Sacramentos; para que por tan sagrado medio, se sirva Dios de auxiliar nuestras Armas, concediendonos el feliz triunfo que deseamos en la expedicion, que intenta hazer.

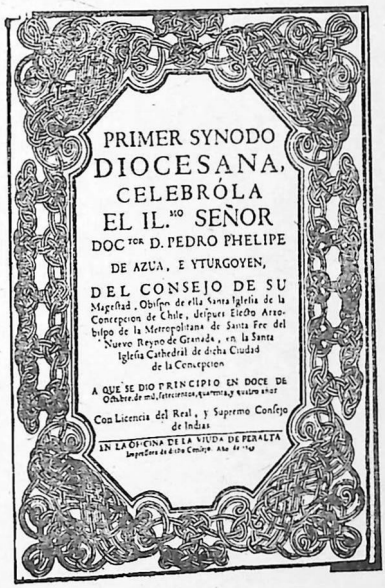
EL EXCmo. SEñOR D. GABRIEL CANO DE APONte, dignissimo Governador de este Reyno, este Año de MDCCXXIII.

ET NVNC CLAMEMVS IN COELVM, ET MISErebitur nostri Dominus, & conteret Exercitum istum, ante faciem nostram hodie, & scient omnes gentes, quia est qui redimat, & liberet.

Ex Lib. 1. Machabæor. Cap. 4. Vers. 10.

En Lima: Por Francisco Sobrino, Impressor del Santo Oficio de la Inquisicion. Año de 1724.

FIG. 269.—PASTORAL DEL OBISPO FERNANDO DE ROJAS (1723).



PRIMER SYNODO DIOCESANA, CELEBRÓLA EL IL.mo SEÑOR DOC.tor D. PEDRO PHELIPE DE AZUA, E YTURGOYEN, DEL CONSEJO DE SU Magestad, Obispo de ella Santa Iglesia de la Concepcion de Chile, despues Electo Arzobispo de la Metropolitana de Santa Fee del Nuevo Reyno de Granada, en la Santa Iglesia Cathedral de dicha Ciudad de la Concepcion

A QUE SE DIO PRINCIPIO EN DOCE DE Octubre de mil, setecientos, quarenta, y quatro años

Con Licencia del Real, y Supremo Consejo de Indias

EN LA OFICINA DE LA VIUDA DE PERALTA Impressora de dicha Ciudad Año de 1744

FIG. 270.—SÍNODO DEL OBISPO AZÚA. (Concepción, 1744.)



FIG. 273.—FACHADA TRASERA DE LA CATEDRAL, DESDE LOS JARDINES DEL CONGRESO. (Fotografía de L. C., 1953.)



FIG. 274.—FACHADA DE SANTO DOMINGO. (Fotografía de L. C., 1953.)

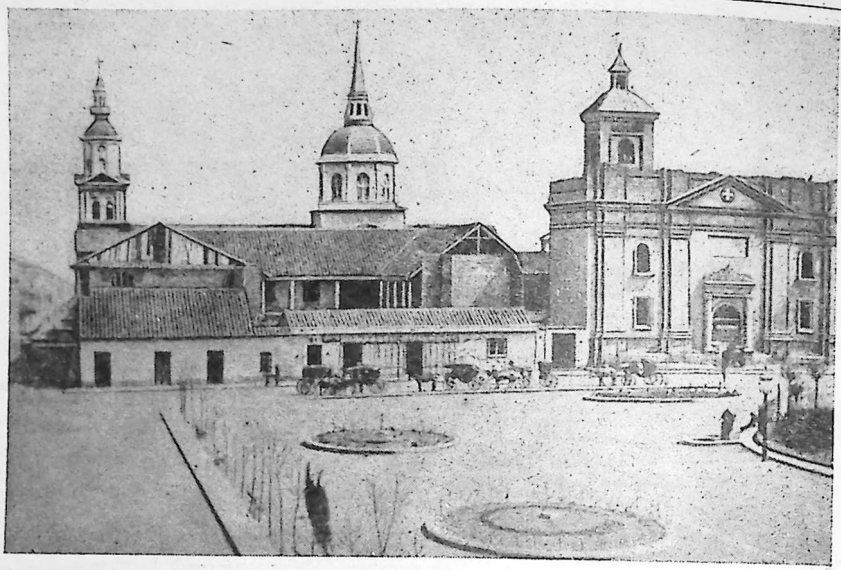


FIG. 275.—LA CATEDRAL SIN TORRES. A LA IZQUIERDA, LAS DE LA COMPAÑÍA. (Fotografía de la colección de C. Peña O.)

La estampa



FIG. 276.—IMAGEN QUE SE VENERA EN EL TEMPLO DE SANTO DOMINGO, LA SERENA. (Fotografía de L. C., 1949.)

die ni provocó reacciones colectivas o peregrinaciones. El mismo fenómeno se produjo con el vuelo de la estampa de la Virgen. Un mercachifle que vendía estampas vió con sorpresa salir por los aires, sin que, al parecer, hubiera viento, una con la imagen de la Virgen, que, después de un sosegado vuelo, vino a aterrizar en la Cañadilla de la Chimba. Se discutió sobre la posibilidad del milagro, pero nadie se exaltó; no hubo histerismo general, como, de seguro, se hubiera producido ante similar caso en el siglo XVII.

El clero

La vida amable de los últimos años coloniales influyó también en el clero. Don Francisco A. Pinto nos relata las honestas andanzas de cierto presbítero: "Conocí y vi muchas veces bailar al presbítero don Martín Vega, que la mi-



FIG. 277.—INTERIOR DE SAN FRANCISCO, LA SERENA. (Fotografía de L. C., 1949.)



FIG. 278.—EL CRISTO POBRE, QUE SE VENERA EN LA CAPILLA DE MATUCANA. SANTIAGO. (Foto Archivo Zig-Zag.)



FIG. 279.—CUSTODIA DEL ALTAR MAYOR DE SAN AGUSTÍN EXPUESTA EN LA PLAZA DE ARMAS EL CORPUS. (Fotografía de L. C., 1948.)

tad del año la empleaba dando misiones y la otra mitad en fiesta y saraos, al lado de las más bonitas niñas de Santiago. En rigor de justicia debo decir que jamás se notó en este eclesiástico una acción ni levemente culpable, y un padre de familia religioso veía tranquilamente bailar un vals a una hija suya con el presbítero Vega como con un hermano. Había algunos frailes de un crédito sobresaliente para el baile de zapateo y sin despojarse de los hábitos; los que eran más pulcros, los prendían con alfileres, para dejar más expedito el uso de las piernas". *

El pueblo y la Inquisición

En el pueblo, la religiosidad era la misma del XVII. En Andacollo se reunían en las fiestas hasta $ 40.000, y la fe colectiva no era obstáculo para que a veces quedara el anda tirada en el suelo, por borrachera de los cofrades. Cuenta Vicuña Mackenna que, en cierta ocasión, uno de los jefes de la cofradía, robusto portador del anda, "jugaba por la noche con la santa, a la "primera", el di-

* Cf./ Bol. de la Academia Chilena de la Historia, página 104.

nero que recogía de limosna en el día, y en pocos momentos dejaba a la Virgen sin blanca".

Como lógica consecuencia de todo lo anterior, la Inquisición llegaba a su ocaso antes que la Colonia misma. Los procesos lo eran por bigamia, hechicería o contra clérigos solicitantes. Correspondía al tribunal velar por la circulación de libros prohibidos, heterodoxos, o simplemente contra las costumbres. En cuanto a los político-filosóficos, de que tanto se ha hablado en épocas pasadas, las autoridades se limitaban a simples amonestaciones. La Enciclopedia misma no estaba prohibida.

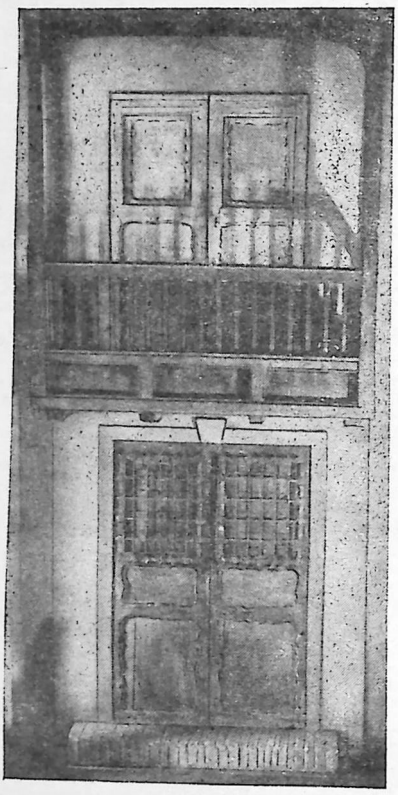


FIG. 280.—PUERTA Y BALCÓN DEL ANTIGUO TEMPLO DE LAS MONJAS CLARAS. (Museo Histórico Nacional.)



FIG. 281.—IMAGEN VENERADA EN CHILE. SIGLO XVIII. (Museo Histórico Nacional.)

XXXII

Los habitantes al finalizar el período hispano.

RESTABLECIDA la real fisonomía del desarrollo social durante el siglo XVII, disponemos hoy de datos suficientes para estimar la población de Chile en 1810 casi con la exactitud de un censo moderno. Los gobernantes del XVIII, instados por la corona, realizaron varios recuentos parciales, entre los que debe señalarse el de Jáuregui, en 1778, como verdadera lista nominativa de la población, que dió para el obispado de Santiago, excepto Cuyo, 203.732 habitantes. Añadiendo los que quedaron lógicamente fuera por las dificultades de comunicación, que Lastarria supone en un 15%, y el crecimiento vegetativo hasta fines de la Colonia, los datos globales aproximados para Chile son de 446.861 almas para el obispado de Santiago, 228.000 para el de Concepción y 34.000 para Chiloé, con un total de 709.000, cifra que puede calcularse, unida a otros factores ajenos por su extensión al propósito de este resumen, en 800.000 hacia 1810. Este total comprende los indios radicados en la zona ocupada por los españoles, en realidad ya mestizos, que forman parte del pueblo chileno propiamente dicho, así como los 25.000 individuos que conservaban rastros de sangre negra, pues negros puros apenas sobrevivían, en manifiesto proceso de eliminación por el medio y por el clima. No se puede hablar en puridad de esclavos hacia esta época. Los pocos que había estaban destinados en su mayor parte al servicio doméstico y recibían el mismo tratamiento que los sirvientes libres.

Los habitantes de Chile al finalizar la Colonia

Las bases concretas para calcular la población indígena son muy inciertas. En el curso del siglo XVIII se había producido un claro descenso de mapuches y huilliches por diversas causas, entre las que se destaca la sífilis traída de Europa con la virulencia de toda enfermedad nueva en medio virgen. Fray Melchor Martínez, misionero que vivió entre ellos diecinueve años, señala sus devastadores efectos: "La enfermedad del gálico en estos indios es tan general —dice— y común, que casi todos los párvulos que he visto y bautizado (que son algunos cientos) nacen cubiertos de esta lepra, siendo mortal en gran número de ellos". Tanto o más exterminadora que la sífilis fué la desgraciada práctica creada en la época por los adivinos, que achacaban a los brujos la causa de las enfermedades mortales. Un morbo pronto extendido señalaba en los recién nacidos el albergue de tales brujos, y estos nuevos Herodes provocaron una verdadera mortandad infantil artificial. El fallecimiento de un caci-

La población indígena

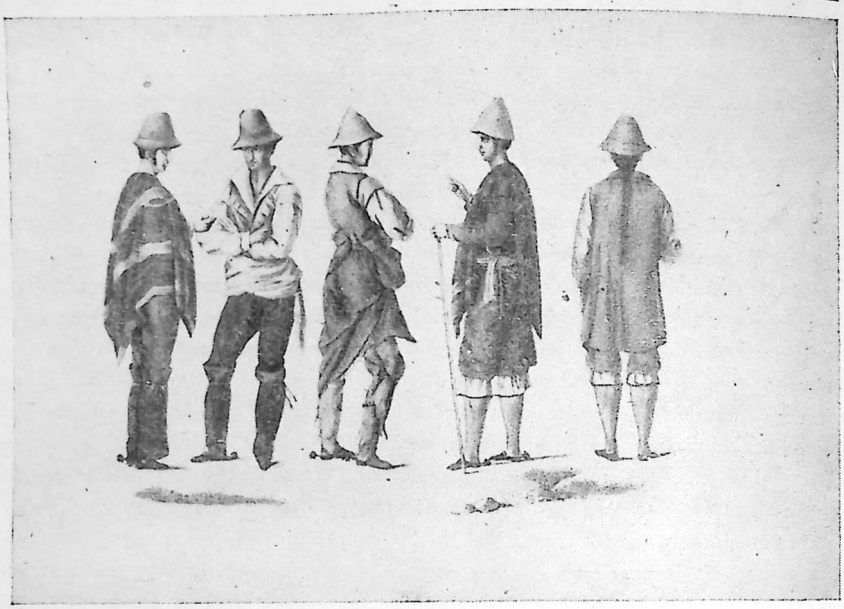


FIG. 282.—CAMPESINOS DE LOS ALREDEDORES DE SANTIAGO, SEGÚN D'ORBIGNY.

que costó la vida a doce inocentes criaturas que los machis habían acusado de brujos. La ruptura del admapu, nunca substituído por las prácticas cristianas, hizo que la mujer abandonara a los hijos para acompañar al marido en la lucha y en las borracheras. Los misioneros calculaban en un 75% la mortandad infantil.

A partir de las estimaciones de O'Higgins y de los misioneros es prudente calcular la población indígena extraña a la influencia española en 200.000 individuos, cifra que da un total para Chile de 1.000.000 de habitantes, es decir, la población indígena que encontraron los conquistadores. El peninsular se había limitado, por tanto, a llenar el hueco que el indio dejaba, fenómeno no derivado de la lentitud en el crecimiento de la población española (pues dobló siete veces en el curso del siglo XVII), sino de la violenta merma del indígena producida por la absorción en la raza europea, las guerras intestinas y, sobre todo, las epidemias. "Las operaciones, tiranías y violencias cometidas por los españoles —dice Pseudo Haenke— son patrañas impuestas por los escritos de extranjeros que respiran un odio vergonzoso contra el valer de España."

El censo de 1812, no obstante sus muchos defectos, se acerca no poco a

la verdad al asignar a Chile un total aproximado de 900.000 habitantes. *

Proporciones rural y urbana

La población, al comenzar el siglo XIX, estaba radicada en un 30% en las ciudades y villas: Santiago, La Serena, Valparaíso, Talca, Chillán y Concepción; pero apenas dos tercios de estos pobladores urbanos vivían todo el año en ellas. Desde la época hispana en Chile se ha viajado mucho, para medicinarse, para pasear o para negociar. Los que vivían de la agricultura pasaban la temporada de invierno en el pueblo, donde tenían casa los propietarios pudientes del partido.

El desequilibrio de los sexos persistió durante toda la Colonia. Pseudo Haenke estima un hombre por cada dos mujeres. A pesar de que había tres tipos de vida urbana muy definidos: el de Santiago; el de las ciudades como La Serena, Valparaíso, Talca, Chillán y Concepción, y el de las villas, la distancia espiritual entre ellas era muy pequeña. En este sentido Chile era la zona americana de cultura más uniforme.

El trabajador rural

En el 70% constitutivo de la población rural, el mestizo mantenía la re-

* Alberto Edwards, máxima autoridad nacional en materia de estadística histórica y moderna, aplicando las tablas de crecimiento de adelante a atrás, fijó en 1.000.000 de habitantes los chilenos de 1810, resultado global que coincide con el señalado, si bien en las parcialidades Edwards estima en 100.000 el número de indios y 900.000 el de habitantes de la zona española.

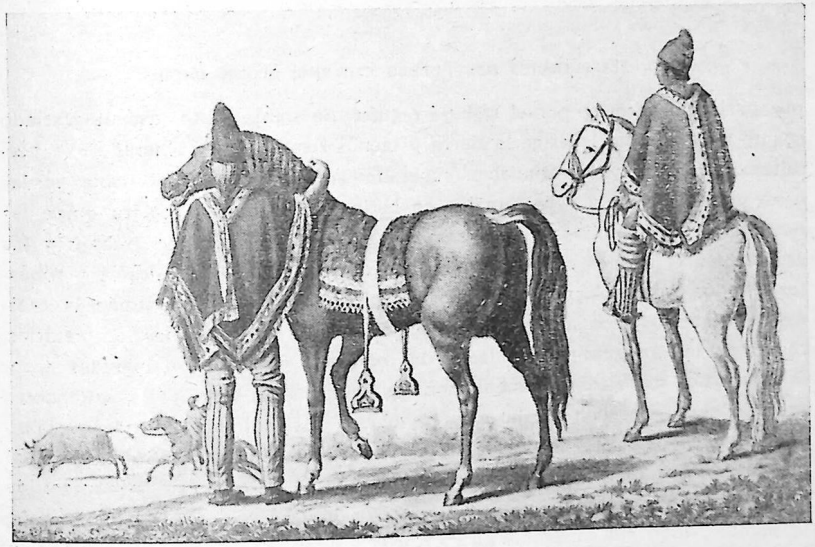


FIG. 283.—HUASOS CHILENOS, SEGÚN DUPERRY.



FIG. 284.—TRAJES DEL PUEBLO CHILENO, SEGÚN CHORIS.

pugnancia del ancestro por el trabajo regular. Se siente tanto más desgraciado cuanto más esfuerzo le exige la tierra y menos fiestas y borracheras se le permiten. Los alimentos continuaban superabundantes. Hasta 1810 había en las casas tiras de charqui sobre tinajas de harina para que las cogiera quien las necesitase. Los inquilinos vivían en un régimen de libertad de trabajo y los ambulantes (afuerinos de hoy) trabajaban de lance, con más eficacia y robustez que los inquilinos, pero con menos espíritu hogareño. Constituían la cenicienta del trabajador agrícola un crecido número de pequeños propietarios, restos de las antiguas comunidades de indígenas y de las extinguídas encomiendas. Los trabajadores ambulantes, los soldados de paso y los salteadores profesionales saqueaban sus hogares y violaban sus mujeres, llevándose cuanto podían. Vancouver nos ha dejado un vívido relato de su triste condición: "El interior de sus casas denunciaba más aún que el exterior su bajo nivel de vida. Apenas se encontraban los objetos más indispensables. Una mesa sucia, un escabel, una cama miserable en un rincón y cinco o seis crucifijos componían todo su amoblado"... "La indolencia y la superstición los mantienen en la

suciedad y la desnudez en grado mayor que las últimas clases de los pueblos que hasta ahora he visto."

En la colorida escala social del hombre de campo, los propietarios rurales medios o modestos habían ganado una personalidad que Gómez de Vidaurre ejemplarizó en sus descripciones de las costumbres y vestimentas * (figuras 282 a 285).

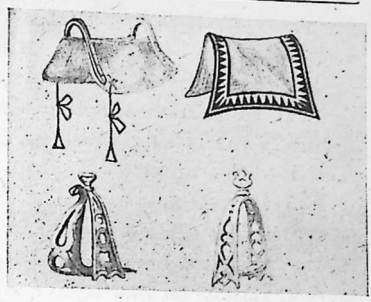


FIG. 285.—MONTURAS Y ESTRIBOS, SEGÚN SMITH.

* "Los campesinos, sobre la camisa de lino o de lana, si son muy pobres, se ponen una especie de chupa sin faldas, roja o azul, o de otros colores, toda ella contorneada de cintas de seda, de color diferente del que es dicha chupa. Esta le cruza sobre el pecho y es siempre de bayeta, o ya de las del país o ya de las de Europa. Los calzones son anchísimos, y tanto, que parecen a la oriental; su ancho mayor lo tienen hacia la rodilla, bajo la cual se los ligan con cintas corredizas por todo su ancho, que es cerrado perfectamente hasta la cintura.

"En lugar del capote usan el poncho, como más adaptado a las funciones de campaña y para andar a caballo, que es en ellos tan frecuente que, no estando enfermos, raro será el día que no monten...

"Para montar a caballo usan unas botas o polainas de lana, tejidas con pallillos, de varios colores, y algunas floreadas. Esto es cuando han de venir a las ciudades, que cuando de andar por la campiña las usan de cuero de ternera sin curtir, pero suavizadas con el continuo manejarlo entre dos leños y untarlo de sebo; éstas les cubren no sólo las piernas, sino también los muslos; porque como han de andar entre zarzales y muchos árboles espinudos, procuran con ellas no sólo defender la ropa, sino también sus carnes, a donde ellas llegarían ciertamente. Las espuelas que usan son o de plata o de hierro y tan grandes y pesadas que tienen una pulgada de ancho y un palmo de largo, con la rodaja de más de pulgada y media de diámetro. Cuando caminan por sus pies va ésta siempre tocando en tierra. Las estriberas son de la madera del quillay, porque no se raja y es durísima, son cerradas por delante con diversas flores, excavadas en el leño, largas más de palmo y medio y altas poco más de un jeme. La otra cara para poner el pie la tienen socavada en forma triangular, pero de tan poco fondo que apenas llegará a una pulgada. Las cabezadas del freno son de suela, teñida negro, con sus hebillas correspondientes o de plata o de hierro, según su posibilidad; y las riendas, que son muy largas y rematan en cuatro o seis ramales, son de cuero de ternera, quitado el pelo y trenzado como un cordón. Ninguno de estos campesinos monta a caballo sin llevar consigo su lazo, esto es, una cuerda de veinte o treinta varas castellanas, hecha de cuero de lobo, estando crudo y seco a la sombra, y tan suavizado que es no menos flexible que si fuese de seda, con un ojal en una punta, por donde, estando torcido, corre. Sobre la silla ponen dos, tres y aun cuatro pieles de carnero, con su lana, porque éstos componen su colchón, habiendo de dormir en la campiña, como les es preciso muchas veces.

"No es menor la destreza que tienen en el manejo de los caballos. Increíbles son las pruebas que hacen en este género. Muchas veces los caballos saltan cercas, fosos y canales y ellos inmóviles en la silla. Pero en donde se hacen admirar más es en domar los caballos de cuatro o cinco años, recientemente cogidos de la selva, porque por grandes y furiosos que sean los saltos que dé el potro, no se separan de la silla y en esto ponen toda su reputación. Nada de esto debe maravillar porque el campesino chileno apenas sabe andar cuando ya empieza a montar a caballo."

Con todo, el campesino disimulaba el pobre nivel de vida semiprimitivo que hemos señalado. "Bajo ese exterior miserable, tienen, sin embargo, un aire de satisfacción, una fisonomía abierta y alegre." *

Uno de los fenómenos más acusados en la génesis de la nueva raza es el desarrollo, con el tiempo, del bandidaje. Hasta que ésta se consolidó, el cruzamiento había de producir por fuerza abundantes desequilibrios psíquicos y reversiones ancestrales marcadas. El flagelo se reflejó, como es lógico, en la legislación, que llegaba con Manso de Velasco a una dureza increíble. El cuchillo brillaba cotidianamente. "Puede creerse sin violencia que más estragos causa el cuchillo en este reino que la viruela y el tabardillo", decía en 1808 el secretario del Consulado de Santiago, don Anselmo de la Cruz. La mitad de las pendencias se suscitaban con los vapores de la borrachera. El resto provenía de desafíos causados por rivalidades amorosas, disputas en los juegos de bolos y de naipes, en las carreras y en los más fútiles antagonismos.

El terremoto, arquitecto de Santiago

En contra de lo que pudiera suponerse, los terremotos actuaron como incentivo en la tarea de hermosear arquitectónicamente a las ciudades, en especial Santiago. Los ochenta y tres años transcurridos entre el sismo de

* Vancouver...

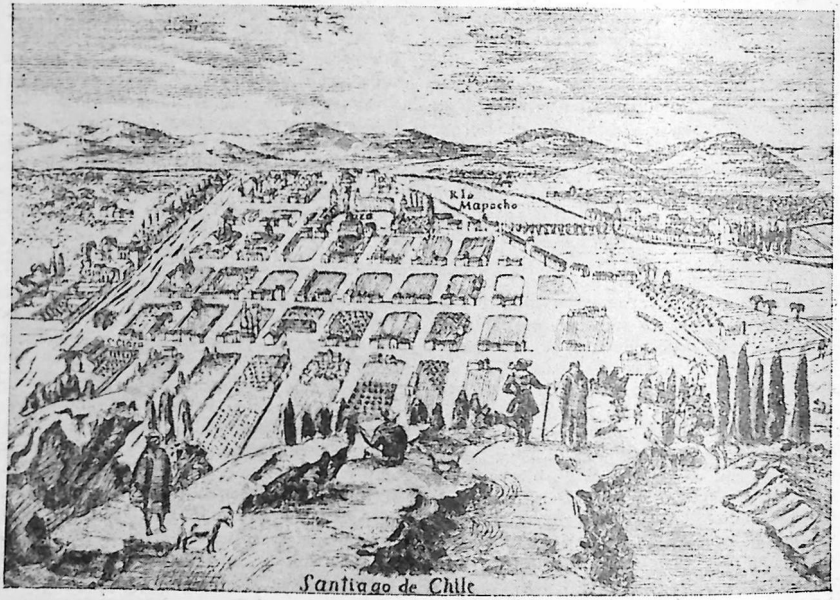


FIG. 286.—SANTIAGO A COMIENZOS DEL SIGLO XVIII. (B. N., Madrid.)



FIG. 237.—SANTIAGO A FINALES DEL SIGLO XVIII. (Dibujo de Branvila.)

1647 y el de 1730 fueron una penosa marcha de esfuerzo colectivo por levantar la ciudad arruinada. Con el último señalado, las casas se vinieron de nuevo al suelo. En el forcejeo interminable contra las fuerzas telúricas, el ánimo de los santiaguinos no cedía ante cada nuevo contratiempo, y la llegada de los ideales de la Ilustración, representados en lo monumental por la figura simbólica de Toesca, elevaron edificios de una suntuosidad y solidez desconocidas hasta entonces en el país (figs. 272 a 275; 286 a 307; 315 y 316).

El plano de Santiago fechado en 1793, que se conserva en el Museo Británico, ilustra con detalles sobre la planta de la capital en las postrimerías de la Colonia (fig. 288 y Lám. F. de T.). Por el poniente se había avanzado con una corrida de manzanas pasada la calle del Colegio. Por el oriente la urbanización rodea ya el Santa Lucía y avanza tres cuadras más allá de su falda oriental. Por el lado norte de la Cañada la edificación se adelanta tres cuadras hacia la actual estación Alameda, y por el sur abarca desde la calle del Carmen hasta el callejón de Ugarte, frente a la calle luego llamada de San Martín, con una profundidad que oscila entre dos y seis cuadras. En la Chimba, al norte del Mapocho, hay una serie de quintas que desembocan en las calles de Recoleta y de la Cañadilla (actual Independencia).

El censo de 1778 había dado para la ciudad un total de 24.318 almas,



FIG. 288.—PLANO DE SANTIAGO. (2.ª edición de la obra de Molina.)

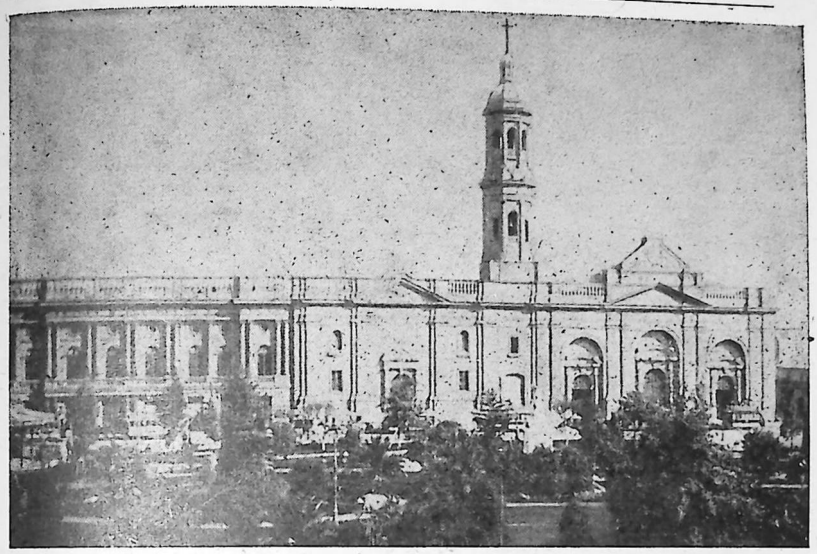


FIG. 289.—LA CATEDRAL Y LA TORRE DEL SAGRARIO. (Fotografía 1875.)

dato que, sumado al crecimiento vegetativo, señala una población aproximada de 36.000 habitantes en 1810. Desde 1795 se disponía de alumbrado público por medio de faroles de vidrio, que colgaban de artísticos pescantes de hierro, en las once principales cuadras del comercio.

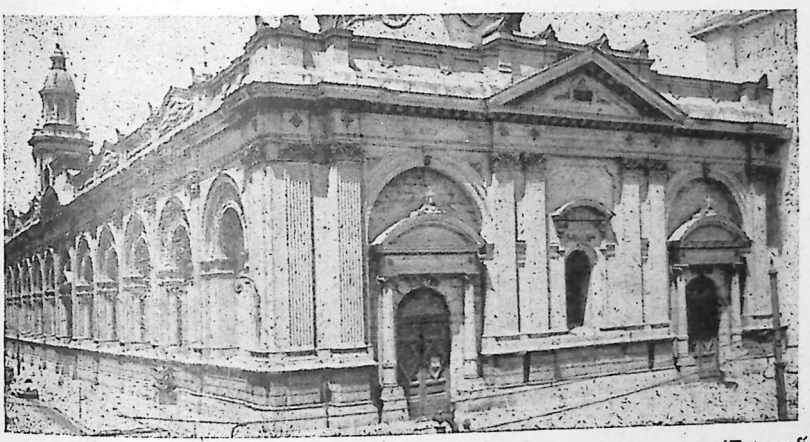


FIG. 290.—LA CATEDRAL. ESTRIBOS MODIFICADOS Y FACHADA TRASERA. (Fotografía de L. C., 1953.)

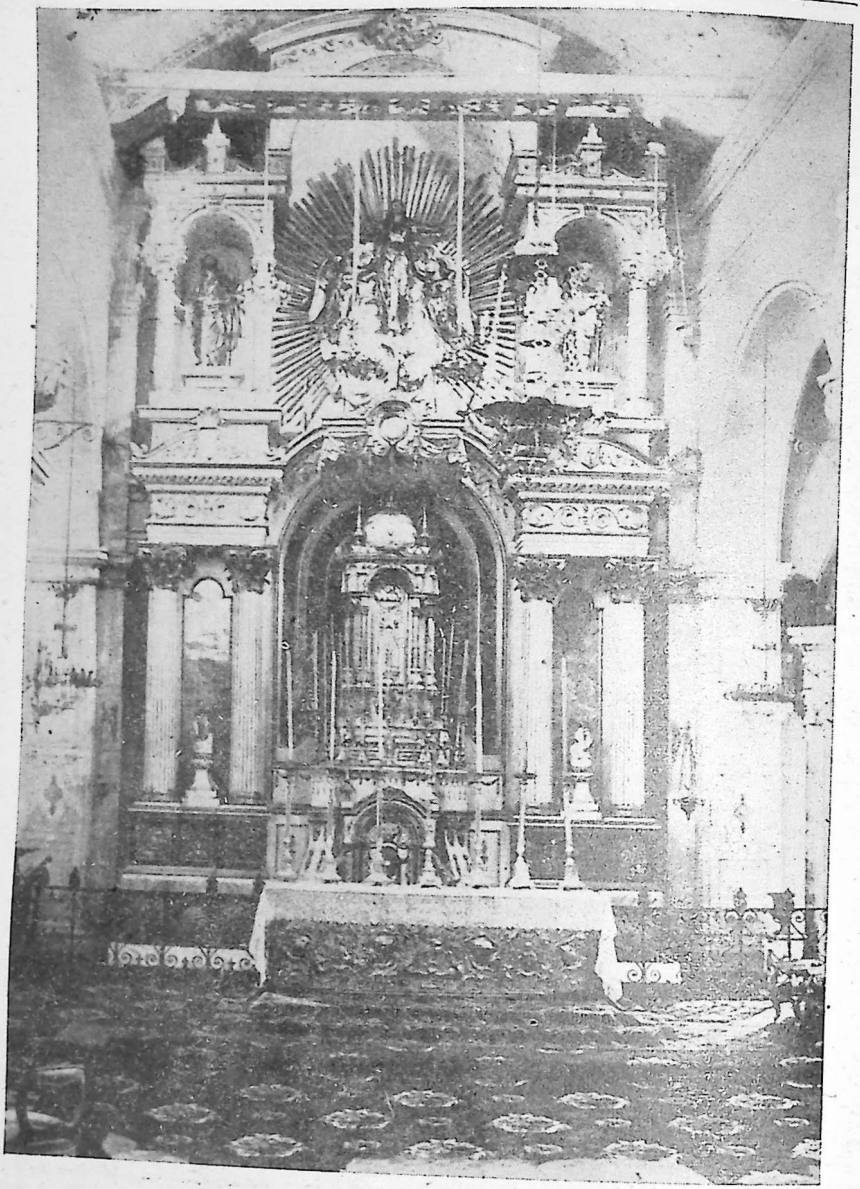


FIG. 291.—ALTAR MAYOR DE LA CATEDRAL ANTES DE LAS TRANSFORMACIONES.
(Fotografía 1880. Colección C. Peña O.)

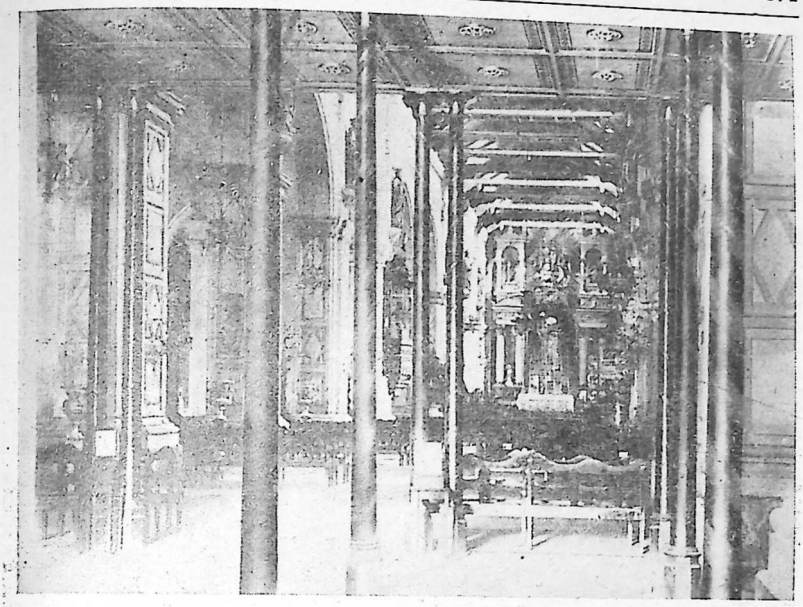


FIG. 292.—INTERIOR DE LA CATEDRAL, CON EL ARTESONADO Y LAS VIGAS LABRADAS, ANTES DE LAS TRANSFORMACIONES. (Foto 1880. Col. C. Peña O.)

El aspecto de Santiago, con todo, no se modificó, a pesar de estos progresos, de una manera completa. Los ranchos circundantes y los que salpicaban en abundancia el área central recordaban el lejano campamento del Santa Lucía. No obstante la ausencia de manolas y chulos, el trazado rectilíneo de las calles y la fantástica decoración de los Andes, Santiago parecía una modesta ciudad andaluza, siempre desorbitada en un recinto extenso en desmesura, como hoy (figs. 286 y 287).

Toesca

La historia del progreso urbano de Santiago se confunde con la de un ilustre arquitecto que sumaba a sus merecimientos y cualidades artísticas una fe profunda en el valor de la enseñanza y un espíritu tenaz y apostólico en la formación de sus ayudantes. Joaquín Toesca y Rechi (Roma 1745-Santiago 1799) había trabajado en España con el más famoso arquitectó de la época, el también italiano Francesco Sabatini. Destinado al Perú, Jáuregui lo envió en buena hora a Chile para que confeccionara los planos de la Casa de Moneda. Acá hizo de arquitecto, ingeniero civil, mayordomo, albañil y maestro (figuras 289 a 293).

Toesca es, tal vez, el más ilustre arquitecto que viviera en la América española durante el siglo XVIII. Con todo, su mayor mérito no fué la categoría

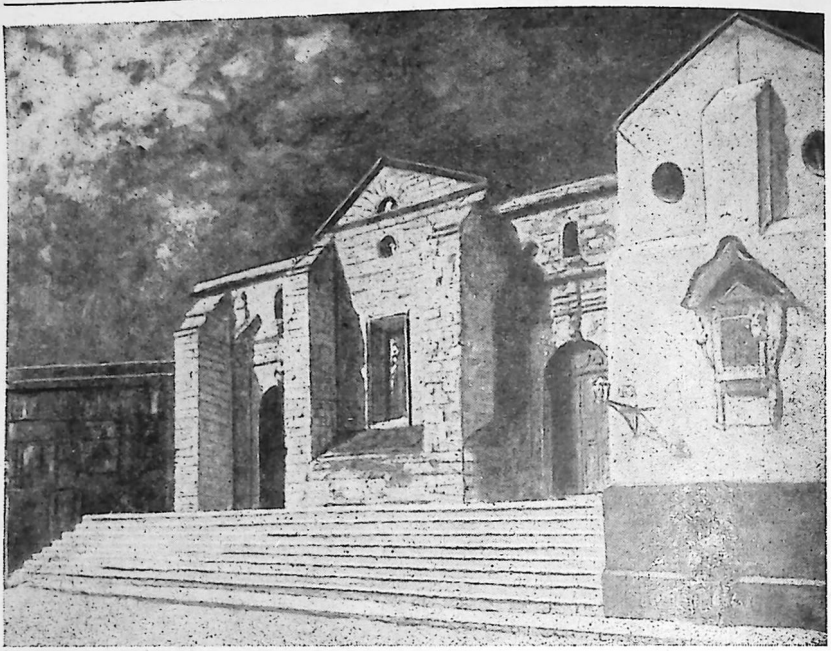


FIG. 293.—FACHADA TRASERA DE LA CATEDRAL, ANTES DE LAS TRANSFORMACIONES. ÓLEO DE ERNESTO MOLINA. (Museo Histórico Nacional.)

estética de su obra, sino su probidad profesional. Tuvo que formar hasta los albañiles y carpinteros que trabajaban en sus edificaciones, y él mismo ponía los ladrillos con sus manos. El altruísmo lo llevaba al total abandono de sus mínimas necesidades, hasta que una modesta pensión le permitió despreocuparse de tan ineludible menester. Para colmo de males, su mujer, doña Manuela Fernández de Rebolledo, padecía de histeria crónica. Intentó envenenarlo y, perdonada y restituída al hogar, lo deshonró con sus propios alumnos.

Las ciudades de provincias. Valparaíso

Las demás ciudades importantes del territorio habían prosperado muy poco. Concepción, otrora rival de Santiago, estaba anquilosada por terremotos y guerras (figs. 130, 151, 192, 204, 217 y 314). La Serena conservaba la fisonomía del siglo XVII (figs. 239, 276, 277 y 308 a 310). En cambio, Talca Chillán y, sobre todo, Valparaíso avanzaban considerablemente. El modesto caserío del siglo XVII había adquirido forma de ciudad con el doble aspecto de puerto comercial y plaza de guerra con sus cuatro castillos (figs. 311 y 312). Durante el siglo XVIII se levantaron la iglesia matriz, de la que tenemos idea gracias al dibujo de María Graham (fig. 313), el edificio de la gobernación, dos castillos y varias construcciones particulares. A pesar de estos

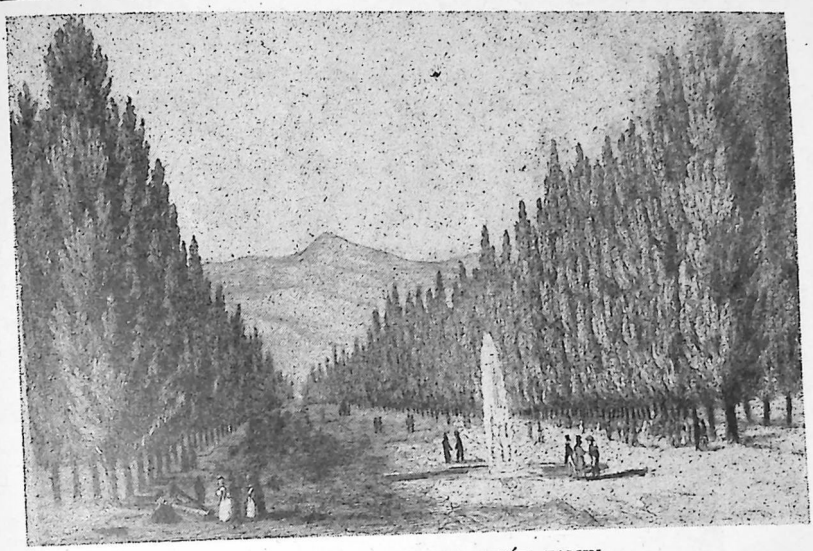


FIG. 294.—EL TAJAMAR, SEGÚN FAMIN.

progresos, en 1808 sólo tenía unos 4.500 habitantes. Los mejores edificios se levantaban en la calle del Comercio, que seguía entre el mar y las lomas las sinuosidades tortuosas del terreno. El resto de la población habitaba ya los



FIG. 295.—EL TAJAMAR, SEGÚN SCHMIDTMAYER.

cerros, especialmente en la Quebrada de San Francisco. Las casas tenían corredores a la calle, verdaderos vericuetos que se comunicaban con la principal. "Los suburbios del puerto se juntaban con los del Almendral, llanura arenosa de unas tres millas de largo, plantada de olivos y almendros." El barrio era casi tan inseguro como los cerrillos de Teno.

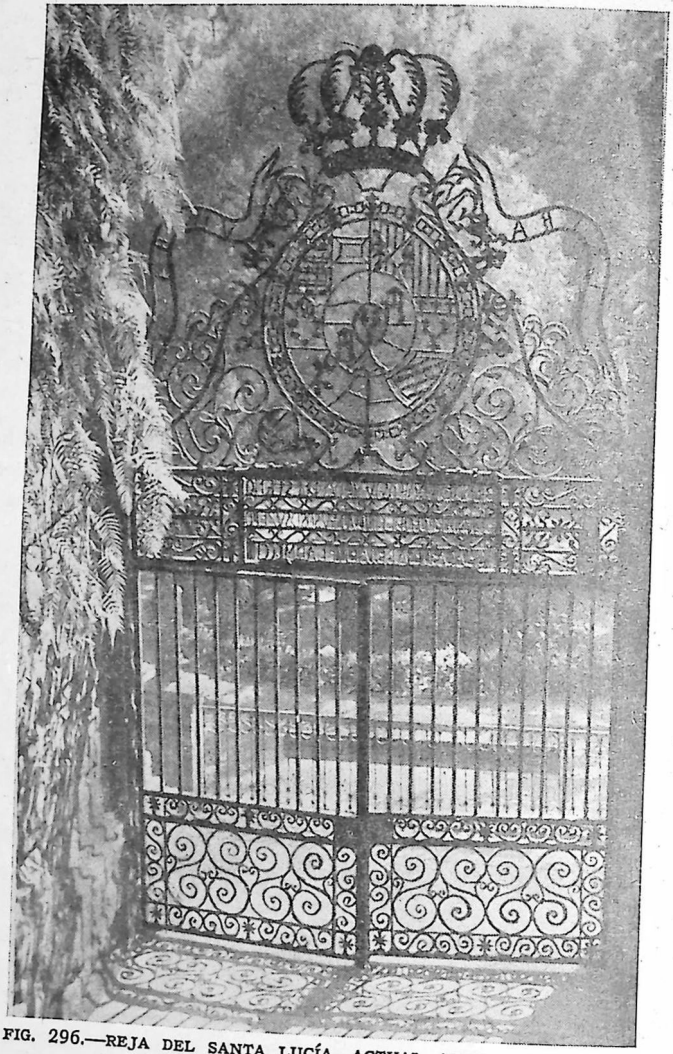


FIG. 296.—REJA DEL SANTA LUCÍA. ACTUAL ACCESO AL MUSEO DE ARTE POPULAR. (Fotografía de L. C.)

XXXIII

Evolución de la estructura social.

LA evolución en la estructura social del pueblo chileno se definió casi completamente en las postrimerías de la Colonia. Los vascos, que apenas habían participado en la conquista, * comenzaron a llegar en el siglo XVII, para comerciar en un medio allanado por castellanos, andaluces y extremeños, que siempre juzgaron con desprecio las actividades mercantiles. Los navíos de registro, establecidos por Felipe V, al abrir comercialmente la ruta del Estrecho, situaron a Santiago más cerca de España que Lima, circunstancia que estimuló la inmigración vasca. Los parientes de los ya radicados eran atraídos por las descripciones de un clima y un temperamento similares a la suave y brumosa costa cantábrica. Basta tomar una sola letra del alfabeto como pauta para calibrar el porcentaje vasco en la corriente pobladora peninsular. **

Con rapidez vertiginosa, los vascos, más previsores, más cautos en el cuidado de sus intereses, desposeyeron de la riqueza a la antigua aristocracia de

* En la distribución regional por apellidos, los vascos representan el 5,8%.

** Arechavala, Andonaegui, Arrate, Aspee, Arteaga, Astaburuaga, Achurra, Amunátegui, Aráoz, Aristegui, Arengua, Aguirre, Alcalde, Armanza, Aránguiz, Aldunate, Arlegui, Arriarán y Aristía.



FIG. 297.—LA PLAZUELA DE SANTA ANA. SANTIAGO. (Oleo de Alvarez Urquieta. Museo Histórico Nacional.)

los conquistadores, adueñándose, primero, del comercio y, después, del suelo. La encuesta realizada por el jesuíta Olivares a mediados del siglo XVIII entre las 250 familias nobles de Santiago dió ya sólo once provenientes del siglo XVI. *

* Bascuñán y Pineda, Yrarrázaval, Carrera, De la Cerda, Cárter, Lazo, Meneses, Ovalle, Prado, Rojas y Jara Quemada.

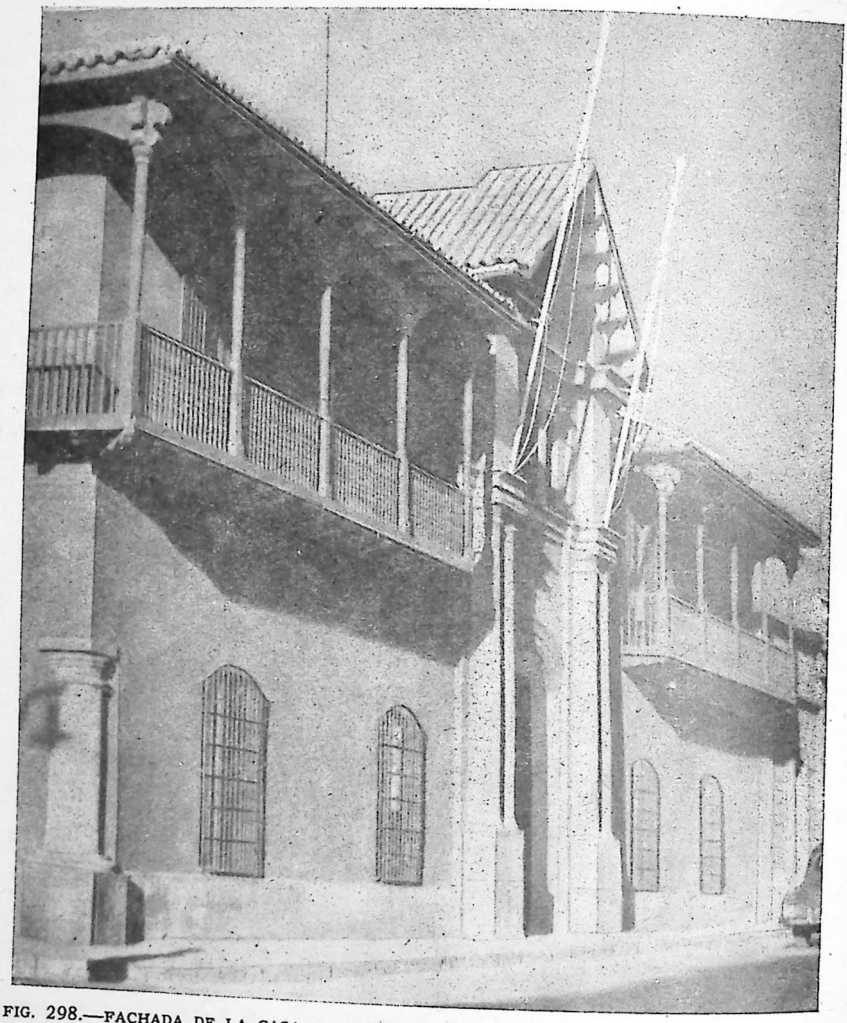
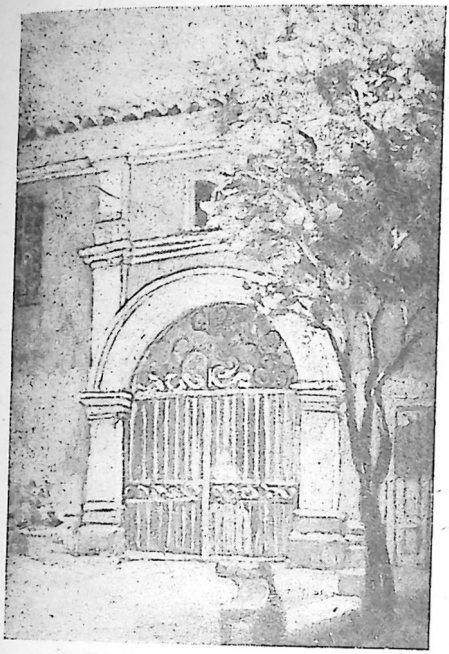
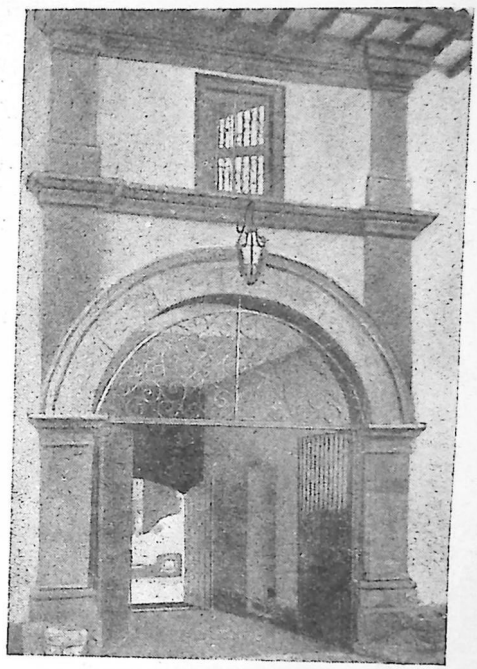
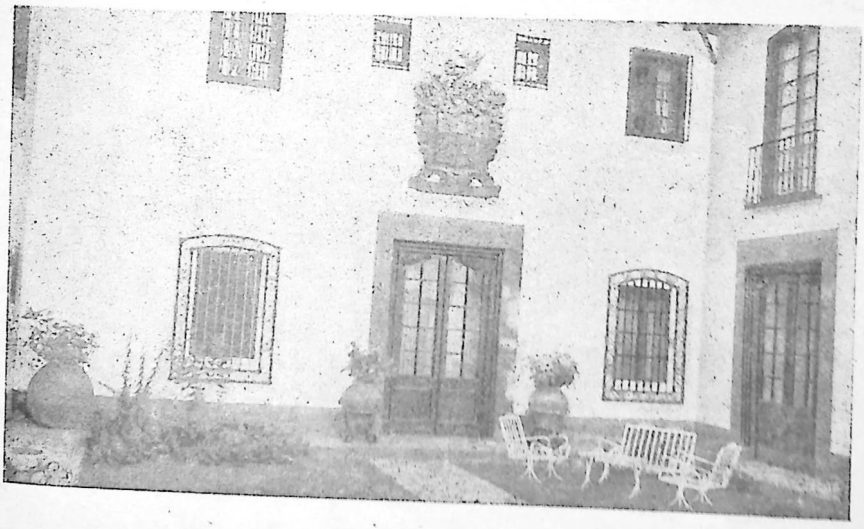


FIG. 298.—FACHADA DE LA CASA DE LOS VELASCO MUÑOZ, ESQUINA N. E. DE MAC-IVER Y SANTO DOMINGO. (Fotografía de L. C., 1953.)





FIGS. 299 A 301.—PATIO DE LA CASA DE LOS VELASCO. (Oleo de Alvarez Urquieta. Museo Histórico Nacional.—Fotografía de L. C., 1953.)



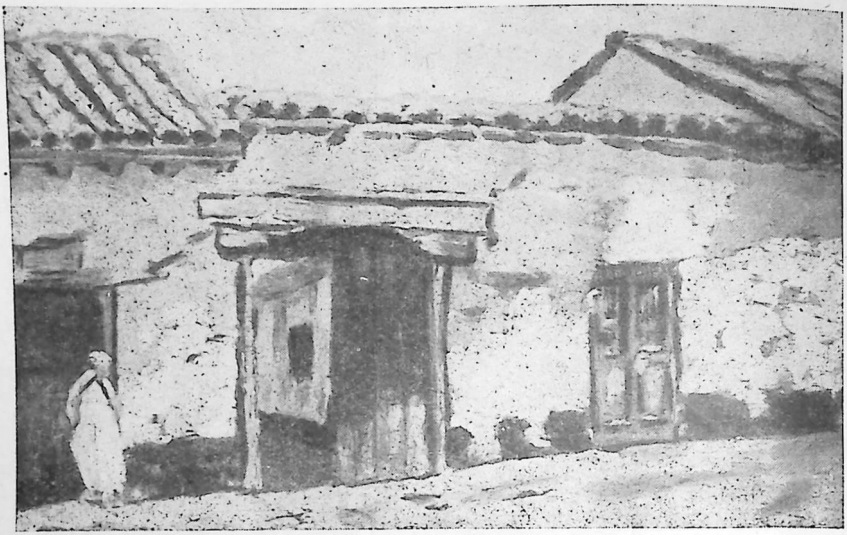


FIG. 302.—CONVENTILLO QUE EXISTIÓ EN LA CALLE SANTO DOMINGO 1659. (Oleo de Alvarez Urquieta. Museo Histórico Nacional.)

La aristocracia castellano-vasca

Al desplazamiento de la riqueza siguió como fatal consecuencia la conquista del poder. Cano y Aponte fué el último gobernador de mentalidad meridional Pero esta nueva aristocracia, de carácter plutocrático, que iba a hacer pronto la revolución de la Independencia, no estaba constituída por vascos puros. Es Chile país de grandes paradojas históricas. Y una de las más peregrinas es el maridaje estrecho que acá se produjo entre la severa altivez caballeresca del castellano y el espíritu práctico y utilitario del vasco. Unían, es verdad, y especialmente en aquella época, a castellanos y vascos varios denominadores comunes. El orgullo de la periclitada grandeza de España, la honradez llevada a lo sublime y, sobre todo, la pasión, el desborde de vitalidad substancial, la desmesura, que es entraña de todo lo ibero, cualquiera que sea su latitud o idioma. El nuevo ideario castellano-vasco (que no podemos desarrollar más en este resumen, so pena de convertirlo en un verdadero ensayo de psicología social española) impuso un concepto estrictamente austero en las costumbres. La vida no es un fandango, como dicen los andaluces, sino una cosa muy seria, como afirmará siglos después ese gran castellano-vasco que fué don Miguel de Unamuno; * es la realización de un ideal ético que ordena emplearla en un fin útil por medios dignos y justos. Los móviles supremos ya

* Es famosa la frase del autor de "El Sentimiento Trágico de la Vida": "Los vascos han hecho dos cosas muy grandes: la Compañía de Jesús y Chile".





FIGS. 303 Y 304.—PORTADA, PATIO Y ZAGUÁN DE LA CASA COLORADA, QUE FUÉ DEL CONDE DE LA CONQUISTA.



FIG. 305.—CASA DEL OBISPO DONOSO. (Calle Recoleta.)



FIG. 306.—PORTÓN DE LA "POSADA DE SANTO DOMINGO".

(Oleos de Alvarez Urquieta. Museo Histórico Nacional.)



FIG. 307.—CASA DE PILAR DE ESQUINA. RECOLETA ESQ. DE ANDRÉS BELLO. (Fotografía de L. C., 1953.)

no son la milicia contumaz y muchas veces suicida frente al mapuche, con su secuela de atropellos y prepotencias en la retaguardia, sino la capacidad de trabajo, la cordura y, sobre todo, la honradez. El concepto, aunque algo recargado en lo material, lo reflejan a las mil maravillas las "Instrucciones que da Manuel Riesco a su amado hijo Miguel, que con su bendición pasa a estos reinos de España a negocios de comercio", * sobre las que llamamos la atención del lector.

En el orden de la práctica política, el todopoderoso castellano-vasco se irrita con el hombre brillante, de cualidades excepcionales. Sus simpatías concuerdan siempre en ensalzar el tipo opaco, pero sensato y honorable, que no pretenda imponer una personalidad destacada.

La aristocracia venida a menos la clase media

La antigua aristocracia conquistadora desplazada tomó dos direcciones en su acoplamiento social venido a menos. Los más ricos y los más activos integraron la neoplutocracia dominante, como abogados, eclesiásticos, funcionarios, al margen de la actividad económica dirigente. El recién llegado eliminaba del pequeño comercio al resto, que vino a constituir lo que después se llamó clase media, base del propietario o administrador rural pobre y del oscuro empleado o agente en la ciudad. Su menosprecio por el trabajo manual le impedía hacerse artesano. Esta clase media chilena del siglo XVIII vive del

* 14 de febrero de 1805, Vid. Revista Chilena de Historia y Geografía. Ts. XLIV y XLV.

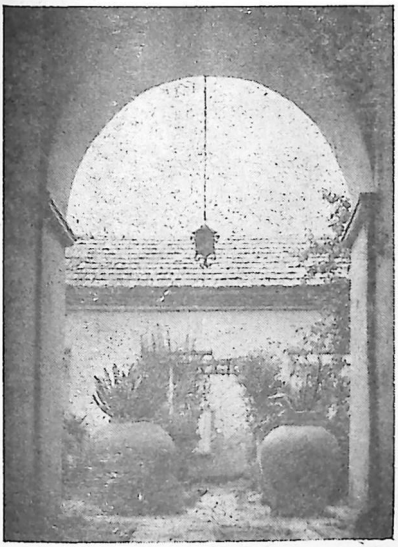
recuerdo de la pasada y perdida posición social, con frecuencia imaginaria. No sería difícil, seguramente, ahondar en el estudio psicológico de cómo estos factores han contribuído a determinar un rasgo típico del intelectual pobre: el resentimiento. Este grupo social sostiene un concepto absolutamente opuesto de la vida al de la encumbrada aristocracia de última hora. Es alegre e imprevisor, no posee el sentido de la realidad y, lo que es más grave, lo desprecia. Es fácil para hipotecar la propiedad sin saber cómo va a pagarla. Vive cargado de deudas, pero comparte lo poco o mucho que tiene con todo el mundo. La vida es corta y hay que gozarla, dándole todo su contenido poético, extravertiendo su belleza. La expresión aforística de este sentimiento, sin duda, arranca de la época: "Para qué quiero la plata si me voy a morir".

Antagonismo latente

No es difícil suponer el encono entre ambas concepciones tan opuestas. El vasco no disimulaba su antipatía por lo que para él simbolizaba la holgazanería, la informalidad y la imprevisión. En las citadas instrucciones de don Manuel Riesco, le encarga a su hijo "traer su tripulación correspondiente a lo mejor que se pueda, y de la costa de Cantabria, esto es: vizcaínos, montañeses (santanderinos), asturianos, gallegos; catalanes y mallorquinos también son buenos, y *ningún andaluz*, sino por necesidad..."

Criollos y peninsulares

Hasta finales del siglo XVII, españoles y criollos vivieron en perfecta armonía, salvo en las pendencias acaecidas por el ineludible desahogo vital de los





FIGS. 308 Y 309.— CASA PARTICULAR Y FRONTIS DEL CLAUSTRO DE SANTO DOMINGO, EN LA SERENA. (Fotos de L. C., 1949.)

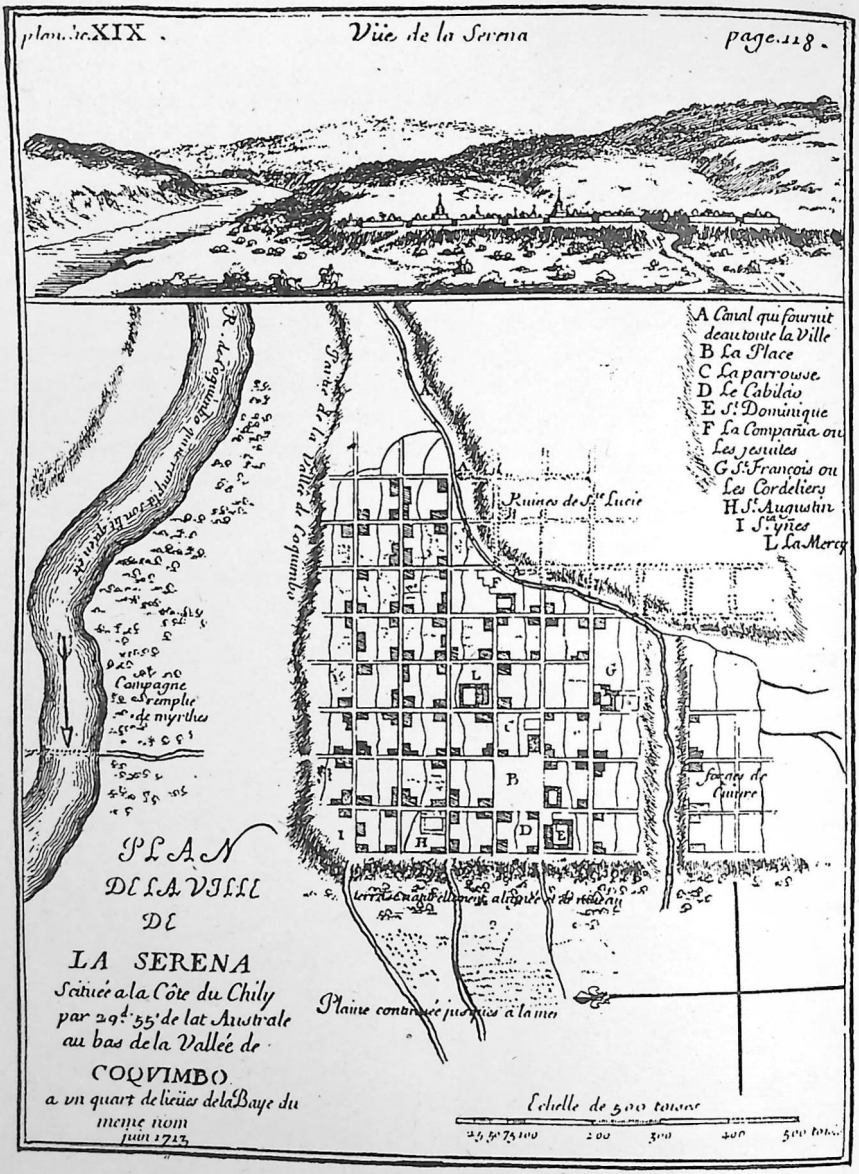


FIG. 310.—LA SERENA A COMIENZOS DEL SIGLO XVIII, SEGÚN FREZIER.

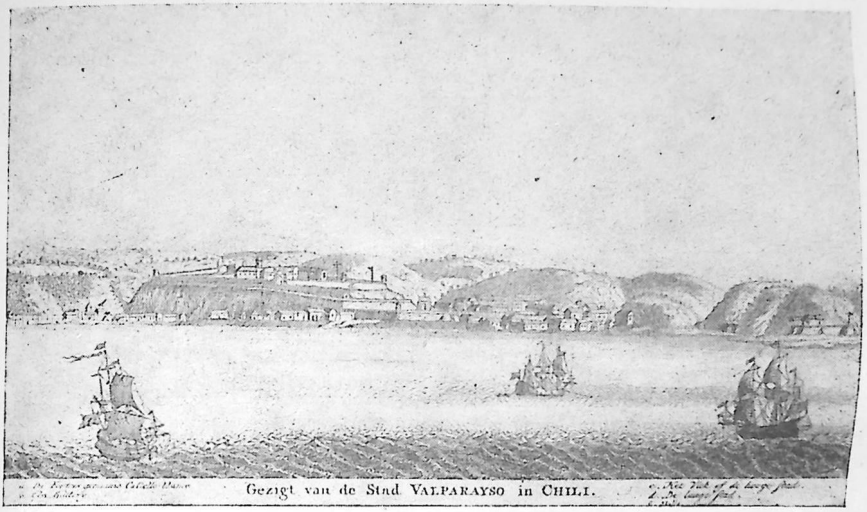


FIG. 311.—VALPARAÍSO A MEDIADOS DEL SIGLO XVIII. EN HEDENDAAGSCHE / HISTORIE / OF / TEGENWOORDIGE STAAT / VAN / AMERIKA /... Amsterdam, 1767.

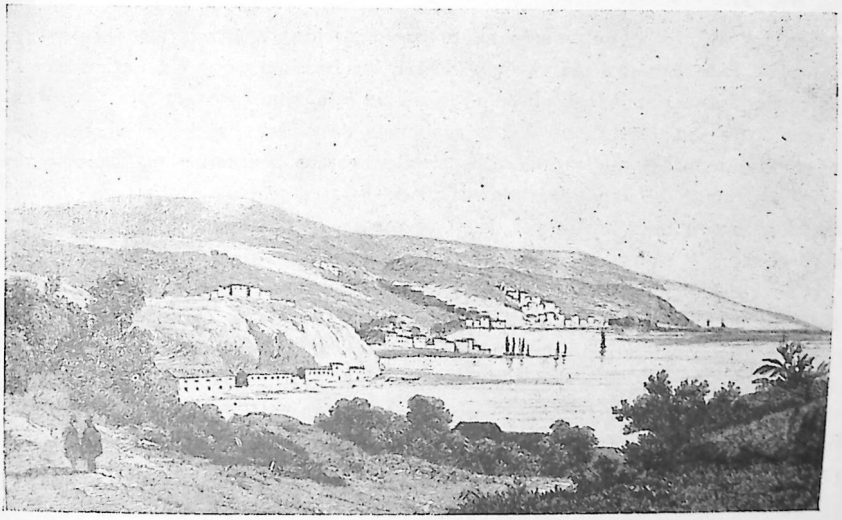


FIG. 312.—VALPARAÍSO A COMIENZOS DEL SIGLO XIX, SEGÚN FAMIN.

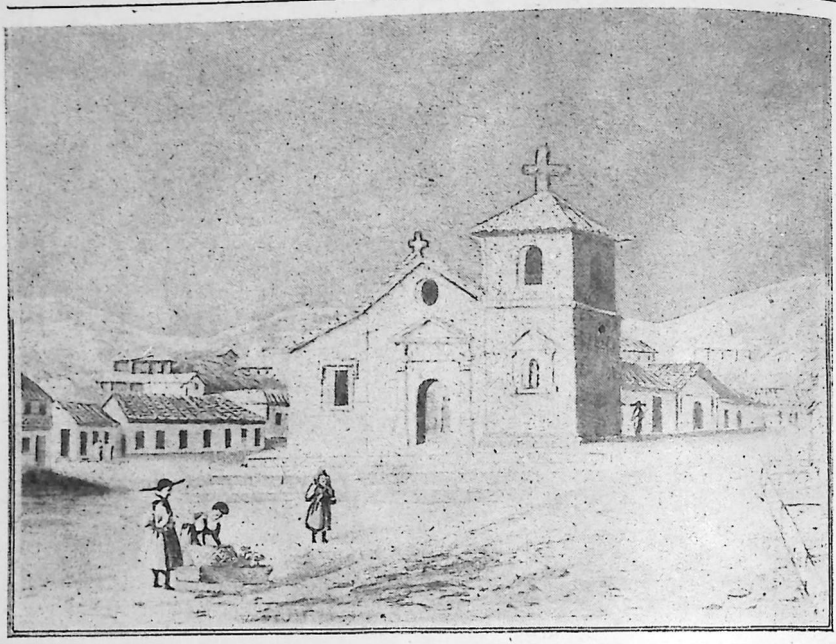


FIG. 313.—IGLESIA MATRIZ DE VALPARAÍSO. (Dibujo de María Graham.)

frailes. La influencia del medio en la conformación de los caracteres produjo pronto en toda América, en el siglo XVIII, las fricciones que estallarían con la guerra de la Independencia, no como causa de ésta, sino como su alimento. Pero la estructura social de Chile a que acabamos de referirnos dió a tal antipatía una modalidad también propia. Los criollos vascos aceptaban en su seno de muy buen grado al peninsular vasco; y, de igual modo, el español meridional era acogido con beneplácito por la clase media, que había sido desposeída de sus prebendas y riquezas por los vascos. La pretensión de establecer dos clases sociales entre peninsulares y criollos es una de tantas facetas de la historiografía romántica basada en los últimos aletazos de la "leyenda negra". El español nunca formó núcleos (no los forma hoy) alimentados de prejuicios, sino que se asimiló (exactamente como ocurre hoy) al núcleo social más afín. El español humilde se fundía en la clase media hasta que lograba hacer fortuna. Sus hijos, ya ricos, cultos y desbastados, penetraban en la aristocracia como criollos de valía, disimulando todo lo posible el origen.

Orígenes de la orme desigualdad social presente

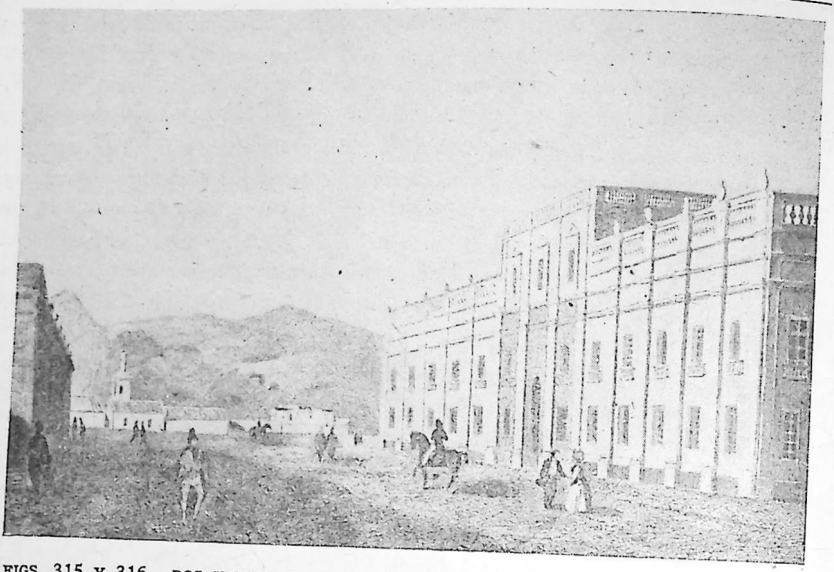
En lo que habría de formar la desequilibrada capa social pobre, también se produjeron con el tiempo cambios sustanciales. La fusión de las razas se ha consumado prácticamente en todo el territorio español. El indígena puro, re-

fundido en la masa mestiza, conserva su robusta constitución física, superior a la mapuche, apuntada desde el siglo XVI. Sigue siendo imprevisor y dado a gozar de diversiones borrascosas que acaban las más de las veces en puñaladas, pero ya se ha habituado al trabajo regular. Su ética fluctúa todavía entre el admapu, casi desaparecido, y la rigidez de la civilización cristiana española, que aun no asimila por completo. El vicio de la embriaguez, lejos de amainar con esta influencia, parece recrudecer cada vez más con la criminalidad que hemos visto tomar cuerpo en el curso del siglo XVIII. Pero ya se han producido variantes muy acentuadas, como las de los artesanos, mayordomos y vaqueros de campo, que sostienen por su propio impulso un nivel de vida algo más elevado.

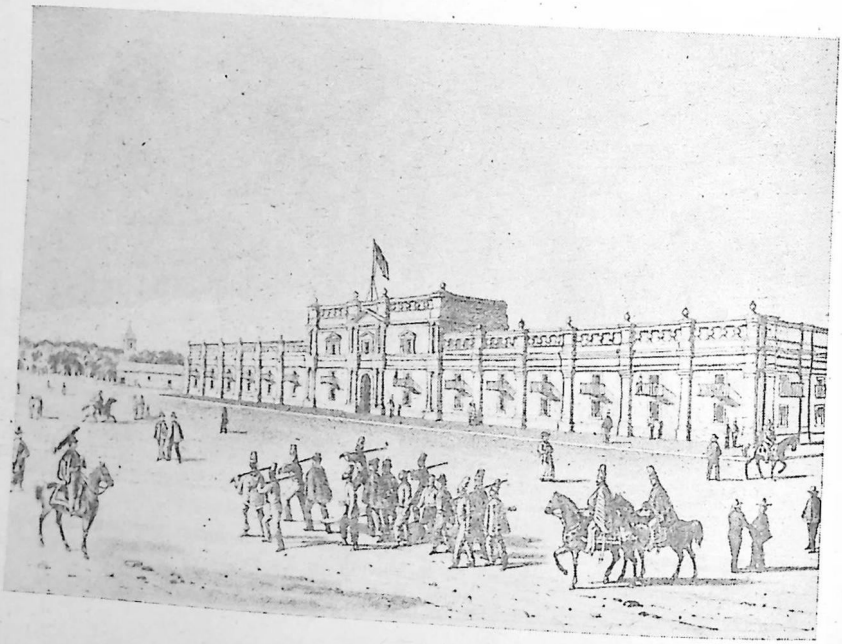
Desde el siglo XVIII y comienzos del XIX, todos los viajeros perspicaces que visitaron Chile advirtieron un fenómeno social que se ha mantenido hasta nuestros días: la extraordinaria distancia entre las clases, que ellos atribuyeron al espíritu aristocrático y a la excesiva diferenciación de la cultura. Los historiadores y publicistas románticos de la República alimentaron la bella esperanza de que la educación borraríala en poco tiempo.



FIG. 314.—TIPOS Y TRAJES DE CONCEPCIÓN, A FINALES DEL SIGLO XVIII, SEGÚN FAMIN. (Cf./ más adelante los grabados de la edición de los viajes de La Pérouse y los dibujos de Branvila.)



FIGS. 315 Y 316.—DOS VERSIONES DEL PALACIO DE LA MONEDA, SEGÚN FAMIN. (arriba) Y SEGÚN GILLIS (abajo).



XXXIV

La economía chilena durante el período hispano. *

La evolución económica de Chile durante el siglo XVII había sido un alternativo juego de grandes catástrofes, recuperadas merced a otras tantas reacciones enérgicas, dentro de un ritmo regular ascendente. La del XVIII lo mantuvo durante los dos primeros tercios, mas hacia 1770 el desarrollo se paralizó y, en cierto modo, llegó a retroceder. Entre los diversos factores que provocaron el fenómeno se destaca, en primer lugar, la índole sui géneris de la actividad económica de los jesuítas. La orden no se incorporó al proceso nacional colectivo; tanto industrial como políticamente, fué un estado dentro de otro estado. Por esta supina causa, el esfuerzo laico no pudo llenar el hueco producido con su expulsión. En segundo lugar, la libertad de comercio y el mayor contacto con Europa desarrollaron el hábito del consumo de mercaderías extranjeras sin estimular el equivalente desarrollo de las aptitudes industriales.

La urdimbre del proceso

La agricultura topó durante todo el siglo con la falta de mercados para sus productos, fenómeno que no refleja en absoluto trabas legislativas de estrecho criterio. Las industrias fabriles, aplastadas por la insostenible competencia extranjera, arrastraron una vida raquítica. Las aptitudes económicas, en general, también acusan un manifiesto retroceso. En el siglo XVII los chilenos se defendieron, con Meneses al frente, de la explotación peruana. Durante el curso del XVIII claudican sin lucha, y cuando Ortiz de Rosas y Jáuregui pretenden espolearlos para su defensa, los abandonan. Por otra parte, es unánime el consenso acerca de las mayores condiciones del peninsular en materia económica. "Los chapetones —dicen Bauzá y Espinosa— son los únicos que hacen grandes fortunas..., son más activos y más emprendedores y endurecidos en el trabajo, mientras los criollos, acostumbrados a la abundancia y a la vida fácil, abandonan a estos advenedizos los mejores negocios. Los padres prefieren para sus hijas el chapetón al criollo y estiman una fortuna el matrimonio con ellos." Este contraste no podía manifestarse en el siglo XVII por la lejanía y la menor inmigración directa española. Además, durante la etapa en que se gestó la personalidad nacional, el mismo aislamiento y las severas leyes que impedían importar artículos suntuarios obligaron a los pobladores a bastarse a sí mismos y frenaron las ansias de lujo. Todo lo que sobraba, después de satisfacer las mínimas necesidades de una vida casi rudimentaria, se destinaba a la

* Con relativa aproximación, calcúlense los valores con una diferencia de 48 a 1/6 penique, es decir, multiplicando las cantidades por 250, para 1953.

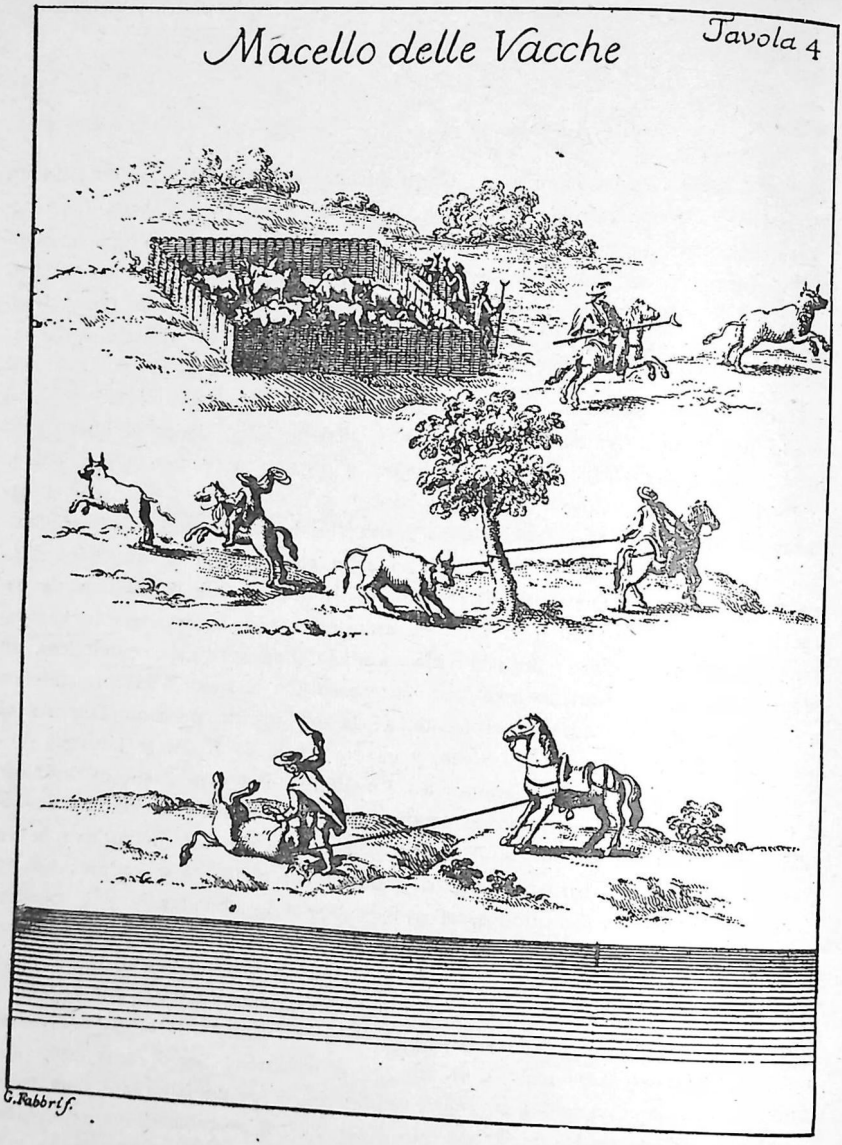


FIG. 317.—ENCIERRA, MARCA Y MATANZA DE GANADO (según la edición italiana de la obra del Abate Molina).

creación de nuevas riquezas. Ello explica las increíbles recuperaciones que seguían a las calamidades telúricas y militares.

La lucha bisecular entre la perentoria necesidad de utilizar al indio como elemento de trabajo y la actitud insobornable de los religiosos en su brega por la abolición del servicio se resolvió con el cambio de la estructura social. Las constantes fugas de los indios encomendados y el celibato a que les obligaba el continuo rapto de sus mujeres por los mestizos, los habían reducido hasta el punto de restarles toda importancia socio-económica. La institución de la encomienda se disolvió lenta pero definitivamente. Además, el mestizo como nuevo trabajador era mucho más eficaz que el indio. Por eso, cuando en 1789 don Ambrosio O'Higgins, en un acto altruísta típico del Despotismo Ilustrado, decretaba la supresión de las encomiendas, apenas encontró trabas en los únicos tres grandes encomenderos que entonces quedaban en Chile (figs. 318 y 319).



FIG. 318.—INDIO CHILENO, SEGÚN DUPERRY.

El trabajo del indio y del mestizo

Poco a poco, el mestizo, que formaba la gran masa de la población, fué incorporándose al trabajo. A finales de la Colonia no sólo lo hacía cierto número de días al año, sino que los brazos llegaron a superar la demanda. Los mismos que tres décadas antes el duro corregidor sacaba a vivas fuerzas de chinganas y pulperías, y conducía a latigazos a las obras del puente de cal y canto, ahora trabajaban de grado.



FIG. 319.—TRABAJOS INDÍGENAS, SEGÚN SCHMIDTMAYER.

Ciertas perturbaciones forzadas por impolíticas medidas de gobierno contribuyeron también a frenar el progreso económico. Requisiciones de cobre, impuestas por los militares en forma torpe y simplista, desorganizaban la industria hasta que a ello puso

coto O'Higgins; la falta o carestía del azogue, que la iniciativa privada no podía subsanar, creaba constantes trastornos en la industria minera.

Frente al aspecto negativo de las medidas desacertadas, debidas en su mayoría más a estrechez de criterio de quien las aplicaba que a la sensata política de los primeros Borbones, se advierten cuerdas disposiciones para el fomento económico, que con frecuencia se estrellaban contra el medio físico o contra la molicie y desidia de aquellos a quienes debían favorecer. En 1780 se liberaba de derechos toda manufactura de esparto proveniente de América, y en 1785, la lana, lo que debía repercutir en el desarrollo de los ovinos. * Poco después se liberaron asimismo las herramientas enviadas a América y se rebajaron considerablemente los productos, tejidos y frutos de los países americanos que no habían sido ya exhibidos totalmente. **

La propiedad rural

En el siglo XVIII la propiedad agrícola y su explotación quedaron es-

* Capitanía General, Vol. 731, N.º 10.113. Capitanía General, vol. 734, N.º 10.451. ** Capitanía General, Vol. 749, N.º 12.606.

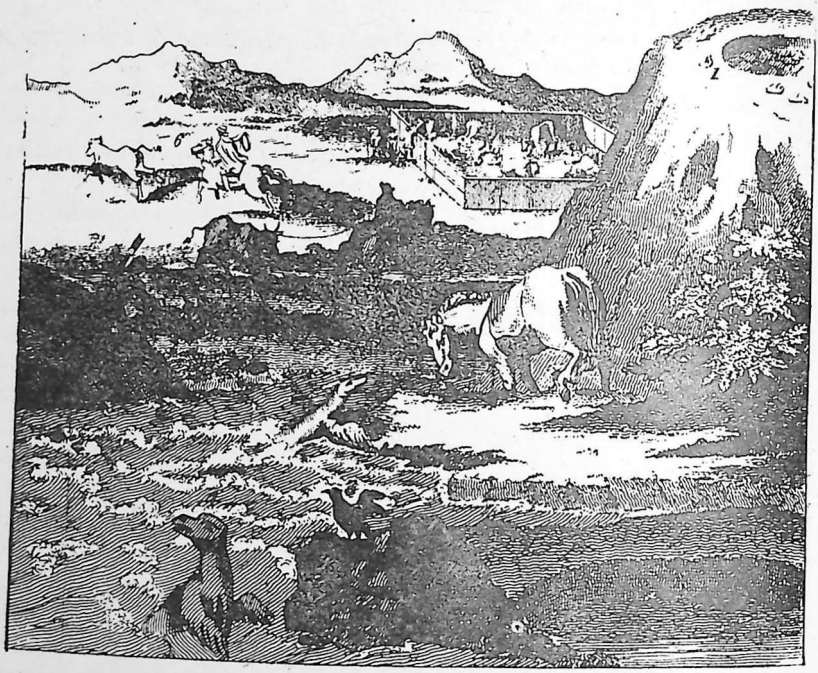


FIG. 320.—FAENAS AGROPECUARIAS. (Según la traducción inglesa de la obra de Juan y Ulloa.)



FIG. 321.—HUASOS. ÓLEO DE RUGENDAS. (Colección Alvarez Urquieta. Museo Histórico Nacional.)

tructuradas en forma similar a la actual, como resultado de las primitivas mercedes de tierras, del remate o de la concesión de los terrenos vacantes, de la supresión del régimen de encomiendas y del servicio personal, de la venta de los predios de los jesuítas y de la abundancia de mano de obra suministrada por el mestizo. Como regla amplia puede afirmarse que no hubo entonces acaparamiento de tierras en la mano muerta laica; muy por el contrario, la propiedad extensa fué la más productiva y la mejor cultivada. Del mismo siglo arranca la constitución de la propiedad media, con una extensión entre pan llevar y pan comer, * que fluctúa entre 100 y 300 cuadras, a partir de la división de la gran hacienda y de las ventas o simples adjudicaciones de tierras vacantes.

La falta de irrigación natural fué un permanente escollo contra el progreso agrícola, porque los cultivos estaban expuestos a los caprichos climáticos. Una sequía de dos años significaba el fatal desastre agrícola-ganadero del Aconcagua al norte, y amenazaba con la pérdida de las cosechas de este río al Bío-Bío. Los españoles adelantaron la irrigación artificial hasta el río Teno, pues más al sur bastaba el aprovechamiento de las aguas extraídas de esteros y ríos pequeños.

* De regadío y de secano (rulo).



FIG. 322.—HUASO CHILENO, SEGÚN D'ORBIGNY.

En las postrimerías de la Colonia la crisis de los precios hizo improductiva la explotación de casi todas las haciendas. "Los campos están llenos de gentes que, llevando un nombre ilustre, son continuamente atormentados de la discordancia que hay entre aquél y su fortuna". *

Los cultivos

El hábito de consumir grasa de vaca y manteca de cerdo desvalorizó el aceite; no obstante lo cual la aceituna se vendía entre $ 4 y $ 5 la fanega. La arboricultura se había enriquecido con el álamo, elemento básico del actual paisaje chileno, que el franciscano Francisco Javier de Guzmán afirma haber traído de Mendoza en 1810. Salvo estas novedades, los cultivos eran los mismos del siglo XVII. La vinicultura no progresaba, especialmente por la falta de vasijas adecuadas. En el sur se fabricaba en abundancia chicha de manzana, moliendo el fruto con pizones, sobre un cuero de vaca extendido en el suelo, y estrujando la mazamorra con las manos sobre canastos que hacían de tamiz.

La lentitud en el desarrollo agrícola del siglo XVIII, comparado con el vertiginoso del XVII, no significa, en modo alguno, su estancamiento. Un cálculo aproximado del valor de los productos y del consumo por individuo adulto y por niño entre los 709.000 habitantes civilizados, da un valor de $ 6.500.000 pa-

* Manuel de Salas.

ra los productos agrícolas. Aparte de ello, se exportaban al Perú, como término medio anual, 180.000 fanegas de trigo, 3.000 quintales de jarcia, 6.500 botijas de vino de 1¾ de arroba y unos $ 15.000 más en productos agrícolas.

La ganadería sostuvo en el último tercio del siglo XVIII, como ya lo había hecho en todo el XVII, al campesino chileno. El desarrollo increíble de este último siglo amainó en el siguiente, pero sirvió para alimentar con holgura al casi millón de habitantes y aun dejó grandes saldos exportables. Del Aconcagua al norte predominaban los cabríos; de este río al sur, el vacuno y la oveja. De las cabras se aprovechaban la carne, la leche y, especialmente, los cueros, que suministraban el envase para el acarreo de los vinos. En la ovejería se explotaban la carne y la lana, que se hilaba en los husos y telares domésticos. Los vacunos ocuparon el lugar de mayor importancia en la ganadería de finales de la Colonia. Proporcionaban carne fresca, pieles para la confección de suelas y todos los productos de la matanza (figs. 317 y 320). En Chiloé se habían multiplicado extraordinariamente los cerdos, dando lugar a la creación de la nueva industria de los jamones. La ganadería

Es imposible calcular el valor de la producción ganadera. Los datos seguros permiten afirmar, no obstante, que abastecía de carne y calzaba a 700.000 personas, que vestía a cerca de medio millón y que colmaba el consumo de pellones, correas, etc., de todo el país. Basándose en datos aproximados por individuo (Juan Fernández y otras guarniciones), puede estimarse la producción agropecuaria de Chile a finales de la Colonia en unos $ 15.200.000.

Sorprende hoy nuestra atención el cuidado que se prestaba al caballo desde los días de Pedro de Valdivia. Las innumerables necesidades rurales, su uso en la ciudad, las exigencias militares y la pasión por las carreras hicieron del noble animal una aspiración y una necesidad irreemplazable para la mayoría de los chilenos. En el criollo predominó la silueta de la jaca española, con vagas reminiscencias del berberisco, que es preciso no confundir con el árabe ni el andaluz. La selección y, sobre todo, el medio y el trabajo dieron al caballo chileno un tipo pequeño, rechoncho, brevilíneo y de gran poder muscular, resistencia y coraje. Las grandes haciendas lograban castas especializadas y, a veces, propias. Fueron sus principales variedades: el caballo de brazo, de lujo, para exhibirlo en los paseos y en las fiestas nacionales; el de trote de martillo, llamado así por el aire especial de su marcha; el de via- El caballo chileno

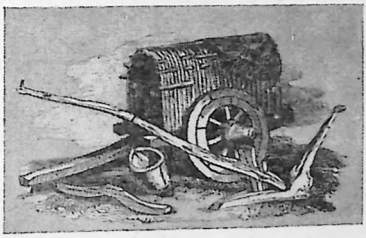


FIG. 323.—CARRETA, ARADO Y YUGO.
(Viñeta de María Graham.)



FIG. 324.—UTENSILIOS DE COBRE Y DE BRONCE, TRABAJADOS EN CHILE DURANTE EL PERÍODO HISPANO. (Museo Histórico Nacional.)

je; el de aparta, después llamado "corralero", especializado en la clasificación de ganado vacuno; el de paso, usado por mujeres, clérigos y médicos, y algunos tipos especiales destinados a las carreras.

La crianza de caballos fué arruinada en el siglo XVII por la de las mulas, por las necesidades del transporte y por la demanda del norte y de Potosí. Mas con el XVIII se restableció el equilibrio (figs. 317 a 322).

Las industrias

El impulso impuesto a las primeras manifestaciones conquistadoras reflejaba también la vitalidad de sus hombres en el nacimiento de actividades fabriles que, de haber mantenido el ritmo, hubieran hecho de Chile un país

industrial de primer rango. Agostada la energía primera, languidecía en el siglo XVII, y durante el XVIII no se produjo la recuperación que hacían prever la paz, el progreso en la civilización y el desarrollo del comercio. La industria fabril había desaparecido durante el siglo XVII, constreñida por la política de desplazar el trabajo a los hogares, con la consiguiente pérdida de esfuerzo humano. Los astilleros de Nueva Bilbao, San Vicente y Chiloé también arrastraban una vida precaria. Aun los pedidos de naves menores eran activos, mas el crecido apresamiento de barcos ingleses y norteamericanos acabó por arruinarlos del todo. La alfarería fué concentrándose en los talleres de los jesuítas, sobre todo en la Ollería de Santiago, que fabricaba tinajas, botijas, ollas, platos, lebrillos, fuentes, etc. No obstante, la fabricación seglar mantuvo su importancia, que partía del apogeo de la cultura chinchachilena. María Graham encontró el llano de Pomaire (Melipilla) "cubierto de grandes hornos para cocer las vasijas".

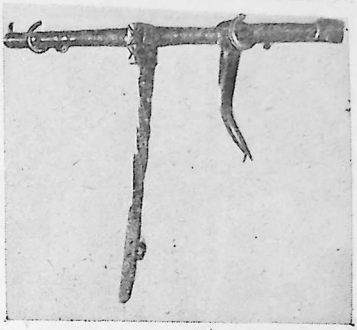


FIG. 325.—CERROJO DE HIERRO. (Museo Histórico Nacional.)

Las tenerías conservaban su ritmo ascendente, lo que les daba la más alta categoría entre las actividades fabriles. Las haciendas situadas al norte del Aconcagua enviaban al sur, para su curtiembre, unas 80.000 pieles de cabra. De ellas se exportaban 20.000 a Buenos Aires y 12.000 a Lima. La industria

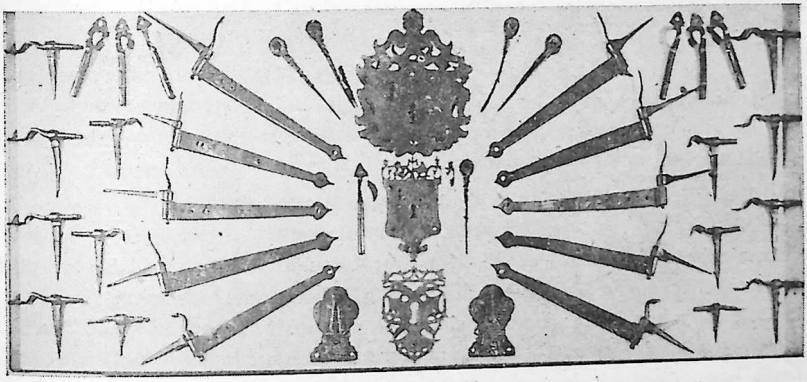


FIG. 326.—GOZNES, ALDABAS, CERRADURAS, ETC., DEL PERÍODO HISPANO. (Museo Histórico Nacional.)

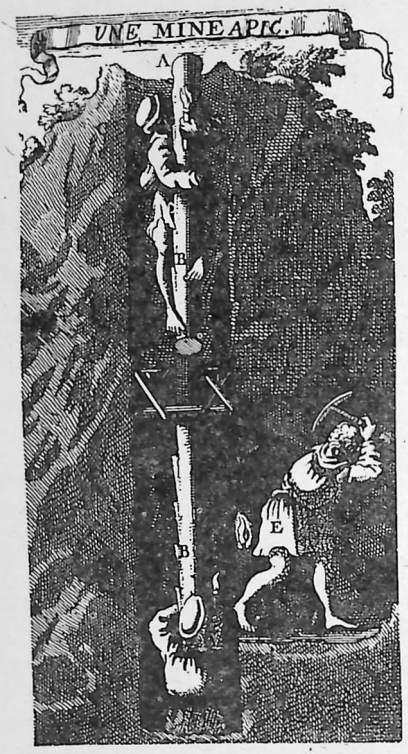


FIG. 327.—PROCEDIMIENTO MINERO PRACTICADO EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA DURANTE EL SIGLO XVII, SEGÚN COREAL.

del cáñamo, en cambio, apenas era "un vestigio de lo que fué" (Manuel de Salas).

Completa el elemental y resumido cuadro la elaboración de utensilios de cobre. Se labraban unas 50.000 libras de este metal en pailas, fondos, tachos, braseros, alambiques, campanas, cañones y otros artefactos (figs. 324 a 326). La fabricación de la pólvora tropezaba con la escasez de salitre, que era necesario importar de Lima.

La minería

A pesar de la feracidad de los valles transversales del norte, los trabajos agrícolas estaban supeditados en la zona a los mineros. La vida económica se subordinó a la explotación del oro, cobre y plata. Andacollo ya era el centro de la vida minera. Todos los años acudían, como ahora, centenares de peregrinos en tumultuosa romería al templo de Nuestra Señora del Rosario, ornado con altares, candelabros y sinfín de objetos de plata maciza. El mineral de Agua Amarga, como hemos visto, tenía la particularidad de ofrecer trozos de este metal con figuras de animales naturalmente grabadas que adquirían altos precios en los museos de Europa. Era inveterada costumbre obsequiar al párroco un capacho con un quintal de minerales, de tal modo que el cura recibía unos 40.000 pesos anuales. *

Los "derroteros"

Los felices descubrimientos de minerales atraían un tropel de aventureros que engendraban como por ensalmo un nuevo pueblo. La extinción de la veta determinaba el inmediato éxodo y la ayer tumultuosa villa quedaba completamente abandonada. Esta particularidad del norte chileno arranca, pues, de la Colonia y habría de repetirse sin cesar durante la República. Los "derroteros", génesis de innumerables y pintorescas historias, impregnan la vida del norte hasta constituir la tónica tanto del barretero, del humilde leñador, de

* Unos $ 10.000.000.— actuales.

la pastora, como del estanciero, del comerciante y del funcionario. Los hilos de plata enredados en la raíz de un árbol desgajado, el crestón que un arriero había divisado al cruzar un cerro, eran tema favorito y obligado en las conversaciones hogareñas, al amor del fuego nocturno de los infatigables caminantes y rastreadores, en los escasos bodegones que concentraban a la retraída vida provinciana. No había indio vetusto que no conociera un derrotero, llevándose el secreto a la tumba. Lo sobrenatural, por supuesto, adobaba estas creencias con sinnúmeras leyendas, en las que siempre un genio custodiaba la escondida veta, cuando no era el alma en pena de un minero asesinado que vagaba por los aledaños, solicitando del nuevo descubridor "una oración por su sufragio y una vela que alumbre el lugar en que yacen sus restos". Los derroteros, hijos en su mayor parte de la excitada fantasía del nortino, desempeñaron y siguen desempeñando un importantísimo papel en la industria minera, como acicate que impele al cateador a perderse en el desierto y como origen de casi todos los descubrimientos.

La minería tradicional, es decir, la de los lavaderos y minas de oro, renació con el siglo XVIII. No hubo grandes hallazgos, mas el bajo precio de las herramientas impulsó las antiguas faenas, especialmente en Tiltil, Peldehue, Petorca y Copiapó. A finales del siglo se trabajaban 253 minas y lavaderos permanentes, con ley media de 161 marcos por cajón. Simboliza la tesonera lucha del nortino contra la naturaleza el descubrimiento del mineral de las Animas en Copiapó. Ya en 1707 se habían encontrado capas y escarpes practicados por los indígenas. Pronto los cateadores dieron con una veta fabulosa que determinó el desplazamiento en masa de Copiapó a caballo, en borricos, a pie, que pronto retornaba para solicitar pedimientos, mientras los cateadores continuaban explorando. El hallazgo de "Las Benditas Animas", que daría nombre al mineral, con 28 vetas y mantos principales, convirtió la mina

"Las Benditas Animas"

COMENTARIOS
A LAS
ORDENANZAS
DE MINAS,
DEDICADOS
AL CATHOLICO REY,
NUESTRO SEÑOR,
DON CARLOS III.
(QUE DIOS GUARDE)
SIEMPRE MAGNANIMO, SIEMPRE FELIZ,
SIEMPRE AUGUSTO,

POR DON FRANCISCO XAVIER DE GAMBOA, Colegial de el Real, y mas antiguo de San Ildefonso de Mexico, Abogado de la Real Chancilleria de aquella Ciudad, y de Presos de el Santo Oficio de la Inquisicion, su Consultor por la Suprema, y Diputado de el Consulado, y Comercio de la Nueva-España en la Corte de Madrid.

CON APROBACION, Y PRIVILEGIO DEL REY.

MADRID. En la Oficina de Joachin Ibarra, calle de las Urosas. Año MDCCLXI.

FIG. 328.—UNA MUESTRA DE LA ABUNDANTE REGLAMENTACIÓN CIENTÍFICA DE LAS EXPLOTACIONES MINERAS, ESTATUÍDA CON ESPAÑA DURANTE EL SIGLO XVIII.

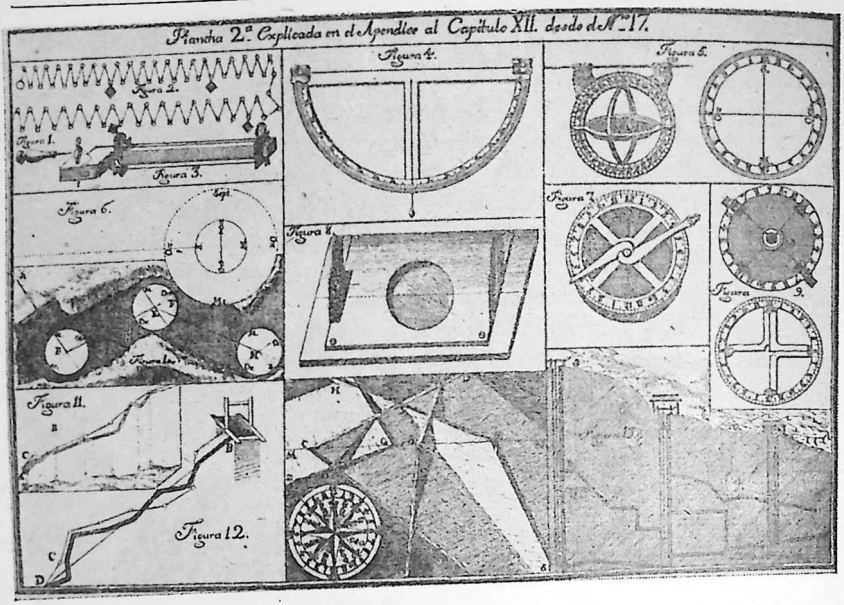


FIG. 329.—PROCEDIMIENTOS MINEROS Y METALÚRGICOS QUE ILUSTRAN LOS "COMENTARIOS". (Cf./ figura 328.)

en un laberinto "inaveriguable". La actividad febril tropezó pronto con la dureza de la roca, y el desorden hizo improductiva la explotación. Luego de una titánica lucha, el cerro fué abandonado. Años después, solía verse algún "pallaqueador" vagando como sombra de ultratumba entre el hacinamiento de escombros y ruina.

Valor de la producción metálica

Calcula el abate Molina en $ 4.000.000 el valor del oro extraído anualmente. Barros Arana baja la cifra a $ 1.000.000, la que confirman los documentos hallados después de este aserto intuitivo.

También en Copiapó se habían descubierto a comienzos del XVIII minas de plata. Entre 1776 y 1786 la producción de estas minas fué de 179.656 marcos, con valor de $ 1.260.000. Era más difícil explotarlas que las de oro, por la profundidad y el tratamiento exigido, salvo las pellas de metal virgen.

Los datos acumulados sobre la minería colonial permiten establecer un monto de $ 2.000.000 anuales, distribuídos de la siguiente forma:

Oro	$ 1.350.000
Plata	400.000
Cobre	250.000

De este total se consumían anualmente $ 200.000 en la fabricación de artículos de plata, cobre y oro, vajillas, campanas, joyas, cañones, herramientas, etc. El saldo de $ 180.000 pagaba las importaciones visibles e invisibles.

Psicología del nortino

La legislación y las disposiciones circunstanciales de los gobernadores, lejos de coartar la industria minera, como se ha repetido sin base, la protegieron y estimularon sin cesar. Basta recorrer, para cerciorarse de este aserto, los incontables documentos que dormitaban en el archivo de la capitanía general. La explotación minera exigía del hombre en Chile una extraordinaria dureza física, un coraje indomeñable, una audacia y un valor a toda prueba, para resistir la vida inhóspita de aquellos cerros desolados, sin los menores goces de la vida civilizada, en medio de una sociedad primitiva, hostil, ruda, en que prevalecía la ley del más fuerte y se aplicaba la justicia con la mano implacable del ofendido. Quien tenía algunos medios de fortuna prefería vegetar en el comercio o en el empleo. La vida turbulenta de la zona minera, donde se jugaba el pellejo y la fortuna cada hora, determinaron una psicología especial en el nortino, distinta por completo de la del resto del país. Era, casi sin excepción, un individuo robusto, de gran empuje y cortos medios, que exigía de un barretazo lo que el trabajo sistemático le negaba, jugador atraído por la perspectiva de una fortuna fácil, engastada en la emocionante incerti-

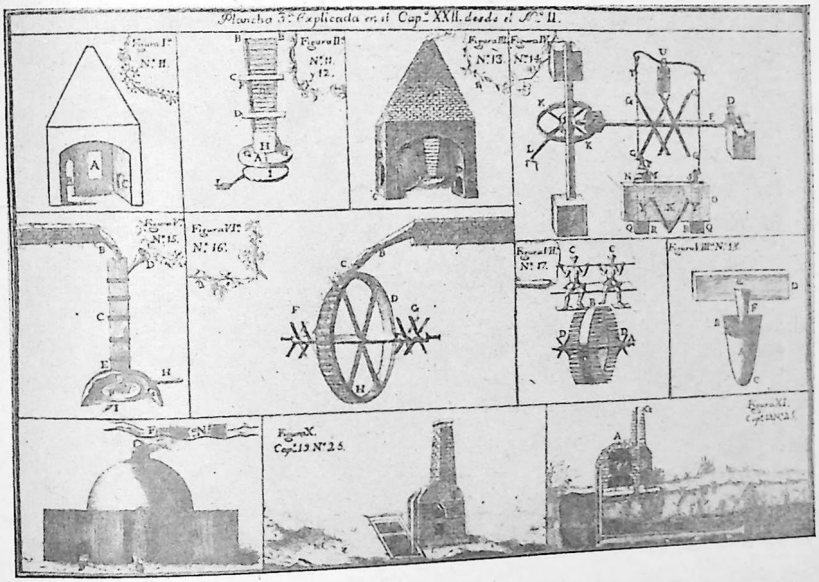


FIG. 330.—SISTEMAS METALÚRGICOS QUE ILUSTRAN LOS "COMENTARIOS". (Cf./ fig. 328.)



FIG. 331.—"LA PROVINCIA DE CHILÚE, EN EL REYNO DE CHILI, PROPIA PARA FABRICAR NAVÍOS DE GERRA Y MADERAS." (Cartografía de Medina. Edición del Centenario.)

dumbre del azar. Incapaz de organizar la minería como negocio, es decir, preparando antes las faenas, los caminos, los embarques y los mercados, invertía en la primera veta descubierta los dineros fiados que debía pagar dos o tres veces. El fracaso cierto era el mejor estímulo para empezar de nuevo, sin que la experiencia dolorosamente adquirida le sirviera para nada. Se embarcaba en reiteradas deudas, cada vez más usurarias, y vendía el futuro metal extraído por un ínfimo valor. Su fabulosa prodigalidad consta en muchos documentos. Cuando encuentran una veta rica, "franqueando su mina a los amigos, parientes y vagabundos, es tal el despotismo, que a pocos días se queda tan pobre o más de lo que estaba antes, habiendo gastado el tesoro en vicios y desórdenes, sin que la caridad haya tenido lugar aún en la más leve parte". *

Los "marayas"

El robo era en la mina toda una institución, que dió vida a un tipo de establecimiento sui géneris, entre ingenio y pulpería: los "marayas". Inescrupulosos comerciantes burlaban la ley instalando en las vecindades disimulados tenduchos donde se verificaba el leonino trueque de vino, provisiones y ropa por los minerales hurtados. ** Se llegaba, incluso, al adelanto de dinero o especies a cuenta de futuros y premeditados latrocinios.

* Descripción del Administrador General de Minas, don Antonio Martínez de la Mata.
** Capitanía General, Volumen 247. N.º 3.868.

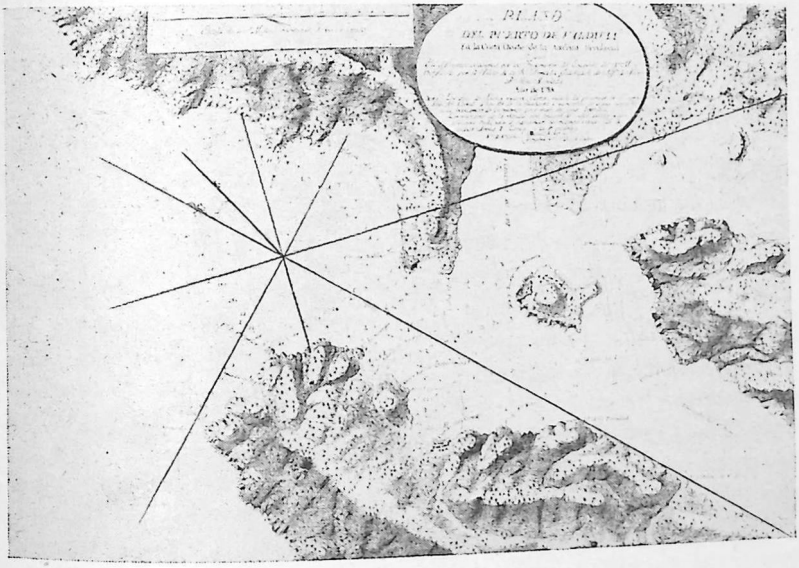


FIG. 332.—PLANO DE VALDIVIA, LEVANTADO POR MORALEDA Y REVISADO POR LOS OFICIALES DE LA "DESCUBIERTA".

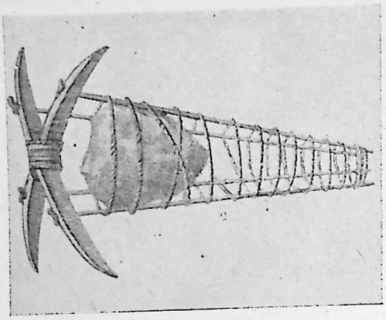


FIG. 333.—ANCLA UTILIZADA EN TALCAHUANO, SEGÚN DUPERRY.

En 1803 apenas se laboraba una mina de plomo. Las de hierro, aunque eran conocidas, no se trabajaban, así como las de azogue, que se abandonaron porque su explotación no era económica. La turba ya había sido utilizada por Sarmiento de Gamboa en Magallanes y por don García Hurtado de Mendoza en el Bío-Bío.

La pesca

Las tentativas de industrializar la explotación del pescado fracasaron, de tal modo que sólo se aprovechaba el fresco: lenguado, congrio, pescada, jurel, jerguilla, róbalo, corvina, en el mar, y trucha, pejerrey y bagres, en los ríos y lagunas. Ya eran por entonces famosos los mariscos chilenos: jaibas, locos, erizos, picos, langostas, ostiones, etc. Las únicas especies que se salaban para su ulterior exportación al Perú eran el congrio, la pescada y el tollo. Del hígado de este último selacio se obtenía un aceite claro e inodoro que Bauzá y Espinosa, en juicio sin duda exagerado, lo comparan con el de oliva. De los lobos marinos se extraía el del alumbrado. Había ejemplares que suministraban ocho y diez botijas de aceite.

l comercio exterior

Los progresos en la navegación durante el siglo XVIII actuaron como estimulante del mayor intercambio mercantil, que la política de Carlos III impulsara con la reforma denominada "Comercio libre de España a Indias". En este proceso de gradual extensión de la libertad de comercio se habían concedido derechos especiales a mercaderes de Buenos Aires y Venezuela para exportar al extranjero los frutos que no fueran de retorno a España. El análisis de los documentos arancelarios de la época lleva a una paradoja, sobre todo si se tienen en cuenta las montañas de papel escritas sobre la falta de libertad de comercio durante la Colonia. Al finalizar el período, la tasa promedio del arancel



FIG. 334.—DE LOS VIAJES DEL P. MENÉNDEZ.

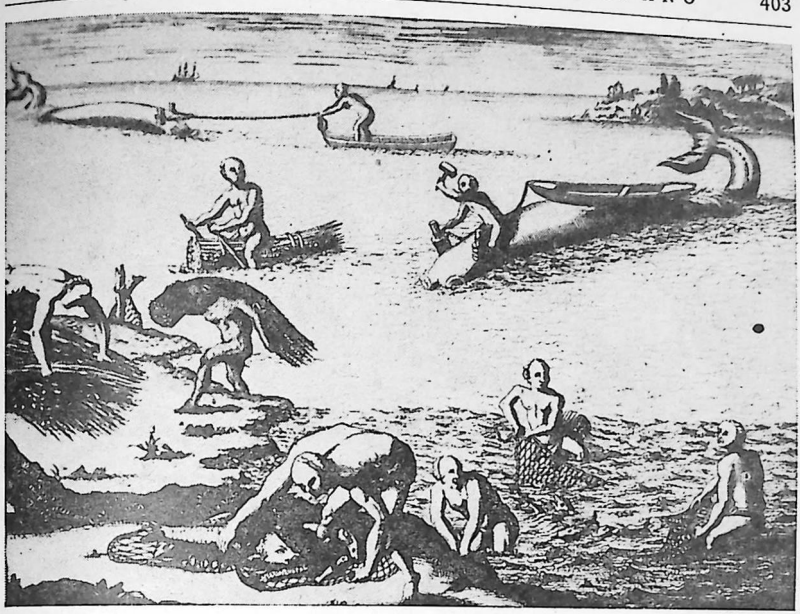


FIG. 335.—FAENAS DE PESCA DE LOS INDIOS AUSTRALES. (En los Viajes de Drake.)

aduanero alcanzaba a la tercera parte de lo que comenzaron a tributar con el establecimiento del primer gobierno nacional.

Intercambio negativo

La historia económica del siglo XVIII chileno, de otra parte, se caracteriza por las grandes crisis producidas con la inundación de mercaderías europeas que el comerciante compraba a crédito y que, al tomar puerto nuevos barcos y caer verticalmente los precios, le era imposible pagar. En 1786, la llegada del "Diamante" "con desmedida carga" había saturado las necesidades, cuando la "Rosa", en 1788, acabó de liquidar a los pocos mercaderes que, con capitales propios, habían resistido. La balanza de pagos visible se desequilibró en contra de Chile en $ 1.389.686. * Desapareció la moneda y el hábito del consumo de manufacturas europeas de lujo sepultó las tímidas posibilidades de la naciente industria fabril.

El comercio exterior, como es lógico, gravitó en esta corriente de negativo intercambio, es decir, del oro, plata y cobre por vestidos, muebles, útiles, etc., europeos, y azúcar y yerba mate, entre los tropicales. A finales del XVIII la importación se había canalizado en tres rubros: los artículos de Castilla, partida que englobaba la manufactura española o nacionalizada; el azúcar y el tabaco, del Perú, y la yerba mate, del Río de la Plata.

* $ 2.016.608.—, las importaciones, y $ 676.922.—, las exportaciones.

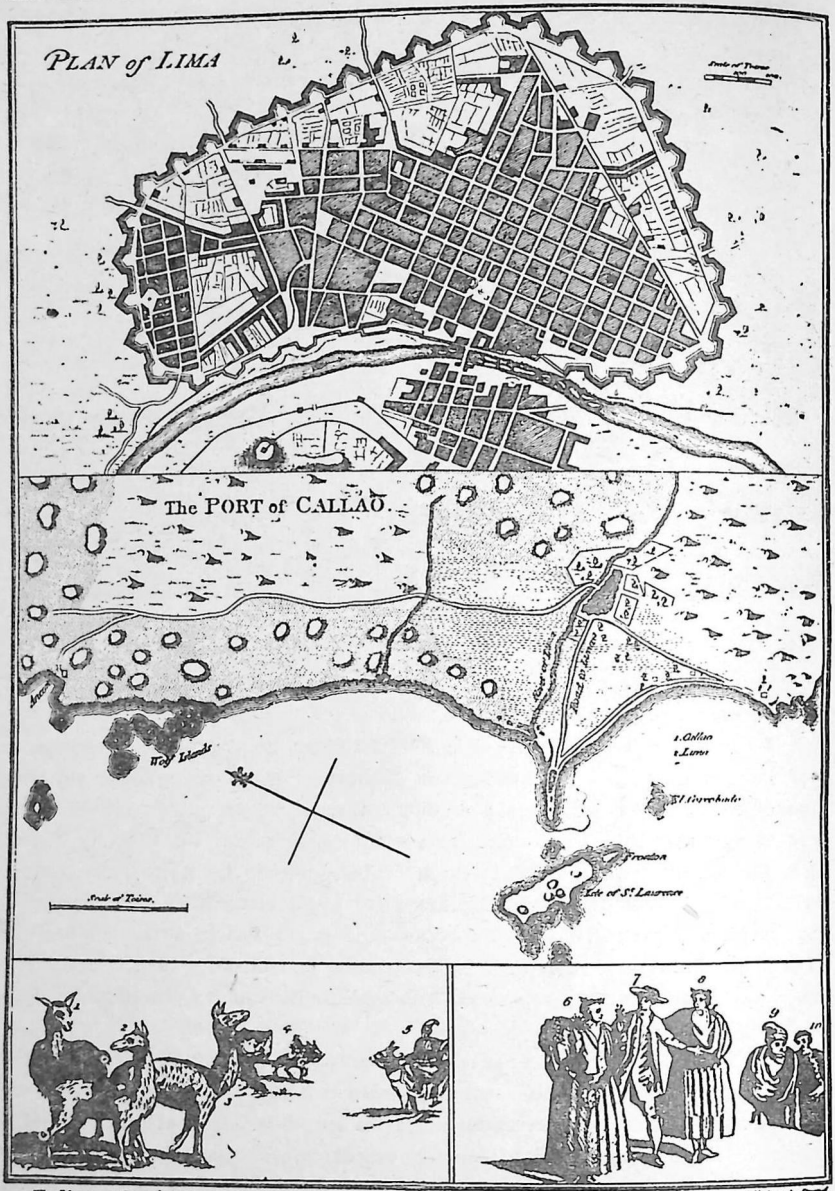


FIG. 336.—LIMA Y CALLAO EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII. (De la traducción inglesa de Juan y Ulloa.)

El cuadro formado por don Manuel de Salas, base para estudiar el intercambio entre Chile y Perú, da para el año 1795 los siguientes productos, que, aparte la exactitud de las cifras, ilustran elocuentemente sobre el tipo y proporción de mercaderías intercambiadas: El comercio con el Perú

EXPORTACIONES CHILENAS AL PERU *

Trigo, 220.000 fs.	$ 275.000
Sebo, 21.000 qq.	$ 105.000
Cobre en barras, 13.000 qq.	$ 110.500
Cobre labrado, 16.000 lbs.	$ 6.000
Jarcia, 3.000 qq.	$ 24.000
Almendras, 12.000 lbs.	$ 3.750
Vinos, 6.500 botijas	$ 32.500
Cueros de vicuñas, 1.500	$ 1.875
Congrio seco, 200 qq.	$ 4.000
Cordobanes, 14.500	$ 15.625
Charqui, 1.000 qq.	$ 3.000
Grasa, 1.200 @@	$ 2.400
Harina, 600 fs.	$ 750
Varios	$ 25.000
TOTAL	$ 609.400

IMPORTACIONES CHILENAS DEL PERU

Azúcar 6.000 @@	$ 304.400
Tocuyos, 300.000 vs.	$ 107.812,4
Bayetas, 200 vs.	$ 75.000
Añil, 5.000 lbs.	$ 12.500
Paños de Quito, 5.500 vs.	$ 13.750
Arroz, 1.500 @@	$ 3.750
Sal, 22.000 @@	$ 44.000
Salitre, 400 qq.	$ 9.200
Tabaco	$ 300.000
Varios	$ 50.000
TOTAL	$ 920.012,4

Es forzoso tener presente que este cuadro adolece de algunos defectos. El tabaco estaba estancado y el valor que aquí se le asigna es el del producto bruto en rama. En realidad, no se pagaban al Perú sino el precio de costo

* En pesos chilenos de 1810.

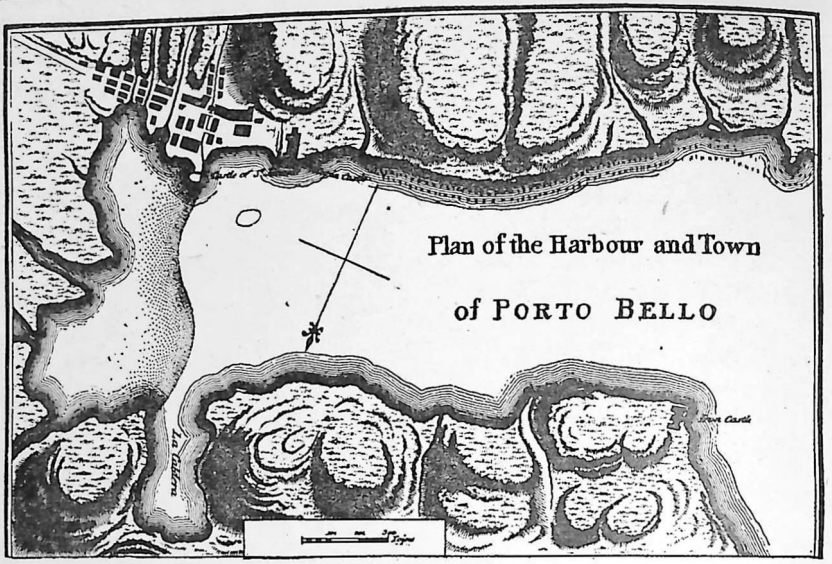


FIG. 337.—PORTO BELLO, CENTRO DE LA ACTIVIDAD MERCANTIL HASTA LA REGULARIZACIÓN DEL TRÁFICO POR EL ESTRECHO. (De la traducción inglesa de Juan y Ulloa.)

y el flete (unos $ 100.000). El saldo desfavorable era, por tanto, de unos $ 100.000.

Todo este tráfico se hacía por mercaderes, barcos y capitales del Callao y Lima. Tanto las menores aptitudes del comerciante chileno como la decidida protección de los virreyes por los limeños engendraron una abierta hostilidad contra los peruanos. En una presentación hecha a O'Higgins, después de recalcar los fraudes de aquellos comerciantes, se añade: "A vista de tan manifiesta notoriedad, ¿para qué ha menester Chile a Lima, cuando nada le falta y todo le sobra? Aun para sus afeminados vicios es conducente respuesta a esta dudosa pregunta, que Lima necesita forzosamente a Chile para vivir y Chile sólo ha menester de Lima para enfermar. Modere sus vicios, destierre el ocio que facilita el regalo, acalore el discurso, y encontrará el hallazgo de su mejor adelantamiento". * Esta curiosa diatriba, admirablemente redactada por lo demás, simboliza a la perfección la antítesis ética entre la austeridad castellana y la vida fácil del virreinato.

El comercio con el Río de la Plata

El intercambio comercial al otro lado de la cordillera se había iniciado en el siglo XVI con el envío de animales y diversos artículos a Cuyo. Luego la corriente se trocó, al venir los animales a beneficiarse en Chile. Por último,

* Medina: "Documentos", T. 273, N.º 8.047.

la tercera fase del intercambio se caracteriza por la corriente de mercaderías europeas que se desembarcan en Buenos Aires y siguen en tránsito a Chile, más los productos paraguayos y platenses que vienen al país, y su retorno (figs. 338 a 341). Al finalizar la Colonia, había evolucionado bastante, según demuestra el cuadro de Manuel de Salas para las importaciones y exportaciones en 1795:

IMPORTACION DE BUENOS AIRES

Yerba mate, 100.000 @@	$ 300.000
Mantas, 20.000 u.	$ 22.500
TOTAL	$ 322.500

EXPORTACION A BUENOS AIRES

Cordobanes, 12.000 u.	$ 10.500
Cobre labrado, 10.000 lbs.	$ 3.125
Varios	$ 1.000
Dinero	$ 307.875
TOTAL	$ 322.500

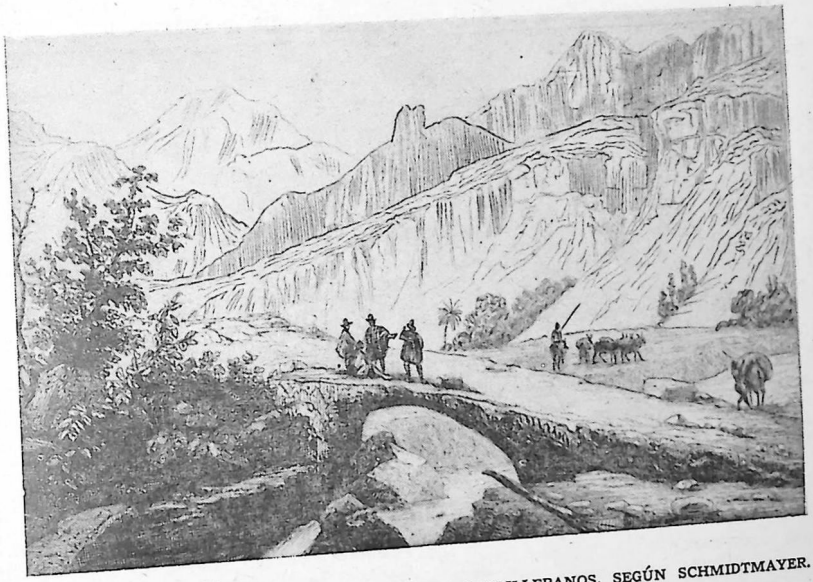


FIG. 338.—EL PUENTE DEL INCA Y ARRIEROS CORDILLERANOS, SEGÚN SCHMIDTMAYER.



FIG. 339.—CAMPAMENTO DE ESCALA EN LA TRAVESÍA DE LA CORDILLERA, SEGÚN SCHMIDTMAYER.

El comercio con la metrópoli

El comercio con España tomó dos direcciones que prevalecieron sobre la de Panamá: la del Estrecho en tiempos de paz y la de Buenos Aires en tiempos de guerra. Constituían los principales rubros la ferretería, clavos y alambres de Vizcaya; las telas de seda de Valencia, Murcia y Granada; papel y quincallería de Cataluña; paños de San Fernando, Segovia y Guadalajara; lienzos de hilo de Galicia; loza de Alcira, Sevilla y Málaga; cuchillería, instrumentos de labranza, telas de algodón, etc. Los productos chilenos no podían ser consumidos en Europa, que solicitaba los tropicales. Salvo algunas yerbas de uso farmacéutico y metales, prácticamente sólo se enviaba moneda. *

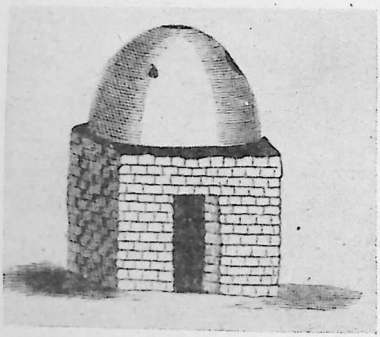


FIG. 340.—MODELO DE "TAMBO", CONSTRUÍDO POR A. O'HIGGINS.

El comercio contrabandista, originario de Europa y Asia, atravesó alternativas alzas y bajas. Con Ustá-

* Sobre fletes y pasajes. Cf./ Revista Chilena de Historia y Geografía, Tomo XLVIII, p. 453.

riz substituyó al comercio legal, y, aunque los siguientes gobernadores lo persiguieron sin cesar, se mantuvo durante todo el XVIII. El capítulo principal lo dieron los balleneros norteamericanos, que, a partir de una confusión de pieles de nutria por de lobos marinos, hallaron mercado para estas últimas a 5 dólares c/u. El exhaustivo trabajo de Eugenio Pereira * registra 252 buques norteamericanos en puertos chilenos entre 1788 y 1810, de los cuales 133 eran balleneros.

Los ingleses habían obtenido autorización para pescar en las costas del Pacífico, prerrogativa que pronto se convirtió en fácil pretexto para el contrabando. Los norteamericanos, siguiendo el ejemplo, dejaron pronto atrás a los maestros.

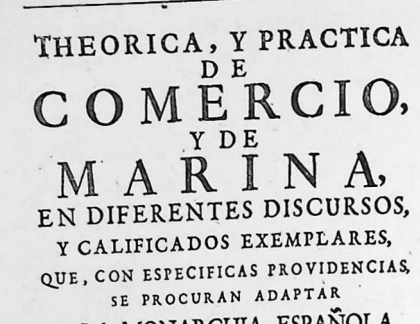
El comercio interior

En la medida en que la economía se diferenciaba y se hacía más y más compleja, el mercado interno tomó un ritmo ascedente desde los primeros años del siglo XVII. El trueque primitivo de objetos de fabricación casera cedía el terreno al comercio propiamente dicho. Ya se pueden distinguir los mayoristas, radicados en Santiago y Concepción, que practican el comercio de importación y (en muy pequeña escala, porque las mayores aptitudes del peruano se lo impedían) de exportación, que distribuyen en diversas tiendas

* "Buques norteamericanos en Chile a fines de la era colonial (1788-1810)", Santiago, 1936.



FIG. 341.—CAMPESINOS CUYANOS, SEGÚN SCHMIDTMAYER.



THEORICA, Y PRACTICA
DE
COMERCIO,
Y DE
MARINA,
EN DIFERENTES DISCURSOS,
Y CALIFICADOS EXEMPLARES,
QUE, CON ESPECIFICAS PROVIDENCIAS,
SE PROCURAN ADAPTAR
A LA MONARCHIA ESPAÑOLA,
PARA SU PROMPTA RESTAURACION,
beneficio universal, y mayor fortaleza contra los émulos
de la Real Corona:
MEDIANTE LA SOBERANA PROTECCION
DEL REY NUESTRO SEÑOR
DON PHELIPE V.
POR
DON GERONIMO DE UZTARIZ,
Cavallero del Orden de Santiago, del Consejo de S. M. y de la Real Junta de Comercio, y de Moneda, y Secretario de S.M. en el Consejo, y Camara de Indias.
TERCERA IMPRESSION,
CORREGIDA, Y ENMENDADA POR EL AUTOR.
CON PRIVILEGIO.
En Madrid: En la Imprenta de Antonio Sanz, Impressor del Rey nuestro Señor; y de su Consejo. Año de 1757.

FIG. 342.—LA OBRA ESPAÑOLA FUNDAMENTAL DEL SIGLO XVIII SOBRE POLÍTICA ECONÓMICA.

detallistas la mercadería española de segunda mano y géneros nacionales; los baratillos o tendales de recova; las pulperías, que expenden vino y todo género de menestras, y, por último, los vendedores ambulantes, faltes o buhoneros. Hay también un tipo intermedio de comerciante mayorista y detallador a la vez, representado por la sociedad de don Nicolás de la Cruz, que enviaba desde Cádiz mercaderías a su hermano Vicente, radicado en Talca. Estos hermanos importaban productos por valor de $ 25.000 y enviaban al Plata considerables partidas de cordobanes que trocaban por yerba mate.

Los monopolios subastados todavía luchaban contra la fatal ruina en el siglo XVII. El crédito a corto plazo se había hecho habitual. Se concedían de 90 días sin intereses. En los más largos se aceptaba el 6% anual.

Monedas

Las piezas de oro que comenzó a acuñar la Casa de Moneda desde 1749 se utilizaban para atesorar y efectuar los pagos en Buenos Aires. Las de plata se empleaban en las transacciones interiores y en la compra del contrabando. La oposición a la Casa de Moneda de los comerciantes, que con su establecimiento se vieron privados de un pingüe negocio, impidió que se acuñara el cobre. En vez de moneda oficial de vellón se utilizaban para las pequeñas cuentas tejos de cobre marcados por cada comerciante, que sólo él aceptaba. Como el saldo desfavorable (analizado al comienzo de este capítulo) obligaba a exportar casi la totalidad de la moneda de oro y plata acuñada, el país vivía en inveterada contracción monetaria. El valor adquisitivo de la moneda fué establecido comparativamente por don Guillermo Subercaseaux para 1913 de la siguiente manera:

	1796	1913
100 Kg. de trigo	$ 3,25	$ 6,10
100 Kg. de cebada	$ 2,96	$ 5,49
100 Kg. de fréjoles	$ 2,96	$ 8,53
100 Kg. de azúcar	$ 53,81	$ 13,72
100 Kg. de arroz	$ 33,63	$ 8,53
1 vara de tocuyo	$ 0,54	$ 0,15
1 vara de bayeta	$ 0,58	$ 0,23
1 vara de paño	$ 3,87	$ 1,78
1 animal vacuno	$ 15,50	$ 57,91
1 oveja	$ 0,68	$ 5,49 *

Pesos y medidas

La diversidad de medidas hace muy complicado su estudio en las diferentes épocas. La fanega de Chile era distinta de la de España y Lima. Llena de trigo, pesaba 156 libras. Más aún, la de Santiago era distinta a la de Concepción. Los valores de peso tenían por base la arroba de 25 libras. Los líquidos se medían con variantes locales interminables. La medida de longitud era la cuadra (150 varas castellanas de 83 centímetros). Una legua tenía 36 cuadras.

Correos y fletes

A partir de 1772 se regularizaron los correos. Una carta tardaba normalmente 90 días en llegar a Espa-

* Para el cálculo actual (1953), multiplíquese por 250.

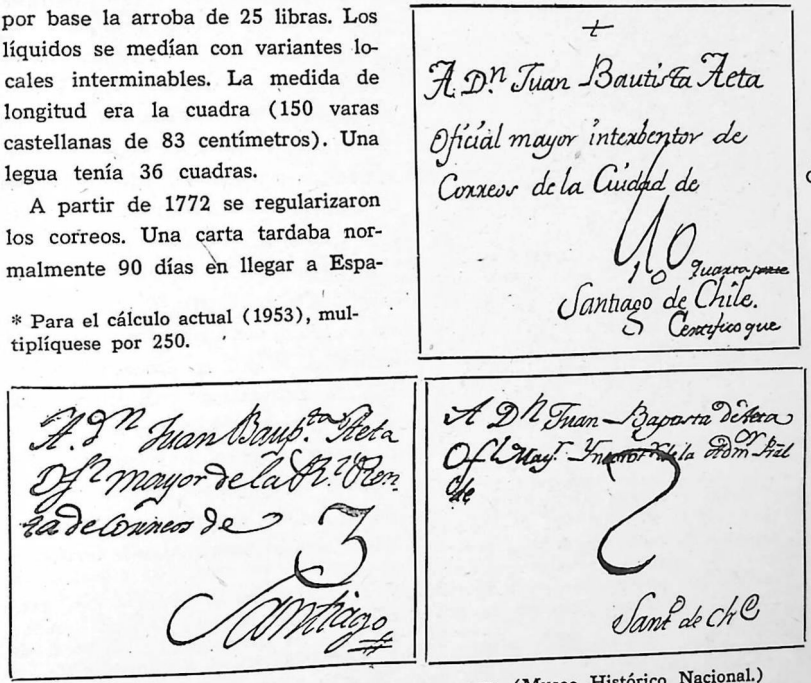


FIG. 343.—SISTEMAS DE CORREOS, SIGLO XVIII. (Museo Histórico Nacional.)

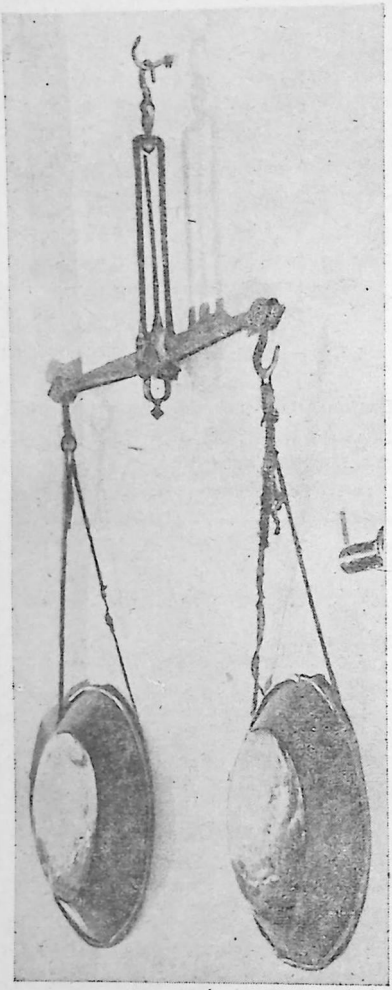


FIG. 344 —ROMANA UTILIZADA EN CHILE DURANTE EL PERÍODO HISPANO. (Museo Histórico Nacicnal. Vid. la excelente colección de instrumentos para pesar y medir, así como las manufacturas metalúrgicas que se conservan en la Sección Colonial del Museo Histórico de Santiago.)

ña y costaba cinco reales de Cádiz a Santiago. Entre Valparaíso y Santiago había correo semanal, y a Concepción, uno mensual. A pesar de las multas, no se desterró nunca la costumbre de enviar propios. El viaje a Lima tardaba entre veinte y treinta días. La pampa se cruzaba hasta Buenos Aires en un mes de carreta. Los caminos interiores, salvo el de Valparaíso, habían progresado muy poco desde el siglo XVII. Los esfuerzos públicos se concentraron en el camino a Mendoza por Uspallata, con la construcción de un sólido puente sobre el Aconcagua. Al finalizar el siglo existía ya una verdadera industria del flete. La mula aparejada cargaba entre 15 y 17 arrobas y costaba, desde Santiago, $ 1,25 a Valparaíso, $ 5 a Mendoza, $ 4,50 a Coquimbo, $ 8 a Copiapó, $ 4,50 a Concepción. Una carreta arrastrada por cuatro bueyes conducía 100 y 150 arrobas a Valparaíso por $ 15 (Salas).

Los viajes

En el interior se viajaba siempre a caballo. De Santiago a Talca se llegaba en seis u ocho jornadas, y en otras tantas de Talca a Concepción. Los ríos se atravesaban todavía por los vados, salvo los puentes sobre los ríos Maipo, Cachapoal y Aconcagua. En muchos se utilizaban todavía las balsas de carrizo, que tan magistralmente describiera el padre Alonso Ovalle. *

* En este linaje de balsas —dice, refiriéndose a las de cuero de lobo—, pasan los viajantes sus cargas en las bocas de los ríos Maipo, Rapel, Mataquito y Maule; pero alejándose de las inmediaciones de la boca, se pasan en otro linaje de balsas no menos arriesgado, y es que, por la escacez de maderas gruesas y boyantes en

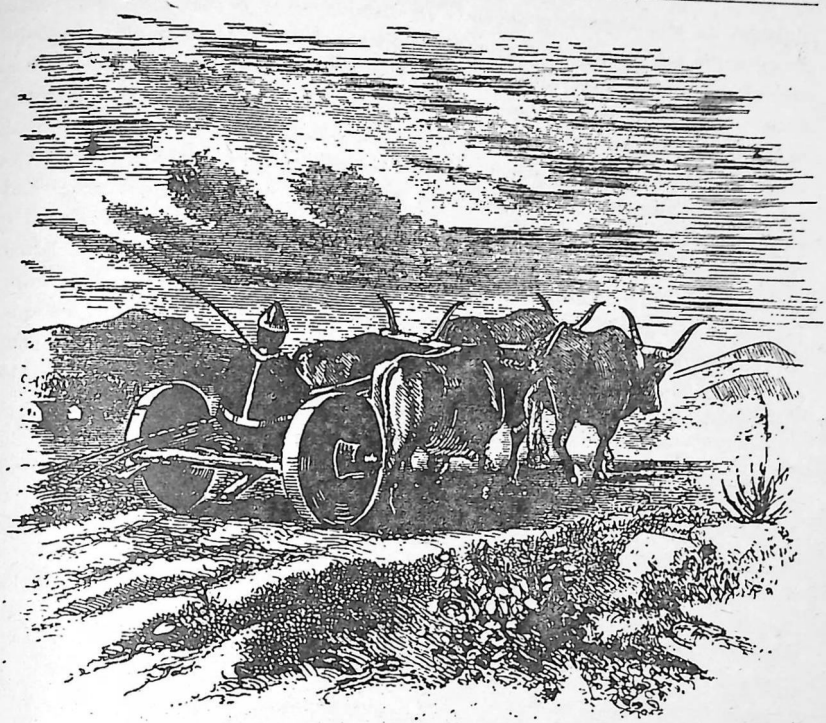


FIG. 345.—CARRETA DE LA REGIÓN DEL BÍO-BÍO, SEGÚN SMITH.

Las fortunas privadas y el valo de la propiedad

Durante el siglo XVIII la fortuna privada se había concentrado en la capital. La mayor, de mediados de aquel siglo, fué la de don Pedro Lecaros Berroeta, muerto en 1756, que ascendía a $ 633.948. En provincias las fortunas eran menores, pero el rango estaba compensado con la menor carestía de la vida. La propiedad urbana se regía por un padrón que tasaba en $ 4 la vara cuadrada en las primeras manzanas inmediatas a la plaza. "Y, según se van

tales parajes, forman las balsas de maderas de sauce delgadas, y sobre ellas forman un pequeño encatrado de una tercia de alto, en el cual caen dos tercios y una persona, sin que el agua alcance al encatrado: ésta se atraca a la cola de un caballo o yegua, enseñada a este trajín, y guiando el caballo río arriba, como una cuadra del puerto, desde allí arrojan el caballo, a quien va gobernando el balsero, sentado en la proa con dos riendas largas; el caballo nada tirando de la balsa, y por más que las corrientes la abatan, sale al puerto o embarcadero. Desde allí, con carga o sin ella, vuelve a silgar río arriba otra cuadra y se arroja hasta salir al puerto, sobre lo que es de admirar así la destreza de los caballos como el aguante, pues con sólo dos tienen que trabajar todo un día, sin más intervalo que durante se descarga y carga la balsa. (Cf./ figs. 6, 7 y 8.)

alejando de ella, proporcionalmente va disminuyendo 4 reales en cada vara de ellas; de suerte que, cuatro cuadras distantes de la plaza mayor, no vale más el sitio que veinte reales la vara." Los lomajes bajos, vecinos a la costa, entre el Aconcagua y el Maipo, valían $ 3 la cuadra. Los rulos excepcionalmente fértiles valían entre $ 12 y $ 16 la cuadra, y las chacras vecinas a la capital solían venderse a $ 25 y más la cuadra. La pequeña propiedad regada alcanzaba precios altos aun en el centro-sur. El aumento del valor de la propiedad en el curso del siglo XVIII está representado de manera idónea en el caso de Bucalemu. El fundo se tasó en $ 30.000 en 1627, cuando ya el patacón había sustituído al antiguo castellano. Suponiendo que las mejoras efectuadas por los jesuítas hubieran subido a $ 10.000 más, sirve de referencia el hecho de que se vendiera en 1776 en $ 120.000. La propiedad se había triplicado, en este caso, en el lapso de 150 años. También se triplicó el valor de la ganadería, lo que valorizaba especialmente los fundos agropecuarios.



FIG. 346.—PUENTE COLGANTE SOBRE EL MAIPO, SEGÚN FAMIN.

XXXV

El gobierno, la sociedad y las costumbres al finalizar el período hispano.

EN el curso del siglo XVIII se produjeron diversas reformas en el régimen de gobierno, que habrían de desempeñar importante papel en el futuro. La primera fué el sistema de Intendencias, que dió cierta autonomía administrativa a Concepción. La segunda, más trascendente, fué la total independencia de la capitanía general respecto del virreinato, que tomó forma definitiva merced a un conflicto entre el presidente Avilés y el virrey O'Higgins surgido en 1796, zanjado en Madrid, dejando bien en claro que "S. M. se ha servido declarar independiente de ese virreinato, *como siempre debió entenderse,* bien que es la voluntad de S. M. que procuren VV. EE. ir siempre acordes en las provincias que interesan al bien del real servicio". *

Diferenciación de los poderes

Al finalizar la Colonia, los poderes se han diferenciado por completo. El presidente y capitán general, que ahora reside en Santiago, es un funcionario civil representante de un verdadero ejecutivo. La Real Audiencia se ha convertido, por evolución espontánea, en un tribunal de alzada. Sus funciones fiscalizadoras no tienen lugar, porque la honradez y austeridad de los gobernadores no las justifica. Los ayuntamientos han afirmado aun más, si cabe, su categoría como centro de la vida pública, como órgano de expresión de los deseos y de los sentimientos colectivos. Con el tiempo ha aumentado su poder, a medida que los criollos ganan peso, pues ellos lo componen casi por completo.

Se ha insistido de manera contumaz sobre el error de considerar a los hombres de la Colonia como simples autómatas que obedecían ciegamente la autoridad del rey o de sus representantes. Nada más falso. La personalidad de los súbditos chilenos apuntó vigorosa desde la Conquista. En el siglo XVI hicieron lo que les vino en gana. En el XVII acataron las reales órdenes, pero no las cumplieron. En el XVIII la política de los gobernadores y virreyes se basa en la contemporización con la alta burguesía. "Los virreyes —dicen Jorge Juan y Antonio de Ulloa— suspenden el cumplimiento de muchas órdenes reales, con el pretexto unas veces de que conviene, y otras de que hay fueros que impiden ejecutarlas, y otras de que el momento no es oportuno." Y "está

* Medina: "Documentos", T. 352; "Manuscritos Originales", N.º 1.211 a 1.363.



FIG. 350.—SILLÓN FRAILUNO. DEL SIGLO XVIII. (Museo Histórico Nacional.)

encontraba en el desarrollo de la salud pública su mejor vehículo. La obra de los últimos gobernadores coloniales fué, en este orden, gigantesca, por propia iniciativa o encauzando la privada. El criterio del siglo XVII ha evolucionado, convirtiéndose la caridad inorgánica en beneficencia organizada.

Las raíces de una tradición secular

Como colofón del anterior esbozo crítico sobre los últimos gobernadores coloniales, es ineludible señalar la fortuna que cupo a Chile al ser dirigido por esta serie ininterrumpida de hombres íntegros, eficientes y sensatos, entre los cuales brillaron verdaderos políticos de fuste: Manso de Velasco, Ortiz de Rosas, Amat, O'Higgins, Avilés, Muñoz de Guzmán. Su obra en el progreso del país, durante los últimos setenta años, en que se ordenaron las acrisoladas virtudes de un ancestro de esfuerzo y de vitalidad creadora, no es, sin embargo, tan valiosa como su legado espiritual. Las tradiciones de cordura y de honradez que crearon con su ejemplo fueron sepultadas transitoriamente por la lógica pasión de la lucha y el desorden de la anarquía; mas, a la postre, se incorporó con más bríos y definitivos resultados en las excepcionales madurez y categoría política que tuvo Chile en el período que encierran los años 1830 y 1891.

Perfiles de una psicología propia

La constante e ininterrumpida brega contra los elementos y contra el mapuche, que imprimieron ese carácter heroico y místico a la vez del siglo XVII chileno, dificulta la representación histórica de un conglomerado humano tan vapuleado por el Destino. En el boceto informe se perfilan, no obstante, los rasgos esenciales del carácter español que sobrenadan en las circunstancias sui géneris del "Flandes Indiano". Ya atisba la psicología de un pueblo, diferente de la del argentino o del peruano, más todavía en plena ebullición. Sólo en las postrimerías de la Colonia, como si los hombres del momento hubieran querido posar para la posteridad, se delimitan los contornos, hacen un alto los incesantes cambios y se dibujan las formas de una sociedad fácil de aprehender bien representada a través del tiempo.

La prodigiosa vitalidad heredada por los chilenos del XVII de los héroes de la Conquista había mantenido a la naciente civilización en un ritmo de crecimiento que el sino adverso fomentaba en su aspecto ético. En el curso del siglo XVIII el desarrollo es más uniforme, pues, aunque ya nadie recuerda la catástrofe de Curalaba, el terremoto de 1647 ni la invasión de 1655, el mismo lenitivo en la lucha actúa como factor favorable. El desahogo permitió levantar casas más sólidas y confortables y adquirir utensilios y muebles que no estaban al alcance del angustiado hombre del siglo XVII.



Laboriosidad y método

FIG. 351.—ALMOFRES, ENVOLTORIO DE CUERO PARA TRANSPORTAR COLCHONES. (Museo Histórico Nacional.)

La inmigración vasca no estimuló el refinamiento, como lo hicieran los mercaderes y marinos franceses que desde principios del siglo XVIII habían traído los primeros claves, pero moldeó una sociedad ordenada y metódica, substituyendo el sentido heroico de la vida por su espíritu de trabajo y su previsión, que, no obstante, coexistieron con la ya tradicional lentitud en el ritmo de la vida, faceta externa del "pasarlo bien" colonial. Las gentes continuaron santificando la siesta, mas con una variante en forma de refrán: "A la hora de la siesta, sólo los perros y los ingleses andan en la calle".

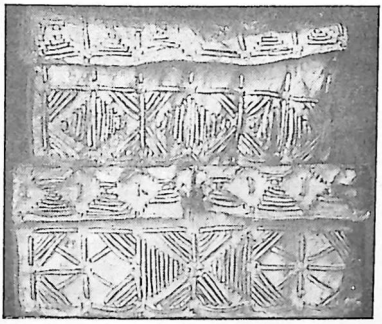


FIG. 352.—PETATES DE CUERO UTILIZADOS EN CHILE DURANTE EL PERÍODO HISPANO. (Museo Histórico Nacional.)

Los muebles, los adornos y las vajillas

El pulimiento de las costumbres, que se acumula con el transcurso del tiempo, parte con el nuevo acicate de la posesión de muebles finos impuesto por los franceses de Saint-Malo. La fábrica instalada más tarde por los jesuítas en Calera de Tango, aunque destinada a la confección de objetos del culto, sirvió a la vez de estímulo. Los viajeros regresaban de Europa también con uten-

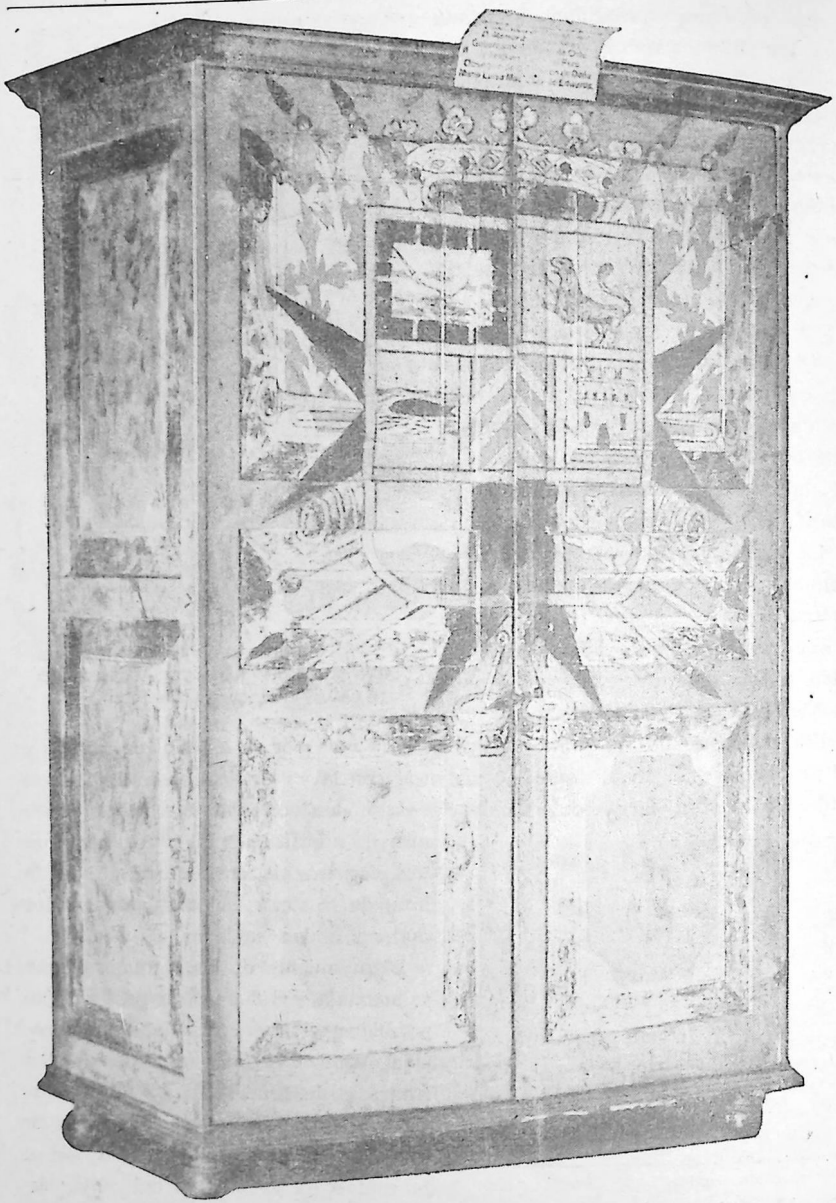


FIG. 353.—ARMARIO OBSEQUIADO POR EL GOBERNADOR AMAT A LAS MONJAS CAPUCHINAS. (Museo Histórico Nacional.)

silios vistosos, de suerte que la originaria emulación provinciana pronto se convirtió en un hábito que distanciaba cada vez más la sociedad santiaguina del campamento fundador (figs. 350 a 354). El inventario del marqués de Casa Real, fallecido en 1773, nos ha dejado preciosas descripciones de cómo era una casa rica colonial en el siglo XVIII. El amoblado del escritorio (primer patio) estaba compuesto por dos canapés de vaqueta, doce sillas laqueadas de rojo con dibujos chinescos dorados, estilo reina Ana, traídas de Inglaterra, y dos mesas de igual estilo con espejos cortados a bisel y varios cajones secretos. "Sobre el estrado hay una mesa redonda para escribir, de madera fina, de Río de Janeiro, con un tintero y blandojenes de plata. En dos estantes se alinean 200 volúmenes: Cervantes, Quevedo, Calderón, Góngora, la Biblia, vidas de santos y libros sobre leyes, metalurgia, arquitectura y uno sobre el arte de la pintura. Un hermoso reloj inglés, encerrado en su gran caja de caoba y fanal, con adornos de bronce, se destaca en una esquina. Grandes cortinas de damasco rojo de seda revisten las puertas y las ventanas. Trece cuadros al óleo, que representan animales, veintiún paisajes en papel, espejos y cornupias, adornan las paredes."

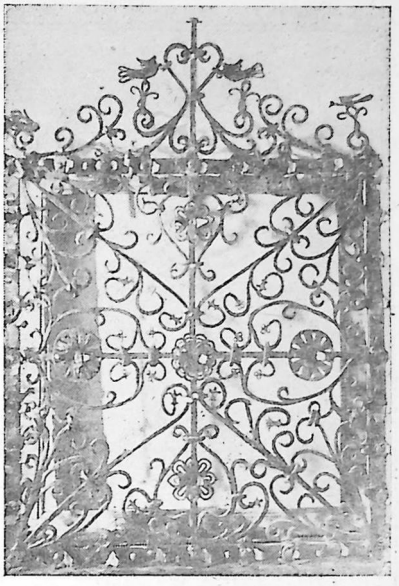


FIG. 354.—REJA VIZCAÍNA DEL SIGLO XVIII, TRAÍDA POR MANSO DE VELASCO. (Museo Histórico Nacional.)

La cuadra sólo se abría en ocasiones muy solemnes. El estrado sostenía doce taburetes para las señoras, y en el resto del inmenso salón se perdían 16 sillas y dos mesas de plata. Ornatos semejantes a los del escritorio daban un aire fastuoso a esta sala de recepciones.

El dormitorio estaba separado de la cuadra por una reja de madera y una mampara y lo adornaba un dosel de plata. En una pequeña mesa se hallaba un rico aderezo para el mate, de plata con filigranas de oro. El calentador, el brasero y la cubierta de la mesa eran del mismo metal.

El amoblado del comedor, más sencillo, constaba de una enorme mesa redonda, doce sillas, una caja de ciprés y dos baúles. El servicio de plata estaba ordenado en una alacena embutida en la pared y consistía en unas 18 fuentes y azafates, 44 platos, conchas, candeleros, teteras, mancerinas y cubiertos.



A. Espagnole envelopée de Sa mantille ayant le visage a moitié Couvert
B. autre en Revos bordé de dentelles
C. Creole du Perou en habit de Voyage

FIG. 355.—TRAJES PERUANOS Y CHILENOS DE COMIENZOS DEL SIGLO XVIII, SEGÚN FREZIER.

Las joyas eran de gran belleza y valor, y entre ellas se destacaron en la tasación un relicario de oro con su cadena y más de 400 diamantes y brillantes y numerosas perlas; un par de zarcillos de tres pendientes con 18 brillantes; un par de pulseras de oro y diamantes, etc. El obispo Marán poseía un mate de plata cincelada, con aplicaciones de oro pálido y bombilla de oro muy labrado, que constituía un verdadero tesoro (figs. 350, 353, 354).

La vida familiar y las costumbres

La vida familiar ya no tiene el severo carácter que le imprimiera la austeridad del siglo XVII. Las fiestas caseras han adquirido soltura. Ahora las señoras, las niñas y los jóvenes juegan a las prendas, a la lotería, al carga burro, al tenderete y al tonto, y los caballeros, al ajedrez, las damas o la malilla. * (Fig. 356).

Las familias eran muy numerosas. Doña Josefina Larraín logró ver 28 hijos vivos. Todavía se fabricaba el pan en la casa, y, entre los servidores, la recadera mantenía su estereotipada pinta. El recado era siempre el mismo: "De parte de misiá Fulanita, que tenga su merced muy buenos días; que cómo está su merced y todas las señoritas; que ha sabido que a su merced le gustaban las coronillas y que aquí le mandaba este azafatito por ser de las monjas tales, para que su merced las tome en su nombre con las demás señoritas"... Las recaderas de fama eran muy solicitadas en préstamo para las grandes solemnidades. La condición de la mujer joven oscila entre el matrimonio, el monjío o el porvenir de solterona cobijada en la orfandad por algún pariente cercano. En el siglo XVIII tiene más gracia, donaire e independencia que en el precedente, pero sus enseñanzas se limitan a la lectura, escritura, catecismo, aritmética, gobierno del hogar, costura y música de guitarra, arpa y clavecín.



FIG. 356.—NAIPES FABRICADOS EN CHILE EN 1778. (Museo Histórico Nacional.)

El contraste entre la pobreza del país y el relativo atuendo de la vida entre la gente acomodada se manifiesta en la calesa, el vestuario y dos o tres piezas de la casa. La tradicional hospitalidad, ya secular, se extendió en el siglo XVIII a los extranjeros, que no rega-

* Rocambor actual; tresillo en España.



FIG. 357.—DAMA CHILENA EN TRAJE CASERO. (En la edición italiana de la Historia de Chile del Abate Molina.)

tean sus alabanzas. "En la ciudad de Valparaíso —dice Vancouver—, como no hay posada donde recibir a los extranjeros, era preciso aceptar la hospitalidad de sus cariñosos habitantes todas las veces que íbamos a tierra." Los criollos habían impreso ya a la sociedad un sello personal. Bauzá y Espinosa, después de ensalzar la vitalidad física y el idioma castizo de éstos, destacan "su trato fino, su amable hospitalidad"...; su "talento y agilidad poco comunes", y la pasión por la música, general en todas las clases sociales.

La moda

La moda femenina, lejos de influirse por la europea que llegaba de Buenos Aires, adquirió en Chile personalidad inconfundible. Byron decía que "las mujeres son notablemente hermosas y muy extravagantes para vestirse".

Los colores tenebrosos de la época de los Habsburgos han sido desplazados por tonalidades llamativas y alegres. La eterna pelea entre la moda femenina y el clero ganó en Chile proporciones pintorescas, dignas de un ex abrupto de Quevedo. Acostumbrábase a llevar una larga cola a la iglesia, sostenida por criadas especiales. Aparte de la censura eclesiástica social, por la vejación que ello significaba, la controversia teológica llegó a una comicidad sublime. Decían los prelados que, andando las señoras en dos pies y arrastrando una cola, bien que postiza, se convertían en verdaderos monstruos que ofendían al Señor, pues El había creado al hombre y a la mujer sin cola. Después de agitadas discusiones, presididas por el obispo Alday, al frente de



FIG. 358.—DAMA CHILENA EN TRAJE DE CALLE. (En la edición italiana de la Historia de Chile del Abate Molina.)

diez teólogos, hubo acuerdo en que "no era por lo general gravemente pecaminoso, pero podía serlo en algunos casos particulares". Triunfantes en tan bravo combate, decidieron las santiaguinas descubrir los brazos y acortar las faldas. Aquí fué Troya. El obispo, después de anatemizar el descaro de los brazos desnudos, concluye con la más acre diatriba al "otro indecente abuso de levantar la ropa, que se hace más notable en las que usan sayas redondas, y que sólo visten basquiña interior, o, según llaman vulgarmente, faldellines, pues así en las calles como en las iglesias, a cualquier inclinación que hagan manifiestan con tanto exceso los bajos, que obligan a divertir la vista de objeto tan repugnante a la modestia cristiana". * Aquello fué sólo la primera declaración de guerra. Como las conminaciones no surtieran efecto, consagró gran parte del sínodo de 1763 a reglamentar el uso de faldellines, sayas y basquiñas, y, aunque las damas perdieron el pleito en el sínodo, se encogieron de hombros y siguieron luciendo escotes y pantorrillas como si no se hubiese celebrado.

Mucho mejor que las descripciones del traje femenino que nos han dejado Byron y Vancouver es la de Carvallo y Goyeneche, que abunda en minuciosos detalles de toda índole. A ella deben acudir quienes deseen amplia información

* Medina: "Documentos", tomo 277, N.º 8.162.



FIG. 359.—"MODO DE VESTIR QUE USABAN LAS CHILENAS EN 1790." (Dibujo de Branvila.)

sobre este interesante aspecto de la vida colonial (figs. 348, 349, 355, 357 a 366, 371 y 372).

El uso de afeites era tan extendido, que el americano Johnson señala: "No contentas con los encantos que les ha prodigado la naturaleza, se empeñan en realzar sus atractivos con el uso de una enorme cantidad de colorete y albayalde y el polvo producido por una yerba del país, que dicen blanquea el cutis".

El traje masculino evolucionó de acuerdo con la moda europea. Las prendas son las mismas del siglo XVII: casaca y chaleco más o menos adornados, calzón corto, medias de seda, ligas de lujo, zapatos recabados con hebillas, bastón con borlas, espadín y, envolviéndolo todo, la capa grana española (fig. 360).



FIG. 360.—CHILENOS DEL SIGLO XVIII, SEGÚN JUAN Y ULLOA.

El arte culinario

La cocina criolla estaba compuesta en los platos de diario por el hervido o puchero, las albóndigas, la chanfaina, el charquicán, los fréjoles y el asado con ensalada. Los viernes, pescado, extraordinario que constituía un verdadero rito del jueves para la compra, con aviso por medio de las campanas de la catedral de la venta pública, pues los mercaderes habían creado el hábito de ofrecerlo a la hora del repique. A fines del XVIII se vendía en Santiago la fruta. Los postres eran el bizcochuelo, el aljófar, la hojarasca, los merengues, etc. Según Vicuña Mackenna, los huevos chimbos fueron invento chileno, pues una dama santiaguina tuvo la ocurrencia de enviar a Fernando VII un azafate con este postre, que el rey saboreó y agradeció retribuyendo al marido con un paquete de habanos.

Una tradición común con el Perú señala el hábito de tomar, entre el desayuno y el almuerzo, una copita de mistela o aguardiente, "y por las once letras de este último, llamaban esta distribución o parvedad las once". *

Los juegos infantiles

La variedad de los juegos infantiles arraigados desde la Colonia es enorme. Entre todos ya se perfilaba como el más nacional el volantín, que cautivaba

* Para todo lo relacionado con el arte culinario colonial, Cf./ Eugenio Pereira Salas: "La Cocina en Chile Durante la Colonia".



FIG. 361.—SIRVIENTA DOMÉSTICA DE LAS CLASES ACOMODADAS, A COMIENZOS DEL SIGLO XVIII. (De "Voyage au Pérou et Chili".)



FIG. 362.—TRAJE TÍPICO DE CHILE Y PERÚ A COMIENZOS DEL SIGLO XVIII. (De "Voyage au Pérou et Chili".)

por igual a grandes y chicos, a ricos y pobres. El desenlace era la "comisión", cuando se lograba cortar el hilo del rival, pues los contendores adherían vidrio molido con un aglutinante a sus cordeles. Los juegos en los interiores de las casas eran las escondidas, el pimpín saravín, la otra esquina, el hilo de oro, a veces ornados con poesía popular de verdadero carácter:

Hebritas, hebritas de oro,
qué lindas hijas tenéis.
Que las tenga o no las tenga,
qué le importa a su merced.

Me voy, me voy a mi palacio
a avisarle al rey mi padre
y a la reina también,
que a las hijas del rey moro
no me las dan por mujer.

Venga, venga, caballerito,
no sea tan descortés,
que de las tres hijas que tengo,
la mejor os llevaréis...

La cortesía

La tradicional cortesía española había arraigado con fuerza en la Colonia. En la calle era de rigor ceder la vereda a la persona de mayor respeto, así como al pasar una puerta. Cuando alguien estornudaba, los circunstantes debían decir a coro: "Jesús, María y José", y el bostezo del vecino era seguido del general santiguarse para alejar el demonio. Por desgracia, la difamación y el pelambre seguían siendo una verdadera enfermedad nacional, que arrastraba desde el siglo anterior y se iba a prolongar hasta el XIX. Había incluso especialistas de la calumnia, famosos por la causticidad de su ingenio, a quienes se celebraba y se temía.

Tertulias, callejeras y paseos

Los almacenes de los grandes mayoristas se habían concentrado en la calle de Santo Domingo, entre Puente y Morandé, y allí se trataban los negocios durante la mañana. A las cinco de la tarde, después de la siesta, se abrían de nuevo las tiendas y comenzaban los paseos al puente, a los tajamares y a la Cañada. Desde la puesta del sol hasta la hora de queda, los hombres se reunían a las puertas de las tiendas a platicar sobre las novedades del día, los capítulos conventuales, la guerra con el inglés o las noticias que había traído el cajón del rey, esto es, el correo de Europa. Todos los varones paseaban a caballo por la ciudad. Mellet observaba que "es muy raro que un santiaguino se pasee a pie; se ven en las calles tantos caballos como hombres".



FIG. 363.—DAMA DE LA ARISTOCRACIA SANTIAGUINA CON SU MUCAMA. *(Las ilustraciones que se reproducen, incluso ésta y las que siguen, además de la figura que representa a la tapada, se publicaron en la 1.ª edición de la obra de Davie sobre Chile y constituyen, sin duda, el elemento gráfico más representativo sobre el traje femenino chileno al finalizar el período hispano e iniciarse el nacional.)* (Cf./ Apéndice sobre la Iconografía.)

FIG. 364.—ESPOSAS DE COMERCIANTES CHILENOS, SEGÚN DAVIE.



FIG. 365.—TRAJES DE VISITA DE DAMA ARISTOCRÁTICA Y SU SIRVIENTA, SEGÚN DAVIE.



FIG. 366.—TRAJE DE BODA DE UNA LIMEÑA, SEGÚN DAVIE.



Gallos, carreras y juegos de café

Los pasatiempos domingueros evolucionaban con los gustos de la época y la estación del año. Las riñas de gallos tenían muchos partidarios, pero las carreras a la chilena seguían siendo el deporte nacional. Hubo potros de gran prestigio, tanto en velocidad como en fondo, que de ambas maneras se disputaban tales competencias. El "Manco" "ganó infinitas y dió mucha plata a su amo; era de poca velocidad en la partida..., algunos lo dejaban atrás cuatro o cinco cuadras; mas él nunca decaía, y siempre se iba acercando más y más al contrario, hasta que, en cierto término, que ordinariamente era en derechura de nuestra casa, lo emparejaba y pasaba". *

Ricos y pobres se jugaban hasta las pestañas en las carreras, vicio que en vano intentaron sofrenar los mandatarios. Un decreto de Ortiz de Rosas dice en sus fundamentos refiriéndose a éstas y a la chueca, "cuya diversión las más veces se reduce a quedar sin ropa hombres y mujeres por las apuestas que hacen y pecados que se cometen con disolución y mal ejemplo".

Los toros mantuvieron su apogeo durante todo el período hispano, si bien con menos entusiasmo que en Lima o México (fig. 368).

* Olivares.



FIG. 367.—TIPO DE CALESA GENERALIZADO EN AMÉRICA ESPAÑOLA DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII. (En "Voyage au Pérou et Chili".)

Eran aquéllas diversiones para los días de fiesta. A diario se jugaba al truco, especie de billar, o a la malilla, en pequeñas mesas esparcidas por el



FIG. 368.—TORERO LIMEÑO DEL SIGLO XVIII. (En "Voyage au Pérou et Chili".)

café, alrededor de las cuales se amontonaba un sinfín de mirones, que con sus indiscretos consejos originaban más de una pendencia.

Las visitas

No había familia acomodada que no tuviera su calesa, con tableros pintados de muy diversos colores, conducida por un negro, el calesero, de ostentosa librea (fig. 367). Las visitas de las señoras e hijas eran todo un acontecimiento. Al llegar a la casa visitada, se extendía del vehículo una escalerilla de cuatro o cinco tramos, al par que un niño o una criada gritaba: "¡Paró calesa!", eco que, al repercutir de pieza en pieza, desde el zaguán hasta la cocina, ponía toda la mansión en movimiento. A las visitas de cumplido se obsequiaban dulces de huevo, duraznos, ciruelas, etc. A las de confianza se les presentaba un azafate con dulce de papilla: membrillo, manzana, camote, etc. Rechazar el dulce era una arriesgada descortesía, y el gran tono lo daba el humedecer apenas los labios con el almíbar. Al regresar la sirvienta con los restos al patio interior, los chicos se precipitaban sobre ella, y podía darse por muy feliz si lograba salvar el tiesto abandonándoles el contenido.

Los hombres que no se trasladaban a caballo usaban calesines. Sólo los gobernadores, obispos y marqueses disponían de carrozas arrastradas por cuatro robustas mulas.



FIG. 369.—UNA TERTULIA EN 1790, SEGÚN GAY. (Cf./ en el Apéndice sobre la iconografía el análisis de los errores que contiene esta ilustración.)

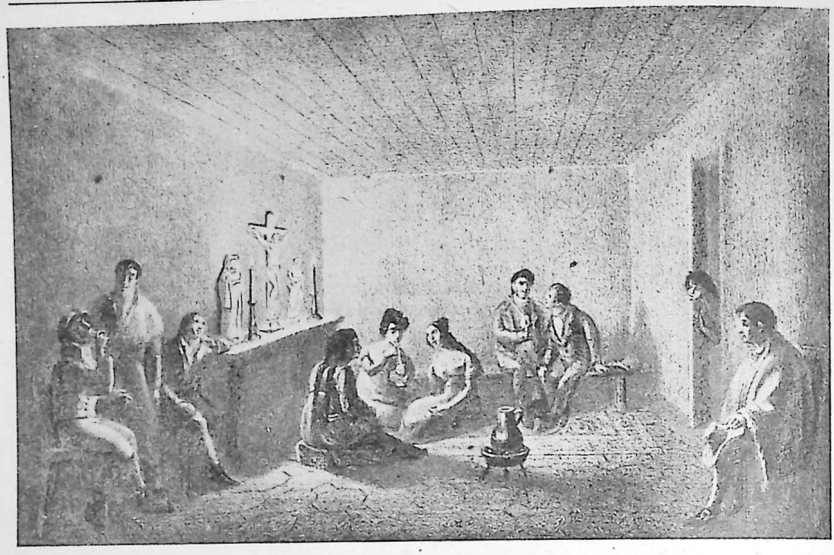


FIG. 370.—TERTULIA ANIMADA POR EL MATE. (Dibujo de P. Schmidtmayer.)

aos, bailes y
lias de salón

Desde la segunda mitad del siglo XVIII, con el atraso que es lógico suponer, veníase preparando el ambiente para la cristalización criolla del tono de vida que en Europa había simbolizado el rococó. Cuando Vancouver llegaba a Chile, en 1795, las tertulias ya tenían un carácter más culto y refinado, lo que no dejó de llamar la atención del marino inglés. Invitado por doña Carmen de la Lastra y sus bellas hijas, las señoritas Cotapos, ha dejado un relato precioso de los saraos coloniales. "Los entretenimientos de la velada —dice— consistieron en un concierto y baile, en que las señoritas tuvieron la parte principal y se empeñaron en sobresalir en sus conocimientos de música y de danza. El concierto entero fué ejecutado por las damas: una que tocaba el piano dirigía la orquesta, mientras las demás llevaban el acompañamiento con violines, flautas y arpas; todo estuvo muy bien dirigido, y nos proporcionó una distracción musical de que estábamos privados hacía ya mucho tiempo". *

Había otras tertulias semejantes en casa de doña Paula Verdugo, la madre de los Carreras; de doña Josefa Pérez Cotapos de Villota; de don Francisco Javier Errázuriz; de doña Francisca Girón, estas últimas dedicadas especialmente a la música. Entre ellas eran las más concurridas la de la esposa del regente Rezábal y la de doña Luisa Esterripa, esposa del gobernador Muñoz de Guzmán. Esta dama, de exquisita afabilidad y gran cultura, dió un sello personal

* Cf./ Pereira Salas, Op. cit.

FIG. 371.—TAPADAS, SEGÚN DAVIE.

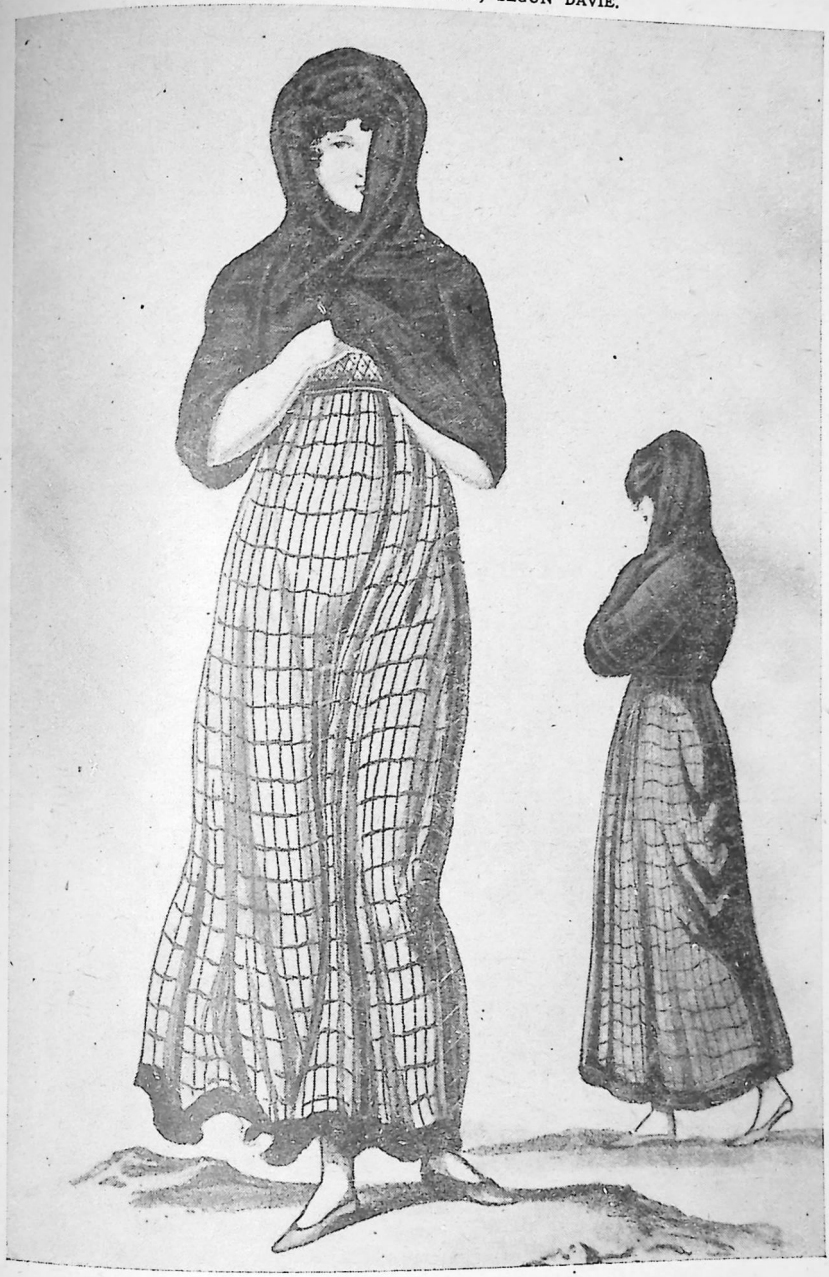




FIG. 372.—DESTAPADA. (Dibujo de Sluyter.)

a la formación de las reuniones musicales chilenas en un período histórico durante el cual las calamidades telúricas y la lucha con el indio habían amainado hasta convertir a Chile en un tranquilo escenario de las más finas floraciones artísticas llegadas de Europa (figs. 369 y 370).

Los tapados

Los bailes estimularon una antigua costumbre: la de los mirones o tapados. Cada vez que se anunciaba una fiesta —cuenta el oidor Ballesteros—, "es tal el golpe de tapados y tapadas que ocupan las puertas de la cuadra, sala y dormitorios, que no dejan arbitrio a usar de ellas a los dueños de la casa, y es tal su desenvoltura y desvergüenza, que a veces en el mismo disfraz y cubiertas las caras, ocupan los asientos de las cuadras o salas de estrados, y esto sin perdonar el palacio de US. ni las casas de los ministros... Cuando se les quiere poner algún estorbo, entonces es mayor el desenfreno, venciendo las puertas a viva fuerza, rompiendo trastes y cuanto encuentran" (fig. 371).

Excursiones campestres

El paseo favorito de los santiaguinos era entonces el Tajamar, "camino ancho y recto como de una milla de largo, que tiene de trecho en trecho escaños de piedra, a ambos lados sombreados por árboles siempre verdes".

En la primavera se hacían largas jornadas de varios días en carreta a los alrededores de Santiago, y, en verano, ricos y pobres acudían a Valparaíso o a

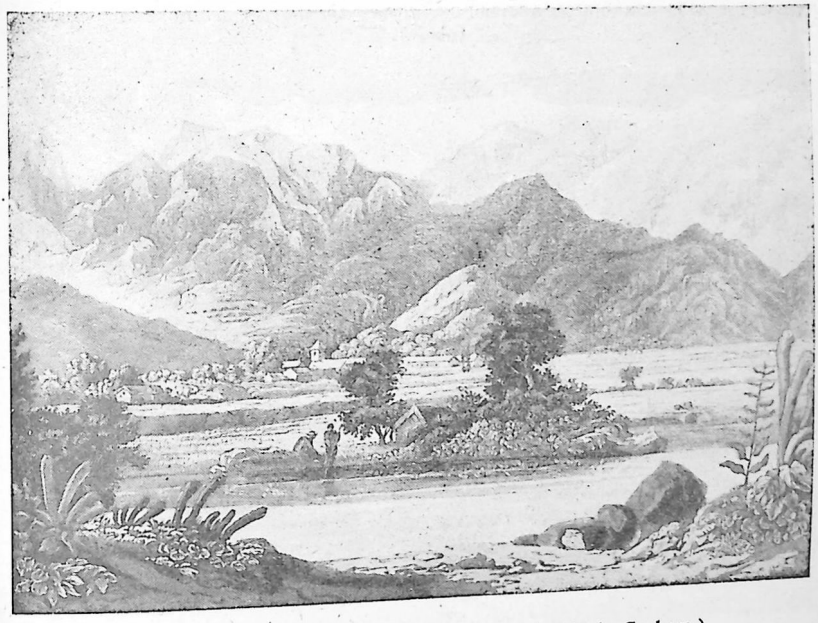
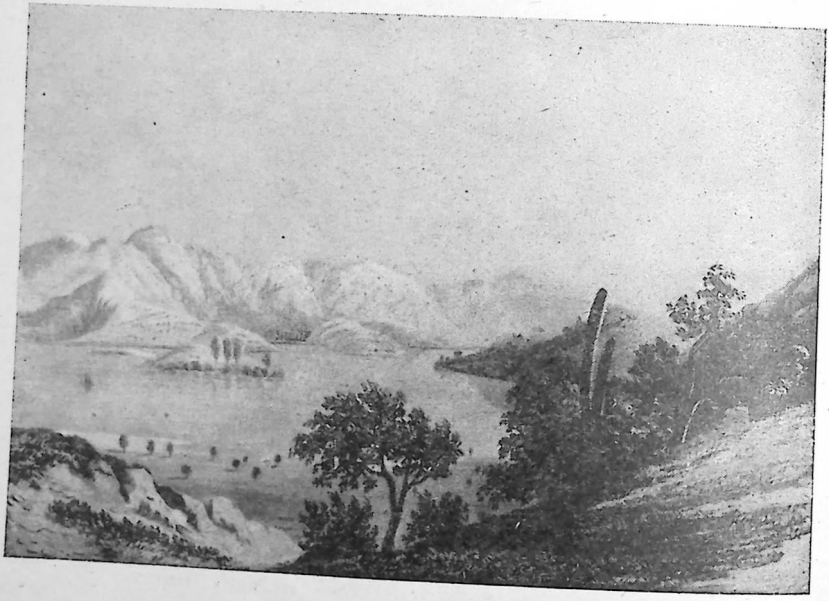
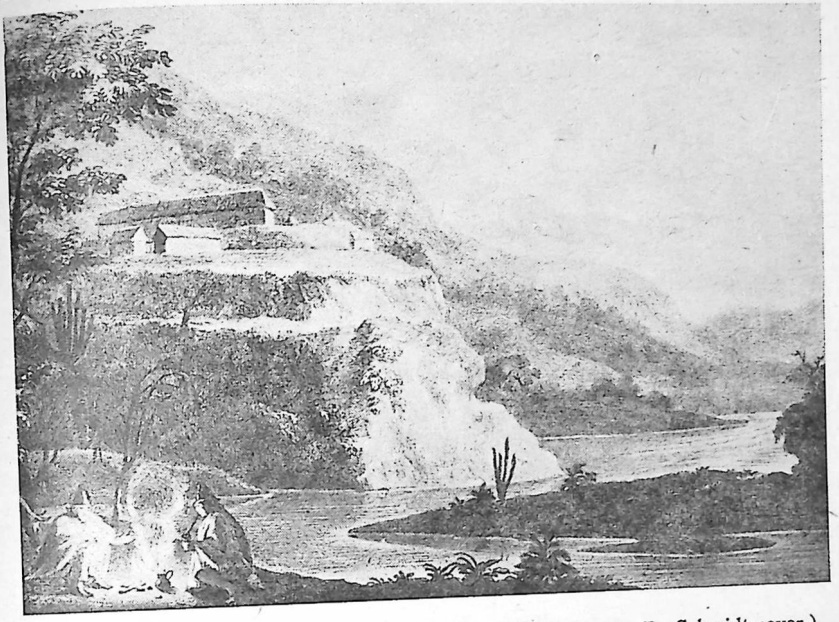


FIG. 373.—LA ANGOSTURA. (Dibujo de María Graham.)

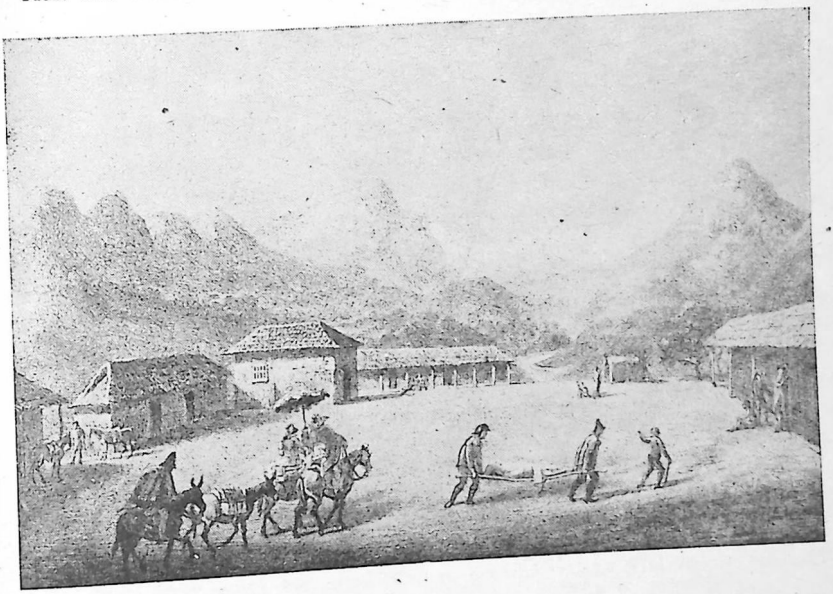


FIGS. 374 Y 375.—LAGUNA DE ACULEO, SEGÚN GAY (arriba), Y SEGÚN MARÍA GRAHAM (abajo).





FIGS. 376 Y 377.—LOS BAÑOS DE CAUQUENES. (Dibujos de P. Schmidtmayer.)



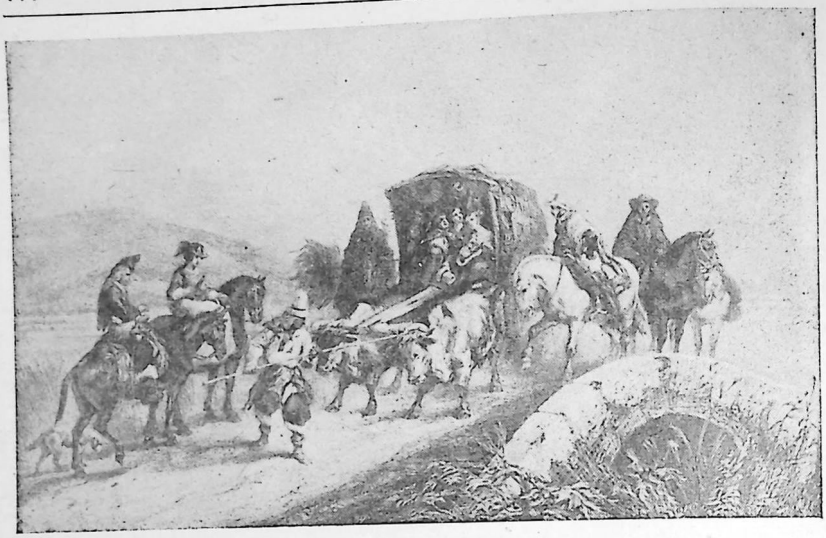


FIG. 378.—PASEO A LOS BAÑOS DE COLINA. (Grabado por Lehnert, según original de Rugendas.)

las caletas vecinas. También eran muy visitados en la temporada los baños de Colina, que datan de 1791; de Angostura y de Cauquenes, así como la laguna de Aculeo (figs. 373 a 378). El Carnaval se celebraba con un verdadero homenaje a la libertad, pues cada cual hacía lo que le venía en gana sin temor a represalias. *

Enfermedades y remedios

La salud pública se mantuvo durante la Colonia en un alto nivel, porque los criollos conservaron la recia constitución del español desde el siglo XVI. Con el cruzamiento, no obstante, se perjudicó la inmunidad del europeo contra la viruela. La enfermedad más temida era la tuberculosis, extraña por cierto en un pueblo superalimentado, si no se justifica por el contagio exótico del negro. Las precauciones para evitarla llegaban al extremo de negar la sepultura al cadáver del tuberculoso si antes no se entregaban las ropas al hospital para su cremación.

La medicina, basada aún en el tratamiento casero, se apoyaba en la adelantada farmacopea aborigen. También se usaban remedios extravagantes, como agua de capón, enjundia de cóndor, bálsamo de calabazas, ojos de cangrejo, sangre de macho, ranas calcinadas, aceite de alacranes, espíritu de lombrices, y otros no menos extrordinarios, que se vendían en la botica de los jesuítas. Sólo se recurría al médico en los casos extremos, entre otras razones, porque había

* Cf./ Boletín de la Academia Chilena de la Historia, N.º 17, p. 72.

muy pocos. Según el informe del doctor Francisco Javier de Errázuriz, "verdaderamente causa un asqueroso rubor el que un reino como éste, tan abundante de gentes, de opulentas poblaciones, de un completo de comodidades..., con una universidad floreciente en todas las ciencias, no encierre en el dilatado seno de quinientas leguas más que cinco facultativos".

Desde 1786, el protomedicato chileno se había independizado del de Lima. El primer protomédico y profesor de medicina fué el doctor francés Domingo Nevin, remunerado con un sueldo de $ 50.— mensuales.

Los duelos

Siguiendo la huella del tenebrismo español de los siglos XVI y XVII, persistieron en el XVIII las lúgubres ceremonias con que se rodeaba el lecho del moribundo: multitud de sacerdotes y frailes, la vela de bien morir y los rezos lacrimosos por el alma del agonizante, estimulados por el toque de plegaria de las campanas vecinas (fig. 379). Al sobrevenir la muerte, un monaguillo recorría las calles anunciando su presencia con una campanilla y repitiendo con voz monótona: "El hermano tal ha muerto; rogad por él, hermanos", que congregaba a deudos, amigos y un numeroso público. El entierro se verificaba con el mismo aparato que se ha mantenido hasta nuestros días, y el acompañamiento posterior y los pésames dieron origen a un tipo colonial muy curioso:



FIG. 379.—EL VIÁTICO, SEGÚN GAY.



FIG. 380.—CUECA SUREÑA, SEGÚN SMITH.

al levantarse el duelo, siempre a las ocho de la noche, se producía un tenso silencio, que nadie se atrevía a romper. La más decidida recibía el apodo de "chivata", de tal modo que era común oírse decir: "En el duelo de la Fulanita, fué la chivata doña Mengana".

La música y el baile populares. Las pallas

Tal vez por contraste con este tenebrismo mortuorio, las alegrías populares eran siempre acompañadas de música que se interpretaba en vihuela, guitarrón, arpa o rabel (figs. 380 a 382). Los bailes españoles en boga eran el fandango, la seguidilla y el zapateo. La expresión popular más genuina del folklore nacional era la controversia poética, contrapunto o pallas, que reunía a los más famosos palladores en las grandes fiestas cívicas o religiosas. A veces las pallas, a lo humano y a lo divino, duraban hasta tres días. La famosa sostenida por el mulato Taguada y don Javier de la Rosa, en Curicó, a fines del XVIII, comenzó con el desafío lanzado por el primero, en estos términos:

Mi don Javier de la Rosa,
cuantuá que lo ando buscando.
Traigo aquí doscientos pesos,
si quiere, vamos pallando.

La primera parte del torneo fué una serie de diatribas que duró hasta la medianoche. Al día siguiente se cantaron temas relacionados con las leyes de la naturaleza, historia y narraciones fabulosas. En la tercera noche comenzaron las pallas a lo divino, en las que don Javier resultó triunfante con este final, que lo hizo famoso:

Ya te pasaste, Taguada,
hablastes una herejía;
hiciste cave en tu madre,
y carambola en tu tía. *

Los velorios del angelito eran animados por el "poeta", que, sentado junto

* Pereira Salas, Op. cit.



FIG. 381.—TIPOS POPULARES. (Dibujo de Earle en la obra de María Graham.)

al cadáver del niño, cantaba toda la noche "a lo divino", acompañándose de guitarrón o vihuela.

Mitos y leyendas

Muchos de los mitos y supersticiones mapuches, amalgamados con las creencias cristianas, se incorporaron al pueblo chileno, constituyendo una mitología popular propia. A las creencias en las ánimas, brujos, cueros, piguchén, imbunche y chonchón se añadieron las historias de aparecidos, de emplazamientos, de pactos con el diablo, temas favoritos de las conversaciones al amor de la lumbre o en las sobremesas campestres de verano. Como en España hacia la misma época, las leyendas que más impresionaban la imaginación del pueblo chileno eran las de bandidos. Se glorificaba su hipotético recuerdo degustando con fruición los relatos de sus hazañas, su astucia contra la autoridad, su coraje y, sobre todo, su generosidad con el pobre. En las postrimerías de la Colonia, el héroe de Santiago era el "Cenizo", don Paulino Salas, hacendado del Maule, que salteaba por deporte. Rodeado por los dragones en la casa de una querida, logró abrirse paso a punta de sable, salvándose a pesar de una herida que lo dejó cojo hasta el fin de sus días.

Entre las leyendas creadas a raíz de la expulsión de los jesuítas, ganaba por momentos importancia el supuesto y espeluznante túnel que unía el colegio máximo con la Ollería, así como la fabulosa riqueza arrojada por los padres al pozo del convento antes de su partida.



FIG. 382.—CAMPESINOS CHILENOS, SEGÚN FAMIN.

XXXVI

El desarrollo de la cultura durante el siglo XVIII.

LA exagerada separación de las clases sociales que produjo el natural mestizaje había de reflejarse, como es lógico, en su respectiva cultura. Mas la evolución histórica vertiginosa que otorgó al mestizo la mayor conquista de la civilización, el hábito del trabajo, había disminuído considerablemente aquellas diferencias en el curso del siglo XVIII, equilibrio que se manifiesta no sólo al ascender las clases inferiores, sino al nivelarse, o, por qué no decirlo, descender las superiores, en razón del languidecimiento de las virtudes creadoras de los colosos de la Conquista.

La Ilustración y los jesuítas

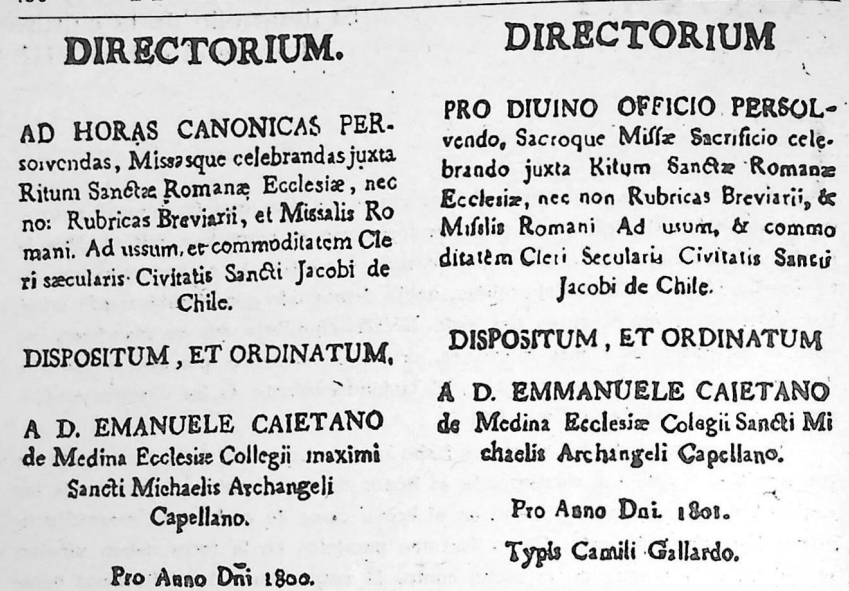
En el ascenso de los primeros hubo una participación feliz y constante de los jesuítas, a quienes corresponde el honor de esta jornada, la mayor de las realizadas por el pueblo chileno en el breve curso de su historia, merced a su admirable labor docente. Como factores paralelos en la tarea deben señalarse, además, la tregua en la lucha contra la naturaleza y las influencias beneficiosas de la Ilustración, encabezada en Chile por la egregia figura de don Manuel de Salas. Los esfuerzos de la corte de los Borbones son, en este sentido, permanentes y prácticos, tanto por su empeño en difundir las obras científicas y artísticas españolas como por sus recomendaciones de las extranjeras traducidas, fenómeno general a toda América que había de reflejarse naturalmente en Chile. "Los virreyes y gobernadores no se limitaban a hacer circular los libros que recomendaba el rey, sino que, también, creyendo interpretar los propósitos de éste, fomentaban la publicación de periódicos destinados a propagar los conocimientos literarios, científicos e industriales que se creían útiles para los americanos." *

Los impresos

Entre las escasas obras prohibidas ocupaban el primer lugar las vetadas por la Inquisición, ninguna de las cuales era fundamental para el conocimiento científico. Naturalmente, las obras de Robertson y Raynal no circulaban en Chile, y aunque la Enciclopedia fué prohibida a raíz de la Revolución Francesa, tanto los virreyes como los gobernadores no pusieron mayor empeño en confiscársela a quienes sabían seguros poseedores de ella. Entre otros, don Manuel de Salas la conservaba, con indudable conocimiento de los gobernadores coloniales con los cuales colaboró.

Los Almanak o Piscatores eran muy solicitados, con su simpática portada del astrólogo con el compás en la mano, la esfera sobre la mesa y la Luna en

* Barros Arana.



DIRECTORIUM.

AD HORAS CANONICAS PERsolvendas, Missasque celebrandas juxta Ritum Sanctæ Romanæ Ecclesiæ, nec no: Rubricas Breviarii, et Missalis Romani. Ad ussum, et commoditatem Cleri sæcularis Civitatis Sancti Jacobi de Chile.

DISPOSITUM, ET ORDINATUM,

A D. EMANUELE CAIETANO de Medina Ecclesiæ Collegii maximi Sancti Michaelis Archangeli Capellano.

Pro Anno Dñi 1800.

Este Directorio se hallara en el Almacen de D. Iguacio Landa.

DIRECTORIUM

PRO DIUINO OFFICIO PERSOLvendo, Sacroque Missæ Sacrificio celebrando juxta Kitum Sanctæ Romanæ Ecclesiæ, nec non Rubricas Breviarii, & Missalis Romani Ad usum, & commoditatem Cleri Secularis Civitatis Sancti Jacobi de Chile.

DISPOSITUM, ET ORDINATUM

A D. EMMANUELE CAIETANO de Medina Ecclesiæ Colegii Sancti Michaelis Archangeli Capellano.

Pro Anno Dni. 1801.

Typis Camili Gallardo.

Este Directorio se hallara en el Almacen de D. Ignacio Landa.

FIGS. 383 Y 384.—PUBLICACIONES CHILENAS DE LA ÉPOCA HISPANA. (Cf./ Medina: "La Imprenta en Santiago".)

menguante, en los cuales se publicaban pronósticos para todo, incluso los terremotos. El de Marán, de 1744, daba como señales de éstos: "Cuando se ven las aves despavoridas y temerosas", "Si el agua de los pozos sale turbia", "Si en un día quietísimo y sereno apareciera una nubecita delgada y muy larga por bastante espacio, a la noche siguiente habrá terremoto". *

La educación

La rectificación a los disculpables y apasionados conceptos contra la enseñanza durante la Colonia fué verificada hace medio siglo por don José Manuel Frontaura, que, participando del prejuicio general, dedicóse por vez primera a revisar sistemáticamente documentos que le permitieron examinar su propio criterio con una probidad intelectual que lo honra. **

* Cf./ Fontecilla Larraín en el T. 104 de la "Revista Chilena de Historia y Geografía".

** El contenido sustancial de su teoría está resumido en estas líneas: "Existe una prevención tal en contra de todo lo que signifique ilustración y cultura en Chile, antes de la era de la Independencia, que no se puede tratar tema alguno referente a esa época sin merecer una censura previa y se atacan aún las cosas dignas de aplauso. El período colonial es ahora entre nosotros sinónimo de atraso, obscurantismo, barbarie, ignorancia. Para destruir siquiera parcialmente esta idea, hay que minar piedra a piedra una inmensa montaña de argumentos a priori, de deducciones sacadas de hechos no comprobados, pero presentadas al público con los caracteres de la verosimilitud".

La multiplicación de las escuelas primarias no fué obra exclusiva de los jesuítas. El obispo Alday había organizado con inteligente constancia las escuelas parroquiales, y los cabildos de provincias, apoyados por los gobernadores, las habían estimulado desde el siglo XVII. El obispo Marán señala a fines del XVIII que todos los párrocos de la diócesis tienen ya establecidas sus escuelas y que la asistencia es muy numerosa. En 1801 el oidor Irigoyen visitó 9 escuelas laicas de Santiago, con 399 asistentes, y el número de las no subvencionadas era muy superior (sólo la del lego Briceño tenía 300 alumnos) y se habían extendido ya hasta las aldeas.

El régimen escolar

La escuela entregaba al alumno pobre textos, plumas, tinta y demás útiles necesarios gratis, y a ellas asistían todos los niños, sin discriminaciones sociales, hasta el punto de que era severamente reprimida cualquier clase de rivalidad de categoría o casta. El humilde hijo del pueblo Zapiola jugaba en la plaza con su inseparable amigo, el hijo del altivo oidor Márquez de la Plata. El régimen escolar tenía cierta similitud con el actual gobierno estudiantil de los más modernos establecimientos experimentales. A la derecha del maestro se sentaba el "emperador", elegido por un año en votación directa por los propios alumnos, que reemplazaba al maestro en sus ausencias, ayudaba a los atrasados y era el jefe de uno de los bandos en que se dividía la clase. A la izquierda del profesor se sentaba el "general", encargado de los niños pequeños y jefe del bando contrario al del "emperador". Otros dos alumnos pasaban lista, distribuían los materiales de trabajo y tarjaban las plumas de ganzo. El "fiscal", elegido por su robustez, sujetaba al alumno mientras el maestro le aplicaba, *manu militari*, los castigos, muchos de los cuales estaban en uso todavía en 1885. Los premios se denominaban "parcos", cartones calados o con dibujos que eximían de los castigos a su poseedor. El negocio de estos premios se mantuvo muy activo hasta que se evitó su venta, haciéndolos personales. Los bandos opuestos se denominaban Roma y Cartago, se sentaban aparte y disputaban las mercolinas o sabatinas, certámenes de aplicación y saber (fig. 386).



✠

HESPERIAE

MONARCHÆ

INDIARUMQUE IMPERATORI.

Publicæ Tranquillitatis Auctori.
CAROLO, inquam nomine III.
Scientiarum MECOENATI.
Hosce tibulos ex Fontibus Theologiæ depromptos. Per Manus.
EXmi D. D. AUGUSTINI à JAURE-GUI, Dignissimi Chilensis Regni Supremi Dncis &c. &c.

V. D. O. C. Q.

D Josephus Ignacius Gutierrez, Regij Collegij Carolini Alumnus: opem ferente
D. Michaele Josepho de Lastarria, ejusdem Convictorij Magistro.

FIG. 385.—UNA DE LAS PRIMERAS OBRAS IMPRESAS EN CHILE. (Cf./ Medina: "La Imprenta en Santiago".)

Aprendida la cartilla con gran algaraza en el canto del b a ba, b e be, los niños comenzaban la lectura del Catón, libro de proverbios, cuentos y pasajes del Catecismo, del cual ascendían a la clase de lectura propiamente dicha. La escritura se iniciaba con los "palotes", y cuando el alumno escribía de corrido, aprendía el dictado. La enseñanza de la gramática era teóricamente superior a la de la República, pues, en lugar de embutir al niño de memoria la teoría del lenguaje, como pretendía Bello, se aleccionaba en la práctica del mismo por medio de la ortografía y la construcción.

Los estudios superiores. Manuel de Salas

La enseñanza superior gravitaba sobre la matemática. La aritmética era la asignatura predilecta del maestro y la base de su docencia. En este ramo no había porros y el guante funcionaba poco. Para el latín se utilizaba la gramática de Nebrija, en cursos de tres o cuatro años. Los alumnos que ingresaban en el Convictorio Carolino o en el Seminario Conciliar debían conocer perfectamente los clásicos, en especial Virgilio, Ovidio y Cicerón, y ser capaces de disertar sobre ellos.

El Colegio Carolino, creado a raíz de la expulsión de los jesuítas, agrupaba a sus alumnos en dos secciones: la de los minoristas, a los que se enseñaba latín y filosofía, y la de los mayoristas, que estudiaban jurisprudencia y teología. Todos ellos estaban obligados a asistir como oyentes a las cátedras similares de la Real Universidad de San Felipe.

La antigua tendencia latina a desviar la educación por los senderos del humanismo puro tropezó con la tenaz resistencia de don Manuel de Salas, enemigo de la enseñanza exclusivamente intelectual. En tal sentido, su patricia figura gana los caracteres de un precursor, no sólo de la enseñanza chilena, sino de las teorías pedagógicas europeas, en gigantesca anticipación intuitiva que viene a caer en pleno siglo XX. Lo que necesitaba su pueblo, era, antes que nada, una buena enseñanza técnica e industrial; dicho en términos actuales, una orientación vocacional estimulante de las aptitudes.

Cifraba Manuel de Salas tales esperanzas en la educación, que, en sus buenos deseos, veía ya en el país "agrimensores, mineralogistas, metalurgistas y docimáticos, constructores navales y pilotos, arquitectos, pintores y escultores". Su filantropía en materia educacional llegó al extremo de ofrecer su modesta fortuna para pagar el sueldo de maestro en la escuela nocturna propuesta al Consulado, que debía dirigir Toesca. Gracias al esfuerzo del Cabildo y a los buenos oficios de Avilés, el 18 de septiembre de 1797 se inauguraba la Academia, con una clase de primeras letras, otra de gramática y la tercera de dibujo. Posteriormente se le añadieron las de aritmética y geometría y docimasia, mientras se solicitaba a España el envío de profesores de química y mineralogía.



FIG. 386.—ANTECEDENTES DE LA "CIMARRA". MUCHACHOS JUGANDO EN EL SANTA LUCÍA, SEGÚN GAY.

Los estudi universitar

La Universidad de San Felipe, por su parte, había nacido en abierta rivalidad con la pontificia de los jesuítas, lo que en el fondo planteaba de plano el problema de la libertad de enseñanza, que fué zanjado definitivamente con la expulsión. Desde 1765, para obtener títulos era necesario cursar cinco años en la Universidad, * y el plan de estudios, reformado en 1768, dispuso que las conferencias o clases duraran seis meses, con tres de exámenes y tres de vacaciones. Las clases eran de una hora y diarias. Desde 1782, la Universidad tenía la tuición de toda la enseñanza, incluso la primaria y secundaria, que debía supervigilar el propio rector.

El número de alumnos que tuvo la Universidad era a todas luces desproporcionado con el de habitantes del país. Fuenzalida Grandón llega al cómputo de 1.837 matriculados desde la fundación hasta 1810, muchos de ellos argentinos, paraguayos y peruanos. En total, se graduaron 299 doctores, de los cuales 55 eran eclesiásticos y 244 seglares.

Sólo 5 se habían doctorado en medicina, repulsión que, a juicio del protomédico, se debía a la "poquedad de los honorarios" y al desdoro con que los

* Revista Chilena de Historia y Geografía, Tomo VI, p. 37.

hijos del país juzgaban una profesión calificada como "degradante y depresiva para sus pretensiones de caballería".

Las bibliotecas

Las posibilidades y los elementos para estimular la producción literaria mejoraron en gran escala durante el siglo XVIII. Comparándolo con el anterior, los libros abundaban, las bibliotecas conventuales habían crecido con rapidez (la de San Francisco contaba cerca de 5.000 volúmenes, y, en la fecha de su expulsión, las de los jesuítas disponían en conjunto de más de 15.000), y en ellas figuraban las más notables obras científicas y literarias generalizadas en Europa. Las bibliotecas particulares también habían prosperado, y en ellas eran numerosas las obras de jurisprudencia, historia y literatura. En conjunto, las de carácter religioso son las menos encontradas. *

La literatura

La producción literaria misma reflejó las influencias estilísticas del barroco tardío. Se imitaba a Góngora en sermones, discursos y obras religiosas; mas, en vez de polarizarse en la forma, las figuras y las transposiciones, se canalizó hacia el fondo del pensamiento. Entre los poetas del siglo XVIII brilla fray Manuel Oteiza, de profunda extracción mística, pero que no se atrevía a versificar por cuenta propia. Sus expansiones llevan siempre como guardaespalda de autoridad y respeto una paráfrasis. Por contraste, la poesía de circunstancias prosperó con más lozanía que en el XVII. Improvisada en tertulias y festividades colectivas, brilla por su espontánea sencillez y picaresca malicia, espectacularmente reflejada por sor Tadea García de la Huerta en los versos de circunstancias escritos poco después de la inundación de su convento en 1783. **

De los llamados poetas cultos, alcanzó celebridad entre sus coterráneos el cáustico dominico fray Francisco López, que supo conciliar su fama de teólogo con la quevedesca sátira. Improvisador impenitente, no desperdiciaba ocasión para aludir a la circunstancia con el verso. Se dice que, al pasar cierto día a las 2,45 frente al convento de los jesuítas, de los que era mortal enemigo, "sin saber por qué", improvisó la siguiente quintilla:

Tres cuartos para las tres
ha dado el reloj vecino,
y lo que me admira es
que, siendo reló teatino,
dé cuartos sin interés.

Idéntica facilidad versificadora, aunque menos soltura y gracia que fray

* Para formarse un concepto de los libros que se vendían en el comercio es útil revisar el encargo que hizo el comerciante don Manuel Riesco a España, en 1807, publicado por Thayer Ojeda en los Nos. 2 al 10 de la Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera.

** Vid. cap. XXIII.

Francisco López, encierran los escritos del también célebre don Lorenzo Mujica. Se cuenta que, congregados los vecinos de Valparaíso por la varadura de una ballena, en presencia de la gobernadora, de rara belleza, improvisó estos versos:

Este monstruo que aparece,
despojo de este elemento,
es tributo que contento
el mar a tu planta ofrece;
bien tu hermosura merece
ofrenda tan desmedida,
no hubiera bruto con vida
si allá en su instinto alcanzara
que con su muerte lograra
la gloria de tu venida.

La crónica del siglo XVIII se basa en trabajos de los primitivos cronistas. Es, por tanto, un trabajo de segunda mano, salvo la excepción notoria de la obra erradamente atribuída a Olivares, que lleva como título "Breve noticia de la provincia de la Compañía de Jesús en Chile", redactada sobre los documentos de la orden y de las noticias personales recogidas por el autor. La crónica y la historia

Las siete crónicas del siglo XVIII que se conservan pueden ser ordenadas en tres grupos. La mencionada y la de don Pedro de Figueroa y Córdoba responden a la decadencia que caracteriza a los escritos de los dos primeros tercios del siglo. Las obras de Miguel de Olivares y de Felipe Gómez de Vidaurre reflejan la reacción que, al desplazarse los jesuítas, fué a florecer en Italia. El compendio del abate Molina debería incluirse en este segundo grupo de no ser considerado como un anticipo genial del siglo XIX europeo. El tercero, puente hacia el siglo XIX chileno, lo completan las obras de Pérez García y Carvallo y Goyeneche, padres espirituales de Amunátegui, Barros Arana, Sotomayor Valdés y don Crescente Errázuriz, tanto en la forma como en el fondo de estas concepciones historiográficas.

La "Historia de Chile" (desde el descubrimiento hasta 1717), de Figueroa, sólo tiene valor, como fuente histórica, por los datos que salvó de Concepción. Un jesuíta español, que Almeyda supone con bastante fundamento ser el padre Juan Bernardo Bell, * escribió una "Breve noticia de la provincia de la Compañía de Jesús en Chile", muy bien documentada, que Gay erradamente atribuyó al padre Olivares, aunque ni el estilo ni la factura tienen relación con otros escritos del jesuíta. La obra, aparte de los documentos, ofrece escaso interés literario.

* El Padre Olivares. Revista Chilena de Historia y Geografía, N.º 90, p. 156.

Miguel de Olivares tenía avanzada la segunda parte de su "Historia militar, civil y sagrada de lo acaecido en la conquista y pacificación del reino de Chile", cuando la Compañía fué expulsada. Aparte del problema crítico sobre la autenticidad de los manuscritos encontrados por Medina en Lima, * el trabajo de Olivares no tiene otra importancia que la de los veintiocho capítulos iniciales del libro primero, esto es, lá descripción del territorio y de las costumbres de los indios y de los españoles. El estilo de Olivares es suelto y correcto, muy distinto del que presenta la "Breve Noticia".

El jesuíta Gómez de Vidaurre, impelido por el mismo amor a su tierra que animó las plumas de Ovalle y Molina, dió fin en el destierro a su "Historia geográfica, natural y civil de Chile", que se repite con la del segundo en cuanto al fondo y al contenido. No obstante, la valorizan con creces sus agudas observaciones sobre la sociedad chilena del siglo XVIII, adornadas de penetrantes estudios analíticos que le dan categoría de verdadero psicólogo.

El vizcaíno don José Pérez García era al finalizar el siglo XVIII uno de los más respetados comerciantes de Santiago. Con espíritu de coleccionista, inició la junta de noticias y documentos sobre el pasado chileno, como cualquier numismático o filatélico. Frisando los ochenta años ordenó sus materiales en un voluminoso libro, que tituló "Historia general, natural, civil y militar del reino de Chile". Pérez García ensaya por vez primera en nuestro país el sistema, que después sería tradicional, de leer a los cronistas confrontando sus noticias con las piezas documentales. Como no está frenado por ningún prejuicio ideológico, expone con lealtad lo acaecido, sin sacar conclusiones.

La trabazón de los elementos de juicio histórico la introduce un personaje novelesco y simpático, si los hubo en Chile, don Vicente Carvallo y Goyeneche. Muy inteligente e ilustrado, valeroso hasta la temeridad, este valdiviano superdotado tenía tantos defectos como virtudes: jugador, mujeriego, díscolo, arruinó en plena juventud una carrera brillante. Para compensar sus déficit permanentes escribía sermones por encargo de frailes y clérigos. El singular plumífero alternaba sus calaveradas con asiduas lecturas históricas, que hicieron germinar en su mente la idea de escribir una historia del reino capaz de eclipsar las anteriores. Logró autorización del rey para completar en España sus investigaciones, mas el gobernador, a la sazón don Ambrosio O'Higgins, se lo negó, arredrado por su fama de conspirador. En vista de ello, el sempiterno tunante se casó con una viuda, añosa y rica, y se fugó con su fortuna a Europa, dejándola abandonada. En la metrópoli logró dominar la furia del gobernador, y obtuvo nueva autorización real para permanecer en España hasta completar su

* Cf./ "Capitanía General", Vol. 795, N.º 13.693, y Medina: "Documentos", T. 205, N.º 5.125, y T. 207, N.º 5.182.

obra en el plazo impostergable de tres años. Por desgracia, no se le permitió el acceso a los archivos. En Buenos Aires abrazó con entusiasmo los ideales de la Revolución, y sus manuscritos fueron a parar a aquella ciudad, después de su muerte, acaecida en 1816, donde se conservan. La obra de Carvallo ha sido el esqueleto en que trabajó la historiografía chilena del siglo pasado. Con todos los defectos que acumularon en ella el exceso de lógica y la obsesión moralizadora, representa la máxima altura en el desarrollo de la historiografía colonial.



El abate Molina

FIG. 387.—EL ABATE MOLINA. (2.ª edición del "Saggio sulla storia naturale del Chili".)

La figura que llevó a su patria a la calidad internacional en los valores intelectuales fué la del sabio chileno don Juan Ignacio Molina y González, nacido en Huaraculén (departamento de Loncomilla) el 24 de junio de 1740. Desde su primera infancia demostró decidida inclinación por los pájaros. Un jilguero que tuvo en su habitación al cabo de un mes "era tan manso y doméstico, que ni aun puesto en libertad se apartaba jamás de mi asiento sino que para revolotear a mi alrededor, en ademán de acariciarme; a un silbo que yo le diera se ponía a cantar, y cuando yo volvía a mi casa, eran sumamente parleras las fiestas con que me acariciaba". Con la madurez, tan bellas aficiones se convirtieron en fuente de estudio, de suerte que, cuando se radicó en Imola y Bolonia, la pensión que le otorgaba el gobierno español le permitió ordenar sus conocimientos y publicar en italiano, sin nombre, en 1776, un pequeño volumen de 244 páginas, titulado "Saggio sulla storia geografica naturale e civile del regno del Chili", que tuvo un éxito inesperado y fulminante. Ello lo alentó a emprender una obra de más vuelo, y, como se sentía incapacitado científicamente para llevarla a cabo, comenzó con disciplina a acumular conocimientos que adquiría en las bibliotecas públicas por carecer de medios para comprar libros. En poco tiempo se formó una cultura con ramificaciones especializadas en física, mineralogía, botánica y zoología, que admiraron sin ambages tanto sus compañeros de destierro como los profesores de la Universidad de Bolonia. Y, como no podía regresar a Chile para completar sus memorizados conocimientos, analizó hasta en el más minucioso detalle los relatos de los viajeros europeos

que lo habían recorrido. El gesto de don José Ignacio García Huidobro, que había comprado los manuscritos de Molina a un soldado e hiciera un viaje especial a Bolonia para entregárselos en sus manos al ilustre sabio, le permitió completar los datos que salieron a la luz con el título "Saggio sulla storia naturale del Chili", que debía darle fama mundial. Con sus defectos, la obra del naturalista aportó a la ciencia contemporánea conocimientos que fueron admirados de consuno. E incluso las rectificaciones que le hicieran después Humboldt y Phillippi fueron desmentidas por los estudios modernos, que dieron la razón al sabio chileno. En 1787, Molina publicaba su segunda obra: "Saggio sulla storia civile del Chili", en la que su talento sustituyó casi intuitivamente las lagunas documentales, hasta el punto de que la antropología del siglo XX ha reconocido sus anticipaciones, negadas sistemáticamente por los historiadores del siglo XIX, así como su teoría evolutiva de los pueblos, desde el primitivismo hasta la civilización. *

La edición italiana de la "Historia Natural" se agotó inmediatamente y en pocos años fué traducida al alemán (1786 y 1791), al español (1788 y 1795), al francés (1789) y al inglés (1808, en EE. UU., y 1809, en Londres). Sabios eminentes lo visitaron en Bolonia, entre otros, el propio Humboldt. Uno de los primeros centros culturales de Italia en aquel momento, el Instituto Pontificio de Bolonia, le abrió sus cátedras, y sus memorias fueron publicadas en dos volúmenes. ** La dedicada al estudio de las "analogías poco observadas en los tres reinos de la naturaleza", audaz concepción que se prestaba a interpretaciones científicas heterodoxas, le valió caer en el entredicho de la Inquisición romana, de la que fué salvado por sus numerosos admiradores.

Su mayor anhelo durante los últimos años fué el de regresar a Chile. En una carta a un deudo chileno, le dice: "Sin embargo mi edad avanzada, me hallo todavía bastantemente robusto y en estado de emprender el pasaje del mar; el deseo de volver a la patria y de morir entre los míos me lo hará suave y corto". Esta bella ilusión no pudo ser satisfecha. El 12 de septiembre de 1829 fallecía en Bolonia, dejando en prueba de agradecimiento la casa, que le habían obsequiado sus discípulos, a su fiel sirvienta, Camila Zini. A Vicuña Mackenna, que fué a Bolonia con el objeto de conocerla en 1856, le refirió que durante el delirio de la agonía no cesó de pedir agua fresca de la cordillera de Chile.

Lacunza y el milenarismo

En un campo muy diverso del de Molina, otro jesuíta expulso iba a hacer famoso también el nombre de Chile en el mundo entero. Manuel Lacunza había sido dedicado por la orden, desde su juventud, a la enseñanza y a la predica-

* "Todas las naciones, sean americanas, europeas o asiáticas, han sido semejantísimas en el estado salvaje, del cual ninguna ha tenido el privilegio de eximirse."

** "Memorie di storia naturale lette in Bologna nelle adunanze dell' Instituto dall' abate Joan Ignazio Molina, americano, membro dell' Instituto Pontificio."

ción; pero sus inquietudes intelectuales lo llevaron sucesivamente a las matemáticas y astronomía, primero, y a la hagiografía, después. Desterrado en Imola, su pensamiento no se desvía de Chile. Entre sus escritos hay una página deliciosa de frescura y sabor consagrada a su desiderátum: "Actualmente me siento tan robusto que me hallo capaz de hacer un viaje a Chile por el Cabo de Hornos. Y pues nadie me lo impide ni me cuesta nada, quiero hacerlo con toda mi comodidad. En cinco meses de un viaje felicísimo llego a Valparaíso, y habiéndome hartado de pejerreyes y jaibas, de erizos y de locos, doy un galope a Santiago: hallo viva a mi venerable abuela, le beso la mano, la abrazo, lloro con ella, abrazo a todos los míos, entre los cuales veo muchos y muchas que no conocía; busco entre tanta muchedumbre a mi madre y no la hallo; busco a Solascasas, a Varela, a mi compadre don Nicolás, a Azúa, a Pedrito y a mi ahijada Pilar, y nos los hallo. Entro en la cocina y registro toda la casa, buscando a los criados y criadas antiguos, y no hallo sino a la Paula y a la Mercedes. Pregunto a ésta dónde está su señora, y a la Paula dónde está su amo, don Manuel Díaz, y dónde está mi mulato Pancho; y no me responden sino con sus lágrimas, y yo los acompaño, llorando a gritos sin poder ya contenerme más". En 1794 inmortalizó esta frase que resume todos sus pensamientos: "Sólo saben lo que es Chile los que lo han perdido".



FIG. 388.—EL PADRE LACUNZA. (1.ª edición inglesa de "La Venida del Mesías".)

En Italia, Lacunza llevó una vida de verdadero destierro. Apartado por completo de la sociedad, se levantaba tarde, decía misa a las diez y se cocinaba sus alimentos. Luego de almorzar daba un corto paseo solitario, y, después de cenar, escribía hasta la madrugada. En la mañana del 18 de junio de 1801 se le encontró ahogado en el río Santerno. * Lacunza dejó una obra que estuvo a punto de provocar un cisma en la Iglesia, "La venida del Mesías en Gloria y Majestad", rebrote de la antigua secta del milenarismo en pleno siglo XVIII. La primera parte está destinada a probar, con las sagradas escrituras en la ma-

* Archivo de Jesuítas, Vol. 95.

no, la veracidad de la vuelta del Mesías, y la segunda, el reino de Jesucristo durante el milenio; trata con tal hondura la entraña del pensamiento cristiano, que los propios católicos ortodoxos de la época la admiraron. A pesar de ello se la incluyó en el Indice. "La Venida del Mesías en Gloria y Majestad" ha sido el libro chileno de mayor transcendencia como obra de creación, el que ha logrado mayor celebridad y el único que ha repercutido en el pensamiento universal. *

Los artífices del P. Haymhausen

En el curso del siglo XVIII las artes industriales recibieron dos estímulos considerables. Por una parte, los navegantes de Saint-Malo habían introducido, con el hábito de edificar sólida y artísticamente, un buen número de artesanos de calidad, que perfeccionaron la carpintería, la albañilería y la forja del hierro. Pero la influencia que más repercusiones había de tener en la segunda mitad del siglo fué la impulsada por la instalación de los talleres del padre jesuíta

* En 1949 visitó Chile con el objeto de completar su información documental el distinguido profesor padre Batllori, que prepara una obra sobre los jesuítas expulsos. Las dos conferencias dadas por el padre Batllori en el Instituto Pedagógico, sobre Molina y Lacunza, permiten suponer que su trabajo representará el más exhaustivo esfuerzo en el estudio de ambos pensadores. (Nota de L. C.)



FIG. 389.—LA CAPILLA DE LOS JESUÍTAS EN GRANEROS. (Dibujo de P. Luna. Colección de Julio Vásquez.)

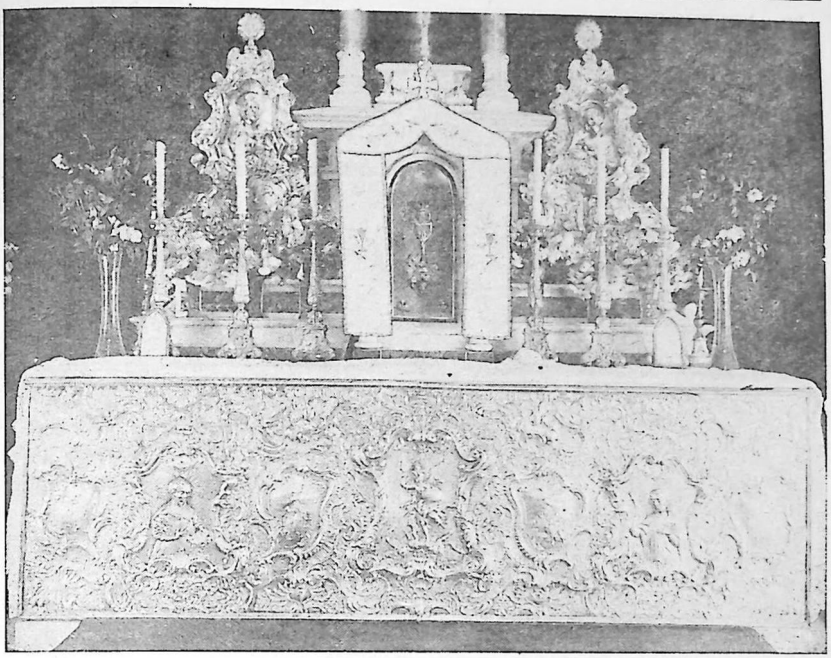


FIG. 390.—EL ALTAR MAYOR DE LA CATEDRAL, BELLÍSIMO TRABAJO REALIZADO POR LOS ARTÍFICES DEL P. HAYMHAUSEN.

Haymhausen, primo del emperador de Austria y de la reina de Portugal, que llegaba a Chile en 1748, con cuarenta artífices en calidad de hermanos coadjutores. Había plateros, fundidores, relojeros, pintores, escultores, ebanistas, carpinteros, boticarios, que organizaron rápidamente sus talleres y maestranza en Calera de Tango, montándolos con arreglo a los últimos adelantos. Aquí se fundieron desde entonces campanas de calidad y dimensiones muy superiores a las que había en Chile, y se trabajaron muebles y ornamentaciones eclesiásticas del más puro barroco jesuíta (figs. 389 a 393).

Se conservan excelentes muestras del talento de esos artistas: la estantería de la catedral de Santiago, para el servicio de los paramentos sagrados, de 17 metros de longitud por 3 de alto, que Roa Urzúa compara con las mejores de América. El reloj de la catedral, gemelo de otro obsequiado a la reina de Portugal, que marcaba, además de las horas, los minutos y los segundos, los días de la semana, los meses, las fases de la luna y la posición del sol en el zodíaco. El órgano que se quemó con la iglesia de la Compañía, "no muy grande, pero sí de muchos y bien concertados registros y de voces muy suaves y

Pintura y escultura



FIG. 391.—CAMPANILLERO DE LA CAPILLA DE LA COMPAÑÍA EN GRANEROS.

armoniosas". El cáliz de oro que se custodia también en la catedral es de la misma procedencia. En él están grabadas las escenas de la Pasión en miniaturas tan diminutas, que es preciso usar de lupa para verlas; las cabezas no son mayores que la de un alfiler, y, "sin embargo, no sólo están cinceladas las facciones, sino que tienen expresión".

La obra educativa de Toesca

Todos estos progresos perdieron su rumbo con la expulsión de los jesuítas; pero la llegada de Toesca, en compensación, dió un carácter educacional a sus trabajos, a diferencia del taller de Haymhausen, que encerró su saber en exclusivo beneficio de la orden. Toesca gastó sus mejores esfuerzos en formar artesanos y educar el gusto nacional, y sus enseñanzas repercutieron extraordinariamente en la calidad de las obras posteriores.

Las artes plásticas también ganaron madurez en las postrimerías del siglo XVIII.

En 1754 se estableció en Chile el pintor y escultor suizo Jorge Ambrosi, de marcada escuela francesa, que trabajó numerosos cuadros sacros, entre otros, 23 alegorías de los atributos de la Virgen en las letanías laurentinas. Ambrosi

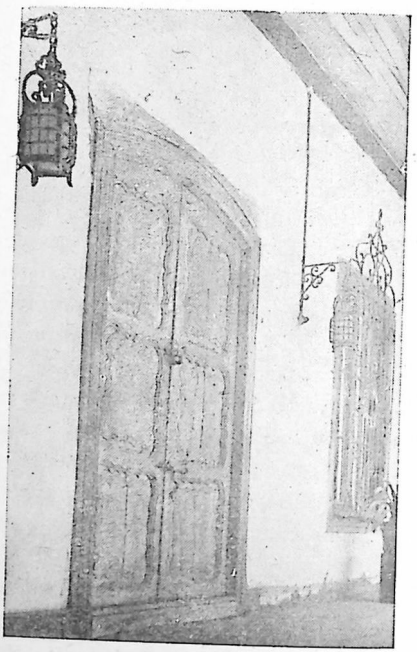


FIG. 392.—PUERTA, REJA Y FAROLES FORJADOS DE LA CAPILLA DE GRANEROS. (Fotografía de L. C.)

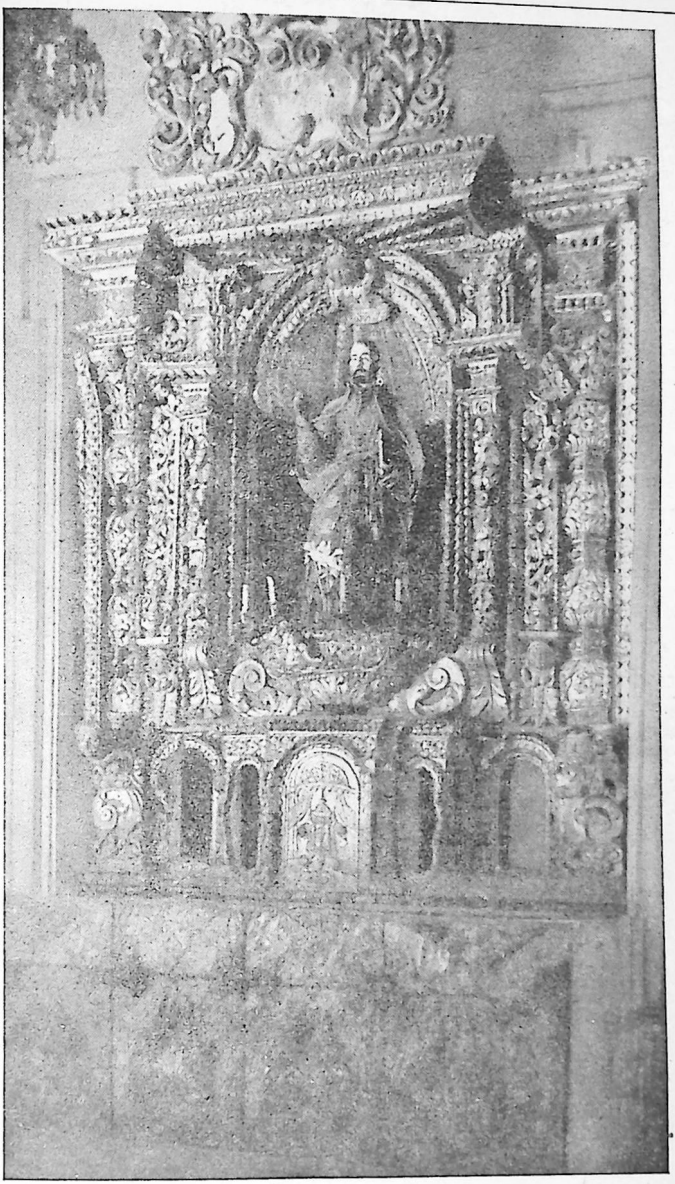


FIG. 393.—EL RETABLO BARROCO DE LA CAPILLA DE LOS JESUÍTAS EN GRANEROS. (Fotografía de L. C.)

abrió escuela, a la que se supone acudió el secretario de don Ambrosio O'Higgins, don Ignacio Andía y Varela, autor del retrato de Lacunza, su primo, las dos pilas talladas en piedra de los patios de La Moneda (fig. 398) y el monumental escudo de piedra del Santa Lucía.

Consecuencia de estos atisbos artísticos fué don Ambrosio Santelices, autor de numerosas imágenes talladas en madera y de una pequeña estatua, del mismo material, del capitán general don Bernardo O'Higgins. La figura de más categoría en el período es la del mulato peruano José Gil de Castro, dotado de grandes cualidades artísticas como retratista. Entre las abundantes muestras que de su arte se conservan en Chile figuran familiares de don Bernardo O'Higgins, el propio capitán general y dos retratos de San Martín * (figs. 394 a 397).

El teatro

Desde el siglo XVII, las representaciones teatrales se incluían en las festividades como complemento o número importante del programa. Con el XVIII cristalizaron los manifiestos apetitos de los aficionados y de algunos empresarios, que deseaban disponer de un teatro propio y digno. Gracias al apoyo del presidente Jáuregui, el empresario José Rubio pudo dar entre la Navidad de 1777 y las carnestolendas de 1778 veinte funciones teatrales, en las que se representaron comedias, sainetes y entremeses, con tonadillas como intermedio. Las obras de mayor éxito fueron "El Desdén con el Desdén", de Moreto; "El Dómine Lucas", de Lope de Vega; varios dramas de Calderón, y "Los Españoles en Chile", de Francisco González de Bustos, obra esta última que completa la larga serie de las pagadas por los Hurtados de Mendoza para reivindicar la memoria de don García. En vista del éxito, se hicieron nuevos esfuerzos por construir un teatro. El obispo Alday se opuso, por considerarlo un gasto suntuario, mas el Ca-



FIG. 394.—GIL DE CASTRO: RETRATO DE GERAT DE LAREST. (Museo Histórico Nacional.)

*La familia Santa María conserva un retrato de San Martín, óleo en plancha de cobre, de pequeño tamaño, fechado por Gil de Castro en 1817. El propio Gil realizó una copia de este cuadro, que se conserva en la Municipalidad de La Serena. En el Museo Histórico Nacional se conservan dos retratos de O'Higgins y otro en el de Bellas Artes. Cf./ el Apéndice sobre la Iconografía y las láminas que ilustran las biografías de los personajes retratados por Gil.

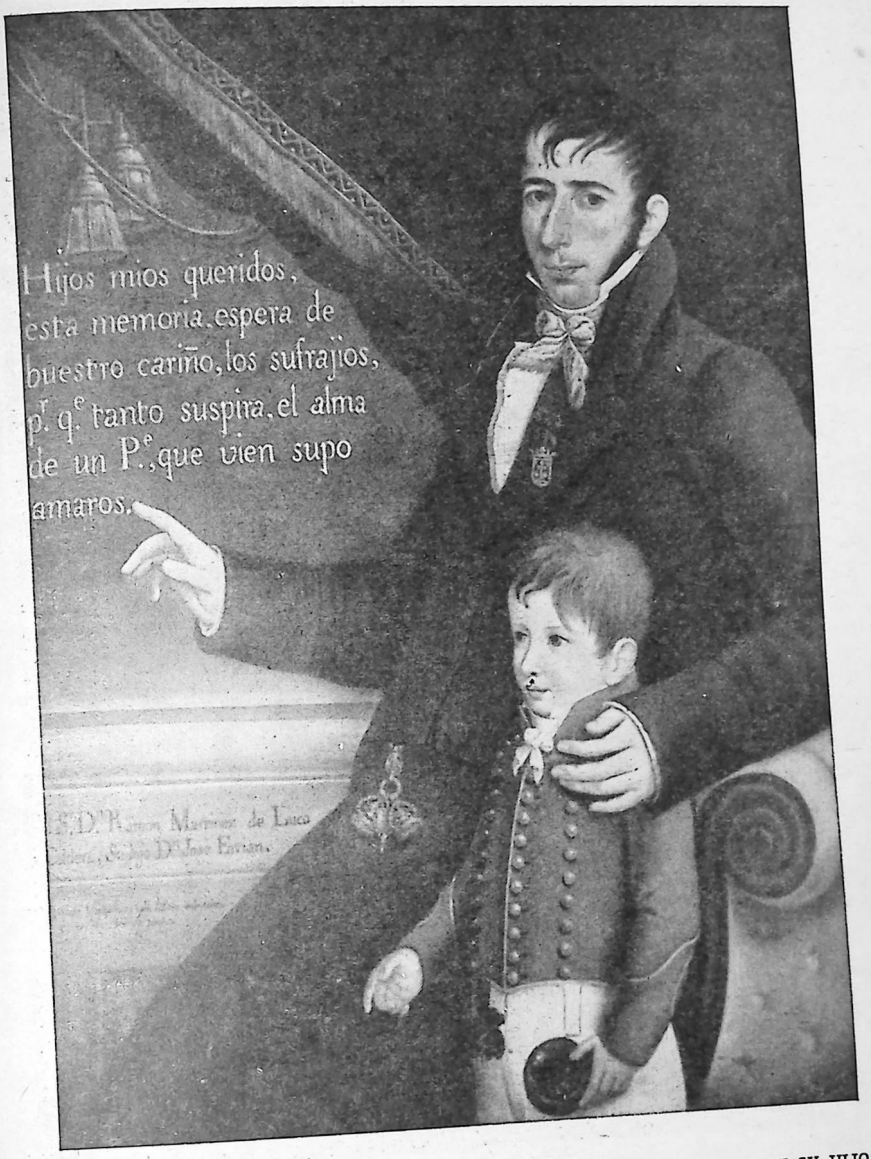


FIG. 395.—GIL DE CASTRO: RETRATO DE DON RAMÓN MARTÍNEZ DE LUCO Y SU HIJO. (Museo de Bellas Artes, Santiago.)



FIG. 396 .—GIL DE CASTRO: RETRATO DE DOÑA MERCEDES VILLEGAS ROMERO Y ÁGUILA. (Museo Histórico Nacional.)



FIG. 397.—GIL DE CASTRO: RETRATO DE DON MANUEL LARENAS, OFICIAL DE MARINA QUE ACOMPAÑÓ A SAN MARTÍN EN LA EXPEDICIÓN LIBERTADORA. (Museo Histórico Nacional.)

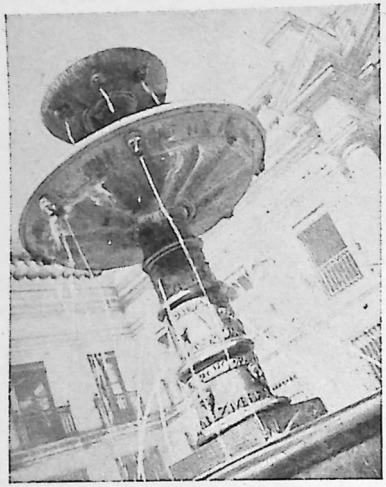


FIG. 398.—LA PILA DE LA MONEDA. (Fotografía de Héctor Grez.)

bildo se entusiasmó con la idea, y abrió la subasta de "un coliseo de comedia, cuyos productos se apliquen a favor de las necesidades públicas". Por último, el presidente Muñoz de Guzmán logró satisfacer las ansias de los santiaguinos, construyendo el apetecido teatro en la plazuela de "las Ramadas", donde subsistió hasta 1819.

En las fiestas privadas se hizo general el hábito de incluir representaciones dramáticas, y en el palacio de gobierno se estrenaron algunas de autores nacionales, como "El Amor Vence al Deber", de don Juan Egaña, y otras del doctor Vera y Pintado, fiel contertulio del círculo de doña Luisa Esterripa, a quien celebró con el seudónimo de Marfisa.

A modo de entreactos, intercaladas en las comedias, ganaron el favor del público las tonadillas, que en España se cantaban en la choza y en el palacio "desde la jácara más plebeya hasta el aria más distinguida", * al punto de que las propias comedias pasaron con frecuencia a segundo plano e incluso llegaron a peligrar.

La música culta y popular

Si bien el teatro fué siempre español en la Colonia, la música reflejó la influencia francesa e italiana que privaba en la misma España. A bordo del "Maurepas" llegaba en 1707 el primer clave, y en el equipaje de Cano y Aponte, ya presentado a la francesa, venían un clavicordio, cuatro violines, un arpa y panderetas andaluzas. Doña Francisca Javiera Veloz de Medrano, poco después, enloquecía a la sociedad santiaguina con sus habilidades como intérprete en el clavicordio. Hacia 1740 existían en Santiago no menos de veinte clavicordios, cinco en Concepción y uno en La Serena. En el pueblo había ganado carta de ciudadanía la guitarra, que se fabricaba en Chile a muy bajo precio, así como el arpa. Los primeros salterios llegados de Lima servían, además, como elementos decorativos por sus vistosas pinturas. El que se conserva en el Museo Histórico Nacional tiene en la tapa "un paisaje pintado de Lima, en que están representados con escrupuloso detalle los curiosos faldellines a media pierna, que fueron la gala predilecta de nuestras bisabuelas" (fig. 399).

Con las postrimerías del siglo se escucharon en Chile los primeros piano-

* Sobre el desarrollo de la tonadilla en España, Cf./ J. Subirá: "La Tonadilla Escénica", Madrid, 1928. (Nota de L. C.)

fortes (fig. 400), procedentes de la famosa fábrica de Juan del Mármol, de Sevilla, creador de un tipo de clave de gran tamaño. Parece que fué el de don Agustín Eyzaguirre el primer piano tocado en Santiago (1809), encargado a don Ramón Errázuriz, en $ 3.400 (más de $ 800.000 actuales).

El gusto por la música había arraigado profundamente en el pueblo desde el siglo XVII, especialmente entre las mujeres. Llamó mucho la atención a Byron el que "todas nacen con un oído privilegiado para la música; muchas tienen una voz excelente, y tocan muy bien el arpa y la guitarra". Un viajero francés, refiriéndose a las campesinas de Aconcagua, señala que "las mujeres son muy atractivas; gustan mucho de tocar la guitarra, de cantar y de bailar; pero también tienen la mala costumbre de beber aguardiente y de fumar". Los numerosos trotamundos que visitaron a Chile entre 1815 y 1830 confirman con entusiasmo el gusto de las chilenas por la música, el canto y el baile.

Los instrumentos

Al finalizar la Colonia todavía eran favoritos del sexo bello los clavicordios, los salterios, el arpa, los pianofortes y, sobre todo, la guitarra. Los varones tocaban la flauta y el clarinete. Fueron Salinas y Barros los más famosos ar-



FIG. 399.—SALTERIO LIMEÑO. (Museo Histórico Nacional.)

pistas; don Manuel de Salas era excelente flautista; el portugués Juan Luis "rascaba" el violín, y cuando el oidor Ballesteros descubría entre las tapadas a la Bernarda, "mujer gorda y morena, brillante de lentejuelas de pies a cabeza", la sentaba en el salón y cantaba y "era aplaudida furiosamente". *

Merced a las aportaciones del padre Haymhausen y de los jesuítas, el órgano había suplido en el coro al arpa, y así como en la profana la influencia francesa se impuso desde un principio, en la música religiosa prevalecieron la española y la peruana. Los autores peninsulares y limeños se hicieron pronto populares, y, entre ellos, alcanzaron favorita afición el padre mercedario Madux, el franciscano Cristóbal Ajuria, el barcelonés don José Campderrós, contratado en Lima para organizar el coro metropolitano, y el padre Antonio Soler, discípulo predilecto de Scarlatti en El Escorial. **

* Zapiola: "Recuerdos de Treinta Años". Pereira Salas: "Los Orígenes del Arte Musical en Chile".
** Para todo lo relacionado con teatro y música, Cf./ especialmente Eugenio



FIG. 400.—PIANO BROADWOOD, OBSEQUIADO POR EL VIRREY DEL PERÚ A MANSO DE VELASCO. (Museo Histórico Nacional.)

XXXVII

La determinación de los rasgos psicológicos esenciales.

A través de los diversos rasgos generales trazados sobre la formación del pueblo chileno, hemos podido ya advertir muchas facetas interesantes de su psicología que se han mantenido hasta hoy. Al finalizar la Colonia, la raza ya ha perdido la idiosincrasia latina (con ostensibles variantes, común a españoles, italianos y franceses), sobre todo la viveza y agilidad de temperamento, característica señalada con arte por Camilo Henríquez en su conocida sátira:

Se dice que si se incendia
o se inunda el universo,
el chileno es siempre el mismo,
siempre inmutable y sereno.

La sobriedad

Como positiva compensación, se observaba desde entonces un marcado odio al adulo y una absoluta imposibilidad de fingir. "Un chileno... ama su reputación y honestidad (rasgo, por cierto, muy español) y odia todo lo que a ellas se opone: tiene la adulación por debilidad de mente y por bajeza de ánimo... Lo que dice es porque lo cree así... En suma, la disimulación y la sospecha no entran en el corazón del criollo." Este rasgo, brillantemente resumido por Gómez de Vidaurre, se opone al carácter de otros pueblos de la misma raíz, y corre parejas con otro rasgo, muy español, cual es el exagerado concepto de la hombría.

Los cronistas coloniales señalan sin discrepancia en el pueblo mapuche, por otra parte, la excesiva diferenciación de los sexos, la enorme distancia entre la virilidad primaria del hombre y la dulce femineidad de la hembra. Este rasgo personal también se proyecta en el mestizo.

Contribuyeron, del lado español, a fomentar estas características, por una parte, la inmigración vasca, y, por otra, el contraste con el meridional conquistador. Pero el cupo más rotundo lo aportó sin duda el ancestro aborigen, con sus reacciones centrípetas y su lentitud de temperamento. Bauzá y Espinosa lo señalaron en juicio breve y conciso: "Tienen estos naturales un modo de hablar lánguido y espacioso, especialmente las mujeres y los huasos".

La lucha permanente

Pero lo que sin lugar a dudas contribuyó a moldear el carácter del chileno, con fuerza indeleble que se mantiene hasta nuestros días, es el mismo

desarrollo histórico vivido, son las vicisitudes por que tuvo que atravesar, en una despiadada y permanente lucha contra el medio, influencia acrecentada por tratarse de un pueblo nuevo, blando y receptivo. Siglo y medio de constantes batallas con el indio, de levantarlo todo de las ruinas que éste, los terremotos, las inundaciones, las epidemias, dejaban, perforaron la naciente cultura para penetrar en las entrañas de su idiosincrasia.

Otro de los muchos factores que moldearon la psicología del chileno es el primitivismo inherente a todo pueblo nuevo, lo que movió a Keyserling a llamar a América el continente del tercer día de la creación. El hecho de que el español quedara, como es lógico, arriba y de que los ininterrumpidos refuerzos europeos mantuvieran el contacto estable con la metrópoli, salvó de perecer a una civilización que, sin estas contingencias, hubiera corrido la suerte de los miles de españoles cautivos, cuyos hijos, ganados por el medio, preferían vivir en estado salvaje cuando eran, a duras penas y a costa de grandes esfuerzos, rescatados.

Valor de lo primitivo

Este problema del primitivismo, de la infancia mental, es la médula de la trama que explica y justifica lo mejor y más reivindicatorio en el nacimiento de los pueblos americanos. Un extraviado "chauvinismo" ha querido, de manera deliberada y contumaz, desviar la entraña del asunto por el camino de la calumnia contra el régimen colonial, contra el obscurantismo, contra la falta de libertad. ¡Como si el silabario pudiera operar el milagro de tornar en un día adulto a un niño de cinco años! ¡Como si el concepto de libertad hubiera podido impedir que los aborígenes levantaran en sus picas el cadáver del intruso que hubiese osado tocar su admapu, sin el respaldo de la fuerza material de una gran nación, que para ello necesitó dar lo mejor de su sangre! ¿Vergüenza de qué? ¿De tener quince años en vez de cincuenta? ¿Vergüenza de ser joven, de tener aún energía vital que quemar, en vez de ser viejos vaciados y decrépitos, pueblos que ya florecieron y fructificaron? Se olvidaron los escritores del siglo XIX de que Europa pasó, también, por el tercer día de la creación antes de llegar al séptimo. No advirtieron que, negando la juventud o niñez mental, nos abocamos al dilema de aceptar con Le Bon nuestra inferioridad racial o de falsificar impúdicamente la Historia, de forjar un tejido de mentiras, en vez de captar nuestra realidad, modesta, pero jirón auténtico de la vida. *

En las postrimerías de la Colonia, la infancia del nuevo pueblo en gestación se manifiesta en todo orden de cosas. Mas ninguno la simboliza con tanta fuerza como el falso concepto que de la riqueza agrícola en potencia se había formado, mantenido por no pocos hasta hoy. La actividad económica en gene-

* Transcribimos íntegro el párrafo de la página 658 del tomo V de la "Historia de Chile". El lector se habrá percatado de la fuerza expresiva, del valor continental del aserto, que justifica plenamente la copia fiel. (Nota de L. C.)

ral también refleja el primitivismo a que nos referimos. Acosado por las dificultades, puesto en trance de morir de hambre o trabajar, el criollo se incorporó a ella, pero sin imaginación creadora. Unos cuantos comerciantes sestean y se enriquecen repitiendo rutinariamente lo que hicieron ayer. Vegetan en el campo agricultores empobrecidos que no saben cómo ni a quién vender sus productos agropecuarios. Dos mil o más mineros pelean sin descanso contra los préstamos y las quiebras, sin avanzar nada hacia la minería industrial. Que ello es remedo de toda una manera de ver la vida está patente en el pensamiento intuitivo de Gómez de Vidaurre; después de alabar las muchas y buenas cualidades del chileno, añade: "Todas estas buenas cualidades se ofuscan con la poca aplicación a los intereses y al mucho fausto y lujo y en pasar una vida alegre y con pocos cuidados". Por último, anticipándose a modernas concepciones biológicas, señala como origen de la decadencia el reblandecimiento provocado por las condiciones de vida demasiado fáciles.

El desprecio al trabajo

Salvo en los españoles, el desprecio por el trabajo persiste. Nada predispone tanto al criollo en contra del peninsular como la laboriosidad y la economía de éste, en el que ve un sórdido tacaño, que se priva de los placeres del mundo con el único fin de amontonar inútilmente talegas de oro. * La psicología del criollo gravitaba en la generosidad y en la imprevisión. Ricos y pobres vivían al día, sin pensar en el mañana, y los que, como los vascos, eran previsores, se hacían antipáticos y eran tildados de avaros. La fortuna no era invertida en crear nuevas fuentes de producción (mejoras en los campos, industrialización de las minas, instalación de fábricas, de astilleros, etc.), sino que se consumía en darse buena vida y, sobre todo, en aparentar. "Si las mujeres chilenas acompañasen la buena administración de las casas con una moderación prudente de sus vestidos y no con un lujo grandísimo, los criollos y los maridos no padecerían los atrasos que frecuentemente experimentan". **

Hay, sin duda, una manifiesta falta de interés por aprender nuevas artes y nuevas industrias. Bauzá y Espinosa lo observaron a fondo: "El criollo está dotado de bastante ingenio y de sagacidad penetrante; pero salvo rarísimas excepciones, es reacio a la adquisición de conocimientos, así sean especulativos o prácticos. No sólo rehuye las ciencias y la literatura, sino también las nociones más indispensables en las faenas mineras, industriales o campesinas".

El abismo que desde entonces separaba a las clases sociales se refleja también en la falta de estímulos para el trabajo, aun más aguda entre los po-

* Es curioso señalar que en la etapa expansiva peninsular, en ninguna parte era tan despreciado el trabajo remunerador como en la propia España. Cf./ el magnífico ensayo de Américo Castro: "Aspectos del vivir hispánico. Espiritualismo, mesianismo, actitud personal en los siglos XIV al XVI". Santiago de Chile, Crúz del Sur, 1949, y "España en su Historia", Buenos Aires, Losada, 1948. (Nota de L. C.)

** Gómez de Vidaurre.

bres. La inacción y la pereza espantaron a Vancouver. El deseo de salir del miserable estado social en que vivían no era suficiente para crear el hábito de trabajo. Los mismos Bauzá y Espinosa notaron que "los más se levantan tarde y son sumamente flojos. Los criollos y mestizos que viven en la campaña no tienen otro trabajo que el cultivo de una corta heredad. El resto del tiempo permanecen ociosos, entregados a los goces del matrimonio o a las diversiones lugareñas"...

Otro aspecto notable de la infancia social es la indiferenciación de las representaciones. Lo que el criollo no capta instintiva o intuitivamente se entremezcla en una masa disforme y, por ende, confusa.

La herencia

En 1810 el medio social chileno estaba amalgamado por ideas, sentimientos y hábitos que formaban un conjunto pobre en relación con el europeo, pero recio. En cuanto factor sociológico, el medio físico contribuyó extraordinariamente a ello.

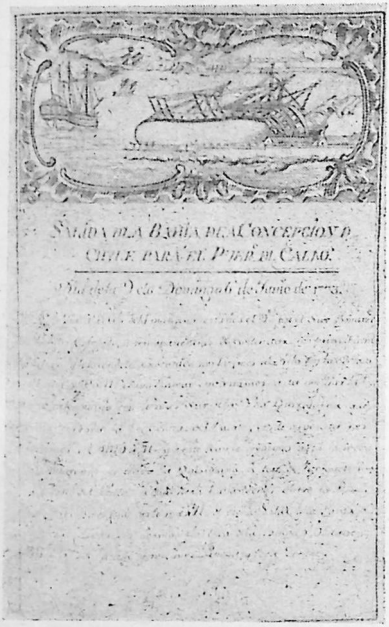


FIG. 401.—DEL DIARIO DE BITACORA DE MORALEDA. (Museo Naval, Valparaíso.)

La Colonia legaba, pues, a la República la mitad norte del territorio agrícola, poblada de ganados diversos, con un cultivo que puede estimarse en el 40% de la potencialidad de los terrenos de fácil trabajo. El oro, con escaso beneficio, producía algo más del millón anual de pesos. Del cobre sólo se aprovechaba el campanil, en la superficie o a escasa profundidad. Las minas de plata habían prosperado, sin cambiar por ello la fisonomía económica del país. Chile era todavía, y a pesar del inmenso esfuerzo desarrollado, una región económicamente difícil, un medio físico que nada brinda en forma espontánea, que todo lo exige del esfuerzo humano, sistemática y permanentemente organizado.

Desierto

Rio de Loa.

Chiuchiu

S. Fran.co de Asta

Toconao

Sonca

Calama

Socayre

Pine.

Cuisa

Pn de Cuisa

Monte del

Iglesia

Hacienda

Ayquina

Ojos Agoa Salados

Tucuy de Paquiza

Tucbe de Ayquina

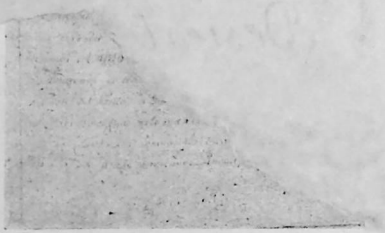


FIG. 401.—DEL DIARIO DE BITACORA DE MORALEDA. (Museo Naval, Valparaíso.)

SEGUNDA PARTE

La Independencia

(1810-1830)

I

Gestación de la independencia. *

LA génesis de la emancipación es más sencilla y más profunda que el complejo conjunto de causas inventadas a posteriori por el raciocinio. La espina dorsal del proceso es un fenómeno que venía actuando desde antiguo: la antipatía entre criollos y peninsulares, engendrada por la diferenciación de los temperamentos y de los caracteres.

Todo fragmento de población que se desprende del núcleo central, aunque permanezca atado por el cordón umbilical, tiende a diferenciarse y a tomar fisonomía propia. El ambiente espiritual materno pronto cede terreno a la influencia del nuevo medio físico, a los cambios en la constitución étnica y a los cien factores que actúan sobre el temperamento, el carácter y la manera de pensar y obrar de un pueblo.

Este proceso fué muy violento en las colonias hispanoamericanas. Las variantes regionales de la población española eran muy acentuadas; entre vascos y andaluces y entre castellanos y catalanes había más distancia que entre franceses y flamencos y que entre suizos y alemanes. Las nuevas combinaciones que se produjeron entre estos elementos, libres del molde del ambiente español, habrían bastado para determinar hondos cambios en el temperamento y en el carácter nacionales; pero su significado histórico casi desaparece ante la trascendencia psicológica del cruzamiento del conquistador con las razas aborígenes.

La acción diferenciadora de los elementos físicos no le fué en zaga a la de los factores étnicos. La influencia del clima y del suelo de América, la fauna, la flora, el aislamiento y los cambios trascendentales en todas las condiciones de la vída y del desarrollo social actuaron casi con tanta eficacia como los factores étnicos.

La diferenciación de los temperamentos y de los caracteres entre españoles y criollos engendró una recíproca antipatía. Unos y otros se enlazaban en los sentimientos de fidelidad al rey, pero se detestaban entre sí. "Basta ser europeo o chapetón —decían en 1748 Jorge Juan y Antonio de Ulloa— para declararse inmediatamente contrario a los criollos y es suficiente el haber nacido en las Indias para aborrecer al europeo." Y en 1799 decía el virrey de Nueva España don José Miguel Azanza: "Por una gran fatalidad existe en esta Amé-

* Cf./ Carta-Prólogo del señor F. A. Encina.

rica una antigua división y arraigada enemistad entre europeos y criollos, enemistad capaz de los más funestos resultados".

Al español le irritan la holgazanería, la imprevisión y la ligereza del criollo; lo siente en la sangre un inferior, un bastardo de su raza; un calavera y hablantín incapaz de nada serio. A su turno, el criollo odia con toda su alma al peninsular; la tardanza intelectual del gallego se le representa como estupidez; en el catalán ve un avaro; en el vasco, un ave de rapiña, y en todos, advenedizos ordinarios e intrusos que acaparan las fortunas, los empleos y las más ricas herederas.

Sobre esta urdimbre sociológica dada, tejieron la trama del proceso que condujo a la emancipación de las colonias hispanoamericanas los factores eventuales: la independencia de los Estados Unidos de América, la propaganda inglesa con fines comerciales, la expulsión de los jesuítas, el espíritu de fronda de la alta burguesía, la escasa influencia de la Revolución Francesa y de la filosofía política del siglo XVIII, la intervención francesa en España, etc.

Entre las causas cuya influencia se ha exagerado figura la penetración de las ideas enciclopédicas. Varios especialistas han defendido con brillo la tesis de que el gobierno de la Ilustración española fué más lejos en la teoría política que el propio revolucionario francés. Enfocado el problema a la inversa, cuadra indicar que tales ideas inspiraron la mística revolucionaria a posteriori y dieron forma, después, a los sentimientos que la engendraron.

La crisis española

Las vicisitudes por que pasó el poder español después de la intervención napoleónica debilitaron su fuerza y prestigio en América, precipitando un fenómeno que apenas acababa de incubarse. Una vez iniciado el antagonismo que se venía gestando en la cada vez mayor antipatía entre peninsulares y criollos, el proceso se reducía a la capacidad de resistencia del régimen militar metropolitano. Las concesiones y prerrogativas de la corona, que con los monarcas de las postrimerías del período nunca escasearon, lejos de mitigar los roces, contribuyeron a excitar la irritabilidad del criollo.

El factor económico

El factor fundamental, con todo, tiene marcado carácter económico-social, y sus raíces se pierden en los orígenes de la organización europeo-americana. Durante los siglos XVII y XVIII había tomado cuerpo una poderosa burguesía, que, luego de desplazar la influencia de los conquistadores y sus herederos, condicionó la legislación y el gobierno. Las leyes que perjudicaban sus intereses no eran cumplidas, y esta resistencia económica acarreó un espíritu de fronda ante los representantes del rey, que, paradojalmente, venían a encarnar en el litigio la posición de avanzada. La convivencia sólo fué grata cuando el gobernante transigía con tal espíritu de fronda, como ocurrió con Muñoz de Guzmán. Según Francisco A. Pinto, en aquella época "reinaba la más completa armonía de todos los chilenos entre sí y aun los españoles, y ningún presenti-

miento amargo turbaba la suave corriente de nuestros pensamientos". * Mas, halagado por las concesiones, el espíritu de fronda se mantenía latente, sabedor de su propia fuerza, listo para demostrarla a la primera provocación.

Por otra parte, la distancia y la estructura sui géneris de las burguesías americanas determinaron una mayor libertad para éstas en relación con la española. El fenómeno está simbolizado en la fórmula de rigor para el acatamiento de las órdenes metropolitanas que lesionaban sus intereses: "Se obedece, pero no se cumple". Los criollos revolucionarios sólo manifiestan el confuso deseo de gobernarse a sí mismos, pero bajo el cetro del rey, palanca que se alterna con un acendrado amor al país natal, la cada vez mayor distancia al peninsular recién llegado y un concepto semidespectivo sobre España, nacido de la confusión entre lo permanente y lo transitorio, entre lo acrisolado por la cultura y el tiempo y el lamentable período que se inicia con Carlos IV. La fuerza motora fundamental fué, por tanto, la desarrollada por una burguesía poderosa que deseaba controlar su propio gobierno.

Los héroes de Ercilla

El favor público de "La Araucana" en los últimos años del XVIII, actuando sobre el latente e ininterrumpido amor por la patria chica, contribuyó en gran manera a incubar el sentimiento de nacionalidad. El hecho de que fuera Chile el único país americano de una epopeya cantada por un poeta de alto vuelo actuó como factor de diferenciación en su mística revolucionaria. "Por primera vez leí en ese tiempo —dice F. A. Pinto— la "Araucana", de Ercilla, y nos reuníamos en corrillo para saborear su lectura. No era porque gustáramos de las bellezas de su poesía, que no estábamos en estado de saber apreciar, sino las heroicas hazañas de araucanos y españoles, que *las considerábamos como propias, por ser compatriotas de los primeros y descendientes de los segundos.*" Nótese el contraste en esta reverencia por el conquistador y la apasionada actitud del mexicano, que abomina todavía de Hernán Cortés.

Aunque sólo sea por su carácter anecdótico, vale la pena reseñar los proyectos que el liberalismo de Carlos III, encarnado especialmente por el conde de Aranda, urdió para mitigar los efectos que ya en su época intuían como inevitables.

Los proyectos de Aranda

Aranda fué, es sabido, el principal promotor europeo de la independencia de los Estados Unidos, que habría de acarrear en pocos años más la de la América española. En la memoria presentada al rey en 1783 apunta ya todas las ideas de su fabuloso plan, precedente intuitivo del moderno "Commonwealth" británico: "Esta república federal nació pigmea, por decirlo así, y ha necesitado del apoyo y fuerza de dos estados tan poderosos como España y Francia para conseguir su independencia. Llegará un día en que crezca y se torne gi-

* "Apuntes Autobiográficos".

gante, y aun coloso temible en aquellas regiones. Entonces olvidará el beneficio que ha recibido de las dos potencias y sólo pensará en su engrandecimiento. El primer paso de esta potencia será apoderarse de la Florida, a fin de dominar el Golfo de Méjico. Después... aspirará a la conquista de este vasto imperio, que no podremos defender contra una potencia formidable establecida en el mismo continente y vecina suya". Como colofón de sus anticipaciones clarividentes, propone organizar tres monarquías americanas tributarias: una con México y Guatemala; otra con Nueva Granada, Costa Firme y Venezuela, y la última con los virreinatos del Perú y Buenos Aires y la capitanía general de Chile. Todas debían ser regidas por príncipes españoles. Casi treinta años antes de que se iniciara la guerra, Aranda decía: "Me he llenado la cabeza de que la América Meridional se nos irá de las manos, y ya que hubiere de suceder, mejor será un cambio que nada".

El ejemplo de Estados Unidos

Descartada como factor favorable a la independencia la ideología de la Revolución Francesa, así como el repetido error de las aspiraciones a la libertad económica, cabe sólo considerar como elementos decisivos, además de los señalados, la propaganda inglesa, emanada de la tradicional rivalidad anglo-española (que refleja en Chile la violenta diatriba del "Catecismo Político-Cristiano"), y, sobre todo, el ejemplo de la independencia de Estados Unidos. Así como el ardor y el entusiasmo de los oficiales que lucharon por la libertad en América del Norte precipitaron el desenlace de la Revolución Francesa, las enseñanzas de una república que, recién nacida, progresaba con asombrosa rapidez, estimularon prácticamente los ideales de los patriotas hispanoamericanos. Con el pretexto de la pesca de la ballena, marinos norteamericanos practicaban con descaro el contrabando, y traían, con las mercaderías ilegales, la fe en sus recientes conquistas políticas. Cada uno de ellos era un agente ideológico en potencia. * El comerciante Richard J. Cleveland ha dejado memoria de sus relaciones con los criollos de Valparaíso: "Nosotros excitábamos estos sentimientos (de independencia), haciéndoles un paralelo entre nuestro país y el suyo mientras ambos fueron colonias. Les representábamos que ellos tenían mayores recursos materiales para sacudir el yugo que los que tuvieron los angloamericanos al iniciar la revolución". El valor efectivo de esta propaganda permanente, predicada con el ejemplo y con juvenil entusiasmo, fué reflejada con pasmosa exactitud por fray Melchor Martínez. Dice, refiriéndose a los norteamericanos: "Su principal objeto es que toda la América adopte el sistema republicano, separándose de la Europa, en cuyo caso esperan ellos su engrandecimiento y permanencia, apoderándose desde luego de todo el comercio y riqueza americanos".

* Cf./ las numerosas monografías de Eugenio Pereira Salas sobre el tema. (Nota de L. C.)

II

En vísperas de la revolución. El escándalo de la "Scorpion". García Carrasco y Martínez de Rozas.

LAS premisas establecidas en el capítulo anterior nos permiten abordar la reseña de los hechos políticos que dieron lugar al nacimiento de la Patria Vieja y a su fracaso desde un ángulo panorámico, fórmula oportuna para desentrañar la complicada madeja de personalidades y fenómenos que enmarañan su interpretación.

El primer conflicto legal se planteaba con la muerte de Muñoz de Guzmán. La Real Audiencia, extralimitándose en el espíritu de sus funciones, nombró gobernador interino a su regente, el anciano oidor don Juan Rodríguez Ballesteros. El tribunal, desdeñando el nombramiento del militar con mayor graduación, mantenía una tendencia consagrada. Correspondía legalmente el mando al también anciano brigadier don Pedro Quijada, que lo rechazó por imposibilidad de trasladarse a Santiago desde Concepción, donde permanecía postrado en cama. En vista de la circunstancia, entró en escena el brigadier don Francisco Antonio García Carrasco, al que apoyaba una junta de militares convocada con el objeto de resolver el litigio. Cedió el brigadier a las solicitaciones de su íntimo amigo don Juan Martínez de Rozas, y aceptó el gobierno de mala gana.

La hostilidad manifestada en numerosos desaires de la Audiencia y de la aristocracia santiaguina exacerbó de inmediato el estado de ánimo de García Carrasco, alejándolo de una y otra. El mutuo encono actuó desde sus primeros pasos. El dato es decisivo para interpretar los sucesos que provocaron su caída.

García Carrasco

Los documentos que permiten seguir paso a paso sus actuaciones nos muestran un personaje muy diferente del vilipendiado por la historia romántica. No carecía de cultura, como lo demuestran sus afinidades con los intelectuales de la época, especialmente Martínez de Rozas y don Miguel de Lastarria. Hombre llano, retraído y de modales afables, abandonó la severa etiqueta establecida por Muñoz de Guzmán. Investido de su alto rango, paseaba campechano por las riberas del Mapocho, acariciando a los niños e interesándose por sus costumbres y juegos. * Dos juicios, diametralmente opuestos, contribuyen a situar su personalidad. El comerciante norteamericano

* Zapiola: "Recuerdos de Treinta Años".

Cleveland, que lo conoció en 1802, dijo de él: "Era de maneras afables, de semblante agraciado y, al parecer, de un natural atrayente; pero de carácter absolutamente irresoluto, de mente estrecha y henchido de vanidad". * Y don Francisco Antonio Pinto, sintetizando el juicio despectivo de la aristocracia criolla, redondea el aserto: "Su villana figura y su eterno hablar disparates minaron el respeto que se debía a su empleo. Fué hombre de buenas costumbres, a la manera de Sancho. Nadie le temía y todos lo miraban con un semblante de risa". **

Martínez de Rozas

La personalidad de Martínez de Rozas es mucho más compleja e interesante que la de García Carrasco. Nacido en Mendoza, luego de cursar estudios en Córdoba, completó su carrera de leyes en la Universidad de San Felipe. La Real Audiencia le había extendido el título de abogado en 1784. Enciclopedista por afinidad con don José Antonio Rojas, don Miguel de Lastarria, el propio García Carrasco y, especialmente, su hermano don Ramón, era sin duda uno de los hombres más ilustrados del momento. Sus contactos teóricos con el espíritu de la Revolución Francesa no actuaron durante la etapa en que colaboró con García Carrasco. Su activa parte en los fenómenos políticos que originaron la Patria Vieja va a definir con caracteres indelebles una actitud moldeada por el resentimiento contra la corte, por su preterición reiterada. Asesoró con honradez a García Carrasco, sabedor de la incapacidad directora de éste, para gobernar en su nombre.



FIG. 403.—MARTÍNEZ DE ROZAS. (Dibujo de Desmadryl.)

Unidos en torno al "bienamado"

Desde sus primeros pasos, la aristocracia criolla manifestó ostensible antipatía por el nuevo gobernador. La prórroga en el mandato del rector de la Universidad, asunto de mínima importancia, fué el primer choque directo de las opiniones en pugna. Para intentar la conciliación, García Carrasco, inducido por Martínez de Rozas, decidió incrementar el número de cabildantes con doce miembros de la aristocracia, convencido de que la inestabilidad española causada por las guerras napoleónicas

* "Voyage and Commercial Enterprises".
** "Apuntes Biográficos", Bol. de la Academia de la Historia, N.º 17, p. 94.

exigía el fortalecimiento de un organismo poderoso que sirviera de expresión a la voluntad colectiva.

Todos unidos contra Bonaparte

En septiembre de 1808 llegaban noticias acerca del cautiverio de los reyes y la hegemonía de Napoleón sobre casi toda la Península. Españoles y criollos se unieron indignados contra Bonaparte, protestando su lealtad a Fernando VII. Las pruebas del romántico y consuno afecto al "desgraciado soberano" son abundantísimas. La proclama de don Ignacio Torres, "Advertencias precautorias a los habitantes de Chile", realista fervoroso, que atacaba el espíritu de resistencia al invasor, provocaron un no menos exaltado acuerdo del Cabildo, que lleva la firma de todos los realistas, españoles y criollos. Pero el documento que mejor refleja tal estado de espíritu colectivo es el preámbulo al acta del 19 de septiembre, en que se resolvía armar el país en defensa del "bienamado", con la firma de don Manuel de Salas, don Juan Martínez de Rozas, don Juan Enrique Rosales, don Ignacio de la Carrera, don José Antonio Rojas, don Bernardo de Vera, etc. *

El reconocimiento del nuevo rey se realizó con el entusiasmo sincero de casi todos los chilenos. La descomposición del régimen colonial, impulsada por los descalabros políticos de García Carrasco, no habría de manifestarse sino luego de conocidos en Santiago los detalles del escándalo de la "Scorpion", que liquidó el escaso prestigio de García Carrasco y obligó a eclipsarse a Martínez de Rozas.

El escándalo de la "Scorpion"

En 1807 llegaba por segunda vez a costas chilenas esta fragata, mandada por Tristán Bunker, so pretexto de consagrarse a la pesca de la ballena, con abundante contrabando. Establecidos los primeros contactos con un aventurero norteamericano, Enrique Faulkner, que ejercía la profesión de médico en Quillota, los contrabandistas llegaron a acuerdo con el administrador de la hacienda de Topocalma para realizar su ilícito comercio. Bunker reunió en Inglaterra un valioso cargamento de paños, por valor de $ 80.000, con el que recalaba en Topocalma (fig. 404) y establecía nuevas relaciones con el dueño de dicha hacienda, don José Fuenzalida, ofreciéndole en venta algunas mercaderías. El administrador escribió a Faulkner, avisándole de la llegada de la nave, mientras ponía en conocimiento del delegado del distrito de Colchagua, don Francisco Antonio de la Carrera, las intenciones de Bunker. Reunidos Fuenzalida, De la Carrera y Faulkner, acordaron apoderarse del cargamento; mas, como carecían de fuerzas para ello, pusieron en conocimiento de García Carrasco sus planes, pidiéndole que les enviara los dragones necesarios.

* Dice el acta en la parte doctrinaria: "Conociendo el Cabildo que, aunque la lealtad de los habitantes de Chile en nada degenera de la de sus padres, que a costa de su heroica sangre sacaron este país del estado de barbarie en que se hallaba y uniéndolo al imperio español lo civilizaron, poblaron e hicieron religioso..."

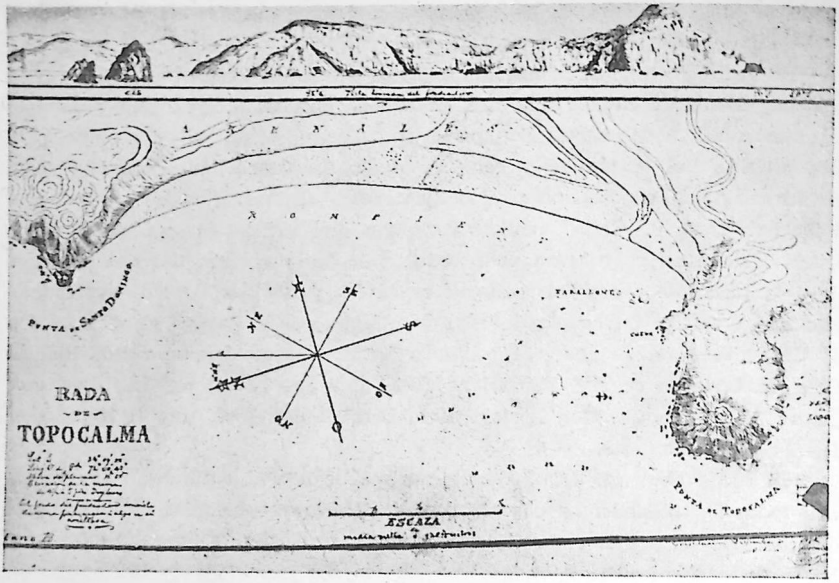


FIG. 404.—LA RADA DE TOPOCALMA, ESCENARIO DEL ESCÁNDALO DE LA "SCORPION". (Plano de P. Cano B. Sala Medina, B. Nacional.)

Los detalles de lo acaecido después han sido dados a conocer por Matta Vial en su colección de "Historiadores de la Independencia". Según ellos, García Carrasco y Martínez de Rozas decidieron ocultar el asunto a las autoridades aduaneras, dando a la captura del corsario calidad de "buena presa", con lo que de hecho les correspondía el 85% de los beneficios.

Con el objeto de engañar más fácilmente a Bunker, se urdió un nuevo plan, tramado en connivencia con varios comerciantes, mediante el cual el mayordomo del marqués de Casa Larraín transaría el intercambio de las telas inglesas por cobre. De acuerdo con Faulkner, la "Scorpion" ancló de nuevo en Topocalma el 25 de septiembre. Subieron a bordo Faulkner, el delegado De la Carrera y el supuesto mayordomo, y cerraron trato, luego de protestar ante las sospechas de Bunker. Mientras soldados disfrazados acarreaban el cobre al barco, los tratantes invitaron a un banquete al desgraciado capitán. A una señal dada, lo asesinaron alevosamente, a la vez que a ocho marineros que lo acompañaban, y se apoderaron sin dificultad de la fragata.

La reacción colectiva por el escándalo fué, como era de esperar, violenta. En Valparaíso el pueblo hubiera despedazado a los comerciantes partícipes de no haberlos protegido un escuadrón de ochenta dragones. En Santiago, los áni-

mos se concitaron contra García Carrasco y Martínez de Rozas. Especialmente a este último se le consideraba autor del plan y principal beneficiario de la presa. Gobernador y consejero no pudieron evitar la ruma de juicios acumulados en breve tiempo.

Repudiado por la opinión pública, Martínez de Rozas tomó la única actitud posible: alejarse del escenario de la contienda y recluirse en Concepción, donde el escándalo había repercutido menos y todavía contaba con sólido poder.

El desideratum de la aristocracia

No bien se hubo alejado Martínez de Rozas de las responsabilidades de gobierno, recayeron en García Carrasco las acibaradas críticas del ambiente, concentrándose en su persona, ya por los desaciertos políticos, ya por su falta de tacto. En las postrimerías de 1809 había perdido el escaso prestigio que mantenía sobre los criollos, sin que tal circunstancia determinara, por cierto, el compensado apoyo de los españoles.

La consecuencia inmediata de estos cambios fué el incremento que en aquéllos ganaba el deseo de preterir a la Audiencia y al gobernador, organizándose políticamente en el Cabildo. En la compleja gama de acontecimientos que van a jalonar esta conquista, se advierte una idea-fuerza que anima poco a poco su espíritu combativo: la aspiración de gobernarse a sí mismos, sin plantear siquiera problemas de carácter económico, ni mucho menos social. El núcleo que desde este momento va a gestar la realización de este ideario estaba constituído por la aristocracia castellano-vasca, es decir, el grupo que disfrutaba la concentración de la riqueza en unas cuantas manos.



FIG. 405.—DON JUDAS TADEO REYES. (Medina: "Diccionario Biográfico Colonial".)

Tal deseo de gobernarse a sí mismos se canalizaba en una oposición a todo lo que fuera control directo de España. Así fué cómo se produjo el paralogismo de que los llamados libe-

Los bandos se agrupan y perfilan la guerra civil



FIG. 406.—DON MARTÍN DE LARRAÍN, UNO DE LOS REPRESENTANTES DE "LOS OCHOCIENTOS". (Museo Histórico Nacional.)

rales americanos acogieran con absoluta indiferencia las concesiones de la Junta Central de España, que solicitaba diputados americanos en su seno.

El cariz derrotista que tomaba la guerra de la independencia en la Península. agrupó a los chilenos en tres entidades diferenciadas, que, salvo el cambio nepotista de los Carrera, van a animar los acontecimientos de la Patria Vieja.

Colman el primer grupo la mayor parte de los peninsulares, que reaccionaban con fe de carbonero en favor de Fernando VII. No pretendían salvar la colonia para España, sino para el rey. Los acompaña un crecido número de criollos realistas. Su más alto exponente moral es don Judas Tadeo Reyes (fig. 405), secretario de la Gobernación. Son tan patriotas como los más revolucionarios. Aman a su Chile sin medida; pero en ellos prevalece el mito de que la patria es indisoluble con el derecho divino del rey. Moralmente, es el grupo que más vale. Casi todos ellos son hombres de una sola pieza. Muchos seguían la bandera realista por un sentimiento de caballeresca lealtad hacia el soberano. Los únicos oficiales españoles del ejército de Pareja eran los tenientes coroneles Sánchez y Ballesteros y los comerciantes Elorreaga y Quintanilla. Los restantes eran criollos, así como la mayor parte de los soldados.

El segundo grupo lo componen los descontentos del régimen. Había rebeldes por temperamento, como Rojas; ambiciosos preteridos, como Martínez de Rozas; argentinos, como Vera, Fretes, Alvarez Jonte y Dorrego, y, constituyendo el grueso y la médula, un grupo de criollos vehementes e idealistas, que deseaban reemplazar a García Carrasco por una Junta, capitaneada por ellos, que gobernara en nombre de Fernando VII. *

* Figuran en él don Juan Antonio Ovalle, el conde de Quinta Alegre (fig. 407), don Agustín Eyzaguirre, don José Miguel Infante, don José Gregorio Argomedo, don

El grupo se nutría también con varios españoles, lo que define el carácter indudable de guerra civil que pronto va a ganar la contienda armada. Los principales fueron don Fernando Márquez de la Plata (fig. 418), ex regente de la Audiencia y consejero de Indias; el sargento mayor don Carlos Spano, el capitán de artillería Hipólito Soler, Raimundo Sesé, el célebre guerrillero Francisco Javier Molinas, etc.

El tercer grupo es infinitamente más numeroso que los dos anteriores. Lo componen la mayor parte de los criollos, que desean reemplazar en el gobierno a los españoles, pero sin trastornos ni ensayos políticos revolucionarios. La pasión de la lucha los arrojó, en alternativo balance, hacia los otros conglomerados más definidos. Su masa disforme aplastó en sucesivos vaivenes a patriotas y realistas, inclinándolos de la parte vejada por eliminación de la que cometía más torpezas en un momento determinado.

Extrañará tal vez al lector la omisión del pueblo como bando opinante. La realidad documental y objetiva es que el pueblo no participó en absoluto en la gestación de la independencia. Planteada la lucha, peleará indiferente en el bando que capitanee el patrón, el caudillo o el fraile. A medida que se precipitan los acontecimientos, las divisiones señaladas se fueron acentuando hasta convertir diferentes grupos en facciones irreconciliables, que se odiaban entre sí con la ferocidad característica de las guerras civiles.

Los entonces embrionarios grupos recibieron con idéntica repulsión los ofrecimientos de regentar el país que la princesa doña Carlota Joaquina de Borbón hiciera a García Carrasco. Esta princesa, hermana mayor de Fernando VII, enviaba en septiembre de

Doña Carlota las Cortes de Cádiz



FIG. 407.—EL CONDE DE QUINTA ALEGRE. (Retrato de Gil de Castro.)

Gaspar Marín, don Manuel Pérez Cotapos, don José María Rozas, don Antonio Hermida, don José Nicolás de la Cerda, don Nicolás Matorras, don Juan de Dios Vial, don Fernando, don Isidoro y don Francisco Javier Errázuriz Aldunate. Integra también el grupo la familia llamada de "los ochocientos" (fig. 406), con sus jefes, fray Joaquín Larraín y el canónigo don Vicente Larraín y Salas, y sus deudos, por afinidad, don Juan Enrique Rosales, don Francisco Antonio Pérez García, don Juan Mackenna y don Antonio José de Irisarri, etc. Dentro del conjunto tiene carácter de islote la posición ideológica consecuente de don Bernardo O'Higgins, aureolada por el sentimiento de la independencia, en todo extraño a la aristocracia, en calidad casi de extranjero.

1809 un correo de gabinete con el encargo de ofrecer sus servicios a Chile mientras durara el cautiverio de Fernando. El presidente rechazó con cortesía la deferencia; mas la desconfianza de que ya era objeto hizo que en el ambiente de los patriotas se le acusara de traidor a Fernando, apostrofándole con el mote de "carlotino".

La misma actitud, ya encrespada, impidió que Chile enviara sus representantes a las Cortes de Cádiz, tanto por la indiferencia con que había sido acogida la invitación como por las rivalidades personales de García Carrasco, que temía el nombramiento de algún enemigo personal, entre los muchos que ya por esa época lo hostilizaban. Tal circunstancia hizo que la propia regencia los designara desde España. Fueron favorecidos como diputados de Chile en las Cortes, que se inauguraron el 24 de septiembre de 1810, don Joaquín Fernández de Leiva, constituído en 1808 como apoderado del Cabildo de Santiago en España, y don Miguel Riesco y Puente, comerciante chileno que residía en la "Tacita de plata". Identificados con el espíritu de las Cortes de Cádiz, firmaron los representantes chilenos el célebre memorial de los once puntos, que resumía las aspiraciones de los criollos. *

Aumentan las conspiraciones

El proceso revolucionario había ganado ya formas incontenibles, cualquiera que hubiese sido la capacidad de los gobernantes circunstanciales. "En varias partes de este continente se advierte una especie de combustión que podría hacer temer un incendio universal", decía desde Lima, en octubre de 1809, el jefe de la escuadra, don Joaquín Molina, después de visitar Buenos Aires y Santiago.

García Carrasco y las autoridades provinciales sabían a ciencia cierta que se conspiraba. El intendente de Concepción estaba informado de las reuniones habidas en casa de Martínez de Rozas, y el propio gobernador tenía noticias de las desembozadas tertulias revolucionarias en los domicilios de don Manuel de Salas, del conde de Quinta Alegre, de don Agustín Eyzaguirre. Los primeros arrestos se hicieron efectivos en provincias, con el propósito de intimidar a las cabezas. Ellos sólo sirvieron, en definitiva, para formalizar las hostilidades, que tomaron cuerpo con la elección de alcaldes, el 1.º de enero de 1810. Favorecidos con los votos don José Nicolás de la Cerda y don Agustín Eyzaguirre, según se afirma en el opúsculo titulado "Carta de Santiago Leal", García Carrasco los recibió con sarcasmos, tratando al Cabildo de insurgente, juicio en el que no estaba, por cierto, descaminado.

Nada demuestra mejor el estado de pugna contra el gobernador que la separación del asesor Díaz Valdés, español atrabiliario, enemigo mortal de los

* Los principales fueron: igualdad con las provincias de España en la representación a Cortes; abolición del estanco del tabaco; que la mitad de los empleos coloniales fueran desempeñados por criollos; libertad absoluta de comercio; restablecimiento de los jesuítas, etc.

criollos, que fué exonerado de su cargo por García Carrasco, con ánimo de cortar una larga pendencia y satisfacer, de este modo, las exigencias de los patriotas. Pues bien, en vez de colmar su regocijo, la determinación agrupó a todos los criollos al lado del español, su anterior enemigo, por el solo hecho de haber esposado con doña Javiera Carrera.



FIG. 408.—EL DR. VERA Y PINTADO. (Dibujo de Desmadryl.)

Las noticias de España eran, mientras tanto, peores en cada correo. Los revolucionarios "celebraban y aplaudían" los triunfos del francés. Los éxitos iniciales de Bonaparte planteaban un gravísimo problema de conciencia en el nutrido grupo de los criollos indecisos, que simboliza a la perfección el criterio de don Juan Antonio Ovalle: "No es lícito separarse de la metrópoli. Siempre se me ha oído decir y fundar que no hay derecho para ello, porque la corona de Castilla hizo la conquista de las Américas, con su dinero y con su gente; y así todo proyecto y toda resolución para evitar la anarquía, que es lo peor, se deben únicamente dirigir al doloroso caso de la pérdida de España. Ahora, pues, si lo que Dios no quiera, conquistaran los franceses la España, ¿deberíamos quedar dependientes de ella? El que diga que sí merecería la horca, y lo mismo quien diga que debemos sujetarnos a los ingleses. Luego, la independencia en este caso es necesaria y justísima". *

El vértigo en la urdimbre del clima revolucionario rebasaba la capacidad de previsión de García Carrasco. Informado por el virrey de Buenos Aires de los rumores extendidos en toda América sobre la situación chilena, pretendió en mala hora sentar su autoridad sobre las cabezas visibles, que en ese momento lo eran don José Antonio de Rojas, ya anciano; don Juan Antonio Ovalle, cándido e impetuoso, que los verdaderos revolucionarios utilizaban como pantalla, y el audaz e inquieto don Bernardo Vera y Pintado (fig. 408). El gobernador instruyó un sumario secreto del que salió la orden de prisión contra los tres patricios y su traslado a Lima. Coincidían estas medidas represivas con la deposición del virrey Cisneros en Buenos Aires. García Carrasco, con la falta de tacto que caracterizó sus últimas actuaciones, pretendía compensar el

* Presentación dirigida a la Audiencia el 28 de mayo de 1810.

Tesis y titubeo



FIG. 409.—DON JOSÉ GREGORIO ARGOMEDO. (Museo Histórico Nacional.)

El comienzo del fin

efecto de esta noticia apurando la remisión a Lima de los reos. El doctor Vera hubo de permanecer en Valparaíso por enfermedad; pero Rojas y Ovalle fueron embarcados. So pretexto de recoger ropas para la travesía, los deportados lograron avisar a Santiago de su cautiverio. La noticia cayó en la capital como un rayo. Entre el elemento criollo levantó una impetuosa ola de indignación, y entre los mismos españoles la noticia hizo el efecto de una bomba. Las gentes pedían a gritos un Cabildo abierto. En poco tiempo se congregaba en la plaza una multitud que no tenía precedente por su número en la historia de Chile.

Luego que se logró acallar a la muchedumbre, don José Gregorio Argomedo expuso en "tono descompasado y furioso" el objeto del Cabildo abierto: la revocación inmediata de la orden de destierro. García Carrasco había perdido el aplomo inicial. Encarando a los conjurados, les gritó en tono desafiante: "¿Quién de ustedes piensa salir de aquí con libertad?" El gesto audaz de nada iba a servirle. A empujones lo redujeron en una sala inmediata a la de sesiones, donde le arrancaron la orden de la vuelta de los presos a Santiago y la separación de los asesores, sustituyéndolos por el oidor don José de Santiago Concha. El jefe militar de la plaza nada hizo por sofrenar un clima tenso que ya dominaba el ambiente. En la noche del 13 de julio se congregaron en la plaza unos mil hombres, dirigidos, según dice fray Melchor Martínez, "por la principal nobleza", con el ánimo de las grandes determinaciones. García Carrasco, abandonado de todos, no podía tomar ninguna medida precautoria. Los amotinados acordaron dar el golpe definitivo el día 17. El Cabildo debía tomar el mando, y los vecinos decidir sobre el sistema provisional de gobierno hasta que se llamara a elecciones.

La Audiencia intentó desviar el golpe, apoyando a los criollos moderados y ofreciendo a los turbulentos la salida de García Carrasco para aplacarlos. En efecto, la asamblea, reunida a las 11 de la mañana del día 16, aceptó la renuncia del gobernador, que se apartaba del mando por "el estado de su quebranta-

da salud y las ocurrencias de los presentes tiempos". La mayoría señaló al conde de la Conquista como el indicado sucesor. García Carrasco le entregó el bastón simbólico del mando, y se procedió a extender el acta. El grito de Dorrego: "¡Junta queremos!", era prematuro. Apenas se acababan de perfilar los contornos reales de los objetivos que van a defender con las armas los grupos en pugna.

La deposición de García Carrasco, por lo demás, fué casi simultánea con la decretada por la regencia al conocerse en España los detalles del escándalo de la "Scorpion".

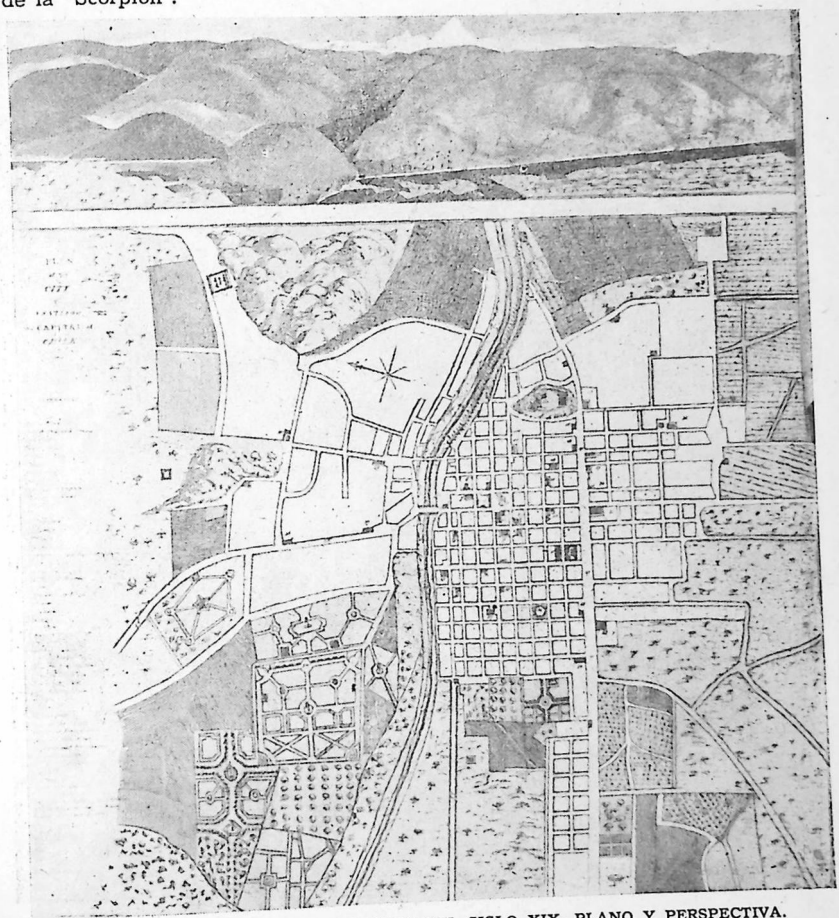


FIG. 410.—SANTIAGO A COMIENZOS DEL SIGLO XIX. PLANO Y PERSPECTIVA. (Según Schmidtmayer.)

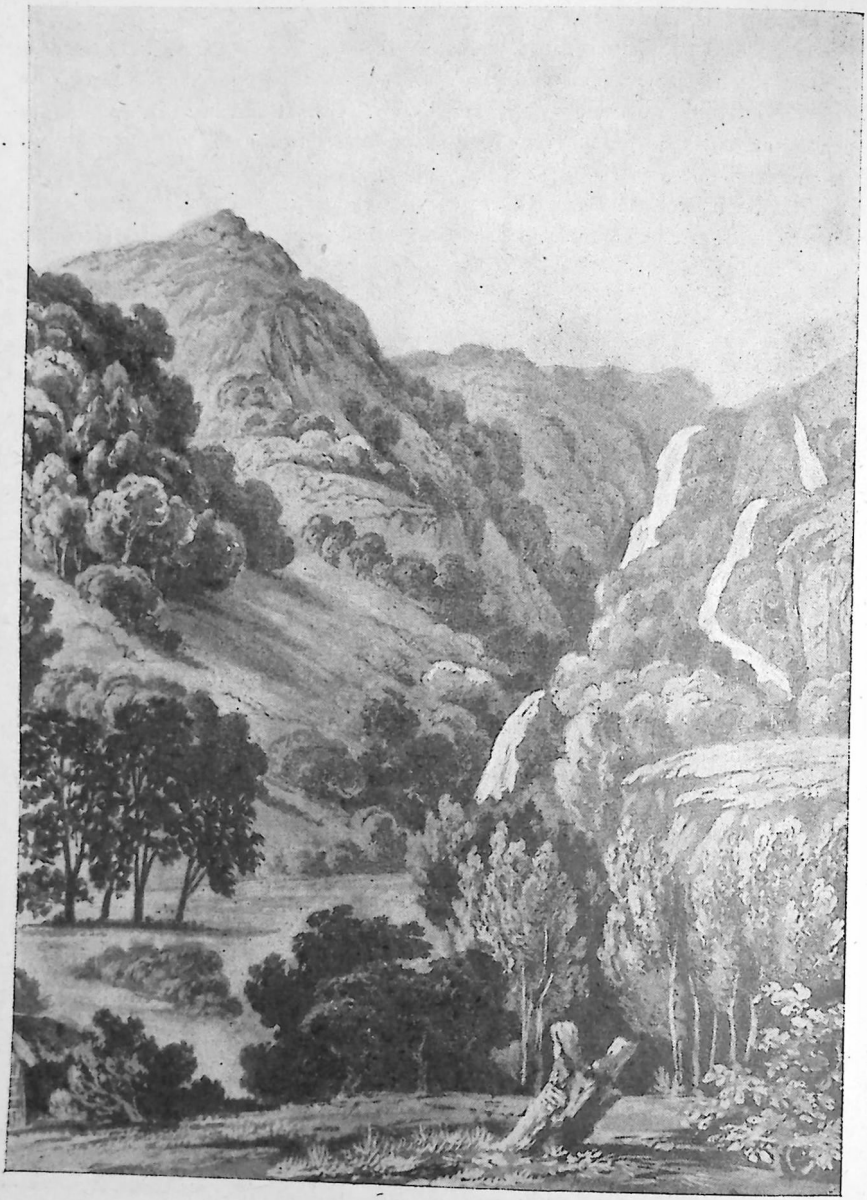


FIG. 411.—SALTO DE AGUA. (Dibujo de María Graham.)

III

La primera Junta de Gobierno. El símbolo del conde de la Conquista.

LA figura de don Mateo de Toro Zambrano (fig. 413) se perfila a la luz de sus actos muy distinta de la custodiada por la tradición. Hábil comerciante, había llegado a ser uno de los hombres más ricos de Chile, que manifestaba su espíritu público al margen del gobierno o como simple colaborador. Rechazó la mayor parte de los altos cargos que se le ofrecieron. Y en su labor al frente de los que forzadamente aceptó puso de relieve dotes de inteligente administrador, cauta firmeza y don de mando. No en vano dijo de él don José Perfecto Salas que era "honra del criollismo; pocas palabras; mucho juicio; gran caudal; muy hombre de bien".

Mas, al asumir el mando, era un decrépito anciano de 83 años, que con dificultad seguía el encadenamiento de los problemas tratados. Su recuerdo desaparecía en el momento de separarse de su interlocutor, y, en consecuencia, siempre se inclinaba por el parecer del último que le hablaba.

La Junta de Buenos Aires y el Catecismo Político Cristiano

El panorama político al producirse la caída de García Carrasco acusó con este acontecimiento las características no ha mucho señaladas. Los criollos exaltados, que don Manuel A. Talavera calcula en el 20% de la aristocracia, aspiraban al establecimiento de una Junta formada por criollos y españoles, con el predominio total de los primeros, que gobernara el reino en nombre de Fernando VII. Frente a ellos, el bando realista, capitaneado por la Audiencia; el obispo de Concepción, señor Villodres (fig. 412), y por el vicario de Santiago, señor Rodríguez Zorrilla, estaba constituído por europeos y criollos en partes iguales.



FIG. 412.—EL OBISPO VILLODRES.

De una manera cada vez más definida fué acentuándose la influencia subterránea de Buenos Aires. Para aquella Junta la libertad de Chile era premisa de su propia libertad. Tal vez uno de los numerosos agentes secretos que lle-



FIG. 413.—DON MATEO DE TORO Y ZAMBRANO. (Colección de Retratos, Sala Medina.)

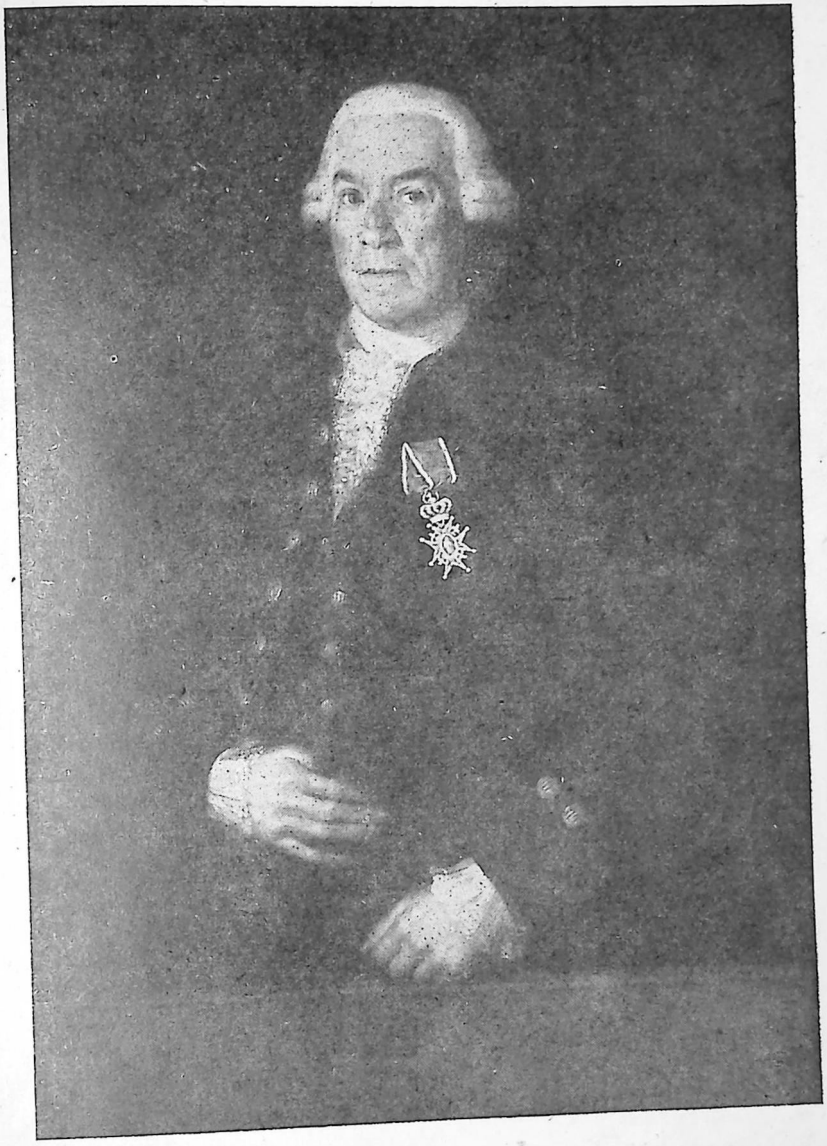


FIG. 414.—DON JOSÉ DE TORO Y ZAMBRANO, ECONOMISTA DE GRAN RELIEVE, HERMANO DE DON MATEO. (Retrato de Goya. Banco de España, Madrid.)

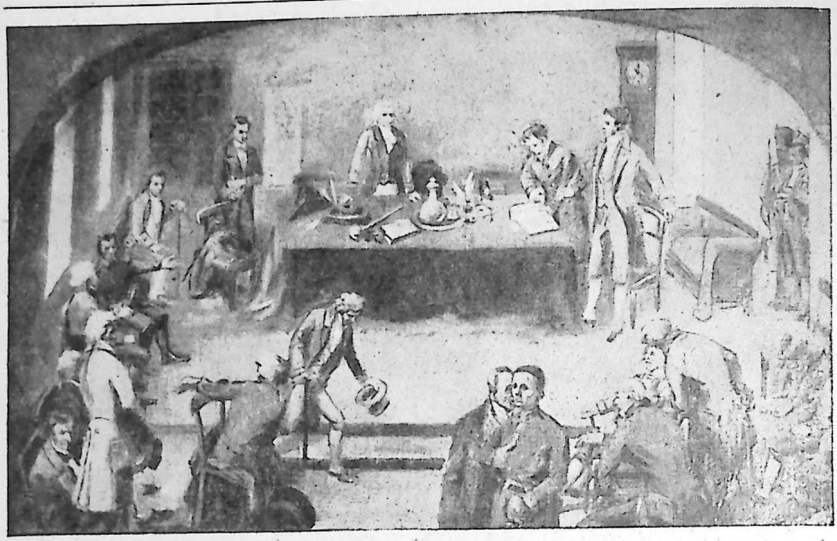


FIG. 415.—EL CABILDO DEL 18 DE SEPTIEMBRE. PROYECTO PARA LA DECORACIÓN DEL SENADO DE NICOLÁS GUZMÁN B. (1850-1938), DISCÍPULO DE CICARELLI. (Museo Histórico Nacional.) (Nótese la errada presencia de Camilo Henríquez.)

gaban a Santiago era portador de un opúsculo manuscrito titulado "Catecismo político cristiano dispuesto para la instrucción de la juventud de los pueblos de la América Meridional". Su influencia en la gestación del clima de septiembre fué escasa. Jaime Zudáñez pretendió hacerlo circular, luego de glosarlo; mas los directores del movimiento se limitaron a repartir unas cuantas copias manuscritas entre los verdaderos revolucionarios, juzgando que sus expresiones filosóficas asustarían a la mayoría de sus partidarios. Más tarde circuló profusamente.

e convoca el
bildo abierto

Ante la inminencia de la llegada del gobernador en propiedad, los patriotas encauzaron sus gestiones hacia la anulación de las fuerzas militares que podían servir de apoyo a los realistas. Estos, por su parte, se agruparon en torno al símbolo de la Audiencia y a los prelados, que combatían con denuedo desde el púlpito y los confesionarios a los juntistas. Se engendró así una serie de peregrinas batallas: a cada diatriba de los frailes correspondía la consiguiente protesta de los patriotas ante el Cabildo y el presidente. La pugna de influencias alrededor del anciano conde de la Conquista tomó entonces facetas definidas. Con indudable habilidad, el Cabildo de Santiago inició los rodeos para llegar a la Junta por medio de medidas indirectas. Primero solicitó que se aumentara el número de sus miembros. Más tarde negó juramento al Consejo de Regencia, reconociéndolo, no obstante, mientras permaneciera en la Península. Pese a

los esfuerzos de los oidores realistas, los revolucionarios lograron, al fin, arrancar al presidente la autorización para celebrar un Cabildo abierto. *

El clima de tensión se iba caldeando día a día. Hubo numerosas reuniones privadas, y el temor de tumultos y pendencias actuó como sedativo en los ánimos timoratos de la mayor parte de los comerciantes españoles, que transaron con la constitución de la Junta, confiando en que los juntistas respetarían sus personas y bienes. El día 16 anotaba Argomedo en su "Diario": "He oído en la tarde y noche a muchos europeos opinar ya por Junta". **

* Las esquelas de invitación decían así: "Para el día 18 del corriente, espera a usted el muy ilustre señor Presidente con el ilustre ayuntamiento en la sala del real tribunal del Consulado, a tratar de los medios de seguridad pública, discutiéndose allí qué sistema de gobierno debe adoptarse para conservar siempre estos dominios al señor don Fernando VII". ("Historiadores de la Independencia". T. XVIII, p. 187.)

** "Historiadores de la Independencia." T. XIX, p. 20.

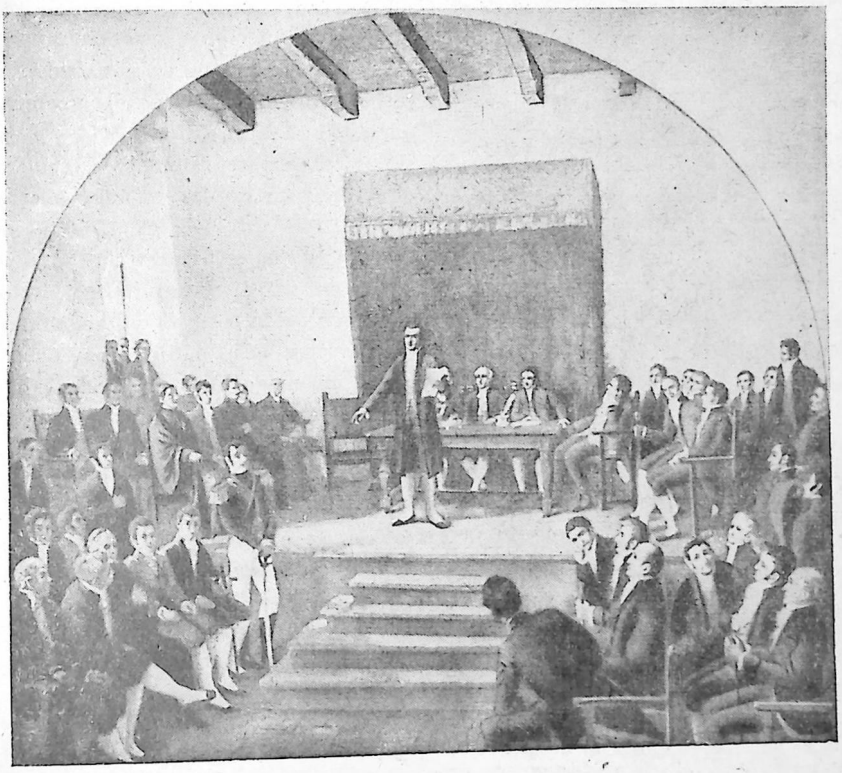


FIG. 416.—EL CABILDO DEL 18 DE SEPTIEMBRE. SENADO.

El Cabildo del de septiembre de 1810



FIG. 417.—DON GASPAR MARÍN, SECRETARIO, CON ARGOMEDO, DE LA PRIMERA JUNTA. (Reprod. Archivo Zig-Zag.)

La Audiencia, sellando su decisión con el espíritu contumaz que la animó siempre, no arrió la bandera. Su último oficio enviado al presidente, luego de un preámbulo conminatorio, lo coacciona diciendo: "Y, si nada de lo expuesto alcanza, y ha de celebrarse el congreso, presídalo U. S., no permita establecimiento de la Junta y dé orden a los jefes militares que no obedezcan esta nueva autoridad, si se establece".

La asamblea del 18 de septiembre no tuvo, como ya señaló Vicuña Mackenna, el significado histórico de cuna de la independencia que a posteriori se le ha dado. La gran mayoría de los juntistas sólo deseaba un gobierno propio, de carácter provisional, mientras durase el cautiverio del rey.

Las precauciones hábilmente tomadas en el reparto de las esquelas dieron frutos inmediatos. De los 1.700 europeos que vivían a la sazón en Santiago, apenas se invitó a unos 14. Sólo se permitió la entrada, como era de rigor, a los portadores de esquelas. Alrededor de las nueve de la mañana ya se habían reunido en la sala del Consulado unas 450 personas (figs. 415 y 416). Luego de entrar en ella el cabildo civil, lo hizo don Mateo de Toro, acompañado de su secretario y de su asesor. Rompiendo el expectante silencio, dijo el mandatario: "Aquí está el bastón, disponed de él y del mando", y volviéndose hacia Argomedo (fig. 409), añadió: "Secretario, cumpla usted con lo que le he prevenido". De inmediato, el nombrado leyó un discurso en elogio del conde, que culminaba con estas frases: "En manos de sus propios súbditos, que tanto le han honrado con su obediencia, deposita el bastón, y de todos se promete la adopción de los medios más ciertos de quedar seguros, defendidos y eternamente fieles vasallos del más adorable monarca Fernando. El ilustre Ayuntamiento los propondrá primero; y todos, como amantes hermanos, propenderemos a un logro que nos hará honrados y felices. Este es el deseo y encargo del M. I. S. P.; y cuando yo he sido el órgano de manifestarlo, cuento por el más feliz de mis días el presente". *

* "Historiadores de la Independencia." T. XIX, p. 25.

De inmediato el procurador de la ciudad, don José Miguel Infante, pronunció un largo discurso, que en su parte medular decía: "Si se ha declarado que los pueblos de América forman una parte integrante de la monarquía, si se ha reconocido que tienen los mismos derechos y privilegios que los de la península, y en éstos se han establecido Juntas provinciales, ¿no debemos establecerlas también nosotros?... Señores europeos, estad firmemente persuadidos de que hombres inicuos han sido los que han procurado sembrar discordias, con el fin de haceros oponer al justo designio de los patricios. El ánimo noble y generoso de éstos no propende a otra cosa que a mantener una unión recíproca"...

Pidió luego la palabra don Manuel Manso, chileno, para manifestar que la paz interior y la ausencia de peligros exteriores hacían innecesario el cambio de gobierno que se quería realizar. El criollo no pudo concluir su discurso. El grito aislado de hacía apenas dos meses lanzado por Dorrego de ¡Junta queremos!, era ahora coreado por la mayoría de los asistentes, puestos en pie.

Creado el clima propiciatorio, Infante leyó con solemnidad los nombres del propuesto gobierno: don Mateo de Toro Zambrano, presidente; el obispo electo de Santiago, don José Antonio Martínez, vicepresidente; el consejero de Indias, don Fernando Márquez de la Plata, primer vocal; don Juan Martínez de Rozas, segundo vocal, y don Ignacio de la Carrera, tercer vocal. Se lograba así una vasta representación: los dos primeros, del rey y de la Iglesia, como poderes tradicionales; Márquez de la Plata, en nombre de los europeos juntistas; Martínez de Rozas, por los patricios de Concepción, y don Ignacio de la Carrera, por los de Santiago (figs. 418 y 419).



FIG. 418.—DON FERNANDO MÁRQUEZ DE LA PLATA. (Museo Histórico Nacional.)

Fueron todos aceptados con grandes aclamaciones. Mas los preteridos sugirieron la ampliación a dos más. Sufragaron 436 asambleístas, y los votos reflejan perfectamente la distribución de fuerzas, no obstante los preparativos señalados. La primera mayoría la obtuvo el coronel Francisco Javier Reina, antijuntista, con 99 sufragios; al que siguió uno de los jefes de los ochocientos, don Juan Enrique Rosa-



FIG. 419.—OBISPO MARTÍNEZ DE ALDUNATE, VICEPRESIDENTE DE LA PRIMERA JUNTA. (Museo Histórico Nacional.)

En la muy Noble Ciudad de Santiago de Chile a diez y ocho dias del Mes de Septiembre del año de mill ochocientos diez: El Muy Ilustre Señor Presidente y Señores de Su Cabildo congregados con todos los Gefes de todas las Corporaciones, Prelados de las Comunidades Religiosas, y Vecindario Noble de la Capital en la Sala del Real Consulado: Dixeron. Que siendo el principal objeto del Govierno y del Cuerpo representante de la Patria el Orden, quietud, y tranquilidad Publica perturvada notablemente en medio de la incertidumbre acerca de las noticias de la Metropoli, que producian una divergencia peligrosa en las opiniones de los Ciudadanos; se habia adoptado el partido de conciliarlas a un punto de unidad convocandolos al Magestuoso congreso en que se hallavan reunidos para consultar la mejor defensa del Reyno y sosiego Comun conforme a lo acordado: y teniendo a la vista el Decreto de treinta de Abril Expedido por el Supremo Consejo de Regencia en que reniega toda provicion y audiencia en materias de gracia y Justicia quedando solo expedito su despacho en las de Guerra, con Consideracion a que la misma Regencia con su manifiesto de Catorce de Febrero ultimo ha remitido el de la instalacion de la Junta de Cadiz adoptando a las Americas que esta podria servir de Modelo a los Pueblos que quisieran elegirse un Govierno representativo digno de su Confianza y proponiendose que toda la discordia de los

Acta de la instalacion de la Primera Junta Gubernativa del Reyno

FIG. 420.—1.ª PÁGINA DEL ACTA DEL CABILDO DEL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1810.

Capital provenia del deseo de tal establecimiento con el fin de que se examinase y decidiese por todo el Congreso la legitimidad de este negocio: oydo el Procurador General que con la mayor energia expuso las Decisiones legales y que ha este Pueblo asistia las mismas prerrogativas y derechos que a los de España p.a fijar su Govierno igual especialmente quando no menos que aquellos se halla. Amenazados de Enemigos, y de las intrigas que hacen mas peligrosa la distancia necesitado á precaverlas, y preparar su mejor defensa: con cuyos antecedentes penetrado el Muy Ylustre Señor Presidente de los propios conocimientos, y há exemplo delo que hizo el Señor Governador de Cadiz; deposito toda su autoridad en el Pueblo p.a que acordase el Govierno mas digno de su confianza, y mas apropósito a la observancia delas Leyes, y conservacion de estos Dominios a su legitimo Dueño y desgraciado Monarca el Señor Don Fernando Septimo en este solemne acto todos los Prelados Gefes, y Vecinos tributandole las mas expresivas Gracias por aquel magnanimo desprendimiento, aclamaron con la mayor efusion de su alegria y armoniosa uniformidad que se estableciese una Junta presidida ~~precisamente~~ del mismo Señor Conde de la Conquista en manifestacion de la gratitud que merecia a este Generoso Pueblo, que teniendole a su frente se prometia el Govierno mas feliz la paz inalterable y la Seguridad permanente del Reyno. Resolvieron que se agregasen seis Vocales que fuesen interinos mientras se convocavan y llegavan los Diputados de todas las Provincias de Chile para organizar lo que devia regir en lo subcesivo, y procediendo a la eleccion de estos propuestos en primer lugar el Ylustrisimo Señor Don Jose Antonio Martinez de Aldunate, se acepto con universal aprovacion del Congreso: sucedio lo mismo con el segundo Vocal el Señor Don Fernando Marquez de la Plata del Ylustre Consejo de la Nacion: con el tercero Doctor

FIG. 421.—2.ª PÁGINA DEL ACTA.

Don Juan Martinez de Rosas: y Quarto Vocal el Señor Coronel
Don Ygnacio de la Carrera, admitidos con los mismos vivas y
aclamaciones sin que discrepase uno de mas de quatrocientos
sinquenta Vocales y procediendo luego ala eleccion por sedulas se
cretas delos dos Miembros que devian completar la Junta
(porque se advirtio alguna diferiencia en los dictamenes) resul
to la Pluralidad por el Señor Coronel Don Francisco Xavier de
Reyna y Maestre de Campo Don Juan Enrrique Rosales, que ma-
nifestados al Publico fueron recividos con singular regosijo: con
el que se levro todo el congreso la eleccion de dos Secretarios
en los Doctores Don Jose Gaspar Marin, y Don Jose Gregorio
de Argomedo, que por su notoria literatura honor y Provi-
dad se han adquirido toda la satisfaccion del Pueblo: se
consedio à los Secretarios el voto informativo acordandose
que el mismo Escribano de Govierno lo fuese de la Junta:
se concluieron y proclamaron las elecciones: Fueron llamados
los electos, y haviendo prestado el Juramento de huser fiel
mente su Ministerio, defender este Reyno hasta con la ul
tima gota de su sangre conservarlo al Señor Don Fernan
do Septimo y reconocer el Supremo Concejo de Regencia
fueron puestos en posesion de sus empleos: Declarando el
Ayuntamiento, Prelados, Gefes, y Vecinos el tratamiento de
excelencia que devia corresponder ha à quella Corpora
cion, y al Presidente en particular, como à cada Vocal el
de Señoria, la facultad de proveer los empleos bacantes
y que vacaren, y alas demas que dictase la necesidad
de no poderse ocurrir ala Soverania Nacional. Todos los
Cuerpos Militares, Gefes, Prelados, Religiosos, y Vecinos
juraron en el mismo acto obediencia y fidelidad
à dicha Junta instalada asi en nombre del Señor Don
Fernando Septimo a quien estara siempre sugeta conser-
vando las autoridades constituidas, y Empleados en
sus respectibos destinos: Y haviendose pasado Oficio al
Tribunal dela Real Audiencia para que prestase el mis-

FIG. 422.—3.ª PÁGINA DEL ACTA.

mo reconocimiento el dia de mañana diez y nueve del Co-
rriente (por haverse concluido las diligencias relacionadas à
la hora intempestiva de las tres de la tarde) resolvieron
dichos Señores se extendiese esta Acta, y publicase en forma
de Vando Solemne, se fixase para mayor notoriedad
en los Lugares acostumbrados, y se circulasen testimonios
con los respectivos Oficios a todas las Ciudades y Villas
del Reyno. Asi lo acordaron y firmaron de que doy fée=

Jose Mig.l Infante
Proc.or Gral

FIG. 423.—4.ª Y ÚLTIMA PÁGINA DEL ACTA. (Edición de Medina.)

les, con 98; otro realista en el momento, don Francisco Cisternas, con 78; don Celedonio Villota, español, con 47, y, por último, varios patriotas más. Las primeras mayorías incorporaron a la Junta a don Francisco Javier Reina y a don Juan Enrique Rosales. Fueron designados secretarios don Gaspar Marín y don José Gregorio Argomedo (figs. 420 a 423).

Después de prestar juramento los elegidos y cambiarse algunas ideas, se dió por terminada la asamblea, y el presidente regresó a su casa aclamado por la multitud. Una improvisada y bulliciosa orquesta dió "esquinazos" a don Mateo y a cada uno de los vocales. *

Martínez de Rozas vuelve al primer plano

El hombre de más empuje y personalidad en el recién nacido gobierno era sin duda Martínez de Rozas. El concepto pragmático de la historia nos lo ha presentado como un apóstol de ardoroso ímpetu, abrasado en el sentimiento de la independencia. Muy por el contrario, la característica que define su idiosincrasia es el oportunismo. Con igual desparpajo hubiera servido a Godoy, a Napoleón, a Fernando VII o a la República, de haber disfrutado de honores, mando y riquezas, y con la misma facilidad los habría abandonado, como aconteció con García Carrasco y va a suceder con todos los hombres al lado de los cuales le corresponda actuar. El sentimiento que en realidad lo abrasaba era la sed de mando. Frecuentes crisis, que sus contemporáneos juzgaron cobardía, provocaban en él reacciones impetuosas, seguidas de profundas depresiones. La reserva y un prurito de sagacidad aplastaban las hipotéticas cualidades de caudillo en un hombre que tampoco demostró astucia y clarividencia. Los dos compadres que trajo a Santiago para apoyarse en su fuerza militar lo traicionaron. Primero don Tomás de Figueroa y luego don Juan Miguel Benavente.

Su cordura administrativa y su indudable inteligencia habrían hecho de él un excelente funcionario mejor que



FIG. 424.—DON JUAN EGAÑA. (Dibujo de Desmadryl.)

* El juramento de los nuevos gobernantes estaba concebido en estos términos: "¿Jura usted defender la patria hasta derramar la última gota de sangre, para conservarla ilesa hasta depositarla en manos del señor don Fernando VII, nuestro soberano, o de su legítimo sucesor; conservar y guardar nuestra religión y leyes; hacer justicia y reconocer al supremo Consejo de Regencia como representante de la Majestad Real?"

Los planes de España

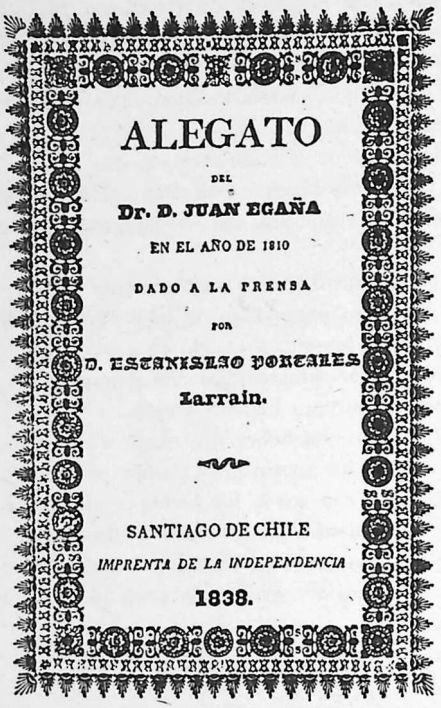

ALEGATO
DEL
Dr. D. JUAN EGAÑA
EN EL AÑO DE 1810
DADO A LA PRENSA
POR
D. ESTANISLAO PORTALES
Larrain.
SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA DE LA INDEPENDENCIA
1838.

FIG. 425.—UN ALEGATO DE EGAÑA, DE 1810, DADO A LAS PRENSAS EN 1838.

un conductor de revoluciones. Por último, encuadra la hostilidad ambiente su condición de extranjero. Martínez de Rozas era mendocino. La aristocracia chilena lo juzgó siempre como un extraño, no obstante haber nacido en Cuyo cuando esta provincia era chilena.

Desde la iniciación de su gobierno, la Junta fué asesorada en sus programas político-económico-morales por don Juan Egaña y por don Manuel de Salas. El ambicioso plan del primero partía de la situación creada al invadir España los franceses. Antes que comprar mercaderías de segunda mano en Buenos Aires, era más práctico adquirirlas directamente en el Pacífico. Mas este comercio acarreaba el peligro de ahogar el desarrollo de las industrias nacionales. Con una clarividencia que se adelanta a las teorías de historiadores y economistas chilenos del siglo XIX, Egaña sostenía que el comercio libre sólo era un arbitrio transitorio, y que debía "quedarnos expedita la industria de las primeras materias de nuestro país". *

En el orden estrictamente político, Egaña sostenía que "los gobiernos, con actividad, buen corazón y buenos consejos, tienen mil modos de hacerse amar y hacer felices sus pueblos, sin necesidad de grandes gastos". Las principales medidas propuestas propugnaban el freno de la manía de pleitear; la adquisición de una imprenta; el fomento de diversiones honestas; la invitación a los demás pueblos hispanoamericanos a "un congreso provisional, donde se

* En razón de su interés teórico, es interesante reproducir los aspectos fundamentales de su plan: "Este país —dice— es agricultor, el comercio le facilitaría la extracción y la población el consumo interior. Basta por ahora: 1.º concluir el canal del Maipo; 2.º imponer una doble o triple alcabala a las compras que hicieren los poseedores de tierras para aumentar sus terrenos, a lo menos hasta cierta extensión, para evitar que grandes masas queden incultas en pocas manos; 3.º componer los caminos para facilitar las conducciones de frutas; 4.º una exacta policía de las aguas"...

establezca el orden de unión y régimen interior, que debe guardarse entre las provincias de América, hasta las Cortes generales. De otro modo, la América se disuelve, hay mil disensiones civiles"... Y propugnando una política pacifista, dice: "Este país difícilmente será acometido por tierra. La tropa inutiliza las manos industriosas, corrompe las costumbres, impide la propagación y aumenta el despotismo".

Hacia esta época comienza también a tomar vuelo la literatura política, plena de ingenuos ditirambos declamatorios, con alusiones a la antigüedad grecorromana y calurosas adhesiones a Fernando VII.

Regreso de Ovalle y Rojas. Martínez de Rozas en Santiago

El regreso de Ovalle y Rojas a Chile, una de las primeras medidas del nuevo gobierno, dió forma al entusiasmo popular. Se festejó con iluminaciones, saraos, refrescos y cenas. Apremiados los gobernantes por las necesidades de la defensa, Rosales ideó un plan militar, según el cual un comerciante inglés, Whitaker, se comprometía a traer 10.000 fusiles, amén de pistolas, uniformes, etc.; contratos, pedidos y proyectos que fracasaron poco después de nacer.

La llegada de Martínez de Rozas, dos meses después de instalada la Junta, causó las primeras trizaduras, pues sus actuaciones iniciales desplazaron a Rosales y lo erigieron en mentor indiscutible del mando. Es simbólica la aparición de un pasquín en la puerta de su casa, que, debajo de una corona real, decía: "Chilenos, abrid los ojos, cuidado con Juan I". *

Sus primeros esfuerzos se encauzaron en la organización de regimientos, que intentó poner bajo el comando de jefes adictos a su persona. Tales empeños, por lo demás, tropezaban con tres obstáculos, a cuál más insalvable: la falta de base técnica en la oficialidad, la resistencia del pueblo a enrolarse y la escasez de fondos.

Se convoca el primer Congreso

Antes de partir de Concepción, Martínez de Rozas se había entrevistado con O'Higgins para cambiar ideas sobre la convocatoria de un Congreso. Tenía don Bernardo serias reservas sobre la eficacia de este primer parlamento, noticia que se conserva en una carta dirigida a Mackenna. **

Con el ingenuo anhelo de que el Congreso iba a resolver los arduos problemas que ensombrecían el horizonte, se convocó a elecciones para el 15 de diciembre. Debía componerse el parlamento de 36 diputados: seis por Santiago, tres por Concepción, dos por cada uno de los partidos de Chillán, San Fernando, Coquimbo y Talca y diecinueve por los partidos restantes. Tenían calidad de electores "los individuos que por su fortuna, empleos, talentos o ca-

* Talavera.

** "Según mi propia convicción, me parece indudable que el primero congreso de Chile va a dar muestras de la más pueril ignorancia y a hacerse reo de toda clase de insensateces. Tales consecuencias son inevitables en nuestra actual situación, careciendo, como carecemos, de toda clase de conocimientos y de toda experiencia. Pero es preciso comenzar alguna vez; y mientras más pronto sea, mayores ventajas obtendremos." De la Cruz: "Epistolario de O'Higgins", T. I, p. 36.

lidad gozan de alguna consideración en los partidos en que residen, siendo mayores de 25 años". Los cabildos debían dirigir la elección y calificar a los vecinos con derecho a voto.

La libertad de comercio

La apertura del comercio con los países extranjeros tropezó también con serias dificultades. Los miembros de la Junta, reflejando un sentir general, preveían la supeditación del comercio chileno al extranjero y la muerte de las escasas industrias que sobrevivían a la obra de los jesuítas. La posibilidad de dar salida a los productos chilenos estancados desde que se interrumpió el comercio con España y, especialmente, el aumento de las rentas fiscales por este motivo, decidieron a la Junta a autorizar el comercio libre, que se reglamentaba el 21 de febrero de 1811. No deja de ser paradojal el hecho de que se aumentaran en 134% los derechos de arancel que gravaban la internación de mercadería extranjera durante la Colonia.

Recrudecen las hostilidades

Mientras en Chile se producían los acontecimientos señalados, el Consejo de Regencia había destinado a Elío, gobernador designado para Chile, a Buenos Aires, reemplazándolo por Antonio Valcárcel, marqués de Medina. Apenas tuvo noticia de este nombramiento, la Junta le envió una nota conminatoria de que no se presentase por ningún motivo en Chile "con el título de presidente ínterin subsistan las cosas en el estado actual, porque será sin efecto su venida". Por éste y otros motivos, las hostilidades contra los españoles peninsulares pasaron a las vías de hecho. Dos desconocidos atracaron al doctor don Prudencio Lazcano. Al día siguiente apareció una proclama que demuestra el tono de violencia alcanzado a la sazón: "Don Prudencio Lazcano ha sufrido una paliza porque fué preciso que la sufriera. No lo haríamos si la Junta que hicimos hiciera lo que debe; mas, si no lo hace, la acción está en nosotros, y lo hemos dicho que no queremos aquí oidores Carrascos, Lazcanos ni Talaveras: sin embargo, no quiere echarlos. Los palos mostrarán que nosotros podemos, y no lo hacemos porque ella lo haga; si ni ellos se van ni ella les hace irse, con unos y otros haremos lo que podamos".

La literatura política seguía el mismo tono virulento. Se llamaba a Abascal "concubinario y adorador de Baco". Si bien el "Catecismo" todavía no circulaba, lo hacían en profusión dos proclamas: "Diálogo entre el portero del cabildo y el portero de la junta", atribuído a don Manuel de Salas, y el "Diálogo entre el español americano ilustrado y el español europeo pata rajada", título que en sí determina admirablemente el cariz de guerra civil entre españoles de uno y otro lado que ya tomaba la contienda.

La oración fúnebre al conde de la Conquista, que había fallecido en la noche del 26 de febrero de 1811, sirvió de pretexto a fray Miguel Ovalle para anunciar desde el púlpito la pérdida total de España y la necesidad de establecer cuanto antes la independencia absoluta.

Quirino Lemáchez

Entre las proclamas injuriosas que hasta el momento se habían multiplicado, llamó la atención por su cordura la aparecida el 6 de enero, que firmaba Quirino Lemáchez (fig. 426). Era su autor el fraile de la Buena Muerte Camilo Henríquez, nacido en Valdivia en 1769, en el seno de una antigua familia colonial venida a menos. Enviado a Lima por algunos parientes para completar su educación, se apasionó en el claustro por la lectura de los enciclopedistas franceses y los clásicos grecorromanos. "Los hombres fueran felices si los filósofos imperaran, o fuesen filósofos los emperadores", era entonces su lema. Había en Camilo Henríquez una gran riqueza sentimental que le impidió momificarse en la ideología, sin apartarse por ello del sentido que tomaba la revolución.

La proclama estaba saturada de ideal; hablaba a los sentimientos, no a la razón; estimulaba el impulso creador, no los odios estériles. Por vez primera se daba consistente fuerza al amor secular del criollo por su tierra.

Si ella difería de las anteriores, más aún se distanciaba su autor de los hombres entre los cuales actuó. Utópico, idealista, bondadoso teorizante, su personalidad se iba a diluir en el fárrago ya incontenible de la lucha armada. Su misión debió terminar en marzo de 1813. A partir de esta fecha, su sacrificio fué estéril para los destinos de Chile, y su consecuencia, la más espantosa agonía moral imaginable.

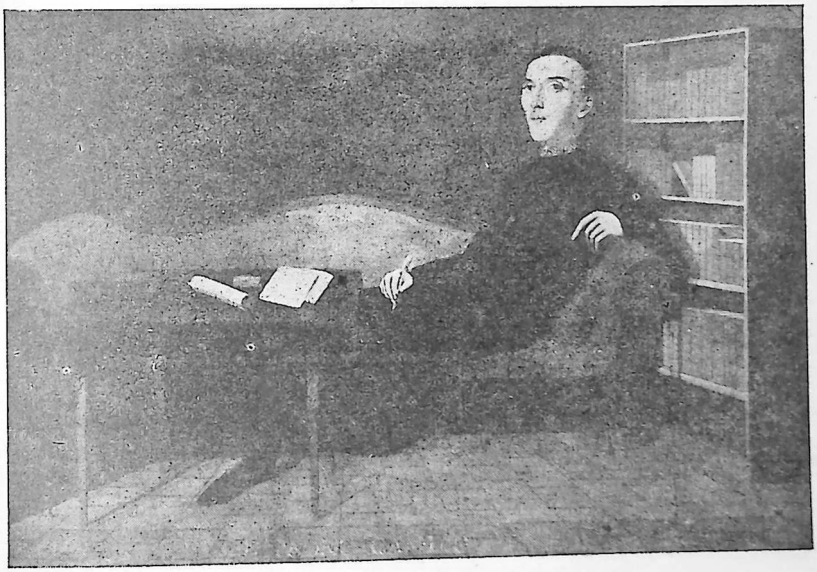


FIG. 426.—CAMILO HENRÍQUEZ. (Museo Histórico Nacional.)

PROYECTO

DE

UNA CONSTITUCION

PARA EL ESTADO DE CHILE,

QUE POR DISPOSICION DEL ALTO CONGRESO

ESCRIBIÒ

EL SENADOR D. D. JUAN EGAÑA

en el año de 1811.

Y

QUE HOY MANDA PUBLICAR EL SUPREMO GOBIERNO.

LE PRECEDE

El proyecto de declaracion de los derechos del Pueblo de Chile.

MODIFICADO

SEGUN EL DICTAMEN QUE POR ÓRDEN DEL MISMO GOBIERNO SE PIDIO AL AUTOR.

SANTIAGO DE CHILE.

IMPRENTA DEL GOBIERNO: POR D. J. C. GALLARDO.

AÑO DE 1813.

FIG. 427.—PROYECTO CONSTITUCIONAL DE EGAÑA, DE 1811.

IV

Martínez de Rozas y la aristocracia. El motín de Figueroa. El primer Congreso Nacional. Carrera entra en acción.

LA historia tradicional, en su pragmático intento de ensalzar la figura de Martínez de Rozas, estableció a posteriori una división totalmente arbitraria de los bandos patriotas, que bautizó con los nombres anacrónicos de radicales y conservadores. Esta nomenclatura, repetida en los textos de enseñanza, no existió en aquella época en Chile. La actuación directa de Martínez de Rozas dividió el último grupo de los señalados al comienzo de esta parte * en la más propia de rocistas y antirrocistas.

Nutrían el primero los autoritarios, los adeptos al principio de un gobierno fuerte, incluso personal y atrabiliario. Son los hombres que después van a apoyar la dictadura de O'Higgins, don Hipólito Villegas, Argomedo, etc., y la juventud que hará la revolución de 1830 y los gobiernos portalianos de Prieto y Bulnes. El bando antirrocista estaba constituído por los liberales y radicales de más tarde, los partidarios de un gobierno popular, respetuoso del derecho y con atribuciones limitadas: Infante, Errázuriz, Eyzaguirre...

Las relaciones con Buenos Aires

La lucha entre los dos bandos no va a tener, todavía, carácter ideológico-teórico, sino un tipo de hostilidad personal, que translucen los documentos con clarividente nitidez: la antipatía de la aristocracia santiaguina por Martínez de Rozas, el respeto por el derecho, su consecuente aversión por la dureza excesiva en el mando y por las dictaduras, un camino, en suma, por completo diverso del que debía conducir a la independencia. Además, actuaban sobre este sedimento la repulsión general por el carácter solapado y cauteloso de Martínez de Rozas, el recuerdo de su responsabilidad directa en el escándalo de la "Scorpion" y su equívoca conducta en el cogobierno de García Carrasco. El corolario de las hostilidades era la discrepancia en cuanto a las relaciones con Buenos Aires. Martínez de Rozas propugnaba una alianza que garantizara la libertad de Chile y, sobre todo, que afianzase su posición personal. El bando contrario juzgaba ilusoria en aquellos momentos una ayuda platense contra el virrey del Perú. Por desgracia, la persona acreditada por Buenos Aires, el joven José Antonio Alvarez Jonte, era la menos indicada para resolver la disputa. Muy inteligente, audaz e idealista, se erigió en mentor de la Junta, con el beneplácito de Martínez de Rozas. Mas el trato despectivo y atropellador de

* Págs. 486 y 487.

Alvarez Jonte irritaba a los patricios santiaguinos. Se sentían solidarios de los mismos ideales que los bonaerenses, mas en un pie de igualdad y mutuo respeto.

Los primeros tropiezos surgieron con motivo del envío a Buenos Aires de un contingente chileno de 400 hombres. El Cabildo, siguiendo la iniciativa de Infante, se opuso, situando el problema en el terreno de las atribuciones, para dejar una salida decorosa a Martínez de Rozas y no romper con la Junta platense. A la postre prevaleció el criterio de Martínez de Rozas y Alvarez Jonte, es decir, el envío de las fuerzas chilenas y la autorización para reclutar 2.000 soldados más.

Las elecciones en provincia

El decreto que fijaba la convocatoria a elecciones dejaba al arbitrio de los Cabildos la fecha de las mismas. En marzo de 1811 ya se habían practicado en todo el país, con excepción de Santiago y Valparaíso. En Concepción los resultados constituyeron una inexplicable sorpresa para todos. Martínez de Rozas había sido derrotado por los realistas. En el resto de Chile las fuerzas se distribuían en doce rocistas, tres realistas y catorce antirrocistas. Las elecciones en Santiago, por tanto, iban a definir la contienda. Pero no pudieron éstas celebrarse en la fecha acordada, el 1.º de abril, a causa de un motín descabellado que encabezaba el hombre de confianza traído por Martínez de Rozas desde Concepción, el teniente coronel don Tomás de Figueroa.

El motín de Figueroa

Era este militar una estampa perfecta del audaz profesional, con un pasado de novelescas aventuras, en que el presidio fué la etapa decisiva, no por delictuosos atentados contra la sociedad, sino por voluntaria renunciación al ser sorprendido con una dama de copete y hacerse pasar por ladrón para salvarla.

Los orígenes del motín han permanecido en la penumbra en cuanto a sus detalles. Parece ser que, por un error, los amotinados aclamaron por jefe a Figueroa, que se dirigió al cuartel de San Pablo, sublevando a la tropa, seguro de contar con la guarnición de la plaza. Avanzó por la calle Teatinos hasta Compañía a tambor batiente. Al pasar frente a la casa de doña Mariana Aguirre de Vicuña, que estaba asomada al balcón, la saludó con un airoso molinete de su espada. No encontró reunidos a la Junta ni al Cabildo, pues se habían dispersado al tener noticia del motín. En vista de ello se dirigió a la Audiencia, que sesionaba tranquilamente. Los oidores escucharon con calma la exigencia de restaurar el antiguo régimen, y se limitaron a enviar un oficio a la Junta, transcribiendo las peticiones de los amotinados.

Mientras tanto, los miembros de la Junta, presididos por Márquez de la Plata, enviaron a Vial a la plaza con un batallón de 500 hombres, que redujo en breve combate a las fuerzas de Figueroa. Viéndose abandonado de los suyos, éste se asiló en el convento de Santo Domingo, al tiempo que el fervor



FIG. 428.—DON TOMÁS DE FIGUEROA. (Museo Histórico Nacional.)

popular se exaltaba. Pasados los momentos de peligro, Camilo Henríquez, armado de un gran palo, "sin capa ni más que un gabán y sombrero y dando varias voces enfrente de palacio a los patriotas, reunió mucha mocería".

En una de sus clásicas reacciones de neurótico, Martínez de Rozas ordenó violar el convento, del que se extrajo a viva fuerza a Figueroa. Sabía aquél que si no lo fusilaba antes de las 24 horas, la aristocracia se lo impediría, e instruyó un proceso sumarísimo, que lo condenaba, como era de esperar, a muerte. Enterado de su destino, Figueroa supo comportarse como un valiente. No delató a nadie. Leyó con admirable sangre fría la sentencia en voz alta y dijo con voz tranquila: "Rindo mi vida a la fuerza, no a la sentencia emanada de una autoridad legítima". * Camilo Henríquez tuvo la debilidad de aceptar una comisión que desdecía de su tradicional actitud recta y noble. Pretendió arrancar en la confesión las delaciones que Figueroa no hizo en el proceso. Por supuesto, tampoco en esta ocasión el reo de muerte cometió infidencia. A las tres y media de la madrugada se tocó a armas. Mandaba la tropa don José D. Portales, hermano del célebre ministro. Cuando lo ataban a la silla, Figueroa le dijo: "¡Amarra fuerte, capitancito!" El cadáver, con la cara destrozada, fué escarnecido en exhibición pública a la puerta de la cárcel que daba a la plaza de Armas.

La indignación del sentimiento castellano-vasco, al que repugnaba el patíbulo político, se sumó al temor de represalias en el caso de la vuelta al poder de los realistas. Ambas reacciones se canalizaron en la necesidad de eliminar cuanto antes a Martínez de Rozas, que añadía con éste un nuevo hecho de sangre en su agitada carrera política.

Disolución de la Audiencia

Antes de que las trizaduras en la aparente armonía de las filas patriotas la rompieran definitivamente, Martínez de Rozas logró llevar a cabo dos medidas de orden político que recuerdan al sagaz funcionario de los ya lejanos días de don Ambrosio O'Higgins: el control de la autoridad eclesiástica por los patriotas y la disolución de la Audiencia. A pesar de estas medidas, habíase generalizado el consenso de que Martínez de Rozas aniquilaba con su conducta el régimen. Para contrarrestar la fuerza de los contrarios, el ya de hecho dictador dió un golpe político trayendo de Concepción a sus doce diputados. Las protestas del Cabildo auguraban un nuevo conflicto armado. Seguros de su triunfo en las elecciones de Santiago, los antirrocistas se esforzaron por realizarlas cuanto antes, iniciándose así una sorda pelea por el mando de la guarnición en vísperas del trascendental acontecimiento.

Mientras tanto, el peso y la fuerza de la nueva ideología político-social encauzada por Camilo Henríquez tomaba un giro insospechado: la ruptura con

* Relato de Talavera, presente en el calabozo en el momento de ser leída la sentencia.

la tradición. Para ello se utilizaron las figuras simbólicas del pueblo mapuche, erigiéndolas en paladines de la libertad. Los revolucionarios chilenos reniegan de sus progenitores españoles y se proclaman descendientes de los aborígenes araucanos. *

Las elecciones en Santiago. Las fuerzas se reagrupan

No obstante el clima de tensión, las elecciones del 6 de mayo se efectuaron con absoluta libertad. El panorama político mantenía el ritmo señalado en los capítulos anteriores, con leves matices que diferenciaban más a cada uno de los grupos en pugna. El de Eyzaguirre, que ganó la mayoría con 24 diputados en un total de 40, conservaba los mismos postulados originales: imprimir carácter nacional a la revolución, canalizándola en una lucha de chilenos contra el posible invasor y desviando las reformas sociales y políticas hasta el afianzamiento de la independencia. No disponía este grupo de un caudillo que lo encabezase, a pesar de la personalidad del propio don Agustín Eyzaguirre y de don José Miguel Infante, y, en las vicisitudes de la lucha, se le había incorporado un grupo de diputados peninsulares patriotas.

La masa realmente mayoritaria la componía un núcleo homogéneo de realistas que, con sus aliados, representaban el ochenta por ciento de la opinión viva. Era un conglomerado de hombres sensatos, honrados y tan partidarios de la independencia como los opositores, mas incapaces de resistir sus ataques. Carecían de acometividad y su desiderátum era un gobierno nacional que no amenazase a nadie.

Los cuatro grupos de acción

La minoría estaba constituída por un conglomerado heterogéneo, en el que se perfilan, no obstante, cuatro grupos definidos. El centro de gravedad había pasado de Martínez de Rozas a los ochocientos, a pesar de la reciente derrota en las últimas elecciones. Eran hombres de gran valer, dispuestos a todo, en medio de una masa blanda e inerte. El espíritu de familia hacía de ellos un estado dentro del reino. El grupo penquista, accidentalmente dirigido por Martínez de Rozas, seguía en importancia. Estaba compuesto por sus deudos y amigos, capitalistas, aristócratas y militares separados del ambiente de Santiago por antiguas rivalidades. El caudillo y sus adeptos tenían de radicales, como puede observarse, lo que su primo el tirano argentino Juan Manuel de Rosas y sus secuaces. El tercer grupo lo constituían don Bernardo O'Higgins y sus partidarios. En aquel momento era el prócer un joven embalsamado en el sentimiento de la independencia y en el empeño de forjar en su país una Inglate-

* La proclama entregada a los soldados que venían del sur, en nombre de don Andrés del Alcázar, decía: "Hermanos, la patria infamada reclama venganza; un traidor cobarde e ingrato, que ha estado a vuestra cabeza, corrompió a nuestros compañeros de armas: tiznaron, comprados, estos infelices *la lealtad araucana*"... "O los valientes araucanos lavan en su sangre el honor ofendido, o transmiten hasta la más remota posteridad su infamia... ¿Los hijos de Rengo, los inmortales descendientes de Caupolicán, de Tucapel, los héroes de Villagrán, los invencibles soldados del estado de Arauco, serán fríos espectadores en su propia causa?"

rra por decreto y sin aristócratas. En el cuarto figuraban los exaltados, burgueses conservadores en su mayoría, polarizados circunstancialmente hacia la revolución, ni más ni menos patriotas que Infante o Eyzaguirre. Las cabezas eran Camilo Henríquez, don Nicolás Matorras y don Mariano de Aris. Era el más abigarrado de todos, y en él no faltaban los convertidos en furibundos patriotas para burlar a sus acreedores tildándolos de realistas.

El Directorio Ejecutivo

El golpe de autoridad de Martínez de Rozas al agregar a la Junta los diputados electos creó de hecho una especie de Directorio de 45 miembros que, en el corto espacio de dos meses, logró realizar algunos actos de importancia. El 13 de junio se creaba un tribunal o corte de apelaciones, en reemplazo de la Audiencia, y para facilitar el despacho de los asuntos de gobierno se formaron cuatro secciones: estado, hacienda, guerra y policía, primer precedente de lo que luego serían los ministerios. Correspondió al mismo Directorio pedir el retiro del delegado argentino Alvarez Jonte, que desde el motín de Figueroa había llevado su actitud prepotente a un estado de verdadero delirio. En el informe enviado a Buenos Aires ponía por los suelos a la Junta, a los jefes y a las tropas chilenas y se erigía en el héroe de la jornada. Informado el Cabildo de tal oficio, solicitó su retiro, que aceptó de inmediato la Junta de Buenos Aires, nombrándose en su reemplazo al doctor don Bernardo Vera y Pintado, que se suponía al margen de los partidismos.

Apertura del primer Congreso nacional

El primer Congreso nacional se inauguró con una borrasca precursora de las próximas tempestades, al reclamar los ochocientos por la legitimidad de las elecciones. Se movilizaron todas las tropas y, en un tenso ambiente, el secretario Argomedo exigió juramento a todos los diputados con las siguientes palabras: "¿Juráis por Dios Nuestro Señor sobre los santos evangelios defender la religión católica, apostólica, romana? ¿Juráis obedecer a Fernando VII de Borbón, nuestro católico monarca? ¿Juráis defender el reino de todos sus enemigos interiores y exteriores y cumplir fielmente con el cargo?" Todos a una contestaron: "Sí, juramos". Se nombró presidente de la sesión al abogado don Juan Antonio Ovalle, el de mayor edad entre los presentes, y secretario a don Francisco Ruiz Tagle, el más joven. Ovalle pronunció el discurso legitimista ya citado.

Los congresales, aparte de su fisonomía política, eran en su gran mayoría hombres sanos, honrados patriotas y cultos; mas no tenían ideas concretas sobre la libertad y la democracia. Nuestra mente no logra sino a duras penas situarse en los conceptos políticos de la época. Baste señalar que eran un abigarrado amasijo del Despotismo Ilustrado español con los derechos del hombre transportados a la antigüedad grecorromana por criollos de comienzos del siglo XIX.

Aumenta la tensión

Desde la iniciación de las funciones del Congreso, los opositores, capita-

neados por los ochocientos y Martínez de Rozas, habían resuelto adueñarse del poder. Después de sucesivas pretericiones, se fijó la fecha para un complot que debía encabezar el 27 de julio don Juan José Carrera. A la hora convenida apenas se habían juntado 80 individuos de torvo aspecto. No se encontró a Carrera. Por el Diario de don José Miguel se supo después que éste le había disuadido de la idea y el conspirador se había ido de paseo al campo sin advertir a sus cómplices. Después del fracaso, la labor revolucionaria se encauzó en el proselitismo dentro del ejército.



FIG. 429.—DON JOSÉ MIGUEL CARRERA. (Oleo de Marcial Plaza Ferrand.)

En el ánimo de todos los miembros del Congreso estaba presente el hecho de que un conglomerado de numerosas personas no podía gobernar. En consecuencia, se decidió organizar una Junta ejecutiva con atribuciones bien establecidas. Los ochocientos y Martínez de Rozas aprovecharon la coyuntura para amenazar al Congreso con un motín si no cedía a sus deseos en cuanto a la representación de los opositores. La violencia de los debates llegó a su cenit con el retiro de los doce diputados rocistas. El día 1.º se eligió una Junta compuesta por don Martín Calvo Encalada, don Juan José Aldunate y don Francisco Javier del Solar. Comoquiera que este último no se hizo cargo de su puesto, se designó en su reemplazo al teniente coronel don Juan Miguel Benavente, rocista. La nueva Junta estaba constituída, por tanto, con tres patriotas decididos partidarios de la independencia, mas en un régimen de tolerancia y respeto a los españoles y a los neutrales.

Don José Miguel Carrera entra en escena

La primera actuación conspiradora de don José Miguel Carrera es todo un símbolo. Llegado de España el 26 de julio, pidió a sus hermanos que postergaran la revuelta planeada para el día siguiente, 27, hasta su regreso de Valparaíso, donde debía reunirse con el marino Fleming y servirle de grato acompañante. * Impuesto de los tejemanejes de la política criolla, trabajó

* "Les supliqué que se retardase aquel plazo hasta mi vuelta de Valparaíso, a donde tenía precisión de volver para que Fleming (el capitán del "Standard") viniese a conocer la capital. Me ofreció hacerlo así y lo cumplió a pesar de que en la mañana se presentaron muchos de los concertados al efecto." ("Historiadores de la Independencia", T. I, p. 18.)



FIG. 430.—DON JUAN MACKENNA. (Reprod. Archivo Zig-Zag.)

la amistad de don Juan Enrique Rosales, no como integrante de los ochocientos, sino personalmente; de don Gaspar Marín y del abogado don Carlos Correa de Saa, con los que concertaron los tres hermanos Carrera el golpe de Estado para el 4 de septiembre.

Como había supuesto don José Miguel, sus aliados se arredraron en el último momento. El desarrollo del cuartelazo refleja a maravilla la técnica de esta institución que nacía casi a la vez en América y en España. Vistosamente ataviado con su uniforme de húsar se presentó poco antes del mediodía don José Miguel Carrera en la plazuela de La Moneda (fig. 431), haciendo caracolear su brioso caballo. Los oficiales que mandaban la tropa, partícipes del complot, hicieron que ésta saliera para presenciar el gratuito espectáculo, mientras ellos se adueñaban del cuartel. Se oyó un grito: "¡Traición!" Don Juan José Carrera, que presenciaba las acrobacias ecuestres de su hermano, tumbó de un pistoletazo al sargento que oponía resistencia y lo remató, en el suelo, con otro disparo. 60 granaderos se apoderaron del resto de la fuerza y don Luis Carrera la formó bajo el mando de los oficiales comprometidos.

El caudillo llegó con su fuerza a las puertas del Congreso. No llevaba ninguna petición por escrito, pues los civiles no quisieron mezclarse ante el temor del fracaso, de suerte que se enredó en las difusas peticiones. Como no tenía una idea clara de lo que iba a exigir, las conversaciones se prolongaban. El propio Carrera describe la pintoresca escena: "Al poco rato dijeron algunos de los diputados, a quienes apuraba la gana de comer: "Oigamos de una vez lo que quiere el pueblo. Don José Miguel Carrera puede exigir que traigan por escrito sus peticiones para evitar confusión". Así lo hizo, leyendo luego al Congreso la cuartilla redactada por el padre Larraín, Correa, don Francisco Ramírez "y porción de diputados que hacía días no asistían a las sesiones", en la que se pedía la separación de los sospechosos por contrarios al sistema.

Junta en Santiago y Junta en Concepción

Poco después irrumpían en la sala fray Joaquín Larraín y don Carlos Correa de Saa, en representación del pueblo, con lo que Carrera quedó eli-

minado de hecho. El nuevo poder ejecutivo se constituyó con cinco vocales: don Juan Enrique Rosales, don Juan Martínez de Rozas, don Martín Calvo Encalada, don Juan Mackenna y don José Gaspar Marín. Los Carrera se sentían representados por el entonces íntimo amigo de la familia, don Juan Mackenna. A petición de Correa se separó de su cargo de procurador de ciudad al ardiente patriota Manuel Rodríguez, que era enemigo de su padre.

Espoleando el ya secular antagonismo entre la capital y Concepción, Martínez de Rozas instituyó una Junta en el sur, presidida por el coronel Benavente y completada con los vocales Martínez de Rozas, don Luis de la Cruz, don Bernardo Vergara y don Manuel Vásquez de Novoa, que dependería nominalmente "del superior gobierno representativo que se organice en la capital". Con el propósito de reforzar su poderío, se convocó a un parlamento a los mapuches, que volvieron, luego de recibir los regalos acostumbrados, a sus tierras, "sin comprender las causas de los trastornos de Chile ni volver a acordarse de ellos". Pronto veremos cómo, cuando gane forma armada la guerra civil, van a tomar el partido de los realistas y a convertirse en el peor azote de las desgraciadas provincias del sur.

La Junta de Santiago

La nueva Junta era una prolongación casi literal de la anterior, en cuan-



FIG. 431.—LA PLAZUELA DE LA MONEDA. (Oleo de Charton, Museo de Bellas Artes.)



FIG. 432.—DON MANUEL VÁSQUEZ DE NOVOA. (Colección Negativos. Museo Histórico Nacional.)

to al ideario político. Ni siquiera disolvió el Congreso. La única diferencia apreciable era la surgida del espíritu de familia de los Larraín, los odios personales y la vehemencia que caracterizaba al grupo de los ochocientos. El 9 de septiembre proponía al Congreso fray Fernando García un plan de reformas de 32 puntos, documento de mayor altura que los hasta entonces producidos, no obstante lo cual refleja la misma inconsciencia del momento revolucionario que se estaba viviendo. Fué tal la cantidad de nuevos proyectos de buen gobierno sugeridos, que el Congreso optó por pedirlos por escrito. La medida permitió zafarse de los importunos que los proliferaban verbalmente con tesón admirable.

Con enorme falta de tacto se ejercieron represalias en los patriotas contrarios a la nueva Junta. La primera víctima fué el inofensivo prócer don Juan Antonio Ovalle, por haber justificado la conquista española; le siguió don José Miguel Infante, por "testarudo" y, al eliminar la válida elección de Manuel Rodríguez, se espolearon los apetitos políticos del más consecuente cultor de los pronunciamientos militares, después de Carrera.

La participación de los agentes de Buenos Aires en el golpe del 4 de septiembre perseguía la ruptura con Abascal, para debilitar las fuerzas del virrey en el Alto Perú. Sus cálculos no resultaron fallidos. Los realistas reanudaron sus peticiones al virrey para que enviara una fuerza expedicionaria a Chile. La Junta, mientras tanto, acreditaba en Buenos Aires como su delegado al futuro presidente de la República don Francisco Antonio Pinto.

La obra legislativa el primer Congreso

La labor legislativa del Congreso, entre septiembre y noviembre de 1811, refleja a perfección las ideas que animaban a los reformadores de la época.

En el régimen interior, se llevó a cabo la vieja idea colonial de erigir a Coquimbo en provincia independiente. Su primer gobernador fué don Tomás O'Higgins, primo de don Bernardo. También se decretó la confección de un censo, que sólo pudo realizarse dos años más tarde por falta de fondos. Por la misma

causa no se logró llevar a cabo la proyectada construcción de cementerios propuesta por O'Higgins, que ya se había ordenado en 1789.

La gran reforma que pertenece por derecho a la revolución fué la libertad de vientres, decretada el 11 de octubre, de mayor valer simbólico que real, pues en Chile la esclavitud no tenía ninguna trascendencia económica.

La actitud del clero

Con el nuevo régimen, los esfuerzos para incorporar la Iglesia al nuevo estado de cosas ganaron nuevos bríos. Para conmemorar el primer aniversario del 18 de Septiembre, fray José María Torres espetó un sermón que hizo furor, atacando los perversos y tiránicos gobiernos coloniales y ensalzando la revolución como útil a la patria, a la religión y al rey. Los vaivenes en las inclinaciones de los fieles pueden pulsarse siguiendo los del mismo padre Torres, que fué realista exaltado en Concepción, patriota furibundo en Santiago, otra vez realista y redactor de la "Gaceta de Gobierno" en tiempos de Osorio y nuevamente patriota y federalista, del brazo de Infante, ya en plena República. La supresión de los derechos parroquiales empujó en masa hacia las filas realistas a los curas párrocos, que tenían una enorme influencia en las provincias.

El fermento realista del sur

El poder de esta fuerza moral se puso de manifiesto antes de lo esperado. Un afortunado golpe de mano del capitán Henríquez lo adueñó de la plaza de

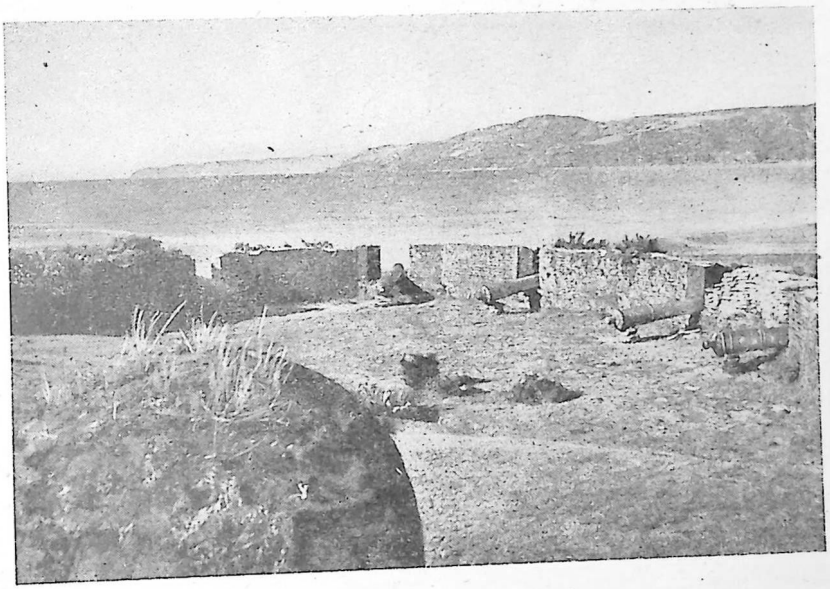


FIG. 433.—FUERTE DE VALDIVIA. (Fotografía de R. Montandón.)

Valdivia (figs. 433 y 434). Acto seguido se organizaba una Junta presidida por don Ventura Carvallo y completada con los vocales presbíteros Pineda y Eleisegui y los vecinos don Vicente Gómez y don Jaime de la Guarda.

Llegada a Santiago la noticia, se quiso retirar la guarnición del presidio que, como suponía Mackenna, iba a servir de base a la expedición que Abascal proyectaba enviar contra los patriotas. Prevaleció el criterio contrario. Valdivia quedaba desguarnecida y, lo que es peor, privada del situado peruano, del cual vivían sus pobladores. El desacierto no sólo entibió los ánimos revolucionarios de los valdivianos, sino que, unos más y otros menos, la gran mayoría volvió sus ojos al Perú, de donde les venía el alimento.

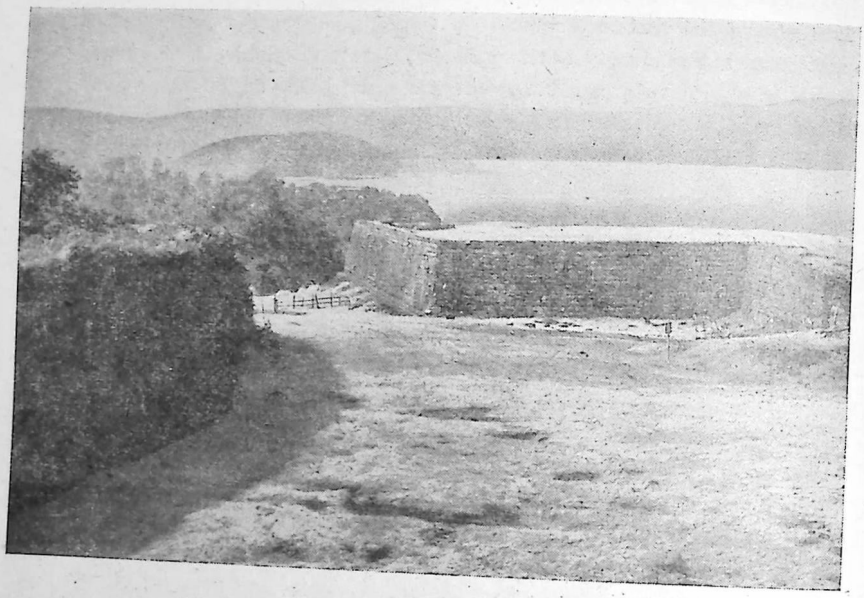


FIG. 434.—FUERTE DE VALDIVIA. (Fotografía de R. Montandón.)

V

Eclipse de Martínez de Rozas. La primera dictadura. La Constitución del año 12.

Don José Migu Carrera

EL encadenamiento en la lucha que había engendrado el golpe militar del 4 de septiembre traía al primer plano la figura novelesca de don José Miguel Carrera. A diferencia de Martínez de Rozas, que, luego de actuar como eje de los acontecimientos, moría ignorado a los pocos meses de salir del país, la simbolización de Carrera ha perdurado hasta nuestros días y ha influído extraordinariamente en el suceder hasta el advenimiento del régimen de Portales.

Don José Miguel Carrera y Verdugo (figs. 429, 435, 436, 439 y 440) nació en Santiago el 16 de octubre de 1785. Por vía del padre, don Ignacio de la Carrera, descendía de los conquistadores y entroncaba con toda la antigua aristocracia chilena. Barros Arana nos ha dejado una pintura magistral de su mocedad y juventud: "Su vida de joven fué agitada y borrascosa. La inacción le era insoportable, y, falto de estímulos que orientasen su energía, se dejó arrastrar por las turbulentas distracciones de la disipación. A la edad de 20 años se había traído dos persecuciones de la justicia por atropellos y pendencias, que le habrían ocasionado a lo menos el destierro o la prisión, sin la influencia poderosa de la familia y de los amigos de su padre". En Lima, donde había sido enviado para aprender la carrera de comercio con un tío, fué arrestado en un buque de guerra. "Los marinos españoles, que debían ser sus guardianes, pasaron a ser sus amigos: tan irresistible era el poder de atracción que su inteligencia, su carácter franco y simpático y hasta la incansable movilidad de su espíritu ejercían sobre las personas que lo trataban de cerca". *

Con el propósito de domeñar su exaltado temperamento, se le envió a España. Lejos de los suyos, la necesidad lo forzaría a ganarse la vida en alguna profesión lucrativa. El medio propicio a las calaveradas y truhanerías de Madrid actuó como estimulante, en vez de suavizarlo. Se relacionó con otros jóvenes hispanoamericanos ricos, especialmente con el argentino don Carlos María de Alvear, iniciando así una amistad que duró lo que sus días. Convulsionada la península con la invasión francesa, se enroló en el ejército español, que le reconocía su título de teniente de las milicias regladas de caballería

* El autor ha suprimido algunos pasajes en el juicio transcrito. Vid. el texto genuino en la "Historia General de Chile", T. VIII, p. 384.



FIG. 435.—CASA DE LA FAMILIA CARRERA EN EL PAICO. (Archivo Zig-Zag.)

de Santiago con igual grado. Su formidable agilidad mental convirtió al libertino de ayer en un brillante soldado. Carrera encontró en la milicia el cauce de su carácter disoluto y audaz. Peleó en trece combates. Convaleciente aún de las graves heridas recibidas en la batalla de Ocaña, le llegaban al tiempo su título de sargento mayor del regimiento de húsares de Galicia y las nuevas de la instauración de la Junta en Santiago de que formaba parte su padre. El Consejo de Regencia autorizó su regreso a la patria. El 17 de abril de 1811 se embarcaba en el navío de guerra inglés "Standard" y arribaba a Santiago el 26 de julio, en vísperas de la revuelta que, como ya hemos reseñado, se suspendía en espera de que el recién llegado se ambientara para tomar parte en ella.

Revisión de idealizaciones legendarias

La idealización póstuma ha desfigurado la psicología compleja de Carrera. No es difícil hoy reconstruirla, y su justo valor honra la madurez intelectual y política de Chile, país tal vez único en la América ibera que está en condiciones de revisar la real personalidad de sus héroes legendarios. Amigos y enemigos coinciden en retratarlo como un joven de carácter turbulento, de mucha vivacidad intelectual, favorecido por un extraño poder de atracción. Sus mismos panegiristas afirman que carecía de las más elementales ideas de gobierno y de administración y abundan en la creencia de que su capacidad militar no probada se esfumó desde el fracaso del sitio de Chillán.

María Graham el "Diario Intimo"

El testimonio más fidedigno entre los de sus contemporáneos es el de María Graham. La fina y penetrante escritora inglesa moldeó su juicio en el seno de la familia Carrera, de los íntimos de don José Miguel y de personas alejadas completamente de cualquier sospecha de malquerencia. A través de sus datos se percibe un joven de talento natural y dotado de algunos rasgos superiores; pero de carácter tan imprudente, que nadie se sentía seguro en sus manos; tan versátil, que con frecuencia ni él mismo sabía lo que quería, y tan dado al placer, que la más ligera tentación le hacía olvidar los más graves negocios de Estado, en medio de la fiesta y del baile. "Regresó a Chile sin

haber sacado provecho alguno de su residencia en España, resuelto a adherirse a la independencia, pero sin otra aspiración que la de utilizar la labor de los demás para dominar el país y levantar a su familia a un rango desconocido en América, impulsado por el ejemplo de Napoleón."

Ningún juicio contemporáneo, con todo, arroja tanta luz sobre su personalidad como el "Diario Intimo" y el reflejo de sus propios actos. De un algo demoníaco imponderable arrancan esa simpatía y esa gracia con que conquistaba sin combate a las mujeres, el carácter festivo y travieso que unció a su carro a los ligeros de cascos y la llaneza y la generosidad canalizadas en la mofa y escarnio de la prosopopeya estereotipada de la aristocracia, que lo erigieron en ídolo de oficiales, jóvenes y amigos incondicionales.



FIG. 436.—UNA DE LAS NUMEROSAS IDEALIZACIONES ICONOGRÁFICAS POPULARES DE CARRERA. (Sala Chilena, B. Nacional.)

El acicate de la aventura

Su inteligencia estaba totalmente desprovista de sentido de la realidad política. No le interesaba tampoco. En víspera de promulgarse la Constitución de 1812 se reunía con los organizadores. "En materias políticas cedíamos al dictamen de los señores Henríquez, Pérez, Zudáñez, Salas, Irisarri, y otros de esta clase... Todo esto fué obra exclusiva de los Larraínes..."

En la conquista del mando desplegó una astucia felina. Fué un verdadero genio del cuartelazo. Mas una vez en el poder, éste no le interesa. Parece perseguirlo por el azar de la aventura, y el acicate de las emociones despierta su conquista. Es una forma casi diríamos genésica de la posesión. Una vez alcanzada, le hastía.

El espíritu de familia. Doña Javiera

Condicionó toda su vida pública y privada un acendrado espíritu de familia que lo ataba de pies y manos. En muchas de sus fases, este afecto ga-





FIGS. 437 Y 438.—DOÑA JAVIERA CARRERA EN LA JUVENTUD (miniatura) Y EN LA VEJEZ (daguerrotipo). (Museo Histórico Nacional.)

naba caracteres de morboso. Don José Miguel ha referido sin ira los insultos que Bueras y otros oficiales patriotas hicieran de su esposa; mas ruge de furor al aludir a los rumores con que la maledicencia de sus enemigos intentó salpicar la honra de su hermana Javiera.

Otra condición esencial en su carácter fué una soberbia sin límites. Sagaz y astuto cuando era dueño de sí, la exasperación, muy frecuente por lo demás, le hacía perder el control de sus actos. De los diez años en que fulguró su estampa, dedicó dos a gobernar y ocho a derribar a los que gobernaban. La amalgama de pasiones y cualidades hizo de don José Miguel Carrera un hombre que no habría pasado de ser un turbulento díscolo sin la influencia de una mujer cuyo genio supo imprimir a la calaverada una grandeza trágica, admirablemente vista por Vicuña Mackenna. Su mayor edad, amplitud de criterio y cultura la erigieron en orientadora de la acción directa de sus hermanos desde la niñez. Doña Javiera Carrera (figs. 437 y 438), mujer de férrea voluntad y audaces ambiciones, se constituyó, como dijo Mitre, en nueva Egeria, mezclando a la astucia y a la sagacidad instintiva de don José Miguel los planes novelescos y las sinnúmeras combinaciones de una mente exaltada por una idea fija de grandeza que asimilaba con carácter exclusivo a la personalidad de sus hermanos. Obedeciendo a este mandato, dejó a un marido al que ado-

raba, hijos pequeños, padre anciano que sólo vivía para ella, la patria, el hogar y las comodidades, para continuar dirigiendo a sus hermanos a través de las ciudades y las pampas argentinas. Y cuando el segundo patíbulo de Mendoza le arrebató al último, "se enflaqueció su cuerpo hasta parecer un esqueleto, amoratósele el rostro, rompiéronsele los labios, perdió el cabello..."

El golpe del 15 de noviembre

No tardó Carrera en separarse de los Larraín, es decir, del grupo de los ochocientos. Indirectamente, deslizó en los oídos de los realistas el propósito de restablecer el antiguo régimen por medio de un interinato de su padre, don Ignacio. Al mismo tiempo, trabajaba al bando de Eyzaguirre sugiriéndole el frente común contra los detentores del poder. Los europeos, coaccionados por el terror que la Junta les inspiraba, se echaron en sus brazos sin reservas, proporcionándole dinero y apoyo moral, y cometiendo la infidencia de divulgar sus planes.

Las conversaciones ganaron pronto carácter de conspiración. Los Carrera resolvieron dar el golpe el día 15 de noviembre. A la 1 de la mañana don Luis controlaba la artillería, y a las 3, la ciudad estaba prácticamente en poder de los hermanos. Los jefes de la plaza participaron en la revuelta en forma pasiva. A las 5 de la tarde se publicaba un bando convocando al pueblo y momentos después la plaza se llenaba de "sarracenos", entre los cuales figuraba algún que otro joven patriota. En el patio del Cabildo tuvo lugar una reunión en que los 300 asistentes estaban de acuerdo para pedir el indulto de los perseguidos por el gobierno del 4 de septiembre. No así en cuanto a la estructura del nuevo. Después de innúmeras gestiones se designó una Junta



FIG. 439.—DON JOSÉ MIGUEL CARRERA. (Oleo de Pompegnoli (Italia). Propiedad de la familia Viollier.)



FIG. 440.—DOÑA MERCEDES FONTECILLA, SU ESPOSA. (Miniatura, Museo Histórico Nacional.)

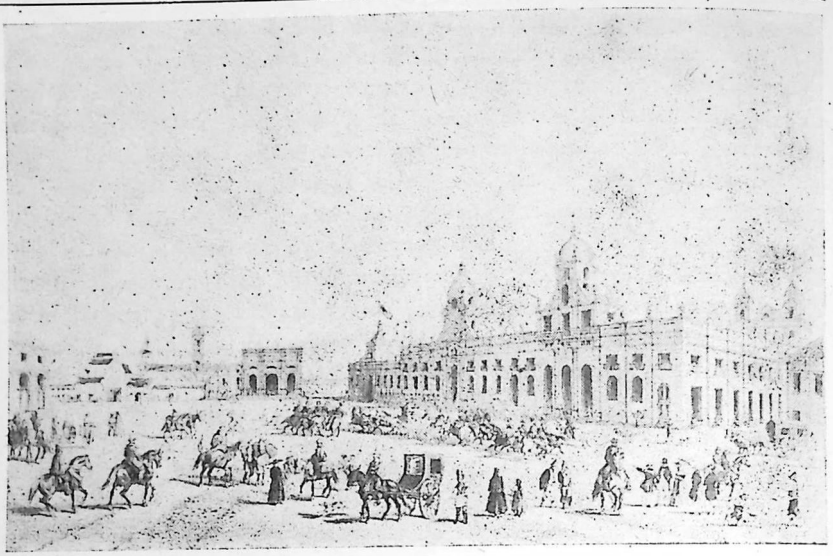


FIG. 441.—EL PRINCIPAL ESCENARIO DE LOS GOLPES MILITARES DE CARRERA. LA PLAZA DE ARMAS A COMIENZOS DEL SIGLO XIX, SEGÚN GAY.

que quedaba constituída por don Juan Martínez de Rozas por la banda del sur, don José Miguel Carrera por la del centro y don José Gaspar Marín por la del norte. El último se negó a desempeñar el papel de comparsa que se le asignaba, y en cuanto a Martínez de Rozas, todos estaban convencidos de que no aceptaría por ningún motivo. Se propuso, en vista de ello, a O'Higgins, que primero rechazó la responsabilidad, mas, luego de soportar diferentes presiones, aceptó con la reserva de consultar a la Junta de Concepción.

La conspiración de los Huici

El nuevo gobierno tropezó con mayores resistencias que el anterior ante el anuncio de Carrera de forzar las entradas para reunir $ 3.000.000. La lucha se iniciaba con el descubrimiento de otra conspiración, encabezada por los capitanes José Antonio y José Domingo Huici. Según Carrera, el primer objetivo de los complotados era asesinar a los tres hermanos y, de paso, a doña Javiera. Los Huici, viéndose descubiertos, lograron huir a Concepción. Sin consultar a la Junta, Carrera ordenó represalias contra los que suponía complicados en el fallido motín, entre otros, don Juan Mackenna, su otrora entrañable amigo, don Juan de Dios Vial, Argomedo, don Martín y don Gabriel Larraín, etc.

arrera disuelve el Congreso

Comoquiera que las principales resistencias emanaran del Congreso, decidió Carrera disolverlo sin más trámite. No era difícil, por cierto, contan-

do con la fuerza. Emplazó varios cañones frente a la sala en que sesionaban los diputados, acordonó la plaza con tres batallones y dió orden de que no se permitiera la salida a nadie. Ante tan manifiesta coacción, el presidente y diez diputados firmaron el acta de clausura y el traspaso de todos sus poderes al ejecutivo. De esta violenta manera se planteaba la lucha abierta entre los dos árbitros del día: Martínez de Rozas, aliado con los Larraín, y Carrera, que habría de terminar con la dictadura absoluta del último.

No bien hubo Carrera disuelto el Congreso, la Junta de Concepción proyectó de inmediato imponerse al caudillo con el ejército del sur. Llegó, incluso, a ofrecer el apoyo de su fuerza al presidente "para reponer al alto Congreso, representante de todo el reino, en plena posesión de su autoridad, libertad e independencia". Pero Martínez de Rozas sabía que, aun contando con los ochocientos, carecía de base suficiente en la opinión para sustentar un gobierno. Prefirió, por tanto, mantener la amenaza y, con ella, la seguridad de su tranquilo mandato en el sur.

La nueva Junta

Carrera necesitaba la anuencia formal de Martínez de Rozas. Con el objeto de procurarla, comisionó a O'Higgins con un extenso pliego de instrucciones relativas al nombramiento del representante de Concepción. Mientras tanto, apenas hubo partido para el sur don Bernardo, Carrera hizo un hábil viraje. Tratando de atraerse al bando de Eyzaguirre, Infante y Errázuriz, que todavía representaban más de dos tercios en las fuerzas patriotas, integró la Junta con don Juan José Aldunate y don José Nicolás de la Cerda. No aceptó el primero, por lo que ofreció el cargo a don Manuel Manso, realista moderado, a quien substituyó a poco con don José Santiago Portales, padre del célebre estadista.

Los esfuerzos de la nueva Junta se concentraron en una actividad febril encaminada a forzar los largamente preteridos preparativos militares. Mas se llevó a cabo con tal precipitada improvisación, que los encargados de reclutar gentes, aprovisionamientos, armas, víveres, etc., asolaron la zona de Santiago al Maule como la más devastadora plaga de langostas. Las tropas se dispersaban, rehuyendo el control de los oficiales; los transportes se verificaban en medio del más atroz desorden. Las depredaciones espantaron a los campesinos, habituados al respeto y sistema de las últimas décadas coloniales, que huían despavoridos a refugiarse en las montañas con familias y ganados.

Los dos rivales se entrevistan

Mientras Carrera forzaba precipitadamente estos preparativos bélicos y situaba sus fuerzas en el Maule, O'Higgins y Martínez de Rozas transaron en un acuerdo que don José Miguel necesariamente había de desahuciar. Se aceptaron la clausura del Congreso y la concentración del poder en tres personas; y, pretendiendo frenar la influencia que Carrera de hecho ejercía sobre las otras dos, se ideó elegir un Senado de seis miembros, dos por cada provincia, sin

cuyo acuerdo no se podría hacer la paz ni la guerra, imponer contribuciones, derogar o dictar leyes, en suma, resolver ningún asunto importante.

Los esfuerzos de O'Higgins se encaminaron desde entonces a concertar una entrevista entre los dos rivales. Carrera, por su parte, aunque Cerda se había retirado de la Junta, reemplazándosele por don Pedro Prado, se afirmaba gracias al apoyo de la aristocracia derrocada el 4 de septiembre. En situación tan tirante, el empeño de O'Higgins logró que los dos caudillos se reunieran, al fin, en la ribera norte del Maule. Martínez de Rozas acudió con mil hombres de caballería. Almorzaron juntos, mas no llegaron a acuerdo. Las conversaciones quedaron pendientes, comprometiéndose ambos a retirarse con sus respectivas fuerzas. El espectro de la guerra civil había desaparecido por el momento.

Golpe carrerino-realista en Concepción

Carrera contaba, en el fondo, con un aliado imponderable, cual era la posición antipopular de Martínez de Rozas en el propio territorio de su mandato. Este factor, aunado a la carencia de los dineros peruanos, avivó el estado de cosas, y en la noche del 8 de julio don Juan Manuel Benavente, el segundo militar que traicionaba a Martínez de Rozas después de haberse encumbrado a su sombra, deponía la Junta. La revuelta había sido posible, igual que en Santiago, gracias al apoyo de los realistas. No bien se hubo consolidado Benavente, Carrera utilizó al mismo cabecilla para disolver la junta de guerra que se había constituído en Concepción, dejándolo como jefe de la provincia en calidad de gobernador-intendente. De este modo, Carrera se erigía en árbitro absoluto de todo el país.

Eclipse y muerte de Martínez de Rozas

En medio de las vicisitudes de la brega política, Carrera había mostrado siempre cierto respeto por Martínez de Rozas. No obstante, presionado por los innumerables enemigos que el cuyano tenía en Santiago, se decidió por su destierro, enviándole con toda deferencia y diplomacia su pasaporte para Mendoza.

Martínez de Rozas era ya en aquellos momentos un verdadero cadáver, de tal modo que pocos meses después de su llegada a la ciudad natal, donde fué recibido con cariño, sintiéndose muy enfermo, otorgaba testamento el día 13 de marzo de 1813. Falleció poco después.

A la luz de criterios desapasionados, la figura de Martínez de Rozas se proyecta en la historia polarizada por las complicaciones y bruscos cambios que su neurosis determinaba. Fué, sin duda, un gran funcionario, progresista, enérgico y organizador, dentro del régimen colonial. Por lógico contraste, carecía en grado heroico de las condiciones que moldean al revolucionario: el conocimiento de los hombres, el magnetismo personal, la decisión y el instinto que capta los ambientes y adivina los fenómenos del inmediato futuro. No deja de ser significativo que fuera Mitre, su connacional, quien más destacara sus errores, achacándole la principal responsabilidad en la ruina de la Patria Vieja.

La "Aurora de Chile"

La primera Junta de gobierno sugirió en su día la adquisición de una imprenta que divulgara los nuevos ideales chilenos. El padre jesuíta Haymhausen había montado ya una en 1748. En este orden, Santiago fué la ciudad española de América menos favorecida, pues en Lima y México hubo imprentas desde mediados del siglo XVI. Los jesuítas imprimieron, en aquella pequeña "imprenta de libros", oraciones, esquelas y otros trabajos sencillos. Con la expulsión de la orden, los tipos y prensas fueron entregados a la Universidad. De estos talleres salieron las obras que cita Medina como impresas entre 1780 y 1810, entre ellas un folleto de 16 páginas * (figs. 383 a 385).

Cuando el 24 de noviembre de 1811, el comerciante sueco, nacionalizado en EE. UU. y radicado en Chile, don Mateo Arnaldo Hoevel, desembarcaba de la "Galloway" en Valparaíso una pequeña imprenta, el gobierno se apresuró a adquirirla y a contratar a los tres tipógrafos que con ella venían. El 13 de febrero de 1812 salía a la luz el primer número de la "Aurora de Chile, Periódico Ministerial y Político" (figs. 442 a 445).

La novedad fué enorme. En Chile sólo se conocían los periódicos impresos en España, Lima y Buenos Aires, que llegaban con el retraso imaginable. "No se puede encarecer con palabras el gozo que causó este establecimiento. Corrían los hombres por la calle con una "Aurora" en la mano, y deteniendo a cuantos encontraban, leían y volvían a leer su contenido, dándose los parabienes de tanta felicidad, y prometiéndose, por este medio, pronto se desterraría la ignorancia y ceguedad en que hasta ahora habían vivido, sucediéndose

* Cf./ Amunátegui Solar: "La primera imprenta chilena se debió a la Compañía de Jesús", y Medina: "La Imprenta en Santiago de Chile".

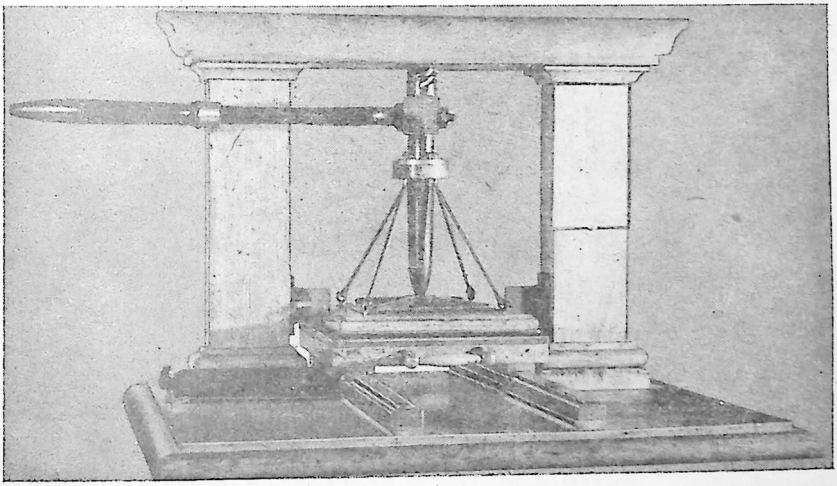


FIG. 442.—LA PRENSA DE HOEVEL. (Foto de L. C., Museo Histórico Nacional.)

AURORA DE CHILE
PERIODICO
MINISTERIAL, Y POLITICO.

VIVA LA UNION, LA PATRIA, Y EL REY

PROSPECTO.

ESTÁ ya en nuestro poder, el grande, el precioso instrumento de la ilustracion universal, la Imprenta. Mas ya por un beneficio de la Providencia digno de nuestra eterna gratitud, despertamos de aquel letargo profundo, y hemos tomado un movimiento grande, é

Aurora
DE
CHILE,
PERIODICO
MINISTERIAL, Y POLITICO.

Tomo Primero....Año de 1812.



SANTIAGO DE CHILE:

En la Imprenta de este Superior Gobierno.

CON SUPERIOR PERMISO,
IMPRESO EN SANTIAGO DE CHILE.
EN LA IMPRENTA DE ESTE SUPERIOR GOBIERNO,
POR SRES. SAMUEL B. JOHNSTON, GUILLELMO H. BURBIDGE, Y SIMON GARRISON,
DE LOS ESTADOS UNIDOS.

FIG. 443.—EL PROSPECTO PRELIMINAR.

1 cónsul Poinsett

a éstas, la ilustración y la cultura que transformarían a Chile en un reino de sabios." *

El periódico era semanal. Se publicó regularmente hasta el 17 de abril de 1813, fecha en que fué substituído por "El Monitor Araucano". El tiraje fluctuaba alrededor de 200 ejemplares y cada número constaba de cuatro páginas a dos columnas.

Un decreto de 16 de enero de 1812 encargaba la redacción del periódico a Camilo Henríquez; mas no fueron sólo sus artículos los que dieron animación y carácter a la "Aurora", sino los más incisivos, periodísticos y de mayor contenido revolucionario de don Bernardo Vera, don Manuel de Salas y, especialmente, de don Antonio José de Irisarri. Gracias a la "Aurora", el país se fué connaturalizando con la idea de la independencia, que aun bullía disforme en casi todos.

Desde este punto de vista, tuvo mayor impor-

* Martínez: "Memoria Histórica", p. 140.

AURORA DE CHILE
PERIODICO
MINISTERIAL, Y POLITICO.

No. 1. *Jueves, 13 de Febrero, de 1812.* Tomo 1.º

NOCIONES FUNDAMENTALES SOBRE LOS DERECHOS DE LOS PUEBLOS.

TODOS los hombres nacen con un principio de sociabilidad, que tarde ò temprano se desembuelve. La debilidad, y larga duracion de su infancia, la perfectibilidad de su espíritu, el amór maternal, el agradecimiento y la ternura, que de él naecn, la facultad de la palabra, los acontecimientos naturales, que pueden acercar, y reunir de mil modos à los hombres errantes y libres: todo prueba que el hombre està destinado por la naturaleza à la sociedad.

El fuera infeliz en este nuebo estado, si viviese sin reglas; sin sujecion, y sin leyes, que conservasen el órden ¿Pero quien podia dar, y establecer estas leyes, quando todos eran iguales? Sin duda el cuerpo de los ciudadanos, que formaban un pacto entre si de sujetarse a ciertas reglas establecidas por ellos mismos para conservar la tranquilidad interior, y la permanencia del mismo cuerpo, que formaban. Asi pues el instinto, y là necesidad, que los conducia al estado social, debia dirigir necesariamente todas las leyes morales, y politicas al resultado del órden, de la seguridad, y de una existencia mas larga y mas feliz para cada uno de los individuos, y para todo el cuerpo social. Todos los hombres, decia Aristoteles, inclinados por su naturaleza à desear su comodidad, solicitaron, en consequencia de esta inclinacion, una situacion nueba, un nuebo estado de cosas, que pudiese procurarles los mayores bienes posibles: tal fué el origen de la sociedad.

El órden y libertad no pueden conservarse sin un govierno: y por esto la misma esperanza de vivir tranquilos, y dichosos, protegidos de la violencia en lo interior, y de los insultos hostiles, compelió à los hombres ya reunidos à depender, por un consentimiento libre, de una autoridad pública. En virtud de este consentimiento se erigió la *Protestad Suprema*, y su exercicio se confió à uno, ò à muchos individuos del mismo cuerpo social

En este gran cuerpo hai siempre una fuerza central, constituida por la voluntad de la nacion para conservar la seguridad, la felicidad, y la conservacion de todos, y prevenir los grandes inconvenientes què nacerian de las pasiones y se observa tambien una fuerza centrifuga, que proviene de los esfuersos, injusticias, y violencias de los pueblos vecinos, por las quales obran unos sobre otros para extenderse, y agrandarse à costa del mas debil; à menos que cada uno se haga respetar por la fuerza. Por este principio la historia nos presenta à cada paso la esclabitud, los estragos, la atrocidad, la miseria, y el exterminio de la espesie humana. De aqui es que no se encuentra algun pueblo, que no haya sufrido la tirania, la violencia de otro mas fuerte.

Este estado de los pueblos es el origen de la monarquia, por que en la guerra necesitaron de un caudillo, que los conduxese à la victoria. En los antiguos tiempos, dice Aristoteles, el valor, la pericia, y la felicidad en los combates elevaron à los capitanes, por el reconocimiento, y utilidad pública, à la potestad real.

No tuvo otro origen la monarquia española. Los Reyes Godos ¿que fueron en su principio sino Capitanes de un pueblo conquistador? ¿Y de qué le huviera servido al Infante Don Pelayo decender de los Reyes Godos, si los españoles no huviesen conocido en él los talentos, y virtudes necesarias para restaurar la nacion, y reconquitar su libertad?

Establescamos pues como un principio, que la autoridad suprema trahe su origen del libre consentimiento de los pueblos, que podemos llamar pacto, ò alianza social.

En todo pacto intervienen condiciones, y las del pacto social no se distinguen de los fines de la asociacion.

Los contratantes son el pueblo, y la autoridad executiva. En la monarquia son el pueblo, y el rey.

El rey se obliga à garantir y conservar la seguridad, la propiedad, la libertad, y el órden. En esta garantia se comprehenden todos los deberes del monarca.

El pueblo se obliga à la obediencia, y á proporcionar al rey todos los medios necesarios para defenderlo, y conservar el órden interior. Este es el principio de los deberes del pueblo.

El pacto social exige por su naturaleza que se determine el modo con que hade exercerse la autoridad pública: en que casos, y en que tiempos se hade oir al pueblo; quando se le hade dar cuenta de las

FIG. 444.—EL PRIMER NÚMERO.

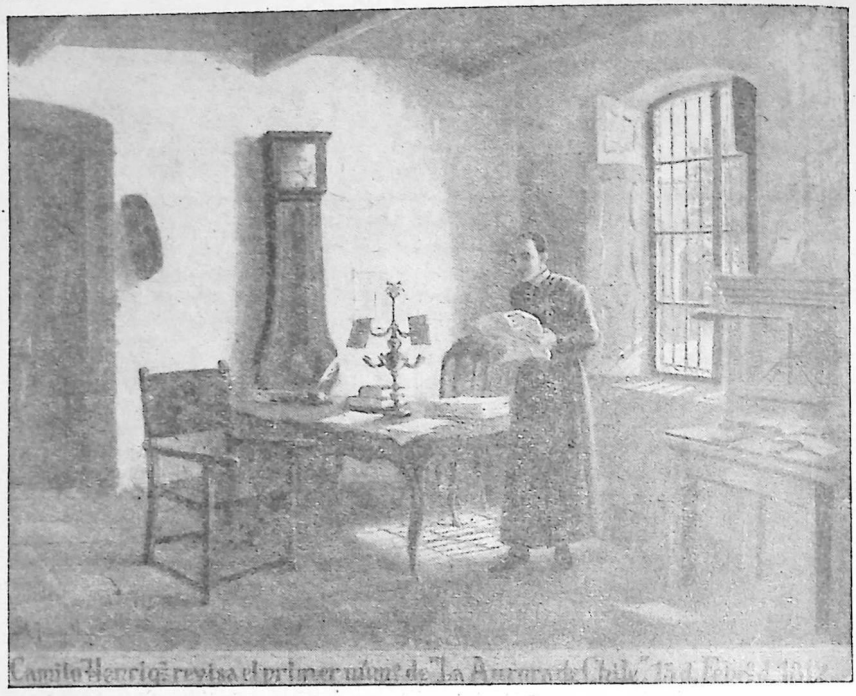


FIG. 445.—ÓLEO DE M. GUERRA V. (Sala Medina, B. Nacional.)

tancia que la aparición del periódico la llegada del cónsul norteamericano en Santiago y Buenos Aires. En realidad, el enviado tenía más carácter de agente comercial que político, de atenerse a las instrucciones de su gobierno. Mr. Joel Roberts Poinsett * (fig. 446) era hombre de polifacética e inquieta actividad: diplomático, comerciante, político, estratego, ingeniero, militar, agricultor y literato. Siguiendo sus ardientes inclinaciones, de inmediato se erigió en mentor de la política criolla. Su fe en la independencia lo convirtió en verdadero agente revolucionario, poseído de su misión como orientador teórico de los noveles gobernantes de Santiago y Buenos Aires.

La bandera de la Patria Vieja

Pronto las ilusiones cifradas en su arribo iban a verse defraudadas. Los norteamericanos deseaban sacar todo el partido posible en los nuevos mercados de América del Sur, sin comprometer sus relaciones con España. En la práctica, las esperanzas de armas y elementos se limitaron a los buenos y reiterados consejos del inquieto cónsul. Uno de los primeros parece ser la sugerencia a Carrera de adoptar una bandera nacional y una escarapela con los

* Nacido en Charlestown (Carolina del Sur), el 2 de marzo de 1779.

colores distintivos. La bandera, que no iba a sobrevivir a la Patria Vieja, constaba de tres franjas: azul, blanco y amarillo. La fiesta en que decidió su solemne inauguración coincidía con el aniversario simbólico de la independencia de los Estados Unidos, el 4 de julio de 1812. Los invitados norteamericanos, entre los que figuraban los tres tipógrafos de la "Aurora", se embriagaron con los repetidos brindis a la libertad y a los Estados Unidos, y Poinsett se vió obligado a expulsarlos de la fiesta. Poco después volvían armados hasta los dientes, haciendo fuego contra el piquete que defendía el Consulado. Hubo en la refriega ocho heridos y dos muertos. *

Probablemente también por sugerencia de Poinsett se declaró obligatorio el uso de una escarapela tricolor. El 30 de julio se establecía que "los jefes de los tribunales, oficinas o corporaciones no abonasen sueldo al que en cualquiera clase de sombrero no traiga esta apreciable distinción".

Reformas y proyectos

Con similar entusiasmo al de las Juntas anteriores, la que gobernara personalmente Carrera proyectó innumerables reformas que no pudieron hacerse efectivas por falta de medios, de experiencia y de ambiente. Fueron las más importantes: la reorganización de la policía y de la administración local; medidas contra la criminalidad; el ensanche del radio de alumbrado de Santiago; el cultivo del algodón en el norte; la reforma del banco de rescate de pastas metálicas, que venía de la Colonia; el establecimiento de una sociedad filantrópica, análoga a las ideadas por el Despotismo Ilustrado; la transformación de la Cañada, a la sazón cauce seco del Mapocho, en un bello paseo público; compostura de caminos; fundación del Instituto Nacional (fig. 447), escuelas de mujeres, etc.



FIG. 446.—J. R. POINSETT. (Dibujo y grabado de Longacre, Museo Histórico Nacional.)

La estabilidad artificial lograda por las primeras gestiones de Carrera parecía inaugurar una etapa de manifiesto progreso, especialmente con la eliminación de Martínez de Rozas del primer plano. Pronto las disensiones entre los hermanos Carrera malograron tan gratas esperanzas. Llevado el conflicto al Cabildo, se creyó solucionado reemplazando a don José Mi-

* Martínez.

La prueva mas cierta que puede dar el Gobierno de que está satisfecho del amor Publico de un Ciudadano, y aprecia sus servicios es encomendarle nuevas comisiones, y proporcionarle ocasion de repetirlos. Combencida la Junta de que V. nada mira pequeño quando contribuye á aumentar el Patriotismo, y el honor del Gobierno le remite el adjunto ceremonial dispuesto p.a la apertura del Instituto Nacional á fin de que se encargue de su cumplimiento, y dé las ord.nes correspond.tes á su execucion

Dios gue. a V. m.s a.s Sant.o y Agosto 7 de 1813

Fran.co Ant.o Perez — Agustin de Eyzaguirre

Juan Egaña

Sor. D.n Antonio Hermida

FIG. 447.—EL DECRETO DE APERTURA DEL INSTITUTO NACIONAL.

guel, como vocal de la Junta, por su padre, don Ignacio. Venciendo la resistencia de aquél y de su hermano don Luis, una junta de corporaciones lo designaba el 3 de octubre.

El Reglamento Constitucional del año 12

Los proyectos constitucionales que en el Congreso de 1811 (fig. 448) preparara la comisión compuesta por don Agustín Vial, don Juan Egaña, don Joaquín Larraín, don Juan José Echeverría y don Manuel de Salas, fueron ahogados por los reiterados golpes de Estado. Por su parte, don Juan Egaña había redactado una especie de anteproyecto, que se publicó en 1813 (fig. 427) y sirvió de base al de 1823. El polimorfo Poinsett, sintiéndose también legislador, redactó un proyecto que sometió al juicio de Carrera. El agente norteamericano pretendía en él conciliar la organización política de los Estados Unidos con las modalidades de la estructura social chilena. Un "gran jefe" debería dirigir el país, auxiliado en sus funciones por dos cámaras: una de consejeros y otra de senadores. Ingenuamente Poinsett incurrió en un error garrafal para el buen éxito de sus intenciones. Fijó en 36 años la edad mínima que debería contar el "gran jefe". Y Carrera sólo contaba en aquella fecha 28. Este desvió su negativa, encargando su estudio a la tertulia que solía reunirse en casa del propio Poinsett. Comoquiera que Camilo Henríquez y otros intelectuales apremiaran su despacho, se nombraron tres comisiones, la última de las cuales, al fin, redactó una especie de reglamento provisional de 27 artículos.

Según tal reglamento, la soberanía continuaba radicada en la persona de Fernando VII, pero su poder quedaba limitado por la Constitución definitiva que el pueblo chileno quisiera darse. Entre tanto, una Junta de tres miembros, elegidos por tres años, debía despachar en su nombre, asistida por dos ministros de Estado, uno para los negocios del reino y otro para las relaciones exteriores. Un Senado de siete miembros (dos por Coquimbo, tres por Santiago y dos por Concepción) sancionaría con su consentimiento los asuntos importantes.

El reglamento, de hecho, consagraba las libertades individuales, de acuerdo con las corrientes avanzadas de la época: "El gobierno respeta el derecho que los ciudadanos tienen a la seguridad de sus personas, cosas, efectos y papeles". El preso político podía apelar al Senado y este cuerpo decidir de su libertad.

El sistema electoral dejaba en manos de Carrera la elección de Junta, Senado y Cabildo. Se abrió en el Consulado un registro aprobatorio que completó 315 firmas. Se mantenía la misma Junta compuesta por Carrera, Portales y Prado, y se elegía un Senado * de siete miembros, que comenzaba a sesionar

* Los senadores designados fueron: J. A. Errázuriz, J. I. Cienfuegos, Camilo Henríquez, J. M. Infante, Manuel de Salas, G. Tocornal y F. R. Vicuña.

el 1.º de noviembre. En él estaban representadas las tres corrientes de opinión del momento: carrerinos, ochocientos y el grupo de gobierno de julio.

esistencia en las provincias. Los consejeros de Carrera

El reglamento levantó resistencias en las provincias, que juzgaban arbitraria y exclusivista la facultad de la Junta para designar los empleos de gobernadores y jefes de todas clases. Las mismas dificultades despertó en el clero, que lo consideraba como declaratorio de la independencia.

La hostilidad de los hombres de julio y el choque abierto con los ochocientos movieron a Carrera a apoyar su gestión en un grupo heterogéneo, en el que primeramente se destacaban Manuel Rodríguez y el peruano don Isidro Antonio de Castro, inepto y disperso improvisador que con igual desparpajo ejercía la profesión de abogado que la de fabricante de fusiles. Más adelante fueron ambos suplantados por el célebre aventurero internacional Manuel Aniceto Padilla, por don Jaime Zudáñez, de Charcas, doctor en ambos derechos, y a la postre con mayor continuidad que los restantes, por el cónsul norteamericano Poinsett.

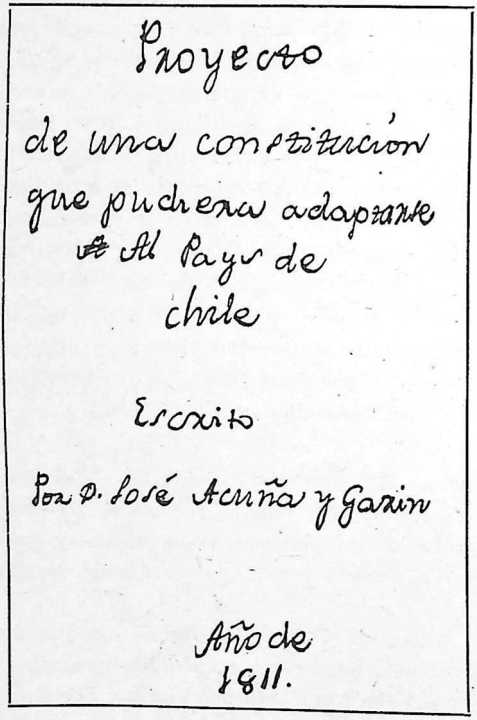

Proyecto
de una constitución
que podrá adaptarse
al Reyno de
Chile
Escrito
por D. José Acuña y Garin
Año de
1811.

FIG. 448.—PROYECTO CONSTITUCIONAL DE 1811.

Se ha sostenido que Carrera fué dominado por esta camarilla en todos sentidos. Los documentos demuestran que, por el contrario, fué él quien los utilizó en beneficio de sus propias concepciones y deseos. El único que mantuvo una influencia moderada y ecuánime fué, sin duda, Poinsett, tanto en lo político como en lo militar.

En razón de las mismas debilidades de facción, es un hecho hoy incontrovertible que el país era militarmente mucho más débil en 1813 que en el período de Muñoz de Guzmán y García Carrasco. Este factor esencial es punto de partida ineludible para el buen entendimiento de los sucesos que van a desarrollarse entre 1813 y 1814.

VI

La campaña de 1813. Yerbas Buenas. San Carlos. Reconquista de Concepción y sitio de Chillán. Las guerrillas.

A pesar de la debilidad militar, los patriotas no tenían nada que temer del exterior mientras España se desangrara en las guerras napoleónicas. El peligro, como señaló en su hora Mackenna con clarividencia, estaba en las luchas intestinas y en el juego político de Carrera, que utilizaba las fuerzas realistas en beneficio propio, eliminándolas después de haberlas aprovechado.

No otra cosa ocurrió con la guarnición de Valdivia. Persiguiendo la merma del poder de Martínez de Rozas, envió al sur al capitán realista Pablo Asenjo, que, con sus amistades e influencias, depuso la Junta patriota y nombró gobernador, en nombre de Fernando VII y don José Miguel Carrera, al coronel Ventura Carvallo.

Valdivia se pronuncia por el virrey

Al recibir la noticia, Carrera exclamaba: "Hoy ha sido un día feliz para Chile, y precursor, seguramente, de mejores sucesos para la patria". Se diría que una paradoja del destino generaba en este triste episodio el comienzo de las calamidades de la guerra y de la Reconquista. Recibido el dinero que Carrera despachara con el ánimo de ganarse a los realistas autores del movimiento, un consejo de guerra reunido en Valdivia acordaba la separación de Santiago y la obediencia ciega al virrey. * Desde tan infausto momento, Abascal dispuso de 1.500 hombres, más de la mitad de línea, que serían la base de un ejército de ocupación poderoso, si se tienen en cuenta las condiciones de relatividad equiparada en las fuerzas enemigas.

En efecto, no bien se hubo sentido seguro, Abascal cambiaba el tono de sus relaciones con la Junta, a la que ahora se dirigía con el siguiente encabezamiento: "...a los tres individuos que se habían apoderado del gobierno de Chile".

El tenor de las amenazas espoleó una fiebre armamentista que había de durar lo que las anteriores. Al disiparse, de nuevo se pensó en promover insistentes cuartelazos, que ya habían ganado carácter endémico. Esta vez la cabeza visible fué Manuel Rodríguez al frente de varios carrerinos. Descubierto en pañales, recayó la mayor pena (destierro a Juan Fernández por diez años) (fig. 449) a quien ya se había erigido en cabeza de turco de estas aventuras, don José Gregorio Argomedo.

Era tal la situación de desbarajuste político, que Abascal llegó al con-

* "Historiadores de la Independencia". T. XXIII, pp. 78 y 79.



FIG. 449.—JUAN FERNÁNDEZ, PRESIDIO POLÍTICO. (En Sutcliffe, op. cit.)

La expedición de Pareja. Los realistas en Linares

vencimiento de que bastaba un pequeño cuerpo de ejército para adueñarse de Chile sin disparar un tiro. Invistió con este propósito de plenos poderes al almirante don Antonio Pareja. El jefe realista, gracias a sus eficaces colaboradores, en menos de dos meses logró uniformar y disciplinar, con los pobres recursos de Chiloé, una fuerza de 1.400 hombres, que, sumada a los efectivos de Valdivia, se elevó a más de 2.000, divididos en tres cuerpos, con seis cañones cada uno. *

La suerte, que no debía abandonarlo hasta su llegada al Maule, coronó pronto los preliminares de la expedición. A poco de desembarcar en San Vicente, y luego de un cambio de notas, Concepción se pronunciaba por el virrey, y el 29 de marzo Pareja entraba en la ciudad, al frente ya de 2.850 hombres. Don Pedro Benavente, a pesar de su complacencia con el vencedor, hubo de presentar la renuncia. Fué substituído por el obispo Villodres, con lo que se perfilaba cada vez más el carácter de contienda civil de la guerra.

Sin resistencias apreciables, reclutando cada vez más gente en la marcha, el ejército de Pareja avanzó hasta Linares. En aquel momento, con la incorporación de milicianos y partidas sueltas, sus fuerzas se elevaron a más de 5.000 soldados. **

* "Historiadores de la Independencia". T. VI, p. 56.

** Ballesteros, al hablar de la deserción en masa, después de la sublevación de los chilotes a orillas del Maule, calcula los milicianos en 6.000; pero se trata, evidentemente, de un error de copia.

Las medidas en Santiago. Nueva Junta

No bien hubo recibido Carrera el oficio de Benavente, en que le comunicaba el desembarco de Pareja, reunió Junta, Congreso y autoridades militares. Poco después se leía una proclama que venía a representar la declaración de guerra al virrey: "Ciudadanos —leía el pregonero con voz estentórea—, invaden nuestras costas cinco miserables embarcaciones que, conduciendo de Chiloé y Valdivia cuatro forzados mercenarios, provocan más la compasión que la venganza". Pasadas las primeras reacciones, siempre encendidas, se palpaba en el ambiente la unidad de criterio de la aristocracia de rechazar por medio de la fuerza la agresión.



FIG. 450.—DON FRANCISCO A. PÉREZ. (Dibujo de Desmadryl.)

Con una clarividencia que honra a sus miembros, el Senado comprendió que Concepción estaba perdida, que la defensa había que hacerla en el Maule y que Carrera debía partir inmediatamente a Talca para organizarla. Se le designó brigadier y jefe del ejército, supliendo su vacancia en la Junta su hermano Juan José. Las circunstancias críticas aconsejaron, también, substituir a don José Santiago Portales y don Pedro Prado por hombres más representativos. La Junta funcionó, desde el 31 de marzo hasta el 13 de abril, constituída por don Juan José Carrera, don José Miguel Infante y don Francisco Antonio Pérez (fig. 450). El ajuste definitivo se estableció en la última fecha indicada, al reemplazar don Agustín Eyzaguirre a don Juan José Carrera, que debía ir al frente de batalla a compartir con su hermano los lauros de la victoria.

Con urgencia, mas sin precipitaciones, la nueva Junta convocó a las milicias, hizo levantar una horca en la plaza para los traidores, pidió donativos a los patriotas e impuso un empréstito a los "sarracenos" por valor de $ 260.000.

Pronto don José Miguel pudo darse cuenta de la magnitud del desastre de Concepción. Sobre la marcha ordenó recoger armas y milicias, formó juntas de aprovisionamiento y tomó precauciones contra las concomitancias de los realistas de provincias y Pareja. Su problema fundamental era retirar las milicias de la intendencia de Concepción al norte del Maule. Cupo realizar la difícil maniobra a don Bernardo O'Higgins, luego de derrotar al piquete realista que guarnecía Linares.

La primera escuadra



FIG. 451.—DON JUAN MACKENNA. (Dibujo de Desmadryl.)

La misma expedita diligencia que había desplegado la Junta se pronunciaba a poco por la organización de una escuadra que bloqueara Talcahuano, impidiendo así el envío de refuerzos a Pareja. Se arrendó la fragata norteamericana "Perla" y se adquirió en $ 16.000 el bergantín "Potrillo", de la misma nacionalidad. Parece que en aquella ocasión surgió el plan esbozado por Infante de organizar una expedición chileno-argentina, para dirigirla directamente al Perú.

El domingo 2 de mayo se divisó en las cercanías de Valparaíso un barco peruano, la "Warren", armado en corso. De inmediato se dió orden a la flamante escuadra de salir en su persecución. La "Perla" y el "Potrillo" se dirigieron resueltamente contra el buque enemigo. Los pobladores de Valparaíso se agolparon para presenciar la captura. La "Perla" adelantóse con intento de abordar a la "Warren". La nave peruana no hacía el menor amago de resistencia. Y, ante la decepción de los emocionados espectadores, se vió cómo ambas, de acuerdo, cañoneaban al "Potrillo", que, cortada la vuelta a Valparaíso, se largaba a alta mar con las velas desplegadas. Poco después se supo que la tripulación de la "Perla" estaba comprada de antemano y que el "Potrillo" era capturado sin resistencia. Las dos naves acrecentaron de inmediato el poder naval del virrey.

Se organiza el ejército patriota

El nuevo contraste no había arredrado los ímpetus de la Junta. Asesorado por Poinsett, que hacía gala de grandes conocimientos tácticos y estratégicos, Carrera lograba concentrar al norte del Maule 4.600 hombres, de los cuales, a decir verdad, apenas unos 1.100 representaban algún valor militar. El 20 de abril asumía su cargo de cuartel maestre o jefe de Estado Mayor el coronel de ingenieros don Juan Mackenna (fig. 451). Sus primeras medidas se encaminaron a disuadir al comando patriota del errado propósito de Poinsett de fortificar ciertas posiciones en Bobadilla y concentrar la defensa en la ribera norte del río.

No obstante los rápidos y constantes esfuerzos que se venían realizando, el ejército patriota más semejaba turbamulta que una fuerza disciplinada. El

propio Mackenna, dos años antes de que las pasiones tiñeran su juicio, decía: "Piensan que el único requisito para ser un buen oficial es un rico uniforme y par de charreteras, y que esto basta para mandar un regimiento y hasta un ejército". *

El desastre de Yerbas Buenas

Entre los hombres que lograran dar mayor movilidad y eficiencia al ejército de Pareja se destacaba desde las primeras jornadas un arquetipo de guerrillero, Elorreaga, cuya sagacidad e intuición iban a quedar legendarias. En diferentes escaramuzas había demostrado ya sus excepcionales aptitudes en la guerra de zapa. Forzado en una de ellas a huir al sur, perseguido por fuerzas más numerosas, despachó Carrera en su contra al coronel Estanislao Portales, con el objetivo de sorprenderlo "y no dar cuartel a la división de Elorreaga, que debía dormir en unos cerrillos, una legua al sur del Maule"..., "pues sabía que todo el ejército enemigo estaba en Yerbas Buenas, siete leguas al sur del río". No obstante lo específico de la orden, el destacamento patriota al mando de Juan de Dios Puga creyó ver en Yerbas Buenas únicamente a las fuerzas expedicionarias de Elorreaga y no, como en realidad lo era, el grueso de las fuerzas de Pareja. A la voz de "¡carga!" embistieron los patriotas, sin orden ni concierto; la confusión fué indescriptible. Pronto se apoderaron los atacantes de la artillería enemiga, acontecimiento que les hizo darse cuenta de la realidad. Se intentó dar la orden oportuna de retirada, pero la confusión iba en aumento. A duras penas se había logrado organizarla, arrastrando los patriotas armas, prisioneros y cañones, cuando las primeras luces del alba del día 27 alumbraban el campo de batalla. Con una rapidez desconcertante, los oficiales realistas se percataron de las escasas fuerzas que los atacaban, organizaron sus batallones y dieron comienzo a la persecución del enemigo. La retirada patriota evolucionó pronto con caracteres de desastre.

La reacción de Carrera fué tan violenta, que parecía haber perdido el control de sus actos. Inmediatamente dió orden de retirada a San Fernando, para reforzarse con las tropas que aun estaban en Santiago, sin calcular, en contra de la opinión de Mackenna, que el abandono de la línea del Maule equivalía al desbande, a causa de la indisciplina de sus soldados.

La retirada de realistas a Chillán

Por su parte, para aprovechar el desastre psicológico de las fuerzas patriotas, el general realista hizo romper la marcha sobre el Maule. Las condiciones y el momento favorecían su situación en todos los órdenes, mas no contaba con un factor imprevisto: los batallones de veteranos de Castro y Chiloé se negaron a vadear el río, intención reiterada desde su salida del sur. Fueron inútiles amenazas y exhortaciones. Pareja hubo de resignarse a retroceder de nuevo a Linares para formar cuarteles de invierno en Cauquenes o en Chillán.

* "Revista Chilena de Historia y Geografía", T. XVI, p. 20.

Gravemente enfermo por una neumonía que se le declaró en Linares, el jefe realista iniciaba ahora su retirada a Chillán en muy difíciles condiciones. Conocedor de factores tan propicios, Carrera, que había reunido un ejército activo de 4.000 hombres, decidió aprovecharlos, ordenando el copo de la retaguardia enemiga que se retiraba de San Carlos. Cuando los realistas abandonaban la ciudad, penetraban en ella los patriotas. Pareja iba conducido en parihuelas. Intentó levantarse sin lograrlo y sólo entonces delegó el mando en un oscuro oficial, Sánchez, cuyas aptitudes, aun desconocidas, iban a cambiar el cariz de la campaña.

San Carlos

La situación del ejército realista era cada vez más desesperada. Los bagajes caminaban muy adelantados, con lo que apenas podría resistir dos días en las posiciones en que se encontraba. Como éstas eran, sin embargo, excelentes desde el punto de vista de la defensa, Carrera ordenó al frente un batallón de granaderos y dispuso que la caballería flanqueara las posiciones enemigas esquivando la artillería.

Existe una disparidad de criterio entre los hermanos José Miguel y Juan José Carrera en cuanto a la responsabilidad de lo ocurrido en el combate de San Carlos. El hecho es que se dió la orden a los granaderos de atacar a la bayoneta a toda carrera. Apenas habían recorrido unos doscientos pasos, empezaron a recibir las descargas de la artillería que los desorganizaron, estimulados por el ejemplo del propio don Juan José, que no cesó en su fuga hasta llegar al cuartel general. Las milicias de caballería también se dispersaron y muchos de los cañones se desmontaron a los primeros disparos. Por último, la división de Mackenna, que llegaba de refresco, tampoco pudo vencer la resistencia de los fusileros realistas, y, al caer la tarde, el ejército patriota se había disuelto completamente.

Frente a la dispersión y las bajas patriotas, los realistas apenas tuvieron cinco muertos y unos 15 heridos. Antes del combate se habían fugado unos 30 chilotes. Los patriotas descubrieron a estos infelices entre unos matorrales y los asesinaron después de rendidos. El dato es de suma importancia como antecedente para explicarse la violencia que iba a ganar en breve la guerra civil.

Reconquista de Concepción. Saqueo de Talcahuano

A raíz del combate de San Carlos se planteaba un dilema claro a los patriotas: cercar en Chillán a Sánchez para dificultar su fortificación y abastecimiento o dejar libre el ejército realista en sus cuarteles de invierno y proseguir a Concepción para tomar la plaza e impedir los seguros refuerzos que Abascal intentaría en breve enviar a Chile. Mackenna era partidario de la primera campaña y Poinsett de la segunda. Carrera, que en Bobadilla había seguido los consejos de aquél, ahora optaba por realizar la sugerencia del cónsul norteamericano.

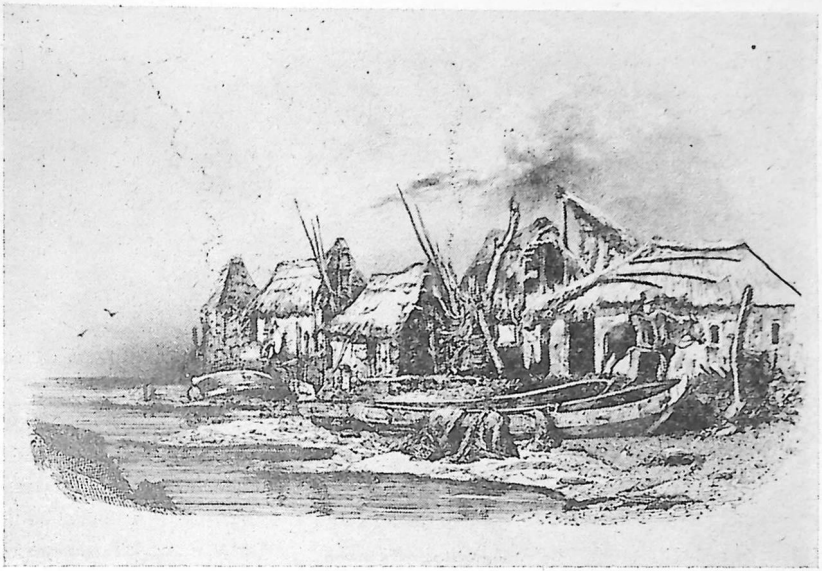


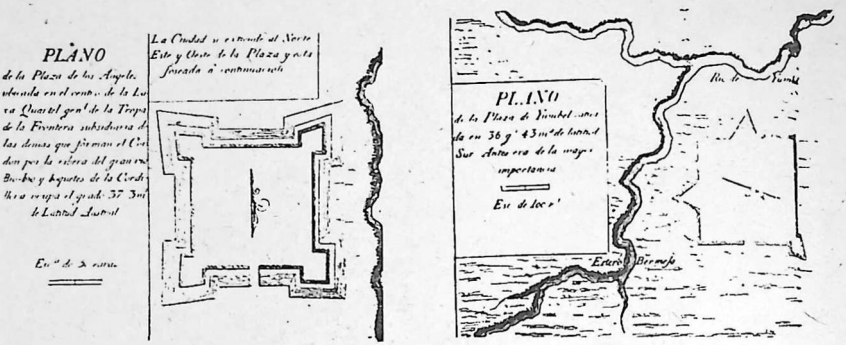
FIG. 452.—TALCAHUANO. BARRIO DE PESCADORES, SEGÚN DUMONT D'URVILLE.

Decidida, pues, la segunda fórmula, el día 17 se ponía en movimiento la vanguardia y el día 20 se enviaba un ultimátum a las autoridades de Concepción. El obispo Villodres había huído a Talcahuano en procura de las naves que trajeran la expedición de Pareja. El Cabildo y el conde de la Marquina rindieron la plaza, en la que Carrera se sorprendía con el hallazgo de abundante material de guerra (fig. 452).

Talcahuano ofreció un conato de resistencia, lo que sirvió de pretexto para entregar la ciudad al saqueo de la tropa. "Como este pueblo se mostró tan poco adicto a nuestra causa, cuando el arribo de Pareja —dice Carrera—, y como los intereses que encerraba eran de sarracenos y de los primeros que traidoramente entregaron la provincia, ofrecí y prometí el saqueo a la tropa." *

La reorganización del ejército del sur fué estimulada con la captura de abundantes pertrechos. Después de una victoriosa escaramuza, O'Higgins derrotaba con 75 dragones una guerrilla de 200 hombres en San Javier, y su columna recobró sin dificultades Los Angeles y todas las plazas de la frontera (figs. 453 y 454), disciplinó las milicias y aumentó sus contingentes hasta un total de 1.400 hombres.

* Diario, p. 127.



FIGS. 453 Y 454.—LOS ÁNGELES Y YUMBEL. (Edición de Sancha de la "Historia" del Abate Molina. Cf./ los planos de los fuertes, publicados en la Primera Parte.)

Los realistas en Chillán

Por su parte, el ejército realista acusaba en Chillán los efectos de la capacidad organizadora de Sánchez. Este opaco jefe que Pareja había elevado al comando, atropellando a muchos de superior graduación, demostró un temperamento retraído, sin brillo social, y no obstante sus calificaciones, había prosperado poco en la carrera. Era hombre de conducta ejemplar, de pocas palabras, inflexible cumplidor de su deber, en suma, el mejor jefe que podían encontrar los realistas. Mientras las tropas se reponían, enviaban a Elorreaga en devastadoras incursiones por la zona vecina, casi todas coronadas por el éxito. Fué la más connotada la captura del coronel Cruz y de las fuerzas que habían quedado en San Carlos.

sitio de Chillán

La Junta de Santiago deseaba precipitar un desenlace favorable, antes de que las fuerzas acantonadas en Chillán recibieran refuerzos de Pareja. Se ordenó, por tanto, concentrar todos los efectivos patriotas contra esta plaza, empresa que había de fracasar, más como consecuencia de los rigores de la estación que de la incapacidad del comando patriota.

En aquella época, Chillán Viejo era una ciudad abierta, de unas 64 manzanas, emplazada sobre una suave loma, entre el estero de Paso Hondo, por el norte; el Maipón, por el poniente, y el río Chillán, por el sur. Sus 4.000 habitantes en circunstancias normales habían aumentado a 9.000 con las fuerzas de Sánchez y unos 3.000 campesinos y hacendados de los aledaños que se habían refugiado en la plaza huyendo de las depredaciones de la soldadesca. Algunos eran realistas, otros ex patriotas y la inmensa mayoría, compuesta de campesinos, era extraña a la lucha.

Cuando llegaba Carrera a Chillán, ya Poinsett y Mackenna habían levantado croquis (fig. 455) para el emplazamiento de la artillería y fortificaciones. Para luchar contra la obligada y cruda intemperie se había dotado a la tropa de ponchos impermeables. Con todo, las inclemencias eran tantas, que

hacían decir a Carrera: "La intemperie y la escasez eran iguales, tanto que estaba arrepentido de haber emprendido el sitio en esta estación. Las lluvias no cesaban y los fuertes vientos no dejaban una tienda en pie". Mientras tanto, los realistas estaban protegidos por amplios edificios que les facilitaban tres costados libres para abastecerse y operar con sus guerrillas.

Comenzaron a cruzarse las intimidaciones de rendición, con la arrogante literatura a que tan aficionado era Carrera. No tardó en contagiarse Sánchez de la prosopopeya y pronto las contestaba en el mismo tono ditirámbico.

El combate del 3 de agosto

Las inclemencias y las dificultades estimularon la latente deserción en las fuerzas patriotas, hasta el punto de que Mackenna y O'Higgins presionaron a Carrera para forzarlo a dar un ataque a fondo antes de que se disolviera completamente el ejército. En la noche del 2 de agosto el ejército pasó el Maipón y emplazó sus cañones en una pequeña loma. Oller y Gamero mandaban la artillería; Spano, la infantería, y Mackenna, el comando superior. El ataque fué fulminante. Las tropas de Elorreaga y de Carvallo, rodeadas, se replegaban combatiendo. Spano y O'Higgins con un puñado de soldados penetraron en los suburbios realistas. Nuevos grupos, embriagados con la alta ración de aguardiente que se les había suministrado, peleaban aislados o saqueaban las casas. Con una sangre fría increíble, Sánchez había dejado que las tropas patriotas se dispersaran, y, seguros de que no forzarían las trincheras, se dedicaban los realistas a cazarlas desde las tapias con metódico sistema. En buena hora, Carrera había intuído el peligro y ordenaba retirada a tiempo. Alentado con ella, el jefe realista pretendió terminar en la jornada con el ejército patriota contraatacando resueltamente sus posiciones. El combate recrudeció con tremenda violencia. Eran ya las cinco de la tarde y comenzaba a disminuir la visibilidad.

Cuando la pelea alcanzaba su clímax, ambos ejércitos paralizaron la brega para presenciar un espectáculo aterrador. Una bala realista acertó blanco en uno de los cañones de a 24 de Mackenna e incendió el depósito de pólvora que estaba contiguo. Un estampido infernal anunciaba la llamarada inmensa que pronto se propagaba a los depósitos cercanos y aun a las cartucheras de los soldados. La densa nube de humo lo cubrió todo. La confusión era indescriptible. Sobreponiéndose a los ayes de los agonizantes, los oficiales que salvaron la vida organizaban la defensa contra los ataques de la columna realista que avanzaba hacia los restos de la artillería. Los infantes de O'Higgins se batían ya del todo ebrios. Alguien cargó con metralla hasta la boca el cañón que quedaba útil y lo disparó a boca de jarro contra la columna atacante. La matanza producida por esta descarga y la obscuridad pusieron fin al sangriento combate.

A pesar de la violencia del ataque fallido, muchos soldados de Carrera

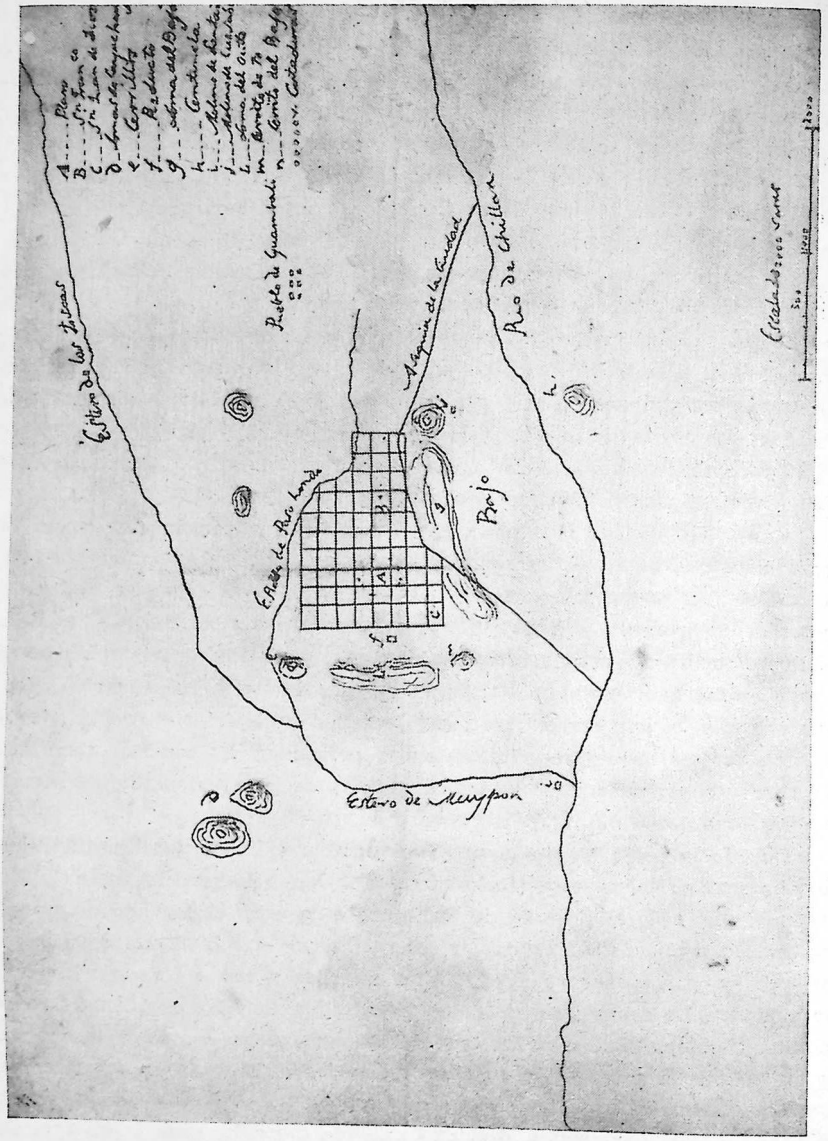


FIG. 455.—CROQUIS DE CHILLÁN Y ALREDEDORES, LEVANTADO POR MACKENNA. (Museo Histórico Nacional.)

estaban entusiasmados con el breve saqueo de Chillán. Dos días después, creyendo que la ciudad había quedado desguarnecida, se extendió irrefrenable el grito de "¡A tomar la plaza!" Sordos a las órdenes de los oficiales, se precipitaron sobre la ciudad por el norte y por el sur, dejando abandonados cañones, municiones y bagajes. Las fuerzas realistas que habían salido de la plaza regresaron en orden y se trabó en las calles un combate feroz, en el que se agredía individualmente con bayoneta, con cuchillo, con palos y a pedradas. Los vecinos defendían bravamente sus hogares. Entre los soldados patriotas pronto comenzaron las disputas intestinas. Mientras unos saqueaban una tienda, otros se disputaban una mujer. En las puertas derribadas, el dueño de casa caía atravesado por una bayoneta o desnucaba al asaltante de un garrotazo feliz. Un soldado arrastraba a una mujer de los cabellos, y otro le vaciaba los sesos de un culatazo. Mujeres y niños huían despavoridos...

El combate del día 5.

Los partes oficiales de los dos jefes guardaron silencio sepulcral sobre la matanza. El padre Martínez dice al respecto: "No he podido calcular ni por mayor ni por menor el número de muertos que hubo de ambas partes, pero, según testigos fidedignos de vista y de acción, excedió al del día 3".

Los dos combates desgraciados del sitio de Chillán habían mermado mucho las fuerzas de Carrera. Ya no era posible mantenerlo ni siquiera sostenerse en las inmediaciones de la ciudad. Además de los muertos, heridos y prisioneros, que sumaban más de 500, cifra enorme si se considera el relativo y exiguo número de combatientes, se habían fugado las milicias de caballería y parte de las de infantería. Carecía de víveres y las municiones apenas alcanzaban para mantener la retirada.

En tan desastrosas condiciones se hizo lo único posible: levantar el sitio de Chillán con rumbo a Quirihue y a Concepción.

La guerra civil gana caracteres feroces

Llegada a estas alturas la guerra civil, es preciso comprobar un hecho lamentable que fué la causa determinante del giro que tomó desde entonces. El ejército patriota había iniciado, en mala hora, los fusilamientos de prisioneros, con los que se entregaron en San Carlos; los saqueos de los pueblos, con el de Talcahuano; la devastación arrasadora de los campos que pertenecían a sus propios connacionales, y, en suma, la provocación de la guerra de represalias, que va a convertir la contienda en una competencia por superarse en las depredaciones, los saqueos y los asesinatos. Pronto veremos que los realistas siguieron el ejemplo de sus hermanos patriotas.

La situación creada produjo dos efectos que determinaron el carácter de la campaña. El más importante fué la reacción en masa de los neutrales de todas las clases sociales, especialmente del pueblo, en contra de los patriotas. El segundo fué el aumento de las trizaduras entre Carrera y la Junta. Infante y Eyzaguirre eran hombres de temperamento sensible que sufrían en carne

propia los padecimientos de las gentes modestas y que manifestaron su sentir al recibirse las justas quejas de los desgraciados habitantes de Concepción y de Talca. Cada día más alarmada, la Junta envió a Carrera una nota el 14 de septiembre, en la que le decía: "El poco espíritu público ha desaparecido, y un sordo y lastimero lamento sucede a las bellas esperanzas y lisonjeras exhortaciones que antes encantaban al pueblo. Por desgracia se repiten y multiplican por todos los que vienen de ese ejército y provincias las noticias de los inauditos y generalísimos robos y vejaciones que han sufrido aquellos miserables habitantes, ya por los comisionados, ya por los bandidos que, tomando el nombre de comisión, han asolado la fortuna y la existencia de todos los particulares... Es preciso que ninguno piense que ha de encontrar la menor protección en los generales, aunque les hagan cargos de servicios a que habrán contribuído más por satisfacer su rapacidad que por el bien del estado..."

Como era de suponer, desde la recepción de esta nota, Carrera sólo pensó en la manera de eliminar a la Junta.

Las guerrillas realistas

No bien se hubieron retirado de Chillán los patriotas, Sánchez organizó guerrillas en todas direcciones, que tenían como principal objetivo privar de recursos al ejército de Carrera, interrumpir sus comunicaciones y, en fin, restablecer el dominio realista en la provincia, dejando sólo a los patriotas el terreno que pisaban, exactamente igual como hicieran dos siglos antes los mapuches con los españoles. Elorreaga, al frente de 350 fusileros, se apoderó de Los Angeles, de Nacimiento y de toda la Isla del Laja, luego de desbaratar a O'Higgins, que le presentó combate al frente de 300 hombres. El propio don Bernardo fué derribado del caballo con su montura. La inoportuna sublevación de Arauco, en que los indios se aliaron con los realistas para luchar contra los abusos de los comisionados, les dió el control absoluto del territorio situado al sur del Bío-Bío (figs. 453 y 454).

El Roble

Los repetidos contrastes llevaron al convencimiento a Carrera de que su rehabilitación era sólo posible después de la victoriosa captura de Chillán. Dejó la segunda división al mando de su hermano Juan José y de Mackenna, en las proximidades de la confluencia del Ñuble con el Itata, y él se dirigió con O'Higgins, al mando de unos 800 hombres, al paso de El Roble, sobre el mismo Itata, unas tres leguas en dirección a levante. Al otro lado del río había una guerrilla realista que mandaba don Juan Antonio Olate. Enterado Sánchez de la cuantía de las fuerzas enemigas, decidió aniquilarlas desviando la atención del enemigo con una pequeña fuerza que atravesó el Itata durante la noche y se situó a espaldas de los patriotas sin ser advertida. Al apuntar las primeras luces del alba se precipitaron sobre los hombres de Carrera y O'Higgins en una carga arrolladora. El desorden no fué general. Un piquete patriota logró coronar un cerro elegido con certero ojo militar que dominaba el campo. La

superioridad numérica de los realistas amenazaba concluir en breve plazo con el heroico grupo, lo que se hubiera producido de no acudir en su defensa el capitán Diego José Benavente, primero, y O'Higgins, después, con lo que se decidió la posesión del cerro. Se dirigía el coronel O'Higgins a la línea de fuego cuando, de súbito, se detuvo y preguntó a su ayudante, el cadete José María de la Cruz: "¿Tiene usted pañuelo, cadete?" Y como le contestara que sí, le añadió: "Pues amárreme aquí la pierna, que estos diablos me han herido y me duele bastante". Se negó a ser retirado de la línea de fuego y desde ese punto contuvo a los heridos leves que retrocedían y animó a los demás con su ejemplo.

Las fuerzas patriotas, ahora comandadas por don Joaquín Prieto, continuaron acumulándose en la loma ya conquistada. Los realistas se hicieron fuertes en otra loma, que estaba separada de la anterior por una hondonada de cien metros. La prolongación inesperada del combate permitió a Freire situarse a espaldas del enemigo, mientras la vanguardia del cuerpo de don Juan José Carrera, que había acudido a marchas forzadas, lo atacaba por el flanco izquierdo. El jefe realista tocó retirada. Fué inútil la persecución, pues la guerrilla iba muy bien montada.

El concepto pragmático de la historia ha deformado la importancia del encuentro de El Roble. El ejército patriota perdió, sólo en muertos, el 10% de sus efectivos, y las bajas, por otras causas, lo forzaron a detener su avance sobre Chillán.

Cuando ya el combate había terminado, llegaba al campo don José Miguel Carrera, luego de una espectacular huída a través de territorio ocupado por el enemigo. Los soldados del guerrillero Olate lograron rodearlo, y cuando éste lo reconoció, en vez de hacerle prisionero, le apuntó el fusil. Carrera, rápido como el relámpago, le descerrajó un tiro en la cara, que el guerrillero esquivó acostándose sobre el caballo. Aprovechando el desconcierto de los realistas, Carrera se abrió paso entre ellos, salvándose gracias a la calidad de su noble montura.

Cadena de represalias

La desgraciada política de represalias recrudeció, a medida que la guerra se hacía más violenta, en fatídico círculo vicioso. Carrera había encarcelado a numerosas señoras en Concepción, entre otras, doña Ramona Antonia Lozano, esposa del comandante en jefe don Juan Francisco Sánchez, y sus hijas, amén de todas las esposas y parientes de los jefes realistas.

En cuanto pudo, Sánchez hizo lo mismo. Apresó en Los Angeles a doña Isabel Riquelme y doña Rosa Rodríguez, y se las llevó a Chillán, donde fueron canjeadas por su esposa e hijas. La réplica realista a las depredaciones de los campos se ensañó con las propiedades de los patriotas de Concepción. La hermosa hacienda de los O'Higgins, la mejor cultivada y más próspera de Chile, quedó convertida en un campo yermo.

Cuando una guerra civil toma cuerpo, no hay poder que controle la ferocidad humana. A los pocos meses de rotas las hostilidades, en el campo sólo quedaban ranchos quemados, donde se guarecían algunas mujeres ultrajadas por bandas enteras, que ya nada tenían que defender, y grupos de muchachitos desnudos y hambrientos. Los hombres que no habían huído a los pueblos o a las montañas se habían incorporado a las montoneras. Los animales vagaban dispersos por los cerros. Pertenecían al que tenía elementos y coraje para apropiárselos.

El panorama político a ıales de 1813

En las postrimerías de 1813, el panorama interno complicóse aun más de lo que estaba en una serie de complejas reacciones colectivas. Las más violentas y definidoras partieron del planteamiento abierto de la lucha por la independencia. Contribuyeron a complicarlas las esperanzas cifradas en la capacidad militar de Carrera, a las que siguió una tremenda desilusión adobada por un panorama económico desastroso.

Desde las columnas de "El Monitor" y de "El Semanario", Irisarri se decidió a plantear el ideal de la independencia absoluta. Al definirse las posiciones, los partidarios de un gobierno criollo que no deseaban la emancipación total iniciaron un retraimiento que con el tiempo se convertiría en verdadero desbande, estimulado con el fracaso del sitio de Chillán.

Por diversos conductos recrudecía el odio de la aristocracia a los Carrera, que los consideraba como los únicos responsables del fracaso de las armas patriotas y, por ende, de todos los males que afligían al país. El propio Irisarri y Camilo Henríquez canalizaron la oposición a la Junta y el deseo colectivo de llamar a nuevas elecciones. Acariciaban la esperanza de que un poder de origen popular reuniría el prestigio y los bríos necesarios para compensar el de aquéllos. El torbellino de la lucha política llevó a la mayoría de la opinión patriota a concentrar sus fuerzas en torno a Infante y a la Junta, actitud que iba por sí sola a eliminar a don José Miguel y proponer la paz a Sánchez. Mas, en medio de las vicisitudes encontradas, un hecho histórico se perfila nítido: el factor esencial que influyó en la relajación de la voluntad revolucionaria no fué la caída de Carrera, sino la conciencia del fracaso militar.

Bancarrota económica. La unta en Talca

Causa operante de primera fuerza en el desarrollo de los acontecimientos fué la pavorosa situación económica. Hasta el 22 de agosto de 1813, el ejército patriota había consumido $ 1.155.700, mientras Pareja y Sánchez habían sacado de las cajas reales sólo $ 218.000.

El gasto del ejército de Carrera casi triplicaba el presupuesto normal de la nación, de suerte que, a pesar de los empréstitos forzosos y de los donativos voluntarios, el déficit del año fué de $ 713.110. Se pensó en imponer nuevos tributos, pero ya no había prácticamente de dónde sacarlos.

La agitación derivada del caos económico y militar había decidido a la

Junta a trasladarse a Talca. No bien hubo llegado a esta ciudad, en octubre, dirigió a Sánchez las proposiciones de paz que ya se habían convenido de acuerdo con el Senado y que en sus partes esenciales disponían el licenciamiento del ejército realista, el perdón general a todos los que hubieran hecho armas contra la patria, el traslado de los chilotes a su isla y la indemnización a los que hubieran sido víctimas de los despojos y saqueos del ejército patriota. Infante, que era tan recto de conciencia y caballero como ingenuo, creyó que Sánchez, impresionado por el combate de El Roble y la proximidad de las fuerzas de Talca, se apresuraría a aceptar la paz. El jefe realista reunió consejo de guerra, en el que se acordó por unanimidad rechazar el ofrecimiento.



FIG. 456.—DON MARIANO EGAÑA. (Dibujo de Desmadryl.)

El principal objeto del traslado de la Junta a Talca era la eliminación de Carrera. Este lo sabía, y como no le quedaba otra carta que la intimidación y la amenaza a la Junta, a ella recurrió. En esta ocasión, la actitud arrogante del caudillo se estrellaba con la entereza moral de Infante, que logró hacer solidaria en sus compañeros de gobierno. En una extensa nota, redactada por el secretario de la Junta, don Mariano Egaña, le enrostró sus errores y le planteó la necesidad de que abandonara el mando (fig. 456).

O'Higgins reemplaza a Carrera en el mando del ejército

La nota no tuvo respuesta. En vista de ello, la Junta se decidió por proponer el reemplazo de Carrera por O'Higgins, que contestó al ofrecimiento de inmediato, señalando el peligro de disensiones fatales en el ejército. Por su parte, Mackenna hizo ver a la Junta la imposibilidad en que se encontraba Carrera para resistir el cambio, y, en vista de ello, se dictaron el 27 de noviembre varios decretos. Uno relevaba del mando a don José Miguel y lo entregaba a O'Higgins. Otro reemplazaba a don Juan José como comandante de granaderos por el coronel Carlos Spano, y el tercero substituía en el mando de la artillería a don Luis por el capitán José Domingo Valdés.

La opinión acogió con manifiesto agrado estas medidas. Por otra parte, en el ejército, en contra de lo que opinaba Mackenna, se incubó un movimiento de franca resistencia. Carrera se había ganado por completo a casi todos los oficiales y contaba con el apoyo de la tropa, que le agradecía la impunidad en saqueos y desmanes. El propio O'Higgins, considerándolo así, insistió

en la revocación del decreto. Con su característica bonhomía, cambió impresiones con Carrera y se decidió en ellas que don Bernardo insistiera en los inconvenientes del reemplazo. Si la Junta se mostraba inflexible, aceptaría el mando para evitar mayores males. El caudillo le prometió mantener la disciplina en el ejército mientras tanto, y ayudarle lealmente en las operaciones militares como segundo.

O'Higgins en Talca

Después de tres días de incesante galopar, O'Higgins llegaba a Talca el 9 de diciembre a las 3 de la mañana. Una hora después, la Junta oía sus explicaciones. O'Higgins expuso "que siendo él un militar de circunstancias, que había tomado las armas para defender la patria como simple comandante de guerrilleros en un momento de peligro, carecía de la preparación necesaria para dirigir como jefe superior las operaciones de la guerra" y que no se atrevía a asumir la responsabilidad del comando en jefe. Insistió de manera especial en el desquiciamiento que el cambio iba a producir en el ejército. La respuesta de Infante era igualmente sincera y, además, no admitía réplica. La actitud de la Junta era irrevocable. El fracaso de la campaña militar había desconceptuado a los Carrera y su dictadura concentraba en ellos el odio popular. Se designaba a O'Higgins, en razón de su valor, sus méritos y su patriotismo. El, en ese momento, arrastraba "tras sí los votos y admiración de sus conciudadanos"; era el hombre que más entusiasmo despertaba en el ejército y el que menos hería a Carrera. De su decisión dependía "la suerte feliz o infeliz de un millón de habitantes".

Teniendo presente lo conversado con don José Miguel y la actitud de la Junta, O'Higgins se decidió a asumir la responsabilidad. Acto seguido prestó el juramento de rigor. Spano, que también había acudido a Talca, aceptó asimismo el comando de los granaderos.

Doce días después llegaba la respuesta de Carrera: "Aplaudo —decía— con sigular regocijo y satisfacción la acertada elección y reconocimiento que se ha hecho en la digna persona del coronel don Bernardo O'Higgins..."

VII

O'Higgins, general en jefe. La expedición de Gaínza. Pérdida de Talca. Lastra, supremo director. El Quilo y Membrillar. El tratado de Lircay.

Don Bernardo O'Higgins

EN el libro de bautizos de Talca se conserva la inscripción de un niño que en la madurez había de ser propulsor esencial en la formación de la nacionalidad. *

Hemos visto en la etapa más floreciente del siglo XVIII actuar a don Ambrosio O'Higgins. La madre de don Bernardo, doña Isabel Riquelme y Mesa (fig. 459) pertenecía a una familia de vieja tradición aristocrática. Cuando conoció a don Ambrosio era una joven de dieciocho años, pequeña, fina y esbelta, de rostro ovalado, cabellos negros, ojos grandes, rasgados, azul obscuro, y tez muy alba, con suaves tonalidades de pétalos de rosa. **

El niño fué acogido con tanto afecto en el hogar de los Albano, que cuando don Bernardo era director supremo y el canónigo don Casimiro Albano presidía el Senado, seguían llamándose hermanos.

A los 10 años se le envió a Chillán con el objeto que cursara estudios en el colegio para españoles nobles de los franciscanos. Su madre había casado con don Félix Rodríguez, lo que no fué obstáculo para que lo reconociera valientemente. De la cordial acogida en Chillán surgieron sus dos grandes afectos: la madre y su media hermana, doña Rosa Rodríguez (figs. 459 y 460).

En Lima e Inglaterra.

Por indicación del padre, a los doce años fué enviado a Lima para afirmar su educación en el colegio de San Carlos. Allí conoció a su tocayo don Bernardo Torre-Tagle, que, por una curiosa coincidencia, iba a gobernar el

* Dice la partida: "Bernardo Higgins, español. Pedro Pablo de la Carrera, cura y vicario de la villa y doctrina de San Agustín, de Talca, certifico y doy fe, la necesaria en derecho, que en el día 20 del mes de enero de 1783 años, en la iglesia parroquial de esta villa de Talca, puse óleo y crisma, y bauticé "sub conditione", a un niño llamado Bernardo Higgins, que nació en el obispado de Concepción el 20 del mes de agosto de 1778, hijo del maestre de campo, general de este reino de Chile y coronel de los reales ejércitos de S. M., don Ambrosio Higgins, soltero, y de una señora principal de aquel obispado, también soltera, que por su crédito no ha expresado aquí su nombre. El cual niño Bernardo Higgins está a cargo de don Juan Albano Pereira, vecino de esta villa de Talca, quien me expresa habérselo remitido su padre, el referido don Ambrosio Higgins, para que cuide de su crianza, educación y doctrina correspondiente, como consta de su carta, que para este fin le tiene escrita y existe en su poder bajo de su firma".

** Nació en Chillán, el 19 de agosto de 1759. Cf./ "Revista Chilena de Historia y Geografía". Los datos fisonómicos fueron proporcionados por doña María del Pilar Albano, transmitidos a Vicuña Mackenna por don Francisco Solano Astaburuaga y confirmados por la misma señora a don F. A. E.

con estas nobles y serenas palabras: "Yo puedo asegurar que desde que tuve uso de razón, mi alma reconoció una filosofía más alta, que me hacía contemplar mi nacimiento, no como un acto relativo a mi propio ser, sino perteneciente a mi soberano creador, a la gran familia del género humano y a la libertad de Chile, mi tierra natal".

Indiferencia vocacional

Al regresar a Cádiz, en 1799, ya había tomado cuerpo en él un problema psicológico derivado, en parte, de las singulares circunstancias en que se hallaba. Poseía una cultura superior a la media de su época. Hablaba inglés, francés y español y había manifestado abiertas disposiciones para la música, el dibujo y la escultura, mas carecía de vocación definida. Sus economías, para colmo de males, iban cada vez peor. En enero de 1801, la persona encargada de entregarle la subvención del padre lo llamó a su escritorio y le leyó una desconcertante misiva del virrey. Le decía "que en atención a que su hijo era incapaz de seguir carrera alguna, e ingrato a los favores que se le hacían, desde luego lo despidiese y echase de su casa". Parece que el citado tutor, don Nicolás de la Cruz, nunca se había preocupado, ni para bien ni para mal, de su pupilo, y que las causas del enojo del virrey eran las que apuntaría diez años después Mackenna, al decirle a don Bernardo: "Desde el momento en que se descubrieron sus relaciones con Miranda y fueron comunicadas al gobierno español por sus espías, usted sabe las atroces medidas que se tomaron por esto en contra de su venerado padre". *

Aprendiz de conspirador

En cumplimiento de las instrucciones que Miranda le había dado en Londres, don Bernardo entró en relación, ya en España, con dos canónigos, el argentino don Juan Pablo Fretes, que actuaría después en la revolución de Chile, y el chileno don José Cortés Madariaga, que lo haría en la de Venezuela. Por fin pudo embarcar de regreso a su patria. A principios de 1802 llegaba a Valparaíso. Su padre había muerto, legándole sus bienes en Chile: una casa en Santiago y la hacienda de Las Canteras. Radicado alternativamente en Concepción, Los Angeles y Chillán, donde vivía a la sazón su madre, ya viuda de Rodríguez, por el enorme prestigio de su padre y por su cultura europea, ganó numerosas relaciones. Mas el carácter modesto, la falta de habilidad para halagar a los hombres y las ideas demasiado avanzadas para el medio y época constriñeron su influencia a un reducido número de amigos.

El aislamiento y la madurez, lejos de aminorar sus entusiasmos revolucionarios, los estimularon. Ya sabía que personalmente arriesgaba mucho en la empresa, pues se comprometía en una revolución "en la cual tengo mucho que perder y nada que ganar. Sin embargo, he pasado ya el Rubicón. Es ahora de-

* Carta de 20 de febrero de 1811. Cf./ "Revista Chilena de Historia y Geografía". T. XVI, p. 15. Mackenna alude a la separación de don Ambrosio del cargo de virrey del Perú.



FIG. 458.—Dibujo de Rugendas. DEL ÁLBUM DEDICADO A LA SRA. CARMEN ARRIAGADA DE GUTIKE. (Propiedad del Dr. Oscar Guzmán R., Santiago.)



FIG. 459.—DOÑA ISABEL RIQUELME. (Oleo de Gil de Castro, Museo Histórico Nacional.)



FIG. 460.—DOÑA ROSA RODRÍGUEZ. (Oleo de Gil de Castro, Museo Histórico Nacional.)

masiado tarde para retroceder, aun si lo deseara, aunque jamás he vacilado. Me he alistado bajo la bandera de mi patria, después de la más madura reflexión, y puedo asegurar a usted que jamás me arrepentiré; cualesquiera que sean las consecuencias". *

* Carta a su primo, don Tomás O'Higgins, de 1811.

Honradez supina

Su actitud en primera fila, desde la deposición de García Carrasco, había levantado el valor moral de su figura en medio de las vicisitudes de la enconada lucha que estamos presenciando. Por ello, al recibir el difícil cargo de comandante en jefe del ejército y repararlo, sólo mantenía una consecuente actitud, honrada y modesta, que es fácil seguir en su epistolario. "Estoy convencido de que los talentos que constituyen a los grandes generales como a los grandes poetas deben nacer con nosotros, y conozco, además, cuán raros son esos talentos, y estoy penetrado bastante de que carezco de ellos para abrigar la esperanza quimérica de ser un día un gran general, razón por la que, a medida que conozco mi deficiencia, debo hacer mayores esfuerzos para remediarla en lo posible. La carrera a que me siento inclinado por naturaleza y carácter es la de labrador..." *

El nuevo general en jefe no era, por lo tanto, un técnico ni un intuitivo genio militar. El fué el primero en reconocerlo honradamente. Pero estaba dotado de cualidades que iban a ser decisivas en el desempeño de sus responsabilidades: un coraje fisiológico y una combatividad realmente extraordinarios, que le permitían arrastrar a oficiales y soldados con la fe ciega de su ejemplo.

Trágico panorama

El panorama que se encontraba en el momento de asumir la jefatura del ejército no podía ser más desolador. El país había exprimido sus recursos de todo orden, sin lograr otro fruto que el cansancio general, el decaimiento del espíritu revolucionario, la pérdida de la provincia de Concepción y un ejército enfrente, formado en su gran mayoría por criollos como él, pero enemigos de la independencia.

Desde que en el ejército patriota se supo el cambio de comando, las dificultades por todos supuestas afloraron ostensiblemente. Más de la mitad de los oficiales adictos a Carrera demostraron su actitud hostil juramentándose para acompañarlo en un nuevo golpe contra la Junta. Como no disponían de elementos de transporte para llegar a Talca, concibieron la descabellada idea de dirigirse por mar a Valparaíso y adueñarse de Santiago.

En todos los ánimos se generalizaba la conciencia de que la revolución caminaba hacia su completo fracaso. Muchos patriotas decididos, temerosos de las represalias realistas, exacerbadas por los fusilamientos que iniciara Carrera, manifestaron su retraimiento. Es todo un símbolo la actitud del más entusiasta de ellos, el obispo Andreu y Guerrero. Vilipendiado por los realistas, por el clero y, después, por las burlas mordaces de Carrera, renunció al gobierno de la Iglesia y se expatrió voluntariamente a Inglaterra.

En los comienzos de 1814, aun no había Carrera entregado el mando. Concibió entonces la Junta la solución de enviar al foco de las disidencias al

* Carta a Mackenna, de 1811, pidiéndole indicaciones para instruírse y poder comandar medianamente su regimiento de milicias montadas de La Laja.

señor Cienfuegos (fig. 461), misión que, lejos de apaciguar los ánimos, los exacerbó. Sin embargo, Carrera, en hábil viraje político que había de llevarlo de nuevo al gobierno, decidió, al fin, el 1.º de febrero, reconocer como jefe a O'Higgins.



FIG. 461.—EL SEÑOR CIENFUEGOS. (Dibujo de Desmadryl.)

La expedición de Gaínza

Sabedor el virrey Abascal del panorama interno de Chile, resolvió enviar otra expedición pacificadora que reuniese las fuerzas del país para dirigirlas después contra Buenos Aires. Creyó encontrar el hombre en el brigadier Gabino Gaínza, jefe sensato y honorable, que en tiempos pretéritos había sido un buen gobernador de Chile, mas carecía en alto grado de las condiciones de mando y sagacidad necesarias para llevar a buen término la misión que se le confiara.

Gaínza zarpó del Callao en enero de 1814 con escasas fuerzas. Lo acompañaba como asesor letrado don José Antonio Rodríguez Aldea, nacido en Chillán en 1779, graduado y después profesor en la Universidad de San Marcos. El ejército de Sánchez llegaba por aquel entonces a los límites de la miseria. Hacía mucho tiempo que soldados y oficiales no recibían sus pagas. El uso y la intemperie habían reducido sus vestiduras a harapos que colgaban de sus cuerpos en podridos jirones. Al presentarse a Gaínza, el comandante Elorreaga vestía una ordinaria chaqueta de campesino, sobre la que prendió los galones correspondientes a su rango, y un poncho. El ejército había soportado con ánimos renovados, durante más de ocho meses, la intemperie, las miserias y la fatiga, sin descorazonarse con las derrotas y el total aislamiento. Con sus fuerzas y las traídas del Perú, Gaínza juntaba unos 3.000 hombres, ahora bien pertrechados, y disponía del concurso de los araucanos, que guardaban por el sur sus espaldas y ofrecían acudir en su auxilio cuando les fuera solicitado.

La tensión aumenta entre O'Higgins y Carrera

Las hostilidades se reanudaron con un combate de guerrillas en la hacienda de Cucha-Cucha, en el que las tropas patriotas pelearon con coraje y eficiencia, derrotando a sus enemigos. En vísperas de los violentos combates que todos presentían, las relaciones, hasta ahora amistosas, de Carrera y O'Higgins sufrieron graves trizaduras. La chispa saltó por una imprudencia del último. En la proclama dirigida a los soldados al hacerse cargo del mando, re-

cordando que Abascal había dicho que Chile estaba dominado por el capricho de dos jóvenes cuya arbitrariedad y licencia repudiaba el propio país, decía: "¿Evacuaréis el territorio de Chile y regresaréis con vuestros soldados, ahora que estos dos jóvenes han salido no solamente del gobierno de la capital, sino también del mando de los ejércitos de la patria?" El descontento de los Carrera se manifestó de una manera sorda, mas operante al cabo, y las consecuencias inmediatas fueron las nuevas deserciones y la liquidación de los últimos restos de disciplina. Los tránsfugas, que en febrero ya alcanzaban a 40, se llevaban armas, equipo y municiones.

Carrera prisionero

La Junta estaba cada vez más convencida de que la presencia de Carrera entorpecería todos los intentos organizados de mando y gobierno, y le ofreció una comisión de gran importancia en Buenos Aires. Don José Miguel inició el regreso a la capital atravesando un terreno sembrado de guerrillas enemigas. Uno de los ofendidos con los fusilamientos arbitrarios perpetrados en Concepción, el teniente Lorenzo Plaza de los Reyes, logró capturarlo en Penco. En vez de fusilarlo, como era de temer en venganza de la muerte de un hermano del captor, lo llevó prisionero, con toda clase de miramientos, al cuartel general de Gaínza. El jefe realista lo mantuvo primero a distancia; mas pronto intimaron, ocasión que aprovechó Carrera para iniciar una gestión que ha sido tema favorito en las disputas ya seculares de la historiografía chilena. El diario de don José Miguel aclara todas las dudas que pudieran suscitarse al respecto: "El 6 de marzo exigí de Gaínza que me oyese un rato, y me lo concedió. Luis habló primero, y le dijo que me escuchase a mí. Era reducido mi plan a que me pusiese en libertad con mi hermano y demás compañeros y que oficiase conmigo al gobierno de la capital convidándolo a una composición amistosa, en la que no había duda si yo influía, como se lo ofrecía, porque veíamos que ni los chilenos éramos capaces de hacer nuestra felicidad, ni era posible evitar una guerra civil en el caso de vencer, porque las cosas habían tomado un aspecto horroroso. Gaínza parecía consentir, pero el tunante me pidió que hiciese la proposición por escrito, para lo que mandó a Tirapegui con tintero y papel. No tuve inconveniente en repetir lo dicho y la contestación fué negarse a pretexto de que los papeles públicos de Santiago manifestaban el odio con que me miraría el gobierno sin que pudiese sacar partido".

En aquellos momentos, las tropas realistas acababan de derrotar a los patriotas en el Gomero y de ocupar Talca. Gaínza estaba seguro de completar la pacificación en pocos días más.

La epopeya de Talca. Spano

La Junta, que Carrera estigmatizaba en una frase punzante al decir: "El señor Cienfuegos nació para su iglesia de Talca, y el señor Eyzaguirre, para su tienda, y el señor Infante, para abogado de pobres", había tenido el acierto

de designar secretario al coronel Carlos Spano, militar español de carrera que había abrazado la causa de la independencia. Era Spano, además de un hombre cuerdo y un oficial valiente y pundonoroso, tal vez la única cabeza en aquel entonces capaz de llevar la guerra con conocimientos estratégicos profesionales y eficientes. Es probable que si la Junta hubiera seguido al pie de la letra sus sugerencias, habría concluído en un mes con Gaínza y hecho imposible la expedición de Osorio y la Reconquista.

Desde que se supo el desembarco de Gaínza, había aconsejado la concentración inmediata de las fuerzas de O'Higgins y Mackenna para batir cuanto antes al jefe realista, y, si ello no era posible, replegarse sobre el Maule, aunque fuera necesario sacrificar Concepción, para evitar que el enemigo cortara las comunicaciones con la capital.

El 1.º de marzo la Junta regresó a Santiago, llevándose imprudentemente parte de la fuerza que defendía Talca. El coronel Spano quedaba encargado de la defensa de la plaza con 300 hombres. Elorreaga disponía, a un día de marcha, de 400 guerrilleros. Por no aparecer pusilánime, Spano se dispuso al estéril sacrificio, salvando su responsabilidad con una nota en que hacía presente a la Junta la difícil situación de la plaza. No contento con su heroica actitud, cumplió las instrucciones recibidas enviando un convoy de 230 soldados que protegiera el envío de pertrechos y dineros al ejército del sur y envió a la Junta otro oficio, verdadero testamento, que ésta debía recibir después de su muerte ejemplar: "El riesgo que va a correr esta expedición es evidente; pero es infinitamente mayor el en que se halla el ejército, si no se le auxilia con oportunidad: y para verificarlo, no he podido hacer más esfuerzos que el de quedar sin tener con qué defender este punto y los muchos y accesibles pasos del Maule".

En la noche del día 3, Elorreaga, desobedeciendo las órdenes de Gaínza, atravesó el Maule y sorprendió a los destacamentos que guarnecían los vados. Los oficiales patriotas que los defendían, Gaona y Matalinares, abandonaron sus puestos y no pararon en su fuga hasta llegar a Santiago. Spano sugirió una capitulación honrosa, organizó la defensa de Talca, dado el caso de que el guerrillero no aceptara sus condiciones, y pidió auxilios a Bascuñán. Contaba sólo con 70 artilleros y 30 milicianos.

Elorreaga no titubeó un minuto. Atacó en el acto la plaza. Los patriotas lograron resistir el asedio desde las 9 de la mañana hasta cerca del mediodía. A esta hora, uno de los vecinos expoliados por Carrera introdujo a los tiradores realistas en su casa y los situó en los tejados. Desde ese momento el combate se transformó en verdadera cacería. El teniente Gamero murió heroicamente al pie del cañón. Los realistas, victoriosos, se precipitaron en masa sobre la bandera chilena que estaba enarbolada en el centro de la plaza. Un

FIG. 462.—LA NOTICIA DEL SACRIFICIO DE SPANO.

EL Tomo 2.

MONITOR ARAUCANO.

N.º 26.

VIERNES 11 DE MARZO DE 1814.

CIUDADANOS: al anunciaros que ha muerto el coronel D. Cárlos Spano, sé que un triste silencio sobrecojerá a cada uno de vosotros y que penetrados de la desgracia que en esto ha sufrido la Patria, llorareis la pérdida del valiente y distinguido héroe de Talca. Cuando cada uno de vosotros ha sido testigo de las virtudes, servicios y amor a la patria de este benemérito e incomparable oficial, yo solamente os haré presente los últimos sucesos de su vida para rendir de este modo el homenaje debido a la memoria del primer enropeo ciudadano de Chile.

Invadido Talca por una respetable division enemiga en circunstancias que se hallaba sin guarnicion alguna el heróico Spano, sostuvo la plaza haciendo una vigorosa defensa por mas de dos horas sin otro auxilio que veinte fusiles. tres cañones con setenta artilleros, y treinta lanceros. Contestó al invasor que solo despues de su muerte ocuparia la ciudad que estaba encargada a su cuidado; y cuando ya el enemigo era dueño de todas las calles de la ciudad, y de las cuatro entradas de la plaza mayor: cuando el valiente Gamero, único oficial que sostenia todavía el fuego contra el enemigo quedó muerto al pié de su cañon, otro de los oficiales dijo a nuestro héroe: ya hemos hecho cuanto pide el honor, huyamos ahora; aun hai una calle descubierta. Mas este hombre digno por todos títulos de nuestra admiracion y gratitud, respondió: aun no es bastante, yo no debo sobrevivir a la desgracia de la patria. Y observando entónces que los enemigos acometian a quitar la bandera tricolor que se elevaba en el centro de la misma plaza, corrió presuroso por entre el tropel de los tiranos y abrazándose de ella cubierto de heridas, su

oficial, como ya no quedaba nada que hacer, informó a Spano que todavía podía salvarse por una calle libre. El héroe le respondió: "Aun no hemos hecho lo bastante; yo no debo sobrevivir a la patria", colocándose a los pies de la bandera. Una descarga lo derribó, antes de la llegada de Elorreaga, que deseaba salvarlo. Sus últimas palabras son todo un símbolo: "Muero por mi patria, por el país que me adoptó por hijo".



FIG. 463.—DON FRANCISCO DE LA LASTRA.
(Dibujo de Desmadryl.)

La memoria del coronel Spano perduró en la conciencia del pueblo chileno como símbolo del heroísmo desinteresado y del sacrificio en aras del deber, con extraña tenacidad, no obstante su falta de vinculaciones con la aristocracia criolla, suprema dispensadora de la gloria. Como ocurre casi siempre con las simbolizaciones espontáneas, la de Spano reflejó una realidad captada por el instinto colectivo. Por su valor indomable, por su patriotismo abnegado, por su desinterés, por la cordura de sus sugestiones estratégicas y por su elevación de alma, que le permitió mantenerse extraño a las pasiones, a las banderías y a las intrigas, que constituyen el fondo del suceder entre 1812 y 1814, Spano es, tal vez, el que más valía entre los militares de la Patria Vieja.

Lastra, director supremo

El regreso de la Junta a Santiago produjo el alborozo que es de suponer. Mas la inmediata noticia de la pérdida de Talca amilanó los espíritus más decididos. El espectro de la derrota y su cortejo de represalias abismaba a todos por igual. Irisarri, reconsiderando la situación, lograba levantar los ánimos. A las 9 de la mañana del día 7 se reunía el Cabildo y los vecinos más prestigiosos se concentraban en la plaza, organizándose así espontáneamente una especie de Cabildo abierto. Barajando el *leitmotiv* de la antigüedad grecorromana, Irisarri recordó que en Roma, en situaciones críticas similares, se procedía a nombrar un director supremo, suerte de dictador democrático, y propuso en seguida para tan alto cargo al coronel don Francisco de la Lastra (fig. 463), gobernador de Valparaíso. Se aceptó por aclamación el nombramiento, y, como era necesario mantener la unidad del ejecutivo, alguien sugirió que el propio Irisarri desempeñara tales funciones mientras llegaba el propietario.

La caída de Talca ensombreció el panorama militar, anticipando el desas-

tre final de la Patria Vieja. Se había perdido la base de aprovisionamiento de las fuerzas de O'Higgins y Mackenna, con todos los víveres acumulados para su socorro. Ambos jefes quedaban, además, divididos entre sí, cercados por el enemigo y con las comunicaciones con Santiago interrumpidas.

O'Higgins abandona Concepción

No se justificaba la permanencia en Concepción, y O'Higgins, después de varios días de angustiosas incertidumbres, se decidió a abandonar la ciudad y dirigirse a Santiago con los restos de su división. La crudeza de la campaña y el sesgo violento de los combates que se avecinaban hacían desertar a capitanes y tenientes de brillantes entorchados, que habían tomado la guerra como un alegre pasatiempo. Los que quedaban, casi todos carrerinos, eran oficiales valientes y pundonorosos, capaces de defender sus puestos hasta la muerte. La desbandada de casi la mitad de los soldados había servido, por otra parte, para purgar el ejército de los merodeadores, de los reclutas forzados y de los cobardes. La inadvertencia del fenómeno iba a costar cara a Gaínza.

Un aliado imponderable ayudó a mantener seis meses la vida de la Patria Vieja. El era la indecisión de Gaínza, que hacía declarar a Rodríguez Aldea: "Declaro ante Dios y los hombres que el señor brigadier pudo haber concluído la guerra en dos meses, si hubiese atacado a O'Higgins o a Mackenna antes que aquél se acercase".

El Quilo

En su marcha de repliegue, O'Higgins divisó el 19 de marzo tropas realistas en el alto de El Quilo. Sin averiguar su cuantía, ordenó el ataque. Las fuerzas enemigas, comandadas por Barañao, aunque eran inferiores en número, estaban guarnecidas por la proximidad del grueso del ejército de Gaínza; mas como los auxilios no llegaran, abandonaron el campo. Con una clarividencia admirable, O'Higgins, en vez de perseguir al enemigo, exponiéndose a enfrentar al grueso de las fuerzas realistas y ser aniquilado por la superioridad numérica de éstas, se atrincheró en El Quilo en posiciones formidables. Esta determinación es el acto más hábil que registra la historia militar de la campaña.

Combate de El Membrillar

En medio de sus constantes titubeos, Gaínza, en vez de atacar a O'Higgins, que estaba muy cerca, decidió dirigirse contra Mackenna, que se había fortificado en El Membrillar. Este campamento tenía las espaldas apoyadas en las barrancas infranqueables del río Itata. El frente, orientado al norte, lo defendían tres reductos bien emplazados que cruzaban sus fuegos, y los flancos estaban protegidos por obras de fortificación pasajera, suficientes, con todo, para hacer el campo patriota inexpugnable.

El combate de El Membrillar (figs. 464 y 465) comenzó y se desarrolló en forma absolutamente imprevista. Una orden mal interpretada enredó en escaramuza a las avanzadas de ambos ejércitos, que llegaron peleando hasta el mismo fuerte. En el más completo desorden, los soldados realistas, que seguían oyenda la voz de ¡Avanzar!, se precipitaron sobre las trincheras patriotas. "La

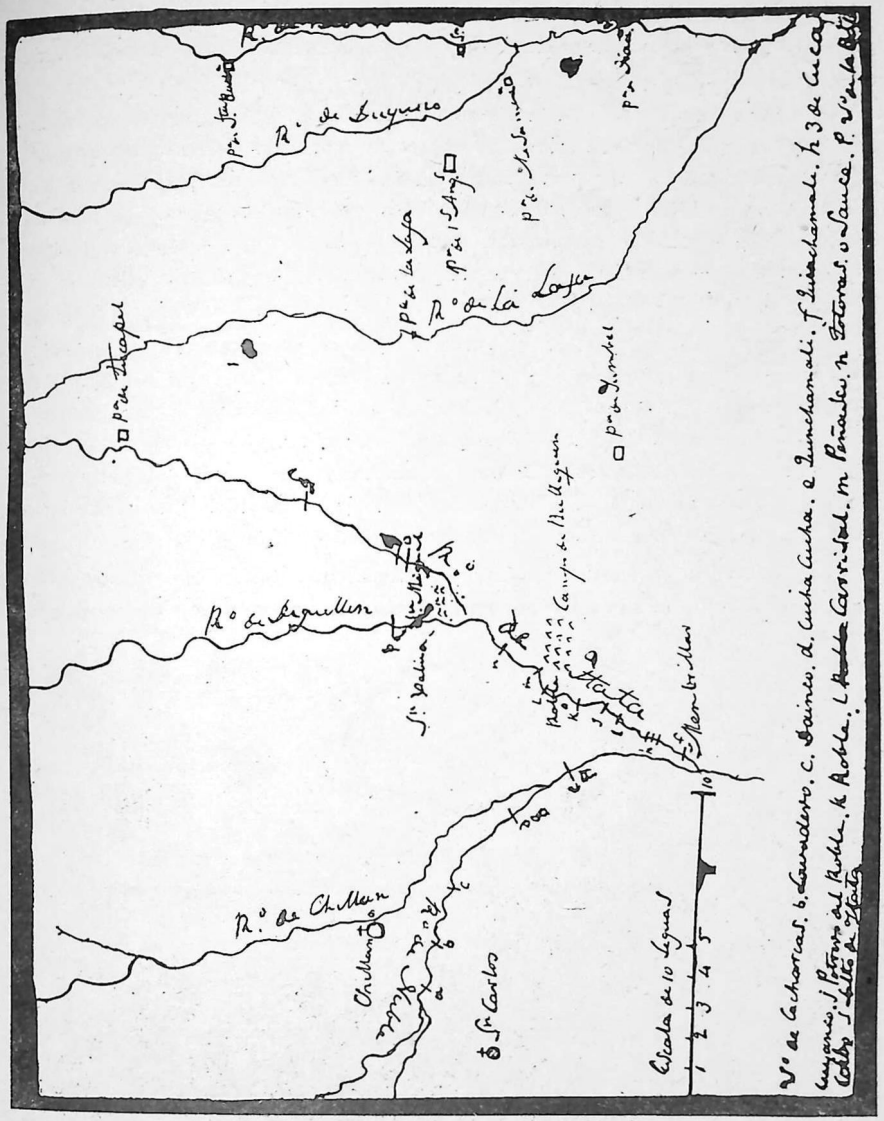


FIG. 464.—CROQUIS CONTEMPORÁNEO DEL COMBATE DE EL MEMBRILLAR. (Museo Histórico Nacional.)

artillería, que había quedado atrás —dice Gaínza—, no pudo llegar hasta media hora después de empezado el ataque." Inexplicablemente, cuando parecía haberse suspendido el combate, el ejército atacante rodeó por todos lados el

campo de El Membrillar, situándose a tiro de pistola, en suicida actitud. Al caer la noche, la lluvia, la obscuridad y las bajas provocaron la dispersión del ejército realista.

Mackenna no se dió cuenta de su triunfo. Lejos de aniquilar a los restos del enemigo, como hubiera hecho de captar la magnitud del desastre realista, se consagró a reparar los desperfectos en las fortificaciones para resistir una nueva embestida. Su error permitió que los vencidos recogieran el material disperso y reorganizaran sus fuerzas. Antes de una semana, el ejército realista se encontraba en el mismo pie que en vísperas de las victorias patriotas de El Quilo y de El Membrillar.

Eficiente reorganización política patriota

Durante los siete días de su gobierno, Irisarri desplegó más actividad y eficiencia que sus antecesores y sucesores en meses. Concentró en San Fernando todos los destacamentos que habían quedado aislados entre Curicó y Santiago e hizo brotar por arte de magia armas, municiones, víveres y caballos. Por desgracia, tan acertadas medidas se anularon con la entrega del mando de ellos a don Manuel Blanco Encalada (fig. 466), joven marino de 24 años, ayuno en aquellos momentos de todo conocimiento militar.

El carácter improvisado del Cabildo abierto que designara a Lastra planteaba el problema de su legalidad. Para resolverlo, una comisión de conspicuos

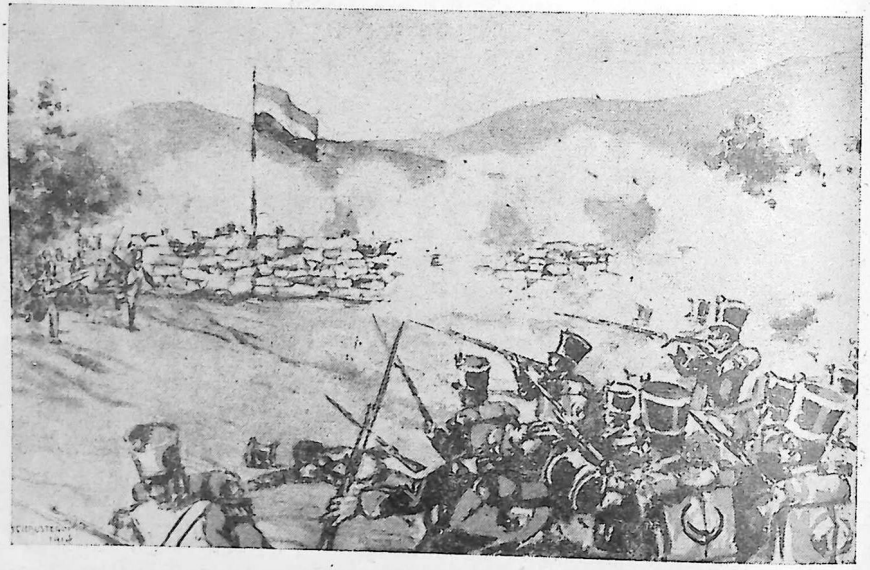


FIG. 465.—COMBATE DE EL MEMBRILLAR. (Dibujo de Inchaústegui, Museo Histórico Nacional.)

patriotas * recibió el encargo de redactar un reglamento constitucional en el plazo de 24 horas. La nueva Constitución refrendaba el acuerdo de concentrar el poder en una persona, sin otras limitaciones que la de celebrar tratados de paz, declarar la guerra y establecer nuevos impuestos, medidas para las que era necesario el acuerdo del Senado. Este se compondría de siete miembros, nombrados por el propio director supremo, entre 21 nombres propuestos por las corporaciones. ** Lastra solicitó de éstas la designación de tres ministros o secretarios. Fueron ellos el licenciado don José María Villarreal, de gobierno; el sargento mayor Nicolás Orjera, de guerra, y el doctor don Juan José Echeverría, de hacienda. A petición del mismo Lastra, don Antonio José de Irisarri fué nombrado gobernador-intendente de Santiago.



FIG. 466.—BLANCO ENCALADA. (Dibujo de Rugendas, del Album dedicado "A la señora Carmen Arriagada de Gutike".)

Cancha Rayada

Fué realmente prodigiosa la habilidad de Irisarri para convertir un grupo de parias en un ejército dotado de buenas armas, equipo y caballos. Mas no había logrado inculcarles en tan poco tiempo el coraje, el sentimiento de la patria y del honor, ni la disciplina.

La marcha de la división de Blanco Encalada de San Fernando a Talca, ininterrumpida serie de tropelías, actos de indisciplina y ejemplo de desórdenes de todas clases, justifica el desenlace de la batalla de Cancha Rayada, el hecho más bochornoso de la historia militar de Chile. Baste como ejemplo la hazaña del oficial que mandaba una guerrilla dedicada, en vez de hostilizar al enemigo, a saquear la hacienda de don Graciliano Lazo. Después de desvalijar la casa y violar a la única joven que no pudo huir, robó el dinero que quedaba. Blanco, en lugar de fusilarlo, lo envió custodiado a Santiago.

El 25 Blanco forzó el paso del Lontué y ocupó Quechereguas. El comandante de las guerrillas realistas más cercanas, Angel Calvo, le envió un parte

* Eran ellos: Camilo Henríquez, don F. A. Pérez, don J. M. Rozas, don A. N. Orjera y don J. A. Errázuriz.

** Los senadores designados fueron: J. A. Errázuriz, J. I. Cienfuegos, Camilo Henríquez, J. M. Infante, Manuel de Salas, G. Tocornal y F. R. Vicuña.

comunicándole la rendición de Talcahuano y Concepción, añadiéndole que si a pesar de estas noticias quería pelear, le señalara campo de combate.

Plació extraordinariamente al jefe patriota el reto al estilo medieval, y eligió el llano vecino a Quechereguas, para que el terreno no diera ventaja a ninguno de los contendientes. El día 28 recibió un oficio de O'Higgins en que le comunicaba su avance al norte a marchas forzadas, contando con el apoyo de Blanco para facilitarle el paso del río.

Mientras tanto, el guerrillero realista había aprovechado el día que Blanco perdiera esperando el duelo en Quechereguas para pedir auxilio a Elorreaga.

Al advertir la presencia de refuerzos en las líneas enemigas, Blanco, que lo aventajaba notoriamente en número, tocó retirada, con objeto de guarecerse en las posiciones defensivas de Cancha Rayada. Con los elementos de que disponía, la orden determinaba la desmoralización, la derrota y la fuga. Los guerrilleros realistas lo sabían, y, al oírla, cargaron sobre la retaguardia los pocos hombres que le quedaban a Calvo, y por el flanco izquierdo, los de Zapata, Olate y Lantaño. En un cuarto de hora, 450 guerrilleros realistas dispersaron a los 1.400 hombres que había logrado reunir Irisarri, hicieron 300 prisioneros, y cañones, fusiles y víveres tan laboriosamente acumulados fueron a engrosar los efectivos del ejército realista.

Los artificiales optimismos levantados en Santiago se vinieron al suelo. Un decreto de 7 de abril declaraba traidores a la patria a los jefes, oficiales y soldados que, en adelante, huyeran del campo de batalla. Una encendida proclama de Lastra preparó el terreno: "¡Ciudadanos! —decía—. ¿Qué se dirá de nosotros si a la vista de tantos recursos abrigamos un temor pequeño? Seríamos los hombres más despreciables... Nuestra causa no es de aquellas que permitan capitulación".

Pero el público no reaccionó. Irisarri había logrado galvanizar un cadáver, mas el estímulo artificial sólo podía durar lo que permitiera la precipitación de los acontecimientos ya inexorables. Todavía confiaban algunos en el ejército de O'Higgins y Mackenna, no para lograr desde luego la independencia, sino para cotizar aún la tregua o el avenimiento que los liberara de persecuciones y destierros.

Al fin unen sus fuerzas O'Higgins y Mackenna

Formidablemente atrincherado en El Quilo, O'Higgins esperaba con paciencia a que mejorara el tiempo para producir la imprescindible unión de sus tropas con las de Mackenna. Este le había solicitado en todos los tonos que se resolviera a reunirse con sus fuerzas. Su impaciencia le dictaba frases conminatorias: "Dígame, en nombre de Dios, qué se han hecho usted y su división. En estos días anteriores no ha habido enemigo que estorbe nuestra unión... Conjuro a Ud. en el nombre de Dios y en el de la patria que se nos junte inmediatamente: estas dilaciones nos arruinarán... Más actividad, mi querido

amigo; si no, todo es perdido, y esto por culpa de Ud. y por falta de energía". *

Por fin, el día 23 se reunieron ambas divisiones, que sumaron un efectivo total de 1.500 fusileros y 200 artilleros con 18 cañones, amén de algunos centenares de milicianos de caballería. El consejo de guerra celebrado en la noche decidió apresurar la marcha hacia Talca e interponerse entre la capital y las fuerzas que había reorganizado Gaínza.

Marcha paralela de los ejércitos enemigos

El jefe realista marchaba en paralela jornada hacia el Maule, al oriente del ejército patriota, con ánimo de adelantarse y enfrentarlo en la ribera norte del río. En la noche del 1.º de abril, el ejército patriota acampaba en la ribera derecha del Archibueno, mientras los realistas lo hacían en la contraria del mismo río, separados sólo por leguá y media. En la noche del día 2, ambos ejércitos, siempre en paralela marcha, acampaban, a la misma distancia que la anterior, en el llano de Arquén.

Los patriotas llegaron primero al río, mas no pudieron atravesarlo. Las rutas de los ejércitos se habían cruzado, tomando los realistas el camino que corre al levante. A pesar de que las circunstancias favorecían a las posiciones de O'Higgins, no quiso el general forzar el paso, según él mismo ha explicado, "por no exponer nuestra causa a la suerte de una batalla, cuando creía probable que podría asegurarla a satisfacción y sin aventurar la vida de un solo hombre".

Quechereguas. Los realistas ocupan Concepción y Talcahuano

Doce kilómetros más arriba del vado en que se les opusiera resistencia, lograron los patriotas, en hábil maniobra, cruzar el río por el de Queri. A las cuatro de la mañana del día 5 llegaban a la hacienda de Quechereguas, donde Mackenna y O'Higgins decidieron hacerse fuertes, para cortar el avance de Gaínza hacia la capital.

El jefe realista intentó dos asaltos a las posiciones patriotas que, al fracasar, desmoralizaron a sus fuerzas. En vista de ello y ante el temor de la disolución del ejército o de una derrota de peores consecuencias, Gainza decidió retirarse a cuarteles de invierno en Talca.

Mientras estos sucesos animaban la paralela marcha de los dos ejércitos, el intendente del ejército realista, don Mateo de la Fuente, se apoderaba de Concepción y Talcahuano. Esta vez fueron los defensores del rey quienes faltaron a su palabra en torpe represalia. Se había concertado la entrega de la plaza de Concepción sobre la base del respeto a la vida y libertad de quienes se comprometieran a no hacer armas contra el rey. De la Fuente los encerró en calabozos inmundos, luego de rendidos, continuando la desgraciada política de venganzas que prepararía el clima de la guerra a muerte.

Desmoralización general. La mediación de Hillyar

Los ya incontables sacrificios efectuados en el curso de la guerra y las penurias de todo orden que se venían acumulando habían debilitado de tal

* Cf./ "Revista Chilena de Historia y Geografía". T. XVII, pp. 28 a 30.

modo los entusiasmos, otrora más encendidos, que el sentimiento colectivo de hastío se canalizaba, a la altura en que nos encontramos, en el vehemente deseo de pactar la paz a cualquier precio. Tal aspiración dió mayor oportunidad al encargo que el comodoro inglés Hillyar recibiera del virrey al pasar por el Perú.

El combate de la "Phoebe" y la "Cherub" contra la "Essex"

Este marino había llegado a las costas del Pacífico con el objeto de perseguir a la fragata norteamericana "Essex", que castigaba con éxito el comercio británico. Para ello disponía de la fragata "Phoebe" y de la corbeta "Cherub", ambas más rápidas y eficientes que la rival.

En la mañana del 8 de febrero de 1814, Hillyar topaba en Valparaíso con la "Essex", al mando de David Porter, y otro barco armado en guerra, que éste acababa de capturar, la "Essex Junior". Las leyes de la neutralidad le impedían atacar al enemigo en aguas territoriales chilenas, por lo cual limitóse a bloquear el puerto y bajar a tierra, donde más de una vez se encontró con Porter en casa del gobernador Lastra. Ambos marinos se trataron con remilgada cortesía, mas al zarpar de súbito los norteamericanos el 28 de marzo, Hillyar los siguió y logró darles alcance. Porter halló refugio en la caleta de la Cabritería, que el inglés no iba a respetar.

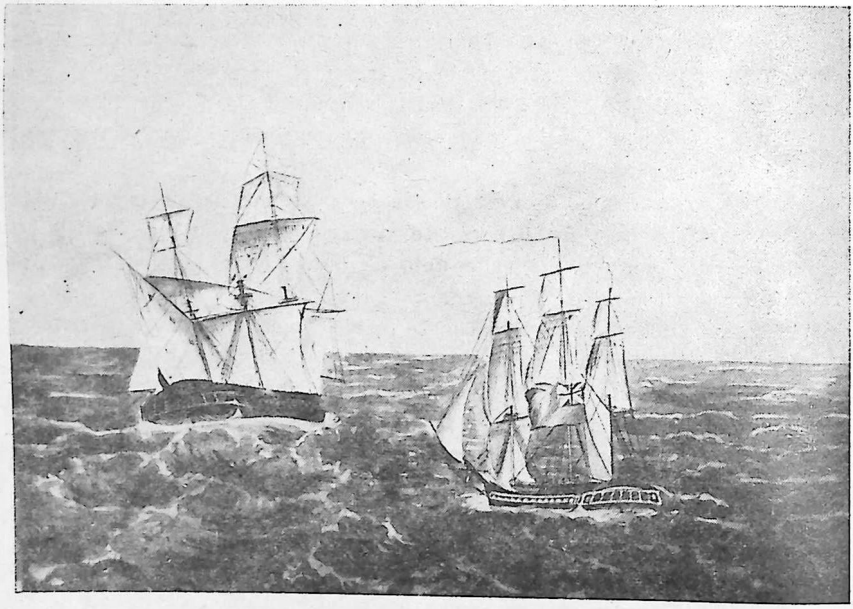


FIG. 467.—LA PERSECUCIÓN DE LA "ESSEX" (izquierda). (Acuarela de Ross, Sala Medina, B. N.)

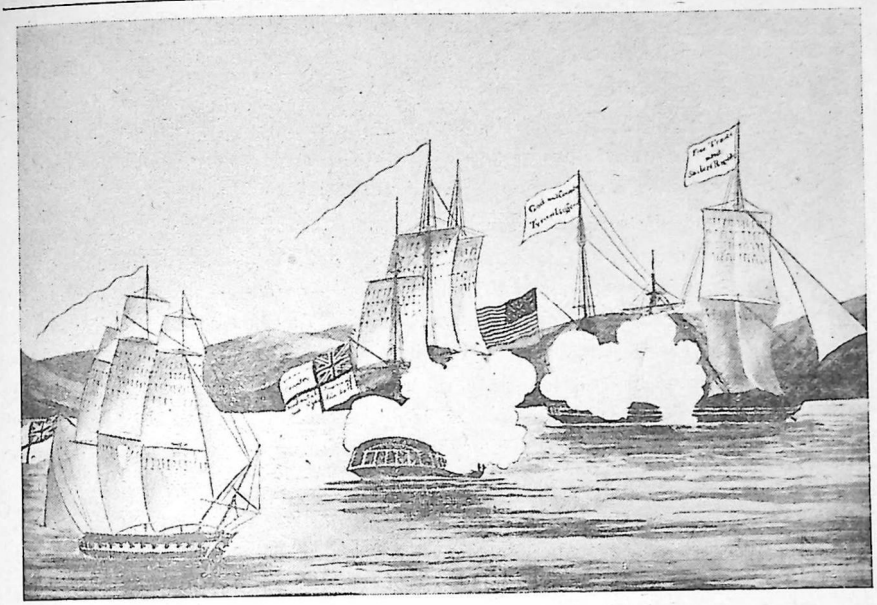


FIG. 468.—LA CAPTURA DE LA "ESSEX". (Acuarela de Ross, Sala Medina, B. N.)

En efecto, acorralada la "Essex", los cañones de la "Phoebe" y la "Cherub" abrieron un fuego cruzado que, a las dos horas, provocaba la caída de la bandera estrellada. El excelente pincel de F. W. L. Ross nos ha dejado dos acuarelas bellísimas del combate, que ofrecemos en esta iconografía con el carácter de primicia probablemente inédita (figs. 467 y 468).

Zanjada la principal etapa de su misión, Hillyar se apresuró a ofrecer sus buenos oficios a Lastra, ya director supremo interino, y el improvisado plenipotenciario le dió a conocer el 16 de abril las bases de arreglo propuestas por el virrey. Sin discrepancia esta vez entre los patriotas, fueron rechazadas de inmediato, porque entrañaban la vuelta literal al antiguo régimen, que el abismo cavado por la misma lucha hacía del todo imposible, a menos que uno de los bandos aniquilara al otro, como habría desgraciadamente de suceder.

El único camino era el de la contrapartida, no para abdicar de la idea de independencia, sino para ganar tiempo. Irisarri obtuvo que el mediador y el Senado aceptaran las bases de un pacto que se habría de someter a la aprobación ulterior de Gaínza. Contenían las bases tres puntos principales: 1.º Se reconocían la soberanía de Fernando VII y el hecho de que Chile formaba parte integrante de la monarquía española; 2.º El país enviaría diputados a

España para que concertasen "con aquel supremo gobierno el modo de conciliar las actuales diferencias"; y 3.º Mientras tanto continuaría el actual gobierno, con todas las facultades de que estaba investido.

Las bases reflejan la candorosa buena fe de los hombres de la Patria Vieja, al imaginar que Gaínza podía aceptarlas, que el asesor Rodríguez Aldea las dejase pasar y ni mucho menos que Abascal las ratificara.

Sin embargo, las últimas deserciones en el ejército realista y la conciencia de su debilidad hicieron que Gaínza escuchara en principio las insinuaciones de Hillyar, sobre la base de un mínimo de exigencias que él se creía capaz de conciliar con las estrechas instrucciones recibidas de Abascal. Tenía, además, manifiestos deseos de conocer a O'Higgins, a quien admiraba por sus altas prendas morales y al que le atraía un cada vez mayor ideal común en la independencia de América, como habría de manifestarse años después. * Convocó a una conferencia preliminar para el 1.º de mayo, en un rancho situado a orillas del Lircay, en presencia de Hillyar y su intérprete.

Acudieron a ella, por el lado realista, Gaínza, escoltado por 30 hombres al mando del teniente coronel Angel Calvo, y, por el patriota, O'Higgins y Mackenna. Las primeras conversaciones discurrieron por la vía del avenimiento, pero Gaínza no quiso concretar nada hasta la llegada del asesor Rodríguez Aldea, con el que creía envolver fácilmente a los generales patriotas. Mas no contaba con el asesor que Irisarri había enviado en apoyo de éstos, el boliviano don Jaime Zudáñez, capaz de enfrentar a leguleyos de más prosapia que el mentor realista. La segunda conferencia se celebró el día 3, y en ella sólo intervinieron prácticamente los dos asesores, desde las 10 de la mañana hasta las 6 de la tarde, hora en que Gaínza se retiró para consultar con Rodríguez Aldea.

El tratado de Lircay

Por fin, a las 11 de la noche, se firmaba en el humilde rancho el tratado de Lircay, con la imposición del criterio de los generales patriotas. Los 16 artículos en sus partes fundamentales establecían: reconocimiento de la soberanía de Fernando VII y de la autoridad de la regencia; se enviarían diputados "para sancionar en las cortes la constitución que éstas han formado, después que las mismas cortes oigan sus representaciones", manteniéndose entre tanto el gobierno interior con todo su poder y facultades, inclusive el comercio libre con las naciones aliadas y neutrales (Art. 1); el ejército realista debía evacuar Talca en el plazo de 30 horas y toda la provincia de Concepción en el plazo de un mes, a contar de la fecha en que el convenio fuera ratificado por el go-

* Es interesante recordar que Gaínza, desahogando abiertamente el fondo de su solidaridad con la independencia americana, no contra España, sino hastiado del régimen "afrancesado", la acaudilló siete años más tarde en Guatemala.

bierno chileno (Art. 2); se restablecían las comunicaciones comerciales con el resto de la monarquía (Art. 4). *

Apenas había sido firmado el pacto, Gaínza comprendió que mejor podía interpretarse como las condiciones de paz fijadas por el vencedor, y no tardó mucho tiempo en intentar la retractación. Hillyar fué recibido en Santiago con el entusiasmo que es de suponer. Los vecinos se disputaban el honor de agasajarlo. El Cabildo lo declaró regidor perpetuo. En un gesto muy suyo, O'Higgins se ofreció para ser uno de los rehenes que debían enviarse a Lima. Pero Rodríguez Aldea era partidario de dejarlo en Chile. En carta a Gaínza le dice: "Sería mejor que el señor O'Higgins se quedase, porque procede de buena fe. El es el único que puede, con su prudencia y talento, calmar los espíritus, impedir los desórdenes y hacer que este suelo vuelva a su antigua abundancia. Yo estoy que vale más la palabra de ese jefe que todos los rehenes que nos puedan dar".

Las resistencias

Las primeras resistencias internas en el campo patriota se hicieron ostensibles con un incidente provocado por la orden de sustituir la bandera chilena por la antigua bandera y cucarda españolas. El foco de la oposición lo constituían los realistas recalcitrantes, que veían perderse las esperanzas de volver al antiguo régimen, y, del lado contrario, el grupo de Carrera, no por antipatía a la idea del pacto, puesto que don José Miguel fué quien primero trató el problema durante su cautiverio, sino para utilizarlo como arma política en contra del gobierno.

Como era lógico suponer, en el campo realista las resistencias fueron mucho mayores. En vista de ellas, Gaínza, al dar cuenta a Abascal del acuerdo, le manifestaba su resolución de no moverse de Chillán en espera de sus órdenes ** y decidía reasumir el gobierno de la provincia de Concepción hasta el Maule, como si el tratado no existiera. Mientras lograba distraer con subterfugios a O'Higgins y al gobierno, imponía contribuciones y reorganizaba sus fuerzas.

Por su parte, O'Higgins, que nunca había creído en la sinceridad del general realista, indignado, envió a la Junta un oficio que planteaba una disyuntiva clarísima: el rompimiento con Gaínza y la reanudación de las hostili-

* Los restantes artículos reglamentaban la devolución de prisioneros, la amnistía recíproca, el derecho de los jefes y oficiales realistas a quedarse en Chile con el grado que tenían antes de iniciarse las hostilidades o de pasar al servicio del virreinato, los cañones y fusiles que Gaínza debía dejar en Talcahuano, las medidas de seguridad y los rehenes que garantizarían el cumplimiento del tratado, la restitución de las propiedades confiscadas a contar del 18 de septiembre de 1810, la contribución de $ 30.000.— por parte del gobierno chileno para pagar las cuentas insolutas del ejército realista y, por último, el agradecimiento a Hillyar por sus buenos oficios. Cf./ "Historiadores de la Independencia". T. XV, pp. 328 a 333.

** "Historiadores de la Independencia". T. XVII, p. 112.

dades, o el conflicto directo con Lastra, al que situaba en una posición insostenible.

Salvaguardando su pundonoroso sentido del deber, decía en el párrafo sustancial: "Por la correspondencia que estos señores han tenido con el general Gaínza, quedará V. E. cierto hasta la evidencia de que los recelos que desde el principio tuvimos de la poca fe de dicho general, se hallan realizados (sic) con pretextos fútiles, ridículos y despreciables, queriendo sólo ganar tiempo, para saber del virrey de Lima si ha de dar cumplimiento a los tratados o si ha de seguir en el propósito de desolación del reino..." "Con sólo lo dicho habría suficiente motivo para que V. E. inmediatamente hiciera la formal declaración de guerra."

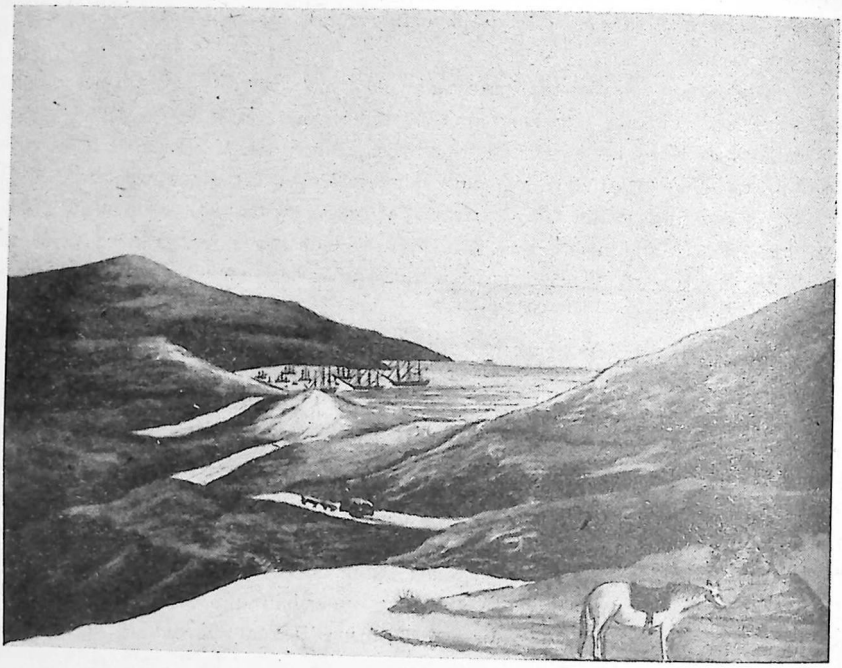


FIG. 469.—LA BAHÍA DE VALPARAÍSO, EN 1814, DESDE EL CAMINO DE SANTIAGO. (Acuarela de Ross, Sala Medina, B. N. Cf./ las figuras 467 y 468.)

VIII

Los últimos días de la Patria Vieja. Segunda dictadura de Carrera. Rancagua.

LOS realistas, en mayor o menor grado, nunca habían regateado su simpatía por Carrera. En el peor de los casos, no sintieron por él odio activo y operante como el que profesaron a O'Higgins, Camilo Henríquez, Eyzaguirre, Mackenna o fray Joaquín Larraín. No es, pues, de extrañar que Urrejola pusiera en libertad a don José Miguel y a don Luis, con el deliberado propósito de que derrocaran al gobierno y, una vez dueños de él, rompieran el tratado de Lircay.

La noticia de su libertad produjo el más completo desconcierto en Santiago. Lastra concentró su indignación, no contra Gaínza, sino contra O'Higgins, por no haberlos apresado en Talca. El 23 de marzo se dió orden de prisión contra los dos hermanos (don Juan José estaba en Mendoza), mas —a pesar de que don José Miguel entraba todos los días en Santiago, disfrazado, para preparar el cuartelazo, durante dos largos meses— el piquete encomendado de la misión no pudo o no quiso capturarlos. Por su parte, el coronel Enrique Campino urdía otro golpe, que fué oportunamente descubierto. "Su objeto —dice Lastra— era quitarme el mando (que no aprecio por sustancia) y formar un gobierno del tamaño de su cabeza."

El cuartelazo del 23 de julio

El golpe de los Carrera se había fijado para el día 18 de julio. El arresto de un oficial comprometido obligó a aplazarlo por primera vez, y un cólico inoportuno del caudillo, por segunda, hasta que a las 3 de la mañana del día 23 el presbítero don Julián Uribe (fig. 470), al frente de unos doce inquilinos de los Carrera, armados de carabinas, se apoderó del cuartel de artillería. Don Miguel Ureta recibió el de granaderos, ya trabajado, y con idéntica facilidad se sumaron a la revuelta los dragones. "Todo se ejecutó completamente; la actividad y decisión de Uribe lo allanaba todo." * Como colofón del nuevo cuartelazo, se emplazaron los cañones, protegidos por infantería, en las bocacalles de la plaza.

La venganza

Esta última medida era del todo inútil, pues los amotinados no habían encontrado ninguna resistencia. La primera medida de Carrera fué ordenar la prisión de Lastra, de Mackenna y de unas treinta personas más del bando de los Larraín. A mediodía se reunía en la sala del Cabildo una asamblea de corporaciones y vecinos, compuesta por los partidarios de Carrera, que eligió

* Carrera: "Diario", pp. 238 y 239.

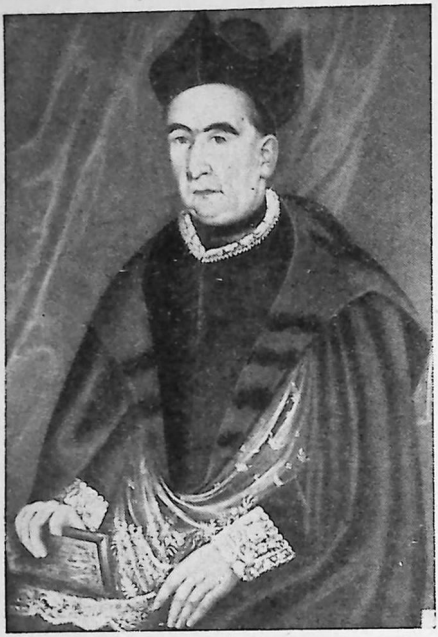


FIG. 470.—EL PRESBITERO URIBE. (Museo Histórico Nacional.)

una Junta formada por don José Miguel Carrera, el presbítero don Julián Uribe y don Manuel Muñoz Urzúa.

El espíritu con que se había adueñado Carrera del gobierno era muy diferente del que animara sus intentos similares en 1811. Su primer designio era el de vengar los agravios. Había cesado en él la influencia moderadora de Poinsett, que ahora substituía la de doña Javiera, más inteligente, más ilustrada que sus hermanos y, al mismo tiempo, más tenaz y vengativa. Por ello, el espíritu de lucha contra la aristocracia que impulsó su segunda dictadura fué un simple debatirse de rencores personales y, en ningún caso, un anticipo de tendencia social definida, como lo fuera un siglo después el movimiento de 1920. El antagonismo económico-social, inmanente en la vida de todos los pueblos, no había aflorado en Chile en la época de la Independencia, y si en algo se perfilaba, no era por cierto aunando la causa de los desposeídos con la de los patriotas. Hemos advertido ya en numerosas ocasiones cómo el pueblo, cuando actuó, lo hizo casi siempre del lado realista.

Sofrenando sus impulsos naturales, Carrera inició su gobierno del brazo de don Bernardo Vera, al que tomó como secretario, con actos de moderación. Pero esta política no surtió los efectos que esperaba su propulsor. La presencia en el gobierno de Vera y Pintado no podía contrarrestar la hostilidad que la aristocracia oponía a Carrera y, especialmente, el presbítero Uribe. El 1.º de agosto era reemplazado por don Manuel Rodríguez, de carácter tumultuoso e impulsivo, con el ulterior propósito de utilizarlo en sus negociaciones con O'Higgins y Gaínza. *

Júbilo entre los realistas. El ejército patriota contra Carrera

El jefe realista aprovechó de inmediato la coyuntura para sentar la tesis de la invalidez del tratado. La noticia del cuartelazo de Carrera había producido júbilo en las filas realistas. El 30 de julio envió desde Chillán un oficio a O'Higgins, en el que le preguntaba "en qué estado queda el convenio de

* "Revista Chilena de Historia y Geografía", T. XV, p. 105.

paz, que conceptúo burlado, cuáles sus miras y operaciones para mantener esta provincia en quietud, y cuál el gobierno que sustituye al que dió las órdenes, bases y garantías de los tratados". Y, al mismo tiempo que cubría la línea del Maule, iniciaba conversaciones directas con Carrera.

Don José Miguel, por su parte, también había intentado ganarse a O'Higgins, consciente de que el ejército de Talca desaprobaría el golpe militar. Reunida una junta de guerra en esta plaza, se manifestó sin disparidad de criterio en contra del pronunciamiento en términos acres. El día 29 se celebraban en Talca un Cabildo abierto y otra junta de guerra que acordaban desconocer el nuevo gobierno y deponerlo por la fuerza de las armas.

No bien hubo tenido noticias Carrera del acuerdo, encaminó sus esfuerzos a distraer a O'Higgins con largas negociaciones, mientras preparaba elementos para batirlo. Presionado por sus oficiales, don Bernardo se decidió al fin a marchar sobre la capital, dejando 600 hombres en Talca para prevenir el posible ataque de Gainza a la plaza.

Combate de "Las tres acequias"

O'Higgins había alternado la indecisión ante el ataque abierto a Carrera con la precipitada urgencia por batirlo. Se adelantó con escasísimas tropas, y el 26 al mediodía cruzaba el Maipo al frente de 450 hombres y dos cañones, sin reconocer las del enemigo, dejando disperso su ejército entre Rengo y Mostazal, es decir, imposibilitado de concentrarse en su auxilio. Don Luis Carrera, que iba a mostrar mayores aptitudes que su hermano en el comando, había escogido excelentes posiciones defensivas. O'Higgins, después de un estéril cañoneo, se precipitó sobre las trincheras enemigas. Duró una hora la pelea. La superioridad numérica de los atacados y el tacto de don Luis Carrera convirtieron el combate de "Las tres acequias" en una completa derrota para O'Higgins.

El cura Uribe, que había recorrido durante todo el día la ciudad como un energúmeno apocalíptico, vestido de sacerdote, con la espada al cinto, injuriando a unos, atropellando a otros, al saberse el resultado del combate, dió rienda suelta a su brutalidad, encarnando su vesania en el respetable prócer don Juan Enrique Rosales, verdadero patriarca, al que estampó una brutal bofetada que le hizo rodar escaleras abajo en su casa. Con ello la indignación de la aristocracia contra Carrera subió al rojo vivo, y su trágica consecuencia fué la actitud de brazos caídos ante el avance realista, al que consideraban un mal menor frente a la dictadura que estaban padeciendo.

Abascal rechaza el pacto. La expedición de Osorio

Como era lógico suponer, el virrey del Perú rechazó en todas sus partes el tratado de Lircay, respaldando su actitud en una junta de guerra que decidía, además, enviar otra expedición para liquidar definitivamente la guerra de Chile. Abascal encargó la delicada tarea al coronel Mariano de Osorio, que si bien no iba a revelar grandes dotes de general, era en cambio hombre

culto, de inteligencia rápida, un tanto zumbón y de maneras afables, cualidades más de orden diplomático que militar, imprescindibles para llevar a cabo una política de avenimiento.

El nuevo general embarcaba en el Callao el 19 de julio, con 550 soldados de Talavera y 50 artilleros, al mando del coronel Maroto, que lo excedía desde luego en condiciones de mando. Entre las instrucciones que en 24 artículos le diera Abascal, se admitían dos eventualidades: si el gobierno se sometía, debería cumplir y hacer cumplir, "con la mayor escrupulosidad, el perdón y olvido de todo lo pasado..., sin permitir de modo alguno que, de palabra ni obra, se maltrate a nadie, ni se le tome la más leve cosa de su propiedad"; y si el gobierno rechazara la capitulación, debería obligar a la capital a rendirse, "pero teniendo cuidado el comandante de salvar las vidas de sus habitantes y no permitir ningún género de saqueo, pues en todo caso es necesario tratarlos con conmiseración, como que son nuestros hermanos, que deben componer con nosotros una sola familia".

Avenimiento entre Carrera y O'Higgins

El primer paso de Osorio, luego de recibir el mando en Chillán, fué enviar parlamentarios con pliegos para los jefes patriotas. Apenas llegó el principal de ellos a Santiago, Uribe y Carrera lo encarcelaron, so pretexto de que no traía credenciales. Las fuerzas de la Junta, en aquel momento, apenas ascendían a 800 hombres. En razón de su debilidad, Carrera inició una política de acercamiento a O'Higgins, mas sin aceptar condiciones de ningún género. Don Bernardo, que veía el trágico desenlace derivado de las disensiones, aceptó en el convenio todas las exigencias de Carrera.

A pesar de la reconciliación de ambos, la aristocracia había decidido negar al dictador todo concurso. Sin embargo, éste, desplegando una actividad febril, hizo lo imposible por levantar los alicaídos ánimos. El 15 de septiembre publicaba un bando que concluía: "Por tanto se declara a Osorio y a todos los que le sigan su campo traidores al rey y a la patria. El que presentase la cabeza de aquél será premiado con $ 12.000; por las de los caudillos subalternos se darán $ 6.000. Se reputarán sus cómplices los que les franqueen el menor auxilio". *

Mientras en Santiago se tomaban medidas drásticas y se quemaba en efigie a Abascal, Osorio iniciaba la marcha sobre la ciudad con una fuerza de 5.000 plazas, que traía como mayor general al coronel Julián Pinuer, criollo nacido en Valdivia. El 29 de septiembre acampaba a dos leguas del Cachapoal, desde donde dirigía a la Junta un ultimátum de 4 días para rendirse.

En vísperas del desastre

El ejército patriota de Rancagua contaba entonces 3.931 hombres, de los cuales 1.700 eran milicianos, que al iniciarse la batalla iban a emprender la fuga, arrastrando consigo fuerzas de línea. Sólo debían, por tanto, tenerse en

* "Historiadores de la Independencia", T. IV, p. 168.

cuenta los 2.230 soldados, de valor militar equivalente al de los soldados realistas, criollos también en su gran mayoría.

La moral de ambos ejércitos era, asimismo, muy diferente. En el realista, las rivalidades se limitaban a la emulación en la línea de fuego; en Rancagua se verían pronto las proezas de Barañao y sus chillanejos para emular a los talaveras. En cambio, en el patriota la labor de zapa llevada a cabo por Carrera para minar el prestigio de O'Higgins, antes de avenirse con él, había liquidado los pocos restos de disciplina.

La leyenda de las responsabilidades

Es tema de tradicional polémica la dilucidación de las responsabilidades en el desastre de Rancagua, a partir de los opuestos planes estratégicos que, según carrerinos y o'higginistas, ambos jefes habían propuesto. La leyenda clásica, generalizada por los textos elementales y las recriminaciones tendenciosas, afirma que Carrera había elegido para la defensa de Santiago la Angostura de Paine (Cf./fig. 373, p. 441), y O'Higgins, la villa de Rancagua. La dualidad de comando y la errada decisión del último fueron, según la tradición, la causa de la pérdida de la Patria Vieja.

Los documentos señalan precisamente todo lo contrario de lo que las pasiones han establecido como artículo de fe, pues indican en forma irredargüible que el sitio de Rancagua fué el resultado imprevisto de la orden de don José Miguel Carrera de defender a todo trance la línea del Cachapoal y de la resolución espontánea de don Juan José Carrera de encerrarse en la plaza con la segunda división, después que Osorio burló la defensa del río. Carrera y O'Higgins libraron la batalla de Rancagua sin saber con qué fuerzas se estaban batiendo.

Tampoco hubo dualidad de comando. Carrera era general en jefe por decreto del 9 de septiembre. Las sugestiones de O'Higgins sólo fueron ideas de un subalterno, del que Carrera tenía el peor concepto en cuanto a militar. Todo lo que hizo, inclusive la marcha a Rancagua, fué en cumplimiento de las órdenes de su superior. El 18 de septiembre, Carrera, que había resuelto inopinadamente defender la línea del Cachapoal, le ordenaba ocupar Rancagua, y añadía: "Rancagua es inexpugnable si se custodia como corresponde..."

El día 25 O'Higgins fortificaba los accesos a la plaza, "mas no con el objeto de defender la villa, sino de protegerla contra los amagos de los guerrilleros y partidas volantes del enemigo. Todos los trabajos de defensa están concentrados en la línea del Cachapoal". *

La incógnita de la batalla

La orden de Carrera, por tanto, encierra la clave del desarrollo de la batalla de Rancagua y despeja una incógnita que hasta ahora se había mantenido con tesón por carrerinos y o'higginistas. O'Higgins repite en todos los docu-

* "Diario de O'Higgins". Cf./ para el detalle de los seis planes analizados en el T. VI, Cap. XX, p. 690 a 695, de la Historia General.

mentos de él emanados la renuncia a su primitiva idea de encerrarse en la plaza. Por eso no acumuló en ella víveres ni municiones, no se preocupó de asegurar el agua ni evacuó a mujeres y niños. El recibió la orden de detener a Osorio un mes en el paso del Cachapoal, y desistió, también, del propósito de replegarse a Angostura, temiendo el desbande de sus tropas si se sentía amagado por fuerzas superiores. El encierro en la villa en la mañana del 1.º de octubre fué, por consiguiente, el resultado imprevisto de ambas determinaciones, del pánico que se apoderó de don Juan José Carrera al saber forzado el paso del río y el imprudente avance de O'Higgins, ajeno a todo propósito preconcebido de encerrarse en Rancagua.

El otro aspecto inexplicable de la batalla fué la ausencia de don José Miguel Carrera. Anticipándose en varias décadas a la ciencia militar, estableció el precedente del general en jefe que se sitúa en la retaguardia.

Burlando las fortificaciones patriotas, Osorio pasó el Cachapoal sin contratiempo, por el vado de Cortés, al poniente de la ciudad. Las primeras luces del alba del fatídico 1.º de octubre sorprendieron a O'Higgins frente a una situación totalmente imprevista. Mientras sus fuerzas contenían el amago enemigo en el vado que enfrentaba la ciudad y en el de los Robles, el grueso del ejército realista avanzaba hacia Rancagua con su flanco derecho apoyado en el río, amagando el ala derecha y la retaguardia de la primera división patriota.

Fallidos los intentos de recibir el solicitado auxilio de las divisiones segunda y tercera, que comandaban, respectivamente, don Juan José Carrera y Benavente, no le quedaba a O'Higgins otro camino que el refugio en la villa, so pena de ser arrollado por fuerzas cuatro veces superiores, "que estaba parapetada, pero sin víveres ni municiones suficientes para sufrir un sitio".

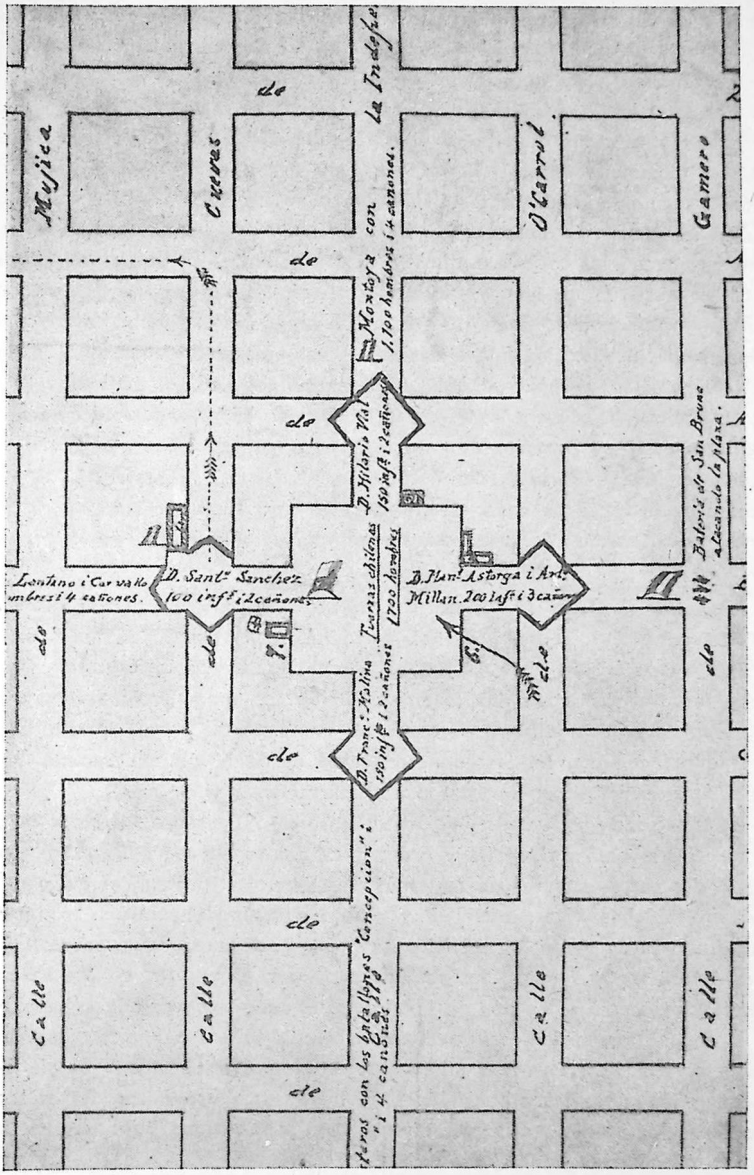
Don Juan José Carrera, que se hallaba en Rancagua y al que correspondía el mando de las dos divisiones, se le acercó y le dijo: "O'Higgins, Ud. mande el todo de la fuerza, disponga a su arbitrio". De inmediato se dirigió a la parroquia, donde permaneció los dos días que duraron los combates. *

El combate del 1.º de octubre

O'Higgins se había encerrado con un total de 1.750 hombres, incluídos los que contaba la segunda división. Apenas alcanzaba, en números redondos, al 40% de los efectivos de Osorio. Desde la torre de la iglesia de la Merced observó las disposiciones del enemigo para el asalto. Colocó en cada una de las cuatro calles que desembocan en la plaza (fig. 471) ** dos cañones atrincherados, con los fusileros necesarios para su defensa. Apostó, además, tiradores en las torres de la iglesia Matriz y de la Merced y en los tejados de las casas vecinas a los bastiones e hizo abrir troneras. En la torre de la última

* Thomas.

** Es sabido que la ciudad de Rancagua presenta una curiosa disposición en el trazado de la plaza. Las cuatro calles que en ella desembocan lo hacen por el centro de la manzana, dejando las cuatro esquinas cerradas.


Mejica
Cuevas
La Independencia
Olarrul
Gamero
de
D. Antonio Montoya con 1.100 hombres i 4 cañones.
D. Hilario Vial 100 inft.s i 2 cañones
Leontano i Carvallo 100 inft.s i 2 cañones.
D. Santo Sanchez 100 inft.s i 2 cañones
Tropas chilenas 1200 hombres
D. Franc.o Molina 100 inft.s i 2 cañones
D. Plan.l Astorga i Art.s Millan. 200 inft.s i 3 cañones
Batería de San Bruno ocupando la plaza.
Calle
Calle
Calle

iglesia y en las trincheras flotaba al aire la bandera chilena enlutada con un jirón de tela negra. Era la indicación de que las fuerzas patriotas estaban dispuestas a pelear hasta que sucumbiera el último hombre.

Los combates del 1.º de octubre se iniciaron con la marcha de los soldados del Talavera, a pecho descubierto, por la calle de San Francisco, que desembocaba directamente en la trinchera sur, sin disparar un tiro. Al repasar un pequeño puente que los protegía, una cortina de metralla clareó sus filas y paralizó el avance. El desconcierto duró apenas unos segundos. Los talaveras se refugiaron en las calles laterales y en las salientes de las murallas, desde las cuales abrieron un fuego graneado y eficaz. Cuando creían abatida la resistencia, se lanzaron de nuevo al ataque, clavando las bayonetas en la trinchera para trepar a ella. Una nueva descarga y los culatazos en los cráneos de los más intrépidos los rechazaron. Fué entonces cuando Osorio, perdiendo el control, ordenó cargar a los húsares de la Concordia. Maroto, tapándose los ojos, cumplió la orden, y Barañao, al grito dirigido a los españoles de "¡Vean cómo se pelea en América!", se precipitó como un alud sobre el bastión patriota. En la mitad de la carga un casco de metralla lo dejó fuera de combate. En tres minutos la calle estaba materialmente sembrada de soldados y caballos muertos y heridos.

Los ataques a las trincheras del norte y del oriente fueron fácilmente rechazados; pero en la del poniente, asaltada con violencia por los batallones criollos de Concepción y de Castro, se entabló una lucha encarnizada. Cuando parecía perdida, O'Higgins acudió en su auxilio con un pequeño refuerzo, y se logró restablecer el equilibrio. Después de una hora de brega, durante la cual se había peleado con un arrojo desconocido desde el desembarco de Pareja, los realistas se retiraron, llevándose muchos muertos y heridos.

La tenacidad y la valentía de los defensores obligaron a Osorio a cambiar el improvisado plan de batalla y ordenar un asalto en regla. Emplazó los cañones a dos y tres cuadras de las trincheras patriotas, protegiéndolos con "líos de charqui, adobes, vigas, muebles" y cuanto elemento encontró a mano; situó a sus tiradores en todos los edificios que permitían hacer fuego sobre los bastiones defensivos y dispuso los movimientos por el interior de las casas. El combate se reanudó a las dos de la tarde. Juzgando quebrantada la resistencia por el tenaz bombardeo, dió personalmente la orden de asaltar las cuatro trincheras a la vez. Pero los sitiados resistieron con el mismo coraje de la mañana, rechazando las embestidas a la bayoneta. Poco antes del anochecer se lanzaron los realistas al tercer ataque, mas la oscuridad puso término a las azarosas alternativas de la jornada.

Una traición

Pocos momentos antes, el ex jefe político patriota de San Fernando, el criollo don Juan Manuel Echaurren, cortó la acequia que surtía de agua a la

ciudad, de suerte que al día siguiente los defensores no dispusieron de una gota de agua con que mitigar la sed de hombres y animales y refrescar la hirviente boca de los cañones.

Cuando O'Higgins pudo contar sus pérdidas, comprobó que, sin socorros inmediatos, no podía sostenerse más de un día. Logró que un dragón se filtrara entre las líneas enemigas llevando a Carrera una tirita de papel en la que decía: "Si vienen municiones y carga la tercera división, todo es hecho". A las dos de la mañana regresaba con la respuesta: "Municiones no pueden ir sino en la punta de las bayonetas. Mañana, al amanecer, hará sacrificios esta división. Chile para salvarse necesita un momento de resolución". Ha habido tantas versiones de tal sibilina respuesta como escritores han estudiado la batalla de Rancagua. Su efecto moral en las tropas fué fulminante, pues todos la interpretaron como el anuncio seguro de refuerzo. En vista de ello, O'Higgins no dispuso sus hombres para la salida, que era lo único viable, sino para cooperar al aniquilamiento del enemigo.

Los combates del día 2

Desde que aclaró el día 2, escrutaba con ansia el horizonte, limpio de esperanzadoras polvaredas. Mientras tanto, los realistas preparaban el cuarto asalto horadando las casas aledañas a la plaza. Los patriotas lograron de nuevo rechazarlo. A las diez de la mañana Osorio ordenó la quinta embestida. "En cada trinchera los montones de cadáveres servían para protegerse contra las balas realistas y para reparar las brechas abiertas por el cañón." *

En el momento culminante de la lucha, el vigía de la torre de la Merced, lanzando el grito de "¡Viva la patria!", anunciaba la llegada de la tercera división. La noticia corrió de trinchera en trinchera como la fuerza de la esperanza en el agónico. O'Higgins ordenó atacar hacia el norte, para producir la conjunción, cuando se oyeron gritos de: "Ya corren, ya corren". "¿Quién corre?", preguntó O'Higgins. "La tercera división", le replicó el vigía. En efecto, al frente de 400 hombres de caballería, Quintanilla había cargado sobre los milicianos, que emprendieron la fuga sin presentar combate.

A la una los realistas efectuaron el sexto asalto. Fueron rechazados de nuevo, pero a O'Higgins ya no le quedaban sino unos 900 hombres, agotados, exhaustos y sedientos. Thomas nos ha dejado una relación vívida y realista de la situación a aquellas alturas: "El enemigo pone fuego a la hilera de las casas que se extienden por la vereda derecha de la trinchera de San Francisco. El cañoneo no cesa. El agua de las acequias se cortó. Los labios de los soldados estaban ennegrecidos de morder cartuchos. Las cargas de los cañones, caldeados por el continuo disparar, se inflamaban antes de allegarles el lanza-fuego. El aire, recalentado por el sol y obscurecido por el humo, era sofocante. Se oye una detonación espantosa. Una chispa desprendida de los edificios que ardían

* Thomas.



FIG. 472.—RANCAGUA. (Oleo de P. Subercaseaux.)

había caído sobre parte de las municiones amontonadas en la plaza. El clarín de parlamento resonó del lado de San Francisco. Un oficial precedido de una bandera blanca avanzaba, intimando rendición. La respuesta fué una descarga, acompañada de un ¡Viva la patria! El abanderado José Ignacio Ibieta, con un brazo roto, levantaba con el otro la bandera tricolor, atada por el centro con un lazo negro". Poco después caía acribillado a balazos.

EL final de la tragedia

Las trincheras estaban materialmente cubiertas de cadáveres. La lucha tocaba a su fin. En un momento fueron ensillados los caballos que quedaban en el centro de la plaza, formándose una columna de más o menos 500 hombres. Lanzaron por delante las mulas de los bagajes y artillería para sembrar la confusión, y, encabezados por el capitán Francisco Javier Molina (alias el "catalán Molina"), atropellaron todos los obstáculos y resistencias opuestas (fig. 472). El caballo de O'Higgins, muy extenuado, no pudo salvar la trinchera. Fué necesario desmontar. El ayudante del general, don Domingo Urrutia, luego de remover los escombros, empujó al animal con sus fuerzas hercúleas y logró salvar el parapeto. El pelotón se dispersó al llegar a la cañada. Había perdido la mitad de sus efectivos. O'Higgins logró cambiar su rendido caballo

por el de un soldado muerto y aumentar así la distancia de sus perseguidores.

Epílogo trágico

Es imposible precisar cómo se originaron los primeros actos de vesania sanguinaria, mas lo cierto es que los vencedores deslucieron su triunfo con una serie de crueldades inverosímiles. Los talaveras, posiblemente en mezquino deseo de venganza, remataron heridos y fusilaron prisioneros. Entregados al saqueo, forzaron las iglesias, donde se habían refugiado mujeres y niños y, en el último momento, algunos patriotas, y, luego de fusilar a éstos, violaron a aquéllas. Costó a Osorio y a sus oficiales un esfuerzo titánico restablecer el orden, castigando a los culpables de tan atroces desmanes.

Como los soldados estaban dedicados al saqueo, nadie se preocupó de apagar los incendios. Las llamas se propagaron hasta el local donde O'Higgins había establecido el hospital de sangre. Al día siguiente se extraían de él 28 cadáveres carbonizados.

El símbolo ulterior

El momento histórico en que se desarrolló el combate de Rancagua y las pasiones de él derivadas impidieron su conversión en símbolo del patriotismo chileno, como habría de ocurrir años después. Mas el sacrificio heroico de los que, siguiendo el ejemplo de O'Higgins, se abrieron paso a filo de sable a través de las trincheras realistas no fué perdido para el afianzamiento del sentido de patria y de la voluntad de lucha hasta la consecución de la independencia.

A pesar de que la mayor parte de las fuerzas realistas eran criollas, Rancagua tuvo la virtud de engendrar en el chileno la conciencia segura de que era capaz de medirse con el mejor soldado español. La dramática retirada había acabado de disolver el último vínculo espiritual que todavía unía en lo político a Chile y España. La desgraciada torpeza de los hombres de Fernando VII iba pronto a encender de nuevo la hoguera de la lucha, que ahora sería definitiva.

Carrera y O'Higgins rompen definitivamente

Mientras O'Higgins se batía desesperadamente en Rancagua, Carrera había resuelto retirarse a Coquimbo y continuar en el norte la resistencia. El general derrotado llegó a Santiago con 200 sobrevivientes, a las 8 de la mañana del día 3, y se opuso desde el primer momento a un plan que juzgaba descabellado. Fué ésta la última vez que ambos patriotas se hablaron. La distancia que los separaba se había convertido en un abismo. Ambos murieron juzgando a su rival de la manera más acre. Carrera consideraba a O'Higgins como un necio testarudo y lleno de rencores. O'Higgins veía en Carrera un ambicioso cobarde, carente de moral y de patriotismo.

El éxodo

Haciendo caso omiso de la opinión de O'Higgins, Carrera continuó activando con premura los preparativos del traslado a La Serena. Se destruía lo que no podía ser transportado. Al atardecer del 4 de octubre, don José Miguel salía de la capital, que ya no volvería a ver. Los patriotas más comprometidos, aquellos que habían tomado parte ostensible en los gobiernos revolucionarios y

se sabían odiados de los realistas, iniciaron un éxodo desgarrador a Mendoza, sin víveres, sin dinero y hasta sin ropas. Los que temían el vejamen en sus parientes se los llevaron consigo. O'Higgins partió acompañado de su madre y de su hermana. El doctor Vera llevaba dos hijitas de corta edad.

Con todo, las tribulaciones de los que quedaron en la ciudad fueron al principio peores que las de los exilados. El bandidaje había tomado tal virulencia, que los vecinos armados eran impotentes para evitar los saqueos.

Mitigó las penas de tantos tristes en gran manera un hombre providencial que tuvo la habilidad de dar cierto orden al éxodo. Se encontraba en Los Andes el doctor don Juan José Paso, delegado de la Junta argentina, que, ayudado por Las Heras, jefe de los auxiliares de Buenos Aires, discurrió la idea de lanzar por delante a los animales para que trillaran la nieve del camino. De inmediato comenzó a enviar a los primeros fugitivos por grupos. Pronto se agotaron las caballerías, y los más, presas del pánico, se lanzaron en confuso tropel cordillera adentro, a pie, confundidos hombres, mujeres y niños.

A las dificultades que presentaba la organización de tan penosa caravana se añadió a última hora otra provocada inexplicablemente por Carrera. Consideró el dictador que las órdenes partían de dos argentinos (Paso y Las Heras), y colocó centinelas en el camino a Mendoza, para impedir la salida de los que no llevaran pasaportes firmados por él. Como es lógico, no se respetaron tan insensatas medidas.

Ante la imposibilidad de organizar sus fuerzas y desobedecido por todos, Carrera decidió el día 6 desechar el proyectado repliegue a Coquimbo, y pasó la cordillera con los demás exilados.

Un piquete destacado por Quintanilla para perseguir a los fugitivos tuvo un encuentro, que le fué favorable, con las fuerzas patriotas aun no desbandadas. Mas ya la mayor parte de los refugiados civiles descendían la vertiente oriental de los Andes, camino de seguro refugio en Mendoza. El cansancio, el hambre, el frío tremendo y los alojamientos a la intemperie, sobre un suelo mojado por la nieve derretida, añadían los padecimientos físicos imaginables a una depresión moral que sólo puede calibrarla el que la ha vivido, dejando atrás patria, familia y afectos. Los más se arrastraban penosamente, con los pies tan destrozados, que no les permitían avanzar. El transporte de las mujeres y los niños ganaba caracteres dantescos. Las mulas, fatigadas por la marcha y hambrientas después de seis días de completo ayuno, apenas se movían. No había leña para hacer fuego y los víveres se agotaron por completo. El éxodo amenazaba por momentos convertirse en la más espantosa tragedia de la historia americana (fig. 473).

El providencial socorro enviado por el general San Martín, que al saber el desastre de Rancagua había presumido la emigración, salvó con sus mil mu-

las y abundantes víveres a aquella masa humana, desmoralizada, gélida y hambrienta, de una muerte segura.

Los realistas en Santiago

Mientras los patriotas tragaban las lágrimas de la derrota y el destierro, las avanzadas realistas entraban en Santiago en la mañana del 5 de octubre. Por uno de esos contrastes feroces que provocan las guerras civiles, a la misma hora en que sus compatriotas exilados luchaban contra el hambre y el frío de la alta cordillera, el pueblo —que siempre había sido realista—, los fanáticos afectos al rey, los neutros y no pocos patriotas que deseaban congraciarse con ellos, vitoreaban hasta desgañitarse a las tropas vencedoras.

Osorio, captando el momento psicológico con habilidad, había lanzado a sus soldados una corta proclama, en la que les decía: "Los santiaguinos son nuestros hermanos y no nuestros enemigos, que ya han fugado. Usemos con ellos de toda nuestra ternura y compasión..."

El juicio histórico

De las trágicas enseñanzas ganadas con la violencia de la lucha por consolidar los ideales que animaron a los hombres de la Patria Vieja se desprenden varias conclusiones de crítica histórica, hoy de fácil enfoque.

En 1810 el sentimiento de la emancipación, que en Caracas, Bogotá, Buenos Aires y Quito había ganado forma concreta, en Chile estaba aún en pañales. Ya don Miguel Luis Amunátegui, uno de los más clarividentes intérpretes de los fenómenos políticos chilenos del pasado, señaló que el deseo de los criollos patriotas era el de gobernarse a sí mismos, bajo la soberanía de Fernando VII. No les importaba el planteamiento del problema de la compatibili-



FIG. 473.—EL PASO DE LA CORDILLERA, SEGÚN MURRAY. (En Caldcleugh, "*Travels in South America...*")

dad de la soberanía del pueblo y la del rey. Ni siquiera les interesaba. Era un sentimiento, no una concepción política concreta. Los partidarios decididos de la independencia eran una minoría, escogida sí, mas insignificante. Con O'Higgins, Rojas, Irisarri, Carrera, Prieto, Freire, López, podrían contarse algunos más con los dedos. El pueblo fué realista de corazón. Sólo peleó, a veces, del lado de la patria, arrastrado por los patrones o los oficiales. El soldado patriota que caía prisionero se enrolaba de inmediato gustoso en las filas ayer enemigas.

Con todo, el fenómeno histórico fundamental de la Patria Vieja es el carácter de guerra civil que adquirió a poco la lucha. En Chile pelearon casi exclusivamente criollos patriotas contra criollos realistas.

A través de la señalada ausencia de concepción política positiva, anima el acontecer histórico de estos cuatro años una falta de simbolización histórica real, en parte amalgamada por la complejidad de los grupos opositores y en parte por las divisiones irreconciliables entre los diversos bandos patriotas.

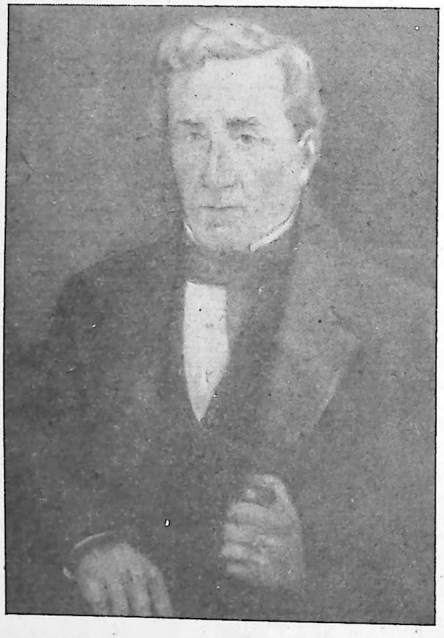


FIG. 473-A.—DON EUSEBIO MOLINARE, HÉROE DE RANCAGUA. *

* Durante la Reconquista fué autor de la errata, en la "Gaceta del Rey", que trocó, al referirse a Manuel Rodríguez, el adjetivo de "inmoral" por el de "inmortal".

Desde el gobierno de Martínez de Rozas, controlado por la aristocracia, pasando por la dirección absoluta de ésta a través de los mandatos de Eyzaguirre, Infante y Errázuriz, hasta que los ochocientos se adueñaron del poder, vino gestándose como torrente incontenible la violenta forma de guerra civil que tomaba cuerpo con la primera dictadura de Carrera. El gobierno de la aristocracia unida, con la alianza de Eyzaguirre y los ochocientos, inició un atisbo de cohesión en la sensata actitud de Lastra. Mas la segunda dictadura de Carrera, sin que pueda juzgarse como exclusiva responsable de la catástrofe, lapidó un estado de cosas que sólo podía conducir al desastre de Rancagua y a la necesidad imperiosa de rectificar rumbos. El último y sangriento capítulo en la historia de la Patria Vieja demostraba la existencia de un germen capaz de mover grandes fuerzas morales, que más tarde habría de pesar en los destinos de la revolución.

IX

La Reconquista. Osorio, Marcó y San Bruno.

DESDE los puntos de vista histórico y económico, la Reconquista fué un período de descanso y de ligera recuperación. Espiritualmente, iba a resultar el vehículo idóneo que permitiría en breve dar forma vigorosa a la voluntad de la independencia.

La derrota de Rancagua agostó las últimas energías patriotas. El país fué sometido rápidamente a la autoridad de Osorio, al que recibieron alborozadas las clases modestas, libres de la tutela de la aristocracia. Los patriotas más comprometidos transmontaron los Andes. Los indecisos se pronunciaron con ostentación descocada por el rey, y muchos fogosos revolucionarios de la primera hora, como don Juan Agustín Alcalde, don José Nicolás de la Cerda y don Francisco Ruiz Tagle, miembros los últimos de una de las Juntas de Carrera, adhirieron con gran aparato a las nuevas autoridades.

Política apaciguadora de Osorio

Toda contienda civil termina con el espectáculo consecuente de un servilismo descarado al vencedor. Mas en el final de la chilena se produjo un sometimiento tan completo y sincero, que desconcierta al que no parte de un análisis desapasionado de los acontecimientos.

Por otra paradoja del destino, cupo gobernar a Chile en los primeros meses de la Reconquista a un hombre ecuánime y magnánimo. Osorio hubiera deseado llevar su política de avenimiento hasta la desobediencia a Abascal (fig. 478-A). Mas la presión del virrey y la de los realistas exaltados lo obligaron a simular una actitud represiva que intentó paliar con diversos expedientes.

El principal fué el de organizar los tribunales de vindicación, a los que debían acudir los funcionarios que desearan continuar en sus servicios, constituyéndolos no con autoridades militares inflexibles, como después haría Marcó, sino radicándolos en los Cabildos, elegidos entre criollos benévolos y conciliadores, y, por añadidura, ligados por vínculos de amistad o parentesco con aquellos a quienes habían de juzgar. El resultado fué que la gran mayoría de las sentencias fué absolutoria. El caso del militar español don Raimundo Sesé, al servicio de los patriotas, es todo un símbolo. Como no lograra huir a tiempo, se presentó al tribunal y fué absuelto. Pero en su hoja de servicios se dejaba constancia del transfugio, razón por la que apeló a Osorio. El presidente puso entonces de su puño y letra esta providencia:

Se encarga al interesado
que no revuelva lo que está tapado. *

* El zumbón mandatario gustaba escribirlas en macarrónicas y chistosas aleluyas.

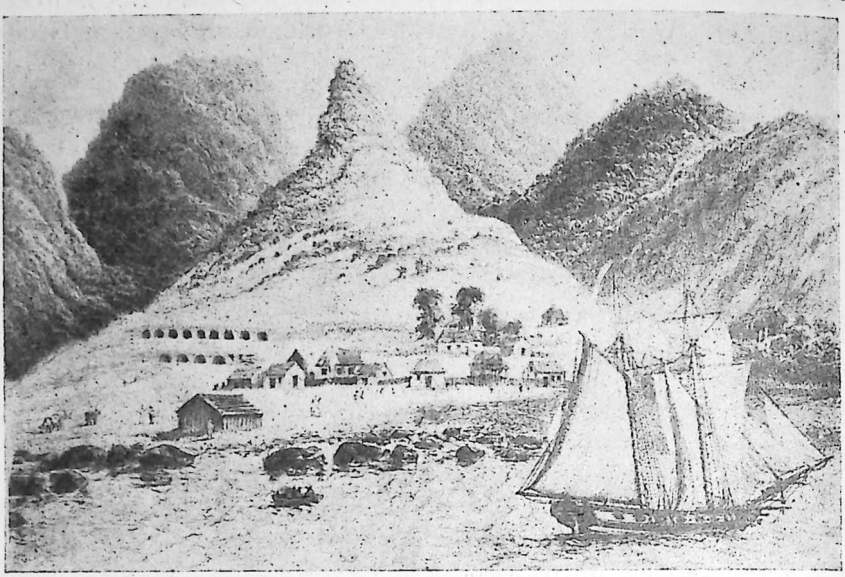


FIG. 474.—EL PRESIDIO DE JUAN FERNÁNDEZ, SEGÚN GAY. (Los huecos, a la izquierda, son las llamadas "cuevas de los patriotas".)

Las venganzas

La inicial benevolencia de Osorio exacerbó pronto los ánimos de los realistas exaltados, que habían confeccionado sus propias listas de vindicta pública. En la noche del 7 de noviembre, el tristemente célebre capitán del regimiento de Talavera, Vicente San Bruno, inició los encarcelamientos. Pronto se reunieron en el antiguo colegio central de los jesuítas unos 200 prisioneros. De inmediato, al conocerse la noticia de que Abascal había ordenado el destierro a Juan Fernández de todos los patriotas que hubieran pertenecido a Juntas de gobierno, parientes y amigos iniciaron los esfuerzos para paliar la orden. Algunos se redimieron con dinero; mas el 1.º de noviembre se envió a Valparaíso a los que deberían embarcarse a Juan Fernández. Ocho días después llegaba una goleta a la isla conduciendo 42 confinados. * Don Juan Egaña nos ha dejado una patética descripción de los sufrimientos padecidos por aquel grupo de mártires. Impresiona visitar en la isla las llamadas "cuevas de los patriotas",

** Formaban parte del grupo don José Antonio Rojas, don Francisco de la Lastra, don Juan Enrique Rosales, don Ignacio de la Carrera, don Martín Calvo Encalada, don Pedro Prado, don José Santiago Portales, don José Ignacio Cienfuegos, don Francisco Antonio Pérez, don Agustín Eyzaguirre, don Juan Antonio Ovalle, don Joaquín Larraín, don Manuel de Salas, don Diego Larraín, don Juan y don Mariano Egaña, el cónsul de EE. UU., don Mateo Arnaldo Hoevel y varios patriotas más.

húmedos socavones donde permanecieron algún tiempo los desterrados (figs. 474 a 477).

Primeros hechos de sangre

No tardó en producirse el primer incidente sangriento que iba a inaugurar la carrera de atrocidades con que el capitán San Bruno ha regado la historia de su recuerdo. Era este individuo un fanático que descargaba su vesania partidista convencido de que cumplía un sagrado y altísimo deber. Es la contrafigura perfecta del cura Uribe, uno de esos especímenes que crean la pasión y el sectarismo cuando disponen de la fuerza militar al servicio de una causa, sea ésta buena o mala.

Dos patriotas de modesta condición, don José Fernández Romo y don José Clemente Moyano, concibieron el descabellado propósito de fugarse de la cárcel en connivencia con la guardia. La infidencia de Juan Argomedo, que estaba preso por deudas, permitió a San Bruno confundir a un espía entre los conjurados y participar personalmente en la represión. Con su propio sable dió muerte a Moyano. En la refriega cayó también el soldado Concha. La bárbara escena hubiera tenido un desenlace aun más trágico sin la presencia del mayor de la plaza, don Luis Urrejola. San Bruno quiso aprovechar la coyuntura para simular un levantamiento general y caer sobre los incautos. Mas Osorio captó a tiempo la infame trama, y logró evitar nuevos derramamientos de sangre.

La vuelta al antiguo régimen

Mientras estos tristes sucesos preludiaban la violencia represiva de la Reconquista, se había producido la vuelta automática al antiguo estado de co-

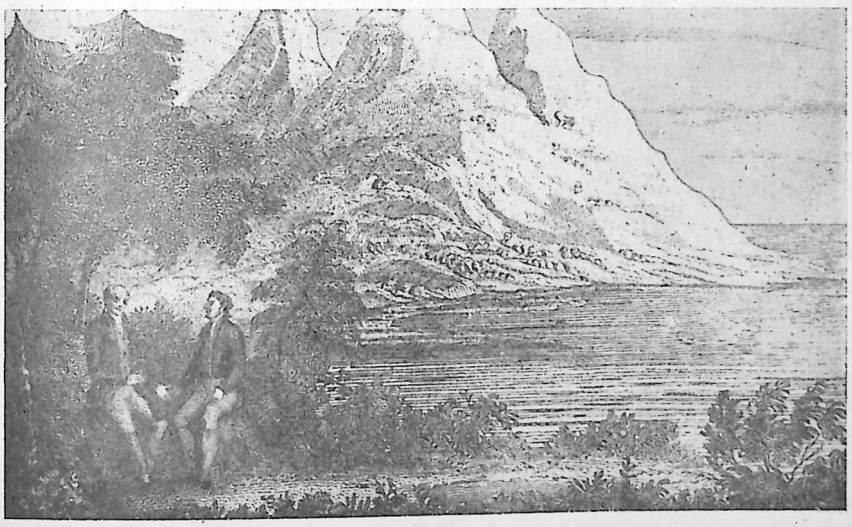


FIG. 475.—COLOQUIO DE DOS DESTERRADOS. (Grabado en Londres para la 1.ª edición de "El Chileno Consolado", de Juan Egaña.)

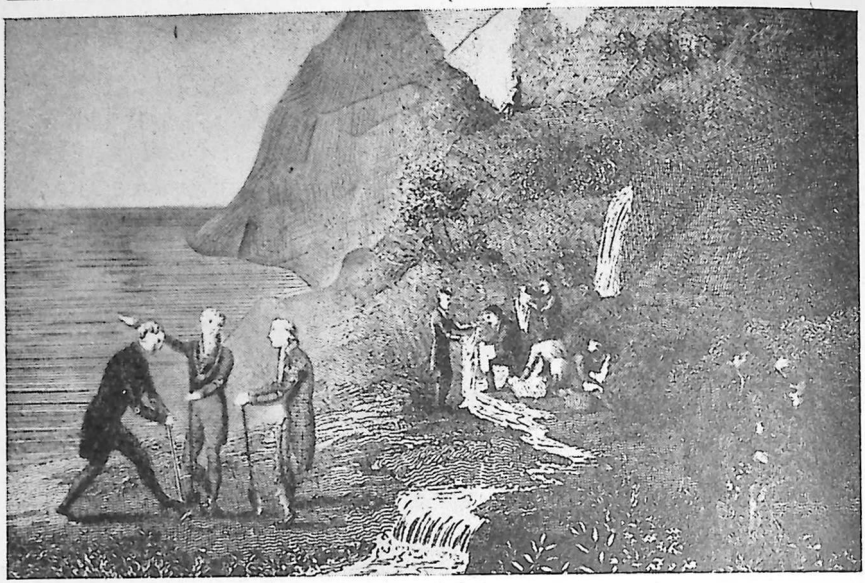


FIG. 476.—LOS PATRIOTAS EN LA ISLA. (Dibujo grabado en Londres para la op. cit. de Egaña.)

sas sin choques ostensibles ni trastornos, por la simple razón de que las reformas revolucionarias de la Patria Vieja, idealizadas a posteriori, en su mayor parte no habían pasado de proyectos.

El clero, por su parte, aprovechó la nueva situación para realizar desde el púlpito una verdadera cruzada rehabilitadora del pasado régimen. El corolario trágico de la situación general lo acusaba el enorme déficit presupuestario de arrastre, que se intentó salvar con empréstitos forzosos, contribuciones extraordinarias y secuestro de los bienes de los insurgentes. Las drásticas medidas de Osorio, como es natural, alimentaban el fuego de los opositores, que ganó mayor virulencia en la medida que tocaba a los bolsillos de afectos y desafectos.

Es difícil representarse cómo en el año y cuatro meses de su mandato pudo Osorio gobernar un pueblo reducido a la última miseria, al que hubo de expoliar con nuevas contribuciones y empréstitos, sin concitar sobre su persona el odio colectivo. Aclaran la explicación del fenómeno el recuerdo de las postreras violencias del cura Uribe y el hastío que habían engendrado las últimas medidas represivas de Carrera. No obstante, es forzoso señalar que también contribuyeron notablemente a suavizar el mando en tan difíciles circunstancias la bondad, el espíritu conciliador y hasta la gracia zumbona del gobernante español. En un ambiente de angustia y penuria, los santiaguinos rieron de buena

gana al saber de la providencia estampada en la solicitud del realista don Juan Martínez de Luco y Aragón, que pedía ser eximido de impuesto por antiguos privilegios. Osorio escribió al pie de la solicitud:

Como Luco y Aragón,
libre de contribución.
Como vecino y pudiente,
pagará al día siguiente...

Don Casimiro Marcó del Pont

Un incidente ridículo habido entre el virrey Abascal y el puntilloso Osorio iba a dar al traste con la firme posición consolidada para la corona a costa de tantos esfuerzos y padecimientos. Infatuado con el éxito de la campaña, hizo publicar el virrey en la "Gaceta de Lima" una nota en la que aparecía como único factor de la victoria. Irritado, Osorio publicó en la misma "Gaceta" una comunicación insolente que sellaba su enemistad con Abascal. La consecuencia fué el nombramiento de gobernador en la persona de don Casimiro Marcó del Pont (fig. 478).

Este singular personaje había resistido el primer sitio de Zaragoza. No contaba aún cuarenta y cinco años cuando ostentaba los galones bien ganados de mariscal de campo. Los buenos padrinos y la descomposición política española produjeron el nombramiento, a pesar de los estigmas de su torpeza e ineptitud.

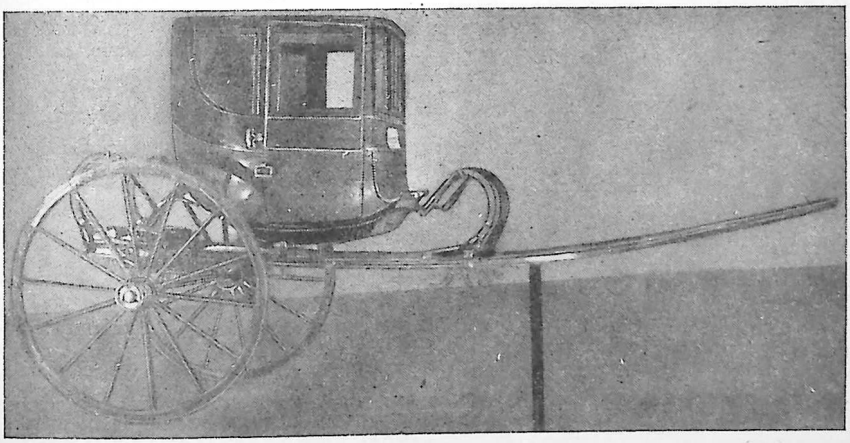


FIG. 477.—LA CALESA DE MARCÓ DEL PONT (Museo Histórico Nacional). SEGÚN LA LEYENDA, MANUEL RODRÍGUEZ, DISFRAZADO, ABRIÓ SU PUERTA AL GOBERNADOR MÁS DE UNA VEZ.

La fama de que venía precedido y su desgraciada actuación en Chile definieron psicológicamente a un pobre hombre, incapaz de ejecutar nada con acierto, que iba a resaltar, con sus torpezas, su cobardía y su carencia del sentimiento de dignidad, el recuerdo de las figuras de don Ambrosio O'Higgins, de Avilés y de Muñoz de Guzmán. Su designación dice, peor que de él mismo, del estado de cosas que en España la había producido.

La noticia de su nombramiento causó entre los realistas chilenos consternación general. Salvo algunos pocos fanáticos, la mayoría daba por perdido el reino. En la tarde del 19 de diciembre fondeaba en Valparaíso la fragata "Javiera", conduciendo a bordo al nuevo gobernador, con un enjambre de criados y más de ochenta cajones y grandes baúles, que representaban un insulto a la pobreza del país (fig. 477).

Osorio se despidió de sus gobernados con una austera misiva, y Marcó lanzó dos proclamas, que habrían producido buen efecto de no haberlas precedido un preámbulo irritante. *



FIG. 478.—MARCÓ DEL PONT. (Retrato hallado en las "fortificaciones" del Santa Lucía, según Vicuña Mackenna. Museo Histórico Nacional.)

Torpe política represiva

La vergüenza de los realistas estimuló la disimulada alegría de los patriotas, que cifraban en los traspiés seguros de Marcó las mejores esperanzas de libertad.

Mucho antes de lo que pudiera suponerse, ya se había consolidado la reacción en favor de la independencia, al restablecerse la unidad espiritual del sentimiento revolucionario. Las lejanas calamidades de la Patria Vieja desaparecían abrumadas por un presente sin disputa peor: el exceso de contribuciones, la pobreza general, la

* Tal preámbulo ocupaba diez líneas: "Don Francisco Casimiro Marcó del Pont, Angel, Díaz y Méndez, caballero de la orden de Santiago, de la real y militar de San Hermenegildo, de la flor de Lis, maestrante de la real de Ronda, benemérito de la patria en grado heroico y eminente, mariscal de campo de los reales ejércitos, superior gobernador y capitán general, presidente de la Real Audiencia, superintendente, subdelegado del general de real hacienda y del de correos, postas y estafetas y vicepatrono real de este reino de Chile..."

ausencia de los deudos sacrificados en Juan Fernández o fugados en Mendoza, la pérdida de las prebendas y destinos y, sobre todo, la actitud provocadora y los abusos cada vez mayores de los talaveras.

La nueva política represiva se inició con el bando de 9 de enero de 1816, destinado a apremiar el cobro de las contribuciones. Más violento fué el siguiente, según el cual se aplicaba la pena de muerte a cualquier conato de oposición. Cómo en los días de Carrera, se levantó de nuevo la horca en la plaza de Santiago, espectro fatídico que Osorio había retirado.

San Bruno

El bando era hechura exacta de la mentalidad de San Bruno. Como su congénere el cura Uribe, era San Bruno individuo de los que en tiempos normales visten sotana y queman *in mente* todos los días a sus feligreses; mas al producirse grandes convulsiones sociales, se convierten en chacales de sus semejantes, convencidos de que cumplen un mandato divino. Lego en un convento de Zaragoza, había demostrado en los dos asedios franceses de la ciudad tal valor, que causó la admiración de sus jefes y le valió el grado de capitán del regimiento de Talavera. Su actuación en Chile demostró una simplicidad mental en grado inverosímil. Se diría que para él es necesario buscar una clasificación tipológica intermedia entre el hombre y la bestia. Osorio había logrado contener sus desmanes, mas ahora dominaba completamente el débil carácter de Marcó.

Como era de rigor, desempeñó la presidencia del tribunal militar de vigilancia y seguridad pública, que compuso en unión de tres comerciantes. Por fortuna tuvieron éstos la habilidad de domeñar sus apetitos furibundos, y el tribunal de marras no fué todo lo temible que era de presumir. No obstante, cada vecino que era procesado, aunque saliera absuelto del juicio, se convertía en un ferviente patriota.

La reacción popular

No es de extrañar, con estos antecedentes, que la causa de la independencia recibiera su mayor y más contundente impulso de las depredaciones y caprichos de Marcó y de San Bruno. El pueblo, sobre todo, que había sido realista de corazón, incubó un odio patológico al capitán y sus talaveras. Estos, por su parte, extremaban tropelías y escarnios. Pendencias callejeras e incidentes de taberna eran pretexto para que se apaleara brutalmente al pobre y se escarneciera al rico, conduciéndolo a prisión en la semioscuridad de la noche, con los pantalones atados a los tobillos y un cirio en las manos. Las réplicas no se hicieron esperar. Talavera que se alejaba solo del cuartel era apedreado a mansalva. Mas de uno pereció en pleno día a golpes o fué arrojado al Mapocho desde el puente o algún barranco cercano. Poco a poco en el concepto popular se fué aunando la idea de talaveras con la del rey, y, lo que era peor, la simbolización se hizo extensiva a España. El odio popular confundía las tres entidades en una sola.

VIVA EL REY

GAZETA DEL GOBIERNO

DE CHILE.

PROSPECTO.

Post Nubila Fœbus.

Es la experiencia, la mas sabia, y mas cierta maestra de los hombres, y ella por si sola persuade con mas fuerza que los ; omrosos discursos, ideas seductoras, promesas falaces, palabras alahueñas, estudiadas fraces y sentencias capciosas de que se valen los espiritus turbulentos, y fanaticos pa a sembrar la sizaña mortifera de la rebelion en los Corazones sencillos, incautos, é irreflexivos. Asi para haceros ver, ó Pueblos, el horroroso caos en que os sumergió vuestra rebolucion injusta, y de que os ha redimido la beneficencia del exelso, conduciéndo bajo su proteccion especialisima al Exercito Real Pacificador, y á su dignisimo Gefe, basta recordaros con brevedad los bienes que gozabais en los tiempos en que obedeciais fieles á vuestros legitimos Monarcas, y à los embiados por ellos ; y los males que habeis sufrido en quatro años que ha durado la anarquia : ¿Que era Chile antes de su pretendida, mal entendida libertad ; sino un pequeño disimulado Paraiso? su Cielo claro y benigno : su suelo feracisimo en minerales, begetales, y animales, ofrecia à sus habitantes à poca costa, y trabajo riquezas, delicias, abundancias. Todos vivian al abrigo de las leyes en sosiego : la jus-

FIG. 478-A.—LA GACETA IMPRESA DURANTE LA RECONQUISTA EN LA PRENSA DE HOEVEL.

La corte española, mientras tanto, no se había percatado en absoluto de la importancia de la partida que se estaba jugando en Chile. No iba a tardar en darse cuenta del error cometido al enviar al punto neurálgico entonces de la lucha por la independencia a un mentecato asistido por un vesánico.

Clima de odios

Los repetidos choques con las avanzadas en la cordillera, que hacían presumir la existencia de un poderoso ejército allende los Andes, movieron a Marcó a reforzar la frontera con Elorreaga en Aconcagua y Sánchez en Colchagua, mientras extremaba, impulsado por San Bruno, la política de represalias (figs. 479 y 484). En ésta, la medida que más irritó los ánimos fué el incumplimiento artero de la real cédula que indultaba a los confinados en Juan Fernández, desviando las órdenes terminantes del virrey con la repatriación de sólo seis de los 48 afligidos presidiarios.

Ocioso es insistir en la rapidez con que se descompusieron las fuerzas morales que servían de base al antiguo régimen. Los realistas peninsulares colmaron sus torpezas enemistándose a muerte con los realistas criollos. San Martín iba a encontrar en Chile un clima político muy distinto del que obstaculizó la inexperta acción de los hombres de la Patria Vieja.



FIG. 479.—VEJACIONES DE LOS TALAVERAS. (Grabado en Londres para la op. cit. de Egaña.)

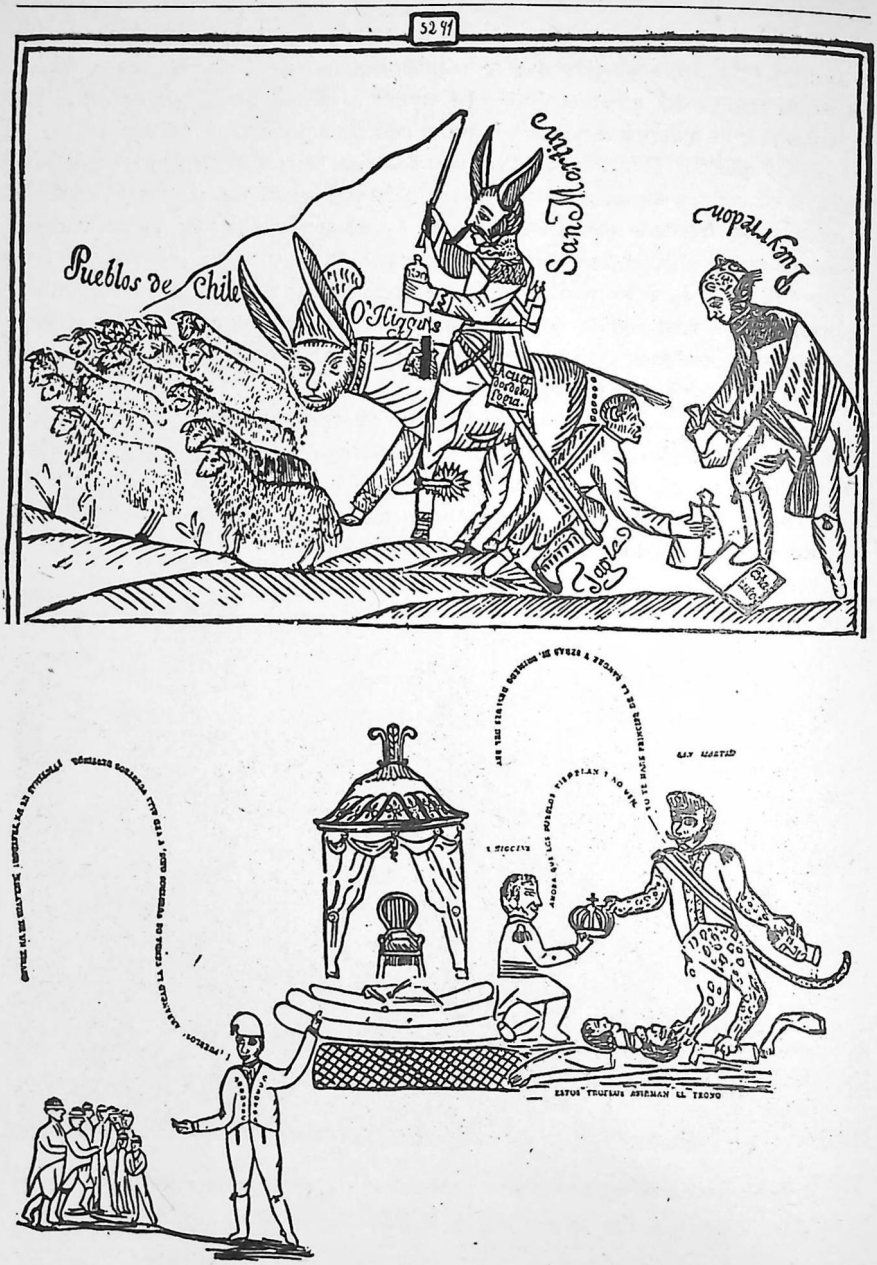


FIG. 480.—CARICATURAS CONTRA LOS PATRIOTAS, PROBABLEMENTE IMPRESAS EN LIMA. (Museo Histórico Nacional.)

X

San Martín y el ejército de los Andes. El esfuerzo cuyano.

FORZOSO es iniciar el análisis de los acontecimientos que culminaron en la gesta increíble del paso de los Andes con un exaltado panegírico a las virtudes, espíritu de sacrificio y calidad moral del pueblo cuyano.

Los exilados patriotas habían encontrado una acogida enternecedora entre sus antiguos paisanos. Todavía latían muy vivos los lazos de amistad, parentesco y similitud de intereses entre los habitantes de uno y otro lado de la cordillera, unidos hasta la segregación de Cuyo (Mendoza, San Luis y San Juan), acaecida en 1778. En el momento de producirse el exilio de los derrotados, dirigía providencialmente los destinos de la gobernación, desde hacía apenas un mes, don José de San Martín.

El buen entendimiento de sus actuaciones en Chile y la enorme trascendencia continental de su esfuerzo exigen el esbozo de su personalidad, condicionada por fortuitas circunstancias, así como el repaso de sus rasgos biográficos fundamentales.

José de San Martín. Los primeros pasos

De la unión de dos castellanos viejos, don Juan de San Martín y doña Gregoria Matorras del Ser, nacía, probablemente en Yapeyú y, según las conjeturas mejor fundadas, el 25 de febrero de 1777, José Francisco (figs. 481 y 482), varón menor de cuatro habidos en el matrimonio, además de una mujer. Cuando el futuro Protector tenía apenas cuatro años, la familia se trasladó a Buenos Aires y, tres años después, a España, para no pisar de nuevo ninguno de ellos, salvo José Francisco, tierra americana. El dato es de gran interés, por cuanto barre con las fantasías de los panegiristas que pretenden justificar con metáforas de palmeras y coeducación con indiecitos lugareños un criollismo que jamás existió en San Martín.

Venciendo la escasez de recursos, los padres lograron matricular a José en el Seminario de Nobles de Madrid. Tanto en sus estudios como en sus actuaciones sociales se advirtieron las virtudes y cualidades que iban a entrañar en el fondo de su personalidad intelectual, y en todos sus aspectos, el depósito de las sugestiones espontáneas de la realidad sobre una inteligencia curiosa, sana y ponderada.

El ideario

Una rápida carrera militar, que le valía a los 31 años el grado de teniente coronel por su conducta en Bailén, hizo escuela en el que habría de ser general del ejército de los Andes. En acusado contraste con la improvisación criolla, su

comando sensato, regular y seguro no era sino el reflejo de las experiencias ganadas en Europa.

Más que el pretendido criollismo de su cuna, movió a San Martín a tomar la gran resolución el espectáculo de una España deshecha por la guerra y vejada por la irresponsabilidad de políticos que sumaban ya el descoco a la inepcia. Acariciaba la bella esperanza de una América con las virtudes de Europa y sin sus vicios y miserias presentes. Sólo en dos ocasiones dejó traslucir estos móviles: en la proclama con que se despidió de sus compatriotas antes de embarcarse al Perú en 1820, y veintiocho años más tarde, al escribir al general Castilla: "En una reunión de americanos en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etc., resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos que se había de empeñar".

Sus primeras lides en la contienda americana asombraron a sus conterráneos, pues desde el pequeño combate de San Lorenzo demostró la calidad de su escuela, su don de mando y las grandes condiciones de organizador que habrían de inmortalizarlo.

Con su concepto de la organización militar, importó también de Europa San Martín la novedad de las logias masónicas. Con la activa ayuda de Alvear, fundó en Buenos Aires la Logia Lautaro, y, en contraste con aquél y Monteagudo, que la utilizaron con fines de medro, San Martín la empleó sólo como instrumento al servicio de la independencia.

Desde que se hiciera cargo del comando del ejército argentino de Salta, comprendió que con los míseros elementos con que contaba era pueril pretender la conquista inmediata del Alto Perú. Consagró, desde entonces, sus tenaces esfuerzos en la organización de un ejército que, luego de liberar a Chile, atacara directamente a la capital del virreinato.

Las dolencias físicas

A las contrariedades de todo orden, que se multiplicaban por la falta de jefes idóneos, se añadió pronto el precario estado de su salud. El hecho es de gran trascendencia para explicarse muchas de sus desconcertantes actuaciones. A mediados de abril de 1814 sufrió un ataque al músculo gástrico, afección que se agravó con vómitos de sangre. Se trataba sin duda de una gastrorragia de origen nervioso, ya que nunca padeció de tuberculosis pulmonar y, sobre todo, que una vez pasada la crisis, recobraba pronto actividad y energías.

Psicología y estampa

La singular y recia psicología del personaje se perfila a través de algunos rasgos específicos e inalterables. Entre todos se destaca nítido el del equilibrio. La estampa y el pronto eran impresionantes. La fina capacidad de observación de María Graham nos ha dejado un primoroso retrato, si bien de la época en que los apetitos fundamentales de San Martín estaban realizados. En octubre de 1822 recibía la visita del general, en compañía de Zenteno y



FIG. 481.—SAN MARTÍN. (Oleo en cobre de Gil de Castro, 1817. Propiedad de la familia Santa María.)

varias personas más. Después de las presentaciones, dice la escritora viajera, "pude sentarme, observar y escuchar. Los ojos de San Martín tienen una peculiaridad que sólo había visto antes una vez, en una célebre dama. Son obscuros y bellos, pero inquietos; nunca se fijan en un objeto más de un momento, pero

en ese momento expresan mil cosas. Su rostro es verdaderamente hermoso, animado, inteligente, mas no abierto. Su expresión, demasiado rápida, suele resentirse de obscuridad; sazona de cuando en cuando su conversación con dichos maliciosos y refranes. Tiene mucha afluencia de palabras y discurre con facilidad sobre cualquier materia..." Todos los contemporáneos concuerdan en lo fundamental con María Graham. De sus testimonios se desprende que era un hombre alto, robusto, bien proporcionado y reciamente varonil, de carnadura musculosa y enjuta. Su rostro moreno, de facciones regulares y acentuadas y cabellos negros y lisos, remataba en un mentón firme, propio de los grandes caracteres. Una viva llama interior se reflejaba en los ojos negros, sombreados de largas pestañas. No obstante la sencilla afabilidad de sus modales, había en su expresión algo imperativo que imponía espontáneamente la obediencia.

Cuando María Graham lo conoció, San Martín regresaba derrotado de la entrevista de Guayaquil. Nervioso, hipertenso, ante la sagaz escritora pierde con frecuencia el control. Se advierte que, a la edad en que generalmente se alcanza el cenit de la madurez creadora, San Martín ya padece los efectos del abuso del opio a que le forzaban sus enfermedades.

Los rasgos dominantes

En la personalidad de San Martín hay rasgos esencialísimos que justifican casi todas sus actitudes, mas ninguno tuvo tanta trascendencia como su europeísmo y, dentro de él, su exagerado españolismo. Por una ironía del destino, el hombre que iba a capitanear a los criollos hispanoamericanos contra España simboliza, por temperamento, por carácter y por educación, la antítesis del criollo, es decir, la observación y el método contra la liberalidad y la improvisación. Comparándolo con la figura continental gemela, Vicuña Mackenna ha dicho: "Bolívar fué un aventurero sublime. San Martín no arriesgó jamás una jornada en su fría e inmutable marcha".

Otro rasgo esencial de San Martín fué su sentimiento americanista. No amaba a la Argentina, a Chile o al Perú, sino a la causa de la independencia americana en conjunto. Era muy sobrio, como buen castellano viejo. Jamás bebió. En su testamento pudo decir: "Declaro no deber ni haber jamás debido nada a nadie". Reflejando su sentir americanista, escribía en 1819: "Mi país es toda la América, y mi interés es igual por las Provincias Unidas y Chile". *

Pero el rasgo, tal vez, dominante fué el absoluto control de la inteligencia y de la voluntad. Como todos los hombres de acción, apartó los obstáculos con total prescindencia de los sentimientos extraños a su objetivo, sin reparar en escrúpulos morales. Desvió a los Carrera de su camino, mas cuando la familia intercedió por ellos, hizo lo que pudo por evitar el fusilamiento, porque consideraba que era contraproducente para la causa americana. Como la Logia Lau-

* Carta a don Joaquín Echeverría, 1.º de abril de 1819.



FIG. 482.—SAN MARTÍN. (Oleo de Gil de Castro. Municipalidad de La Serena.)



FIG. 483.—DON LUIS CARRERA. (Reprod. Archivo Zig-Zag.)

taro decretara la eliminación de Manuel Rodríguez, hizo incontables esfuerzos por atraérselo, y, cuando se fué de Chile, quiso llevárselo consigo. El control de su voluntad, sin embargo, sellaba todas sus actuaciones. De él supo decir Ignacio Zenteno: "San Martín es la voluntad más invasora y que imprime a todo su sello y su fisonomía".

Entre las determinaciones de su carácter que la tradición ha erigido en errores históricos figuran la aparente reserva y astucia, que fué sólo un medio al servicio de sus objetivos, y su capacidad como conocedor de hombres. El único caso aislado en que demostró su perspicacia en tal sentido fué el de Zenteno. Desde que su físico sucumbió al esfuerzo solicitado, la elección de sus colaboradores fué una cadena de errores que lo llevó al fracaso.

Mas, a pesar de sus dolencias, la férrea voluntad se imponía sobre adversidades y obstáculos, no porque hubiera leído a Epicteto, sino por el fondo de su entraña sobria y austera de castellano viejo y su educación española.

Chocan los exilados en Mendoza

Cobijados en Mendoza los fugitivos chilenos, no tardaron en producirse los primeros choques ineludibles. Habían llegado divididos en dos bandos irreconciliables. De un lado, O'Higgins, Alcázar, Freire, con la mayoría de los civiles. De otro, Carrera, Uribe, Muñoz Urzúa, Benavente, la mitad de los soldados y un grupo escaso de civiles. Carrera, que tenía la mayor parte de la fuerza, continuaba mandando como jefe del ejecutivo chileno, sin regatear los choques verbales con San Martín. Después de numerosos incidentes, el general argentino, auxiliado por O'Higgins, Mackenna, Freire y Alcázar, se adueñó de la mitad de las fuerzas chilenas, las reforzó con el destacamento de Las Heras y rodeó con más de 1.000 hombres el cuartel donde se había hecho fuerte Carrera. Rendido éste, quedó en prisión, en compañía de don Juan José, don Diego Benavente y el canónigo Uribe, y poco después fueron todos enviados a San Luis.

Don Luis Carrera (fig. 483) había partido a Buenos Aires, con el objeto

de presentar sus quejas al director supremo. Para contrarrestar su gestión, San Martín envió a la capital del Plata a don Juan Mackenna y a don Antonio José de Irisarri. Resolvió don Luis vengar el arresto de sus hermanos retando a duelo a Mackenna. Después de un intento fallido, que los testigos quisieron aprovechar para el avenimiento, se repitió la suerte. Esta vez se oyó un solo disparo. La bala de Carrera había herido de muerte a su caballeroso contendor. Uno de los testigos obligó a don Luis a asir la mano del moribundo en gesto de suprema reconciliación.

Duelo entre don Luis Carrera y Mackenna

Las disputas entre carrerinos y o'higginistas habían ganado una violencia alarmante. Comprendió don José Miguel que, mientras San Martín tuviera a su cargo en Mendoza la organización del ejército de los Andes, en nada podría actuar, y decidió en buena hora tentar fortuna en Estados Unidos, contratando la compra de armamentos que le permitiera organizar un ejército por su cuenta. Su providencial partida permitió a San Martín aunar la opinión chileno-argentina en apoyo de su plan y utilizar la actitud negativa de los carrerinos para socavar el prestigio realista dentro de Chile.

Cuando San Martín llegó a Mendoza ya tenía esbozado el plan de liberación de Chile, llave de la independencia del Perú y, por reflejo lógico, de Argentina, Quito, Venezuela y Nueva Granada. Con un sistema y un cálculo imponderables, comenzaron a fraguar sistemáticamente sus condiciones de organizador en lucha con la ardua tarea de imponer sus proyectos a los mandatarios bonaerenses, de organizar en Cuyo las bases del ejército, de acopiar dinero, armas, municiones, víveres, caballos, ropas, etc., y de dar forma a la guerra de zapa en Chile.

El genio organizador. Los colaboradores

Los primeros capítulos de esta hazaña sin paralelo pusieron de manifiesto la lucidez de San Martín, en lucha con sus propias dolencias físicas. En Mendoza no había armas, municiones, fábricas de pólvora, maestranzas, vestuarios ni servicio médico. Lo único que podía hacerse era crearlo todo. Y así se hizo. El fraile franciscano Luis Beltrán simboliza la magnitud del esfuerzo. Electrizado con el ejemplo de San Martín, el antiguo calavera, que hasta entonces sólo había jugado a fabricar pólvora y balas por distracción, entre una misa y una zamacueca, desplegó una actividad y una inventiva prodigiosas, improvisando una maestranza que hasta hoy asombra por su eficacia y perfeccionamiento técnico. El otro gran hallazgo de San Martín fué el de un misántropo raro, a quien se apodaba "el filósofo", del cual hizo su más eficaz secretario y que habría de ser en breve pilar organizador del nuevo estado chileno: don José Ignacio Zenteno.

La dificilísima y audaz guerra de zapa pasó por tres etapas definidas. Lo primero era disponer de buenas informaciones, enviando espías o emisarios que levantaban verdaderos planos de memoria. La segunda etapa tenía por

La guerra de zapa



FIG. 484.—CASA DE SAN MARTÍN EN MENDOZA. (Dibujo inédito de Rugendas. Propiedad de la familia Icaza-Hederra, Talca.)

objeto desplegar la propaganda revolucionaria, poniendo de manifiesto entre los patriotas chilenos la magnitud de la empresa en gestación y la potencialidad del ejército de los Andes. La tercera, más difícil y arriesgada, consistía en dispersar a las fuerzas de Marcó con pequeños amagos de guerrillas valerosas que desplazaran los contingentes realistas del lugar escogido para el ataque. En el curso de esta apasionante y novelesca epopeya, la figura de Manuel Rodríguez ganó contornos de leyenda, y su recuerdo ha perdurado en el sentimiento del pueblo chileno como la encarnación de la audacia y el riesgo en pro de una causa noble (fig. 477).

Con él llenaron esta página novelesca de la historia de Chile muchos nombres épicos, y de manera especial los de don Juan Pablo Ramírez, ex empleado de la gobernación marítima de Talcahuano; el coronel de las milicias de Quirihue, Antonio Merino, y el comandante Santiago Bueras.

Con todo, el más urgente problema para San Martín era el económico. Es increíble la destreza con que supo exprimir todas las posibilidades de Cuyo, sin exasperar a sus habitantes y sin agotar sus reservas vitales, y la energía con que supo sugestionarlos en una empresa que sólo de rechazo les afectaba.

Buenos Aires apoya los planes de San Martín

Luego de una continuada serie de esfuerzos, en los que San Martín logró imponer su tesonera voluntad, en la conferencia habida en Córdoba con Pueyrredón, se inicia una nueva y más rápida etapa en la organización del ejército de los Andes. Ahora el gobierno argentino apoya sin reservas los planes militares de San Martín, a pesar de los claros síntomas de indisciplina que se advierten y los esfuerzos de los carrerinos por abortarlos.

En esta etapa, las relaciones entre San Martín y O'Higgins consolidaron una amistad ya indisoluble, que las intrigas y las circunstancias adversas no lograron nunca romper. La comunidad del ideal los unió con tan fuertes lazos, que se realizó la utopía de dos cuerpos regidos por la misma alma. No obstante, por razones de política que figuraban en sus planes, San Martín, que en Chile exaltó a O'Higgins al máximo pedestal, en Mendoza lo relegó al claroscuro, no porque dudara de sus cualidades, sino para vencer la resistencia de los oficiales argentinos y poder utilizar con éxito a los carrerinos en la guerra de zapa.

Las guerrillas. Marcó pierde el control

La propaganda de los agentes revolucionarios enviados desde Mendoza laboraba en un terreno, como hemos visto, sumamente propicio. Motu proprio, Manuel Rodríguez había preterido el compromiso de enviar noticias, estimulado con la creación más factible de las guerrillas, antes de que San Martín se lo ordenara. Un bandido celebérrimo en todo Chile, antiguo ovejero de la hacienda de Cumpeo, capitaneaba una banda de salteadores que vejaba por igual a realistas y patriotas. Manuel Rodríguez concibió la idea de convertir a este forajido, el no menos legendario José Miguel Neira, en guerrillero patriota. En uno de sus viajes a Mendoza, Rodríguez le entregó armas, municiones y un despacho de San Martín que le concedía el grado de coronel de milicias. El bandolero continuó sus actividades mixtas, como antes. En cierta ocasión estuvo a punto de fusilar al oficial patriota Borgoño, tildándolo de realista, con el artero propósito de adueñarse de su hermosa casaca militar, única prenda de valor que llevaba.

Estas montoneras tenían el inconveniente del desprestigio patriota. En cambio, llevaban de ventaja sobre las improvisadas por jóvenes criollos su expedición en la lucha contra las autoridades. La primera organizada por patriotas civiles acabó con la muerte de su jefe, don Juan José Translaviña.

La captura de Melipilla por Manuel Rodríguez constituye uno de los más dramáticos episodios en esta guerra de zapa, si bien no tan eficiente como el asalto a San Fernando organizado por Juan Pablo Ramírez, que logró intimidar a una guarnición poderosa simulando el ruido de los cañones con el arrastre de cueros llenos de piedras. Marcó, perdido el control de sus frágiles nervios, reunió poco después en San Fernando 1.400 hombres, es decir, casi la mitad de sus efectivos.

El ejército realista

Los esfuerzos de Marcó del Pont por organizar el ejército capaz de oponerse a la amenaza de los Andes tropezaban, por otra parte, con la resistencia lógica de una mayoría que odiaba mortalmente al régimen y a sus representantes. Con todo, gracias a la imposición de una disciplina férrea, Atero, Olaguer Feliú, Cacho, Morgado, etc., oficiales formados en las bregas napoleónicas, llevaron al ejército realista a un nivel hasta entonces desconocido en América,

excepción hecha del de los Andes. Nunca se exagerará bastante la ineptitud de Marcó como general en jefe ni su carencia absoluta de instinto político, pero se cometería una injusticia obscureciendo las dotes de organizador que demostró y el empeño con que intentó conjurar una catástrofe superior a sus aptitudes.

Según la revista pasada en enero de 1817, el ejército realista se componía de "4.037 hombres acreditados, bien vestidos y disciplinados". El informe de Maroto, en abril del mismo año, aumenta el total a 4.317, sin contar los destacamentos de Coquimbo, de Valparaíso y de los buques armados en guerra.

Como era de temer, las guerrillas y las montoneras aumentaron las medidas represivas de San Bruno y Marcó. Se prohibió transitar a caballo entre el Maipo y el Maule y la pena de muerte se hizo extensiva "a cuantos se hallen con el delito de cargar armas"... Los vejámenes a las damas que ocultaban el paradero de sus hijos patriotas ensalzaron también al valor de la leyenda a figuras como la de doña Agueda Monasterio de Latapiat y doña Paula Jaraquemada (fig. 485).

La desmoralización creciente de Marcó actuó como estimulante entre los patriotas. En el país se vivía un clima indefinible, mezcla de incertidumbre y de ansiedad, típico de la carencia de mando o de su desorientación ostensible.

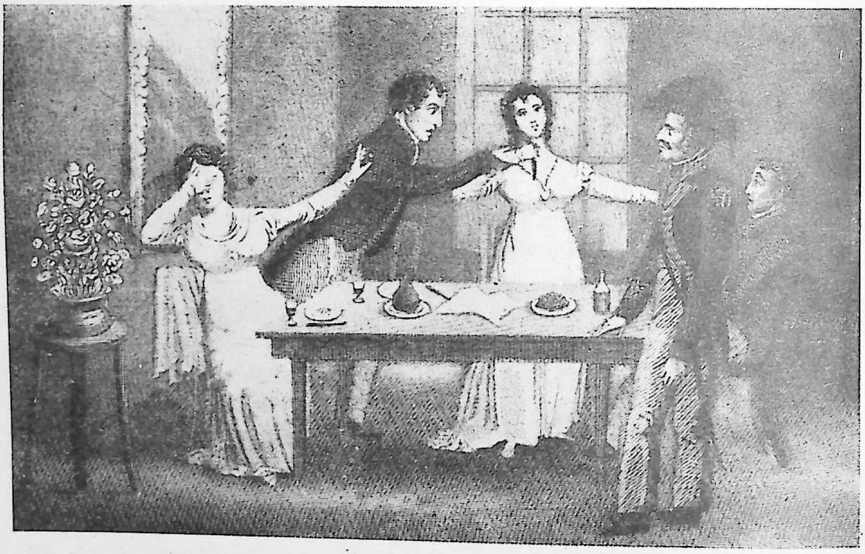


FIG. 485.—PATRIOTAS APRESADOS DURANTE LA RECONQUISTA. (Grabado en Londres para la op. cit. de Egaña.)

XI

El paso de los Andes. Batalla de Chacabuco.

EL equilibrio teórico de fuerzas entre los ejércitos patriota y realista era a fines de 1816 casi absoluto. Según el estado de 31 de diciembre del citado año, el de los Andes completaba un efectivo de 4.045 hombres. El ejército salió de Mendoza, según la relación de Beltrán, con dos obuses de seis pulgadas, siete cañones de batalla de cuatro, nueve cañones de montaña de cuatro, dos cañones de hierro y dos de diez onzas. El transporte de la artillería presentaba dificultades insalvables para gentes de menos empuje que los colaboradores de San Martín. Los armones y las cureñas podían ser cargados en mulas, mas no era posible hacer lo mismo con los obuses. "Quiere que le ponga alas a sus cañones —cuentan que dijo fray Luis Beltrán—; pues bien, las tendrán", e ideó unos carros angostos de ruedas muy bajas, que los soldados bautizaron con el nombre de "zorras". Se envolvieron en lana y retobaron con cueros para evitar deterioros. Bueyes o mulas arrastraban las "zorras", auxiliados por 120 mineros zapadores que arreglaban los pasos dificultosos. Los preparativos finales

Oportunamente se enviaron piños de vacunos a los valles con pasto que debía atravesar la expedición y se acumularon víveres para veinte días. Los soldados llevaban en las mochilas una pasta de carne tostada y molida, aliñada con grasa y ají, que con agua hirviendo y maíz tostado contituía un excelente y energético plato: el charquicán cuyano. Si bien es cierta la afirmación de que "la América española no había visto hasta entonces tropas mejor organizadas, mejor provistas de cuanto puede necesitarse en una campaña, ni dirigidas con más orden, con más regularidad y con más esmerada disciplina", no era ésa, con todo, la gran fuerza del ejército de los Andes, sino su alta moral y su acabada instrucción.

Antes de ponerse en movimiento, San Martín había pedido normas al gobierno de Buenos Aires sobre su inmediata política civil y militar. En las "Instrucciones reservadas que deberá observar el capitán general del ejército de los Andes, don José de San Martín, en las operaciones de la campaña destinada a la reconquista de Chile", que comprendían 59 artículos agrupados en tres capítulos: guerra, rama política y gubernativa y hacienda, se detallaban a San Martín con prolijidad las líneas generales de su política y, en instrucción reservadísima de 17 de enero de 1817, se le autorizaba "para nombrar al brigadier don Bernardo O'Higgins en clase de presidente o director provisional de Chile, luego que sea desocupada por el enemigo la capital de Santiago".

Gracias a su extraordinaria habilidad, el sargento mayor de ingenieros José Antonio Alvarez Condarco, de prodigiosa memoria topográfica, logró le- El plan de operaciones



FIG. 486.—PARROISSIEN, CIRUJANO DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES. (Museo Histórico Nacional.)

vantar planos exactísimos de los pasos cordilleranos. La ingeniosa estratagema de que se valió para ello dió magníficos resultados. Alvarez Condarco viajó a Santiago por el paso de los Patos, el más largo y difícil, llevando a Marcó noticia oficial de los acuerdos del Congreso de Tucumán, que había declarado la independencia de las provincias de La Plata. Naturalmente, el mandatario español lo recibió con cajas destempladas, guardando, sin embargo, respetuoso miramiento por el emisario. Este regresó a Mendoza por Uspallata, y rápidamente reconstruyó en el papel los datos hábilmente confiados a la memoria. Con ellos a la vista, elaboró San Martín su plan de operaciones. El mayor contingente del ejército iba a cruzar la cordillera por Los Patos, para caer en Putaendo, a la vez que una división, al mando de Las Heras, lo haría por Uspallata. Ambos grupos deberían reunirse el mismo día en San Felipe y Los Andes. La segunda parte del plan establecía la dispersión de las tropas de Marcó, amagando Concepción con fuerzas al mando de Freire, y el fortalecimiento de las guerrillas (figs. 486 a 490 y 495).

La partida

Con precisión matemática, desde comienzos de enero de 1817, el ejército comenzó los preparativos de la marcha. Todos comprendían que iban a partir, pero nadie sabía el día ni el rumbo. Por fin, el 9 de enero salió con dirección a San Juan el teniente coronel Juan Manuel Cabot, para reunirse con una partida de emigrados chilenos y continuar a Coquimbo. El día 14 partió al sur Freire, y el 18 se dirigió a Uspallata el coronel Juan Gregorio las Heras (fig. 493), al frente de una división de las tres armas, completada con 800 individuos. El 19 y el 20 se movilizaba la primera división, al mando del jefe de estado mayor, brigadier Miguel Estanislao Soler (fig. 491), y el 21 y 22 lo hacía la segunda, bajo las órdenes de O'Higgins. Por último, el 24, San Martín se despedía de su esposa e hijita, de seis meses, y se reunía a poco con la retaguardia de las divisiones de Los Patos. Al despedirlo, con la emoción que es de suponer, el pueblo de Mendoza sentía una mezcla de orgullo, confianza y ansiedad, consciente de que con la substancia de Cuyo, la cabeza de su jefe y el valor de sus soldados se iba a decidir la suerte de su provin-

cia y de la revolución hispanoamericana. Con la sobriedad característica de sus partes, escribía San Martín el 24 de enero: "El 18 empezó a salir el ejército y hoy concluye el todo de verificarlo. Para el 6 de febrero estaremos en el valle de Aconcagua, Dios mediante, y para el 15, ya Chile es de vida o muerte".

El paso de los Andes

Después de una breve escaramuza, que no hizo a los realistas concebir siquiera la sospecha de que el ejército de los Andes estaba en marcha, las divisiones de Soler y O'Higgins caminaron por la altiplanicie hacia el norte hasta llegar al río de Los Patos por el punto denominado el Leoncito. De allí prosiguieron hacia el sur, para ganar la cumbre máxima a 3.650 metros. La ascensión, en mulas, se llevó a cabo sin accidentes ni percances, salvo algunos negros entumecidos que fueron reanimados con aguardiente y cebollas. La puna hizo menos estragos de los temidos. El 2 de febrero el ejército iniciaba el descenso hacia Putaendo. San Martín, envuelto en su capote de granadero, jinete en mula, transmontó la cumbre entre los días 3 y 5. El prodigio había sido posible gracias casi exclusivamente a la minuciosa previsión del general. Todo fué calculado al mínimo detalle: las marchas, los descansos, las comunicaciones, el calzado, el alimento, las mulas y sus remudas, y los combates eventuales en

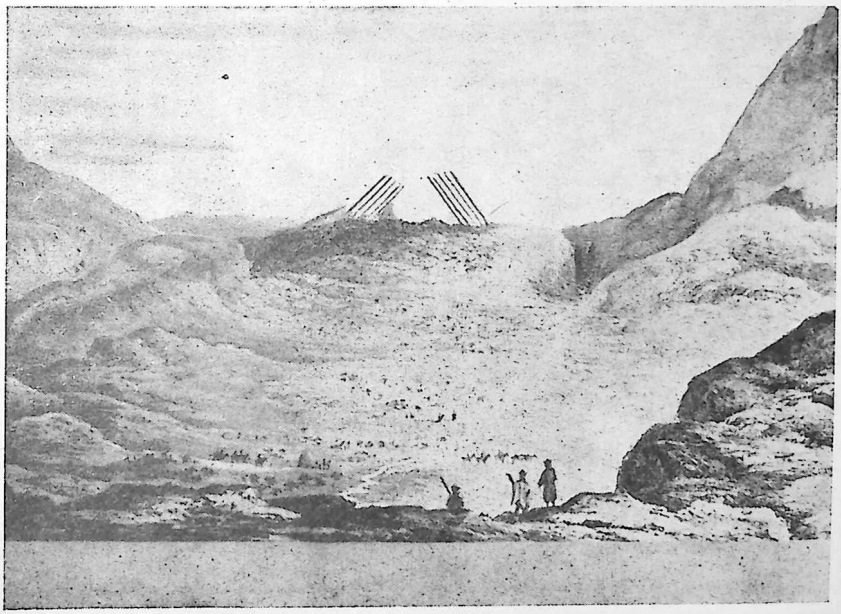


FIG. 487.—USPALLATA. (Dibujo de Schmidtmeyer.)

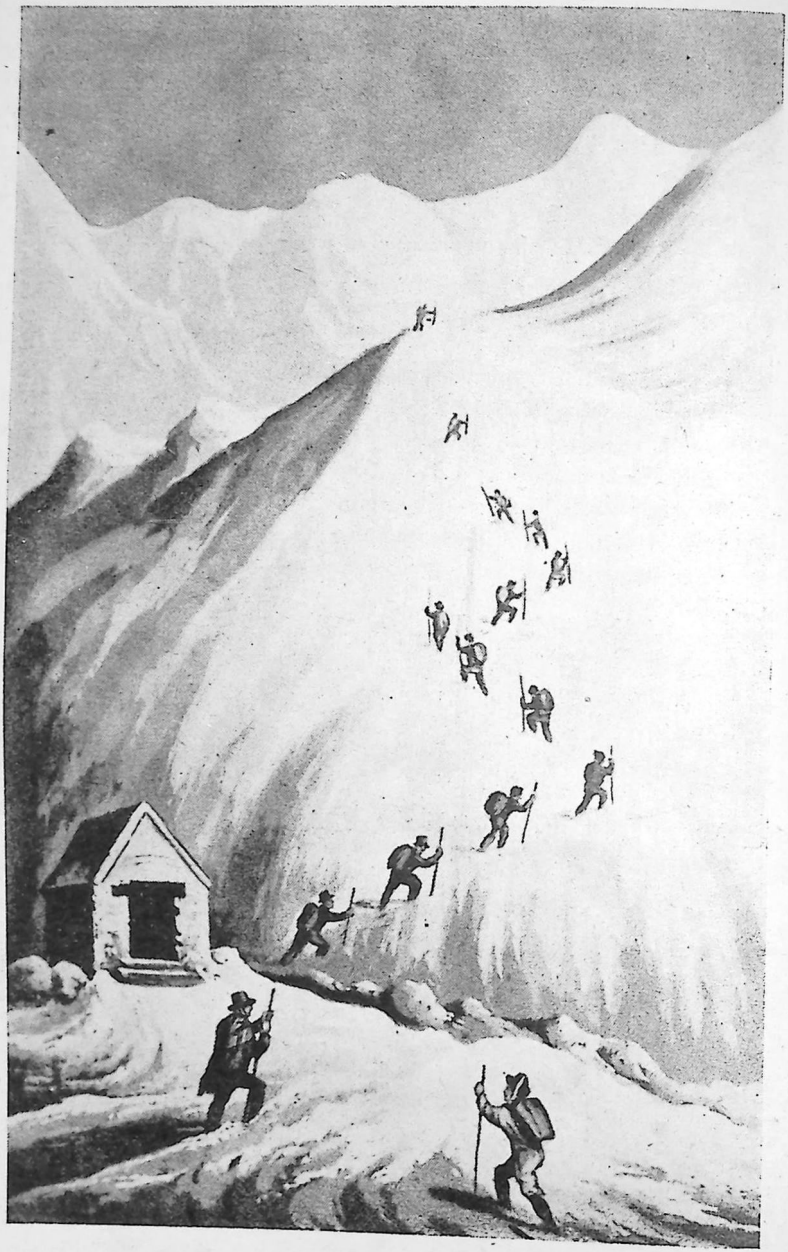


FIG. 488.—ASCENSO A LA CUMBRE DE LOS ANDES. (Dibujo de Brand.)



FIG. 489.—FANTÁSTICO DESCENSO DE LA "CUESTA DE CONCUAL". (Dibujo de Brand.)



FIG. 490.—UN CURIOSO ANTECEDENTE DEL ESQUÍ ANDINO. PEONES DESCENDIENDO DE LA CORDILLERA, SEGÚN FAMIN. (Nótese el aspecto de guerrilleros de los dos personajes en primer plano.)

el trayecto, incluso la derrota y el posible repaso de la cordillera. El ejército de los Andes había atravesado una de las cadenas montañosas más altas del mundo, por senderos únicamente aptos para arrieros experimentados, desfilando uno a uno sus hombres al borde de los peores precipicios, sin perder un cañón ni una carga de municiones. La hazaña de San Martín es una de las más extraordinarias que registra la historia.

Primeras escaramuzas

Al atardecer del día 4, las avanzadas de Las Heras cayeron por sorpresa sobre la guardia realista de Los Andes. Las de Soler hacían otro tanto con la guarnición de las Achupallas. Al llegar los fugitivos a San Felipe, el coronel realista Atero comprendió que el ejército de San Martín había pasado la cordillera. Envió de inmediato un emisario a Santiago pidiendo refuerzos y reunió un total de 700 hombres, con los que decidió, en junta de guerra habida en la misma noche, el retiro a Chacabuco.

En la noche del día 6 supo Atero que la vanguardia del enemigo estaba acampada en Las Coimas, con un total de 600 hombres, mientras el grueso permanecía en Putaendo, y decidió atacar en el acto. El combate fué breve y demostró desde el primer momento la superioridad de la caballería patriota. Atero dispuso el retiro a San Felipe, para salvar los restos de sus derrotadas fuezas.

El día 8 entraban Las Heras y Soler en Santa Rosa de los Andes, y

O'Higgins, en San Felipe. La concentración se produjo al día siguiente, al sur de Curimón, frente al punto en que desemboca al valle de Aconcagua el camino de Santiago que baja de la cuesta de Chacabuco. El entusiasmo de los pobladores rebasaba todas las esperanzas de San Martín. Moralmente, la batalla de Chacabuco se había ganado antes de trabarse.

Por su parte, Freire había conseguido con creces los objetivos subsidiarios señalados, si no el principal. El afortunado combate de la hacienda de Cumpeo y el repliegue realista produjeron el levantamiento general de la zona.

Las columnas destacadas sobre Coquimbo no influyeron en el desenlace de la batalla de Chacabuco. Marcó no tuvo siquiera noticias de ellas, pero sirvieron para acelerar la ocupación de la zona norte.



FIG. 491.—BRIGADIER MIGUEL ESTANISLAO SOLER. (Reproducción Archivo Zig-Zag.)

Las autoridades realistas de La Serena, hostilizadas por una población desafecta, abandonaron la ciudad. La marcha hacia Santiago, en abigarrado grupo de militares y civiles, ganó los caracteres de un pequeño éxodo. El 1.º de febrero el pueblo de La Serena nombraba gobernador político y militar a don Manuel Antonio de Iribarren.

Preparativos militares de Marcó

Del total de los efectivos afanosamente encuadrados por Marcó, apenas disponía en el momento de la invasión de unos 3.000 hombres, acantonados entre el Maule y el Aconcagua, que podía concentrar en Santiago en un plazo mínimo de siete días. El difícil panorama provocó una junta de guerra el día 8, en la que Maroto, único militar capaz de tomar un camino y seguirlo, propuso la retirada al Maule llevándose todos los efectivos de Santiago y presentando batalla con los de la capital y de Concepción unidos. El proyecto fué aprobado, mas a la mañana siguiente Marcó cambió de parecer. Se establecería la resistencia en la cuesta de Chacabuco con los efectivos a la mano, mientras se enviaban los refuerzos que venían en camino desde Rancagua, San Fernando, Curicó y Talca. La desmoralización del comando realista era completa. Marcó resolvió "remitir una pequeña parte" de su equipaje a Valparaíso para, en caso desafortunado, "embarcarlo en uno de los buques mejores que

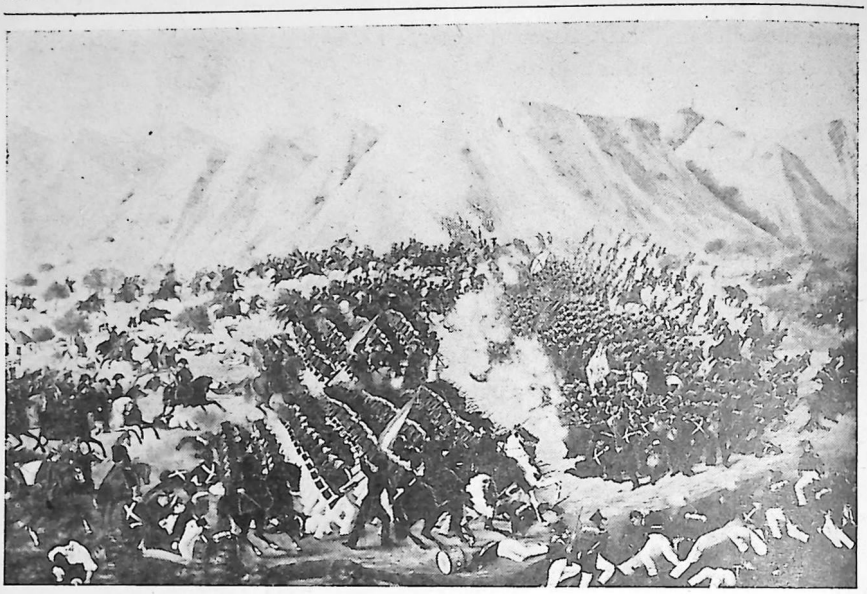


FIG. 492.—LA BATALLA DE CHACABUCO. (Oleo de J. T. Vandersee, Museo Histórico Nacional.)

haiga (sic) en este puerto..., procurando salvarlo a toda costa para que esta canalla no se divierta a costa de Marcó".

La carta del mandatario en que se dan tales instrucciones es un modelo de abyección moral. Se diría que el destino eligió a Chile para mostrar el contraste entre la talla gigantesca de un Pedro de Valdivia y el reflejo de la ruina que la crisis del absolutismo había producido en España.

La defensa de Chacabuco

La acertada elección de Maroto como general en jefe fué seguida de las disposiciones que pretendían detener al ejército invasor en la cuesta de Chacabuco. En la mañana del día 12, mientras O'Higgins remontaba lentamente la cuesta para dar tiempo a Soler, que debía cubrir mayor distancia, Maroto, acompañado de Quintanilla, Elorreaga, Marquelli y Calvo, hizo un reconocimiento de la cumbre. El enemigo se le había adelantado y ya no era posible disputársela. Sólo cabía retroceder a Colina o defenderse en las posiciones que ocupaba el grueso del ejército realista. Maroto optó por lo último. Se hallaban situadas sus fuerzas en un pequeño valle formado por el arroyo de Las Margaritas, que corre de norte a sur por un cauce profundo de barrancas escarpadas, hasta desembocar en el estero de Chacabuco. Frente a él tendió la línea de batalla, situando el batallón de Talavera, en columnas cerradas, a su derecha, a partir del cerro del Guanaco, que servía de sostén a ese flanco, y el Chiloé, a su izquierda, unos ochenta metros más atrás, con el flanco izquierdo apoyado

en el arroyo de Las Margaritas. * Entre ambos cuerpos se emplazaron los dos cañones de que disponía. Con la colocación de Elorreaga en la loma que remata el cerro del Chingue, la línea realista se prolongó por la izquierda más allá del cauce de Las Margaritas.



FIG. 493.—JUAN GREGORIO LAS HERAS. (Dibujo de Rugendas. Colección del Dr. Guzmán.)

El plan de San Martín

Las noticias llevadas a San Martín por Justo Estay modificaron substancialmente su primitivo plan de batalla. El inesperado avance de Maroto le permitía batirlo fácilmente con número doble de fuerzas. Aplicando la táctica de Federico el Grande, favorita de los generales de la época, dispuso el avance de la primera división de Soler, fuerte de unos 2.000 hombres, a la que debía seguir la segunda, de O'Higgins, que, con el refuerzo del escuadrón número 3 de granaderos, elevó sus contingentes a 1.500. Soler debía atacar en flanco y envolver al enemigo, mientras O'Higgins lo batía de frente.

Sólo dos senderos de acémilas permitían entonces remontar la cuesta de Chacabuco, estribación de los Andes que une la gran cordillera con la de la Costa, con una altura sobre el nivel del mar de 1.315 metros y de 450 sobre el valle de Aconcagua, en el cordón de la cuesta vieja. El primer sendero, que después se llamó de la cuesta vieja, era más corto, pero también más pendiente y fragoroso. El segundo era el camino de Montenegro, más suave y mucho más largo. Por éste se encaminó Soler. Después de una marcha muy lenta, a mediodía oyó los cañones realistas y envió al campo de batalla a una compañía. Fué ésta la única fuerza de Soler que participó en la batalla.

La batalla de Chacabuco

O'Higgins emprendió la marcha por la cuesta vieja, venciendo sinnúmeras dificultades, entre otras la pérdida de sus dos cañones, que se desbarrancaron. Dividió sus fuerzas al mando de Cramer, y las dos columnas se abrieron en abanico cerca de la cumbre. En esta posición se reunió con San Martín. El imprevisto avance de Maroto cambiaba por completo el panorama. Ahora O'Higgins, sin ayuda de Soler, tenía que batirse con la totalidad de las fuerzas realistas o retroceder a una catástrofe segura. Después de breves titubeos, y,

* "Historiadores de la Independencia", T. VI, p. 425 y 426.

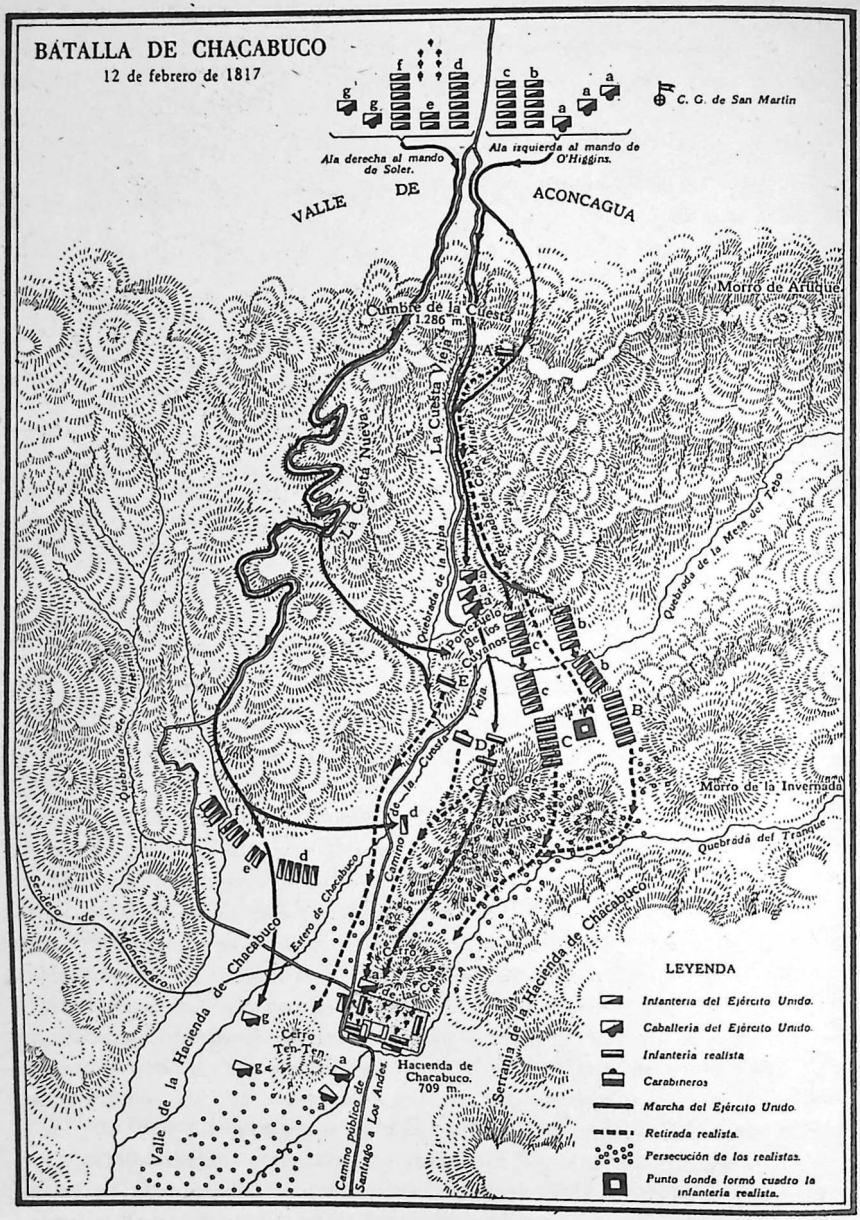


FIG. 494.—CROQUIS DE LA BATALLA DE CHACABUCO. (Cf./ leyenda en la p. 623.)

EJERCITO UNIDO	EJERCITO REALISTA
a.—Escuadrones 1, 2, 3 de Granaderos.	A.—Compañía del capitán Mijares.
b.—Batallón N.º 8.	
c.—Batallón N.º 7.	B.—Batallón Talavera.
d.—Batallón N.º 1 de Cazadores.	
e.—Cías. del 7.º y 8.º Batallón.	C.—Batallón Chiloé.
f.—Batallón N.º 11.	D.—Carabineros de Quintanilla.
g.—Escuadrón de Escolta del general en jefe y el N.º 4 de Granaderos a caballo.	E.—Tropas al mando del coronel Elorreaga.

al parecer, aconsejado por Cramer, ex oficial de Napoleón, resolvió avanzar. En la ladera del cerro de los Halcones formó la línea de batalla, a menos de 300 metros de las fuerzas realistas. Eran las 11.45 de la mañana y hacía un calor insoportable. El fuego de fusil se prolongaba más de una hora, y los cañones realistas, admirablemente apuntados, hacían estragos en la caballería y en la infantería. La posición de O'Higgins era momento a momento más difícil. Carecía de cañones, y Soler no daba señales de vida. Fué entonces cuando Cramer le propuso: "General, carguémoslos a la bayoneta". O'Higgins asintió, añadiendo: "Y si no se hace, me llevan los diablos". * Organizaron entonces dos columnas de ataque, siguiendo el modelo napoleónico, y las lanzaron sobre el ala derecha enemiga, formada en ese momento por el batallón de Talavera. Los granaderos tropezaron con el profundo cauce de Las Margaritas, que no habían visto y que no podían pasar en formación de ataque, y retrocedieron en desorden, sin sufrir muchas bajas, hasta el cerro de los Halcones, donde se reorganizaron. De nuevo O'Higgins y Cramer las lanzaron al asalto, dirigiendo ahora la caballería contra el flanco derecho y la infantería contra el centro. Ambos jefes se pusieron a la cabeza de sus respectivas fuerzas (figs. 492 y 494).

Su ejemplo arrastró a la tropa. Cuando la violencia del combate ganaba su clímax, un pelotón de caballería rompía la línea realista entre la extrema izquierda del Talavera y la derecha del grueso del Chiloé, arrollando a los artilleros. La infantería de O'Higgins y Cramer, ya vencedora, acudió en auxilio de la caballería. Zapiola, después de romper el cuadro formado por los talaveras, rebasó el ala derecha realista y una segunda carga sobre la infantería y la caballería enemigas produjo la dispersión. Los restos del ejército realista huyeron a la desbandada hacia las casas de Chacabuco, dejando en el campo la tercera parte de sus efectivos. Era la una y media de la tarde. Poco después

* Revista Chilena de Historia y Geografía. T. IX, p. 33.

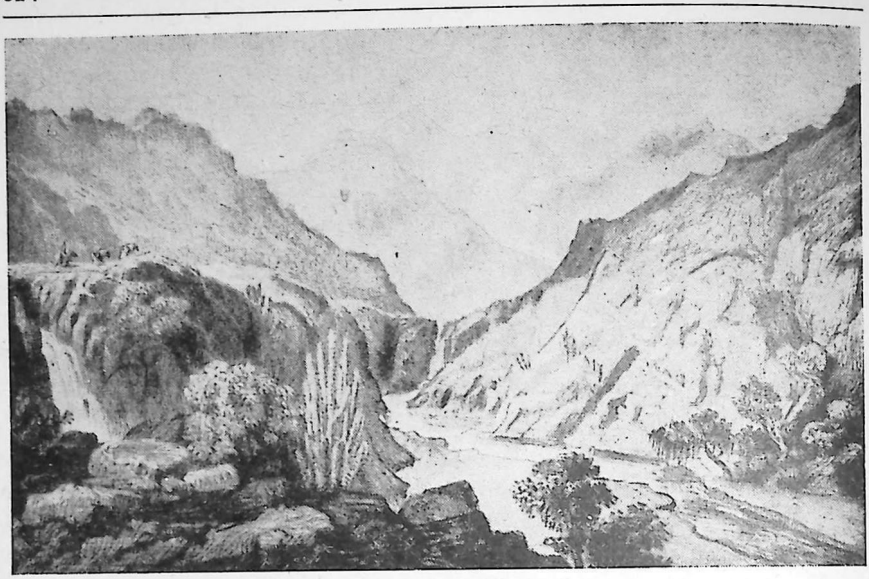


FIG. 495.—EL SALTO DEL SOLDADO Y ALTO DEL PUENTE, EN LA CORDILLERA, SEGÚN MIERS.

llegaba Soler, produciendo el envolvimiento completo del flanco izquierdo y de la espalda. A las 2 la batalla había concluído. De los 1.400 hombres del ejército realista, 500 quedaron en el campo, 600 cayeron prisioneros y 170 se dispersaron por los cerros, muchos de ellos heridos. Sólo 130 lograron replegarse a Santiago. Murieron en la refriega los comandantes Elorreaga, Arenas, Marquelli y Vila. En postrer alarde de temerario coraje, San Bruno fué también hecho prisionero. Había logrado salvarse, pero volvió a la línea de combate a disparar un cañón sin servidores. Llevado a presencia de O'Higgins, éste le preguntó "cómo se había expuesto a caer prisionero", y su respuesta fué: "Por cumplir mi deber, señor general. He podido escapar mejor que los demás porque montaba el mejor caballo. No pudiendo contener mi tropa, he vuelto a disparar el último tiro". *

La reacción en Santiago. Pánico en Valparaíso

Como es lógico suponer, la reacción ante las noticias en Santiago fué delirante. Marcó dispuso la retirada a Valparaíso de las pocas tropas que habían quedado acantonadas cerca de la capital. Mas él, presa de irrefrenable pánico, no se atrevió a correr la suerte de sus soldados, delegó verbalmente el mando en Maroto y se dirigió a San Antonio.

El desorden producido en Valparaíso (fig. 496) por la noticia del desastre

* De la Cruz.

realista no es para descrito. El terror colectivo produjo un vergonzoso asalto a los buques surtos en el puerto. Familias enteras de realistas que nada tenían que temer de San Martín ocuparon el lugar de los soldados. Estos, en el paroxismo de su desesperación, viéndose abandonados de jefes y amigos, se dedicaron a la tarea de emplear la poca fuerza que les quedaba en el saqueo más violento que padeciera la ciudad.

Zarparon los buques con rumbo al Callao, con el pretexto de aprovisionarse en Coquimbo, en condiciones desastrosas. Civiles y militares iban tirados sobre cubierta, sin camas ni abrigo y, lo que es peor, sin alimentos.

En sus agudísimos "Recuerdos de Treinta Años", Zapiola nos dejó una descripción primorosa del saqueo de la casa de Marcó en Santiago. "Al acercarnos al edificio notábamos gran cantidad de pueblo, que entraba y salía... Entraban con las manos vacías o, cuando más, con un cabo de vela encendido, y se retiraban con algo que había pertenecido al presidente prófugo... Aquello parecía una escena de sordomudos perfectamente ensayada." Cuando en la mañana del día 13 el pueblo se percató de la fuga de las autoridades realistas, el júbilo colectivo estalló sin reservas. A las 10 se reunió el Cabildo y designó gobernador interino a don Francisco Ruiz Tagle. Tres o cuatro horas después los granaderos entraban en la capital, aturdidos con los enronquecedores gritos

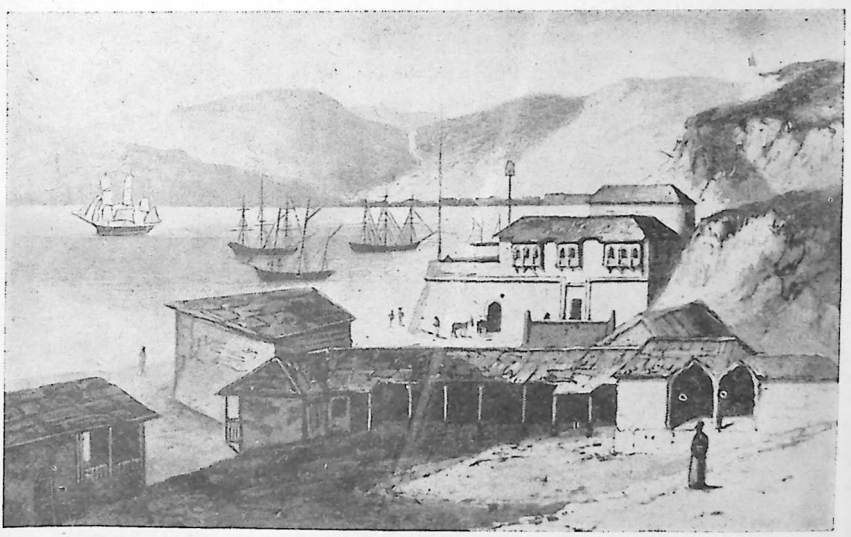


FIG. 496.—VALPARAÍSO EN 1819. (Grabado de Murray, en Caldcleugh, "Travels in South America".)

de bienvenida de los santiaguinos, que al día siguiente se multiplicaban para recibir al triunfal ejército de los Andes.

San Martín y O'Higgins se apearon de sus caballos a la puerta de la casa del conde de la Conquista, que se les había asignado como domicilio. * Poco después se instalaba el primero en la casa de don Francisco Ruiz Tagle, y el segundo, en la del español don Nicolás de Chopitea, alojamiento provisional que más tarde era trocado por el del palacio del obispo para San Martín y la casa de gobierno para O'Higgins. Jefes y oficiales fueron atendidos como huéspedes de honor de los hogares patriotas y los soldados se acuartelaron en los locales que los realistas acababan de evacuar.

Proyección histórica de Chacabuco

Ocho días después de su apoteósica entrada en Santiago, San Martín lapidaba su hazaña con esta frase: "En veinticuatro días hemos hecho la campaña, pasamos la cordillera más elevada del globo, concluímos con los tiranos y dimos libertad a Chile". Con tan sobrias y pocas palabras resumía el episodio más trascendental en la azarosa lucha de América del Sur por su independencia. Las repercusiones de la victoria de Chacabuco fueron definitivas: logró una providencial tregua al exhausto ejército argentino del Alto Perú y, al enclavar al virrey e impedirle acudir en auxilio de los ejércitos realistas de Nueva Granada y Venezuela, hizo posibles las campañas vencedoras de Bolívar. El avance de San Martín en la madrugada del 12 de febrero y la resolución de O'Higgins y Cramer en el momento decisivo hicieron posibles las brillantes victorias de Maipo, Boyacá, Carabobo, Pichincha y Ayacucho, que consolidaron la independencia de América del Sur, últimos eslabones en la cadena de audacias y desfallecimientos, de aciertos y errores, de victorias y derrotas en la áspera lucha por la libertad.

* Cf./ figuras 303 y 304, p. 379, Primera Parte.

Indice del Tomo Primero

Presentación v
Prólogo vii

PRIMERA PARTE

Chile Hispano (1535-1810)

I. EL TERRITORIO.

Historia de las fronteras. Configuración y relieve. La flora y la fauna. Los medios físicos de expansión 1

II. LA PREHISTORIA.

Panorama racial y cultural de Chile prehispano. Atacameños y diaguitas. Pehuenches, tehuelches y razas australes. Los araucanos. 11

III. EL DESCUBRIMIENTO.

Magallanes y Jofré de Loayza. La expedición de Almagro. Gómez de Alvarado. El fracaso. El nombre de Chile 37

IV. PEDRO DE VALDIVIA EMPRENDE LA CONQUISTA Y POBLACION DE CHILE.

La jornada del desierto. Conspiraciones y penurias. Fundación de Santiago y de La Serena. Expedición al Sur. Valdivia en el Perú 45

V. COMIENZA LA GUERRA DE ARAUCO.

Las armas de los españoles. Batallas de Andalién y del fuerte de Penco. Fundaciones: Concepción, La Imperial, Valdivia y Villarrica. Chile transandino. Lautaro. Batalla de Tucapel. Muerte de Pedro de Valdivia. Marigüeñu. Avance de Lautaro sobre Santiago. Sorpresa de Peteroa. 57

VI. EVOLUCION SOCIAL, POLITICA Y ECONOMICA.

La partida 69

VII. GOBIERNO DE DON GARCIA HURTADO DE MENDOZA.

Primeras campañas. Millarapue. Caupolicán. Los viajes de Ladrillero. El juicio de residencia 89

VIII. GOBIERNOS DE FRANCISCO Y PEDRO DE VILLAGRA Y DE QUIROGA.

Segunda rebelión del pueblo mapuche. Aparecen las viruelas. 99

IX. LA REAL AUDIENCIA.

Gobierno del doctor Melchor Bravo de Saravia. Segundo gobierno de Quiroga. 105

X. LA PRODIGIOSA AVENTURA DE SARMIENTO DE GAMBOA. 113

XI. GOBIERNOS DE DON ALONSO DE SOTOMAYOR Y DE DON MARTIN GARCIA OÑEZ DE LOYOLA.

Catástrofe de Curalaba 117

XII. PANORAMA GENERAL DE CHILE HACIA 1600 123

XIII. ALIANZA DE LOS MAPUCHES CON LOS HUILLICHES.

Gobiernos interinos de Viscarra, Quiñones y García Ramón. Alonso de Ribera. 157

XIV. EL ENSAYO DEL PADRE VALDIVIA.

Trascendencia sociológica del fracaso.

Gobierno de García Ramón. Gobiernos interinos de Merlo de la Fuente y Jara Quemada 167

XV. SINGULARIDAD DE LA EVOLUCION HISTORICA CHILENA.

Místicos y realistas. Resultados psicológicos del mestizaje. 175

XVI. LA GUERRA DEFENSIVA.

El nuevo ensayo del padre Valdivia. Segundo gobierno de Ribera. Gobiernos de Talaverano Gallegos, Ulloa y Lemos, De la Cerda, Osores de Ulloa, Alaba y Nureña y Fernández de Córdoba 185

XVII. GOBIERNOS DE LASSO DE LA VEGA Y DEL MARQUES DE BAIDES.

Las paces de Quillín 205

XVIII. GOBIERNO DE MUJICA.

El terremoto del 13 de mayo de 1647. 211

XIX. LA GRAN INSURRECCION DE 1655.

Gobiernos de Acuña y Cabrera, Pórter Casanate, González Montero y Peredo. El mestizo Alejo 217

XX. GOBIERNOS DE MENESES, EL MARQUES DE NAVAMORQUENDE Y GONZALEZ MONTERO 225

XXI. LA ERA DE LOS PIRATAS.

Gobiernos de Henríquez, Garro y Marín de Poveda 229

XXII. CHILE DURANTE EL SIGLO XVII.

La Iglesia. El Gobierno. Determinación del carácter nacional. Los criollos y los cargos públicos 239

XXIII. TRANSICION HACIA EL ESPIRITU DEL DESPOTISMO ILUSTRADO.

Gobiernos de Ibáñez, Peralta y de Ustáriz 263

XXIV. LA ILUSTRACION EN CHILE.

Gobierno de Cano y Aponte. Los "capitanes de amigos". El terremoto de 1730. 273

XXV. GOBIERNOS DE MANSO DE VELASCO Y DE ORTIZ DE ROSAS.

La expedición de Anson. La Casa de Moneda. 279

XXVI. EFICIENCIA CATALANA.

Gobiernos de Amat y Junient y de Guill y Gonzaga. Expulsión de los jesuítas. El corregidor Zañartu .. 293

XXVII. NUEVA POLITICA INDIANA.

Los caciques embajadores. Gobiernos de Balmaceda, Jáuregui, Alvarez de Acevedo y Benavides. La conspiración de los tres Antonios 303

XXVIII. LA CUSPIDE EN LA BUENA ADMINISTRACION.

Don Ambrosio O'Higgins. Los planes económicos. Caminos, edificios, obras de regadío. Los resultados. El marqués de Avilés y el mariscal Pino 317

XXIX. DON MANUEL DE SALAS, SIMBOLO DE LA ILUSTRACION EN CHILE HISPANO.

Muñoz de Guzmán, último gran gobernante del período 329

XXX. VALOR Y SIMBOLO DE CHILE HISPANO.

Exploraciones científicas. Cómo juzgaban a su país los chilenos en 1810. 337

XXXI. EL SENTIMIENTO RELIGIOSO DURANTE EL SIGLO XVIII. 351

XXXII. LOS HABITANTES AL FINALIZAR EL PERIODO HISPANO. 361

XXXIII. EVOLUCION DE LA ESTRUCTURA SOCIAL 375

XXXXIV. LA ECONOMIA CHILENA DURANTE EL PERIODO HISPANO 387

XXXV. EL GOBIERNO, LA SOCIEDAD Y LAS COSTUMBRES AL FINALIZAR EL PERIODO HISPANO 415

XXXVI. EL DESARROLLO DE LA CULTURA 449

XXXVII. LA DETERMINACION DE LOS RASGOS PSICOLOGICOS ESENCIALES. 471

SEGUNDA PARTE

La Independencia (1810-1830)

I. GESTACION DE LA INDEPENDENCIA 477

II. EN VISPERAS DE LA REVOLUCION.

El escándalo de la "Scorpion". García Carrasco y Martínez de Rozas... 481

III. LA PRIMERA JUNTA DE GOBIERNO.

El símbolo del Conde de la Conquista. 493

IV. MARTINEZ DE ROZAS Y LA ARISTOCRACIA.

El motín de Figueroa. El primer Congreso Nacional. Carrera entra en acción. 511

V. ECLIPSE DE MARTINEZ DE ROZAS.

La primera dictadura. La Constitución del año 12 523

VI. LA CAMPAÑA DE 1813.

Yerbas Buenas. San Carlos. Reconquista de Concepción y sitio de Chillán. Las guerrillas 539

VII. O'HIGGINS, GENERAL EN JEFE.

La expedición de Gainza. Pérdida de Talca. Lastra, supremo director. El Quilo y Membrillar. El tratado de Lircay 555

VIII. LOS ULTIMOS DIAS DE LA PATRIA VIEJA.

Segunda dictadura de Carrera. Rancagua. 579

IX. LA RECONQUISTA.

Osorio, Marcó y San Bruno. 593

X. SAN MARTIN Y EL EJERCITO DE LOS ANDES.

El esfuerzo cuyano 603

XI. EL PASO DE LOS ANDES

Batalla de Chacabuco 613

R. [redacted] n. 11512

983
E56r
1954

Encina, Francisco A.

Resumen de la Historia de Chile.

v.1
c.1

Fecha del Préstamo	Nombre Lector	
11.6.75	Aguirre M.	16.6
30.7.75	Aguirre M.	4.8.75
29.8.75	Reyes Acuña	1°.9.75
27.I.76	Pizarro J.	30.I
6-IV	Peralta H.	13-IV
22-8-79	Erazo M. (M)	24-8.79

R. [redacted] n. 11512

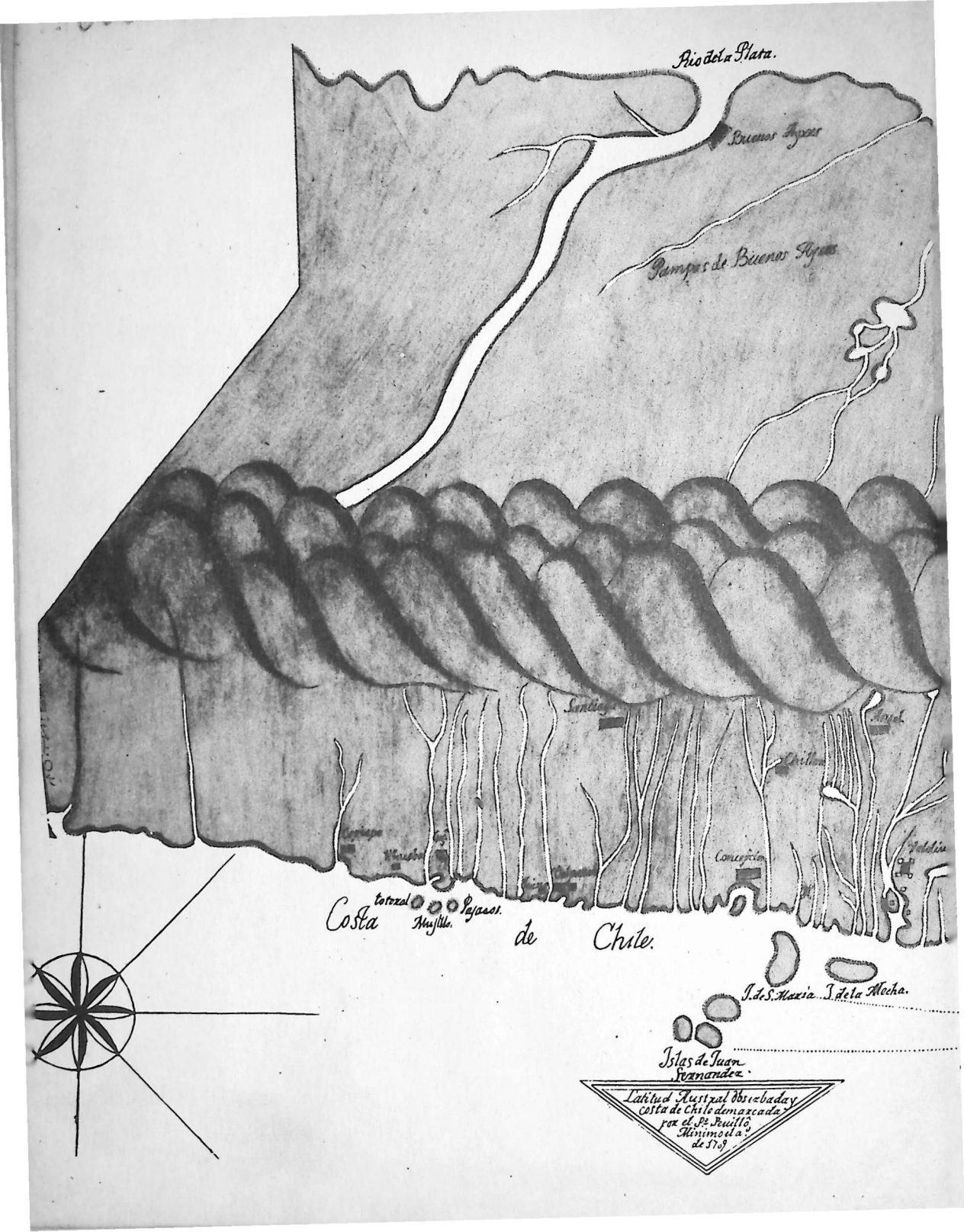
983
E56r
1954

v.1
c.1

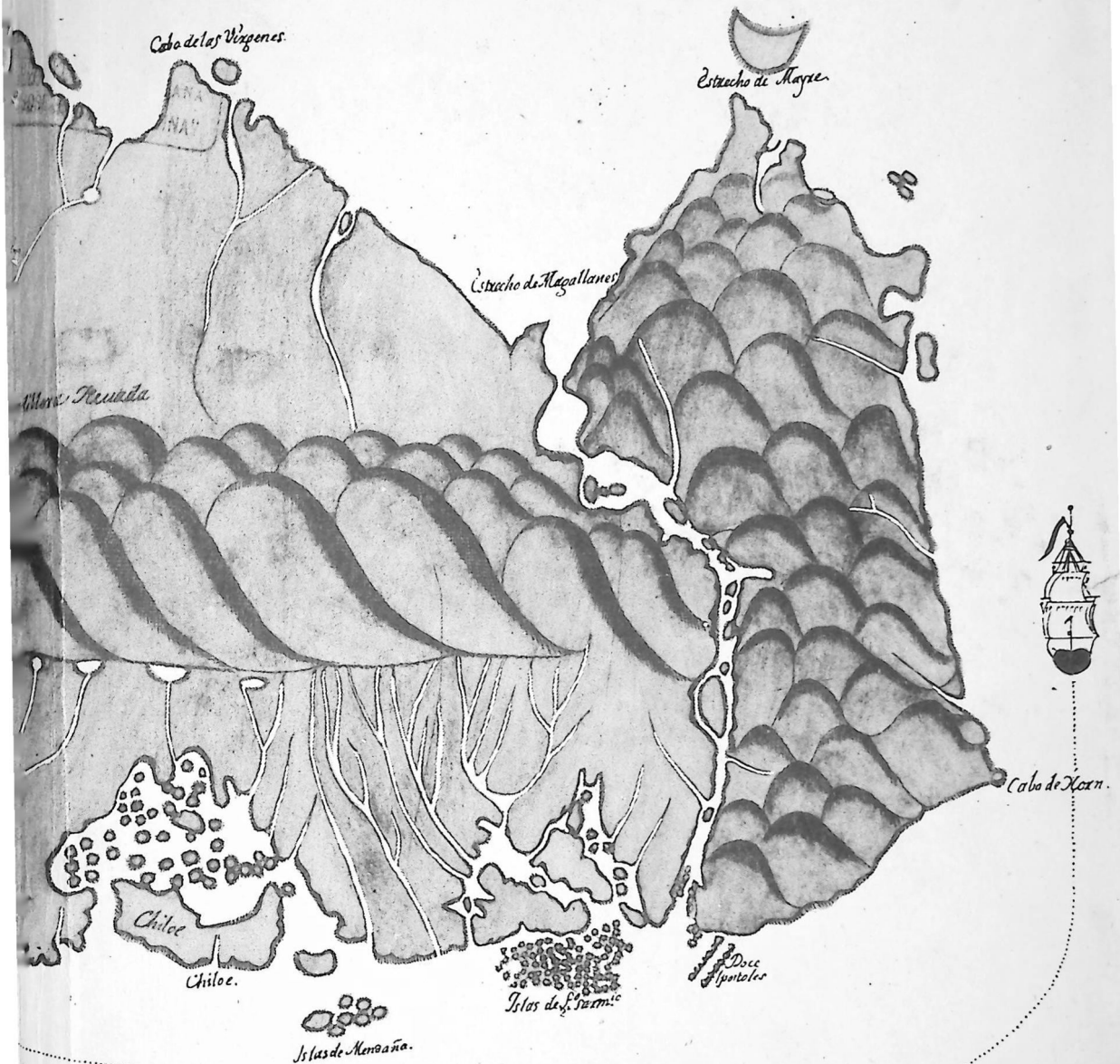
Universidad de Chile Facultad de Ciencias de la Salud - Valparaíso - BIBLIOTECA CENTRAL

ESTE LIBRO DEBE SER DEVUELTO
EN LA ULTIMA FECHA INDICADA

16.6.75			
4.8.75			
1º.9.75			
13-IV-77			
18.6.78			
24.8.78			


Rio de la Plata.
Buenos Ayres
Pampas de Buenos Ayres
Santiago
Chillan
Concepcion
Valdivia
Copiapo
Huasco
Coquimbo
Quintero
Pajaros.
Mujillo.
Costa de Chile.
I. de S. Maria
I. de la Mecha.
Islas de Juan Fernandez.
Latitud Austral observada y costa de Chile demarcada por el Pe. Feuillô Minimo el a. de 1709

Max del Norte.



Max del Sur.

En Madrid Año de 174c.

